



Me hallará la  
muerte Juan Manuel  
de Prada

Lectulandia

¿Cuán cerca puede estar un héroe de ser un villano? ¿Qué separa la epopeya de la farsa? A través de la odisea de un ladronzuelo que se enrola en la División Azul, sobrevive a los padecimientos más extremos y regresa al Madrid turbio y arribista de los cincuenta, Juan Manuel de Prada nos ofrece una historia fascinante, de lectura adictiva, que contrapone el sueño de los ideales a la lucha por la supervivencia.

Madrid, 1942. Antonio y Carmen, dos jóvenes maleantes, se compinchan para desplumar a ricachones en los alrededores del Parque del Retiro. Pero la adversidad y el infortunio obligarán a Antonio a huir de la justicia. Se alista en la División Azul para poner tierra de por medio; y en Rusia conocerá penalidades sin cuento, en compañía del idealista Gabriel, otro divisionario con el que guarda un asombroso parecido físico, aunque en todo los demás sea más bien su antípoda. Muchos años después, en 1954, tras sobrevivir a todo tipo de vicisitudes, Antonio regresa a España, transformado ya en otra persona, a bordo del buque *Semíramis*.

Empieza entonces, en un Madrid peligroso y abracadabrante, una aventura de signo bien distinto, en la que Antonio vivirá una vida de potentado, muy diferente de la que dejó atrás doce años antes. Pero esta vida nueva le obligará a la improvisación, el fingimiento y la vigilancia permanente, para mantener a buen recaudo las sombras del pasado; y en su empeño por mantenerlas, tendrá que adentrarse, siempre acechado por la muerte, en una madeja de intrigas cada vez más embrolladas y peregrinas. ¿Podrá Antonio alcanzar, entra la tupida maraña de males que ha desencadenado, el bien que anhela?

Lectulandia

Juan Manuel de Prada

# Me hallará la muerte

ePub r1.2

Titivillus 09.08.15

Título original: *Me hallará la muerte*  
Juan Manuel de Prada, 2012

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Cárcaba, con quien hallé la vida*

# PRIMERA PARTE

Eran una presa segura, tan segura como las brevas en agosto.

Antonio había aprendido a distinguirlos entre la multitud que salía en estampida de la plaza de las Ventas, al declinar la tarde, temerosos quizá de que les birlaran la cartera en medio del tumulto, o recelando que el contacto con la plebe les fuese a contagiar alguna enfermedad vergonzante. También había aprendido a distinguirlos fisgoneando escaparates o haciendo tiempo hasta que abrieran Chicote, entre las manadas de paletos que merodeaban la red de San Luis y se derramaban por la Gran Vía. Los delataba su aire de cretinos orgullosos, endomingados, coloradotes, que escondían el pelo de la dehesa debajo de un terno de paño catalán (pero el corte del traje, que siempre les quedaba raquíptico, delataba al sastre de provincias, o directamente pueblerino, poco atento a los patrones que dictaba la moda de París), fumaban vegueros que antes habían desmochado a mordiscos y se perfumaban con abrótnano macho, para tapar el olor a chotuno. Tenía bien catalogados a todos aquellos tiparracos: vinateros de Socuéllamos en gira por las tabernas a las que proveían de un vinazo agrio y bautizado, ganaderos manchegos en visita a los mataderos donde se sacrificaban sus puercos, mayoristas en ronda de pago de comisiones por los despachos oficiales, estraperlistas que iban dejando el unte por comisarías y oficinas de abastos, latifundistas y caciques rurales que subían a la capital para completar alguna transacción turbia o para ingresar el dinero que sangraban a sus aparceros en alguna cuenta bancaria más turbia aún, una patulea de ricachos sin escrúpulos que, después de completar su negocio, aprovechaban el viaje a Madrid para correrse una juerga a espaldas de la parienta, a la que habían dejado en el pueblo, cargada de hijos y empachada de novenas. También tenía estudiada la psicología de aquellos barbalotes que, antes de fundirse las leandras en putas de postín, para matar los remordimientos compraban a la parienta un frasco de perfume o una *négligée* picarona (*négligée* que la parienta ni siquiera estrenaba, por recato o por exceso de arrobos, que más bien hubiesen precisado una faja que las contuviese), mostrando al dependiente de la tienda la alianza en el dedo anular, para que quedase bien claro que no era regalo para una pindonga y su fama no quedase en entredicho. Con el frasco de perfume o la *négligée* inútil, más cuatro dulzainas para los chaveas (que estarían bien sanotes y rebolludos), cumplían con sus deberes de esposos detallistas y solícitos padres de familia; y, después de dejar los bultos en la habitación del hotel junto a la

alianza delatora, salían a desbravarse los muy hipocritones, con la conciencia más negra que el betún pero lavada por el enjuague de los regalos.

Eran una presa segura, tan segura como las brevas en agosto. Pero ¿cómo hacerlos caer? Antonio los llevaba observando mucho tiempo, primero mientras mantuvo chirlata en la calle de Montera, después mientras ofició de descuidero en la Puerta del Sol y, ya por último, desde el estaribel que instalaba junto a la plaza de toros, con cuatro juguetes desportillados que rescataba del Rastro y reparaba él mismo, recomponiéndoles los mecanismos (el cochecito que andaba solo después de frotarle las ruedas en el suelo, el tiovivo en miniatura que daba vueltas con un soniquete de organillo mientras le duraba la cuerda) y dándoles una mano de pintura, hasta dejarlos como nuevos. Antonio era mañoso para remendar juguetes desahuciados, casi tanto como para birlar carteras, pero ni un oficio ni otro le daban sino para vivir en tabucos de mala muerte y llenar las tripas con gallinejas y sardinas arenques; pues los juguetes dejaban poco margen de beneficio (y el poco que dejaban mermaba todavía más con los regateos del comprador tacaño), y las carteras había que birlarlas en sitios con mucho trasiego de gentes, cada vez más vigilados por la bofia, o bien en los tranvías o vagones del metro, donde si te pillaban in fraganti no había fácil escapatoria. Antonio apenas tenía veinte años, pero la conciencia de tiempo dilapidado lo abrumaba como una gangrena en perpetua expansión; y sabía que, si quería medrar en la mangancia antes de hacerse viejo, tendría que buscarse un compinche. Lo repateaba, sin embargo, asociarse con gentuza que, tarde o temprano, acababa desbarrando o perdiendo los estribos; y, más todavía, lo repateaba asociarse con una mujer, por razones confusas que no sabía si eran de desconfianza o excesiva reverencia hacia el sexo femenino.

Pero para el plan que había maquinado necesitaba una compinche que, para más señas, fuese lozana y pimpolluda. Pues de lo que se trataba era de engatusar a esos ricachos paletos o provincianos que venían a la capital a cerrar sus negocios, hasta que a los muy bellacos se les embraveciera el bálano y, perdido el control de sus instintos, se dejaran llevar al huerto, un huerto convenientemente apartado donde Antonio pudiera pulirles la cartera reventona de billetes, y a ser posible también los gemelos de la camisa, el alfiler de la corbata, el reloj de saboneta y hasta la muda si se terciaba, dejando al barbalote como su madre lo trajo al mundo. Antonio anduvo buscando a la compinche idónea durante meses; pero las pocas mujeres que trataba eran demasiado toscas y gastadas, bien por el trabajo manual, bien por el comercio de entrepierna. Para desplumar a esos ricachos no le servían ni las fregonas ni las putas; tampoco, desde luego, esas mujeres que van por la vida de marquesas y pudibundas. Buscaba más bien el justo medio, la muchacha menesterosa pero todavía decente que, sin embargo, se mostrara ante el ricacho de turno dispuesta a perder (o siquiera a olvidar por un rato) su virtud, simulando que lo hacía a regañadientes, pero en el fondo engolosinada ante la expectativa de que tal pérdida u olvido la ayudasen a salir de la pobreza. Y encontrarla resultaba mucho más difícil de lo que en un principio



había imaginado, pues no le bastaba con que fuese lozana y pimpolluda, menesterosa pero todavía decente; necesitaba también que estuviese desengañada (o, mejor todavía, que hubiese nacido desengañada), sin que el desengaño la hubiera arrastrado todavía a la venalidad y el malaje. Encontrar a una mujer en ese exacto estado o punto de cocción, dispuesta al vicio y a la rufianería pero todavía no estragada ni resabiada, llegó a antojársele más difícil que hallar diez justos en Sodoma. Y ya casi había desesperado de hacerlo cuando conoció a Carmen.

La primera vez que reparó en ella ni siquiera le pareció guapa. La sorprendió mientras ambos se afanaban por colocar sus respectivas mercancías entre la turbamulta de aficionados que salían en tropel del metro, camino de la plaza de toros. Antonio trataba de atraer la atención hacia sus juguetes desportillados con alharacas y aspavientos de charlatán; Carmen, que llevaba colgada del cuello una bandeja de cigarrera con pitillos de aspecto más bien sospechoso (tal vez liados con sobras de colillas), bolsitas de manises y pipas de calabaza, caramelos de tofe y otras golosinas disuasorias, se paseaba entre el gentío dándoselas de chulapona, pero un mohín de lastimado hastío en los labios delataba su disgusto. Al menos ante Antonio, porque ante los verracones del tendido de sol que se acercaban a darle palique, con la excusa de comprarle cualquier fruslería, el mohín de lastimado hastío no contaba, o pasaba inadvertido. Y era natural que así fuese, pues Carmen era una de esas mujeres de juventud restallante, seguramente no guapas en el sentido clásico del término, pero apetitosas, con esa sensualidad pasiva que tan atractiva resulta entre gentes de paladar poco fino. Antonio, desde luego, se contaba entre esas gentes, o siquiera no se contaba entre las que presumían de refinadas; y aquella muchacha de cabellos trigueños y ojos grandes —como de ternera a punto de ser abatida—, labios voluptuosos y nariz pugnaz, sin ninguna pintura ni afeite que resaltase sus rasgos, le gustó desde que la vio, aunque no supiera precisar si le gustaba como mujer o como compinche; y siguió gustándole en los días sucesivos, mientras la veía moverse entre la multitud, al principio de frente, luego volviéndole la espalda, cuando ella al fin sorprendió su escrutinio. Pero era de espaldas cuando se apreciaba mejor su opulencia maciza, brava, mareante, como de fruta en sazón, esperando que alguien la arrancase del árbol. Algún piernas que se le acercaba para comprarle unos cigarrillos no se recataba de darle una palmada en el culo.

—¡Cerdo asqueroso! —se revolvía entonces furiosa—. Vete a tocarle el culo a tu putísima madre, que seguro que le gusta.

Pero el piernas ya se había escabullido entre el gentío, que no hacía ademán alguno por afearle la conducta, o que más bien la aplaudía tácitamente. Por un segundo, Carmen esbozaba un puchero, pero enseguida el puchero se disolvía en un rictus de rabia, después de grima, y finalmente de fatigado desdén.

—Si es que las moscas siempre acuden a la miel, mujer —se atrevió Antonio a meter baza.

—Se creerán los amos, semejantes chulos de mierda.

Carmen trataba de que su voz sonase airada, pero el hastío podía con el enfado, o lo atemperaba, como si fuese una rutina.

—Pues ponles una denuncia, a ver si los meten en el trullo —dijo Antonio, socarrón.

—¡Lo que me faltaba! —se soliviantó Carmen—. Les pongo una denuncia y a quien meten en el trullo es a la menda.

Antonio sonrió, aquiescente. Evitar a los guindillas y rehuirlos como a un nublado era la primera ley de supervivencia en la cofradía de la mangancia; conque ciertas dotes para el oficio la muchacha podía tener. Antonio pretendió que sus palabras sonasen como un piropo, pero enseguida se arrepintió de la brutalidad:

—Ahora, con esa planta que Dios te ha dado... yo, en tu lugar, trataría de sacar tajada.

Algo se descompuso en el semblante de Carmen, como si de repente su juventud restallante se manchara con una sombra de decrepitud. Balbució:

—Si te estás ofreciendo como chulo, te advierto...

Pero la voz se le desmayó, como si la idea de prostituirse (que tal vez la rondara como un usurero) arrojase sobre su ánimo una losa de pesadumbre. Antonio se apresuró a deshacer el malentendido:

—Que no, prenda, que no van por ahí los tiros. ¿Me dejas que te lo explique? Te invito a merendar.

Se hicieron las presentaciones al modo frugal que es propio de los pobres, convencidos de que sus nombres, más que distinguirlos, los agrisan e igualan. En la plaza de las Ventas ya sonaban los clarines, como una trompetería emergida de las entrañas de la tierra, anunciando la resurrección de la carne o reclamando una primicia de sangre. El cielo tenía un color anubarrado y sucio, como de panza de burro con hidropesía; y derramaba su tristeza sobre el mundo y sobre el clamor de los aficionados en la plaza, que se elevaba como un mugido cárdeno y tribal. Antonio recogió sus juguetes desportillados en un fardel y se ofreció a cargar también con el mueblecillo que Carmen colgaba del cuello, como un sambenito de oprobio. La llevó a una tasca en la que él solía parar con frecuencia, empapelada de carteles taurinos que se habían ido entenebreciendo con los efluvios de la fritanga y el humazo del tabaco, hasta parecer cuadros de mártires degollados. Para su sorpresa, Carmen pidió un plato de callos, que aunque no parecían muy limpios se ventiló sin decir ni mu, mientras los clientes de la tasca —reventas y maletillas, raterillos y golfantes—, turbios de morapio y pensamientos impuros, la miraban pasmados, paseándose el palillo por las comisuras de los labios y gargajeando admirativamente. Carmen pidió más pan para rebañar el plato; y entonces, al cruzar la mirada con Antonio, se ruborizó como una niña sorprendida en una travesura. A Antonio lo desarmaba aquel aire de la muchacha, entre rudo y desvalido; y por primera vez la vio como a una criatura angélica, sin mancha de pecado original, pero a la vez capaz de hacer cualquier fechoría o vileza, segura de que no sufriría contagio alguno. Nunca se le

había ocurrido pensar disparate semejante de ninguna mujer; y pensarlo le daba miedo.

—Pues, si te parece, te cuento —dijo, para espantar la turbación.

Y le contó, al principio con circunloquios vergonzantes, luego con resuelta y desnuda desvergüenza, sus planes. Mientras lo hacía, observó que el rostro de la muchacha, de por sí poco expresivo, adquiriría un hieratismo de esfinge que no era fruto del embarazo o enojo que pudiera causarle la exposición bastante sórdida de Antonio, sino muestra del desapego que Carmen adoptaba ante los dramas del mundo, incluso ante los que la atañían más directamente, o sobre todo ante éstos.

—¿Y hasta dónde me tendría que dejar sobetear por esos marranos? —preguntó, con aire más científico que pesaroso.

—Eso ya depende de tu habilidad. Yo lo único que te pido es que me los traigas empitonados hasta el lugar en el que os estaré aguardando, escondido. Tienes que conseguir que la sangre deje de regarles el cerebro, que piensen con el cipote.

—Ya entiendo —asintió.

Antonio no supo interpretar su laconismo, tan desapasionado y crítico.

—Iríamos a medias, por supuesto —dijo, temeroso de que ese laconismo insinuara exigencias en el reparto—. Tú me los traes bien acaramelados hasta un rincón del Retiro y yo me encargo de desplumarlos. Te aseguro que a esos tipejos se les puede sacar un potosí. Pero ante todo tendrías que asegurarte de que lleven alianza de casados. La mayoría se la quitan cuando andan de picos pardos; por eso conviene camelarlos antes de que inicien la cacería: a la salida de los toros, o mientras miran los escaparates de las corseterías, buscando un regalito para sus mujeres.

—¿Y por qué tienen que ser casados? —preguntó ella, con candidez desarmante—. Me da cargo de conciencia pensar en sus mujeres cornudas. Mejor vamos a por los solteros...

—Ahí se ve que estás todavía por destetar. Los solteros se irían de la mui enseguida y pondrían una denuncia. A los casados les toca achantarse y callar, para no montar un escándalo.

Carmen parecía resignada —o ni siquiera resignada: dispuesta— a chapotear en el fango, pero se empeñaba ruborosamente en evitar las salpicaduras:

—Ya, claro. ¿Y quién te dice a ti que el parné que les afanemos no lo necesitan para pagarle una operación a un hijo enfermo?

Aquel reparo lo conmovió y desazonó a un tiempo. Se apresuró a espantar cualquier atisbo de debilidad:

—Vamos, prenda, no seas ingenua. Esos cabrones ganan el parné de las formas más puercas que puedas imaginar. Y, además, si no se lo afanamos nosotros, se lo van a pulir en furcias esa misma noche. Para las operaciones de sus hijos ya tienen sus buenas montañas de billetes en las cajas de los bancos.

Carmen se rascó la nariz con un gesto brusco, tal vez viril. Tendría que cuidar sus ademanes y acicalarse las uñas, un poco mordisqueadas y desgarradas de padrastrós,

antes de ponerse a trabajar.

—Tú eres capaz de cualquier cosa, ¿verdad? —dijo al fin, sin demasiado énfasis acusatorio—. No te detienes ante nada...

—No pienses que he querido ofenderte... —reculó Antonio.

—Déjate de mandangas —lo cortó—. Te juro que me gustaría tener sífilis, sólo por írsela pegando a todos esos ricachos marranos, hasta no dejar ni uno sano.

Lo dijo sin ensañamiento, como un ángel encargado de barrer la cizaña y arrojarla al fuego.

—No tendrás que llegar tan lejos —se animó Antonio—. Ya habrá quienes les peguen la sífilis. Nosotros nos limitaremos a dejarlos sin un chavo.

—Sólo siento que tengan que estar casados... —insistió todavía Carmen.

Resultaba incongruente, o incluso cómico, que no pusiera reparos a un trabajo que le exigiría perder el recato y dejarse manosear por una patulea de sapos nauseabundos; y que, por el contrario, la torturara la hipotética deshonra de unas mujeres cornudas a las que no conocía de nada, y que tal vez fuesen cornudas a sabiendas. Pero en tan paradójica contradicción mostraba, al menos, escrúpulos morales; quizá discutibles, quizá hechos añicos y recompuestos de mala manera, pero escrúpulos morales a fin de cuentas. Antonio, en cambio, los había extraviado mucho tiempo atrás y nunca los había echado en falta; aunque en presencia de aquella muchacha sentía, extrañamente, que un inconcreto remordimiento empezaba a remejerlo por dentro.

—Entonces, ¿qué? ¿Te animas? —la urgió para acallararlo.

Nunca antes había notado esa desazón sorda, como un ascua sepultada entre cenizas que de pronto se aviva, tal vez porque nunca se había detenido a notarla. Había venido al mundo como a una guarida de lobos: recién nacido, su malhadada madre, de la que nunca había sabido nada (ni había hecho tampoco nada por enterarse), lo había dejado expósito en el torno de una inclusa de Embajadores, un caserón lóbrego, reblandecido de humedades, donde lo alimentaron con leche de burra; y con seis años lo habían llevado al hospicio de la calle de Fuencarral. Allí había coincidido con galopines que ya habían sido condenados por uno o varios delitos (casi siempre hurtos y timos de poca monta, aunque no faltasen los delitos de sangre) y que, debido a su corta edad, no podían ser todavía entrullados. Ellos fueron sus maestros en la cucaña de la vida; y con ellos se asoció cuando por fin abandonó el hospicio, a los catorce años, en una compañía dedicada a la limpieza de cepillos en las iglesias y de carteras en los tranvías de la Castellana. Luego estalló la guerra, que no dejó cepillo ni cartera sin saquear; y fue entonces cuando Antonio, apenas quinceañero pero bigardo ya y con la barba apuntándole en el bozo, dio el paso sin retorno, incorporándose como aprendiz en la brigada del amanecer que sus amigos hospicianos, más talludos que él, habían formado, después de afiliarse al partido socialista. No los impulsaba ningún ímpetu ideológico, ni siquiera el rencor atávico y desmelenado que llenó de hormigas tantas bocas inocentes, sino más bien la codicia

de pescar, en aquel río revuelto de sangre, los ahorros de alguna familia angustiada escondidos en el fondo de un arcón, la cubertería de plata o los zarcillos de oro que una madre entregaba con gusto, suplicando que no se llevaran a la checa a su hijo, como antes habían hecho con su marido. Que Antonio supiese, nunca sus amigos hospicianos se habían llevado a nadie a la checa, ni participado en los paseos por desmontes y solares donde la carne yerta se ponía morena de luna; pero tampoco movieron un dedo por impedir que otros lo hicieran. Al acabar la guerra, alguno había dado con sus huesos en el paredón, en las purgas de primera hora; y otros penaban sus culpas en el presidio. Antonio, que sólo había participado en una pequeña porción de aquellas correrías, y siempre en labores subalternas, se había librado de la limpia; pero sus ojos habían visto el horror de las sacas, y sus manos rebañado alguna miaja en los expolios, y su corazón se había mantenido impasible, bombeando sangre sin sobresalto. Si ahora dejaba que esa ascua sepultada entre cenizas se avivase, sabía que los remordimientos acabarían devorándolo. Así que había que mantenerla sepultada como fuera.

—¿Trato hecho? —insistió.

—Deja que me lo piense un poco, hombre —dijo Carmen, y añadió, con un desapego que no llegaba a pesadumbre y que Antonio no se atrevió a considerar coquetería—: Además, quién te dice a ti que yo sirva para calentar a esos ricachos...

—A mí es que nunca me falla el olfato.

Antonio no supo si había sonado a piropo o a injuria. Y Carmen no parecía ni ofendida ni halagada; inopinadamente, reparó en la medalla que colgaba del cuello de Antonio y alargó el brazo para que se la mostrase.

—¡Anda, pero si es la Virgen del Carmen! —exclamó; y entonces sí parecía halagada por el tributo a su patrona.

—Para que veas —dijo Antonio, que aunque carecía de escrúpulos de conciencia, o así lo pretendía, no se sentía del todo cómodo dando vela a la Virgen en el asunto que se traían entre manos—. Me la regalaron en el hospicio, cuando me dieron la primera comunión. Lleva grabado mi nombre por detrás.

Lo llevaba, en efecto, con letras de caligrafía tosca —«Antonio Expósito»—, y debajo una fecha conmemorativa: «23-V-1929». Por un segundo, Carmen dibujó con los labios un breve gesto de conmiseración, como haciéndose cargo de su orfandad, sin querer profundizar en sus vicisitudes. La medalla era de un latón mugroso, acribillado de abolladuras; y bajo la roña la Virgen apenas resultaba discernible. Desde que saliese del hospicio, y hasta que concluyó la guerra, Antonio había mantenido aquella medalla a buen recaudo; pero se la había vuelto a colgar, un poco supersticiosamente, el mismo día que las tropas de Franco entraron en Madrid, para que le sirviera de salvoconducto.

—Mi madre es que es muy devota de la Virgen del Carmen, por eso llevo el nombre que llevo —dijo ella—. Si quieres ganarte su simpatía, no dejes de enseñarle la medalla.

Antonio asintió con lástima, de sí mismo y de Carmen: parecía poco probable que una madre mostrase simpatía por quien acababa de proponer a su hija una vileza. Hasta Carmen debió de avergonzarse de su expansión, porque bajó mohína la cabeza. Se hizo un silencio incómodo entre ambos, como si sobre la mesa yaciese el cadáver de un niño muerto.

—¿Viven tus padres? —preguntó Antonio, por espantar la desazón; pero enseguida intuyó que no había hecho sino enredar más la madeja—. Oye, perdona si...

—No hay nada que perdonar —lo cortó ella, pero su voz arrastraba una tristeza milenaria—. Mi padre nos dejó por alguna pelandusca, cuando yo era muy niña, y mi madre me tuvo que criar fregando escaleras. Ahora está medio tullida, consumiéndose en la cama, con una esclerosis de caballo, y me toca mantenerla, como ella me mantuvo a mí. Si hay que fregar escaleras, se friegan; y si hay que dejarse tocar un poco el culo, pues se deja una, que tampoco pasa nada.

Lo miró con una determinación de pedernal, como exigiéndole que no se pusiese meloso o conmisericordioso. Antonio pagó la merienda y acompañó a Carmen hasta la boca del metro, que se tragaba a la multitud que salía de la plaza con la mirada rugiente y alborozada de sangre, la misma mirada que él había sorprendido tantas veces en los milicianos que volvían de recogida, después de torear fachas en las checas. El crepúsculo era un chafarrinón cárdeno empapando el cielo, ensuciándolo de una tristeza indecisa y otoñal; y esa misma tristeza se les filtraba a ambos por entre las junturas del alma, como un vinagre corrosivo. Antonio quiso acompañarla hasta su casucha, en los confines de Cuatro Caminos, donde la aguardaba la madre impedida, pero ella lo disuadió de hacerlo, cuando ya la arrastraba la marea de machos en celo que descendía en avalancha hacia los andenes del metro. A uno que se le quedó la mirada prendida en su culo, como al toro se le queda prendida en la muleta, le oyó comentar entre el tumulto:

—Está pa mojar pan la gachí esa.

Y el comentario lo martilleó como una injuria mientras volvía a su tabuco de la calle del Amparo; y lo siguió martilleando luego, tirado en el camastro, con la noche reptando por el techo, que era un mapamundi de humedades, mientras oía los trajines procedentes de una casa de lenocinio paredaña, el traqueteo de los catres descolados, las salacidades de arrieros y truhanes, las carcajadas podridas y los suspiros tísicos de las furcias. Le ardía en el pecho como una úlcera pensar que Carmen también se vería expuesta a salacidades parecidas cuando se camelara a los ricachos que pronto empezarían a desplumar; y le ardía todavía más, como sosa cáustica derramada sobre esa úlcera, pensar que se había empezado a enamorar de la misma mujer a la que se disponía a envilecer, cuando todavía no tendría ni veinte años. Se consoló entonces (pero era el consuelo del que se hace trampas al solitario) pensando que Carmen era invulnerable a cualquier vileza. Y cerró los ojos, como quien echa la tranca a una puerta, para que no lo asaltasen los escrúpulos morales.

Carmen aprendió enseguida a desenvolverse ante los ricachos forasteros en Madrid con una mezcla de melindre y desparpajo, candidez e impudicia, que infaliblemente excitaba su lubricidad. Aprendió también a distinguirlos con la misma prontitud y destreza que el propio Antonio, aprendió a echarles las redes como si llevara toda la vida en el oficio, aprendió a disfrazar de rubor y halagado desconcierto el asco que le provocaban sus avances. Los pescaba en los cafés de la calle de Alcalá, en la red de San Luis o en los aledaños de la plaza de las Ventas, trabando con ellos una conversación incidental que despertaba su olfato depredador. Fingía que una amiga acababa de darle plantón, fingía que pretendía dar esquinazo a unos parientes pesadísimos o a un pretendiente tozudo que hacía oídos sordos a sus desaires, fingía que disfrutaba de unas horas de asueto, aprovechando que los señores a los que ficticiamente servía habían ido al teatro. Para que la impostura resultase más verosímil (y también para envalentonar antes a los ricachones, que para una aventura fugaz preferían a las modistillas y chicas de servicio), evitaba darse ínfulas, dejando clara desde el principio su adscripción a las clases populares; y sólo probaba a fingirse un poco más decente o descocada de la cuenta según el primo se mostrase más embalado o retraído. Cuando por fin lo tenía embaucado (aquí, por lo general, el primo trataba de quitarse la alianza subrepticamente, para que su conquista pareciese más sincera), dejaba que fuese él quien tomara la iniciativa, en lo que a veces se mostraba demasiado expeditivo (y entonces Carmen afectaba una pizca de escándalo, mezclada con una risa nerviosa) y a veces demasiado timorato (y entonces ella terminaba de vencer sus reticencias con arrumacos y carantoñas que no comprometiesen su fachada de chica un tanto desenvuelta, pero nunca licenciada). De este modo, cuando Carmen le proponía dar un paseo por el parque del Retiro, el primo tenía la certeza plena de haber realizado una conquista.

Llegaba entonces la fase más enojosa de la celada, porque camino del Retiro, en la angostura del vagón de metro (que el primo siempre elegía como medio de transporte, para evitar que lo viesen por la calle en compañía de una pindonga), tenía que soportar sus frotamientos subrepticios, que poco a poco lo iban encalabrinando. Y, mientras paseaban por el Retiro, rehuendo siempre los parajes más concurridos y buscando las veredas más recoletas, allá donde el crepúsculo empezaba a borrar los contornos de la fronda, el asedio del primo se tornaba más y más apremiante, los

dedos se le hacían huéspedes y, en general, las últimas barreras del comedimiento se derrumbaban, para alumbrar al tipejo baboso que Carmen hubiese querido infectar de sífilis. Aunque, desde luego, las expresiones de su babosería eran de lo más variopinto y chocante: los había que exponían descarnadamente sus intenciones, ofreciéndole sin requilorios un estipendio más bien miserable a cambio de un revolcón (y con éstos convenía abreviar los prolegómenos, llevándolos cuanto antes a la emboscada); los había, en cambio, que se ponían almibarados y sentimentales, como si necesitasen disfrazar la sordidez de la situación para que su amor propio no quedase resentido; los había, en fin, que probaban a camelarla, dándoselas de simpaticones y galantes (éstos eran, a la postre, los que más grima le daban), en un esfuerzo ridículo por verla rendida a sus pies. A todos los iba poniendo en suerte, con dengues de pavisosa o zalamerías de zorrupia, hasta alcanzar el lugar acordado con Antonio, cuando ya la noche empezaba a fermentar de pecados. Entonces, fingiéndose entregada ya, Carmen echaba a correr entre risas incitadoras y se internaba en la maleza.

—¡A que no me pillas! —retaba al primo, con voz promisoriosa y sofocada.

Y el primo, que ya iba verracón perdido, corría detrás de ella atolondradamente; pero, en efecto, nunca la pillaba porque, apenas se había adentrado en la espesura, Antonio se abalanzaba sobre él y le sacudía con una cachiporra en la nuca, con un tino que para sí hubiese querido el puntillero más ducho de las Ventas, haciéndole perder el sentido. Así, con el primo desmayado entre los arbustos (si no había perdido del todo la consciencia, o amagaba con recuperarla, Antonio le atizaba otro cachiporrazo), procedían a limpiarle la cartera reventona de billetes y a despojarlo de sortijas, gemelos, relojes, alfileres de corbata o cualquier otra alhaja que llevase. Y todavía, a modo de propina, Antonio descalzaba al primo y lo dejaba en paños menores, lo que provocaba en Carmen una mezcla de sentimientos contradictorios, pues a la vez que se sentía resarcida de los manoseos y baboserías que acababa de aguantar, intuía que Antonio se estaba ensañando en demasía.

—Tampoco te cebas tanto, hombre —le reprochaba con timidez.

—Tú déjame hacer, prenda, que de esto sé un rato largo —respondía él, mientras dispersaba las prendas entre la maleza—. Así, cuando despierte, pasará más vergüenza. Y cuanta más vergüenza pase, más ganas tendrá de escurrir el bulto.

—Con el rabo entre las piernas.

—Nunca mejor dicho. Y encogidito como un dedal.

El primo, con su muda requetelimpia y ese gesto de panoli absorto que se le quedaba tras el desmayo, parecía un cadáver amortajado. Sobre el pecho, Antonio le dejaba, antes de poner pies en polvorosa, una nota en tono admonitorio: «Estate calladito, o tu mujer se enterará de todo». Sabía bien que aquellos ricachos marranos temían más que un nublado que se resquebrajase esa fachada de respetabilidad conyugal que habían levantado en torno a sus vicios secretos, pero un recordatorio nunca sobraba. Antonio y Carmen abandonaban el Retiro por direcciones opuestas, y



ya no volvían a reunirse hasta cuatro o cinco días más tarde, después de que Antonio hubiese colocado entre peristas de confianza las alhajas arrebatadas al ricacho. La cita era siempre en la tasca taurina donde habían sellado su sociedad, a eso del mediodía, cuando los tratantes de ganado cerraban sus transacciones, entre gargajos y devotas blasfemias.

—Aquí tienes tu parte, prenda. Te la redondeé hasta llegar a las mil leandras. El salario de cuatro meses de un obrero.

Le pasaba los billetes en un envoltorio de papel de estraza, condecorado de manchas de aceite, que tal vez hubiese servido antes para esconder un chorizo de estraperlo. El redondeo, en realidad, había consistido en asignar a Carmen dos tercios del botín. Era un síntoma de debilidad por parte de Antonio; y no era el único.

—No tenías por qué —se lo agradeció Carmen—. Quedamos en que iríamos a medias.

Antonio se encogió de hombros, haciéndose el desentendido. En apenas un par de meses, habían pegado media docena de golpes que les habían dejado parecidos rendimientos; pero el júbilo que en otras épocas le habrían despertado botines tan sabrosos se le había desvanecido por completo. A Carmen, en cambio, la alegría (o la codicia) le cabrilleaba en los ojos. Se guardó el envoltorio de papel de estraza en el escote.

—¿Y para cuándo el próximo? —preguntó.

—Tal vez deberíamos dejarlo —soltó Antonio, cabizbajo y en un murmullo.

Carmen pegó un respingo, contrariada. Los toreros de los carteles taurinos volvieron sus rostros de degollados hacia Antonio, afeando su cobardía.

—¿Dejarlo? ¿Precisamente ahora, cuando comenzamos a cogerle el tranquilo? ¿Has perdido la chaveta o qué?

Tal vez la hubiese perdido o la estuviera perdiendo. Nunca antes los escrúpulos morales le habían impedido o dificultado el trabajo, ni siquiera cuando saqueaba casas de viudas desconsoladas, allá en los años de la sangre. Pero ahora, de repente, habían comenzado a invadirlo los remordimientos; y por la noche, en su tabuco de la calle del Amparo, cuando arceciaba el trajín en la casa de lenocinio paredaña, los remordimientos se infiltraban en su sueño, como un berbiquí insidioso, hasta envenenarlo de una rabia sorda. No los provocaba la índole de sus actos (desplumar ricachos marranos seguía pareciéndole perfectamente lícito, incluso encomiable), sino las consecuencias que tales actos pudieran tener sobre Carmen. Temía que alguno de aquellos ricachos burlados se tomara cumplida venganza del escarnio, encargando a algún rufián que le pegara una paliza o le marcara la cara con un chirlo; pero todavía temía mucho más que Carmen acabara como aquellas mujeres derrengadas y consumidas de sífilis que se prostituían o agonizaban en el burdel de la calle del Amparo, al otro lado de la pared de su tabuco. Al principio la había creído inmune a la vileza, como un ángel que camina sobre el barro sin mancharse; pero aquella visión seráfica se había desvanecido ya, a medida que Carmen aprendía a

desenvolverse sin remilgos en el papel que Antonio le había asignado, a medida que se habituaba a ser manoseada por aquellos tipejos indeseables. Tal vez se estuviese enamorando de ella; tal vez porque se había enamorado de ella no soportaba su degradación.

—¿No me irás a decir ahora que tienes conciencia? —insistió Carmen con un vago retintín jocoso—. Precisamente ahora que empezaba a perderla yo...

Aquel último comentario lo hirió en lo más hondo, porque íntimamente se sabía culpable de esa pérdida.

—No sé qué es eso de la conciencia... —se defendió como un animal herido—. Lo mío es jindama, canguelo, miedo.

No se esforzó siquiera en resultar creíble; pero pensó que así quizá Carmen cayera en la cuenta de lo que le ocultaba. No encontraba mejor manera de confesar a la mujer a la que previamente había corrompido que se había enamorado de ella. O quizá enamorarse de quien previamente había corrompido fuera una depravación o enfermedad del alma que la expresión verbal repudia.

—¿Miedo tú? Vamos, anda, a otro ratón con ese queso.

—Hemos llevado demasiado el cántaro a la fuente, Carmen. —Antonio hablaba en un murmullo humillado, como el pecador que ha perdido la costumbre de la confesión—. Mejor sería no tentar más la suerte. Tarde o temprano, alguno de esos barbalotes le irá con el cuento a la bofia.

—Pero si tú mismo me aseguraste que jamás lo harían...

—La avaricia rompe el saco, prenda. Hemos juntado parné suficiente para establecernos...

Carmen resopló soliviantada y esbozó un puchero que enseguida se rectificó en un rictus de ira contenida, el mismo gesto —recordó Antonio— que esbozaba cuando la acosaban los chulánganos en las Ventas. Preguntó con un timbre de inquietud:

—¿Establecernos? ¿Qué diantres quieres decir con eso?

El plural introducía un equívoco que la había puesto en guardia. Antonio sintió algo parecido a la humillación del pretendiente que se lleva calabazas:

—Pues dedicarnos a un negocio menos arriesgado, nada más. —Y apostilló, mohíno—: Por supuesto, cada uno por su lado.

Carmen se carcajeó, pero era la suya una risa iracunda:

—¡Acabáramos! O sea, que quieres darme puerta y buscarte otra *consorte*.

El empleo ambiguo del término, que en la jerga de los maleantes designa al compinche, denotaba cierta coquetería que, apenas unos meses antes, habría desarmado a Antonio. Pero ahora le recordaba aflictivamente las mañas que Carmen se gastaba con los ricachos a los que luego desplumaban.

—No es eso, Carmen. Eres el mejor *consorte* que jamás haya tenido en el oficio. —Hizo una pausa, para mirarla con ojos de cordero degollado—. Pero temo por ti, no quiero que te ocurra nada malo...

El rostro de Carmen se había iluminado de un júbilo que Antonio no supo si

atribuir a la sorpresa o a la vanidad.

—¿En serio? ¿Te preocupas por mí?

Asintió, mansote y sin ganas ya de hablar, después de haber mostrado sus cartas. Carmen alargó el brazo y rozó muy levemente su barbilla, como si quisiera hacerle una mamola que se quedó en caricia, o al revés.

—Pues venga, damos un último palo y lo dejamos. Te lo prometo.

Había sinceridad y exultación en sus palabras; y sus ojos parecían cobrar un brillo nuevo. Antonio se ilusionó:

—¿Seguro que no me engañas?

—Trae p' acá la medalla, que te lo jure por la Virgen bendita.

Carmen besó la medalla con una unción urgente, casi socarrona, como los descreídos que hacían cola en el besapié del Cristo de Medinaceli, por poner una vela a Dios y otra al diablo. Pero aquel beso se quedó prendido del latón, como una pavesa o una angina que por las noches le ardía en el pecho, mientras sus pensamientos se internaban en las grutas del insomnio, mientras su tabuco de la calle del Amparo se llenaba con los trajines de la casa de lenocinio paredaña. A veces, Antonio se sorprendía llevándose la medalla a los labios, como si buscara el rastro esquivo de la saliva de Carmen, o abrigándola en su mano, haciendo de su mano un nido que la guareciera de la sordidez ambiental, del traqueteo de los catres desencolados, de las salacidades de arrieros y truhanes, de las carcajadas podridas y los suspiros tísicos de las furcias pobres que, a la mañana siguiente, veía deambular por la calle, con los pintarrajos de la cara descompuestos y los andares medio tullidos, como garabatos humanos o trastos descangallados que alguien hubiese arrojado a la calle, tras mudarse de casa, para solaz de chamarileros. Antonio pasaba entre aquellas mujerucas reprimiendo un escalofrío o una náusea, como quien pasa ante un vertedero o una comitiva fúnebre; pero sus estampas lo perseguían como una premonición, mientras imaginaba a Carmen entre la maraña de gentes ociosas que brujuleaban por la red de San Luis, a la caída de la tarde.

La imaginaba andando con un gracioso contoneo, deteniéndose de tanto en tanto en los escaparates de las tiendas, con ese goce sensual que proporciona a las mujeres guapas hacer volver las cabezas varoniles, bajo la caricia de un sol declinante que entibia la piel y hace bullir la sangre en las venas. La imaginaba abriéndose paso en aquel tumulto de zoco, dardeada por las miradas venatorias de descuideros y ganapanes, de mendigos piojosos y opositores sin novia, de abogadetes lampantes y chupatintas rijosos que guardarían memoria de su talle, cuando de vuelta al hogar tuviesen que satisfacer el débito conyugal con la parienta fondona y desgrenaada. La imaginaba haciéndose la encontradiza, allá por la calle de los Peligros o la plaza de Canalejas, con esos tiparracos con aire de contratista a quienes la cartera reventona de billetes abultaba el pecho. La imaginaba ensayando los dengues, entre pudorosos e incitadores, que él mismo le había enseñado, balbuciendo palabras ruborosas hasta dar con el primo que se ofrecía a acompañarla un trecho en su paseo, fingiendo una

galantería que no era sino el embozo de sus propósitos lascivos. La imaginaba accediendo a sus insinuaciones, al principio con cierta renuencia, incluso con un prevenido escándalo, hasta por fin mostrarse supuestamente vencida ante los halagos y piropos del primo, que para entonces estaría enhiesto y al punto de ebullición, con el raciocinio ofuscado por una batahola de pensamientos turbios. La imaginaba tomando de la mano al primo, haciéndolo sentirse orgulloso de su conquista; la imaginaba celebrando las obscenidades entreveradas de gentilezas que el primo le deslizaría al oído; la imaginaba proponiéndole una visita al Retiro, un paseo por la fronda, allá donde el primo pudiera sobarla sin recato y embadurnarla con sus besos que ya le rebosaban en los labios, como una cornucopia viscosa. La imaginaba montando con el primo en el metro, dejando que el primo se frotara contra ella disimuladamente, sirviéndose de la angostura del lugar y el trasiego de pasajeros, dejando en fin que se empitonara como un morlaco que embiste al bulto. La imaginaba internándose en el Retiro con el primo a su vera, correteando ambos por los senderos del parque, cada vez más intrincados y borrosos; la imaginaba perseguida por la respiración acezante del primo, por su sombra cada vez más alargada y premiosa, a medida que dejaban atrás la romería de gentiles cadetes y señoritas casaderas que se prometían un amor eterno a la luz confusa del crepúsculo, a medida que dejaban atrás el forcejeo de broncos truhanes y criadas retozonas que consumaban un amor urgente a la sombra clandestina de los arbustos, antes de que la última ronda de los guardas los expulsara del parque. La imaginaba dejándose al fin atrapar por el primo, cuando ya las sombras se fundían en íntima amalgama con el silencio, cuando ya alcanzaban el lugar donde Antonio aguardaba agazapado.

—¡A que no me pillas! —exclamó Carmen, a modo de contraseña, con la misma voz promisorio y sofocada que había empleado en anteriores ocasiones.

A Antonio lo humillaba reconocerlo, pero hubiese deseado ser, siquiera por unos minutos, cualquiera de aquellos primos que disfrutaban de lo que a él le había sido vedado. Se consolaba pensando que ya nunca más volvería a padecer aquella humillación, que nunca más Carmen volvería a actuar como cebo para ricachos salaces, que nunca más volvería a emplear aquella añagaza sórdida para desplumar incautos. Así se lo había jurado ella misma ante la medalla de la Virgen del Carmen que Antonio no había dejado de acariciar, como si de un amuleto se tratase, en las horas que había permanecido apostado en la espesura, para matar la desazón de la espera; y ese mismo juramento se lo había obligado a renovar mil veces a Carmen en los últimos días, y él mismo lo había repetido interiormente otras tantas, hasta convertirlo en una letanía que pacificaba sus temores. Pero, apenas distinguió al tiparraco que en esta ocasión última Carmen había engatusado o creído engatusar, Antonio comprendió que sus temores y aprensiones eran en realidad augurios funestos. Era un hombrón de unos cuarenta años, hirsuto y de una envergadura descomunal que dejaba a Antonio, en comparación, reducido a un alfeñique; a simple vista parecía gordo, pero la tirantez del traje revelaba unos brazos encalcados y

robustos y una tripa tensa como el pellejo de un tambor. Tenía un rostro como de terracota, de facciones ásperas y como a medio modelar, que la noche envolvía con un prestigio de ídolo azteca; y en su mirada no brillaba esa especie de lujuria bovina que solía cegar a los otros ricachos que Carmen había conducido hasta allí. Se movía con la agilidad de un simio, y tenía unas manos anchas como serones, manos de leñador o pelotari. Carmen repitió otra vez la contraseña, esta vez en un tono amedrentado, implorando la pronta intervención de Antonio:

—¡A que no me pillas!

Pero no había concluido la frase cuando el tiparraco le largó un guantazo que la derribó con un ruido de rama tronchada sobre la maleza.

—Ya estás pillada, zorra. ¿Has visto qué fácil? Ahora verás lo que es bueno.

Antonio se quedó por un segundo petrificado por el estupor, sin centro de gravedad, como a veces nos ocurre en los sueños. El tiparraco ahora le daba la espalda, mientras se aprestaba a alzarle las faldas a Carmen, desmadejada y sollozante. Los hombros casi le reventaban las costuras del traje; y el pestorejo le asomaba por encima del cuello de la camisa, como un tubérculo fiero y palpitante.

—¡Antonio, por Dios! —se desgañitó Carmen—. ¿A qué esperas?

Era la suya una voz magullada, en la frontera misma del desmayo, que acentuó todavía más la impresión de irrealidad que paralizaba a Antonio. Una luna blanda como la cara de un niño linfático se escondía entre las nubes.

—¡Vaya! ¿Conque llamas a un compinche, eh? Pues parece que esta vez te ha fallado —se choteó el tiparraco, pateando su vientre con una suerte de furia metódica.

Carmen ya navegaba en las aguas de la inconsciencia, reducida a un gurrño de carne, cuando Antonio por fin salió de su escondrijo, enarbolando la cachiporra; se notaba sin pulso y sin vigor, como si lo hubiesen vaciado de sangre, o como si habitara un cuerpo que no era el suyo. Antes de que pudiera descargar su golpe, el tiparraco ya se había vuelto para detenerlo, con una sonrisa desdeñosa en los labios. Agarró a Antonio de la muñeca y le sacudió un cabezazo en el plexo solar que lo dejó sin respiración, derribándolo. Mientras Antonio boqueaba en el suelo, el tiparraco todavía propinó otra patada a Carmen, que ni siquiera emitió una queja y se encogió sobre sí misma, como una marioneta sin hilos. Un segundo después, el tiparraco volvió con Antonio y se abalanzó sobre él, atenazándolo con la prontitud de un resorte y descargando sobre su cabeza un pedrisco de puñetazos que fracturó sus pómulos, dislocó su mandíbula e hizo retumbar las paredes de su cráneo. Aturdido y casi sin aliento, con la boca colmada de sangre y esquirlas de dientes, Antonio notó que las manos del gigante buscaban su garganta, mientras con todo su peso —que era el peso de un planeta— lo aplastaba e inmovilizaba.

—¿A quién queríais engañar, escoria? ¿Pensabais que me chupo el dedo? —masculló el tiparraco con la boca pegada a su oído, saboreando con delectación las palabras como si fuesen caramelos.

Tenía un aliento de légamo hediondo que actuaba como cloroformo sobre su

conciencia, o sobre los escombros de conciencia que aún le restaban. El tiparraco aflojó por un instante su presión sobre la garganta de Antonio, al reparar en la medalla de la Virgen del Carmen que pendía de su cuello; trató de leer la inscripción del reverso, mas en vano, pues la luna había terminado por escabullirse medrosa entre las nubes. Contrariado, el tiparraco arrancó la medalla de un mordisco y, tomando la cadena rota con ambas manos, la usó a modo de soga para ahorcarlo. Antonio sentía, a medida que perdía el resuello, la tirantez del hilo de metal rasgando su piel, hincándose en su carne como un cuchillo en la mantequilla; pero era una sensación casi grata, como de abandono o liberación. Antes de cerrar los párpados contempló por última vez las facciones de su agresor, abrillantadas de un sudor casi lúbrico, con los carrillos sacudidos por un temblor de frenesí que exageraba su aspecto de ídolo selvático o ancestral y la medalla de latón, que mordía hasta deformarla, relumbrando en su dentadura como una lengua burlona. Algo líquido le anidaba en los ojos, una tela móvil y opalina, como la membrana ocular de los pájaros y los gatos; o tal vez sólo fuese la veladura del placer que transporta al asesino, mientras sus víctimas agonizan a su merced. También Antonio lo veía entre veladuras, cada vez más borroso y lejano, cada vez más anegado de sombra, a medida que se quedaba sin aire. Pataleó, impotente, en los espasmos de la asfixia; y, entonces, como por milagro, se aflojó la presión sobre su garganta.

Oyó, entre las nieblas de la inconsciencia, un golpeteo sordo, como el del azadón que se clava en la tierra húmeda; y sintió el repentino peso de un árbol talado sobre su pecho. Acompañando el golpeteo sordo, oyó también una voz entrecortada, rabiosa y sollozante a un tiempo, que tardó en identificar con la de Carmen. Todavía sin aliento, trató de incorporarse; pero se lo impedía aquel peso muerto que se vaciaba de una sangre espesa y caliente como la lava, una sangre que le empapaba la camisa y le salpicaba el rostro como un riego por aspersión. Abrió al fin los ojos, y vio a Carmen, descompuesta como una bacante, con las manos enguantadas de sangre y entre las manos una navaja que descargaba una y otra vez sobre el cogote del tiparraco, sobre aquel pestorejo que unos minutos antes le había parecido un tubérculo fiero y palpitante y ahora se había quedado reducido a un picadillo de carne sanguinolenta, una y otra vez acuchillado por Carmen, sañuda y pertinazmente acuchillado, como en un rito sacrificial que exigiera a sus oficiantes una embriaguez de los sentidos más allá de la mera furia, más allá del dolor y del júbilo.

—Para ya, mujer —susurró, temeroso de infringir ese rito—. Está requetemuerto, para ya.

Carmen todavía descargó media docena más de golpes, mientras sus sollozos se iban adelgazando hasta fundirse con su respiración acezante. Tiró al suelo la navaja, como si le quemara en las manos chorreantes de sangre, que miró con perplejidad y horror. Antonio la abrazó en silencio, para aplacar las convulsiones que descoyuntaban su cuerpo; el corazón le latía atropelladamente, como un animal en cautiverio que arremete contra los barrotes de su jaula.

—Ya pasó todo, prenda, ya pasó todo —le repetía, a modo de exorcismo; pero sabía que aún tendrían que pasar muchas cosas—. Ya, ya, ya.

Y Carmen se apretaba contra su pecho, con el rostro pegado a su camisa empapada de la sangre del tiparraco, para sofocar su llanto. La luna cobardona había vuelto a asomar fugazmente entre las copas de los árboles, como si quisiera rebozar el cadáver con una capa de yeso o albayalde.

—Lo siento, Antonio, lo siento de veras. Yo fui quien me empeñé...

Le puso un dedo en los labios. Desgreñada y tiznada de sangre, Carmen tenía algo de virgen rescatada de un martirologio.

—Tú fuiste quien me salvó la vida. Ahora tenemos que desprendernos de ese cabrón.

Antonio miró el cadáver del tiparraco sin odio, o con un odio estrictamente profesional, como el estibador miraría la carga que va a echarse sobre las espaldas. Palpó a ciegas la hierba, hasta dar con la navaja que Carmen había empleado para apuntillarlo y la cadena de la medalla. Un miedo caudaloso se repartió de súbito por sus miembros; saltó sobre el tiparraco y le abrió la boca hasta quebrarle la mandíbula.

—¿Qué haces? —preguntó Carmen, todavía sin comprender.

—La medalla. El muy cabrón se ha tragado la medalla.

Con los dedos hurgaba hasta más allá de la úvula. Después de quebrarle la quijada no le hubiese importado arrancarle la lengua, eviscerarle el estómago y las tripas, con tal de recuperar la medalla en la que estaba grabado su nombre. Empuñó la navaja, dispuesto a abrirlo en canal allí mismo; pero la noche tenía una densidad de tinta que hacía inútil tan macabro empeño. En su lugar, extrajo la cartera del bolsillo interior de su chaqueta y la vació del fajo de billetes, que tendió a Carmen. Ella inició una tímida protesta.

—Ya haremos cuentas —la cortó—. Escúchame bien. Te vas a marchar a casa de inmediato. Yo me desharé del cadáver.

—¿Cómo?

—Lo arrojaré al estanque. Tú ahora vete. Ya me las arreglaré yo solo.

Se guardó la cartera del tiparraco, mientras Carmen limpiaba en la hierba la navaja. La tensión actuaba a modo de anestesia sobre sus miembros contusionados, sobre sus huesos rotos, sobre las magulladuras y excoriaciones de su rostro; pero al moverse se sentía tumefacto, como si una capa de grueso corcho tapizase su piel. Acarició el rostro de Carmen, que adivinó en la oscuridad desfigurado como el suyo.

—¿Me has oído, prenda? Es importante que sigas mis instrucciones. Te vas a casa y procuras estarte quietecita durante un par de semanas. Ante todo, no hagas nada por buscarme. Ya me reuniré contigo cuando las cosas estén tranquilas. ¿De acuerdo?

Ahora sostenía muy delicadamente su barbilla, para sentir sus cabeceos de asentimiento, compungidos y apenas perceptibles. La idea de la complicidad con la mujer amada, el peligro y la responsabilidad compartidos, la posibilidad del mutuo sacrificio llenaban su corazón de un calor tonificante y nuevo. Se avergonzó de

albergar ese consuelo, cuando el crimen que acababan de cometer le exigía, ante todo, frialdad.

—¿De acuerdo? —repitió.

Carmen cabeceó con mayor determinación, tragándose los reparos y los sollozos. La ayudó a alzarse.

—Nadie puede relacionarte con él. Aunque os hayan visto paseando juntos, la gente no suele fijarse en esas cosas.

Lo decía por tranquilizarla y por tranquilizarse, pero íntimamente sabía de sobra que la gente puede llegar a fijarse en las cosas más insospechadas y peregrinas. La empujó muy delicadamente, invitándola a marchar.

—Seguiremos juntos, Antonio. Juntos para siempre —dijo Carmen, a modo de despedida.

Y le dio un beso aturullado que se le quedó latiendo en las comisuras de los labios, como una calentura. Esa expectativa lo llenaba de una dicha intrépida y lavaba extrañamente sus aprensiones. Carmen buscó su bolso entre la maleza, guardó en él los billetes y la navaja y se limpió las manos y el rostro con un pañuelo, después de ensalivarlo; luego, se adentró en la espesura, evitando mirar el cuerpo que yacía en el suelo, como si se avergonzara de la furia que unos minutos antes la había poseído. Antonio aguardó quieto un rato, sin mover un solo músculo, aguzando el oído para distinguir los andares vacilantes de Carmen entre el rumor amortiguado de la ciudad. La imaginó colándose entre los barrotes de la verja que circundaba el Retiro por el mismo lugar que ya en otras ocasiones habían empleado para escapar, la imaginó eligiendo calles poco concurridas, apretando el paso para esquivar el escrutinio de los serenos y el merodeo de los borrachos, hasta desembocar en la calle de Alcalá y tomar un taxi a Cuatro Caminos. Rogó a Dios que la permitiera salir con bien del envite; y que la protegiera en los días sucesivos, hasta que pudieran estar otra vez juntos. Juntos para siempre.

La noche traía hasta su rostro una brisa afilada y desinfectante, premonitoria del otoño, que avivaba el escozor de sus heridas. Lo asaltó la tentación de abandonar allí mismo el cadáver del tiparraco, como las culebras abandonan su antigua piel, olvidadas de sus fechorías pasadas; pero enseguida recordó que guardaba en sus entrañas la prueba que podría incriminarlo. Antonio le hurgó los bolsillos del traje, en busca de cualquier vestigio que facilitara su identificación, pero apenas encontró unas pocas monedas sueltas y la infalible alianza de boda que todos aquellos ricachos venidos de provincias se quitaban antes de lanzarse a sus conquistas en la capital. Sin asomo de lástima, Antonio pensó en la mujer, seguramente sojuzgada y marchita, que acababa de estrenar una viudez benéfica; y sintió, incluso, algo parecido a la vanidad satisfecha del filántropo que libera a un cautivo. Cargó con el tiparraco sobre las espaldas, como en los mataderos cargan con las reses abiertas en canal; el cadáver tenía una rigidez casi mineral, salvo la cerviz acribillada de navajazos, que favorecía el bamboleo de su cabeza, convertida en una especie de badajo sordo. Tras detenerse



a recuperar el resuello varias veces, Antonio alcanzó por fin el embarcadero del estanque; y sobre una de las barcas allí amarradas, que durante el día empleaban los enamorados en sus singladuras cursis, arrojó el cadáver. Antes de subirse él mismo a la barca, recolectó unas cuantas piedras de mediano tamaño de un camino en reparación. Había leído en alguna crónica de sucesos que los cadáveres arrojados al agua, después de hundirse, ascienden otra vez a la superficie, cuando sus tejidos empiezan a pudrirse e hincharse de gases; y pensó que, embutiendo algunas piedras en el traje del tiparraco, evitaría ese ascenso, o al menos lo diferiría hasta que la descomposición y la voracidad de los peces (los mismos peces negruzcos y viscosos que acompañaban a los enamorados en sus singladuras cursis, reclamando una porción de su merienda) hiciesen irreconocibles sus rasgos. Rellenó de piedras los bolsillos del traje, el enfaldo de la bragueta y los fondillos del pantalón; y hasta la quijada descoyuntada le sirvió para encajar otra piedra entre los dientes. Después, soltó las amarras de la barca y remó hasta el centro del estanque; el chapaleo de los remos ritmaba el pulso de su sangre, la palpitación creciente del dolor en las costillas quebradas, en los miembros contusos, en el rostro tumefacto y roto. Pero era un dolor vivificante, casi placentero.

Empujó el cadáver al agua, como quien se libera de un fardo de pecados en el confesionario, y lo empujó con un remo hacia el fondo, para evitarse esa última mirada implorante que tienen los muertos con plaza reservada en el infierno. El cadáver del tiparraco descendió lentamente hacia su lecho de cieno, donde serviría de pitanza a los peces, dejando tras de sí rosarios de burbujas que extraviaban las cuentas por el camino. La barca, que había estado a punto de volcarse al desprenderse de aquel peso muerto, amortiguaba poco a poco su balanceo; Antonio, exhausto, se dejó mecer por ese balanceo, tumbado boca arriba y con los brazos en cruz, antes de regresar al embarcadero. Una lechuza ululaba a lo lejos, llenando la noche con su lamento telúrico. Arriba, las estrellas urdían su mapa jeroglífico; y Antonio carecía de brújula para orientarse.

También los desconchones y manchas de humedad que historiaban el techo de su tabuco componían un mapa jeroglífico; también los gemidos de las putas desahuciadas en el burdel paredaño llenaban la noche de lamentos telúricos. En los días siguientes, Antonio apenas se movió del camastro, para favorecer la soldadura de las costillas quebradas; y, cuando salía a la calle a comprar los periódicos del día, lo hacía muy de mañana, antes de que empezara el trasiego de gentes, para que nadie reparara en las descalabraduras y moratones que afeaban su rostro. Apenas podía conciliar un sueño mínimamente reparador, aquejado por los dolores; y, cuando los dolores dieron en remitir, en su sueño se infiltraban como vapores venenosos los recuerdos de aquella noche funesta. Combatía la sensación de angustia que lo asediaba curándose las heridas con emplastos caseros; y leía los periódicos de cabo a rabo, empezando por la sección de sucesos, sin descuidar ni una sola gacetilla, en busca de la noticia que anunciase la aparición de un cadáver en el estanque del Retiro.

Pasaban los días y la noticia no aparecía. Al principio, ese silencio exacerbaba su inquietud: despertaba a deshoras, acuciado por una ansiedad que le oprimía el pecho con la sombra de un infarto; y esa ansiedad no remitía hasta que bajaba al quiosco, de amanecida, para comprar otra vez los periódicos. Pero, poco a poco, se convenció de que tal vez el crimen nunca fuera descubierto, o de que lo fuera cuando el cadáver, devorado por los peces y por la corrupción, ya no pudiese ofrecer pista alguna a los forenses, cuando la medalla de latón que escondía en las tripas hubiese quedado sepultada en el cieno del fondo, cubierta de óxido y verdín, como una reliquia indiscernible. Antonio, por supuesto, se había deshecho de las pertenencias del tiparraco, así como de las ropas, ensangrentadas y hechas jirones, que él llevaba en la noche funesta, arrojándolas al chubesqui con el que calentaba su tabuco; y, a medida que sus heridas restañaban, crecía en él la confianza de que el crimen quedase impune. Hasta sus sueños empezaron a ser plácidos, o siquiera inmunes, felizmente inmunes, a los vapores venenosos que en las primeras semanas los infectaban. Y en sus sueños siempre aparecía, como una tierra de promisión, el fantasma grato de Carmen.

Juntos para siempre. Se repetía una y otra vez, en una letanía alborozada, aquellas palabras que Carmen le había dicho a modo de despedida en el Retiro; las repetía

antes de quedarse dormido, a modo de ensalmo protector, y repitiéndolas de nuevo al despertar lograba hacer más llevadero su encierro. Aquellas palabras eran la brújula que el mapa jeroglífico de su vida precisaba para hacerse inteligible; y, con frecuencia, se sorprendía urdiendo sonrojantes proyectos conyugales para un futuro que se vislumbraba cercano, o repasando la sección de anuncios por palabras de los periódicos, en busca de algún negocio que se traspasara o de algún local que se ofreciese en alquiler por un precio módico. Y, cuando encontraba alguno que se ajustaba a sus pretensiones, lo señalaba con lápiz y arrancaba la hoja del periódico, que doblaba muy esmeradamente y guardaba en el cajón de la mesilla, como quien guarda una garantía fiduciaria. Anticipaba el día, cada vez más próximo, en que por fin se decidiera a quebrantar su encierro y visitar a Carmen en su casa de Cuatro Caminos; el día en que ella se arrojase a sus brazos, llorosa y aliviada como él mismo, y le presentase a su madre impedida, a la que tendría que ganarse sin adulaciones ni aspavientos, demostrándole que el amor que profesaba a su hija era sincero y a prueba de veleidades. Y de nada estaba tan seguro como de poder probarlo.

En sus ensoñaciones insensatas, trataba de convencerse de que el recuerdo de aquella noche funesta, lejos de constituir un impedimento a su amor, se convertiría en cimiento de su fortaleza. Pero aquí su fantasía titubeaba, porque algo le decía que los consorcios de vida no funcionan como las sociedades criminales; y que lo que en una sociedad criminal actúa como amalgama en un consorcio de vida actúa como disolvente. Para distraer estas aprensiones, se engolfaba en la lectura de los periódicos, que por aquellos días dedicaban varias páginas a las batallas que se libraban en el frente ruso. El tono exultante con que, apenas un año antes, se celebraban los avances del ejército alemán y la anhelada derrota del comunismo había sido sustituido por otro mucho más cauteloso, erizado de reticencias y recelos; y la germanofilia desatada de antaño había cedido paso a una ambigüedad o tibieza calculada en la que no faltaban alusiones poco halagüeñas a una maniobra con la que Hitler, atascado en Leningrado y fracasado en su intento de alcanzar Moscú, trataba de apoderarse de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. De los divisionarios españoles nada se decía, salvo que permanecían embarrancados en el sector de Leningrado; y con esta escueta mención tranquilizadora se despachaba la participación nacional en la guerra, tan magnificada mientras parecía segura la victoria alemana. La División Azul, que había inspirado las más encendidas loas entre los turiferarios del Régimen, se había convertido ahora en una enojosa rémora que dificultaba o hacía inverosímiles los esfuerzos de neutralidad y las aproximaciones discretas a los aliados; y, aunque veladamente, ya se empezaba a hablar de su desmantelamiento.

Los divisionarios que volvían de Rusia, relevados después de padecer mil penalidades en el frente, a menudo mutilados por la artillería enemiga o víctimas de la congelación, no eran jamás entrevistados, independientemente de que regresaran

desengañados o irreductibles en su lealtad a los viejos ideales. La neutralidad pregonada por el Régimen exigía a los periódicos un deber patriótico de silencio; y los periódicos, indesmayables en su patriotismo, se inventaban mil historias de «candente actualidad» que mantuvieran entretenidos a sus lectores, sin necesidad de que la censura se las inspirase: un día era la rivalidad entre dos toreros que se disputaban los favores de una cupletista que de buena gana se hubiese repartido entre ambos; otro día era la rivalidad entre dos equipos de fútbol que se disputaban el fichaje de un delantero que se debatía entre la querencia del corazón y la querencia del monedero (siempre más pujante esta última). No faltaban tampoco las estampas costumbristas y castizas, tan del gusto nostálgico del españolito medio: las tribulaciones de un organillero de Chamberí que ya no encontraba piezas de recambio para su organillo; las habilidades reposteras de las monjas salesas del convento de la Visitación; el fallecimiento de la castañera que cada otoño instalaba su puestecillo en la plaza de la Cebada; la limpieza del estanque del Retiro decretada por el Ayuntamiento.

Allí estaba la noticia. A dos columnas: «Vacían el estanque del Retiro para limpiar el cieno del fondo, que en algunas zonas alcanzaba medio metro de grosor».

Antonio pegó un respingo, golpeado por la incredulidad. A la incredulidad siguió una reacción pánica: sintió la pululación del miedo, como un río que se desborda o un hormiguero en desbandada, invadiendo cada célula de su cuerpo. Arrojó el periódico al suelo y se levantó del camastro como poseído por el azogue; la sangre le batía las sienes, le bataneaba las sienes, como la galerna golpea con su oleaje el malecón. De repente, las paredes de su tabuco parecían estrecharse, el suelo perdía consistencia, sus piernas se tornaban arenosas, una niebla arácnida le anegaba los pulmones, impulsada por los latidos desbocados de su corazón. Volvió a tumbarse, incapaz de tenerse en pie, y probó a respirar hondo, una, dos, tres veces, como el buzo que emerge después de una larga zambullida. Pensó absurdamente que todo había sido una alucinación, fruto del encierro y el aislamiento.

Tomó otra vez el periódico. Pero la noticia seguía allí.

El cronista refería las labores de dragado del estanque con una suerte de inocente minuciosidad. Los limpiadores municipales se habían tropezado, al vaciarlo, con una auténtica Atlántida del deshecho: más de cuarenta mesas, doscientas sillas, papeleras, carritos de bebé, varias urnas cinerarias y hasta una caja de caudales descerrajada; y, por supuesto, infinidad de objetos menudos e incongruentes: bolsos y zapatos, gafas y botellas, navajas y fiambreras, anillos de compromiso y alianzas matrimoniales, relojes de pulsera y jabonetas, como una escombrera de bazar que aguardase el inventario de un arqueólogo o un chamarilero. Tras la enumeración caótica, el cronista probaba a hacer poesía de pacotilla, imaginando los avatares que habrían corrido tales objetos, antes de quedar arrumbados en aquel cementerio sumergido. Tal vez para tranquilizar a los miembros de alguna sociedad protectora de animales, se especificaba que los cientos de carpas halladas en el estanque, algunas del tamaño de

atunes y más longevas que Matusalén, habían sido trasladadas a un acuario, hasta que concluyese el dragado y el agua del estanque fuese otra vez repuesta. «Aún falta por remover el cieno del fondo, acumulado durante décadas —añadía el cronista—. Se ruega a los madrileños que se abstengan de pasearse sobre este lecho de inmundicias, pues podrían cortarse un pie y contraer una infección».

Y con esta recomendación tan estrambótica concluía la crónica. Ni palabra del cadáver. Como si se lo hubiese tragado el cieno. O las carpas.

Nunca hasta entonces había experimentado Antonio esa suerte de curiosidad malsana que impulsa a algunos criminales a regresar al lugar donde perpetraron su crimen. Tal reacción la hubiese juzgado hasta un segundo antes un síntoma de debilidad delatora; pero ahora esa curiosidad malsana se le imponía apremiante, como una necesidad, tal vez porque albergaba, en medio de su ofuscación, la secreta esperanza de que tan rocambolesca noticia fuese en realidad apócrifa, una tomadura de pelo o chascarrillo que anticipaba en tres meses las inocentadas navideñas. O tal vez, incluso, Antonio aguardase una resolución inverosímil o milagrosa del episodio: por ejemplo, que el cadáver del tiparraco hubiese desaparecido como por arte de ensalmo; que la podredumbre de las aguas hubiese acelerado su descomposición; que la voracidad de las carpas hubiese dejado su esqueleto mondo y lirondo; que con el trasiego del dragado el cadáver hubiese acabado en cualquier vertedero de las afueras, mezclado con otras inmundicias sin dueño. Empezaba a declinar la tarde cuando llegó al parque del Retiro; era la hora predilecta de los enamorados, la hora en que las señoritas de buena familia se dejan cortejar por los petimetres y las criadas retozonas se dejan sobetear por los tunantes. Pero aquella tarde las ceremonias asiduas del cortejo y el apareamiento habían quedado suspendidas. Había en el aire una pesantez húmeda, casi tropical, que se tornaba fétida y viscosa en las proximidades del estanque. Antonio se hizo un hueco entre los curiosos que se agolpaban sobre la barandilla, siguiendo las labores de limpieza de los empleados municipales.

—Menuda peste —dijo, por pegar la hebra con uno de aquellos curiosos—. Pues sí que tenía que haber mierda ahí dentro...

—Para parar un tren —entró al trapo el desconocido—. Cuatro horas llevo aquí y no han parado de sacar cachivaches. ¡Y qué cantidad de bichos muertos, no se lo puede imaginar!

Una excavadora se había quedado atollada en mitad del estanque, como un dinosaurio paralítico. Un grupo de operarios trataba de empujarla, pero las ruedas patinaban en el lodo al girar, embadurnando con sus salpicaduras a cuantos se congregaban en su derredor.

—¿Bichos? ¿Qué tipo de bichos?

—Todo tipo de bichos. Gatos y perros a punta pala —repuso el curioso—. La gente tiene muy malas entrañas; y cuando se cansa de un animal viene aquí y lo ahoga. ¡Y crías no digamos! Camadas enteras han sacado.

Las nubes de mosquitos alcanzaban densidad de hollín sobre el lecho del

estanque. Antonio dirigió la mirada hacia el lugar donde creía haber arrojado el cadáver del tiparraco; observó que el cieno había sido removido por esa zona y amontonado como estiércol.

—¿Y fiambres no han encontrado? —inquirió todavía Antonio.

Volvía a sentir la pululación del miedo, como un hormiguero en desbandada. El curioso apuntó hacia un grupo de hombres que no vestían mono de dril, a diferencia de los operarios. Llevaban las manos enguantadas, y alguno ni siquiera se había quitado el sombrero.

—¿Ve a esos tipos que caminan encorvados? Yo diría que son de la bofia. No sé qué andarán buscando, pero no me huelo nada bueno. Claro que a ver quién es el bonito que huele algo bueno en medio de esta peste.

Antonio trató de sonreír; pero, al hacerlo, sintió que los labios se le resistían, como si estuviesen cosidos con varios puntos de sutura. El curioso con el que había pegado la hebra era un hombre pálido y enjuto, de mirada escrutadora y bigotillo fino como una lombriz. Vestía una chaqueta floja que se le abolsaba debajo de los sobacos; y en el sobaco izquierdo se le adivinaba un extraño bulto, como si le hubiese crecido una buba. Antonio trató de afectar calma, pero la sangre volvía a batanearle las sienes.

—Y que lo diga. Casi se marea uno —murmuró.

Y se apartó de la barandilla, dejando el sitio a otros curiosos que pugnaban por hacerse un hueco. El desconocido se volvió, como para hacerle un vago gesto de despedida; había en sus ojos un súbito brillo suspicaz, y un leve fruncimiento en sus labios que hacía vibrar las guías de su bigotillo. Antonio a duras penas se sostenía sobre las piernas, que volvían a ser de arena; pero fingió unos andares despreocupados hasta donde supuso que alcanzaría el escrutinio del desconocido, a quien ya había identificado —quizá un tanto paranoicamente— con un policía de incógnito. Luego, recordando el bulto de su chaqueta debajo del sobaco, arrancó a correr como un poseo por los senderos más intrincados del Retiro. Se habían esfumado sus últimas y peregrinas esperanzas: el cadáver del tiparraco había sido sin duda descubierto; tal vez, incluso, para entonces ya le hubiesen practicado la autopsia, y encontrado la medalla de latón que los conduciría hasta él. Antonio no tenía conciencia de estar inscrito en ningún censo municipal y carecía de antecedentes penales; pero la medalla llevaría hasta la inclusa de Embajadores a los maderos, que no tendrían más que indagar entre mangantes y descuideros para dar con su paradero. Tenía que llegar al tabuco de la calle del Amparo antes que los maderos, para recuperar el dinero de los últimos palos y desaparecer por algunos meses; con dinero podría abrir muchas puertas, y también cerrarlas con siete llaves a sus perseguidores.

La noche descendía sobre el barrio de Lavapiés como una mortaja sucia. Era esa hora malencarada en que se empiezan a borrar los contornos de las cosas, en que se ahonda la penumbra de los portales y los adoquines del pavimento empiezan a exudar

un brillo mugroso, como si anhelasen el refresco de una sangre anónima; la hora en que los gandules y las busconas salen a darse un garbeo, en pos de algún despistado al que poder sablear, o tal vez hincar la navaja. Pero aquella noche las callejuelas de Lavapiés parecían atenazadas por un misterioso toque de queda; y de las ventanas de las casas, con las persianas bajadas como crespones y las macetas de geranios mustios como crisantemos, no brotaba el guirigay de radios encendidas, trifulcas conyugales y niños llorones característico del barrio, sino apenas un bisbiseo como de responso o conciliábulo. Entendió la razón cuando, desde lejos, vislumbró el tumulto que se había organizado en la calle del Amparo, a la altura del edificio donde se hallaba su tabuco: distinguió un coche con el motor ronroneante apostado ante el portal, uno de esos coches camuflados que la bofia usaba por discreción en sus pesquisas y prendimientos (y que, paradójicamente, resultaban más reconocibles que los propios coches celulares); y, en derredor del coche, un corro de vecinos que se hacían lenguas entre sí y se explicaban ante un par de agentes de aspecto adusto o sólo circunspecto. Antonio distinguió también a varias putas de la casa de lenocinio paredaña, cariacontecidas y súbitamente pudorosas, envueltas en mantas y toquillas que tapaban sus vergüenzas y con ese aire de ofendido pasmo que se le queda a la gente cuando descubre que en su vecindad vive un asesino al que siempre habían tomado por un don nadie.

Antonio retrocedió con pasos sigilosos antes de ser visto, evitando correr esta vez, para no atraer la atención de los vecinos. Extrañamente, ahora que se confirmaba que su crimen había sido destapado, lo embargaba una tranquilidad que disolvía las zozobras de las últimas semanas. Sabía que todo estaba perdido: en el tabuco los maderos hallarían el dinero reunido en los últimos palos, que ingenuamente había ahorrado con la esperanza de establecerse y fundar algún negocio con Carmen; y ese dinero serviría para incriminarlo definitivamente. No tardarían en pillarlo, en llevarlo ante un tribunal, en condenarlo a garrote; pero le restaba el consuelo de saber que no podrían encontrar nada en el tabuco que inculpase a Carmen. Enseguida este consuelo se tiñó de despecho y amargura, pues si en el tabuco no iban a encontrar ningún vestigio que lo relacionase con Carmen no era porque él antes se hubiese asegurado de destruirlo, sino simplemente porque nunca había poseído nada que fuera de Carmen, nada que testificara su amor nunca formulado. Un amor sin reliquias es un amor imaginario, sostenido sobre el vacío; y esta certeza lo anegaba de una aflicción mucho más lacerante que su recién adquirida condición de prófugo. Por un instante, pensó (pero sus pensamientos se habían desbocado, en tropel confuso) que debía despedirse de Carmen antes de desaparecer; pensó que un abrazo de Carmen, premioso como el de una novia que se despide en el andén del soldado que marcha al frente, bastaría para aliviar su aflicción; pensó que verla por última vez, escuchar su voz quebrada, consolar su llanto o fundirse con él, infundiría sustancia a ese amor quimérico y fortaleza a las largas noches de ausencia que se avecinaban. Pero enseguida desestimó esta idea, por desquiciada o vanamente sentimental. Había

decidido cargar sobre sus espaldas, sin involucrar a Carmen, el crimen cuya responsabilidad compartían; y tendría que actuar en consecuencia hasta el fin. Para dilatar ese fin sólo le restaba la huida. Pero ¿adónde?

Se imaginó, como un polizón o un buhonero, viajando en trenes sonámbulos, durmiendo en despoblados, escondido en las fragosidades de la sierra, como esos maquis ilusos que entretenían los juegos cinegéticos de la Guardia Civil. Se imaginó perdido en el anonimato de la muchedumbre, emboscado detrás de alguna identidad robada, mendigo en hospederías de caridad, temeroso siempre de las sombras que se agazapan al fondo de la noche, huidizo de la mirada escrutadora o desconfiada de los desconocidos. Antonio empezaba a comprender, o siquiera a barruntar, en qué consistía la vida del prófugo, solo ante la vastedad del universo, solo ante el silencio de Dios, acechado por un monstruo de mil ojos que tal vez sólo fuese el espectro del miedo, o la proyección de sus remordimientos; y notaba cómo su ánimo se encogía como un caracol en la concha, retraído ante una suerte de horror metafísico. Había dejado atrás las grutas de Lavapiés; al desembocar en la calle de Alcalá, ese horror se hizo más ensañado y pujante, como si la magnitud de los edificios que se erguían en ambas aceras agigantase su insignificancia.

La noche tenía un no sé qué de barracón ruinoso, subrayado por el petardeo de los gasógenos y las restricciones eléctricas. Sólo en la confluencia con la avenida que los madrileños siempre habían llamado Gran Vía, pese a los sucesivos bautismos forzosos impuestos por la coyuntura política (avenida de Rusia en los años de la sangre, ahora avenida de José Antonio, en honor al mártir de la Falange), había un edificio que se atrevía a desafiar o infringir tales restricciones. Era la Secretaría General del Movimiento, desde cuyos balcones Ramón Serrano Suñer, el cuñadísimo de Franco, disfrazado de Conde Ciano, con impoluto uniforme blanco y gafas ahumadas, había pronunciado la célebre sentencia condenatoria: «¡Rusia es culpable!». Y, al conjuro de aquellas palabras, una multitud enardecida había enarbolado un bosque de banderas y desfilado al compás del *Cara al sol*, cuyos versos brotaban de las gargantas como un rugido jubiloso, ebrio de venganza o renacido orgullo, y ascendían al cielo como ofrendas votivas. Al calor de las soflamas, decenas de miles de jóvenes se habían alistado en los banderines de enganche, deseosos de incorporarse como voluntarios a la campaña militar que Alemania había lanzado contra la Unión Soviética, que se presumía fulminante, como todas las que hasta la fecha había lanzado Hitler. Desde entonces, ni siquiera había transcurrido año y medio; pero en tan corto lapso, Rusia se había revelado inexpugnable: allí sucumbía el ejército alemán, entre una mortandad pavorosa; allí la División Azul se desangraba lentamente, entre escaramuzas que la diezmaban, relevos que nunca llegaban y el creciente desapego de Franco, que no había vacilado en defenestrar a su otrora todopoderoso cuñadísimo, en un guiño a los aliados. Ya sólo los falangistas más tozudos o exaltados confiaban en la derrota de los rusos; y, poco a poco, esos falangistas iban siendo despojados de mando, o despachados a



provincias, como mercancías averiadas. Pero todavía alguno se resistía al traslado y a la domesticación; todavía alguno confiaba en el regreso de las banderas victoriosas. Tal vez sólo fuese el estertor de un idealismo trasnochado, o un aspaviento de bravuconería.

—Los franceses elevaron la razón a un pedestal, como si fuera una diosa. Nosotros tenemos que elevar la fuerza.

Se había formado, junto al portal de la Secretaría General del Movimiento, un corro de falangistas jovenzuelos y chillones, tal vez quince o veinte, uniformados con la camisa azul mahón que no lograba ocultar su procedencia burguesa y universitaria. Se les iba toda la fuerza por la boca, como suele ocurrirles a quienes viven entre libros; y hablaban por los libros que habían leído, que eran pocos y teorizantes.

—La fuerza es más hermosa que la razón —decía uno.

—¿Y quién sabe si la verdadera razón no será la razón de la fuerza? —proponía otro.

—La fuerza es más poderosa que la razón, y más justa —retrucaba otro más, enardecido por la liza verbal—, porque brota cuando la razón se ha excedido y extralimitado.

—Es que la fuerza es la expresión verdadera de la justicia. Lleva en la punta de las bayonetas la justicia de Dios.

Y así prosiguieron durante unos minutos, enzarzados en una logomaquia o juego de sentencias floridas. Mediante tales alardes retóricos competían por emular al doncel José Antonio, que al menos había defendido aquellas entelequias con la propia vida, al igual que los voluntarios que habían marchado a Rusia, sus discípulos de la primera hornada. Pero aquellos jovenzuelos no parecían muy dispuestos a emular a su fundador; preferían la sofistería y la charada de salón, el jeribeque y la pamplina grandilocuente. Antonio había aflojado el paso, esperando que se disolvieran pronto.

—Los españoles somos fuertes de cuerpo y espíritu —remató el que tenía la voz más recia—. Y, llegado el caso, sabremos morir como arcángeles con camisa azul y casco de acero. ¡Arriba España!

Y, como si la invocación patriótica actuase a modo de ensalmo, todos alzaron al unísono el brazo derecho y entonaron el *Cara al sol*, que en sus bocas sonaba blandengue y sin enjundia, como una tonadilla de jira campestre. Cantando esta versión pastueña del himno falangista se fueron Gran Vía arriba, al paso alegre de la paz, dispuestos a impresionar a las putas de Chicote. A otros tal vez los hallase la muerte, allá en Rusia; a ellos, desde luego, no. Su puesto no estaba bajo la noche clara, arma al hombro y en lo alto las estrellas, sino en las mamandurrias que les prometía la neutralidad del Régimen. Antonio apretó el paso, aprovechando la disolución del corro. Sólo cuando pasaba ante el portal de la Secretaría General del Movimiento, reparó en un hombre que contemplaba con una suerte de hastiado desapego las expansiones de los falangistas retóricos. Era también joven como ellos, si acaso unos pocos años mayor, pero era la suya una juventud grave, casi funeral,

excavada de arrugas y curtida de sinsabores; en el lado izquierdo de la cara una mancha púrpura, a modo de antojo, le añadía un aire de vulnerabilidad. Era una mancha del tamaño de un puño, de contornos accidentados como un fiordo, que le nacía en el rabillo del ojo y se extendía hasta la mandíbula, cubriéndole la mitad de la mejilla.

—¡Menudos arcángeles de mierda estáis vosotros hechos! —murmuró el hombre de la mancha—. No valéis ni para tomar por culo.

Fumaba un cigarrillo que casi le quemaba los labios, de tan consumido. Cuando arrojó la colilla al suelo lo hizo con ira mal contenida, casi de un manotazo. Entonces reparó en Antonio; e inopinadamente, tras una primera reacción de estupor o incredulidad, avanzó hacia él con los brazos abiertos.

—¡Gabi, amigo! —exclamó exultante—. ¿Desde cuándo estás en Madrid? No sabía que te hubiesen repatriado...

Antonio sonrió, entre cohibido y aturullado.

—Me temo que me confunde con otra persona...

El hombre de la mancha todavía necesitó acercarse más a Antonio para cerciorarse de su error. El aliento le olía a coñac; pero era un olor cálido y benefactor.

—Ya me perdonará —se excusó—. Lo confundí con un camarada que dejé en Rusia. Se parece usted a una barbaridad a él.

La mancha del rostro, que al principio Antonio había confundido con una marca de nacimiento era, en realidad, tejido fibroso mal cicatrizado, resultado tal vez de una herida de metralla.

—Nada, nada, no se preocupe —dijo Antonio, cabizbajo. Para su sorpresa, hablar con aquel desconocido mitigaba su desazón—. Espero que, al menos, su camarada regrese sano y salvo.

El hombre de la mancha en la cara rió con una franqueza jovial que contrastaba con la gravedad de su mirada.

—¡Tendrán que traerlo a rastras! ¡Menudo es Gabriel! Mientras haya una posición que defender no lo mueve ni Dios. —Y, tras la hipérbole, recuperó el tono sombrío—: Además, mejor que no vuelva. Donde estén los ruskis, que se quite esta gentuza.

Y soltó un bufido cómplice, en el que se resumía su opinión sobre los falangistas retóricos, a quienes ya no se oía cantar el *Cara al sol*, tal vez porque sus ímpetus canoros habían sucumbido ante los encantos de las putas de Chicote.

—Pues me temo que esto es lo que hay... —dijo Antonio, azorado, e hizo ademán de proseguir su camino.

Pero el hombre de la mancha en la cara necesitaba desahogarse:

—¡Sólo de pensar que hemos estado pegando tiros, primero en España y después en Rusia, para engordarlos, se me revuelven las tripas!

—No habrá sido sólo para eso, hombre. Y tampoco serán todos iguales...

—¿Que no? —se enardeció el desconocido—. Me pidieron de la Jefatura del S. E. U. que viniera a darles una charla sobre mi experiencia en Rusia, y no asistieron

más de treinta o cuarenta. ¡Treinta o cuarenta valientes tampoco está tan mal, me dije! Así que les solté una arenga sobre el valor de la camaradería y la gloria que aguarda a quienes combaten el comunismo en su madriguera. Al final los exhorté a alistarse como voluntarios en la División. ¿Y sabe cuántos dieron un paso al frente?

—Qué sé yo... No creo que fueran muchos.

—¡Ni uno, amigo! ¡Ni uno solo! Se achantaron como eunucos. Y luego ya ve cómo se les llena la boca de palabras rimbombantes y cómo cantan a pleno pulmón. Pero si hay que pegar tiros se la envainan enseguida. ¡Los tiros que los peguen los pobres, que ellos tienen que asegurarse el futuro! Y esta juventud de mierda es la que nos va a gobernar. Me corto el cuello si, antes de que pasen diez años, no se han apoderado del país y se ríen de la sangre de los camaradas muertos en Rusia. ¡Ya lo verá, ya! Se dedicarán a hinchar sus estómagos, a costa del obrero y del campesino.

La cicatriz de la cara le palpitaba como un corazón autónomo, cárdena de sangre en ebullición. Una idea acaso suicida asaltó entonces a Antonio: procuró espantarla, pero la idea ya se había infiltrado en sus pensamientos; y, extrañamente, se creía con valor para llevarla a cabo. Morir en la nieve, allá en la lejana Rusia, se le antojaba de repente más reparador y noble que morir en el cadalso. El hombre de la cicatriz proseguía:

—Todavía me acuerdo de todos aquellos ricachos y burgueses que fueron a despedirnos a la estación cuando marchamos a Rusia: «¡Hala! ¡Hala! ¡A defender la civilización cristiana!». ¡Cabrones! Sabían bien que con esta División España pagaba la deuda que tenía pendiente con Hitler, y que así no habría peligro de guerra para ellos. Nosotros sólo hemos sido los sacos terreros que han protegido sus intereses. ¡Qué asco me dan! Hablan de Dios y de la Patria mientras se dedican a sus trapicheos y se arriman al brasero político. Si José Antonio levantase la cabeza, se moriría otra vez del susto...

El hombre de la cicatriz calló, desfondado o afónico. Por la calle de Alcalá se veían algunas parejas enlazadas que salían de los cines susurrándose ternezas; muchas veces Antonio había ambicionado ser el novio o marido de una de aquellas mujeres perfumadas y rutilantes, conformándose a la postre con lograr los favores de alguna golfilla harapienta. Pero desde que conociese a Carmen, no había vuelto a ambicionar a ninguna otra mujer; y no sabía si sentirse orgulloso o ridículo por ello.

—Pero perdone, lo estoy aburriendo... —se excusó el hombre de la cicatriz, frunciendo los labios en un rictus de mortificación.

—Se equivoca por completo, señor —dijo Antonio, abandonando su ensimismamiento—. He venido a alistarme. ¡Algo habrá que hacer para que esos cabrones no se salgan con la suya!

Ahora su voz sonaba resuelta, exultante casi. Se sentía como una polilla que revolotea en torno a la llama de una vela; sabía que sus alas podían prenderse en cualquier momento, pero cuanto más cerca estaba de tocar el fuego, más seguro también de cumplir su destino. El hombre de la cicatriz se estremeció, como si en su

interior se debatieran ilusiones marchitas e ilusiones renacidas, en una batalla que no concedía tregua.

—¿Está seguro de lo que dice? Le advierto que Rusia es un infierno...

Y se llevó la mano a la cara, donde habían quedado esculpidos sus tormentos. Antonio no flaqueó:

—Usted regresó. Y esta noche vino aquí para animar a otros. Sólo una victoria en Rusia puede parar los pies a los aprovechados y a los vendidos.

Siempre había mostrado Antonio una habilidad camaleónica para mimetizarse con los ambientes en los que se desenvolvía; pero aquella asimilación del discurso falangista más intemperante le sorprendía incluso a él mismo.

—Tiene guasa —dijo el hombre de la cicatriz en la cara—. Esas o parecidas palabras las hubiera firmado mi amigo Gabriel, con quien antes lo confundí.

—Natural. No podemos entregarnos sin lucha.

El hombre de la cicatriz asintió, agitado por una emoción que pugnaba por alzarse, entre la escombrera de los desengaños. Atolondradamente, abrazó a Antonio.

—Me llamo Francisco Cifuentes, pero prefiero que me llames Pacorris; así me bautizaron los camaradas en Rusia. —Al sonreír, la parte de su rostro estragada por la cicatriz parecía contraerse en un rictus de dolor vergonzante—. ¿Y tú...?

—Antonio Expósito, para servirle —dijo él, en un murmullo cohibido.

—A mí no tienes que servirme, Antonio. Ni a mí ni a nadie, ¿entendido? —lo corrigió con prontitud. Su aliento, cálido y fragante a coñá, lo volvió a reconfortar—. Y haz el favor de tutearme. Ahora mismo nos vamos a tomar una copa juntos y me cuentas más despacio cómo es que has tomado esa decisión.

Desde la plaza de Cibeles subían en reata hasta una docena de taxis, como buitres merodeando a la clientela que pronto saldría de los bailes y teatros de la Gran Vía. En otro tiempo, antes de asociarse con Carmen, Antonio había merodeado por el Pasapoga y otros locales por el estilo, para ganarse unas pesetillas, buscando acomodo a aquellos ricachones que precisaban con urgencia un taxi, las más de las veces porque no les convenía que los viesan en público con las mujeres que los acompañaban, fulanas de postín o querindongas a las que mantenían bajo cuerda, con la guita del estraperlo. Muchas veces, al poner la mano para recibir la propina de aquellos hombres que ni siquiera lo miraban y soltaban aquellas monedillas casi como un alivio fisiológico de su hartura, como se suelta un eructo después de haber comido, Antonio había sentido crecer la rabia en el pecho. Ahora se disponía a hacer de saco terrero para aquellos hombres, en algún remoto andurrial de Rusia.

—Mejor la copa la dejamos para luego —se excusó—. Primero voy a alistarme.

Cifuentes hizo ademán de impedirle el paso, pero viendo la determinación de Antonio cedió, un tanto mohíno o lastimado.

—Te acompañaré, camarada.

—No tienes por qué molestarme. Puedes esperarme aquí.

—No es molestia ninguna. Yo me conozco bien el sitio —dijo, y lo precedió, con

una ostensible cojera, hasta el ascensor, que tenía algo de confesionario con espejos irreverentes en las paredes—. El banderín de enganche está en la sexta planta, en la Jefatura del S. E. U. Todavía habrá alguien por allí. —Y, tras cerrar las portezuelas de la cabina y pulsar el botón que ponía en marcha el ascensor, Cifuentes siguió hablando para tapar el silencio—: Combatí como alférez provisional en nuestra cruzada, y otra vez como alférez en la División Española de Voluntarios. Me hirieron durante la bolsa del Volchov, en el mes de junio, y me evacuaron al hospital de Riga. —Se alzó la pernera del pantalón, para mostrar una pantorrilla zurcida de costurones—. La metralla ruski me dejó inútil para el combate y me devolvieron a España. ¡Quizás así acabe la carrera de medicina de una puñetera vez!

El ascensor anunció el final del trayecto con una sacudida que hizo retemblar la cabina, como si la golpease la onda expansiva de una bomba. Cifuentes lo miró largamente, con unción y piedad, como si mirase a un hermano pequeño; su voz sonó más aplomada, casi solemne:

—Aquella guerra no se parece a ninguna otra que haya habido antes, Antonio. La nuestra, en comparación, fue como de juguete.

Y remató la confidencia con un mohín que la cicatriz de la mejilla convirtió en algo parecido a un puchero. A Antonio lo desconcertó, y también lo abrumó, tanta cordialidad, procedente de un desconocido de quien nada sabía apenas; y, por un instante, lamentó de veras no poder sincerarse con él, no poder revelarle la razón que lo empujaba a una decisión tan insensata, no poder ni siquiera encomendarle a Carmen, a quien ya se había resignado a perder para siempre. Pero no tardó en espantar aquella insidiosa debilidad:

—La decisión está tomada, Pacorris. ¿Me acompañas?

Por la Jefatura del S. E. U. aún se pavoneaban unos cuantos falangistas juvenzuelos, enzarzados en su logomaquia de consumo interno y con las mangas de la camisa azul mahón remangadas, como si se aprestasen a segar un campo. Un fluorescente averiado emitía, al fondo del pasillo, un zumbido de abejorro moribundo, y llenaba la penumbra de ráfagas de luz intermitentes.

—¡Alférez Cifuentes! —exclamó uno de los falangistillas, con una fingida alegría que sonó condescendiente—. ¿Qué te trae de nuevo por aquí?

Pero algo debió de intimidarlo en el gesto funeral de Cifuentes, porque enseguida adoptó una actitud más servicial, al igual que los otros falangistillas del corro, que interrumpieron su cháchara, como niños pillados en una travesura. Los destellos del fluorescente averiado añadían a su estampa poco gallarda una pátina de palidez o canguelo, como si todos acabasen de vomitar los bofes, o estuviesen a punto de hacerlo.

—Pues ya lo ves —dijo Cifuentes con sorna—. Os traigo a un joven del pueblo que quiere alistarse en la División. Lo que no habéis tenido cojones para hacer vosotros.

Un latigazo de ofendida ira les trepó al rostro; pero enseguida se arrugaron, como

prepucios en cuaresma:

—Son decisiones que hay que reposar y consultar con la familia, alférez...

—Reposar sobre todo, para hacer mejor la digestión. Así echaréis una buena tripa, valientes.

Los falangistillas se habían arredrado; pero no era su miedo el del cobarde que se retira del campo con el rabo entre las piernas, sino el de la hiena paciente que aguarda la caída en desgracia del enemigo en quien ha detectado signos de agotamiento o soledad. Antonio calculó que el momento en que la jauría de los medradores sin escrúpulos se abalanzaría sobre los joseantonianos tozudos, al estilo de Cifuentes, era inminente. Pero él no estaba allí para asistir a querellas intestinas; y cada minuto perdido, con la bofia siguiéndole la pista, era precioso:

—Señores —dijo, afectando modestia—, yo les rogaría que no se peleen por mi culpa. Sólo he venido a alistarme...

El silencio hosco entre los contendientes, que el zumbido del fluorescente averiado preñaba de malos presagios, tardó todavía un poco en romperse. Al fin habló el falangistilla que parecía ostentar la voz cantante en el grupo:

—Sígame.

Cifuentes le apretó someramente el brazo, infundiéndole valor, y lo acompañó, como si fuera su padrino en un rito iniciático, hasta la dependencia que los falangistillas habían dispuesto como banderín de enganche. De las paredes, junto a los consabidos retratos del Generalísimo y del Ausente, respaldando uno a cada lado el escudo del Sindicato Español Universitario, con el cisne blanco del cardenal Cisneros coronado por el yugo y las flechas, pendían estandartes de la División Azul, desflecados y polvorientos como andrajos de un sueño que se pudre en los desvanes de la incuria. Sobre el escritorio reposaban un crucifijo y una fotografía del general Muñoz Grandes con la Cruz de Hierro en el pecho, dedicada de su puño y letra. El falangistilla que había asumido el mando del grupo ofreció asiento a Antonio (no así a Cifuentes) y peroró:

—Por supuesto, doy por hecho que sabe que, al alistarse en la División Española de Voluntarios, lo hace bajo su entera responsabilidad, consciente de las obligaciones que asume, que no son ante el Estado español, sino ante un Estado extranjero. —Aguardó el asentimiento de Antonio, para proseguir en un tono más protocolario o aséptico—: Su afiliación, por lo tanto, en nada compromete la posición del Estado español en la guerra que libran las potencias europeas, que es de estricta neutralidad. ¿Declara que comparece ante este banderín de enganche libre de apremio y coacción, de manera voluntaria, y sin constreñimiento alguno?

La cháchara leguleya del falangistilla le hizo temer por un momento que a esa pregunta primera se sucediera un interrogatorio más comprometido. Pero las preguntas enseguida adoptaron un tono formulario, como de oficina del censo: nombre y apellidos, edad, filiación (inexistente), domicilio (que falseó sobre la marcha, sin dubitación), etcétera. El falangistilla iba rellenando la hoja de afiliación

con una letra picuda y esmerada, de ínfulas notariales. Tendió la mano maquinalmente:

—Documento acreditativo.

—¿Perdone?

—Su carné de identidad —aclaró el falangistilla, exasperado.

Antonio extrajo del bolso interior de la chaqueta la vieja cédula que le entregaron al abandonar el hospicio, a punto de rasgarse en el doblez. El falangistilla la tomó con aprensión, como si en ella viajase una cepa de estafilococos.

—Aquí no figura su oficio —dijo, devolviéndosela enseguida—. ¿A qué te dedicas?

Había transitado al tuteo sin solución de continuidad, según la moda impuesta por la Falange. Pero en aquel tuteo no había ni sombra de camaradería, sólo una suerte de agresividad desdeñosa e inquisitiva.

—Pues... al comercio —respondió Antonio, procurando mantener la entereza de ánimo.

—¿Al comercio? ¿Comercio de importaciones y exportaciones? —Su ocurrencia fue saludada con una risita ahogada por los otros falangistillas que lo rodeaban—. ¿Comercio mayorista? ¿Qué tipo de comercio?

—Minorista —dijo Antonio, pero enseguida entendió que se estaba dejando tender una trampa.

—¿Algún documento que lo acredite? ¿Inscripción en el registro mercantil? ¿Algún recibo o certificación de estar al corriente del pago de las tasas municipales?

Las risitas de los falangistillas se multiplicaban, todavía en sordina, pero cada vez más taimadas. Antonio buscó con la mirada a Cifuentes, en demanda de auxilio. La mancha de tejido fibroso de su mejilla parecía congestionada de una sangre en ebullición.

—Soy vendedor ambulante —soltó Antonio, por sacudirse la impresión de acorralamiento.

—¡Ah, coño, vendedor ambulante! Pues entonces muéstrame la licencia y listos.

Ahora el falangistilla había afianzado los codos sobre el escritorio y volcado el cuerpo hacia delante. Al fondo de su mirada titilaba la sospecha.

—Vamos, a qué esperas —lo apremió.

—Es que la olvidé en casa. Voy a por ella y vuelvo enseguida.

Antonio hizo ademán de levantarse, pero el falangistilla le apresó una muñeca, conminándole a quedarse sentado.

—Me huelo que tienes tú mucho que esconder. —Ya no se reía, ni buscaba la hilaridad cómplice de sus camaradas—. Confiesa. ¿Tienes antecedentes? ¿Por rojo, tal vez?

El miedo se difundía por su sangre, como una anestesia paralizante. Entonces intervino Cifuentes, rebosante de una cólera que le palpitaba en la cicatriz de la mejilla, como un corazón autónomo. Bordeando el escritorio tomó de los cuellos de

la camisa al falangistilla, alzándolo casi en volandas.

—¿Cómo te atreves, sinvergüenza? ¿Así tratas a un valiente que quiere entregar su sangre por España?

—Cumplimos... cumplimos órdenes del Estado Mayor de la División, alférez — balbució el falangistilla, en tono lastimero—. Nos han pedido que extrememos las precauciones. No quieren tener que repatriar ni a un indeseable más.

Cifuentes lo soltó, como quien se libera de un despojo. Su cólera no había remitido, sin embargo:

—Indeseables serán los lilas que me trajisteis esta tarde, que no han salido de las faldillas de sus mamás. Alguien que se ofrece como voluntario para combatir en Rusia no merece ese nombre.

Otro falangistilla intervino, medroso:

—En los últimos batallones de marcha se han detectado elementos sospechosos, alférez. Ya sabe, gentes con ideas turbias que luego tratan de pasarse al enemigo. El Estado Mayor nos exige desenmascararlos.

—Entiéndalo: no lo hacemos por gusto —apostilló un tercero—. Por cada caso de mala conducta nos llevamos nosotros el rapapolvo.

Cifuentes, algo más aplacado, puso las manos sobre los hombros de Antonio, infundiéndole fortaleza, o tal vez reclamándosela. Pero Antonio, cabizbajo, empezaba a lamentar su insensatez; tal vez entregándose a la bofia se hubiese ahorrado sobresaltos.

—Pues de este hombre respondo yo —dijo Cifuentes, zanjando la discusión—. Asumo por completo la responsabilidad.

El falangistilla que dirigía el cotarro asintió circunspecto. Con una expresión sardónica tendió a Antonio la hoja de afiliación para que la firmase.

—Me parece de perlas —dijo, tendiéndole también la pluma con afectada ceremoniosidad—. La soldada es de dos marcos diarios, al cambio unas catorce pesetas. Tienes que especificar a qué familiar deseas que se las envíe el gobierno alemán.

Antonio trazó un garabato ininteligible, la firma de un fantasma que certifica su defunción.

—Es que no tengo familiares... —Sabía que esas catorce pesetas diarias le vendrían de perlas a Carmen, que así de paso conocería su paradero, al menos mientras estuviese vivo; pero sabía también que no convenía dejar rastros que lo vinculasen con ella, si deseaba evitarle el husmeo de los maderos—. Que se lo manden al alférez Cifuentes, él sabrá destinarlo a obras de caridad.

Devolvió la hoja de afiliación al falangistilla, que ya no se molestaba en disimular su regocijo:

—Pues no se hable más. A las seis de la mañana parte de la estación del Norte el tren con destino a Logroño, donde se halla el cuartel de concentración divisionario. Allí recibirás la instrucción militar. Nosotros sólo te podemos dar unas viandas para



el viaje, obsequio de la Sección Femenina.

Le arrojaron sobre el regazo un pequeño petate con unas latas de sardinas arenques, galletas y una botella de coñá que uno de los falangistillas adláteres rescató del fondo de un armario. Antes de que pudiera reaccionar, Cifuentes cargó con el petate como un solícito escudero. La voz le temblaba, como herida por el orgullo o la piedad:

—Te acompaño hasta la estación, amigo. Nos tomaremos unas copas juntos mientras estos chupatintas duermen tranquilos en sus casitas, soñando con arcángeles.

—Y, tras lanzarles la última pulla, casi en un susurro paternal, trató de confortarlo—: Te vendrá bien entrar en calor, Antonio, ya lo verás.

Pero el frío ya se le inmiscuía en el alma, extenso y nevado como la estepa rusa. Era un frío sin contornos ni horizontes, de una blancura cegadora, voraz como la misma muerte.

## SEGUNDA PARTE

Aquel frío que le roía el alma, como una premonición del páramo incierto en el que su vida se iba a internar, ya no lo abandonaría. El propio Cifuentes, en la cantina de la estación, le advirtió de las inclemencias del invierno ruso, narrándole, en un tropel de imágenes dantescas agitadas por los vapores etílicos, historias de camaradas que, después de una guardia, al frotarse las orejas, se quedaban con ellas en la mano, frágiles como el cristal y reducidas a añicos; o que, al descalzarse las botas para calentarse los pies, los descubrían hinchados y deformes, de un color cárdeno que en la proximidad de las uñas se tornaba negruzco, como el de los garbanzos que se arrancan verdes de la mata, y que al ir a rascarse, se quedaban con jirones de carne putrefacta entre los dedos, mientras los huesecillos de las falanges aparecían mondos y como chamuscados. El tren que lo iba a llevar a Logroño ya resoplaba en el andén, como un mamut derrengado; y la voz temulenta del alférez Cifuentes, Pacorris para los camaradas, se hacía salmodia lúcida y a la vez alucinada, para ir a morir, como en un vomitorio, en el fondo panzudo de las copas de coñá:

—El frío es el mayor enemigo del guripa, mucho peor que los propios ruskis —le anunció—. Y el más sigiloso: llega sin avisar, con un hormiguelo que puede resultar hasta placentero; y, cuando te quieres dar cuenta, ya te ha robado la cartera. Hay más mutilados por culpa del frío que de las balas enemigas. Protégete contra él.

Difícilmente podía protegerse contra el frío cuando ya lo tenía dentro de sí, como una carcoma que iba limando su resistencia, matando a su paso todo rescoldo de esperanza, de vigor, de mera humanidad. Pero Antonio acataba ese destino de paulatina extinción con una suerte de plácida pasividad, como quien se inmola por salvar lo que más quiere, lo poco que quiere, lo único que quiere. Murmuró, atenazado por el pudor:

—¿Le puedo... te puedo pedir un favor?

—Qué cojones uno. Y cincuenta mil si es necesario. —Cifuentes, casi amorrado sobre la copa de coñá, se irguió, como si le fueran a pasar revista. Aunque su disposición pudiera parecer fanfarrona, Antonio supo con certeza que cumpliría cualquier recado que le encomendase—. Tú me dirás, camarada.

—Hay una muchacha...

—Tu novia, supongo —se aventuró Cifuentes.

—Bueno, novia es mucho decir —se avergonzó Antonio—. Se llama Carmen...

—¿Carmen qué más?

Antonio se quedó mudo y desconcertado, como el pobre de pedir que ha atesorado en sueños una fortuna y contado con delectación cada moneda, para descubrir al despertar que tal tesoro se ha desvanecido para siempre. En el andén donde aguardaba el tren para Logroño un militar de baja graduación, con pinta de sargento chusquero, hizo sonar un silbato que sonó en la noche como una afrenta o una burla, convocando a los escasos voluntarios que aguardaban con el petate y el miedo a cuestas.

—Pues la verdad es que no lo sé. —Y antes de que el estupor de Cifuentes lo ultrajase todavía más, añadió apresuradamente—: Vive en el barrio de Cuatro Caminos, con la madre que está tullida en la cama, enferma de esclerosis. Y tal vez se la pueda encontrar en la plaza de las Ventas, vendiendo caramelos y cigarrillos...

Enseguida se dio cuenta de que era improbable que Carmen volviera a dedicarse a su antiguo oficio, y mucho más improbable todavía que Cifuentes la encontrase en la plaza de las Ventas, después de haberle solicitado Antonio que no se dejara ver por los sitios que antes frecuentaba.

—Coño, pues sí que me lo pones difícil —dijo Cifuentes, sinceramente consternado.

—Pero si preguntas por su barrio seguro que los vecinos te ayudan a localizarla —insistió Antonio con un apremio que sonaba delirante o caprichoso, como la petición postrera de un condenado en el patíbulo—. Te aseguro que es moza de las que no se olvidan: un poco rubiasca, con unos ojazos de ternera, y... —Se sorprendió dibujando en el aire unas turgencias femeninas; el gesto, del que enseguida se avergonzó, resultaba incongruente y casi ridículo, mientras el silbato del sargento seguía perforando la noche—. Una mujer de bandera.

Cifuentes asintió, condescendiente. Impostó un tono como de conciliábulo viril, para que Antonio no se sintiera sucio o vulgar:

—Sí, vamos, que lo tiene todo bien puesto, que no es una gachí de esas que parecen el palo de una escoba.

—Eso quería decir.

—A mí también me gustan las mujeres que tengan donde agarrar —abundó Cifuentes, en un esfuerzo por reconfortar a Antonio—. A las flacas que las aguante su madre. Parece como que te van a poner una denuncia si les miras el culo. ¡Y con razón, porque mirar un culo liso tiene delito!

Antonio hizo un gesto de embarazo, a la vez que señalaba el tren que lo aguardaba. Cifuentes dejó unas monedas sobre el mostrador, que tintinearón como la paga de Caronte, y le echó el brazo sobre el hombro, para sellar su compromiso. La mancha de la cara volvía a palpitarle, como un corazón autónomo.

—Pierde cuidado, que yo me encargo de buscarla y de disculparte por no haberla despedido. Y ya te pasaré su dirección por carta, para que puedas escribirla. ¡Un guripa tiene que tener novia, aunque sea imaginaria!

Enseguida Cifuentes se arrepintió de aquel comentario, que podía sonar hiriente a los oídos de un hombre que, en un trance acaso definitivo, sólo tenía como asidero el recuerdo de una mujer a la que ni siquiera podía identificar con certeza. Pero sus palabras no habían herido a Antonio, porque el frío que anidaba en su alma ejercía un benéfico efecto anestésico. Cuando montó en el tren que lo llevaría a Logroño, junto a otra media docena de voluntarios taciturnos como él, acaso como él prófugos de un pasado poco honroso o simplemente prófugos de sí mismos, mientras Cifuentes se esforzaba en el andén por infundirle ánimos, Antonio recordó la despedida que se había dispensado a los primeros divisionarios, menos de año y medio atrás, cuando se presumía que su expedición a Rusia sería un paseo triunfal por los confines del atlas. Como otros muchos miles de madrileños, Antonio había salido aquel día a la calle, que era un bosque de brazos en alto saludando desde las aceras, una algarabía de gargantas cantando el *Cara al sol* y lanzando vítores como vencejos que rasgaban el aire caliente, para congregarse en bandada tumultuosa en la explanada de la estación, donde las chavalas de la Sección Femenina repartían pastas, flores y escapularios y se dejaban besar y tocar el culo por los divisionarios, como novias universales y cachondas. El escenario era el mismo; pero donde antaño se apretaba un gentío alborozado, donde sonaban ardientes los discursos y las charangas militares se contagiaban de sones verbeneros, reinaba ahora un silencio lóbrego, como de hangar en ruinas o planeta desahuciado, sólo infringido por el vozarrón voluntarioso de Cifuentes y los sollozos sofocados de media docena de mujerucas de luto, tal vez las madres de los voluntarios que viajaban con él, tal vez sus novias avejentadas y marchitas, como bultos borrosos fundiéndose en la noche.

—Te prometo una carta semanal como mínimo, guripa —le dijo Cifuentes, tomándolo por última vez de la mano—. Y a tu Carmen la pongo enseguida a tricotarte un jersey, ya lo verás.

—Gracias, amigo —respondió maquinalmente Antonio, perdida ya su voz entre el chirrido de las bielas.

—Y a tu vuelta, cuando hayas acabado con los ruskis, te monto un fiestorro que no se lo salta un gitano y quemamos Madrid. ¿Me has oído? —insistió Cifuentes, histriónico—. ¡Quemamos Madrid!

—Gracias, amigo.

El tren ya se deslizaba sobre las vías, pesaroso como una chatarra de pecados y penitencias. La noche era una astronomía en fuga, como espantada por un manotazo de Dios.

—Y de las deudas que dejes aquí —añadió todavía Cifuentes, a la carrera casi, desgañitándose casi— te olvidas para siempre, ¿me entiendes? De dinero o de las otras. Borrón y cuenta nueva. Un valiente no debe nada a nadie.

Pero Antonio sabía que dejaba una cuenta que sólo la muerte podría cancelar; y que, si volvía con vida, de algún modo se la harían pagar. Cifuentes se fue empequeñeciendo en el andén; pero aun en la distancia, cuando ya la lejanía hacía

indiscernibles sus facciones, la mancha de su cara, como un estallido púrpura, seguía taladrando la oscuridad. Pronto, una vez asentado en el cuartel de Logroño donde se reunían las expediciones de relevo destinadas a cubrir bajas y permitir la repatriación de veteranos, Antonio pudo comprobar que Cifuentes estaba dispuesto a cumplir religiosamente sus compromisos, movido tal vez por los remordimientos, como quien carga sobre sus hombros con una culpa suplementaria que no le compete, en un insensato esfuerzo de expiación. Durante los dos meses que duró la instrucción en el cuartel de Logroño, Antonio recibió semanalmente las cartas prometidas por Cifuentes, en las que al principio ocupaba lugar preponderante la crónica de sus pesquisas en pos de Carmen, que resultaba apellidarse Panizo y que, en efecto, era bien conocida por sus vecinos, quienes sin embargo le habían perdido súbitamente la pista, después de que hubiese liquidado sus deudas con los tenderos del barrio y con el casero. A nadie había dejado Carmen unas señas a las que poder dirigirse, ni había hallado Cifuentes familiar o conocido alguno que pudiera aclararle su paradero; y aunque había logrado que el casero le dejara echar un vistazo al piso que junto con su madre impedida había ocupado —piso que Cifuentes se abstenía de describir, pero la parquedad súbita que aquí adoptaba su narración hizo pensar a Antonio que más bien sería chiscón de pobres, no muy distinto de su tabuco en la calle del Amparo—, no había encontrado nada que pudiera encaminarlo tras su pista, y ni tan siquiera nada que testimoniase su paso por el lugar. Pese al chasco, Cifuentes aseguraba, sin embargo, que proseguiría sus indagaciones, para lo que se proponía mover sus influencias en el ayuntamiento, donde tal vez quedase algún registro de Carmen (aquí Antonio tembló someramente), o publicar un anuncio en los periódicos (aquí Antonio tembló con mayor zozobra), o incluso poner en conocimiento de la policía su desaparición, recurso último al que sólo acudiría si Antonio le daba su permiso (y sólo esta solicitud de permiso le evitó el temblor pánico). Antonio, por supuesto, se apresuró a rogarle, también por carta, que no diera ese paso, no fuera a remover alguna reserva o cautela que Carmen prefiriese mantener. Muy respetuosamente, Cifuentes siguió las instrucciones de Antonio; y en posteriores cartas, aunque siguió dando detalle de sus averiguaciones (que más bien eran palos de ciego), fue concediendo mayor protagonismo a otros asuntos, entre los que desde luego se contaban los consejos y admoniciones del veterano que previene al novato de los rigores y dificultades que se tropezará en Rusia, y también un elenco de los camaradas que allá en el frente le brindarían un recibimiento hospitalario, tan pronto como supiesen que era amigo del alférez Cifuentes, más conocido como Pacorris. A tales camaradas ya les había escrito también Cifuentes, encomendándoles al «rosquilla» Antonio Expósito (así se llamaba, en la jerga divisionaria, a los nuevos reclutas); y, entre todos, Cifuentes dedicaba sus más encendidos elogios al alférez Gabriel Mendoza, como Cifuentes estudiante de medicina en la facultad de San Carlos y ardoroso militante del S. E. U., que no había vacilado en interrumpir los estudios «para combatir el comunismo en su madriguera». Con este Gabriel Mendoza

había confundido Cifuentes a Antonio, antes de reparar más detenidamente en sus facciones; y con él —insistía— guardaba Antonio un parecido notable que a buen seguro sería motivo de chanzas entre los guripas, si bien Mendoza —que, según enumeraba Cifuentes, «había estado en el infierno de Possad, sobrevivido a los morteros de Udarnik, defendido la posición de Wiswad y participado en la liberación de la guarnición alemana en la bolsa del Volchov», entre otras hazañas— era más corpulento que él, y ya comenzaba a ralearle el cabello. Trazas por las que Antonio dedujo que tanto no se parecerían; pues, como él bien sabía, siempre vemos en los otros semejanzas con quienes hemos dejado de ver y quisiéramos seguir viendo, cuya reminiscencia buscamos en otros rasgos, para impedir que los rasgos que añoramos los emborrone el olvido. Antonio intuía que algo similar le ocurriría a él, mientras no recobrarse a Carmen: todas las mujeres repetirían sus rasgos, todas los reavivarían, todas —aunque fuesen más flacas o más calvas— le devolverían su recuerdo. Si es que alguna otra vez las mujeres volvían a cruzarse en su camino.

No lo harían, desde luego, durante su instrucción en el cuartel de Logroño. Pensó, en los primeros días de su estancia en aquel lugar acechado de ruina, como trasapelado en los memorandos de intendencia y presupuesto militar, que no podría conciliar el sueño, ni siquiera atender las órdenes de los sargentos chusqueros, temeroso de la requisitoria judicial o atestado de la policía que reclamara su regreso a Madrid. Pero la monotonía de la vida cuartelera, a la vez embrutecedora y extenuante, consiguió sumirlo en un marasmo o estupor de autómatas; y, con la disminución de su vigilancia, alcanzó pronto un estado habitual de indiferencia en el que las penalidades más enojosas se tornaban una suerte de rutina informe, incluso llevadera. Dormían en literas crujiendo de pulgas y piojos, en barracones fragantes de humedades que descendían hasta el suelo por laberínticos mapas de verdín (y, sin embargo, faltaba el agua corriente); los obligaban a madrugar más que el sol; los mantenían en pie con un brebaje de achicoria que ni siquiera lograba desperezarles las tripas; y la sucesión de ejercicios aniquiladores, infamantes o triviales sólo era interrumpida por arengas enfurecidas o evangélicas, o ambas cosas a la vez, en un desquiciante revoltijo retórico que apelaba por igual al testiculario y a los consabidos arcángeles falangistas. Llegada la hora del rancho, los cabos lo repartían en el patio, en donde reinaba el mismo ambiente, a la vez jovial y contrito, que ya había conocido en el orfanato; y les ordenaban formar tres hileras, después de repartirles los cuencos de hojalata: a los que formaban en la primera hilera les servían sopa para tres (una sopa de dómine Cabra, transparente y cuaresmal); a los que formaban en la segunda, pescado en escabeche para tres (siempre chicharro o caballa, tan estoposos que parecían más bien sus ancestros fósiles); y a los que formaban en la tercera, raciones de pan para tres. Y así comían, en cuclillas en el patio, en grupos de tres, compartiendo el mismo plato, según les decían para fomentar entre ellos la camaradería.

En poco se parecían aquellos divisionarios de segunda y tercera hornada,

conscientes del descalabro que las tropas alemanas estaban sufriendo en el frente ruso, a los divisionarios pioneros que habían respondido exultantes al llamamiento de Serrano Suñer; e incluso podría añadirse que en poco se parecían entre sí, lo que convertía en un vano empeño el fomento de la camaradería. Formaban un recuelo demasiado heteróclito, en el que no faltaban todavía idealistas rezagados que no habían podido inscribirse en las primeras expediciones, por ser demasiado jóvenes o por haber excedido el cupo asignado a sus respectivos banderines de enganche; pero, junto a ellos, en caótico batiburrillo, se contaban antiguos combatientes del ejército republicano que se habían alistado en la División Azul para evitar el campo de concentración, o hijos de familias izquierdistas, en su mayoría desempleados, que pretendían lavar el estigma de su apellido o limpiar su expediente; también se sumaban soldados que habían sido invitados a alistarse después de cometer alguna falta grave, y otros de procedencia campesina o analfabeta que habían decidido reengancharse a la conclusión del servicio militar, sorteando el horizonte de miseria que les aguardaba de regreso al pueblo. Se comentaba en sordina —pero Antonio evitaba participar en los conciliábulos donde se propalaban tales especies— que entre los reclutas había algunos llegados de cuarteles donde se pidieron voluntarios sin éxito, por lo que se procedió a su designación a dedo, entre los más desgraciados o indeseables; y también que entre los voluntarios aparentemente más ardorosos se camuflaban comunistas que se habían alistado con la esperanza de poder desertar, una vez en el frente, y pasarse a las líneas rusas. Todos juntos componían un grupo dispar, en el que ni siquiera alguien como Antonio, prófugo de la justicia o de un pasado demasiado turbio, desentonaba; y en el que el carácter de aquella primera División propensa al arrebató lírico se había difuminado por completo.

Muchas otras cosas se habían difuminado, junto a ese carácter. La División Azul, constituida cuando se presumía que la derrota de la Unión Soviética sería rápida, se había convertido para entonces en un lastre cada vez más oneroso para Franco, que ya urdía el modo más discreto de disolverla, para granjearse la amistad —o siquiera la displicente tolerancia— de los aliados; pero, entretanto, había que cubrir las bajas cada vez más frecuentes, y favorecer la repatriación de veteranos cuyas convicciones flaqueaban, o cuyas circunstancias personales lo exigían. Así se hizo necesario formar, con medios paupérrimos y precipitación creciente, expediciones de relevo que, tras la instrucción en Logroño, se integraban en batallones de marcha que, cada mes aproximadamente, eran transportados a Alemania. A Antonio la orden de traslado le llegó después de unas Navidades que discurrieron fundidas en la misma amalgama de monotonía embrutecedora que igualaba el resto de días, sólo infringida en la Nochebuena, donde después de la misa del gallo se repartió entre los reclutas un aguinaldo del Auxilio Social que, aunque pobretón y un poco revenido —un sabor demasiado recio a manteca en los polvorones, un turrón demasiado correoso que se fraguaba como cemento en las muelas, un regusto demasiado agrio en el coñá peleón —, al menos les permitió infringir aquella dieta eterna, sin principio ni fin, de sopas



claras como la fuente de Narciso y caballa en escabeche que les dejaba descomulgadas las tripas. Al calor del coñá, que caía en sus cuerpos de cerbatana como el mercurio del termómetro en una tarde de calor, subiéndose enseguida a los altillos de la cabeza, Antonio cantó con los otros reclutas villancicos extremeños, bulerías de Cádiz y hasta alguna jota navarra; y todos aquellos cánticos beodos, que sonaban en los barracones del cuartel como ladridos que espantaban a la mismísima muerte, los remataron con el *Cara al sol*, que les recordó súbitamente que la muerte, como las novias más pelmazas, siempre termina hallando a quienes busca, no importan los esfuerzos que se hagan por ahuyentarla.

Esta certeza melancólica todavía oprimía a Antonio, como una resaca del coñá peleón, cuando montó en el tren de mercancías que habría de llevarlo hasta Alemania, lentorro y fúnebre como un repartidor de esquelas. Dejaron atrás los Pirineos, como acantilados de nieve, y se adentraron en tierras francesas, atravesando caminos y aldeas cuyos paisanos saludaban el paso del tren con el puño cerrado o, si lo abrían, era para recoger alguna piedra y lanzarla furiosamente contra los vagones donde se congregaban atónitos los divisionarios. En las estaciones, cuando el tren se detenía, la gente que esperaba en los andenes, mezclada con la policía militar alemana, tampoco se recataba de expresar su enojo: denuestos indescifrables, ademanes amenazantes o burlescos y siempre el puño cerrado y en alto, como una maza que anunciase el desquite. Los policías alemanes, rígidos como estafermos, ni siquiera se inmutaban, y seguían recorriendo los andenes de un extremo a otro como si tal cosa, con paso rítmico de desfile, sordos ante los vituperios e imprecaciones de los franceses y ciegos ante sus aspavientos y sus gargajos, tal vez incluso tácitamente cómplices en el desprecio a los españoles, a quienes tenían por holgazanes, cochinos y amigos de la farra. A Antonio le sorprendió que un país ocupado y rendido pudiera disfrutar de aquella extraña libertad para exteriorizar airadamente sus sentimientos, incluso para teatralizarlos de un modo tan histriónico ante las mismísimas narices de los ocupantes; y se preguntó si podía calificarse de heroica la resistencia de un pueblo cuando ni siquiera se le daba ocasión de crear héroes.

En Alemania no se tropezaron con muestras de rechazo semejantes, pero tampoco de alborozo o bienvenida. A los primeros divisionarios en su paso por los pueblos y ciudades alemanes los habían acogido sin excesivo entusiasmo, pero al menos no había faltado esa magnanimidad condescendiente del gran señor, seguro de su poderío, que admite nuevos fámulos en la servidumbre, con tal de que no armen demasiada bulla; pero, ahora que ese poderío se tambaleaba y resquebrajaba por doquier, los alemanes veían en los españoles un signo funesto de la decadencia de su raza, que tenía que suplir con sangres turbulentas, mestizas y seguramente infestadas de microbios la decrepitud de su propia sangre. Había miedo en la mirada de los alemanes, un miedo entreverado de hastío ante una guerra que se alargaba inmoderadamente y había dejado de proclamar triunfos; y ese miedo entreverado de hastío adquiriría en el peculiar carácter germánico, tan impasible y organizado a los

ojos de un español, una apariencia a la vez dócil y gregaria, como de corderos llevados al matadero. Incluso en Baviera, donde ese carácter se dulcifica por contagio de la luz romana, se palpaba ese miedo ubicuo, sojuzgado y fatal; y en sus pueblos más recónditos, donde los lugareños aún iban ataviados al modo bávaro tradicional, con pantalones de cuero y sombreros de fieltro adornados con plumas, estos atuendos en origen alegres parecían disfraces infamantes, como sambenitos que resaltasen la humillación de sus pobladores.

Hasta los confines de Baviera, lindando ya con Checoslovaquia, los llevó el tren. Allí, a las afueras de la ciudad de Hof, sobre el río Saale, se hallaba el campamento militar donde la División Azul había instalado su cuartel y un hospital en el que se atendía al personal en tránsito, tanto a quienes iban a ser repatriados como a quienes iban camino del frente. No se trataba tanto de un centro asignado por el alto mando alemán para la instrucción como una especie de depósito para el cambio de uniformes y la entrega de armamento. Del sector de Leningrado llegaban cada semana a Hof trenes cargados de españoles heridos de gravedad o beneficiados por un relevo; y allí obtenían un certificado de entrega del equipo que les permitía tomar otro tren para Berlín, desde donde se organizaba su repatriación. Los equipos entregados se endosaban de inmediato a los divisionarios de los batallones de marcha, tras un paso apresurado por la lavandería y el taller de costura; y en apenas un par de semanas, después de un adiestramiento acelerado en tiro y táctica militar, los nuevos divisionarios eran despachados al frente, como piezas de recambio de un engranaje cada vez más herrumbroso que, sin embargo, no se detenía. Que cuando se detuviera ya no volvería a funcionar.

A Antonio, como a todos los reclutas recién llegados a Hof, lo destinaron a un pabellón separado del que ocupaban los guripas desmovilizados del frente, para impedir la comunicación entre ellos, que podría provocar desmoralizaciones entre los rosquillas. Pero por radio macuto circulaban rumores que hablaban del derrumbamiento de las líneas alemanas, donde las brechas ante el empuje soviético eran cada vez mayores; y también de los estragos que tal empuje causaba entre los voluntarios españoles, a quienes al parecer se había desplazado del sector del río Volchov, para concentrarlos en el cerco de Leningrado, que cada vez era menos cerco y más ratonera para los sitiadores. De la crudeza de los combates y escaramuzas que libraban los divisionarios en Leningrado, ante una concentración de fuerzas apabullantemente superior y contra una artillería pesada que regaba de muerte las trincheras, también les llegaban rumores amedrentadores; y, sin necesidad de atender rumores, podían hacerse una idea por el trasiego de heridos en el hospital español, un edificio cuya arquitectura señorial, como de balneario para aristócratas tísicos, contrastaba con la funcionalidad despojada de los pabellones donde se albergaba la tropa. Al hospital español mandaron a los rosquillas recién llegados a Hof, para hacerles análisis de sangre e inspección médica que detectara cualquier enfermedad de fácil contagio, prevención en la que los alemanes eran especialmente exigentes y

escrupulosos, tal vez porque imaginaban que los españoles eran viveros ambulantes de microbios. Mientras hacía cola en el dispensario, Antonio tuvo ocasión de avizorar, allá al fondo de un pasillo, camillas ensangrentadas que abandonaban vacías los quirófanos; y, sobre el silencio de cámara mortuoria que se respiraba en el lugar, gravitaba el hedor acre de la carne amputada, de la carne calcinada, de la carne dilacerada por la metralla. Luego, mientras un teniente médico le tomaba muestras de sangre y le auscultaba el pecho, Antonio se atrevió a preguntar:

—¿Hay mucho tomate allá donde nos envían, mi teniente?

El médico llevaba el pelo, que era más bien escaso y con algunas estrías blancas, peinado hacia atrás, resaltando el bronceado de la frente despejada, que resultaba incongruente en pleno invierno. Antonio pensó que tal vez aquel hombre estuviese recién llegado del frente ruso, y que el bronceado fuese consecuencia de la refracción de la luz en la nieve.

—No estoy autorizado para darle esa información —murmuró el médico desabridamente.

Pero Antonio reparó en el tabique de su nariz, que parecía tener roído el cartílago, y en el mentón demasiado breve para el óvalo de la cara, como si le hubiesen rebanado una tajada de carne, y en los labios demasiado finos, como una ranura en mitad del rostro.

—Eso se lo hizo la congelación, ¿verdad? —insistió—. Usted ha estado en Rusia. Dígame si hay mucho tomate.

—No estoy autorizado, guripa —repitió el médico, pero su aspereza se había suavizado o conmovido.

—¿A un hombre que lo envían al mismo infierno que usted ya ha padecido no puede responderle? —se rebeló Antonio—. ¿Ésa es la camaradería que tanto nos predicán?

El médico militar parpadeó, como aturdido por el reproche. Los párpados carecían de pestañas; y tenían un color membranoso y lívido.

—No he conocido nada semejante, guripa —dijo otra vez en un murmullo, pero esta vez era un murmullo compungido—. Y conste que estuve pegando tiros en el Ebro, cuando la cruzada. Por cada uno de los nuestros hay veinte ruskis, por cada una de nuestras baterías treinta de las suyas; la Luftwaffe ya no tiene combustible para enviar aviones en apoyo de la infantería. ¿Qué más puedo decirle? Hace ya meses que la línea del frente se desestabilizó. Por el momento, el ejército rojo sólo ha lanzado ofensivas menores en nuestro sector; y, sin embargo, crece cada día el número de bajas por los destrozos de la artillería. Imagínese el día que se decidan a lanzar el ataque definitivo. Será una escabechina como la que está habiendo en Stalingrado. Y el frío, ese frío que te muerde hasta el alma...

Pero Antonio no temía al frío, que ya anidaba dentro de él; ni siquiera temía que su vida quedase tronchada por una ráfaga de ametralladora, o reventada por una mina. Temía el hedor acre de la carne amputada, de la carne calcinada, de la carne

dilacerada por la metralla que se respiraba en aquel lugar.

—¿Y los jodidos boches no tienen planeada la estrategia para contener esa ofensiva?

—Los jodidos boches están desarbolados, guripa. Están sin combustible, sin tanques, sin bastimentos y sin moral. —El médico se mordió el labio inferior, ya mordido más ensañadamente por el frío—. Lo único que tienen son las peroratas grotescas del Führer y la propaganda todavía más grotesca de su ministro Goebbels. Un trampantojo a punto de caer.

—¿Y luego? —preguntó absurdamente Antonio.

El médico ya había completado la auscultación. Se quitó los auriculares del fonendoscopio de las orejas, que también tenía roídas bajo los aladares.

—Luego a morir como valientes, guripa. Fijos en el terreno, como los robles. — Le dio una palmada a la altura de los omóplatos—. ¡Arriba España!

Al día siguiente les repartieron el equipamiento para el frente, todo él de segunda mano y fragante de alcanfor, con el que tal vez trataran de disimular el olor a cadaverina. El uniforme era el mismo que el de la Wehrmacht, de un verde grisáceo, con el único distintivo diferenciador de un escudo de tela con los colores de la bandera española tejido sobre la manga derecha de la guerrera y sobre el capote, y una pegatina con los mismos colores en el lateral derecho del casco. Antonio no tardó en descubrir un agujero de bala en el pantalón, a la altura del muslo, que había sido zurcido chapuceramente; y las tazaduras en las bocamangas de la guerrera habían sido remendadas con otra tela más desvaída. Las botas de campaña, cuarteadas en las articulaciones del pie y desgastadas en la suela, guardaban todavía en su interior el calor huérfano de su anterior propietario. Les repartieron también camisetas que podrían haber rodeado el perímetro torácico de un atlante, y calzones de pata larga que se ataban debajo de los sobacos y en cuya entrepierna florecía un mapa de manchas indelebles como el mismo miedo. Y los proveyeron de cartucheras para la munición, así como de un fusil corto y un machete que podía usarse a guisa de bayoneta, y también de un batiburrillo de utensilios que parecían repescados del rastro: una marmita desportillada cuya tapadera podía convertirse en sartén, pala y pico plegables para excavar trincheras o tal vez tumbas, una lona llena de desgarraduras que en otro tiempo debió de servir para protegerse de la lluvia, adminículos y cachivaches varios para la higiene que por su aspecto disuasorio más bien incitaban a la insalubridad, y una mochila andrajosa en la que hubieron de hallar espacio para guardarlo todo.

Vestidos de uniforme y pertrechados con aquella impedimenta que más los asemejaba a buhoneros que a soldados desfilaron, en compañía de sus instructores, por las calles de Hof, unos días antes de partir al frente. El propósito de aquella marcha era, seguramente, infundir ánimos entre una población cada vez más postrada, haciéndole notar que en el vecino campamento no se interrumpía el flujo de sangre meridional y fresca, llegada en auxilio del Tercer Reich milenario; y también

infundir ánimo entre la propia tropa, que sintiéndose acogida y agasajada por la población combatiría después con mayor brío. Pero el efecto fue más bien el contrario: a los escasos curiosos que salieron de sus casas el desfile debió de antojárseles una birria, a juzgar por los aplausos desangelados que le dedicaron; y a los guripas tan tibio recibimiento no hizo sino encogerles un poco más el alma, que para entonces ya estaba más encogida que una ciruela pasa. Hof era —o, más exactamente, había sido— una de esas primorosas ciudades bávaras que parecen emergidas de un cuento de hadas, con puentes de piedra tapizados de hiedra, calles adoquinadas y requetelimpias flanqueadas de casitas pintorescas con el revoque de la fachada reluciente, iglesias con campanarios pinaculares y edificios públicos que parecían fantasiosas creaciones de algún pintor romántico, con arquerías ojivales, torres almenadas y relojes que marcaban siempre la hora exacta. Pero la apariencia idílica de la ciudad, vaciada de la alegría menestral que la había concebido, teñida de esa pesadumbre irremisible que pregonaban los escaparates vacíos de las tiendas y los bandos y pasquines militares pegados en cada esquina, cobraba un aspecto siniestro, como de decorado en fase de desahucio. Algo de esa pesadumbre irremisible se quedó adherida como un chancro en el espíritu de los guripas, que completaron su instrucción como quien ejecuta los preparativos de su propio entierro. La mañana que los convocaron en la comandancia del cuartel supieron que había sonado su hora; y acudieron al llamado como el hombre sin fe acude a la extremaunción.

—¡Soldado Antonio Expósito! —voceó el sargento encargado de organizar el paso de los guripas por el despacho del capitán—. Acompañeme, por favor.

Antaño este trámite se revestía ceremonialmente y se celebraba en el campo de instrucción del campamento, con tribunas para las autoridades militares y civiles, despliegue de banderas y música castrense y una misa de campaña como colofón. Pero el cariz de los acontecimientos no invitaba a este tipo de alardes; y desde España se habían cursado órdenes que exigían la supresión de la publicidad y la adopción de todo tipo de discreciones vergonzantes. Antonio siguió al sargento hasta un despacho por el que parecía haber pasado el camión de la mudanza. Sobre el escritorio del capitán reposaban sendos retratos de los generales Muñoz Grandes y Esteban Infantes, flanqueando un crucifijo de madera taraceada. A un lado de la mesa, como trapos exhaustos, se amontonaban las banderas de España, de la Falange y del Tercer Reich, la tercera casi oculta por las otras dos. Antonio saludó marcialmente.

—Descanse, soldado —dijo el capitán, levantándose del escritorio y tendiéndole la mano.

Antonio la estrechó medrosamente; pero a cambio recibió un efusivo apretón. El capitán tenía un rostro sanguíneo, con una nariz tuberosa y roja como moco de pavo, surcada de venillas que eran un anuncio de la apoplejía. Luego de un instante de vacilación, buscó entre la selva de carpetas y legajos un sobre con el nombre de Antonio, cuyo contenido volcó en el escritorio. Lo componían una cartilla militar de tapas verdes y una chapa identificativa de cinc. Ante su visión, Antonio recordó la

medalla de la Virgen del Carmen cuyo extravío lo había conducido hasta aquel lugar. Reprimió un escalofrío.

—Veamos... Antonio Expósito. —El capitán hojeaba la cartilla estampada de sellos que aún manchaban de tinta—. ¿Por qué se alistó en la División?

La pregunta podía ser capciosa o retórica; pero la expresión benigna del oficial sólo admitía la segunda interpretación. Antonio respondió también retóricamente:

—Para combatir el comunismo en su madriguera, mi capitán.

—Pues tendrá muy pronto ocasión de hacerlo —anunció complacido, con una sonrisa que expandió sus mofletes—. Como sabe, la División ha organizado, sin salir de línea, un relevo que no es por unidades completas, sino por edades y circunstancias: los casados, los que tengan un hermano muerto, los heridos de gravedad, los mayores de treinta años y los menores de veinte...

—Ninguna de esas circunstancias me toca, así que espero poder prestar mi servicio hasta el fin, sin que nadie me releve —dijo Antonio, por halagar al capitán. Tuvo la impresión de que ambos participaban conscientemente de la misma pantomima; y remachó—: Fijo en el terreno, como los robles.

El capitán intercambió una mirada con el sargento asistente, que lo mismo podía ser ponderativa que sarcástica. Rió con un cloqueo:

—Bueno, cuidadito con los robles, que no aguantan el frío ruso. Digamos mejor un abeto. —Tomó la chapa de cinc y trató de descifrar su inscripción—. La gloriosa División, tras su brillante paso por el frente del Volchov, se ha desplegado ahora ante los arrabales de Leningrado, que pronto volverá a ser San Petersburgo, como en la época de los zares. —También su optimismo, como sus preguntas, sonaba retórico, o más bien insensato y fantasioso—. Concretamente ante Kolpino, donde los soviéticos tienen una importante fábrica de tanques y cañones. Nuestra misión es mantener cortada la línea de ferrocarril Moscú-Leningrado, de extraordinario valor para esos hijos de perra.

No le quedó claro si el capitán dirigía el piropo a los rusos o a los alemanes, o en ambiguo abrazo a ambos. Pero no era misión de Antonio descifrarlo.

—Pues cortada la mantendremos, mi capitán, descuide.

—Es un gusto tratar con hombres resueltos como usted, Antonio —prosiguió el capitán, tal vez para entonces un tanto abrumado por los excesos grandilocuentes de la pantomima—. Ha sido encuadrado en la tercera compañía del 262 regimiento, al mando del capitán Huidobro.

Le tendió la chapa identificativa con su cordón, que los guripas llamaban popularmente «chapa de la muerte». Tenía una forma elíptica, del tamaño aproximado de un huevo, y estaba taladrada de un extremo a otro por tres orificios rectangulares que facilitaban su fracción en dos partes. En ambas partes se contenían los mismos datos: el número y adscripción del combatiente y su grupo sanguíneo. En caso de caer herido, la chapa suministraba a los médicos de campaña la información precisa para una hipotética transfusión de sangre. En caso de muerte, se partía en dos

la placa: una se entregaba a su compañía, para su registro; la otra permanecía colgada del cuello del cadáver, para facilitar su identificación. Al pasarse el cordón por la cabeza e introducir la chapa debajo del uniforme, Antonio no pudo evitar imaginarse entre una montaña de cadáveres, yerto y merodeado por las moscas. Notó que el cinc le ardía en el pecho, como una pavesa o una angina, igual que le había ardido la medalla de la Virgen después de que Carmen la besara. Tal vez —pensó— para volver a ver a Carmen tendría antes que morir. Extrañamente, este pensamiento lo reconfortó.

—En fin, amigo Antonio —la voz del capitán sonaba ahora pudorosa o compungida—, las ordenanzas me obligan a tomarle juramento... —Antonio, atolondradamente, alargó el brazo hacia el crucifijo del escritorio y el capitán alzó la mano—: ¿Jura ante Dios y por su honor de español absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo?

—Lo juro.

—¿Jura combatir como un valiente soldado, dispuesto a dar su vida en cada instante por cumplir este juramento?

—Lo juro.

Aunque no se sentía obligado por el juramento que acababa de formular tampoco se sentía perjuro; era la suya una impresión de irrealidad semejante a la de una duermevela, cuando intermitentemente cobramos conciencia de las necesidades que nos inspira el sueño, para sucumbir a ellas un instante después.

—Conste que los deberes que acaba de asumir no incluyen otro tipo de acciones que no se encaminen a la lucha contra el comunismo —aclaró, puntilloso, el capitán, con un mohín levemente disgustado.

—Así se hará, señor.

El capitán lanzó, casi a hurtadillas, una mirada fugaz al crucifijo, que sin embargo le hizo mudar el semblante. De súbito, sus facciones sanguíneas habían cobrado una palidez cérea:

—Esos nazis cabrones le hacen perrerías a la gente, soldado. Son unos putos chacales sedientos de sangre. Pórtese como un caballero cristiano con los civiles rusos; ellos no son nuestros enemigos.

—Cuenta con ello, señor.

Se cuadró ante el capitán, que volvió a sonreír, ahora más lastimadamente. Las venillas de su nariz habían adquirido una tonalidad lívida:

—Caiga o no caiga Leningrado, lo importante es que, cuando nos marchemos, los rusos recuerden que allí un puñado de españoles peleó noblemente.

—Quizás en España nos olviden antes —se atrevió a apuntillar Antonio.

—Pues que sea porque España ha dejado de ser noble, no porque hayamos dejado de serlo nosotros.

El capitán volvió a sentarse ante el escritorio y elevó la mirada al techo, en actitud atribulada o implorante, como si buscara alguna recóndita escritura divina entre las

manchas de humedad que en él se congregaban, confusas y borrascosas como nubes que preludian tormenta. También Antonio miraría al cielo en la mañana de la partida al frente, por evitar tímidamente los gestos de los instructores que habían acudido a la estación a despedirlos, gestos atribulados o implorantes como los del capitán que le había tomado juramento, merodeados por un remordimiento que a cada día que pasaba —a cada expedición que partía rumbo a Rusia— recrudecía sus dentelladas. En el tren, que seguramente había transportado animales al frente, olía a estiércol; y el cielo arrastraba unas nubes tumefactas, de un color como de pleura, que se devoraban a sí mismas, retorciéndose en una agonía sin fin, como vísceras humeantes de un buey abierto en canal. Se dirigieron hacia el nordeste, a contrapelo de nevadas y celliscas que arañaban los vagones del tren como las uñas de un cataléptico arañan la madera del ataúd en el que lo han encerrado por error. Aunque el tren se detenía con mucha menor frecuencia que el que los había llevado hasta Hof, Antonio tuvo ocasión de ver campos esquilmados, pueblos aplastados por el hambre y por las bombas, gentes famélicas arrebuajadas en sus harapos, con los rostros coagulados de espanto y los ojos infinitamente cansados, como de haber llorado en un entierro que hubiese durado meses o años. En los apeaderos polacos, la policía militar alemana patrullaba incesantemente, haciendo sonar sus botas herradas sobre el pavimento regado de sal en el que se marchitaba una nieve andrajosa y sucia. Los lugareños caminaban, cabizbajos y meditativos, tal vez rezando, por los andenes; y cuando descubrían que eran españoles los que viajaban en aquel tren, rescataban de entre las ropas medallas y escapularios que mostraban a los divisionarios, en señal de hermandad:

—Españoles católicos. Polacos católicos.

Y los divisionarios les lanzaban desde los vagones las exiguas provisiones de pan y mantequilla que les habían repartido en el campamento de Hof, antes de la partida. Abrigadas de pies a cabeza, aunque desarrapadas, aquellas pobres gentes polacas parecían llevar sobre sí algún peso insoportable, un dolor del tamaño del universo; y había en sus ojos doloridos algo que escocía y abrasaba, aunque ya no hubiese en ellos lágrimas. Cuando le tendió su media hogaza a una niña que le mostraba un escapulario con la imagen de la Virgen, Antonio miró hacia el fondo del andén, donde se había alzado una horca. Y de ella colgaba, sacudido por el viento y la cellisca, con la lengua renegrada saliendo del rostro apergaminado, expuesto infamantemente a la contemplación pública, el cadáver de una mujer de unos cuarenta años, desnuda y con el cuerpo lleno de cardenales. Del cuello le pendía un cartelón escrito en alemán y polaco con los cargos que la habían llevado al patíbulo; uno de los divisionarios que chapurreaba alemán acertó a traducirlo:

—Pone que le dio comida a un guerrillero polaco.

Tal vez a un guerrillero que se la imploró, como ahora se la imploraban a ellos aquellas pobres gentes arracimadas ante su tren; tal vez a un guerrillero que se la exigió a punta de pistola, como suele ocurrir en estos casos. Un mendrugo de pan, un



tasajo de carne seca, un plato de lentejas: eso es lo que valía la vida de una mujer en aquella tierra abandonada de Dios. El tren se puso otra vez en marcha, mientras el viento hacía pendular el cadáver de la ahorcada. Antonio supo entonces, con certeza inquebrantable, que no se podía pelear noblemente en aquella guerra; y también que Alemania la tenía perdida.

Y ya tenía ante sí el frío del invierno ruso, un frío sin contornos ni horizontes anegándolo todo, como una irradiación de su alma.

Todas las advertencias que Cifuentes le había hecho habían sido pocas: el mismo día de su llegada al frente, la piel de las manos y la cara se le llenó de sabañones; durante su primera guardia en la trinchera, notó ese hormiguillo que se infiltra en los miembros como una suerte de placentero sopor, invitándolos al descanso, para enseguida detener la circulación de la sangre en las venas (que luego había que reactivar en el interior de los búnkeres, arrimándose a una estufa o metiendo los pies en una palangana de agua caliente, antes de que el hormiguillo derivara en congelación); había comprobado con perplejidad cómo el sudor, la saliva o cualquier otro humor corporal —hasta la secreción de las glándulas lacrimales— se congelaban casi instantáneamente, al contacto con el aire, llenando su rostro de una constante película de escarcha; había comprobado cómo el contacto con cualquier objeto metálico (el cañón de su fusil, mismamente) se tornaba abrasivo, obligándolo a manejarse con guantes si no deseaba despellejarse las manos; había comprobado cómo la tierra más esponjosa se tornaba dura como el pedernal, impenetrable para el pico y la pala. Pero, extrañamente, aquel frío que a sus camaradas embotaba y hacía languidecer, activaba en Antonio una rauda corriente nerviosa que lo mantenía en un estado de constante vigilia, con la inquietante pero no desagradable impresión de ser inexorablemente arrastrado por los acontecimientos. El frío ruso escondía en el interior de su fortaleza de hielo un mundo viril, salvaje, en el que la vida podía donarse con gusto, como una calderilla ínfima de la que uno se desprende por aligerar los bolsillos. Y Antonio se sentía poseído de una rara exultación, porque, de repente, había aflorado en él todo lo animoso que llevaba escondido, tan escondido que ni siquiera él lo conocía. Comprendió, recién llegado a Rusia, que los héroes carecían de otro mérito que no fuera evadirse de su propio yo, cobarde y egoísta, evadirse de su coraza de miedos, para entregarse al frío benefactor, voraz como la misma muerte.

El cerco de Leningrado había dejado de ser, en puridad, un auténtico cerco. Tras casi año y medio de resistencia heroica, los rusos habían logrado introducir en la ciudad, aprovechando la concentración de tropas alemanas en Stalingrado, varias divisiones de infantería y cuatro batallones de carros de combate que habían servido como refuerzo a sus divisiones blindadas. Ante este osado movimiento de las fuerzas

soviéticas, la probabilidad de un ataque sobre el sector defendido por la División Azul era cada vez más inminente. Y los mandos divisionarios sabían que, en caso de ataque, el auxilio que pudieran brindar los alemanes sería insignificante: puesto que la Agrupación de Ejércitos del Norte, volcada en Stalingrado, sólo disponía en el sector de Leningrado de una brigada escasa de reserva móvil, las fuerzas de tierra que el mando alemán pudiese enviar —si es que las enviaba— llegarían con varias jornadas de retraso; y la aviación de maniobra tardaría también horas. La División Azul tendría que afrontar, pues, un ataque soviético sin contar con ayudas ajenas.

En el mes de enero, poco antes de la llegada de Antonio al frente, una ofensiva rusa contra las líneas alemanas establecidas al sur del lago Ladoga había logrado abrir brecha y dominar el paso de la carretera que comunicaba Leningrado con Siberia. Pero para la definitiva rotura del cerco aún tenían que apoderarse los rusos de la carretera y el ferrocarril que unían Leningrado y Moscú. La División Azul se desplegaba precisamente en torno a la línea férrea, sólo a cien kilómetros de Leningrado, en los arrabales de Kolpino, junto a una aldehuela llamada Krasny Bor («Bosque Rojo» en ruso), sobre una vasta llanura de hielo, sin ondulaciones ni montañas que quebraran la línea del horizonte, donde se diseminaban, entre manchas de pinos y abetos, un puñado de isbas o cabañas rurales muy aisladas entre sí, para evitar los riesgos de un incendio. La compañía a la que Antonio acababa de incorporarse ocupaba una posición heredada de los alemanes apenas un mes antes, bien provista de búnkeres subterráneos cuyas paredes y techos estaban asegurados por hasta cuatro pisos superpuestos de troncos de pinos. Allí, rehuyendo las isbas, que constituían un blanco demasiado inocente para el enemigo, se refugiaba la tropa, repartida en dos turnos a lo largo del día. A Antonio, como al resto de rosquillas, le tocaba hacer la vida del topo, invirtiendo los horarios: cenaba al amanecer y, acto seguido, después de haber pasado toda la noche de escucha permanente, dormía con el correaje y las botas puestos, usando el casco por almohada; sobre las doce, el guripa de guardia lo despertaba para comer y seguía durmiendo; a las ocho de la tarde, cuando la noche era ya cerrada y las temperaturas alcanzaban hasta los treinta y cuarenta grados bajo cero, desayunaba e iniciaba labores de vigilancia.

En la noche del 9 de febrero de 1943 brillaba una luna inmóvil y grávida sobre la posición ocupada por los divisionarios; y su resplandor aureolaba de fosforescencia la llanura pelada que se divisaba desde el altozano, permitiendo incluso distinguir el incierto bosque tras el que se agazapaban las trincheras rusas, que ocupaban la carretera de Leningrado a Kolpino. Una calma espectral bañaba la blancura ilesa de la nieve detrás de las alambradas, y acuchillaba los nervios de Antonio, aclimatados ya al ajeteo del frente, al estruendo de la artillería pesada y al tableteo de las armas automáticas. Era un grandioso espectáculo telúrico que invitaba a la adoración: una alambrada, la nieve, el bosque, el enemigo y Dios esparciendo su gracia o su indiferencia sobre los desvelos de los hombres. Junto a la ametralladora montada que aún no había tenido ocasión de utilizar, Antonio creyó descubrir un bulto sospechoso

moviéndose entre los troncos de los árboles, delante de la trinchera enemiga. Se llevó los prismáticos a los ojos, acomodó la graduación de los oculares y enfocó el bulto: era un soldado ruso que avanzaba encorvado y a trompicones sobre la nieve, moviéndose hacia una isba derruida en tierra de nadie; se detuvo junto a ella, creyéndose sin duda protegido por la noche y las sombras semovientes del bosque, y hurgó entre sus escombros, hasta recuperar un largo madero que cargó sobre el hombro, iniciando luego el regreso a la trinchera. Antonio dejó los prismáticos y buscó al soldado a través del anteojo de la ametralladora; cuando lo encontró, centró sobre él la cruz del retículo. Ya sólo le faltaba accionar la palanca del disparo; pero su mano se resistía a hacerlo.

Ante sí no veía a un soldado enemigo, sino a un hombre aterido que había salido en busca de leña para alimentar el fuego, creyendo que la noche amparaba su atrevimiento. ¿Acaso iba a cambiar el curso de la guerra si aquel hombre dejaba de existir? ¿Qué importaba un soldado en un ejército que tenía millones? Eliminar a un hombre en una guerra en la que se contaba por regimientos y divisiones era como quitar un puñado de nieve de aquella infinita extensión que se desplegaba ante sus ojos; y, por contra, con él moriría un padre, un esposo o un hijo, un hombre irreplicable y acaso elegido para una noble empresa, una vez que acabara aquella guerra sin nobleza. Antes de que el ruso fuera avistado por cualquier otro de los guripas de guardia, Antonio disparó una ráfaga que levantó una cortina de polvo de nieve delante del soldado enemigo; modificó la puntería y disparó de nuevo, levantando esta vez la cortina de polvo a su espalda. Lo buscó otra vez con la mirilla de la ametralladora: el ruso, de rodillas sobre la nieve, parecía aguardar encogido la ráfaga que lo acribillase; como esa ráfaga no llegaba, se puso en pie y la esperó de espaldas; como tampoco así llegaba, se decidió a inclinarse, recoger el madero y reanudar la marcha. Había entendido que su suerte no dependía sino de la voluntad del tirador. Sus pisadas sobre la nieve eran una ferviente plegaria de gratitud; y Antonio sintió esa suerte de alegría serena que debió de anegar al Dios del Génesis, tras contemplar la obra de la Creación.

—¡Maldita sea, guripa! ¿Se ha vuelto loco?

Unas manos vigorosas lo apartaron de la ametralladora, que en apenas un segundo dejó oír su tableteo. El soldado ruso cayó, en la misma linde del bosque, como un garabato al final de una escritura intachable, y enseguida la luna lo embalsamó con su manto.

—¿Dónde creía que estaba, guripa? —La voz que lo amonestaba era más perpleja que iracunda—. ¿En una barraca de feria?

Antonio distinguió la divisa del alférez, con la estrella de seis puntas, en la manga del capote del hombre que acababa de empujarlo. Aunque el gorro con orejeras le impedía distinguir plenamente sus facciones, Antonio tuvo la impresión, a la vez gratificante e incómoda, de contemplar su rostro reflejado en un espejo; y la misma impresión debió de sacudir al alférez, que lo miraba con una suerte de divertida

incredulidad. Silbó una ráfaga procedente de las trincheras enemigas, en respuesta a las que ellos acababan de lanzar, y Antonio se encogió detrás del parapeto.

—Tranquilo, guripa, la que oigas es inofensiva; la que haya de matarte no la oirás.

Se escrutaron más detenidamente; y Antonio descubrió con alivio que, entre los rasgos que los igualaban, se contaban también otros que los distinguían: la mandíbula del alférez era menos angulosa que la suya y la redondeaba una papada incipiente; sobre los mofletes más carnosos destacaban unas ojeras violáceas que Antonio no tenía; y los arcos superciliares eran más pronunciados y abiertos que los suyos. Pero el perfil levemente aguileño de la nariz, los labios apretados en un mohín lastimero, los pómulos marcados parecían acuñados en el mismo molde.

—Usted es el alférez Mendoza, ¿verdad? —preguntó Antonio, tímidamente—. El alférez Francisco Cifuentes me habló de usted.

—¡Qué jodido Pacorris! Se le echa de menos por estos barrios. También él me habló de ti en sus cartas. Se conoce que te ha tomado cariño, porque no ha dejado de recomendarte desde hace un par de meses. Y con otros camaradas ha hecho lo mismo.

—Lo traté poco —reconoció Antonio—. Pero a la legua se veía que es un hombre cabal.

Gabriel Mendoza suspiró, golpeado por la nostalgia:

—Es lo que tiene la guerra —dijo—. Pone en nuestro camino a un hombre al que queremos como a un hermano, tanto que daríamos gustosos la vida por él. Pero, de repente, una bala cualquiera, o una orden del mando, lo desvían de nosotros y ya no volvemos a verlo. La guerra no tiene corazón.

Se encogió de hombros, como quien se sacude una tentación de debilidad.

—Afortunadamente no dura para siempre... —dijo Antonio, que no sabía si debía ofrecerle algún tipo de consuelo o sólo asentir a su reflexión.

—¡Ojalá durase, no te creas! —intervino enseguida Mendoza, en un tono repentinamente jovial, de una jovialidad que tenía algo de temeraria o brutal—. La guerra, en el fondo, es el deporte más hermoso. No sólo porque es el único que permite desarrollar todos los músculos por igual; sino, sobre todo, porque en ella la vida se desnuda. Todo en ella es abierto y sincero, sin intrigas, sin hipocresías. Es otro mundo que lava los pecados cometidos en el mundo social, tan ruin, tan sucio y blandengue. En la guerra, cada segundo vale por una vida entera, porque en ese segundo podemos perderla. Se mata sin odio y se muere sin duelo. Y las debilidades de la carne se alejan de nosotros.

Antonio supuso que habría dejado atrás una vida que ahora le asqueaba, una vida quizá demasiado muelle o mezquina, una vida acaso corrompida por los vicios. O tal vez su alegato bélico fuese pura faramalla falangista.

—Y a cambio de los vicios que se alejan, se acercan el frío y la metralla —bromeó.

—¡No te quejes, guripa! —Mendoza le sacudió con el puño en el pecho, como si

quisiera reactivarle la circulación sanguínea—. No te quejes, que de momento estás entero. Además —añadió resoplando—, a partir de ahora seré tu protector. ¡Como para desoír las recomendaciones de Pacorris! Se entera de que no te he atendido en condiciones y es capaz de venir a buscarme, para matarme a palos.

Enfocó los prismáticos hacia las líneas enemigas, que la luna delataba como si fuera un reflector.

—No creí que dejando vivir a ese ruski estuviese cometiendo una falta... Sólo buscaba madera para calentarse —comenzó a excusarse Antonio.

—Eso ya ha quedado olvidado, guripa. —Mendoza frunció el ceño, en un intento por mejorar la visión escudriñadora de los prismáticos—. Pero los muy cabrones están a punto de atacar, te lo digo yo. Esos angelitos, ahí donde los ves tan callados, están tramando algo gordo. Apuesto lo que quieras a que esta tranquilidad no durará mucho. —Guardó un repentino silencio, antes de exclamar—: ¡Joder! ¡Mira, mira por los prismáticos! Están llegando por miles a los parapetos.

Antonio ajustó los oculares, hasta alcanzar la lejanía del bosque, que la luz lunar convertía en un ejército supletorio de titanes emergidos de ultratumba. Sobre la fosforescencia del horizonte nevado se atisbaba, en efecto, un cordón de diminutas manchas negras, como una hilera zigzagueante de hormigas que se perdía entre las trincheras.

—¿No deberíamos dar la voz de alarma?

—Tranquilo, coño —lo disuadió el alférez Mendoza—. ¿O es que te piensas que otros vigías mejor situados no lo han visto ya?

En las posiciones divisionarias se percibía, en efecto, un movimiento infrecuente a aquellas horas y un rumor de preparativos que poco a poco adquiría mayor espesor y agitación. Los dos se quedaron mirando como hipnotizados el desplazamiento de aquella línea de puntitos oscuros que no parecía tener fin.

—¿Cree que están a punto de atacar, alférez?

De súbito, Antonio sentía una suerte de respeto religioso por su sangre, que tal vez pronto se derramase, infestada de pecados sin remisión. Pensó en Carmen, que nunca sabría que su cadáver iba a caer sepultado sobre la nieve, para luego servir de pitanza a las aves carroñeras, cuando se pudriese con la llegada de la primavera.

—A tomar el fresco no creo que vengan, guripa. No van a darnos tiempo ni a que el páter nos confiese. ¡Jodidos comunistas! Como ellos no creen en el infierno, ni siquiera dejan a los demás que nos pongamos en paz con Dios.

Aquella mezcla de aplomo suicida y humor macabro suscitaba admiración en Antonio, que se sentía contagiado de una trepidación misteriosa.

—¿Dejó muchos seres queridos en España, mi alférez?

A Mendoza lo desconcertó la intención confidencial de la pregunta. Dejó caer los prismáticos sobre el cuello, como quien deja caer la última reserva.

—Me alisté justo después de que muriera mi madre. —Su humor se ensuciaba de un tono pesaroso y contrito—. Creo que, en parte, fui culpable de su muerte; o al

menos así lo percibo yo: la maté con mi frivolidad, con mi falta de fuste, mi vagancia y mis barrabasadas. Desde que fui niño, depositó en mí muchas esperanzas, pero todas las defraudé. ¡Qué le vamos a hacer, salí calavera y juerguista como mi padre! Él sí que le hizo daño, a la pobre...

Tal vez estuviese utilizando a Antonio para descargar su conciencia, a falta de un páter que le absolviese aquel cúmulo de faltas contra el cuarto mandamiento. Antonio resolvió solventar el aprieto con los consabidos lugares comunes:

—Seguro que ahora se sentirá orgullosa de usted desde el cielo, mi alférez.

—Tutéame, coño, que en la Falange nos tuteamos todos, sin importarnos la graduación ni el rango. —Antonio asintió cohibido—. Y llámame Gabi. Así es como me llaman los amigos y, en breve, seremos algo más que amigos, si es que no nos halla la muerte... También dejé una novia allá, Amparo, bien bonita y buena. ¡Demasiado buena para mí! Voluntaria del Servicio Social en la Sección Femenina.

Hurgó en algún bolso interior del capote y extrajo una fotografía arrugada que guardaba como una reliquia. Amparo era una joven de ojos claros y un poco bovinos, como esas vírgenes melancólicas de los iconos rusos.

—Guapa de verdad —dijo Antonio, tal vez mintiendo, o tal vez sin detenerse a reflexionar si decía la verdad.

—Y más valiosa que las pesetas. ¡Anda que no le di mala vida! Y no hay día que no me escriba. En cuanto regrese la haré mi mujer.

Antonio sonrió, humillado por una envidia de pobre. Nada hubiese deseado más en aquel instante que exhibir una fotografía de Carmen, mucho más guapa que Amparo.

—¿Y cómo no has regresado ya? Continuamente están relevando gente...

Gabi calló, como herido en alguna entretela del recuerdo; pero enseguida recuperó su buen humor:

—Ea, amigo, no preguntes más. Estamos en guerra, y uno tiene que purgar por el mal que hizo. —Chasqueó la lengua, espantando la sombra del desánimo—. ¿Y tú, no tienes una novia que te escriba?

Antonio denegó con la cabeza, tal vez con demasiada obstinación.

—Pues no, pero tengo a Cifuentes, que no para de escribirme.

Gabi rió sin ensañamiento, con una cordial desenvoltura:

—Bueno, mucho mejor sin novia que *karovo*.

—¿*Karovo*?

—Cornudo, en la jerga divisionaria. —Gabi miró la hora en el reloj que le ocultaba el guante—. ¡Ea! Tengo que seguir la ronda. Que vigiles bien, guripa.

Se perdió por la trinchera, despreocupado de los movimientos de tropas en las líneas enemigas, que para entonces ya producían un sordo rumor que se oía con claridad en el silencio bautizado por la luna. Antonio se esforzó por distinguir si el ajeteo de las tropas se acompañaba de una concentración de carros de combate y artillería pesada, pero sus ojos ya se habían cansado de fijar la vista en aquella

blancura reluciente; además, el cadáver del ruski abatido por el alférez· Mendoza le dolía como una espina clavada en la garganta. Debió de quedarse levemente traspuesto, porque no reparó en la cercanía de un sargento que lo zarandeó furioso:

—¡Venga, venga, guripa! ¡A tu puesto de inmediato! ¡Date prisa!

Antonio recogió atropelladamente el casco, el fusil y la impedimenta, que había dejado apoyados contra la pared del parapeto. Empezaba a alborear con ese sigilo con el que germinan los milagros; y en la trinchera, por contraste, reinaba el desorden propio del toque de generala. Antonio corrió hasta el emplazamiento del tercer pelotón, en el que servía como proveedor de munición en los fusiles ametralladores. El humo de los búnkeres ascendía al cielo teñido por los primeros rosicleres, lento y rectilíneo como una columna o un tronco calcinado, un bosque de troncos calcinados despidiéndose del mundo. No soplaba ni la más ligera brisa; y el frío, a medida que se aclaraba el cielo, adquiría una delgadez de cuchillo o aguja perforando las sienas. A su lado pasó a la carrera el alférez Mendoza impetuoso como un toro que sale de chiqueros; la luz dudosa del alba contribuía a resaltar sus diferencias fisonómicas.

—¿Preparado, guripa? —preguntó, al pasar junto a él.

—¡Preparado! —dijo Antonio con brío, casi con exultación.

El sol asomó sobre la llanura nevada, como un río de lava que se deslizase sobre la línea combada del horizonte. En las trincheras se oyeron gritos de celebración y canciones jubilosas, como si la muerte fuese una juerga; y la naturaleza, en derredor, se sumó a la celebración, como un tigre expectante de sangre. A las siete de la mañana rasgó el cielo, procedente de las trincheras rusas, una bengala roja, que se elevó rápida y altísima hasta perderse de vista. Luego el silencio floreció, como una primavera anticipada, por los confines de la llanura; los divisionarios lo llenaron rezando un padrenuestro que sonaba feroz, retador y rugiente. Y entonces se desencadenaron todas las legiones del infierno: ochocientas piezas de artillería comenzaron a vomitar fuego sobre las trincheras divisionarias, como lo haría un martillo pilón sobre una vajilla de porcelana. Su estruendo reventó los tímpanos de varios guripas que se alineaban al lado de Antonio y engulló el ruido que producía el estallido de las bombas que se arrojaban desde las posiciones españolas, como si fuesen inofensivos estallidos de frutas pochas. Temblaba la tierra, como aquejada por los dolores del parto, ante aquella lluvia de proyectiles que arrasaba el paisaje, borrando la nieve de la llanura, destrozando las defensas divisionarias, abriendo cráteres en la tierra que los españoles usaban a guisa de parapeto, una vez deshechos los búnkeres y hundidas las trincheras. La luz de las explosiones era cegadora como el latigazo de mil relámpagos; y el aire inflamado se llenó de una niebla espesa, en la que se mezclaban el vapor del hielo triturado, la tierra pulverizada, el humo de mil incendios y una nube de pólvora que se agarraba como difteria a las mucosas, impidiendo la respiración. Obuses, proyectiles antitanques y también las bombas que la aviación soviética defecaba sobre las posiciones españolas componían aquel huracán epiléptico que durante más de una hora batió incansablemente la zona,



provocando una carnicería de dimensiones pavorosas. Antonio contemplaba en su derredor a los camaradas despedazados por la metralla, agonizando entre horribles muecas, desfigurados por la honda expansiva de las explosiones, aullando enloquecidos mientras trataban a la desesperada de remeter en sus cuerpos rotos las vísceras todavía palpitantes que pugnaban por salir. La nieve de la llanura se había convertido en un barrizal sanguinolento, una geografía pantanosa y calcinada en la que asomaban, aquí y allá, como flores pútridas, cadáveres irreconocibles, miembros amputados, piltrafas de carne y jirones de ropa fundidos en una misma argamasa repulsiva. Y el bombardeo había sido mucho más intenso en otras zonas del sector, sobre todo en las ocupadas por las compañías quinta y sexta, que eran las directamente encargadas de proteger la línea férrea de Leningrado a Moscú. Mientras el aire se llenaba de los silbidos mortíferos de los obuses, comenzaron a llegar de aquella zona multitud de guripas, evacuados por sus oficiales en condiciones deplorables, más muertos que vivos. Los cabos y sargentos patrullaban por los puestos trayendo a los heridos coñá e improvisando unos primeros auxilios que las más de las veces se revelaban inútiles.

—¡Firmes en las posiciones! —voceó el alférez Mendoza, que recorría las deshechas trincheras infundiendo ánimo a los guripas—. ¡Calma, muchachos! Ya les daremos a esos cabrones una dosis de su propia medicina.

Pero aún tendrían que soportar, después del intenso bombardeo de la artillería pesada, la acción devastadora y desmoralizante de los llamados «organillos de Stalin», un arma soviética que disparaba a la vez quince proyectiles, los célebres katiushas que, en combinación con morteros, antitanques y lanzagranadas, aún siguieron machacando los desarbolados parapetos españoles durante un buen rato. Por fin la artillería española respondió al ataque, en una proporción infinitamente menor, pero igualmente estimulante para la moral de la tropa, que recibió con saltos de alegría y exclamaciones de júbilo los estallidos de los proyectiles sobre las posiciones enemigas. El pequeño pinar que emboscaba las trincheras rusas quedó enseguida desmochado y convertido en pasto de las llamas, entre el ulular de los obuses que iban y venían. Por fin se hizo la calma; pero todos sabían que era la calma que precede a la peor de las tempestades.

—Los ruskis van a lanzarse al asalto, muchachos —dijo el alférez Mendoza—. Ante todo mucha calma. ¡Arriba España!

La nube de humo, polvo y nieve pulverizada que ocultaba las posiciones enemigas se empezó a disolver. Apareció entonces, entre sus últimas hilachas, la infantería soviética, como un bosque de Birnam avanzando impávido entre alaridos furiosos y en compactos bloques de columnas. Era de una trágica belleza contemplar la marcha al paso de los rusos, codo con codo, mientras hacían ondear sus largas capas blancas de camuflaje. Se contaban por miles; y sobre la marcha lanzaban intermitentemente ráfagas de fuego con sus naranjeros, que luego apoyaban sobre la cadera para seguir gritando frenéticamente unos «hurras» que sonaban como

descargas de fusilería. Parecía inverosímil que semejante multitud de hombres viniese a atacar a un único regimiento español. Antonio estaba paralizado por el horror.

—Tranquilo, están borrachos como cubas —le musitó al oído el alférez Mendoza, que se aprestaba a colocar en su trípode la ametralladora que Antonio tendría que proveer de munición—. Antes de combatir les llenan el cuerpo de vodka. —Y, volviéndose al resto de la compañía, gritó—: ¡Armas preparadas!

Los «hurras» de los rusos se hacían cada vez más cercanos y atronadores. En una primera avalancha lograron echar abajo las alambradas que protegían la línea divisionaria; y entonces las minas sembradas en el terreno cumplieron su cometido: a medida que aquella marea humana ponía los pies sobre ellas, explotaban sembrando una mortandad inconcebible. Saltaban por los aires los cuerpos de los rusos, por decenas o cientos, convertidos instantáneamente en despojos chorreantes de sangre que se fundían en el barrizal. Pero a esa primera avalancha abortada por las minas sucedió otra, en incontenible oleada, que pisoteaba los restos de sus compatriotas, ebria de vodka o de venganza.

—¡Fuego!

Tabletearon las armas automáticas, regando de muerte el avance de los rusos; las granadas de mano reventaban los cuerpos, haciéndolos caer en las más grotescas posturas, unos sobre otros, en informe revoltijo de gemidos. El alférez Mendoza hacía girar sobre el trípode la ametralladora que Antonio abastecía de munición, segando una y otra vez las filas enemigas, hasta que el cañón alcanzó la incandescencia.

—¡Sigue cebándola, guripa! ¡No pares!

Las cintas de balas eran devoradas por la ametralladora a una velocidad bulímica que pronto la hizo reventar. Los rusos que habían sobrevivido a la masacre utilizaban los cadáveres de sus compañeros a guisa de parapeto y disparaban sin tino sus naranjeros. El alférez Mendoza empezó a lanzar granadas como un poseso, de pie sobre la trinchera, ajeno a las ráfagas enemigas, con un entusiasmo contagioso que prendía entre los españoles, cada vez más diezmados. Había caído el capitán Huidobro, al mando de la compañía, abatido por una bala que le entró entre los ojos y lo derribó al fondo de la trinchera con los brazos en cruz. Tras un instante de desconcierto, Mendoza se hizo cargo de la defensa de la posición, para entonces apenas un islote de resistencia entre las líneas desbordadas. Seguían arreciando los disparos, y los rusos, ante la inutilidad de sus esfuerzos, optaron por retirarse, dejando tras de sí el campo sembrado por una montaña de cadáveres que impedían dispararles por la espalda. Calló por unos minutos la artillería; los guripas sobrevivientes se escondieron, agotados y maltrechos, en la trinchera.

—¡Atended a los heridos! —ordenó Mendoza—. ¡Y no bajéis la guardia!

Los sanitarios se desplegaron al instante, buscando entre los cadáveres de los guripas a aquellos que aún respirasen: a los enfermos más leves se les pidió que caminaran por su propio pie hasta el próximo puesto de socorro, situado a las espaldas de la compañía, en Krasny Bor; a los más graves se les evacuó en camilla

hasta los búnkeres reducidos a escombros, en espera de que pudieran llegar las ambulancias, lo cual era mucho esperar.

La tregua, entretanto, tocaba a su fin: una segunda bengala roja se elevó al cielo, silbando desde las filas rusas; y al instante se desató una nueva tempestad artillera, más fuerte incluso que la anterior pero dirigida esta vez contra la quinta y sexta compañías, encargadas de custodiar la línea férrea. Lograron abrir brecha en aquel punto, aniquilando por completo a los guripas que aún se mantenían en línea, sin retroceder un solo paso, y a continuación lanzaron los rusos unos sesenta tanques pesados, seguidos de unos cuantos regimientos de infantería, provistos todos de armas automáticas, con los que se disponían a penetrar en campo divisionario, para así poder atacar por la espalda a las compañías que todavía resistían, atrapándolas entre dos fuegos. El alférez Mendoza reparó enseguida en el propósito de los rusos.

—¡Voluntarios para acompañarme! —exclamó.

Nadie sabía qué estratagema desesperada habría urdido; pero, aunque los ánimos ya desfallecían, aún logró reclutar a una docena de guripas valerosos a los que se sumó inconscientemente Antonio. La voz de Mendoza sonaba áspera como la lija y, sin embargo, casi afónica entre el estruendo de las detonaciones:

—¡Cargaos de granadas! Vamos a detener a esos monstruos como sea. ¡Los demás, cubridnos!

Arrancó a correr por la trinchera, seguido de los voluntarios, que obedecían ciegamente sus órdenes, tal vez porque la obediencia ciega, cuando se posee la certeza de la muerte, es el modo más resolutivo de abreviar sus trámites. Los tanques rusos avanzaban sobre el barrizal sangriento, entre amasijos de hierros en llamas, hasta llegar a las avanzadillas divisionarias, donde se detuvieron momentáneamente, como olfateándolas, temerosos quizá de que entre el barro y la nieve derretida aún se agazapasen algunas minas. Luego volvieron a ponerse en marcha; y sus orugas empezaron a escupir, como fauces de un animal carnívoro, astillas de madera, jirones de ropa, piltrafas de carne. Entre los escombros, algunos guripas moribundos de la quinta y sexta compañías se lanzaban con una mina de plato entre las manos a las ruedas de los tanques, haciéndolos estallar a la vez que perecían.

—¿Habéis visto a esos valientes? —preguntó Mendoza, excitado—. Pues nosotros vamos a hacer algo parecido. Corred hacia los carros; si os encorváis, no podrán disparar contra vosotros. Cuando ya os vayan a aplastar, arrojaos al suelo. Debajo de sus panzas hay espacio suficiente para un hombre. Meted una granada en la oruga: estallará a los pocos metros y el tanque quedará embarrancado en el barro. Luego subíos a la torreta y arrojad otra granada por el conducto de la ventilación. —Contempló, acezante, los rostros confundidos o desorientados de los guripas—. ¿Me habéis comprendido?

Parecía imposible detener a aquellos mastodontes. Pero Mendoza, dominado por una magnífica indiferencia hacia la muerte, saltó el parapeto de la trinchera y corrió a su encuentro, a la vez que disparaba su fusil ametrallador contra la infantería rusa que

seguía a los blindados. Cuando ya el tanque estaba a punto de apisonarlo, se deslizó debajo de su panza; y emergió del barro, en el que había quedado enterrado por completo, cuando la explosión de la granada retumbó en las tripas del coloso. La infantería rusa se quedó paralizada por el estupor ante aquel alarde de audacia; y antes de que acertaran a dirigir sus naranjeros contra él, Mendoza ya había trepado a la torreta del carro, en cuyo interior arrojó otra granada, para brincar de nuevo al barro, como impulsado por un resorte. Desde las diezmadas filas divisionarias se prorrumpió en vítores y arreció el fuego, celebrando la proeza o insensatez de Mendoza, que ya se había refugiado en un cráter del terreno cuando la segunda granada estalló dentro del blindado, inutilizándolo definitivamente. Desde allí, Mendoza exhortaba a los guripas voluntarios:

—¡Hala, chavales! ¡Duro con ellos!

Los guripas, galvanizados por el ejemplo de su oficial, treparon al parapeto, pero sólo un par de ellos logró esquivar las balas de la infantería rusa y llegar hasta los tanques, bajo cuyas orugas perecieron, alcanzados por la onda expansiva de las granadas. Antonio, menos temerario o inconsciente, se quedó en la trinchera, cubriendo el regreso de Mendoza con una ametralladora que se había quedado sin dueño, tras el aniquilamiento de la quinta compañía.

—Te debo la vida, guripa —reconoció Mendoza, a quien el fracaso de aquella escaramuza inútil había nublado el rostro—. Pero pensé que tenías más cojones.

Los tanques, entretanto, ya habían alcanzado la retaguardia divisionaria; y tras ellos, como una horda deseosa de vengar la mortandad de sus camaradas, se abalanzó la infantería rusa, que de inmediato se dirigió hacia el lugar donde se hallaban las escasas baterías españolas y el puesto de comunicaciones. Así los escasos supervivientes de la División Azul quedaban atrapados entre dos fuegos; y tuvieron que emplazar las pocas ametralladoras que quedaban disponibles en dos direcciones: unas dirigidas hacia el bosque desmochado por la artillería; las otras apuntando hacia la retaguardia, donde acababa de infiltrarse el enemigo. Los mejores tiradores cayeron pronto, alcanzados por el fuego cruzado; y tuvieron que ser reemplazados por soldados bisoños como el propio Antonio. Pero las cintas de balas se acababan; y las ametralladoras incandescentes se negaban a seguir disparando. Mendoza contempló los restos de la compañía, reducida a unas pocas decenas de hombres entre los que ya no se contaba ningún oficial más que él; y con gesto pesaroso decretó la orden:

—¡Retirada! ¡Separaos en pequeños grupos y corred en dirección a la aldea de Krasny Bor!

Él mismo se encargó de dirigir el desalojo de la trinchera, quedándose el último con Antonio, que aún apuraba el último remanente de balas. Mendoza extrajo la máquina del trípode y cargó a Antonio con una caja de munición. Antes de abandonar la trinchera elevó la vista al cielo, crepitante de pavesas en las que quizá viajasen las almas de españoles y rusos, olvidadas de rivalidades terrenas y abrazadas

fraternalmente en su apetito de inmortalidad. A lo lejos, entre la humareda que se extendía hasta Kolpino, una escuadrilla de diez o doce Stukas alemanes picó en cadena y soltó su provisión de bombas sobre la retaguardia enemiga.

—A buenas horas, mangas verdes —masculló Mendoza, exasperado—. Si os descuidáis un poco más, llegáis el día del Juicio.

Echaron a correr por el barrizal sembrado de cadáveres humeantes que se extendía ante la aldea de Krasny Bor. Mendoza dirigía la ametralladora contra los rusos que surgían a su paso, gritando como un salvaje (y el rebozo de barro y sangre que lo cubría, tras su escaramuza ante los tanques, acentuaba en verdad su parecido con un salvaje); y Antonio se sumaba a sus gritos de rabia o exultación, dejándose envolver por esa dulce inconsciencia o ebriedad que procura el primer baño de sangre. Olvidado del miedo y de la muerte, que ahora se le antojaba lejanísima e inofensiva, Antonio proveía de munición a Mendoza, o a veces tomaba él mismo la ametralladora, escupiendo balas sobre gurrufios de hombre que suplicaban clemencia en el barro, dirigiendo el cañón contra sus cráneos, que borraba de una ráfaga, limpiándolos de ideas comunistas. El olor acre de la sangre y de la carne chamuscada por los disparos a quemarropa lo anegaba de una suerte de beatitud desquiciada; y comprendió entonces que la guerra era, en efecto, el deporte más hermoso, porque en ella asoma el hombre sin las blandenguerías y dobleces de la civilización, el hombre desnudo y sincero que mata sin odio y muere sin duelo, con alegría de matar y alegría de morir, como en un juego de niños. Recordó, con una suerte de suficiencia condescendiente, al ladronzuelo que, unos pocos meses atrás, se refugiaba en su tabuco de la calle del Amparo, atribulado tras la muerte de aquel tiparraco en el Retiro, y lo contempló con abrumada piedad y aliviado asco, como una mariposa debe de contemplar la crisálida donde un día estuvo encerrado su cuerpo de gusano. No serían más allá de las tres de la tarde, pero sobre el mundo ya se derrumbaba el crepúsculo.

El objetivo de Mendoza era ganar la noche e infiltrarse entre las filas rusas, hasta llegar a las nuevas posiciones de la División Azul. Pensaba que para entonces los guripas de su compañía ya se habrían hecho fuertes en la aldea de Krasny Bor; y que desde allí podría dirigir la huida, apoyado en un grupo de leales. Pero Krasny Bor había sido copado por los rusos, que desde cada isba aguardaban a los españoles, dispuestos a oponer encarnizado combate. En la caja de munición ya apenas restaba un puñado de balas huérfanas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Antonio, extenuado.

Ambos se habían acurrucado detrás de un muro semiderruido que los protegía de los francotiradores. Antonio se pasó la mano por el rostro, para descubrirlo cubierto por una película de hielo en la que se mezclaban el sudor propio y la sangre ajena. Más espesa aún era la capa de barro helado que recubría a Mendoza, del color de una vasija cenicienta.

—Tenemos que ganar como sea la salida del pueblo. Si nos quedamos aquí nos

achicharrarán.

Las sombras de los árboles desmochados reptaban y se estiraban sobre la nieve sucia, como empujadas por el sol claudicante.

—Vete tú solo, Gabi —farfulló Antonio—. Yo ya no puedo más.

Apenas media hora antes, mientras eufórico descerrajaba tiros sobre los ruskis heridos que se tropezaba en el camino, se había creído dueño de una energía incombustible; pero había bastado que el cielo se oscureciera para que un súbito desaliento y una honda sensación de desamparo se adueñasen de él. De repente, todos los muertos que había dejado detrás de sí le pesaban como un cargamento de chatarra.

—No seas majadero, Antonio —dijo Mendoza con una voz neutra, como si ya no creyese ni en sus propias palabras—. Mientras hay vida hay esperanza.

Pero se quedó, como el propio Antonio, derregado sobre el muro, dejando que el frío extendiese su ramaje de hiedra sobre los miembros agotados. A lo lejos, los arrullaba un ronquido de motores que no supieron identificar, hasta que se hizo evidente que eran los tanques que habían roto la línea del frente y que ahora regresaban, para cerrar en una bolsa a los divisionarios en desbandada. Los rusos apostados en las isbas abandonaron sus escondrijos, flanqueando a los blindados, que se abrían paso por las calles de la aldea a cañonazos. Uno de los proyectiles impactó a escasos metros del muro donde Antonio y Mendoza se habían refugiado; y su onda expansiva los levantó del suelo, como una mano ciclópea, dejándolos sepultados entre cascotes. Antonio no sentía dolor alguno; pero al intentar erguirse notó que de su cabeza, de la que había volado el casco, descendía copiosa sangre empapándole el uniforme. A su lado, Mendoza mostraba desolladuras en la espalda que dejaban al aire los músculos desgarrados. Ambos se sentían completamente aturdidos, como si les hubiesen arrancado las entrañas y reducido a la condición de marionetas, sin dominio de sus pies ni de sus brazos. En el corazón de la noche, como un cónclave de luciérnagas que se disuelve repentinamente, un grupo de soldados rusos envueltos en capotes de camuflaje blancos los rodeaba en círculo.

—Desdichados de nosotros. Hemos caído prisioneros —dijo Mendoza, resignado al fin.

Antonio buscó la ametralladora entre los cascotes; pero su movimiento fue de inmediato interceptado por los rusos, que cerraron el círculo y los encañonaron con sus naranjeros, en medio de una algarabía ininteligible.

—¿Qué nos harán? —preguntó Antonio, levantando los brazos y llevando después las manos a la nuca.

—Lo imagino y me estremezco. Más nos valdría haber muerto.

Y, como una rúbrica a sus palabras, llovió sobre ambos un pedrisco de puntapiés y culatazos que sus captos celebraban con risotadas e improperios. Antes de perder el sentido, Antonio contempló por última vez la llanura desolada de Krasny Bor, alumbrada de hogueras donde vivaqueaban los muertos, morenos de pólvora y de luna.

Había comenzado para ambos la larga noche del cautiverio.

En compañía de otros treinta o cuarenta prisioneros iniciaron la marcha hacia las líneas rusas, situadas a unos dos kilómetros de Kolpino. Eran, todos ellos, divisionarios del 262 regimiento, supervivientes de la batalla en la que el resto de sus camaradas —mucho más afortunados— habían sucumbido al demoledor empuje del ataque soviético, que todavía se prolongaba con descargas de artillería que iluminaban con sus fogonazos la línea del horizonte. La mayoría de los prisioneros estaban heridos, de mayor o menor gravedad; y casi la mitad de ellos no podían caminar, por lo que quienes todavía se sostenían en pie, como Antonio o el alférez Mendoza, tenían que llevarlos cargados sobre sus hombros, azuzados por las bayonetas de sus captores, que profanaban la noche con sus vozarrones hispídos y sus carcajadas beodas:

—*Davai! Davai!*

Adelante, siempre adelante. Los soldados rusos habían formado dos hileras en torno al grupo desahuciado de los prisioneros; eran hombres de ojos rasgados y oblicuos y facciones tártaras, reclutados seguramente en alguna remota región hiperbórea, allá donde los fríos polares no permiten el florecimiento de la vida, o sólo lo permiten en sus expresiones más rudimentarias y raquílicas, casi minerales. Vestían pieles blancas y peludas, como los esquimales; y cubrían su cabeza con unas capuchas festoneadas de la misma piel que apenas dejaban asomar un retazo de su rostro, del que parecía haber desertado cualquier signo de vivacidad, un rostro como de tótem en el que relumbraba una mirada incendiada por el vodka o por el odio. Resultaba evidente que habrían preferido ametrallar a sus prisioneros en el mismo lugar en el que los habían capturado; pero cumplían órdenes del mando, que seguramente quisiera sonsacar información a los oficiales de las compañías divisionarias, y tal vez provocar con añagazas y falsas promesas la defección de algún guripa no demasiado animoso, al que luego se podría utilizar en labores de propaganda, para desmoralizar al adversario.

—*Davai! Davai!*

Mendoza caminaba delante de Antonio, cubierta su espalda lacerada con el capote de algún camarada muerto en el combate, avergonzado y como pesaroso del destino que aguardaba a sus hombres, entre quienes empezaba a extenderse la conciencia amarga de la derrota. Aunque sus guardianes no les dejaban alzar la voz, los



prisioneros mascullaban entre dientes maldiciones y lamentos: había quienes recordaban entre sollozos a sus familiares, que tal vez no volviesen a tener noticias de ellos; había quienes renegaban del necio idealismo, o de las razones más alimenticias que los habían conducido a alistarse en la División Azul; y no faltaban entre los más arrojados quienes abogaban por revolverse contra sus captores, para ser abatidos allí mismo por sus naranjeros y poner término, de este modo, a unos padecimientos que intuían insoportables. Pero ninguno barajaba, ni siquiera remotamente, la posibilidad de escapatoria, y mucho menos la de su liberación; tal era el extremo hasta el que estaban postrados y la nula confianza que depositaban en el poderío de los alemanes. Antonio, que cargaba sobre sus hombros con un joven artillero agonizante al que una bala explosiva había destrozado la mandíbula inferior, no participaba de aquellos conciliábulos en sordina: desde que decidiera —pero había sido la decisión de una alimaña acorralada— alistarse en la División Azul, había aceptado que el gobierno de sus días no estaba en sus manos; y este designio fatalista lo exoneraba de lucubraciones sombrías, también de esperanzas vanas. Inevitablemente, sin embargo, se figuraba lo que habría sido su vida si no hubiese accedido a ejecutar aquel último palo en el Retiro por requerimiento de Carmen (pero entonces habría acabado urdiendo otras truhanerías acaso igual de peligrosas, o dedicándose a trapicheos ilícitos que habrían acabado muy malamente); tales figuraciones no hacían sino confirmarle que su suerte final en poco se habría diferenciado de la que ahora sufría y que, antes o después, habría terminado hallando la muerte, como siempre ocurría con los hombres de su índole y condición. Pues sólo siendo otro hombre habría podido abrazar otra suerte; pero ¿a quién le está permitido ser otro hombre?

—*Davai! Davai!*

Caminaban por terrenos inhóspitos, una geografía batida por los obuses y las bombas que, tras convertirse en un barrizal durante el día, había vuelto a congelarse, al caer la noche, encerrando en su seno mil cuerpos despedazados sobre los que no tardaría en caer, como un viático póstumo, el manto piadoso de la nieve. Alcanzaron las líneas rusas, a las afueras de Kolpino, que la noche anterior Antonio y el alférez Mendoza habían oteado desde un altozano con los prismáticos; lo que entonces les había parecido una hilera de hormigas se revelaba ahora en su entera dimensión amedrentadora: miles de soldados, tanto hombres como mujeres, entregados a las celebraciones de la victoria, como en un aquelarre ancestral que el calor de las hogueras y del vodka tornaba orgiástico; y, tras ellos, como una inexpugnable muralla de hierro camuflada con ramas de pinos, cientos de baterías de todos los calibres abriendo a la noche sus bocas todavía humeantes, cientos de camiones en cuyos remolques se alineaban, mirando oblicuamente al cielo, los célebres organillos de Stalin, con los raíles todavía cargados de granadas, por si aún tenían que ser utilizados otra vez. Apenas vieron aparecer a los prisioneros españoles, los soldados rusos los rodearon en un enjambre vociferante, haciéndolos diana de sus invectivas y escupitajos y apuntándolos con los fusiles, dispuestos a abrir fuego en cuanto

respondiesen siquiera mínimamente a sus provocaciones. Algunos de los prisioneros, en especial los que sufrían heridas más graves, vieron en aquella soldadesca envilecida una oportunidad providencial para poner fin con gloria a sus padecimientos; y, antes de que el alférez Mendoza pudiera impedirlo, sin ponerse de acuerdo entre ellos, se abalanzaron contra los fusiles enemigos, entre exclamaciones patrióticas y maldiciones al comunismo. Una descarga cerrada los derribó en tierra; y su muerte fue celebrada con alaridos crueles, disparos al aire y otras muestras de regocijo.

—Mejor haríamos en imitarlos —murmuró Antonio, buscando la aquiescencia de Mendoza.

El alférez, mohíno y cabizbajo, parecía estar rezando un responso. Cuando concluyó, se volvió hacia Antonio con determinación, como poseído por una secreta cólera:

—Ya te lo dije antes, guripa: mientras hay vida, hay esperanza. Ten un poco de paciencia, y verás cómo logramos huir.

Antonio desvió con incredulidad la mirada hacia los cañones de las baterías, que intimidaban a las estrellas.

—¿Huir? ¿Cómo, si puede saberse? ¿Y adónde?

—Ya se nos presentará la ocasión —murmuró Mendoza, exasperado—. Los alemanes todavía pueden recomponerse. Trataremos de pasarnos a sus filas.

Apretaba la mandíbula, tal vez por impedir que sus palabras sonasen en exceso quiméricas, tal vez por contener la rabia y el vómito que le producía el alborozo de la soldadesca, que ahora desvalijaba los cadáveres de los divisionarios abatidos, arrancándoles anillos y relojes, medallas y cadenas de oro o plata que tal vez les hubiesen regalado sus madres y sus novias al partir, para que los protegiesen de las balas.

—¿Y si no se nos presenta la ocasión? —insistió Antonio.

—La que nunca nos faltará es la de hacernos matar, no te preocupes.

Extrañamente, Antonio había empezado a pensar que su destino estaba ligado al de aquel hombre que vagamente repetía sus facciones. Que, en tanto él decidiera seguir viviendo, él tampoco debería morir; y que, cuando al otro le llegase la muerte, él no debería aferrarse a la vida. El propio Mendoza se lo había dicho: la guerra pone en nuestro camino a un hombre al que queremos a los cinco minutos como a un hermano.

—¿Y si no nos matan? —No era miedo lo que causaba la zozobra de Antonio, sino el deseo de hacer propias las intenciones de Mendoza, de fundir fraternalmente su voluntad a la suya—. ¿Te suicidarías?

Mendoza denegó obstinadamente con la cabeza, como si quisiera espantar esa tentación, o tal vez la visión horrenda de los cadáveres profanados.

—Jamás me condenaría por eludir los sufrimientos de esta vida, por terribles que sean. —Ahora hablaba en un bisbiseo de confesionario, como un penitente que ha

infringido todos los mandamientos e implora una absolución acaso imposible—. Me falta valor para afrontar el juicio de Dios.

Antonio buscó en el cielo un signo de ese juicio inescrutable, entre las constelaciones de estrellas despavoridas.

—¿Te falta valor? Yo siempre había oído decir que suicidarse es una cobardía.

—Para el que no cree, tal vez. Para el católico es renunciar a una vida eterna en el cielo. Hace falta un valor que yo no tengo para eso...

Pero la expectativa de una vida eterna temblaba como un cachorro aterido ante el espectáculo que contemplaban sus ojos. Entre la soldadesca rusa, se contaban algunas mujeres, desgñadas y ahítas de vodka, que vestían con fatuidad y grosero desparpajo el uniforme del ejército rojo y escarbaban como urracas entre los cadáveres de los españoles que acababan de inmolarse. Entre ellos, se contaba el joven artillero que Antonio había cargado sobre sus hombros durante la caminata; las balas no habían logrado matarlo, y entre el montón informe de cuerpos sin vida, su boca destrozada, de la que pendían como un colgajo jirones de carne y tendones sanguinolentos, emitía un quejido gemebundo y gutural, apenas audible. Una de aquellas mujerzuelas, tras identificar la procedencia del quejido, le introdujo al artillero una granada entre las mandíbulas desgarradas, y se apartó dando brincos de alegría, orgullosa de dispensar de modo tan expeditivo pasaportes a la vida eterna. La explosión redujo al artillero a un amasijo de carne macerada y palpitante, para algarabía de la soldadesca, que prorrumpió en hurras y aplausos, enardeciendo todavía más a la fulana, que se encaramó sobre los cadáveres de los españoles, enarbolando el puño izquierdo y desabrochándose la guerrera con la otra mano, para enseñar a los circunstantes un seno descolgado y nada túrgido. La pantomima fue celebrada por los rusos con espasmos de alegría furiosa. El alférez Mendoza se revolvió entonces, incapaz de soportar por más tiempo el espectáculo, dispuesto a estrangular con sus propias manos a la fulana; entre Antonio y otros prisioneros apenas podían contenerlo.

—¡Zorra asquerosa! —la increpó—. ¡Juro que te sacaré las entrañas y se las daré a comer a los perros!

Se organizó una tremolina en su derredor; y los soldados rusos volvieron a apuntar a los españoles con sus fusiles, dispuestos a rematar la faena. Entre el tumulto se abrió paso entonces otra mujer de aspecto más meridional y femenino; aunque vestía un abrigo de piel de carnero, con los cuellos y bocamangas vueltas, que borraba las turgencias de su cuerpo, se adivinaba en ella una opulencia maciza y brava, como de fruta en sazón. Tampoco el gorro con orejeras, por el que apenas asomaban unos pocos mechones de pelo oxigenado, le favorecía demasiado; pero había algo turbador en su mirada de ojos grandes, en sus labios voluptuosos y en su nariz pugnaz. Al verla, Antonio sintió que le flojeaban las rodillas, y que oleadas alternas de sangre caliente y fría le martilleaban las sienas. Era la primera mujer joven que veía en meses a tan corta distancia; y, tal como había anticipado que le

ocurriría, sus rasgos le recordaban a Carmen.

—¿Qué se creían, valentones? ¿Que podrían violar a nuestras mujeres impunemente? —interpeló a los prisioneros en un español con inequívoco acento francés—. ¿Pensaban que ellas no iban a vengarse, en cuanto tuvieran ocasión?

Antes de que Mendoza pudiera responder, la mujer se volvió hacia la soldadesca, a la que se dirigió en ruso para aplacarla. Parecía emplear las palabras precisas para conseguirlo; o tal vez estuviese investida ante ellos de una autoridad que los españoles desconocían. Acabó su arenga con una apostilla jocosa que suscitó hilaridad entre aquellos chacales; pero una hilaridad de súbito mansa, como de bestias aquietadas. No tan mansa era la sonrisa desdeñosa que dedicó a los españoles:

—Ya ven que, si se les sabe manejar, son como corderitos —dijo—. Me llamo Nina Duquesne, intérprete al servicio de la administración para prisioneros de guerra. ¿Hay entre ustedes algún oficial?

Mendoza dio un paso al frente, todavía trémulo de ira. Al desdén de la intérprete respondió con desabrimiento:

—Alférez Gabriel Mendoza, de la tercera compañía del 262 regimiento. No queda vivo ningún otro oficial de mi compañía. —Y antes de que la intérprete pudiera proseguir su interrogatorio, añadió—: Le exijo que retire las acusaciones dirigidas contra mis hombres. Ningún soldado de la División Española de Voluntarios ha violado jamás a ninguna mujer rusa. No violarían a ninguna mujer porque son caballeros cristianos; y mucho menos a perras sarnosas como éstas, porque son hombres con gusto y sanamente constituidos.

La intérprete parpadeó, entre divertida y perpleja ante la insolencia del alférez. Tenía las cejas depiladas; y sobre ellas se había pintado otras más finas y curvadas, en una imitación barata de las divas del celuloide, que resaltaban su asombro.

—¡Vaya, alférez Mendoza! Con razón tienen ustedes los españoles fama de gallitos. —Abrió los labios en un mohín desafiante y prostibulario—. Ya le bajaremos los humos, descuide. Sabemos cómo hacerlo.

Mendoza ni siquiera se inmutó:

—Si lo que esperan es que les pase información sobre las posiciones españolas, ya pueden torturarme cuanto les apetezca. No diré ni una sola palabra.

Nina, la intérprete, estalló en una risa cantarina y sensual, que remató con un gesto piadoso, casi consternado. Antes de responder a Mendoza se dirigió otra vez a la soldadesca, en un tono burlesco que enseguida produjo una general irrisión. Pellizcó a Mendoza en la barbilla:

—Despierta, pobre imbécil. Las posiciones españolas han sido barridas del mapa. Me importa... ¿cómo dicen ustedes los españoles?... un comino, o un pimiento, lo que quieras decir o callar. Claro que, si callas, me encargaré personalmente de darte tu merecido.

Las últimas palabras las había dicho casi en un susurro, como si le estuviese secreteando alguna confidencia, con una suerte de refinamiento sádico. Entretanto,

había salido de uno de los búnkeres que se alineaban a sus espaldas un oficial del ejército rojo que ostentaba sobre su capote el distintivo del comisariado político. De elegante y atildada barba negra, se movía con ademanes medianamente distinguidos, siquiera para lo que se estilaba entre aquella chusma. Tras calentarse parsimoniosamente las manos en una de las hogueras que disparaban al cielo una metralla de ascuas incandescentes, ordenó con un ademán brusco a uno de sus asistentes que trajera a un soldado que se mantenía acurrucado en la sombra, como avergonzado de los desmanes que perpetraban sus conmlitones. Cuando las llamas permitieron distinguir sus facciones, entre los prisioneros se extendió un rumor de desaprobación y repulsa. Se trataba del alférez Camacho, un desertor de la División que se había pasado a las filas bolcheviques a principios de aquel mismo año, cuando Antonio todavía aguardaba destino en el campamento de Hof; y que, desde entonces, no había parado de hacer propaganda en el frente de Kolpino a través de la radio, exhortando cada noche a los combatientes de la División a sumarse a las filas enemigas, donde según aseguraba serían recibidos con los brazos abiertos y podrían disfrutar de las delicias del comunismo. Era un hombre flaco y desgarrado, de tez pálida y facciones bien delineadas, tal vez un tanto femeninas o incongruentes con las penalidades de la vida militar; y mostraba al sonreír —pero era la sonrisa del perrillo que gulusmea las sobras del amo— una dentadura de blancura impoluta, sólo infringida por una funda de oro en los incisivos superiores. Iba con la cabeza destocada, a pesar del frío; y vestía uniforme de soldado raso, con la estrella comunista en el pecho.

—¡Coño, Camacho! —lo saludó Mendoza, sin temor a la reacción de la soldadesca—. ¡Qué flaco estás! No parece que los ruskis te den de comer jamón, precisamente. ¡Y ya se ve que no te han recompensado la traición con un ascenso!

Los guripas jalearon la audacia de su oficial con otras chanzas más chocarreras y aflictivas. Sorprendentemente, nadie —ni siquiera la intérprete Nina, tampoco el comisario político— hizo ademán alguno por interrumpirlas, omisión que el desertor Camacho encajó resignadamente, procurando disfrazar el ultraje de displicencia. Situado ante la hoguera, a la izquierda del comisario que chasqueó los dedos imperativamente, sin dignarse mirarlo siquiera, Camacho inició su discurso:

—¡Españoles! ¡Ha llegado la hora temida de vuestra derrota! Durante meses, os hemos ofrecido el perdón, a cambio de que abandonaseis la odiosa disciplina fascista...

Un guripa lo interrumpió, haciendo pantalla con las manos:

—¡Métete el perdón por el Culo, maricón, ya verás qué gustirrinín te da!

La soldadesca ahora celebraba las gracietas divisionarias, como si la uniese con el enemigo un común desprecio al traidor. Camacho miró al comisario político con ojos lacrimosos que reclamaban misericordia. El comisario político desenfundó benignamente su pistola y disparó al aire.

—La próxima bala irá dirigida a vuestras cabezas si volvéis a interrumpirme —

advirtió Camacho, con sonrisa de hiena; y prosiguió su perorata—: El pueblo ruso, que es generoso en demasía, ha tenido al final que emplear las armas contra vosotros, ya que las palabras no fueron suficientes para convencer de vuestro error. Esperamos que el vapuleo sufrido haya terminado de convencer a los más obcecados de que las monedas con que os ha pagado Hitler no son nada, ante los tanques del coloso soviético. Duro es el castigo que os aguarda; pero aún estáis a tiempo de evitarlo. ¡Nada más sencillo! —Hizo una inclinación lacayuna ante el comisario que fue celebrada con cuchufletas por los propios soldados rusos—. El señor comisario me asegura que todos aquellos que estéis dispuestos a reconocer vuestra derrota y a dirigir por radio unas palabras a vuestros camaradas, exhortándolos a deponer las armas, seréis bienvenidos en la Unión Soviética, que es el paraíso de los trabajadores. ¡Mañana será tarde, guripas! Pero hoy todavía podéis arrepentiros y obtener el perdón. De lo contrario, penaréis de por vida vuestras culpas en los campos de prisioneros...

La arenga fue respondida con abucheos unánimes por los guripas, en quienes el temor a los tormentos del cautiverio era menor al desprecio que les provocaba el traidor Camacho, vendido al enemigo por un plato de lentejas agusanadas. Antonio se sumó a los denuestos e invectivas de sus compañeros, por instinto imitativo o gregario, y también por lealtad al alférez Mendoza, a cuyo destino se sentía ligado; pero algo en su interior le decía que se trataba de una reacción visceral y, por lo tanto, inconsistente, cuya aparente fortaleza no tardaría en resquebrajarse. Y sospechó que algo semejante les ocurriría a otros miembros de la compañía. El comisario de la barba atildada ordenó a Camacho que se retirase, para evitar que los ánimos exaltados de los guripas se excitasen todavía más; y Camacho obedeció lacayunamente, no sin antes dirigir a sus antiguos compañeros una mirada pululante de rencor. Antonio supo entonces que aquel hombre les haría pagar cara la humillación sufrida.

—Ya lo habéis oído —la intérprete Nina había tomado el relevo del desertor—. La Unión Soviética os ofrece su clemencia. Quienes ahora renieguen del fascismo serán recibidos con los brazos abiertos. Basta con que deis un paso al frente.

Nadie movió ni un solo músculo. La crepitación de la hoguera se avivaba por momentos, codiciosa de mártires anónimos. Nina formuló una breve mueca de hastío que el resplandor de las llamas tiñó de perfidia.

—Los españoles siempre esclavos del honor —comentó, sarcástica—. No digan luego que no fueron advertidos.

Los reunieron a todos en un desmonte, junto a otros doscientos o trescientos prisioneros divisionarios, como ovejas en un redil acechado por los lobos. Aunque la oscuridad dificultaba los reconocimientos, se celebraron entonces reencuentros gozosos entre compañeros de trinchera que llevaban meses sin verse y se palpaban a ciegas, como resucitados incrédulos de la resurrección del prójimo. Entre los prisioneros, se contaban algunos oficiales de las posiciones más castigadas por la ofensiva rusa de la mañana anterior que —como el propio alférez Mendoza—, en

lugar de resguardarse detrás del parapeto, habían sido los primeros en brindar su pecho a las balas; y este ejemplo y estímulo les permitía ahora mantener elevada la moral de la tropa. No les había dado tiempo casi a intercambiar impresiones cuando un pelotón de soldados rusos empezó a organizar la marcha hacia Leningrado, empleando la bayoneta para repartir a los prisioneros en dos hileras paralelas; formaban el pelotón, de nuevo, aquellos hombres de ojos rasgados y facciones tártaras que los habían conducido hasta allí, miembros quizá de algún cuerpo expedicionario. La comitiva atravesó las líneas enemigas, donde prosiguieron las befas y escarnios a los vencidos, y tomó la carretera que conducía a la ciudad sitiada, cubierta por una espesa capa de hielo y flanqueada por árboles desmochados, de cuyas ramas sin hojas pendían carámbanos como puñales. Avanzar por aquella geografía helada con las botas claveteadas de campaña resultaba penoso; y, cada vez que uno de los divisionarios debilitados por el frío y la inanición caía al suelo, deshaciéndose en lamentos, era de inmediato alzado por sus compañeros, para evitar la cólera de los guardianes. Alguno que no pudo alzarse fue rematado en el suelo, sin mayores contemplaciones; el tableteo de los naranjeros retumbaba en la bóveda de la noche, como una matraca blasfema.

—*Davai! Davai!*

Dejaron atrás aldehuelas derruidas que aún desprendían el hedor inconfundible de la carne calcinada, como un vaho que envenenaba los pulmones. De vez en cuando se cruzaban con unidades de refresco que, en su camino hacia las líneas del frente, acampaban en alguna vieja iglesia ortodoxa convertida en muladar. A las afueras de Kolpino, la ciudad más golpeada por los bombardeos alemanes, una jauría de perros famélicos se ensañaba entre gañidos con una montonera de cadáveres de soldados rusos que habían sido apilados como troncos talados; pero sus dentelladas resultaban vanas, porque el frío había convertido aquellos cadáveres en estatuas de una rigidez pétreas. Caminaron por calles sembradas de cascotes, entre edificios arrasados por las bombas que recortaban sus siluetas desdentadas sobre la humareda, como esqueletos de dinosaurios evadidos de un museo en fase de liquidación. Tras cinco horas de marcha, los guardianes dieron el alto, introduciéndolos en un hangar que aún conservaba milagrosamente parte de la techumbre. Los obligaron a sentarse en círculo, mientras los guardianes se distribuían estratégicamente por el hangar. Los guripas, que ya empezaban a mostrar signos de congelación, se arracimaron entre sí en posturas que el decoro hubiese repudiado en circunstancias menos oprobiosas, tratando de mantener encendido ese último rescoldo de calor que brota de los alientos. Hasta entonces no habían tenido tiempo para recapacitar y ordenar los hechos que los habían conducido hasta allí, pero el silencio sin resquicios de la noche, cayendo como un catafalco sobre sus espíritus quebrantados, les permitía por fin entregarse a sus cavilaciones, que inevitablemente eran de naturaleza siniestra. Por el hangar se extendió el olor fermentado y pobretón de la desesperanza.

—Nunca pensé que acabaría así —musitó el alférez Mendoza. Estaba pegado a la

espalda de Antonio como si fuera su hermano siamés, acurrucado y hecho un ovillo—. Cuando me alisté sabía a lo que me exponía: la dureza de la vida militar, las inclemencias del tiempo, todas las calamidades imaginables. También sabía que las posibilidades de caer en el combate eran grandes. Pero jamás se me ocurrió pensar que fuese a caer prisionero de los rojos.

La última frase la había pronunciado con una suerte de humor asombrado. Antonio se frotó los ojos; el aliento que brotaba febril de su boca se congelaba en contacto con el frío exterior y le nevaba las pestañas.

—Nos ofrecieron la libertad a cambio de renegar de nuestra bandera... —se atrevió a farfullar tímidamente.

—¿Y qué libertad crees que es ésa? —lo interrumpió Mendoza—. ¿Viste a Camacho? Convertido en un pobre pelele que mendiga un mendrugo de pan. Ni siquiera le han mantenido la graduación, al muy zascandil. Y te apuesto lo que quieras a que terminará en un campo de trabajo, como cualquiera de nosotros. Haciendo de mamporrero de los comunistas.

—Supongo que prefiere tener que mendigar a morir orgullosamente de hambre —dijo Antonio, haciendo de abogado del diablo. Procuró que sus palabras no sonasen a reproche—: No todos tenemos la suerte de estar aquí por ideales, Gabi.

Se abrió entre ambos un silencio difícil en el que parecía oírse hasta la fluencia de la sangre en sus venas.

—¿Tú por qué viniste a Rusia, guripa?

Antonio inspiró el aire gélido del hangar, como si precisara de su anestesia para ayudarse a levantar la losa que protegía su secreto:

—Maté a un hombre.

No dijo «ayudé a matar a un hombre», ni «colaboré en un asesinato», ni ninguna otra precisión que contribuyera a mitigar su responsabilidad en el crimen. Acaso supersticiosamente, pensaba que esta asunción de culpa sin ambages contribuía a salvar a Carmen, allá donde se encontrase, como un salvoconducto o una declaración de inmunidad. Mendoza no osaba despegar los labios, no tanto por sorpresa o escándalo como por acompañar pudorosamente la confidencia de Antonio.

—Yo me dedicaba a pegarles palos a los ricachones, ¿sabes? —continuó. De repente, advertía que su crimen resultaba insignificante, en medio de la innumerable mortandad que ambos habían presenciado en las últimas horas. Ya ni siquiera necesitaba acallar sus escrúpulos morales para referirse a sus pasadas fechorías—. En una de éstas se me fue la mano. Creí que podría deshacerme del cadáver sin dejar ni rastro, pero me equivoqué. Tuve que salir por piernas de España, antes de que la bofia diese con mi pista. Mientras estuve en la División, temía que en cualquier momento llegara una orden de repatriación. —Hizo una pausa, y remató su revelación con un donaire, para restarle gravedad—: Ahora, mira tú, ya no podrán pillarme.

No sentía exactamente alivio de conciencia, puesto que su conciencia nunca había estado oprimida por los remordimientos, puesto que tal vez ni siquiera tuviese



conciencia; pero notó que una rara calidez se infiltraba en los pasadizos más desolados de su alma. Mendoza seguía sin decir nada.

—Perdona si te he ofendido o defraudado, Gabi —dijo—. Necesitaba decírselo a alguien.

—No te preocupes, amigo —lo tranquilizó Mendoza. Su voz era un susurro delgadísimo, filtrado en los alambiques de la culpa—: Todos huimos de algo.

El viento ululaba entre las ruinas de la ciudad, como un loco evadido del manicomio. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de ambos, pulsando cada uno de sus nervios como el arpegio de un pianista pulsa las teclas de un piano.

—¿Tú también, Gabi? —preguntó Antonio, acuciado por la curiosidad. Y, como el otro no contestase, insistió—: ¿Tú también huyes de algo?

Mendoza se arrimó más a él, buscando su calor exangüe o su complicidad, como si súbitamente lo anegase un miedo cerval. Ninguno de los dos logró conciliar un sueño reparador aquella noche; pero sus párpados se cerraron pesadamente, tal vez abrumados por el cansancio, tal vez temerosos de adentrarse en el corazón podrido del pasado.

Al amanecer despertaron, como el resto de guripas, abrasados por la sed; pero, por mucho que suplicaron a sus guardianes, no consiguieron que compartieran con ellos el agua de sus cantimploras, por lo que hubieron de conformarse con llevarse a la boca puñados de nieve que no hicieron sino ulcerarles los labios, lívidos ya a causa del frío. Desfallecidos y sedientos, reanudaron la marcha a través de la carretera helada, donde no cesaba la movilización militar; y a eso del mediodía entraron en Leningrado, la ciudad antaño esplendorosa de los zares, convertida tras año y medio de cerco en un inmenso paisaje de escombros por el que deambulaban, como espectros sometidos a una dieta de adelgazamiento forzosa, gentes famélicas y harapientas que se acercaban a las patrullas de soldados en busca de comida, o siquiera de algo que entretuviese los dientes y engañase los estómagos, aunque fuera un pedazo de borra o de cuero curtido. Dejaron atrás la estatua de Pedro el Grande, adornada con crespones rojos, y cruzaron el caudaloso río Neva (que en aquella época del año, como tantos otros ríos rusos, servía de carretera, incluso a los vehículos más pesados) por un puente que los condujo directamente a la plaza del Palacio de Invierno, donde se alzaba una ciclópea estatua de Lenin en ademán declamatorio, de un bronce ufano y amedrentador. El Palacio, que ostentaba en la fachada el águila bicéfala de los zares, estaba mordido por las bombas alemanas; pero aún conservaba su aire augusto y solemne, como una marquesa arruinada que se abanica los sofocos con las papeletas de desahucio. Aquí y allá, entre montañas de cascotes y cachivaches inútiles, pululaban los niños —unos niños de aspecto fiero, como enfermos de rabia o hidropesía—, en busca de un poco de leña con la que poder calentarse, mientras sus madres hacían cola ante las tiendas donde cambiaban sus cupones de racionamiento por una rebanada de pan negro que luego tendrían que repartir eucarísticamente entre toda la prole.

Los hicieron desfilar por una avenida en la que se alineaban los edificios más suntuosos de la ciudad, antaño residencias de verano de la aristocracia moscovita y para entonces convertidos en cuarteles y sedes de la burocracia comunista, empapelados de cartelones de propaganda donde siempre se repetían los bigotazos de ogro de Stalin, entre restallantes consignas en alfabeto cirílico. Ante la fachada del Museo del Hermitage se alineaban media docena de camiones, en cuyos remolques un grupo de soldados cargaba cuadros y otras obras de arte, después de embalarlos

cuidadosamente, bajo la supervisión de un comisario político que patrullaba el lugar en un trineo tirado por una pareja de ancianos exhaustos, víctimas tal vez de alguna purga o programa de reeducación. Los guardianes que los custodiaban iban pregonando a los cuatro vientos la procedencia de sus prisioneros, como si de este modo quisieran enardecer a la población de Leningrado con la expectativa de una inminente victoria; pero la población de Leningrado no parecía propensa a tales expansiones del ánimo, y prefería apretar el paso, cabizbaja y contrariada, como si temiese que la victoria inminente fuese a traerles aún más desgracias que la guerra. La caminata concluyó ante un edificio de ladrillo bermejo destrozado por la artillería, con aspecto de fábrica metalúrgica clausurada o pabellón psiquiátrico donde se molturasen las almas de los disidentes; en una de sus salas más amplias, iluminada por ventanales provistos de gruesos barrotes, los encerraron con llave, sin suministrarles la más exigua ración de comida o de agua. Los oficiales divisionarios, conscientes del estado de postración de la tropa, se repartieron entre los hombres de sus respectivas unidades, transmitiéndoles un común mensaje de entereza y unidad. Había, entre los más de trescientos guripas allí encerrados, muchas decenas de heridos que aún no habían recibido ningún tipo de atención médica tras la batalla del día anterior. Muchos de ellos ni siquiera tenían conciencia de la gravedad de sus heridas, anestesiadas por el hormiguillo de la congelación; otros, en cambio, gemían sin descanso, azuzados por un dolor que no hizo sino avivarse a medida que el calor desentumecía los cuerpos. El alférez Mendoza trató de organizar los primeros auxilios, a sabiendas de que era una empresa condenada al fracaso, dado que carecían de medicinas y desinfectantes.

—Al menos trataremos de vendarlos —dijo, espantando los augurios funestos—. ¡Guripas, hagan tiras con el forro de sus capotes!

Así lo hicieron, con unánime prontitud. Pero eran tiras de una tela resudada y a menudo sucia de grasa o de sangre.

—¿No se les infectarán las heridas, alférez?

—Tal vez, pero si no les cortamos la hemorragia no tardarán en desangrarse.

Obedecieron las indicaciones de Mendoza, con más resignación que entusiasmo: muchas de aquellas heridas ya estaban gangrenadas, rodeadas de una hinchazón pestilente que rezumaba pus y otros humores viscosos; y provocaban en quienes las padecían una fiebre aniquiladora que se manifestaba en sudores fríos, calenturas y delirios. Algunos divisionarios ya se morían a chorros en una agonía lenta y acongojante: sus narices se afilaban poco a poco, hasta que se les transparentaba el cartílago; sus ojos parecían querer salirse de las órbitas, acosados por las alucinaciones más tenaces; sus respiraciones se tornaban acezantes y tumultuosas, como preludio de los estertores; y manoteaban en el aire compulsivamente, como si trataran de apartar telarañas, como si quisieran aferrarse a algún inexistente asidero que amortiguara su caída en brazos de la muerte. En connivencia con los otros oficiales, Mendoza empezó a aporrear la puerta de la sala, dispuesto a echarla abajo.

A sus golpes acudieron los guardianes de rasgos asiáticos, a los que se había sumado el desertor Camacho, que había hecho el trayecto hasta Leningrado en transporte militar. En los ojillos nerviosos y un poco estrábicos le cabrilleaba el rencor.

—¡Menos lobos, guripas! Os recuerdo que sois prisioneros. ¿Se puede saber qué demonios os pasa?

Mendoza reparó en las hombreras de su guerrera, que mostraban la divisa de cabo del ejército rojo. Se tragó su desprecio, como quien traga aceite de ricino:

—Tenemos a varios hombres muy malamente heridos. Exijo que reciban atención médica.

Camacho formuló una sonrisa breve por la que asomó su diente chapado en oro. Miró a Mendoza con calculada condescendencia, como si contemplase desde un pedestal a un mendigo en actitud abyecta:

—¿Qué es eso de venir con exigencias? ¿Acaso no sabes que ahora sois más insignificantes y menos valiosos que los mismos gusanos?

—Le ruego que no me tutee, Camacho —dijo Mendoza, sin arredrarse—. Somos prisioneros de guerra; y el país al que usted ahora sirve reconoce los tratados de Ginebra que nos amparan...

—¡Vaya, así que es usted perito en tratados! —Camacho soltó una risa que era más bien un bufido, a la que se sumaron los guardianes como por contagio—. ¿Y quién va a venir a comprobar si se cumplen esos tratados, si puede saberse?

Mendoza se mantuvo impertérrito. Miró con fijeza a Camacho, buscándole en las entretelas de su bravuconería un residuo de humanidad:

—Entonces, saque la pistola y pégueles un tiro aquí mismo. Pero si aún queda en su conciencia el más mínimo resto de piedad, ordene que saquen a esos desdichados y los atienda un médico.

Camacho frunció el ceño y se congestionó, como si se resistiera a permitir la emergencia de ese resto de piedad que Mendoza había invocado. Finalmente concedió con un gruñido:

—Está bien. Pediré que los evacuen al hospital más próximo.

Y dio órdenes a los guardianes de rasgos asiáticos para que los desalojaran. Cuando quedaron otra vez solos, los guripas prorrumpieron en vítores en honor de su alférez, que fue también felicitado por sus superiores; pero Mendoza rechazaba los halagos, como si sospechase que el destino de los guripas heridos no fuera el hospital. Así se lo confesó a Antonio:

—Quién sabe si a estas horas no estarán delante de un paredón.

—Al menos habrán muerto con mayor gloria que nosotros. Y se habrán ahorrado muchos padecimientos.

Al poco, les trajeron un rancho infame, compuesto de una rebanada de pan negro y una presunta sopa que era en realidad un cocimiento de hojas de remolacha, de un sabor desabrido que no hizo sino revolverles las tripas, horas después de día y medio de ayuno obligado. Poco después de la comida, volvió Camacho a la sala donde

languidecían, ordenándoles que se distribuyeran en dos grupos, por un lado oficiales y suboficiales y por otro clase de tropa, para proceder a su identificación. A los primeros se los llevaron a otra dependencia, para evitar que preparasen a los guripas frente a las artes capciosas del sonsacamiento; y ya no volverían a la sala común hasta el día siguiente, tras interrogatorios extenuantes en los que no faltaron los malos modos y las amenazas. A los guripas los fueron despachando más sumariamente, sin otra pretensión que distinguir a los más débiles, que podrían estar dispuestos a colaborar con sus captores, de los que eran huesos duros de roer y en el futuro convendría someter a vigilancia atenta. Los soviéticos sabían por experiencia que los soldados de leva, apartados de la influencia de sus oficiales, no tardaban en abandonar las obligaciones impuestas por la disciplina militar y en renegar de su bandera, a cambio de promesas ilusorias de trato privilegiado, pero no contaban con que los divisionarios no eran soldados de leva, sino voluntarios; o tal vez sí contasen con ello, y supiesen los métodos que debían emplear para torcer su voluntad. Cuando convocaron a Antonio, ya la noche se derramaba sobre la fábrica que les servía de cárcel, en la que no había suministro eléctrico (o, si lo había, se había decretado el apagón, para dificultar la tarea de los Stukas alemanes); lo hicieron pasar a una dependencia lóbrega, utilizada como secadero o depósito de pieles, en la que una lámpara de acetileno extendía un círculo de luz rúcana sobre una mesa de madera cruda y sin desbatar. Al principio, le costó descifrar las facciones de su interrogador, retrepado en la sombra; su voz femenina y gutural, de inequívocas resonancias francesas, ejerció sobre él una suerte de encantamiento:

—Acérquese. ¿Cómo se llama usted?

Le tembló la voz:

—Antonio Expósito.

Nina, la intérprete, se acodó sobre la mesa y alzó la lámpara de acetileno, para escrutar su rostro. Antonio reparó en las uñas de sus manos, pulidas y esmaltadas de carmín, en un rasgo de coquetería incongruente con el repudio de los hábitos burgueses predicado por los soviéticos. Vestía el uniforme del cuerpo de prisiones, de un color verde oliváceo, con una franja roja al cuello y una gorra de plato de color azul. Ahora sí se distinguían o insinuaban las turgencias de su cuerpo, de un modo acaso demasiado desafiante. Nina lo escrutó con una especie de hastío profesional; pero enseguida se mudó su semblante, en una mueca de estupor:

—¿Es usted hermano de ese alférez... Mendoza? —Antonio denegó tímidamente con la cabeza—. ¿Primo o pariente, entonces?

—Tan sólo sirvo en su compañía. El parecido es fortuito.

Nina se encogió de hombros, no demasiado convencida. Deslizó con sorna:

—Aunque con ese apellido suyo, Expósito, cualquier cosa sería posible.

—Supongo que sí, señora.

Nina volvió a retreparse en el asiento y se masajó la nuca, tal vez acalambrada después de tantas horas de interrogatorio. Las pieles apiladas contra las paredes,

como bacalaos en salazón, le daban al lugar un aspecto de búnker; y desprendían un olor acre y agreste, como de curtiduría. Cuando Nina volvió a acodarse sobre la mesa, se había desprendido de la gorra; el cabello, oxigenado y con ondas que no parecían naturales, tampoco encajaba en las prédicas comunistas.

—¿Viniste voluntario a luchar contra la Unión Soviética, o te obligó el gobierno de Franco?

—Nadie me obligó, señora.

Suspiró, tal vez harta de escuchar la misma respuesta. Su comentario se pretendía sañudo, pero sonó condescendiente:

—Sois todos unos fascistas asquerosos que dais pena. —Había empezado a rellenar una ficha en cirílico—. ¿Estás afiliado a la Falange?

—No, señora.

—¿Te sacaron del cuartel?

—Tampoco.

Exasperada, se cruzó de brazos. Los senos le abultaron el uniforme, pugnaces y tal vez demasiado opulentos para la frugalidad impuesta por las cartillas de racionamiento.

—Y entonces, ¿qué cojones se te ha perdido por aquí?

Soltó la palabra malsonante con esa fruición un poco pueril con que el extranjero pretende mostrar su dominio de una lengua foránea. Extrañamente, Antonio la imaginó envuelta entre las pieles que se apilaban contra las paredes, impregnada de su mismo olor acre y agreste.

—Era mi deber de patriota —mintió rutinariamente.

—*Merde, tu es vraiment un imbécile fini* —se carcajeó—. Tu deber de patriota es combatir el fascismo, como hice yo en vuestra Guerra Civil, y liberar a tu pueblo de la esclavitud.

—Nunca me he metido en política —dijo Antonio, con la ligereza de quien se ha metido en líos mucho más gordos.

Nina pasó por alto esta declaración descomprometida, con la misma piadosa suficiencia con que se pasan por alto las necesidades de un retrasado mental. Se inclinó sobre la mesa, con un ademán casi belicoso.

—Franco caerá, Antonio. Cuando hayamos derrotado a los alemanes, nuestras tropas avanzarán por toda Europa, extendiendo el comunismo. Y España será la primera pieza que nos cobremos. Así que espabílate y anticipáte a los hechos.

Se había arrebolado, enardecida por su propia soflama. La luz casi tenebrista de la lámpara le excavaba la línea de los pómulos y añadía palpitación a sus labios. Súbitamente se alzó de la silla y se paseó por la estancia, acercándose a la pila de pieles curtidas, que empezó a acariciar juguetonamente, como si hubiese adivinado los pensamientos de Antonio. Disparó una pregunta imprevista:

—¿Tienes compañera?

Se apoyó sobre las pieles, en actitud más fiscalizadora que voluptuosa. Antonio se

hizo el longui:

—No entiendo qué quiere decir...

Nina se rió afectadamente y extendió los brazos en cruz sobre las pieles, a la vez que se recostaba sobre ellas. Ahora su actitud era más voluptuosa que fiscalizadora:

—Oh, claro, lo olvidaba. A vosotros, los fascistas, la palabra compañera os parece sucia y de mal gusto. Vosotros preferís decir novia, ¿no es así? Una novia virgen a la que respetáis hasta el día de la boda; y, entretanto, os ejercitáis con las putas. Entretanto y después también, por supuesto. —Trataba de resultar hiriente, a la vez que pretendía distinguirse de los dos tipos femeninos que sumariamente acababa de describir—. Dime, ¿tienes novia?

A Antonio le habría gustado responderle que no tenía novia, aunque no descartaba ejercitarse con putas como ella; pero pensó que esta grosería podría halagarla más que enfurecerla.

—No.

—¿Y no te gustaría tenerla?

Como no podía ver su gesto, no supo si estaba burlándose de él, tendiéndole un cebo para después ridiculizarlo ante el resto de la tropa, o si en verdad estaba haciéndole una proposición. Volvieron a flojearle las rodillas, como la primera vez que la vio; y oleadas alternas de sangre caliente y fría le martillearon las sienes.

—Prefiero reservarme para cuando regresemos a España —dijo.

Nina no quiso proseguir el juego de veladas promesas; con un ademán resolutivo se dirigió a la puerta, que franqueó a Antonio sin mirarlo siquiera, para transmitir unas indicaciones en ruso a los centinelas. Cuando ya lo empujaban con la culata de sus fusiles hacia la sala donde lo aguardaban los guripas, la voz de Nina lo persiguió por el pasillo, insinuante y a la vez amedrentadora:

—Entrar en Rusia no es fácil, Antonio... *Mais sortir... Oh mon cher! Ça sera très difficile.*

Siete días permanecieron en aquel caserón, pendientes del tronar de los cañones alemanes y del silbido de las bombas que los Stukas arrojaban, con creciente tacañería, sobre los arrabales de Leningrado, esperando en vano su liberación. Fueron siete días de incertidumbres, en los que a veces pensaban que estuviesen sumergidos en una pesadilla de la que habrían de despertar tarde o temprano, como se despierta del cloroformo en un hospital de campaña. Aunque constantemente requerían a sus captores información sobre sus destinos, no lograron arrancarles ni una sola palabra; y algún guripa que reclamó más enfáticamente su derecho a saberlo, invocando los tratados de guerra, se llevó su buena tunda de puñadas y mojicones. Mientras duraba la espera, los emplearon para retirar los escombros que rodeaban el edificio y para tender en su derredor una triple alambrada de espino que lo protegiera de un cada vez más improbable ataque enemigo. Aquella vieja fábrica se hallaba en un barrio

proletario a las afueras de Leningrado, circundada de miserables isbas construidas con troncos endebles en las que nadie parecía habitar. La temperatura, que al caer la noche superaba los treinta grados bajo cero, les dificultaba mucho trabajar con el alambre, que les quemaba como si estuviera incandescente; y sólo podían hacerlo después de envolver las manos con las tiras de tela que antes habían arrancado del forro de sus abrigos, para vendar a sus camaradas heridos. Aunque penoso y humillante, el trabajo al menos les servía para activar la circulación de la sangre; y algunos divisionarios lo ejecutaban con muy aplicado esmero, incluso con una intempestiva alegría. Así le ocurría al alférez Mendoza, siempre el primero en acudir al tajo y el último en abandonarlo.

—Cualquiera que te viese tan afanado diría lo del refrán: «Sarna con gusto no pica» —le reprochó sin acritud Antonio.

Mendoza resopló, complacido. Su hálito se alzó, como una humareda grácil que celebrase el triunfo.

—Es que esta alambrada servirá pronto para defender las posiciones alemanas, ya lo verás.

Aquel alarde de optimismo se le antojó desquiciado. Antonio había oído a otros guripas veteranos que el frío puede taladrar las meninges y dejar el seso como un trapo apolillado.

—Que Dios te oiga.

—Ya me ha oído, Antonio —proclamó, jubiloso—. Los ruskis que me interrogaron el otro día me tuvieron casi seis horas desplegándome mapas del campo de batalla. Pretendían que les pasase información sobre las posiciones de la División, sobre los emplazamientos de la artillería, los puestos de socorro y los depósitos de municiones. Al parecer, los nuestros fueron empujados hasta el río Ishora, pero se han hecho fuertes allí y están repeliendo los ataques enemigos. —Le palmeó los omóplatos con un vigor que casi lo hizo tambalear—. ¡El cerco sobre Leningrado se mantiene, amigo!

Antonio balbució:

—¿Estás... estás seguro? Los ruskis afirman que la División ha sido borrada del mapa. La misma Nina, la intérprete francesa, nos lo dijo cuando nos cogieron presos...

En las noches desveladas, arrebujado en su capote, Antonio la había imaginado mil veces desnuda, había imaginado que aplacaba su frío entre los senos opulentos de Nina, envueltos ambos en una piel recién curtida que los anegaba en su olor acre y agreste; y mientras la imaginaba, su carne crecía, increíblemente crecía, como crece la tundra en las regiones polares.

—¿Y a esa fulana vas a darle crédito? —se indignó Mendoza—. Te digo que los nuestros se han recuperado de la sorpresa inicial y han vuelto a cerrar el cerco. Si no, ¿de qué se iban a poner tan pesados los ruskis con los putos planos? Mis buenos sopapos me llevé por no querer responderles.



Pero los daba por bien empleados, ante la expectativa quimérica de un avance alemán. Antonio no quiso chasquearlo y siguió desenrollando el alambre de espino que luego Mendoza disponía entre las estacas clavadas sobre el hielo.

—Pronto veremos a los ruskis huyendo como conejos, guripa.

Antonio asintió incrédulo, como el niño ya talludito asiente a las monsergas de sus padres sobre los Reyes Magos.

—Bueno, tú mismo lo dijiste: todos huimos de algo. —Y, con una especie de malsana inocencia, preguntó—: ¿De qué huyes tú, Gabi?

A Mendoza la pregunta tal vez le pareció improcedente, o tan sólo aflictiva; pero sabía que, en justa correspondencia a las confidencias que Antonio le había hecho en Kolpino, le debía una explicación. Alzó la mirada al cielo de Leningrado, en el que flotaban suspendidas partículas de hollín que ensuciaban los edificios y las almas, como si Dios hubiese decidido encerrar a sus legiones de ángeles en un horno crematorio, por abúlicos o incompetentes.

—Del hombre que fui —dijo. Su gesto se había tornado súbitamente sombrío—. Todos tenemos derecho a nacer de nuevo, ¿no? Yo era un niño litri y un perdidacho: mujeres, borracheras, trasnoches... En fin, todo lo que el dinero de mi padre podía pagar.

Antonio esbozó un mohín de perplejidad:

—Eso es lo que a todos nos gustaría hacer, pudiendo pagarlo. No me irás a decir que por eso te viniste a Rusia: con meterte fraile habría bastado.

Por un segundo, Mendoza estuvo tentado de reprenderlo y de imponerle el trato de respeto que debía a un oficial. Cuando volvió a hablar, parecía como si una angina de pecho dificultase su respiración:

—El problema está en cómo has ganado el dinero con que lo pagas. Mi padre montó una compañía de transportes al acabar la guerra: a simple vista, un negocio perfectamente legal, con todas las bendiciones administrativas. Empezó con un camión de segunda mano que él mismo conducía; en poco más de un año, contábamos con una flotilla de media docena.

Esbozó una mueca de disgusto o repulsa. Antonio seguía sin comprender:

—Lo que se dice un hombre emprendedor.

—Muy emprendedor, desde luego. Si no fuera porque no sólo transportábamos mercancías legales...

Antonio ni siquiera se inmutó:

—¿Quieres decir que os dedicabais al estraperlo? Bueno, media España vive del estraperlo. Vosotros, simplemente, atendíais una demanda.

Mendoza denegó con la cabeza, compungido. Sus ojos se humedecieron y su voz se agrietó hasta casi desmoronarse:

—Empezamos, en efecto, trayendo a Madrid productos de primera necesidad que escaseaban: huevos, leche, carne... Habíamos dispuesto en el remolque de los camiones una cámara estanca que pasaba inadvertida en los controles de abastos; y si

en alguna inspección nos descubrían, untábamos al inspector y santas pascuas. — Tragó saliva, como si las palabras le raspasen el paladar—. Pero pronto descubrimos que había otras mercancías igualmente requeridas con las que se podía ganar muchísimo más dinero...

—¿Tabaco, por ejemplo? —preguntó Antonio, con la ingenuidad característica del truhán de poca monta.

—Vacunas, por ejemplo. Pronto descubrimos que la gente, por aliviar el dolor de sus seres más queridos, estaba dispuesta a pagar lo que se le pidiera. Un día leí en los periódicos que varias decenas de niños enfermos de poliomielitis se debatían entre la vida y la muerte por culpa de unas vacunas adulteradas adquiridas en el mercado negro... Eran las vacunas que mi padre les había vendido, las vacunas con las que mi familia se estaba lucrando. Con el dinero de esas vacunas adulteradas me corría yo mis juergas, Antonio —se fustigó—. ¿Cómo crees que me sentía?

Era una pregunta retórica, pero Mendoza parecía demandar una respuesta, aunque fuese también retórica:

—Pues imagino que destrozado...

—Destrozado es poco decir. Tenía ganas de morirme. Y lo que más rabia y humillación me producía era saber que yo, de alguna manera, había participado en aquel crimen. —Aquí Antonio trató de exonerarlo de responsabilidad, pero Mendoza se lo impidió—: Sí, Antonio, se puede ser cómplice por omisión; vivir cómodamente en la ignorancia, disfrutando de los réditos del crimen, es la peor de las complicidades. Quise denunciarlo, denunciarme, ante las autoridades sanitarias; pero me topé con escollos con los que no contaba: mi padre no era más que un peón en aquel contrabando de medicamentos adulterados; había gentes muy poderosas implicadas, y se echó tierra sobre el asunto. Yo no podía convivir con aquella culpa. Por mediación de unos amigos del S. E. U., entre ellos Cifuentes, me afilié a la Falange; pensaba que sólo la Falange podría acabar con la corrupción que amparaba desmanes como el que había cometido mi padre. Y, cuando pidieron voluntarios para la División Azul, fui de los primeros en alistarme. Cifuentes decía que una victoria en Rusia rompería el cerco que los chupópteros y los cínicos habían tejido en torno a la Falange, permitiéndole recuperar el poder y expulsar a toda esa cochambre...

A Antonio aquellas esperanzas falangistas le resultaban ajenas; y, desde que vio el cadáver de aquella mujer polaca colgado de una horca en el andén de un apeadero, además de ajenas, quiméricas. O, más que quiméricas, trágicamente mendaces.

—¿Y tú pensabas lo mismo? —preguntó, sin atreverse a expresar su parecer.

—Necesitaba pensarlo. Pero sobre todo necesitaba marcharme de España, necesitaba alejarme de toda aquella basura que me rodeaba, olvidarme de que tenía un padre miserable y criminal y de que yo mismo me había aprovechado de sus miserias y sus crímenes. Necesitaba redimirme. —Hizo una pausa para tomar aliento. Luego, en un susurro anonadado, añadió—: Creo que necesitaba morir. Simbólica o físicamente, pero en cualquier caso morir, para poder resucitar.

Y, desde luego, en tal misión se había empleado a fondo, renunciando a repatriarse. Ahora esa misión se alargaba en una prórroga de incierto término.

—De aquí todos saldremos muertos y resucitados, amigo —dijo Antonio, sin intención sarcástica.

Muertos tal vez por inanición. Durante la semana que permanecieron en aquel caserón a las afueras de Leningrado tuvieron ocasión de familiarizarse con la bazofia que a partir de entonces se convertiría en la dieta invariable de su cautiverio: a la hora de la comida, un cacillo de una sopa sin sustancia que sabía a té amargo, una sardina arenque y un pedazo de pan negro, quemado por fuera y aguado por dentro; y, al atardecer, un poco de coliflor hervida. Con semejantes manjares, no tardaron en quemar las pocas grasas que aún resistían en sus magras carnes; y, a partir de ahí, los avances de la desnutrición y la distrofia tuvieron el camino expedito. De tales avances, todavía tímidos, tendrían constancia la mañana de su traslado, cuando de amanecida los centinelas los despertaron con culatazos y puntapiés, para llevarlos sin más preámbulos, en grupos de veinte o treinta, a un barracón de desinfección, en realidad una casucha destartada, construida con tablonos pochos, en cuya antesala, ennegrecida por el humo de una lámpara de petróleo que pendía del techo, los hicieron desnudarse, ordenándoles a continuación que se sentaran en dos hileras de escaños. Al poco, aparecieron en la antesala tres mujeronas de aspecto rudo y matronal, anchas y coloradotas como botijos, que portaban en las manos sendas tijeras de esquilar ganado. Las capitaneaba Nina, que se quedó mirando fría y largamente la desnudez de los divisionarios, como quien contempla una colección de trastos viejos repescados de alguna almoneda. Los guripas, ruborizados, bajaron la vista y se taparon las partes pudendas.

—Deben acostumbrarse a mostrar con naturalidad su desnudez ante una mujer —los aleccionó Nina, con risueño ensañamiento, mientras les pasaba revista—. Esa vergüenza con la que esconden lo que les cuelga entre las piernas es un residuo asqueroso de la formación católica que ha lavado sus cerebros durante siglos. ¿No han leído que Adán y Eva andaban en cueros por el paraíso? No se avergonzaron de ello hasta que el maldito Yahvé vino a aguarles la fiesta. Pues en el paraíso comunista Yahvé no tiene entrada, de modo que pueden exhibirse tranquilamente como vinieron al mundo.

Se volvió a las tres mujeronas y les comentó algo en ruso, provocando en ellas unas risotadas resonantes como relinchos. Una vez repuestas del ataque de hilaridad, se situaron detrás de los guripas y empezaron a raparlos sin miramientos, dejándoles el cráneo lleno de trasquilones.

—Estos españoles... siempre tan celosos de guardar su cuerpo —prosiguió Nina, mientras rondaba el barracón. De vez en cuando, pasaba la mano por las cabezas pelonas de los guripas, para comprobar que las trasquiladoras desempeñaban correctamente su trabajo—. Hasta cuando hacen el amor piden hacerlo a oscuras. ¡A oscuras, siempre a oscuras! Como en las mazmorras de la Inquisición. Pero contra

todo ese oscurantismo estamos luchando.

Se detuvo ante Antonio, contemplando con delectación su atolondramiento. Le alzó la barbilla y lo obligó a mirarla a los ojos, en los que había una lumbre de fiebre o de deseo.

—En la estación los aguarda un tren que los llevará a Cherepovets, donde disfrutarán de unas vacaciones *très, très longues*. Allí podrán mejorar sus conocimientos de ruso; y también de alemán, italiano, rumano, finlandés... en fin, de todos los idiomas del mundo, porque Cherepovets es un centro internacional de turismo de primera magnitud. —Suspiró admirativamente, como orgullosa de su sadismo—. Y, si les surge algún problema en la comprensión de todos estos idiomas, siempre me tendrán dispuesta a resolvérselo.

En el barracón sólo se oían los chasquidos de las tijeras podando esperanzas, afeitando ilusiones, rapando los brotes últimos de entereza, como una maquinaria habituada a tronchar vidas. Las tres mujeronas acabaron la faena y se quedaron mirando expectantes a Nina, que hizo un ademán oferente.

—Permitirán —dijo a los guripas— que las señoras peluqueras se cobren su trabajo con un pequeño donativo.

Y ya las tres mujeronas les arrancaban del cuello las cadenas o colgantes, con crucifijos o medallas de la Virgen y el Sagrado Corazón, a los guripas que aún las conservaban. Mordieron las medallas con sus muelas arrasadas por la piorrea, para probar la consistencia del metal, y abandonaron el barracón, satisfechas por el botín recolectado. Nina dio unas palmadas y los centinelas que custodiaban la puerta entraron en el barracón, empujando a los españoles hasta otra sala donde les repartieron unas pastillas de jabón cáustico, áspero como la piedra pómez. Uno de los centinelas desenrolló una manguera e hizo girar una manivela de metal. Brotó un chorro a presión que dirigió contra los divisionarios, a quienes empujó contra la pared. Era un agua gélida que les levantaba ronchas en la piel.

—¡Vamos, vamos, frótese con los jabones! —voceó Nina, que trataba de evitar con melindres las salpicaduras—. ¡Que no se diga que unos machos le tienen miedo al agua!

Los divisionarios ya no se preocupaban de taparse las vergüenzas, ocupadas las manos en protegerse del impacto del chorro a presión, que allá donde golpeaba dejaba un rastro de cardenales. Nina reía como una chiquilla en una naumaquia:

—¡A frotar, a frotar! Pero mucho cuidado dónde frotan, no se les vaya a alegrar el pajarito.

A una señal suya, el guardián interrumpió el flujo del agua. Escocidos y tiritando, los divisionarios se habían aglomerado al fondo del barracón, como una camada de cachorros desvalidos ante el acoso de su depredador. Eran ya hombres a punto de dimitir de su virilidad, hombres casi llorosos a los que les habían arrebatado hasta el último céntimo de su dignidad, allá donde se refugia el pudor. Los centinelas los hicieron formar en fila, de vuelta otra vez a la antesala donde los habían rapado. El

agua que chorreaban comenzaba a escarcharse sobre su piel. Antonio sintió que sus entrañas habían entrado en combustión, como si se las hubiesen frotado por dentro con una mata de ortigas; esa quemazón lo obligaba a respirar hondo, para no ahogarse, pero para expulsarla necesitaba gritar, berrear, vomitar su desesperación. Nina, en cambio, se paseaba dichosamente por el barracón, revisando las chapas identificativas que colgaban del cuello de los divisionarios.

—Los tenían numerados como al ganado —dijo—. Eso eran ustedes para los nazis: ganado camino del matadero. Y, por no haber querido renegar de ellos, ganado seguirán siendo.

Se detuvo ante Mendoza, a quien miró de arriba abajo, con descaro o infinita aversión.

—Vaya, alférez, así cualquiera puede presumir de caballero. —Y apuntaba a su pene, encogido por el frío—. No me extraña que no se haya dedicado a violar a nuestras mujeres. Viendo ese garbancito, se habrían muerto de risa.

Mendoza no inmutó el semblante, tal vez demasiado caballero para dejarse ofender por manos blancas. Pero Antonio, en cambio, ya no podía aguantar más la rabia que lo abrasaba por dentro, como un oleaje de fuego; abandonó la formación y se abalanzó sobre la francesa, arrebatado por la ira:

—¡Maldita zorra gabacha! ¡Cállate ya de una maldita vez! ¡Déjanos en paz, puta, no queremos nada de ti!

No pudo seguir escupiendo improperios, porque los tres centinelas corrieron a detenerlo: el primero le propinó un culatazo en la testuz que lo derribó; y los otros le buscaron en el suelo las costillas, el estómago, los testículos, en un pedrisco de patadas que lo dejó sin resuello sobre el suelo de madera, convertido en un gurrño. Nina lo miró desde lo alto y le puso sobre el cuello su bota de fieltro, buscándole la yugular, como si pisase una colilla o una cucaracha:

—Pagarás por esto, Antonio —pronunció su nombre parsimoniosamente, como si quisiera distinguirlo entre todas sus víctimas—. Te lo juro que pagarás por esto. Te veré rogándome clemencia. Te arrastrarás por el fango, llorarás y comerás mierda.

Apartó el pie antes de que se ahogara y abandonó el barracón, dejando a los guripas con los centinelas, que los apuntaban con sus fusiles. Desde la calle dijo, todavía en español:

—Devolvedles las ropas y conducidlos a la estación.

Viajaron a Cherepovets en un tren con los vagones pintados de verde —que era el distintivo empleado para señalar que transportaban prisioneros con destino a los campos de trabajo— y las ventanas enrejadas. Aunque Mendoza, en un alarde de optimismo, había asegurado que el cerco de Leningrado no se había roto, lo cierto es que tal cerco, al menos en invierno, no lo era en sentido estricto. Al noroeste, sobre la superficie helada del lago Ladoga, los rusos habían establecido una ruta que les permitía introducir tropas, víveres y bastimentos en la ciudad; y el tren se dirigió hacia el lago, cuya inmensidad atravesaron en camiones de remolque descubierto, entre temporales de nieve que se cobraron varias vidas por congelación, dejando a un lado la orilla que aún defendían alemanes y finlandeses, para después tomar otro tren que los condujo hasta su destino final, en condiciones infrahumanas de hacinamiento. Aunque la distancia no alcanzaba los seiscientos kilómetros, emplearon en cubrirla más de cuatro días, en los que sólo los alimentaron con la consabida dieta de té amargo y sardinas arenques. La sed no tardó en causar estragos entre los prisioneros más débiles: la lengua se les pegaba al paladar, la saliva no fluía de sus glándulas, la garganta se escareaba produciendo una hinchazón que no tardaba en degenerar en una fiebre que hacía perder el control de la conciencia. El frío, por su parte, extendía sus quemaduras blanquecinas sobre la piel de los guripas; y, cuando se la frotaban, en un intento de reactivar el flujo de la sangre, les afloraban unas ampollas que les deformaban el rostro y que, al estallar, derramaban un líquido purulento y dejaban llagas indelebles. Pero aquellas lesiones superficiales eran las menos temibles, pues sólo afectaban a la corriente sanguínea: las venas se contraían por efecto del frío y la circulación de la sangre se iba haciendo más lenta, hasta detenerse por completo; pero el organismo humano es tan prodigioso que, con unos meros ejercicios de fricción, las venas volvían a dilatarse y la sangre hibernada volvía a fluir. Las lesiones irreversibles se producían cuando el frío alcanzaba a congelar el hueso: el calcio helado no se regenera; y, cuando esto ocurre, tampoco lo hacen los tejidos muscular, nervioso, graso y epidérmico que rodean el hueso, que no tardan en gangrenarse. Y entonces hay que amputar.

Mendoza, a lo largo de año y medio de campaña en Rusia, había sentido sus manos y pies congelados en infinidad de ocasiones; y una cura de calor siempre había logrado recuperarlos. Pero en la travesía del lago Ladoga el frío le había alcanzado el

calcio de los huesos en un par de dedos de la mano derecha, que se le hincharon como butifarras. La perspectiva de la amputación, sin embargo, no ensombrecía su ánimo; y, durante los más de cuatro días que duró el viaje, no cejó en su intento de aliviar las penurias de los guripas, cada vez más deprimidos y conscientes de su destino aciago. Cherepovets, al sudeste de Leningrado, era una ciudad de retaguardia, dedicada por completo a la producción industrial y energética, como un gran yacimiento de chatarra en el que se trabajase a destajo para alimentar las calderas voraces de la guerra. Mientras cruzaban el puente sobre el río Sheksna que los conduciría al campo de trabajo, los divisionarios pudieron contemplar el perfil ferruginoso de la ciudad, como una sucursal descatalogada del infierno, con sus fábricas metalúrgicas vomitando por las chimeneas un humo más negro que la pez y derramando sobre el río un torrente tumultuoso de escorias, como pecados mortales que se han quedado sin remisión. Sobre el cielo de Cherepovets, se extendía una grisalla que parecía repetir el color del hormigón de sus edificios, como una fortaleza de polución de la que hubiesen huido las nubes; y las últimas hilachas de su veneno se extendían a lo lejos, hasta las riberas del mar de Rybinsk, un embalse de dimensiones colosales que Stalin habían ordenado construir en plena región maderera, para asegurar la provisión de electricidad en el frente, a costa de reasentar a cientos de miles de campesinos, meros espantajos en la científica organización de sus planes quinquenales. Aquel panorama amedrentador de obras de ingeniería titánicas, industria pesada campeando por doquier y naturaleza sometida al cemento constituía la más aplastante refutación de los presagios halagüeños a los que Mendoza todavía se aferraba ilusoriamente. Su voz sonaba desmayada, casi exánime, cuando entonó los primeros versos del himno divisionario:

—Con mi canción  
la gloria va  
por los caminos del adiós,  
que en Rusia están  
los camaradas de mi División...

Dieron la espalda a la ciudad monstruosa, formando una columna que se pretendía marcial, flanqueados por sus guardianes, que se burlaban de aquel intempestivo ímpetu canoro. A las afueras de Cherepovets se sucedían los edificios de mampostería y ladrillo, separados entre sí por solares y huertos en los que braceaban unos pocos árboles raquíticos. Los guripas se fueron sumando al cántico de Mendoza:

—Cielo azul  
a la estepa desde España llevaré,  
se fundirá la nieve  
al avanzar, mi capitán.  
Vuelvan por mí  
el martillo al taller,  
la hoz al trigal.  
Brillen al sol

las flechas en el haz  
para ti,  
que mi vuelta alborozada  
has de esperar.

Pero no habían llevado el cielo azul a la estepa, ni fundido la nieve, ni devuelto el martillo al taller y la hoz al trigal: eran espectros de hombre reducidos a la esclavitud, expoliados de sus ardores juveniles, arrumbados como la ferralla a la vera de un camino, aguardando su descomposición. Discurrieron ante una enorme central eléctrica, con torretas de alta tensión como lanzas disparadas contra Dios, que parecía batirse en retirada. El estribillo final del himno sonaba sarcástico en la mañana pálida:

—Avanzando voy;  
para un mundo sombrío  
llevamos el sol.  
Avanzando voy;  
para un cielo vacío  
llevamos a Dios.

Los lugareños que se cruzaban por el camino, embozados en sus ropas guateadas y sus gorros con orejeras, los miraban con infinita lástima o infinito tedio, habituados seguramente al desfile de soldados vencidos que acudían a Cherepovets como el grano acude al molino para ser molido. Ante sus ojos se alzaba el campo de concentración, rodeado en su perímetro por cuatro líneas de alambradas; cada cien metros, aproximadamente, se elevaban las garitas de los centinelas, como púlpitos de alguna religión bárbara, sobre pilares de madera a los que estaban sujetos con largas traíllas unos perros furiosos, con los ojos inyectados en sangre y la boca cuajada de espumarajos, adiestrados para abalanzarse sobre cualquier improbable preso que se atreviera a pisar su territorio. La llegada de los divisionarios fue saludada con un concierto de ladridos que atronó el aire, ahuyentando a una bandada de cuervos que anidaba en un bosque de pinos escuálidos. Sus graznidos, en amalgama con los ladridos de los perros, enmudecieron la canción de los divisionarios.

—Bienvenidos a Cherepovets. Espero que hayáis tenido un viaje ameno.

Quien así hablaba era el desertor Camacho, que encabezaba, junto al oficial al mando del campo, la comitiva de recibimiento. La columna de los presos fue pasando por el portón, ante la caseta del cuerpo de guardia, donde los contaban con rutinario desdén, como se cuentan cachivaches inútiles en un inventario.

—*Adín! Dvái! Tri!*

Así diez, veinte, treinta, cien, hasta más de doscientos cincuenta hombres arruinados que se adentraron en el campo con pasos medrosos, como niños abandonados en la casa del ogro. Ante ellos se extendía una vasta porción de tierra allanada, con dos hileras de barracones inmundos y destartalados que se utilizaban como vivienda para los presos; al fondo, sobre una loma, en otros barracones más



decorosos, se cobijaban los almacenes y oficinas de los carceleros, los baños y las cuadras, la cocina, la enfermería y el hospital. Una tristeza mustia, como de cementerio desconsagrado o lazareto de leprosos, se derramaba por doquier.

—Aquí podréis disfrutar de las delicias de la hospitalidad rusa —dijo Camacho, ufano.

Algunos presos del campo, harapientos y sin afeitado, se habían animado a salir de sus barracones, para curiosear y saludar a los nuevos inquilinos. Eran radiografías de hombre que caminaban con lentitud de caracoles, temerosos de que cualquier movimiento brusco los fuese a quebrar.

—¿Por qué no nos fusiláis de una puta vez? —se rebeló un guripa.

—Porque en Rusia no se fusila: se aniquila —fue la lacónica respuesta de Camacho.

Los condujeron al hospital, para la inspección médica. Allí los aguardaba un dudoso tribunal, compuesto por tres presuntas doctoras de rasgos agropecuarios, encargadas de dictaminar qué presos eran aptos para el trabajo y quiénes debían pasar antes por la enfermería; por supuesto, a la enfermería sólo enviaban a quienes ya casi eran cadáveres ambulantes, y al resto los clasificaban con arreglo a sus fuerzas físicas, como se clasifica a las bestias de tiro en una feria ganadera. Supervisaba el tribunal Nina, a la que las presuntas doctoras trataban con reverencia, consultándole todas sus decisiones, por miedo a que cualquier error en el diagnóstico les pudiera costar, si no iba refrendado por ella, el destierro a Siberia. La división del trabajo en el tribunal se realizaba al modo de una rapidísima cadena de montaje: una de las presuntas doctoras se encargaba de auscultar a los recién llegados sin fonendoscopio, por el simple procedimiento de pegarles el oído en el pecho; otra les palpaba los músculos de piernas y brazos y, si aún conservaban un poco de carne pegada a los huesos, asentía complacida; la tercera, armada de apósitos y de un frasco de yodo, desinfectaba superficialmente sus heridas. Con las observaciones y comentarios que le hacían, Nina rellenaba con letra menuda unas fichas que luego completaba con los datos identificativos de cada preso. Mientras hacía cola ante tan sumario tribunal, Antonio se preguntó por qué los soviéticos emplearían siempre mujeres en estas tareas de sanidad y reconocimiento: si lo harían por considerarlo un trabajo subalterno o indecente que repugnaba a su virilidad, o más bien por humillar sibilinamente a los presos, por reducirlos aún más a la condición de eunucos a merced de las burlas femeninas. Cuando le tocó el turno a Mendoza, que iba unos pocos puestos por delante de él, Nina levantó la cabeza de las fichas que estaba escribiendo.

—Bienvenido, alférez —lo saludó, con la familiaridad o desfachatez de quien conoce sus más recónditas vergüenzas—. Siempre es un placer volver a encontrarse con... un caballero cristiano.

Mendoza no se dejó soliviantar por sus provocaciones. Después de que lo auscultasen someramente, se dejó palpar por la segunda de las presuntas doctoras, que al reparar en la hinchazón de sus dedos congelados, exhibió su mano derecha

como un trofeo ante Nina. Intercambiaron unas palabras en ruso, en las que el diagnóstico funesto se acompañaba siniestramente de donaires.

—Mucho me temo, alférez, que tendremos que operarle.

Lo hicieron sin anestesia ni prevenciones asépticas de ningún tipo. Mientras dos de aquellas presuntas doctoras le afirmaban el brazo sobre la mesa, impidiendo que lo moviera, la tercera, armada de unas tenazas, le amputó los dedos anular y meñique hasta el metacarpo, con la misma displicencia que emplearía en arrancar una postilla reseca o explotar un grano. Mendoza ahogó sendos gritos en la amputación de cada dedo, que se acompañó de chasquidos como de madera astillada; mientras le desinfectaban las heridas con yodo y le vendaban la mano, mantuvo la mirada clavada en Nina, que asentía aprobatoriamente a la exhibición de cirugía cafre. En la mirada de Mendoza hervía el odio; en la de ella una distante, casi angelical, indiferencia.

—Listo, alférez —dictaminó Nina—. Los avances de la medicina acaban de salvarle de padecimientos mayores. —Y, dirigiéndose a los prisioneros que hacían cola, preguntó jovial, como quien invita a un banquete—: ¿Alguno más trae los dedos congelados?

Recogió en un trapo los de Mendoza, como guiñapos huérfanos, y los arrojó a un cubo de latón, entre apósitos sanguinolentos y otras inmundicias. Entre los guripas se difundió un bisbiseo amilanado. Nina reparó en Antonio, que trataba de pasar inadvertido en el grupo.

—¡Soldado Antonio! ¿Hoy no sales en defensa de tu gemelo? Si te animas, estas señoras pueden cortarte un par de dedos, para que tu parecido con él sea perfecto.

Y tradujo la broma a las tres presuntas doctoras, que blandieron las tenazas y el frasco de yodo, como quien muestra tentadores manjares, y rieron las gracias de Nina con unánime y sumiso entusiasmo. Más tarde, los guripas sabrían que aquellas presuntas doctoras eran en realidad comadronas, traídas a Cherepovets de otro campo de trabajo, donde cumplían condena por resistirse a aceptar los reasentamientos decretados por Stalin durante la construcción del embalse de Rybinsk. En este aprovechamiento de los forzados se cifraba el éxito de los campos de trabajo soviéticos: puesto que no tenía consignación específica en los presupuestos estatales, sino que se mantenía del trabajo de los propios condenados, la administración penitenciaria no podía permitirse el lujo de mantener miles de guardias y especialistas cualificados. Por eso contaba con apenas unos pocos mandos, encargados de supervisar el funcionamiento del campo y la disciplina de trabajo de los internos, confiando todos los demás puestos a los propios reclusos, que los aceptaban por cobardía, o con la intención (casi siempre defraudada) de obtener en recompensa alguna reducción en su condena, o por un descarnado y egoísta afán de medro. De este modo, los carceleros lograban un doble resultado: los esclavos se vigilaban entre sí, encizañados por la suspicacia y el resentimiento, a la vez que aseguraban la despreocupada existencia de sus verdugos. Dentro de los campos existía todo un

escalafón de esclavos con mando: estaban, por un lado, quienes se encargaban de su intendencia (contables, sanitarios, cocineros y hasta barberos); por otro, jefes de brigada y capataces, encargados de organizar el trabajo de sus compañeros y de denunciar ante la autoridad los incumplimientos de la «norma» o cantidad de obra asignada diariamente a cada recluso. En los campos de prisioneros de guerra, estos puestos de supervisión solían adjudicarse a aquellos condenados que, por debilidad o astucia o repentina conversión, abominaban públicamente del fascismo y se proclamaban fervientes comunistas sobrevenidos, lo que, en un mundo regido por una lucha feroz y primaria por la supervivencia, constituía el único modo de escapar a una muerte lenta. Así se explicaba el clima de sospechas en el que los presos se acostumbraban a vivir y la falta de solidaridad y camaradería que existía entre ellos, aunque dentro de cada grupo nacional surgiese siempre un cierto grado de disposición para la mutua ayuda. Este clima fomentaba un estado permanente de división aprovechado por los carceleros, que incluso podían aparecer ante los reclusos querellados entre sí como árbitros benévolo. Pronto, los divisionarios serían empujados a un desgarrador dilema: o resistir sin capitular a los anzuelos que les tendían sus carceleros, o convertirse en sus secuaces, a cambio de un plato de lentejas.

Los barracones del campo estaban en pésimas condiciones. Carecían, por supuesto, de estufas; y por las ventanas de cristales quebrados, como por las rendijas de los tabiques, se colaba la ventisca, arrastrando puñados de nieve que se deshacían luego sobre el suelo, formando charcos de un agua im potable, envenenada por las emanaciones sulfurosas de las fábricas de Cherepovets. Tampoco disponían de luz eléctrica y agua corriente; y estaban provistos de dos filas de literas sin colchón ni mantas, corridas y empotradas en la pared, que los obligaban a dormir como sardinas en banasta, en un reducido espacio de no más de veinte centímetros, lo que a la vez que los protegía del frío los obligaba, cada vez que querían cambiar de postura, a despertar a todos los prisioneros que dormían en la misma fila, para que se dieran la vuelta al mismo tiempo, pues de otra manera era imposible hacerlo. Inevitablemente, acabarían desarrollando una especie de costra amoratada en las caderas, hecha por las rozaduras contra la tabla de las literas y por la presión del hueso sobre la piel. Por las noches, tras el toque de queda, y antes de que el sueño se derramara sobre sus cuerpos agotados, el barracón se llenaba de lamentos y plañidos.

—¡Y pensar que en mi tierra ya habrán florecido los cerezos! —decía uno, sollozando.

—¿Y qué les dirán a nuestras familias? —se preguntaba otro—. ¿Sabrán que hemos sido hechos prisioneros? ¿O les comunicarán que hemos caído en el combate?

—¿Por qué vine aquí, Dios mío? —se lamentaba un tercero—. ¿Por qué permitiste que me engañaran? ¿Por qué no dejaste que me mataran de un tiro?

Las lámparas de queroseno excavaban sus facciones demacradas, a la vez que desprendían un humo negruzco que los obligaba a toser y gargajear. Sus esputos,

populosos de bacilos y hollín, naufragaban en los charcos de agua sucia del suelo, como almas arrojadas al limbo. Mendoza se esforzaba por levantar su moral:

—No os dejéis llevar por la desesperación, guripas. Igual que nos sobraron ánimos para soportar las calamidades del frente, ahora debemos tenerlos para soportar el cautiverio. Hemos de seguir luchando.

Un murmullo exhausto se extendía por las literas, como un gas que aprovecha una espita mal cerrada para liberarse. Antonio se rebeló:

—¿Luchando? ¿Contra quién?

Mendoza se revolvió en la litera, removiendo a toda la fila de prisioneros:

—¿Contra quién? La guerra no ha terminado, Antonio. Cualquier día pueden venir a rescatarnos; y para entonces tendremos que estar preparados, manteniendo la disciplina militar.

—Ya —cortó Antonio, poco propenso a las ensoñaciones—. ¿Y si no vienen nunca?

—Pues razón de más para perseverar en la lucha. De nuestra actitud y comportamiento depende que sigamos siendo personas dignas o marionetas que los ruskis manejan a su antojo. Tenemos que resistir, Antonio. ¿No oíste lo que dijo Camacho, cuando llegamos al campo? En Rusia no se fusila, se aniquila. Eso es lo que pretenden: aniquilarnos. Nuestra obligación es impedirlo a toda costa.

No era una labor sencilla, porque se trataba de una aniquilación paulatina, científicamente graduada, que iba cerrando poco a poco su lazo sobre la garganta de la víctima. Tal estrategia de aniquilación incluía, desde luego, los castigos más atroces y el bataneo constante de la propaganda, pero se desarrollaba sobre todo a través de una muy calculada y ruin dosificación de la comida en función del rendimiento. El objetivo no era otro sino mantener al prisionero en un estado de hambre medianamente intensa, de tal manera que el riesgo de inanición se convirtiese en un acicate o incentivo del trabajo. Los bolcheviques sabían que, cuanto más escasa era la ración de comida, más se podía hacer rendir al preso; y también que premiar ese rendimiento acrecentando su ración de comida generaba en él una instintiva diligencia en el trabajo, que a su vez le provocaba más hambre. Así, los soviéticos habían establecido una gradación en el trato alimenticio que les permitía incrementar incesantemente la productividad de los prisioneros, sin llegar a matarlos de hambre ni tampoco a matarles el hambre, manteniéndolos en un estado de semihambre constante: había raciones punitivas para los que no alcanzaban la «norma», raciones corrientes para los que la cumplían y raciones con prima de gratificación para los que la excedían; y todas ellas tasadas rigurosamente en gramos, con una precisión matemática. Esta estrategia de aniquilación, fundada en la dosificación del hambre, conseguía que toda la actividad mental de los prisioneros girase en torno a la consecución de un mendrugo de pan; y la tensión de la supervivencia lograba apoderarse por completo de sus almas, hasta reducirlos a peleles.

Faenaban de sol a sol, divididos en brigadas de trabajo de veinte o treinta

hombres, al mando siempre de algún renegado y vigilados por guardianes que arrojaban contra ellos sus perros amaestrados, a poco que observaran que desfallecía su esfuerzo. A los españoles los destinaron a las obras de construcción del puerto fluvial de Cherepovets, donde tenían que excavar agujeros en la tierra, helada durante el invierno y convertida en primavera en un barrizal infestado de mosquitos que los acribillaban de picaduras, chupándoles la poca sangre que todavía circulaba por sus venas. La tierra que extraían la trasladaban luego en carretones tirados por ellos mismos hasta un descampado de las cercanías. Acababan la jornada baldados, incapaces de inclinarse sobre el suelo y de levantar el más insignificante peso, incapaces incluso de sostenerse sobre las piernas, tan debilitados que hasta los esfuerzos más nimios —mover una mano en ademán de saludo, pronunciar una palabra— les exigían esfuerzos ímprobos y desesperantes. Al caer la tarde, cuando más desfallecidos estaban, discurrían por el lugar para supervisar el cumplimiento de la «norma», solos o en pareja, el desertor Camacho y la francesa Nina, que según se rumoreaba andaban en tratos carnales. En unos estadillos apuntaban el trabajo realizado por cada preso, y la ración de comida que en correspondencia se les adjudicaría al día siguiente.

—¡Venga, venga, más aprisa, españolitos! —los urgía Nina, moviéndose entre los prisioneros como una mariposa que revolotea entre las flores sin pararse a libar en ninguna—. ¿Cómo decía San Pablo? «Quien no trabaja, no come». Pues aplicaos el cuento, como buenos caballeros cristianos.

Y soltaba una risa displicente, como de hembra insatisfecha, de vuelta ya de todos los hombres, que ha sublimado en crueldad su insatisfacción. Seguramente, el desertor Camacho no haría sino exacerbar tal insatisfacción.

—Aquí no se pretende vuestro mal. Simplemente, se os exige que reconstruyáis lo que antes habéis destrozado —decía, con una lógica sarcástica—. ¿Quién os mandó venir aquí? Durante vuestra guerra, la Unión Soviética sólo hizo por ayudaros y liberaros de las garras del fascismo.

Mendoza aún sacó fuerzas de flaqueza, mientras hundía el pico en aquella tierra impenetrable, para mascullar:

—Virgencita, líbrame de mis amigos, que de mis enemigos ya me libro yo.

—¿Qué letanías anda murmurando, alférez? Los comunistas siempre hemos amado a España y hemos intentado regenerarla de siglos de opresión. ¡Vuestros reyes y vuestros curas os han tenido en la ignorancia! —exclamó Nina. Los ametrallaba con las consignas de la propaganda bolchevique con el mismo rutinario entusiasmo que un niño emplea para recitar la tabla de multiplicar—. Cuando yo estuve en España con las Brigadas Internacionales...

Mendoza la interrumpió:

—¿Y quién la mandó ir a España a combatir?

Nina tardó en reaccionar, como les ocurre a quienes son interrumpidos en mitad de un discurso que recitan como papagayos.

—¡Era mi deber de proletaria! —dijo al fin.

—Y el nuestro, un deber de anticomunistas —replicó Mendoza.

Por un instante, los divisionarios temieron que el descaro de su alférez redundase en castigo para todos; pero Nina se lo tomó a broma y rió sin rebozo, como si hubiese sido pillada en un renuncio. Tal vez aquel día se sintiese magnánima, tal vez se empezara a cansar de su papel de arpía. Los divisionarios la habrían acompañado en aquella expansión, si no hubiese sido porque las convulsiones de la risa les recordaban que sus tripas estaban vacías.

—¡Cómo sois los españoles! Cabezotas y orgullosos hasta el fin. —Y, espantando la tentación de la cordialidad, se despidió—: Os recuerdo que quien no termine el trabajo encomendado, tendrá que permanecer aquí hasta que lo haya hecho. Vosotros sabréis lo que más os conviene.

Les convenía terminarlo; aunque sabían que, lo terminaran o no, la estrategia de aniquilación proseguiría invariable, manteniéndolos en el mismo estado de inanición sostenida. En unos pocos meses los divisionarios se habían convertido en un manojito de huesos; y aunque en el rancho hallaban siempre las calorías exactas que les permitían mantenerse vivos, empezaron a aflorar los primeros síntomas de la desnutrición: barrigas hinchadas, diarreas, ojos brillantes que parecían querer salirse de sus órbitas y un torpor o letargo que borraba su sentido de la orientación y cegaba su raciocinio. Cuando llegó la primavera, tales síntomas se agravaron; y se declararon los primeros casos de disentería y tuberculosis. Los mosquitos que los martirizaban en el puerto fluvial ayudaron a propagar las enfermedades; en cuestión de unas pocas semanas, las brigadas de trabajo se quedaron reducidas a la mitad, y la enfermería se llenaba cada día con nuevas remesas de prisioneros enfermos, devorados por la fiebre y por terribles infecciones intestinales. Como la falta de medicinas era creciente, empezaron a sucederse las defunciones; y como las victorias del ejército rojo se sucedían sin descanso, la población del campo se duplicó antes del verano. Los carceleros decidieron entonces que el mejor modo de evitar los hacinamientos en los barracones y la carestía de alimentos y medicinas era dejar morir a los enfermos, abandonándolos a su suerte; solución que ejecutaron con el mismo científico esmero que empleaban en todas sus estrategias de aniquilación.

El primero de mayo era el único día del año en que los campos de trabajo soviéticos interrumpían por completo su actividad, para conmemorar el triunfo de la clase proletaria sobre el capitalismo. A los prisioneros se les repartió doble ración de comida, que era casi tanto como doble ración de nada, permitiéndoseles, además, moverse con libertad por las instalaciones del campo, sin otro límite que las alambradas custodiadas por los perros, que eran los únicos que se atrevían a desafiar los decretos de Stalin y esquirolea un poco, pues hasta los centinelas de las torres de vigilancia habían abandonado sus puestos, para sumarse a la celebración que se desarrollaba en las dependencias ocupadas por los oficiales. El eco de aquella celebración, traído por el viento, se difundía por el campo, sobresaltado de

vozarrones beodos, rasgueos de balalaika y canciones que se pretendían festivas, pero que sonaban lastimadas por esa melancolía milenaria que sólo la lengua rusa es capaz de transmitir; y, junto a los ecos de la celebración, el viento también traía el olor de las viandas que los carceleros se embaulaban, un olor que golpeaba la pituitaria de los prisioneros como una afrenta y en el que se fundían aromas que ya creían extintos (y, sin embargo, sus jugos gástricos, siempre de fiesta, los celebraban): el recio aroma de la carne asada, como una reminiscencia de sacrificios silvestres; el aroma crepitante de los huevos fritos, como una plazoleta de luz; el dulcísimo aroma de las tartas recién horneadas. En el barracón de los españoles, por las rendijas de los tabiques y los cristales quebrados de las ventanas, se colaban estos aromas en turbamulta, como una estampida de recuerdos de otra vida; y, a su paso por las literas donde yacían los divisionarios, convalecientes de la disentería que trataban de curar con irrigaciones de agua jabonosa y purgantes elaborados con hojas de abedul, despertaban retortijones en las tripas y unas lágrimas silenciosas en los ojos, como destilaciones de una rabia que se ahogaba en su propia impotencia. Caía la tarde sobre el barracón de los españoles, lenta y cárdena como la cuaresma.

—Voy a ver si esos cabrones han tirado las sobras —dijo de repente Antonio, incapaz de soportar por más tiempo la salvación provocada por el olor de aquellas viandas.

—¿Te has vuelto loco? —se interpuso en su camino Mendoza—. Nada les agradaría tanto como pillarte rebuscando entre sus desperdicios. Sería para ellos la victoria más deseada.

Nina había augurado que algún día Antonio se arrastraría por el fango, lloraría y comería mierda. Tal vez ese día hubiese llegado ya, pero la conciencia de su abyección no lo lastimaba; tal vez, cuando un hombre ha sido aniquilado, cualquier abyección se convierte en una nimia rutina.

—Me importa un comino. Que se descojonen de mí si quieren, que me escupan y me insulten. Pero no lo soporto más. —Gritaba como un energúmeno, y se daba de puñadas en el pecho. Señaló a los guripas, como sacos macilentos y andrajosos, que lo contemplaban con una mezcla de pasmo y pavor—. Y ellos tampoco, Gabi. ¿Es que no lo entiendes? No podemos seguir malviviendo de esta manera, por someternos a no sé qué maldito código de honor. A nadie le importa que nos humillemos, mendigando las migajas de un banquete: a Franco no le importa, a tus amigos de la Falange tampoco, y a los putos boches que nos metieron en el fregao tampoco. ¿Por qué habría de importarme a mí?

Antonio apartó de un empujón a Mendoza, que todavía corrió a la puerta del barracón para impedirle la salida:

—Te ordeno que no salgas. Te recuerdo que todavía estás bajo mis órdenes.

Antonio hubiese deseado estrangularlo; pero habría sido como estrangular lo mejor de sí mismo, el último rescoldo de grandeza que subsistía allá en los sótanos de su humanidad, sepultado entre escombros.

—Apártate, Gabi, te lo ruego. Si algún día volvemos a España, llévame ante un consejo de guerra si quieres.

Mendoza se apartó, derrotado y como desasido de sí mismo. Antonio salió a la noche que ya borroneaba los contornos de las cosas, bajo la luna menguante del miedo. Había todavía nubes de mosquitos pululando en el aire; y el viento del este arrastraba vilanos que ponían en su rostro una caricia tibia como un soborno. En lo alto de una pequeña loma, en el barracón de los oficiales, la fiesta ya había alcanzado ese punto de languidez o dispersión que prefigura la diáspora, cuando los invitados, iluminados por el alcohol o por la impudicia, prorrumpen en voces destempladas que suenan como exabruptos o blasfemias. Antonio se acercó a los bidones de latón que se agolpaban en hilera ante la puerta, hurgó entre los desperdicios y rescató algún tasajo de carne mordisqueada, algún hueso que todavía podía ser aprovechado para hacer caldo, alguna cáscara de fruta y algún mendrugo de pan con sus rebañaduras. Hizo de la camisa un fardel y en ella fue metiendo los despojos de la celebración bolchevique; cuando ya se disponía a marchar distinguió, entre las voces enardecidas por el vodka y el estrépito de carcajadas como muebles que se derrumban, una respiración acezante que poco a poco iba creciendo, en espasmos de placer, hasta entrecortarse de gemidos en los que se agolpaban palabras en francés, palabras sin ternura, palabras seguramente obscenas que iban adquiriendo un tono crecientemente imperativo. Antonio trepó con sigilo a uno de los bidones, para poder alcanzar el ventanuco por el que salían aquellas palabras en tropel que, a la vez que lo intimidaban, avivaban su deseo; otra vez su carne crecía, increíblemente crecía, como crece la tundra en las regiones polares. Se empinó cuanto pudo, de puntillas sobre el bidón y, aferrándose al alféizar del ventanuco, logró levantarse a pulso; de repente, su falta de vigor remitía, para ceder paso a la curiosidad o a la concupiscencia. A través del ventanuco, atisbó un cuarto angosto, de paredes ahumadas por efecto de la lámpara de petróleo que alumbraba muy tímidamente la escena, como avergonzada de su indecencia. Sobre un camastro de sábanas revueltas yacía el desertor Camacho, como un mudo alfeñique de palidez mortuoria que crispaba las facciones y apretaba los dientes, esforzándose por mantener la erección, mientras Nina, sentada a horcajadas sobre él, lo cabalgaba con un frenesí de bacante en pleno rapto dionisiaco, olvidada del hombre o monicaco que soportaba sus embates, como una mantis se olvida del macho que la fecunda, un instante antes de devorarlo. Nina tenía unos senos copiosos, más copiosos aún de lo que Antonio había imaginado, unos senos grávidos que se bamboleaban como planetas de órbita autónoma, sublevados contra las manos mezquinas del desertor Camacho, que no se bastaban a contenerlos. Antonio reparó en sus pezones, nítidos como medallas de un metal cobrizo, y también en los hoyuelos que hacía su espalda, tensa como un arco a punto de dispararse, en el arranque de las nalgas, que eran también copiosas y temblaban a cada embate, dibujando en su piel un mapa cambiante de diminutas abolladuras que luego se aquietaba en los muslos, firmes como tenazas. Antonio contempló el rostro de Nina,



como un incendio bárbaro; y su pelo oxigenado, como una cascada de furia que el sudor iba ensortijando; y sus labios fruncidos en un mohín codicioso y bestial; y su garganta como un barranco que hubiese querido refrescar con su saliva, surcado de venas como secretos veneros de lava rugiente; y sus clavículas como arbotantes de una catedral gótica; y su vientre convulso y movedizo, como a punto de desaguarse por el ombligo; y sus brazos mollaros que, a veces, se alzaban para mostrar el negror hormigueante de los sobacos intonsos y, a veces, se apoyaban sobre el camastro, evitando el roce con el cuerpo de Camacho; y por tratar de contemplar las pantorrillas de Nina, que imaginaba recias y fibrosas, y sus pies, que imaginaba con las uñas esmaltadas, a juego con las uñas de las manos, Antonio probó a empinarse un poco más, pero le flojearon las rodillas, y oleadas alternas de sangre caliente y fría le martillaron las sienas, y perdió pie sobre el bidón, que cayó al suelo con estrépito. Entonces Nina volvió el rostro hacia el ventanuco con prontitud felina, volvió el rostro enardecido por la lujuria, que casi instantáneamente se transformó en alarma:

—*Qui est là?* —preguntó. Y, al reconocer el rostro pegado al ventanuco, añadió más tranquila—: *Quel salaud!*

Y saltó como un resorte, dejando en el camastro al pasmarote de Camacho con su erección renqueante. Antonio saltó al suelo, enfangado por los desperdicios que acababan de derramarse; comprendió que no tenía tiempo para escapar y se ocultó detrás de los bidones, que exhalaban un hedor fermentado y pestífero. Por fortuna, la reacción casi refleja de Nina no había alertado al resto de guardianes y oficiales del campo, que seguían desparramándose en los estertores de la fiesta, ahora entretenidos en un concurso de eructos.

—¿Dónde te has metido, cerdito?

Nina salió a la noche tibia y pululante de vilanos que descendían sobre la tierra como un sucedáneo de la nieve o el maná. Se había echado sobre los hombros el abrigo de piel de carnero que usaba en invierno, como si desease mitigar su desnudez; pero el efecto logrado era exactamente el contrario: los senos ahora aquietados, el vientre núbil como la luna que le faltaba al cielo, el pubis violento y boscoso no hacían sino resaltar, acaso premeditadamente, esa desnudez. Caminó hasta el borde de la pequeña loma desde la que se oteaban los barracones de los presos, parduzcos como sapos aplastados, se dejó acariciar por los vilanos y luego volvió muy demoradamente hacia las dependencias de los oficiales, dejando que le penetrase por las plantas de los pies la humedad de la tierra, su calor indígena. Al pasar junto a los bidones en los que Antonio se agazapaba se detuvo; no se volvió hacia él, no se dignó siquiera mirarlo, cuando dijo:

—Te advertí que acabarías comiendo mierda, Antonio. Pero eso es porque tú quieres. Si no fueses un cobarde, estarías ocupando el sitio de Camacho.

Y, recogiendo los faldones del abrigo, se adentró otra vez en el edificio de los oficiales.

Aquellas palabras no dejarían de retumbar en su memoria durante las siguientes semanas, como una palpitación venenosa que se inmiscuía en su sangre, que se fundía en su sangre, que abrasaba su sangre en las noches de insomnio, que a partir de entonces estuvieron obsesivamente invadidas por la visión que había contemplado a través del ventanuco. Y, por cada día que pasaba, esa visión se desdoblaba en facetas cambiantes y diversas, como multiplicada por un caleidoscopio. Evocaba los labios de Nina, fruncidos en un mohín codicioso y bestial, sus nalgas copiosas y trémulas, sus sobacos intonsos, cada añico o recodo de su cuerpo en sucesión tumultuosa, como latigazos de fiebre que restallaban entre las nieblas de la razón. El deseo de poseer a Nina emergía como una necesidad tan apremiante como la de llevarse comida a la boca; y, en cierto modo, llegaría a convertirse en una anestesia de su hambre, hasta que los propios efectos de la inanición quedaron subsumidos en aquella pasión consumidora y aniquilante. Cada vez que se cruzaba con Nina en el campo, cada vez que cargaba los carretones de tierra en el puerto fluvial bajo su vigilancia, sentía que la tensión de la supervivencia se resolvía en un deseo de poseerla; y sentía también que ese deseo de posesión se había apoderado por completo de su alma. Nina, entretanto, lo miraba con expectante y divertida curiosidad, como tal vez la araña mire al insecto que se debate en su trampa.

Las obras del puerto fluvial, entretanto, avanzaban día tras día, pese a que los prisioneros rendían cada vez menos, esquilados por un régimen de trabajo agotador y por un escepticismo creciente en torno a la posibilidad de que Alemania ganase la guerra. Concluidas al fin las excavaciones, ya se habían instalado las vigas que habrían de soportar las paredes y los techos de los almacenes; y los finlandeses, expertos en el arte de la carpintería, habían levantado una hilera de casas de madera para el depósito de las mercancías. A la agilización de las obras contribuía el crecimiento acelerado de la población reclusa, que se incrementaba con las derrotas en cadena del ejército alemán en el frente ruso: la capitulación en Stalingrado había brindado a los soviéticos decenas de miles de nuevos prisioneros; y enseguida se sucederían otras bolsas y capitulaciones que hacían casi imposible albergarlos. En Cherepovets, antes de medio año, los tres mil hombres que ya atestaban el campo se quintuplicaron, con el consiguiente endurecimiento de las condiciones de vida y el aumento de los enfermos, que aunque estaban mejor cuidados —el hospital del

campo lo atendían ahora médicos alemanes— alimentaban una mortandad de dimensiones pavorosas, entre ciento cincuenta y doscientos hombres diarios.

El barracón de los españoles se había convertido, inevitablemente, en un babel de lenguas donde convivían apiñados, en cuatro filas de literas superpuestas, prisioneros de las procedencias geográficas más peregrinas, hermanados todos en una atmósfera irrespirable que mezclaba los hedores más nauseabundos con los miasmas del tifus y la disentería. La llegada de nuevos inquilinos al barracón había, además, relajado la disciplina militar que los oficiales españoles habían logrado instaurar con mucho esfuerzo y tesón; pues muchos alemanes, que unos años antes se habían adherido con fervor unánime a las prédicas de Hitler, con la misma facilidad y desparpajo renegaban ahora de ellas, proclamándose convencidos comunistas, a imitación del mariscal Von Paulus, que tras la derrota en Stalingrado se había rebajado a la condición de pelele al servicio de la propaganda soviética, que lo paseaba por los campos en misiones apostólicas, para que captase nuevos adeptos a la causa estalinista. Pero, entre la marea de conversiones generalizadas, los oficiales españoles mantenían cierto ascendiente entre la colonia española, todavía la más levantisca y reacia a comulgar con el catecismo bolchevique. Quizá por ello los carceleros de Cherepovets encomendaban a los españoles las tareas más ingratas y repelentes, entre las que se contaba el traslado diario de cadáveres a una barraca donde quedaban depositados durante varios días en verano —o varias semanas en invierno—, antes de que fueran descargados como sacos en una fosa común a las afueras del campo, o transportados a las fábricas de Cherepovets, donde se rumoreaba que con sus huesos elaboraban fosfatos y superfosfatos con los que luego se abonaban los campos. En una economía de guerra, como en la matanza del marrano, nada se desaprovecha.

Una vez cada quince días, aproximadamente, Antonio formaba parte del grupo encargado, a las órdenes del alférez Mendoza, de este traslado macabro. Y aunque su repetición se llegó a hacer rutina, Antonio nunca dejaba de estremecerse ante aquellos carretones repletos de cadáveres, arrojados unos encima de otros como trapos en una ropavejería, siempre señalados en el vientre con un chafarrinón de tinta roja, como un marchamo que acreditase su condición de víctimas del comunismo. Antonio rehuía su mirada absorta, merodeada de moscas, como un coágulo de estupor sobre la calavera que ya pugnaba por romper la piel macilenta, y contenía la respiración, temeroso de aspirar los efluvios de su pestilencia. Mendoza lo increpó:

—¡Menos remilgos, Antonio! Quién sabe si el día menos pensado no tendremos que llevarte a ti en el carro.

Desde su enfrentamiento, Mendoza no escatimaba sus pullas contra Antonio, con quien sin embargo seguía uniéndolo la hermandad ganada en el campo de batalla. Pero no se le escapaba al alférez que aquel hermano putativo, nunca entusiasta de la disciplina militar, se había transformado desde aquel día en un hombre distinto, cada vez más hermético y desconfiado, abstraído en ensoñaciones abstrusas cuya naturaleza ni siquiera era capaz de imaginar. Aunque no tenía indicio alguno de que

hubiese claudicado a los requerimientos y porfías de los carceleros, intuía que Antonio se hallaba en un estado de vacilación o dilema interno que lo hacía más vulnerable a sus solicitudes.

—Piensa que por ese mismo trance han pasado otros antes que tú —le repetía Mendoza como en una salmodia, mientras empujaban el carro—. Muchos terminaron cediendo. ¿Y qué sacaron a cambio? Unos pocos gramos más de pan y el dudoso honor de dirigir las brigadas de trabajo, como obedientes esbirros. ¿Es eso en lo que quieres convertirte? ¿En un esbirro del comunismo?

Antonio no quería tal cosa; pero no le habría importado hacerse esbirro del comunismo, a cambio de ocupar el sitio del desertor Camacho, a cambio de poseer a Nina, a cambio de estrechar entre sus manos su cuerpo trémulo y beber de sus labios codiciosos y bestiales. Ni siquiera aspiraba a poseer su alma, pues sospechaba que no la tendría. Tal vez la hubiese tenido, tiempo atrás, cuando aún no se había vendido al comunismo, como él mismo tal vez la tuvo, antes de venir a Rusia, cuando soñaba con amar a Carmen, juntos para siempre. Pero ¿quién tenía alma, en aquel mundo desalmado?

—Al menos no me harían fosfatina, como les va a ocurrir a éstos —murmuró.

Las ruedas del carretón chirriaban rítmicamente, como cangilones de una noria en los que viajase un agua turbia de muerte.

—Hay muchas formas de morir —dijo Mendoza. Y recitó la frase evangélica—: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena».

Antonio esbozó un rictus sarcástico. Su alma llevaba mucho, demasiado tiempo, ardiendo en la gehena.

—No todos estamos hechos de tu pasta, Gabi. Ni creo que puedas exigirme tanto. No tengo vocación de héroe ni de santo.

—No se trata de tener vocación de héroe ni de santo, sino de cumplimiento del deber —lo contradijo Mendoza—. Y todavía más importante, de respeto por uno mismo, de dignidad. Es lo único que todavía no han logrado arrebatarnos.

Habían llegado ante el barracón donde debían descargar a los muertos. La noche caía despaciosa y funeral sobre aquel inmenso pudridero.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo haya tenido dignidad alguna vez? —se rebeló Antonio—. Siempre he sido un ladronzuelo de baja estofa.

—Cifuentes me lo dijo en sus cartas. Y yo he comprobado que la tienes. Déjame velar por ella.

Le molestaba aquella caridad insidiosa y persistente de Mendoza, obstinada en abrir a su redención vías que él había cegado voluntariamente. Prendieron una lámpara de petróleo que pendía de una alcayata, al pie de la puerta. Una multitud de ratas gordas como conejos huyó de la luz, saltando entre los cadáveres con chillidos despavoridos. A derecha, izquierda y de frente se extendía un paisaje acongojante de muertos en almoneda, apilados unos encima de otros, la cabeza de uno sobre los pies

del que estaba debajo y así sucesivamente, en tres montoneras que casi alcanzaban el techo del barracón. Parecían árboles tétricos, talados por el hacha, que al quedarse sin raíces y sin savia adoptaban una figura vagamente humana. Cuando se extinguió la barahúnda de las ratas, Antonio y Mendoza empezaron a aligerar la carga del carretón, en un silencio luctuoso, cuidando de que la nueva remesa de cadáveres no derrumbase las montoneras previas, como estibadores duchos que encalcan sacos en la bodega de un barco, en prevención de las marejadas. Los cadáveres eran apenas sacos de huesos recubiertos por una piel como de pergamino, ilustrada de manchas lívidas, oliváceas, amarillentas, pardas o negruzcas, el arco iris de la corrupción; volvían las cabezas rígidas en un gesto de mandíbulas descoyuntadas y mirada supurante de gusanos. La mayoría tenían roídos los cartílagos de la nariz y las orejas por las ratas, también las partes blandas de su anatomía, en especial la zona genital, donde las dentelladas de los roedores se habían ensañado con fruición. Había una atmósfera como de albañal o catacumba infestada de pecados.

—Gabi —dijo de repente Antonio, sobrecogido por algo que no acertaba a vislumbrar del todo—, arrima aquí la luz.

Mendoza tomó la lámpara de la alcayata y la aproximó al lugar que Antonio le indicaba, donde se apilaban los cadáveres más antiguos, aplastados como bacalaos. En las partes más carnosas de su cuerpo, muslos y glúteos sobre todo, presentaban mutilaciones que no habían sido causadas por los roedores; diáfananamente, se percibían los cortes exactos infligidos por un cuchillo. El fantasma del canibalismo aleteó en la oscuridad, como un aturdido murciélago.

—¿Quién demonios ha podido hacer esa bestialidad? —se espantó Mendoza, incrédulo todavía.

Antonio paseó el quinqué ante la montonera, alumbrando otros cadáveres que mostraban mutilaciones semejantes.

—Bienvenido a la realidad, Gabi —dijo, con una especie de consternada sorna—. Sabes perfectamente quién ha hecho esa bestialidad: prisioneros hambrientos capaces de cualquier cosa con tal de no perecer. Prisioneros como los que cada día rebuscan entre la basura de la cocina y se disputan las mondaduras de las patatas y las cortezas de las remolachas podridas. Prisioneros como los que cada noche se cuelan en las letrinas de los oficiales y escarban entre los excrementos, para rescatar guisantes y otros alimentos digeridos a medias. ¿Tú crees que un hombre que se rebaja a tales cosas tiene alguna dignidad?

Mendoza retrocedió, apabullado por el horror, balbuciendo una plegaria o una maldición. Pensó Antonio que por fin había logrado derrotar su rigor moral; pero se equivocaba.

—No voy a permitir que mis hombres caigan tan bajo... No, no voy a permitirlo.

Los cadáveres le respondieron con una unánime mueca de incredulidad. Antonio se sumó a su veredicto:

—Pues ya me dirás cómo piensas hacerlo. La única solución, Gabi, es ceder ante

los rusos. Renegar de Franco, de la nacionalidad española si hace falta... Y abrazar el comunismo. —Procuró que su falta de convicciones no sonase insolente—: Por mí, como si tengo que abrazar un alambre de espinos.

Mendoza parecía tambalearse. La luz del quinqué trazaba círculos borrachos sobre las montoneras de cadáveres, multiplicando su número y su tristeza sin remisión.

—¿A ti te consta que los españoles hayan hecho esto?

A Antonio le tentaba la mentira, pues sabía que a través de ella podría acabar de desmoronar su fortaleza; pero no tenía redaños para engañar a un hombre que aún conservaba la dignidad:

—No, no me consta —reconoció a regañadientes—. Ni creo que lo hicieran nunca, al menos mientras sigas ejerciendo influencia sobre ellos. Pero no se trata de...

—Entonces todavía estamos a tiempo —lo interrumpió Mendoza, recuperado de su bajón—. Voy a organizar una huelga de hambre.

Aquella ocurrencia sonaba tan incongruente como anunciar una carrera entre tullidos.

—¿Te has vuelto majara o qué? ¿Cómo que una huelga de hambre?

—Como lo oyes: una huelga de hambre. —Antonio seguía sin comprender—. Solicitaremos a los oficiales del campo una mejora en las condiciones de alimentación; si no acceden, nos negaremos a comer.

—Y caeremos muertos a los cuatro días. Bonita solución: al menos, así abreviaremos nuestros sufrimientos.

Los cadáveres del pudridero, que habían probado los sufrimientos más ímprobos antes de entregar el hálito, los miraban con ofendida envidia. Mendoza exudaba una alegría que sonaba irreverente en aquel pudridero:

—Te equivocas, amigo. Los comunistas son muy sensibles a este tipo de reivindicaciones. Además, saben que si dejamos de comer se quedarán sin mano de obra. Se trata de convencer no sólo a los nuestros, sino también a los finlandeses, a los alemanes... Si conseguimos que una mayoría de presos se sume a la huelga, esos cabrones tendrán que ceder.

Antonio calló, perplejo o desbordado por el ímpetu de Mendoza, que no sabía si era un ímpetu de nobleza o de temeridad. Pero en unos pocos días, tras exponer su estrategia a los demás oficiales divisionarios, había conseguido aunar las voluntades de los prisioneros españoles, dispuestos todavía a inmolarsse por unos ideales numantinos. Y, en el plazo de un par de semanas, se había logrado la complicidad de los alemanes que aún no se habían vendido al comunismo. El comienzo de la huelga se había planificado para el 18 de julio, en reconocimiento a la iniciativa española; pero a Antonio, que no estaba muy por la labor de seguirla, vino a socorrerlo en las vísperas una infección intestinal que enseguida degeneró en disentería feroz, consecuencia de un rebrote de la epidemia que obligó incluso a los responsables del

campo a cerrar sus puertas al exterior, prohibiendo a los prisioneros trabajar fuera, por temor al contagio de la población civil. Para su sorpresa, Antonio fue enviado de inmediato al hospital, sin pasar siquiera por el botiquín, que era la aduana casi infranqueable para la mayoría, donde los carceleros sometían a los pacientes a un reconocimiento severísimo, dictaminando en la mayoría de los casos que se trataba de «simuladores», que es como en la jerga del gulag llamaban a quienes se fingen enfermos para eludir la dureza del trabajo. El hospital de Cherepovets era un barracón como los demás, aunque en mejor estado de conservación y dividido en departamentos, en cada uno de los cuales se amontonaba a los enfermos, repartidos según su gravedad. A Antonio lo destinaron al departamento de los enfermos que exigían atenciones especiales, aunque su estado no era ni mucho menos terminal; y le adjudicaron una cama al fondo del barracón, resguardada además por una mampara que lo exoneraba de contemplar la agonía de los otros hospitalizados, que morían desaguándose por entrambas canales, entre vómitos y diarreas fluviales. En el hospital olía a cloaca pudibunda y medianamente aseada, olía a cementerio de espectros.

—Se conoce que tiene usted un buen enchufe —le dijo el médico alemán que lo atendía, en un tono de recatado reproche—. Nos han ordenado que lo tratemos con sales de bismuto.

El bismuto estaba reservado a unos pocos privilegiados, tan sólo casi a los oficiales del campo y a los reclusos con una ejecutoria de abnegada y lacayuna sumisión. También la dieta que recibía Antonio era distinta al rancho común que se repartía entre los enfermos: incluía, de vez en cuando, porciones de carne y sopas que, al enfriarse, mostraban en su superficie una sabrosa película de grasa; además, le administraban en las comidas un brebaje ácido, extraído de la harina fermentada, para combatir la avitaminosis. La disentería se manifestaba sin dolores demasiado acerbos, envuelta en una dulce languidez, una suerte de decaimiento que acababa degenerando en postración. Los órganos internos parecían deshacerse como merengue, convirtiendo al enfermo en un manantial que expulsaba agua sin descanso, con el consiguiente peligro de deshidratación. Antonio, que había conocido el hambre en su más espantosa crudeza, descubría inopinadamente que la ingestión de comida le producía náuseas; y aquella desacostumbrada inapetencia se mezclaba de ensoñaciones extrañamente venturosas que lo mantenían en un estado casi vegetativo de suspensión de los sentidos. Entre tales ensoñaciones nunca faltaba, como un ángel o demonio custodio, la evocación del cuerpo desnudo de Nina, sus senos como una invitación a la lactancia, su vientre núbil como una luna, sus muslos que imaginaba de un tacto como papel de biblia. Extrañamente, en tales sueños nunca comparecía la Nina que él había conocido, despótica y ensañadamente sádica, tampoco la Nina a la que había sorprendido en pleno fornicio con el desertor Camacho, como una amazona colérica, ni siquiera la Nina que supervisaba el trabajo de los presos, displicente y deshumanizada, sino más bien una Nina del todo inventada —o quizá escrutada en su

más recóndita intimidad, allá donde no permitía que los presos la conocieran—, una Nina maternal y confidente, purgada de consignas comunistas, que se ruborizaba como una niña sorprendida en una travesura. Y era una Nina que a veces tenía las facciones de Carmen, o una Carmen que tenía las facciones de Nina, o una aleación de Carmen y Nina en mutua superposición. Le costaba levantar los párpados para atender las instrucciones del médico, porque al hacerlo aquella visión se desvanecía; pero aún tardaba algunos minutos en desvanecerse, aún el rostro de Nina o de Carmen ondulaba en el aire, como un velo de gasa o un alma en peregrinación (pero ¿quién tenía alma, en aquel mundo desalmado?), distorsionando las facciones del médico. Y entonces Antonio manoteaba en el aire, como si quisiera aprehender ese rostro o alma volátil.

—Perdone, doctor —se excusó—. Estaba soñando.

—No soy el doctor, ni estabas soñando.

Reconoció el inequívoco deje francés, gutural y femenino. Antonio abrió por fin los ojos y contempló a Nina, como quien contempla a una aparecida. Vestía una camisola blanca y abullonada, como de campesina, y una falda de sarga azul que le cubría las piernas hasta las polainas. Era la Nina que había imaginado en sueños, más real que todas las Ninas anteriores. Sintió que su cuerpo quedaba instantáneamente lavado de fiebres y miasmas, lavado de infecciones y podredumbres, como las almas quedan lavadas de pecados después de probar las llamas purificadoras del purgatorio.

—He venido a despedirme —dijo Nina. Sus labios se fruncieron, contrariados—. Pero veo que puedo irme tranquila, estás recuperado.

Se sentó a sus pies, en un cogujón de la cama, que se quejó muy plenteramente al notar la opresión de sus nalgas. Se habían dejado de oír los gemidos de los demás enfermos, que tal vez trataran de descifrar su conversación o tal vez hubiesen sido evacuados a otra barraca, a otro campo, a otro país o continente, para que no pudieran espiar su conversación. Antonio se incorporó levemente en la cama y encogió las piernas, por temor a rozarla, por temor a que la calidez de su cuerpo resultara contraindicada en la convalecencia.

—¿Adónde te vas? —acertó al fin a preguntar.

—Me han pedido que organice un campo de prisioneros, río arriba.

Alisó la sábana con sus manos de uñas todavía pulidas, pero ya no esmaltadas, dibujando el contorno de sus pies. Antonio sintió un cosquilleo grato como una resurrección de la carne.

—¿Río arriba? No... no entiendo.

—En la isla de Tolbos, cien kilómetros al oeste. Necesitamos carbón en la central eléctrica de Cherepovets. Y en la isla hay mucha madera. Me llevo a un grupo de finlandeses.

Antonio reparó en sus cabellos, que iban perdiendo el tinte oxigenado, para recuperar su tonalidad originaria, más cobriza o castaña.

—¿Y por qué finlandeses?



Nina rió muy sinceramente, y la hilaridad contagió con su vibración el vientre, que se le insinuaba maternal y dócil por debajo de la camisola, tal como él lo había soñado.

—¡No querrás que lleve españoles! Menudos borricos estáis hechos: ahora os ha dado por hacer huelga de hambre, menos mal que los otros prisioneros finalmente se han rajado y os han dejado solos. —Antonio no supo si celebrarlo o lamentarlo, y adoptó una actitud neutra—. Los finlandeses son gente pacífica, no como vosotros. Y son buenos leñadores.

Lo miró con una mezcla de melancolía y abatimiento. Se había borrado la raya de las cejas postizas, y volvían a crecerle las cejas naturales, que comunicaban a su rostro ovalado y limpio de afeites una expresión matinal. Ahora Nina le había tomado un pie y se lo masajeaba por encima de las sábanas. Antonio sintió el lento crecimiento de su carne, como un animal que despierta del letargo. El mundo había dejado de girar en su órbita, había dejado de girar sobre su eje, tal vez hubiese dejado de existir; y el rostro de Nina llenaba ese vacío.

—Llévame contigo —dijo, casi suplicó—. Quiero... Quiero ocupar el sitio de Camacho.

Y lo llevó, en una de aquellas barcazas que los rusos utilizaban para el transporte fluvial por el río Sheksna, que a medida que se alejaba de Cherepovets se tornaba más límpido y ameno, como si hubiese dejado atrás, abandonados en el limo del fondo, los residuos contaminantes de las fábricas, igual que Antonio había dejado en el hospital del campo los efluvios de la disentería y los despojos de su lealtad a una causa inútil que el alférez Mendoza se empeñaba en seguir defendiendo. Tal vez se hubiese dejado también el último vestigio o resabio de cordura; pero era una pérdida liberadora que le permitía viajar sin impedimenta, ahora que sólo deseaba ofrendarse a Nina, aunque fuese para ser devorado. En la barcaza que los conducía a la isla de Tolbos viajaban hasta medio centenar de finlandeses, enclenques y contritos como pollos sin alas, y apenas tres o cuatro guardianes, acompañados de sendos perros lobos que no cesaban de ladrar y de tironear de sus traíllas, ansiosos de abalanzarse sobre los prisioneros. Nina se había apostado en la proa de la barcaza, embistiendo con su perfil el aire todavía estival que hacía ondear su cabello; apenas se volvía hacia los prisioneros, como si se avergonzara de someterlos a aquel nuevo suplicio, y a Antonio sólo lo miraba por el rabillo del ojo, afectando una distancia que a simple vista podía confundirse con el rechazo. Antonio, en cambio, no dejaba de mirarla, tratando de descifrar sus pensamientos, que parecían quedarse enredados entre los altos álamos de las riberas, o entre las algas del río, que extendían sus brazos ondulantes, como ahogados en petición de auxilio; pero eran pensamientos jeroglíficos, demasiado alambicados o herméticos para un hombre tan elemental como Antonio.

La isla de Tolbos, de apenas diez kilómetros cuadrados, estaba cubierta por una floresta impenetrable, de un exuberante verdor, que alcanzaba hasta sus mismas

orillas, bulliciosas de pájaros y otras faunas menudas que saludaron a la comitiva de los prisioneros con una algarabía que resonaba en el cielo como en la piel tirante de un tambor. Se instalaron en uno de los escasos calveros de la isla, donde desplegaron unas tiendas de lona que fueron su vivienda durante los primeros días, hasta que los finlandeses, peritos en el arte de la carpintería, talaron los primeros árboles, de los que aserraron las tablas con las que luego construyeron tres cabañas: una más espaciosa y desangelada, al modo de un barracón, donde quedaron alojados los prisioneros; otra en el centro del calvero, que serviría a los guardias y a sus perros, a la vez que de vivienda, de garita de vigilancia; y una tercera, algo más apartada y casi camuflada en el bosque, para Nina. Aquellos días primeros en la isla de Tolbos, en los que Antonio tuvo que familiarizarse con el ingrato oficio de capataz, organizando las dos brigadas de trabajo en que se dividió a los prisioneros, fueron especialmente aflictivos para él, pues al odio sin ambages que le tributaban los finlandeses a su cargo se sumaba el lacerante desapego de Nina, que lo rehuía delante de los prisioneros y de los guardianes, celosa de guardar las formas.

—¿Estás loco o es que quieres que nos denuncien al comisario político? —lo amonestaba—. Achúchalos, para que terminen pronto mi cabaña y entonces podrás venir a mí de noche.

Y Antonio no sólo los achuchaba, sino que participaba de su trabajo con un brío que no le proporcionaban la ración exigua de pan negro y el cacillo de sopa, sino el ansia de poseerla antes de que concluyera el verano. Nina lo miraba aserrar tablas, desbrozar troncos a golpe de hacha, clavar estacas en el suelo, asegurar las vigas que sostendrían la armazón de la cabaña, disponer las enramadas de arbustos con las que finalmente se cubriría la techumbre; lo miraba laborar con una suerte de atónito orgullo, halagada de su diligencia. Cuando las cabañas fueron al fin concluidas, comenzó la tala del bosque, para abastecimiento de la central térmica de Cherepovets: los finlandeses, como había anticipado Nina, eran —a diferencia de los españoles— de natural pacífico, poco propensos a disturbios y sediciones, como fatalmente resignados a su suerte; y dominaban a la perfección el oficio de leñador, que en ellos era casi una querencia ancestral, como en el español correr y alancear toros. Abatían los árboles con sierras manuales de doble empuñadura que movían rítmicamente, con muy conjuntada sincronía; los desmochaban y desnudaban de ramas con la pericia del matarife habituado a desollar reses; y, por último, transportaban los troncos a hombros hasta el embarcadero de la isla, donde los apilaban en gigantescas pirámides, en espera de la barcaza que semanalmente les llevaba las provisiones y cargaba los rollizos. La «norma» señalada exigía transportar diez metros cúbicos de madera por hombre y jornada. Antonio procuraba participar de estas tareas, pero los finlandeses, atrincherados en la barrera del idioma, hacían lo posible por excluirlo: pronto, al odio sin ambages que le tributaban como jefe de brigada se sumó una envidia torva y minuciosa, pues sabían que por las noches Antonio abandonaba su litera en el barracón de prisioneros y se reunía con Nina en la cabaña, sabían que

cuando regresaba de madrugada, poco antes del toque de diana, la había tenido entre sus brazos y había abrevado sus labios.

—Si las miradas matasen, esos jodidos finlandeses ya me habrían acribillado —susurraba Antonio, mientras cerraba la puerta de la cabaña de Nina con un sigilo superfluo.

—Déjalos que rabien.

Nina apenas lo dejaba hablar. Se arrojaba sobre él, acuciosa y como abstraída del mundo circunstante, y lo cubría de besos violentos, mientras le arrancaba la ropa a zarpazos, mientras lo exhortaba a hacer lo propio con la suya y lo conducía al camastro que los envidiosos finlandeses habían desbastado y labrado. Antonio y Nina se amaban sin rebozo y sin desconfianza, como se aman los animales, olvidados de sus garras, o usándolas para hacer más encarnizado su amor. Al principio, Antonio dejaba que fuese ella quien tomara la iniciativa; pero al verla sentada a horcajadas sobre él, cabalgándolo con un frenesí de bacante en pleno raptó dionisiaco, el recuerdo del desertor Camacho y de la escena que había espiado en la fiesta del primero de mayo se le hizo demasiado oprobioso. Y entonces, venciendo su resistencia, la tomaba de las muñecas y la obligaba a reposar sobre el colchón, apaciguaba su pataleo furioso y el corcoveo de su espalda, la sometía lentamente, dejando que dilapidara sus energías en forcejeos inútiles, como una potrilla salvaje, y luego entraba en ella mientras le robaba el aliento, entraba en ella como en territorio sojuzgado, para enseguida explorar los veneros secretos de su placer, por los que bogaba como un batelero, siempre a favor de la corriente, siempre —pero esto Nina no lo sabía— a merced de la corriente. A veces, en el trance del orgasmo, contemplaba el rostro de Nina, que ya no era un incendio bárbaro, sino una tierra en barbecho, esponjada y presta a la siembra.

—Acabarán denunciándonos ante el comisario político de Cherepovets —murmuró Antonio en su oído, cuando ya el vientre de Nina se aquietaba, tras los últimos espasmos.

Pero ahora era ella la que parecía indiferente a las consecuencias funestas que aquella relación prohibida pudiera depararle. Había descubierto que en el interior de cada hombre y de cada mujer pervive un paraíso íntimo, un huerto clausurado, donde las asechanzas de la muerte no filtran su aliento, donde el eco de la guerra no se alcanza a oír, donde ni siquiera la amenaza de una purga o un castigo la inmutaba, donde el león y el cordero podían retozar en paz, entregados a mil gozosos coloquios, ensimismados en un tesoro de dichas que nunca dimite de su fulgor. Y en aquel lugar deseaba quedarse a vivir para siempre.

—Me importa un comino que nos denuncien. Me importa todo un comino. *Je m'en fous comme de l'an quarante.*

Era una mujer distinta a la que había conocido tras su captura en Krasny Bor; y el cambio operado en su ánimo, al renegar de la crueldad y la perfidia (que tal vez fueran las armas defensivas que había tenido que emplear, para sobrevivir en un

mundo impío), también se había transmitido extrañamente a su cuerpo: ahora su vientre era un pan cálido y candéal, sus costillas se delineaban bajo la piel como besanas, sus senos ya no eran copiosos, sino agazapados y mansos, y su cuello era la horma en la que Antonio gustaba de encajar su mentón, para rescatar el latido de su sangre y susurrarle ternezas o picardías al oído:

—Imagínate como se entere Camacho... Se pondrá como un basilisco.

—¿Qué es basilisco? ¿*Tafirole*? —Nina no había entendido el modismo; pero Antonio no entendía ni papa del francés. Enseguida se lo tradujo—: ¿Flojito? ¿Mariquita?

Antonio disfrutaba de aquellos intrínquilis y malentendidos lingüísticos:

—No, prenda. Camacho es, desde luego, un pichafloja o *tafirole* o como se diga, pero como se entere de lo nuestro nos vamos a enterar nosotros de lo que vale un peine.

Y el juego de los modismos empezaba otra vez, hasta que Nina entendía que aquí peine valía tal vez por una condena en Siberia; pero comprobaban que esa expectativa no los arredraba, o más bien no los atañía, como en general había dejado de atañerles el inmenso mundo que discurría a las afueras de su huerto clausurado. Llegó el día, incluso, en que Antonio renunció a abandonar la cabaña antes del toque de diana, por mejor aprovechar esos instantes previos al alba en que los cuerpos buscan su mutuo abrigo, escapando del relente, como se buscan la mano y el guante, el perno y la bisagra, la piedra y el liquen. Antonio se apretaba contra Nina como el alfarero se aprieta contra el barro que está modelando, para anegarse en su misma temperatura, y restregaba su rostro contra su melena revuelta, que se había olvidado del tinte oxigenado, mientras aspiraba el olor de su piel, un olor matinal de establo limpio, de horno todavía tibio, de sudor fresco y ovulación con unas décimas de fiebre. Se incorporaba sobre el camastro para contemplar aquella armonía frágil de su cuerpo, el diapasón apacible de su sueño, y alargaba una mano para acariciarla sutilísimamente, con la delicadeza que emplearía para apartar la nata de un cuenco de leche humeante. Al sentir esa caricia apenas formulada, Nina enarcaba los riñones, estiraba las piernas que de repente adquirirían una fibrosidad recóndita y emitía ronroneos ininteligibles.

—Vamos, perezosona, que se te pegan las sábanas.

Le había ocurrido siempre igual, según ella misma le confesó, desde que a los catorce años entrase a trabajar en la fábrica de coches Renault, en Billancourt, a las afueras de París, donde se había criado. Todas las mañanas sonaba la sirena de la fábrica, convocando a los obreros, pero Nina, para lograr desperezarse plenamente, necesitaba que su madre la sacudiera en la cama y la sobresaltara con gritos espaventeros, temerosa de que acabaran despidiéndola, con el consiguiente descalabro para la economía familiar. En la fábrica Renault entró en contacto Nina con representantes del sindicalismo comunista, por entonces casi en la clandestinidad; y con apenas dieciocho años se convirtió en una de sus cabecillas más activas en la fábrica, reclamando horarios menos extenuantes y subidas salariales. El comunismo

era para ella por entonces un ímpetu juvenil, también una promesa vindicativa: un deseo de renovar el mundo con un alegre baño de sangre. Cuando el Frente Popular de León Blum alcanzó el poder, en 1936, descubriría que Francia no estaba dispuesta a renovarse tan alegremente; en cambio, la vecina España se había entregado al baño de sangre con turbulento desenfado. Nina se alistó en las Brigadas Internacionales como conductora de ambulancias, aprovechando los conocimientos automovilísticos aprendidos en Billancourt; destinada al frente de Aragón, trabajó en un hospital de campaña durante la batalla del Ebro, y después en varios hospitales móviles, montados para reparar los quebrantos del ejército republicano en retroceso. Habían sido años fieros en los que la lucha desesperada por la supervivencia, el empacho de consignas doctrinarias y las atrocidades de la guerra hicieron emerger dentro de ella una alimaña que, bajo el pretexto de combatir la amenaza del fascismo, se regodeaba en el crimen. Cuando el primer ministro Daladier firmó, en connivencia con Chamberlain, los acuerdos de Munich, por los que se reconocían a Hitler sus derechos sobre los Sudetes, Nina supo que la amenaza que supuestamente había venido a combatir a España se adueñaría pronto de su país; las trabas y reticencias del gobierno francés a la repatriación de los brigadistas heridos le confirmaron esta impresión. A su regreso a Francia, tras la caída de Barcelona, Nina decidió que aquel país pusilánime ya no era el suyo; o así lo decidió, al menos, la alimaña que seguía creciendo dentro de ella, deseosa de resarcirse de la derrota que acababa de serle infligida al comunismo. Sólo tenía por entonces veintidós años, pero ya no quedaba en ella vestigio alguno de aquel ímpetu juvenil que la impulsó a alistarse en las Brigadas Internacionales; en cambio, el ansia de venganza no había hecho sino crecer en ella desde entonces, como los hongos crecen sobre la carroña. Decidió que esa Atlántida de odios que bullía en su sangre sólo podría hallar su cauce y asentamiento natural en la Rusia soviética. Y allá se fue. Pronto le hallarían acomodo en sus profusas burocracias de la muerte.

—¿Y ahora te arrepientes? —le preguntó Antonio, a quien aquellos pretéritos ardores comunistas de Nina le resultaban tan ajenos, quiméricos y trágicamente mendaces como las esperanzas falangistas de Mendoza.

—¿Tiene algún sentido arrepentirse? —dijo ella, rehuendo su mirada inquisitiva.

Mendoza le había dicho en cierta ocasión que todos tenemos derecho a nacer de nuevo; pero lo había hecho citando el Evangelio.

—Si hay un Dios... —comenzó Antonio.

Nina se revolvió como si la hubiesen marcado con un hierro candente. Había en su voz más consternación que cólera:

—¿Y qué Dios admitiría que los hombres se despedacen de esta manera?

Paseaban por la espesura del bosque, aprovechando la clandestinidad de la noche. Allá en lo alto, las estrellas seguían emitiendo su parpadeo, inmutables ante el clamor de la sangre, inmutables ante las tragedias de los hombres, que desde allá arriba se contemplarían mínimas e insignificantes como los afanes de las hormigas.

—Un Dios que nos hubiera hecho libres para elegir —musitó Antonio, espantado de su propia intuición teológica—. Y que ni siquiera cuando elegimos el mal interfiere en nuestras acciones.

—Pues si existe ese Dios espero que sea capaz de perdonarnos. Pero no creo que exista tanta bondad.

Antonio la abrazó, para suplir su orfandad de Dios. A veces, mientras la apretaba contra sí y escuchaba la palpitación de su corazón desbocado, como cuando buscaba con la lengua los pasadizos de su saliva, Antonio se preguntaba si aquello que estaban haciendo era bueno o malo, pero enseguida espantaba los escrúpulos morales; y también se preguntaba si la alimaña que un día creció dentro de Nina habría perecido ya, o si tan sólo hibernaba, o si incluso permanecería despierta, disfrazada de cordero; pero cuando entraba dentro de ella, en el huerto clausurado o paraíso íntimo de su amor desalmado, no lograba distinguir sus fauces, y aunque las hubiese distinguido las habría tomado por belfos de cordero, y se habría dejado despedazar igualmente, sin conceder siquiera una oportunidad al arrepentimiento.

—Anda, regresemos a la cabaña —le decía, tomándola de la mano—. Allí ni Dios sabe lo que hacemos.

El verano ya había liado el petate y abandonaba la isla de Tolbos; y las golondrinas que rayaban el cielo parecían descompuestas y azacaneadas, como si la perspectiva de un largo vuelo migratorio las abrumase. Antonio había empezado a descuidar sus obligaciones como jefe de brigada, para creciente murmuración de los guardias, que sólo se privaban de azuzar contra él los perros por miedo a las influencias de Nina en el partido. Empleaba las horas muertas en que Nina faltaba, requerida en Cherepovets, disponiendo entre los árboles redes que untaba con una liga hecha de zumo de muérdago, para que en ellas los pajarillos se envascasen. Luego los desplumaba y ensartaba en broquetas, para asarlos. También merodeaba las charcas invadidas por el llantén, tapizadas ya por las primeras hojas del otoño, y cazaba ranas que corrían idéntica suerte. Y con aquellos manjares agasajaba a Nina, sorprendiéndola a su regreso de Cherepovets, donde periódicamente rendía cuentas de su misión en la isla de Tolbos. A juzgar por su gesto mohíno y el escaso entusiasmo con que mordisqueaba los pajarillos y las ranas asadas, las cuentas cada vez cuadraban peor; o tal vez los guardianes por fin se hubiesen decidido a denunciarla ante el comisario político.

—¿Pasa algo? —inquirió retóricamente Antonio, por exorcizar el miedo—. ¿No te gusta lo que te he cocinado?

Mientras lo hacía, mientras ensartaba las ranas y pajarillos en las broquetas y preparaba las brasas de la fogata, Antonio había concebido pensamientos propios de un utopista silvestre o un compositor de églogas, en los que imaginaba a Nina y a sí mismo vestidos de zagales, alimentados de bayas y arándanos, de ancas de rana y pechugas de golondrina, encerrados para siempre en su huerto o cárcel de amor. Pero aquella ensoñación arcádica, bien lo sabía, jamás llegaría a realizarse.

—Las cosas andan revueltas en el campo de Cherepovets —dijo Nina, formulando un amago de sonrisa con el que acaso pretendiera celebrar las dotes culinarias de Antonio—. Tu amigo Mendoza sigue causando problemas. Después de organizar una huelga de hambre le ha dado por aliarse con otros oficiales españoles, exigiendo que les apliquen el convenio de Ginebra.

—¿Y qué dice ese convenio?

—Al parecer, que a los oficiales no se les puede obligar a realizar trabajos forzados. —Se encogió de hombros, desentendida de tales tiquismiquis legales—. Cosa que en la Unión Soviética nos pasamos por la tela.

Una tristeza presagiosa, vagamente melancólica, arañó a Antonio. Intuyó que pronto se separarían, y que para entonces aún no habría logrado que aprendiera los modismos españoles que se había propuesto enseñarle.

—Por el forro.

—Eso, por el forro. ¡Para convenios internacionales estamos nosotros! Ese Mendoza, en el fondo, es un tipo digno de admiración; me arrepiento de haberlo tratado tan mal.

Lo golpearon unos celos insensatos; y, junto con los celos, una conciencia pesarosa de su traición. Tenía que haber tipos dignos de admiración para que la debilidad de tipos miserables como él fuese manifiesta. Pero ¿tenía algún sentido arrepentirse?

—¿Y qué van a hacer con Mendoza?

—De momento lo han metido en una unidad de castigo. Pero planean trasladarlo a otro campo. —Nina se mordió el labio inferior, reseco y agrietado, como olvidado del carmín y también de los besos de Antonio—. La nueva táctica con los prisioneros que se resistan a renegar del fascismo consiste en dispersarlos y juntarlos con presos más... *souples*.

Antonio no necesitó que le tradujera la palabra. Prisioneros más dúctiles o maleables, más permeables a la propaganda y blandos a los halagos, más ofuscados por las pasiones y más reacios al sentido del deber, como él mismo.

—Pero... ¿qué sentido tiene? —titubeó—. La guerra pronto habrá terminado, y a los prisioneros los devolveréis a sus respectivos países.

Un viento rizó a lo lejos las copas de los álamos que aún no habían sido talados por los finlandeses, incendiándolas con los colores del otoño. Sobre la isla de Tolbos se cernió la sombra de un nubarrón ominoso, panzudo como una galera.

—Me temo que no —murmuró Nina, apremiada por algo parecido al llanto—. A los alemanes e italianos, tal vez, porque a los aliados les conviene llevarse bien con los gobiernos que salgan de esos países, después de la guerra. A los húngaros, búlgaros, rumanos, desde luego, porque la Unión Soviética aspira a controlar todos esos países. Pero los españoles seguiréis cautivos. Franco, a la conclusión de la guerra, se convertirá en el único gobernante incómodo en la nueva Europa. Los ingleses y los yanquis lo tratarán con desprecio, aunque no creo que se atrevan a

derrocarlo; y para los soviéticos seguirá siendo el fascista que impidió el triunfo del comunismo en España. —Lo miró con algo de rubor, tal vez con lástima—: Los españoles os pudriréis en los campos.

Y ratificando aquel veredicto, por la isla se extendió un olor cenagoso, como si la humedad retenida de la tierra se liberase, para cooperar en esa pudrición.

—¿Aunque reneguemos de Franco? —se rebeló Antonio.

—En ese caso tal vez os liberen, pero de Rusia no saldréis jamás.

Una noche anticipada se cernía sobre aquel paraje del mundo que los mapas habían desistido de catalogar. Un paraje del que ya habían desertado las golondrinas, hostigadas por el invierno inminente y por las inverosímiles fantasías arcádicas de Antonio. Un paraje de sombra donde las alimañas se disfrazaban de corderos.

—¿Y qué haremos nosotros?

Pero ese plural sonaba incongruente, insidioso, tal vez ridículo. Nina habló como un oráculo; en su voz era ya imposible rastrear las inflexiones tiernas o piadosas que Antonio había hecho emerger cuando bogaba como un batelero dentro de su cuerpo, a favor de la corriente. A merced de la corriente.

—A mí me envían a los Urales, no ha debido satisfacerles mi trabajo aquí —murmuró Nina, sin mayores especificaciones—. A ti te destinan al campo de Borovichi, a las minas de carbón, con Mendoza. En cuanto acabe la guerra, quieren organizar grupos antifascistas entre los españoles, para captar a los más débiles y utilizarlos en la propaganda contra Franco. Confían en que tú logres convencer a Mendoza.

Así que de eso se trataba. De convertirlo en un esbirro del comunismo, como el propio Mendoza le había anticipado, en un vil pelele que, después de sucumbir a los encantos de Nina, se resigna a acatar un destino reptiliano de abyección. La noche se llenó de ululaciones y graznidos siniestros, de sibilantes y viscosos gemidos, como si un pentecostés de faunas inmundas le diera la bienvenida en su reino de légamo y putrescencia.

—Quieren que te conviertas en su sombra —remachó Nina.

Y los ojos le brillaban en la oscuridad, súbitamente irisados, como el pelaje de un tigre. Antonio había asumido su destino reptiliano y ya ningún reparo lo detenía, ya nada le importaban Mendoza, ni el destino de los prisioneros españoles, ni la nueva y jodida Europa. Sólo quería ser despedazado por la alimaña que Nina escondía dentro de sí, sólo quería que su rostro volviese a ser un incendio bárbaro, por última vez, poseída por un frenesí de bacante en pleno raptó dionisiaco, olvidada del monicaco que soportaba sus embates, como la mantis se olvida del macho que la fecunda, un instante antes de devorarlo.



En el tren que los llevaba a Borovichi, hacinados ambos entre prisioneros de las nacionalidades y procedencias más variopintas, Antonio pudo comprobar los estragos que la huelga de hambre y el paso por la celda de castigo habían causado en la salud del alférez. Mendoza siempre había sido de complexión más corpulenta que la suya; pero ahora parecía que se hubiesen intercambiado los papeles: la delgadez constitutiva de Antonio parecía, de repente, envidiable y oronda reciedumbre, en comparación con el estado de extrema desnutrición, con síntomas evidentes de distrofia, en el que se hallaba Mendoza. El cabello, que siempre le había raleado algo, se le había empezado a caer a puñados, en una alopecia provocada por la avitaminosis; y en aquellos lugares donde aún resistía —el cogote y los aladares, principalmente— tenía una textura lacia y exangüe, como de pelusilla que desconoce los beneficios del sol. Mirándolo, Antonio seguía experimentando aquella impresión, a un tiempo gratificante e incómoda, que ya había probado cuando lo vio por primera vez, allá en las trincheras de Krasny Bor: la impresión de contemplar su rostro reflejado en un espejo, rectificada luego en un examen más detenido que revelaba algunas diferencias. Sólo que ahora tales diferencias las marcaba el deplorable estado de Mendoza: su mandíbula era más angulosa que la de Gabriel, sus pómulos más picudos y prefiguradores de la calavera, y sus arcos superciliares se habían vuelto toldos sobre las cuencas de sus ojos, profundas como cuévanos. Una mutua desconfianza había surgido entre ambos, como un muro que impedía la natural fluencia de la cordialidad: Antonio sabía que Mendoza perseveraba en su insensato pundonor, incluso después de que la División Azul hubiese sido disuelta y repatriada y el frente del Este se hubiese derrumbado sin paliativos; y Mendoza sabía que Antonio ya no era de fiar, que en su dorado destierro en la isla de Tolbos se había dejado seducir por cánticos de sirena o bacante que lo habían convertido en un lastimoso esbirro del comunismo. En su derredor, los prisioneros que atestaban el vagón secreteaban en tono festivo, para escarnio de Antonio, que imaginaba que anduvieran comentando sus escarceos con Nina, o con la alimaña que Nina escondía dentro de sí.

—Se preguntan si seremos gemelos —lo tranquilizó Mendoza—. Les hace gracia nuestro parecido.

Pero Antonio bien sabía que, más allá de las similitudes fisonómicas, eran en

realidad antípoda: dos hombres de caracteres opuestos e irreconciliables, vinculados fatídicamente por un secreto mecanismo de pesos y contrapesos, de acciones y omisiones, de pecados y penitencias. El anverso y el reverso de una misma moneda, proyectando mutuamente sobre el otro un reflejo invertido, de tal suerte que si uno era cobarde el otro era intrépido, si uno era estólido el otro era resolutivo, si uno carecía de escrúpulos morales el otro los cultivaba hasta la inmolación. Tal vez fuese esa condición antípoda, antes que su parecido físico, lo que los unía más firmemente; tal vez —pensó Antonio— no podrían existir si dejase de existir su complementario, por ley natural o designio divino.

—Perdóname, Gabi —soltó impensadamente, pero la contrición le aliviaba la carga de la culpa—. Todavía no sé qué demonios me ocurrió. Esa mujer me sorbió el seso.

El tren cubría los escasos trescientos kilómetros que separaban Cherepovets de Borovichi con la acostumbrada lentitud de una carreta, deteniéndose sistemáticamente en cada apeadero y aun con frecuencia en mitad de la nada, como si los maquinistas deseasen que el final de la guerra los alcanzara antes de llegar a su destino. Mendoza lo escrutó detenidamente, como si deseara confirmar la sinceridad de su arrepentimiento; luego, con una sonrisa dubitativa, le restó hierro al asunto:

—Es nuestro sino, Antonio: las putas mujeres. Menean un poco el culo y ya nos tienen detrás, como perrillos falderos. —Habla como si constataste un proceso infalible, certificado en el laboratorio—. De Eva hasta nuestros días, la historia se repite y jamás espabilamos. Y, para más inri, confundimos el calentón del deseo con el amor. —Miró a través de la ventanilla enrejada la inmensidad del páramo—. Afortunadamente, se nos pasa pronto.

Tenía razón, al menos, en subrayar el carácter pasajero de la afección: apenas habían transcurrido quince días desde que Antonio abandonase la isla de Tolbos, apenas un par de semanas desde que dejase atrás aquella cabaña convertida en un huerto clausurado donde sus apetitos más tumultuosos se habían envanecido hasta disfrazarse de amor, y ya aquellos días se le antojaban un pasaje abolido de su vida, tan abolido como sus tropelías adolescentes, allá en los años de la sangre, cuando saqueaba cuberterías de plata y zarcillos de oro en las casas que otros antes habían vaciado de inquilinos, para abastecer las checas. Y, como de aquellos episodios, Antonio se avergonzaba de su paso por la isla de Tolbos; se avergonzaba de un modo neto y sin reservas, como nos avergonzamos de nuestras taras hereditarias; sabiendo, sin embargo, que nunca podremos borrarlas del todo, que su mancha indeleble nos acompañará hasta el sepulcro, y tal vez más allá del sepulcro.

—Pues a mí ya se me ha pasado —dijo, acaso con petulancia—. Y espero que no vuelva jamás.

Mendoza rió dolorosamente, como si el esfuerzo le descoyuntase las articulaciones maltrechas:

—Para nuestra desgracia, nuestra naturaleza es siempre la misma. Sólo nos resta

embridarla, someterla; y para lograrlo necesitamos un acicate verdadero.

—¿Tú tienes ese acicate? —inquirió Antonio, tal vez envidioso.

—Creo que ya te lo enseñé, ¿verdad? —Se extrajo del bolsillo de la guerrera raída la foto de su novia Amparo, que ya le había mostrado en las trincheras de Krasny Bor. Sólo que ahora, casi dos años después la mujer del retrato apenas se distinguía, decolorada por los trasiegos y penurias del cautiverio, como si también su belleza un poco melancólica y bovina, como de virgen de los iconos rusos, hubiese sido afectada por la hambruna y la disentería—. Amparo fue mi acicate. Y no te creas que no me costó: me gustaban las fulanas más que a los chivos la teta; y me corría con ellas mis buenas parrandas. En algún sitio he leído que el cultivo de una virtud atrae, como un imán, otras virtudes que ni siquiera se nos había ocurrido cultivar. Pues lo mismo ocurre con los vicios. Mientras trabajé para mi padre y participé de sus chanchullos, fui un desaprensivo, pero también un iracundo, un avaricioso, un soberbio, un lujurioso; fue apartarme de él y descubrir que toda aquella cochambre me aburría y asqueaba. Y allí estaba Amparo, para ayudarme a salir de la cochambre. Una mujer puede llevarnos al infierno; pero siempre nos aguarda otra que puede llevarnos al cielo. Hay que estar ojo avizor.

Y le pegó un golpe en el pecho con el puño, un golpe feble y sin embargo confortante, como si de este modo quisiera significar que su amistad había quedado restablecida y sanada, sin importarle lo que hubiese hecho o dejado de hacer en la isla de Tolbos. Antonio se lo agradeció con un gesto discreto, sintiéndose absuelto; ahora ya sólo le faltaba encontrar la virtud cuyo cultivo atrajese otras virtudes. Mendoza la había encontrado en la fidelidad a su novia; pero él no tenía una mujer a la que tributar su amor, sólo la tenía —si es que Carmen podía cubrir ese hueco— de un modo ilusorio y puramente platónico. Pero las virtudes no pueden fundarse en ilusiones vanas, sino en realidades concretas.

—¿Y cuál podría ser mi acicate?

—Por lo pronto, ayudarme en Borovichi con los españoles que allí se encuentran —respondió raudo Mendoza—. Según tengo entendido, están por completo desmoralizados y entregados a la propaganda comunista. ¡Habría que pegarles un buen meneo!

El tren se había vuelto a detener, meneando nuevamente a los prisioneros, que trataban de acercarse al ventanuco, en una lucha por aspirar ávidamente un poco de aire limpio. Había empezado a nevar, todavía tímidamente.

—Y aquí tenemos al general invierno de nuevo —dijo Mendoza, a quien ni siquiera la expectativa de la estación heladora parecía desanimarlo—. Éste sí que es fiel a su cita. Es curioso: en España siempre estábamos deseando que nevase. «Año de nieves, año de bienes». Joder con los refranes.

Rieron ambos, ahora con la alegría de la camaradería recuperada. Nina le había encomendado que se convirtiese en la sombra de Mendoza, y así lo iba a hacer: sería su sombra para ayudarlo y protegerlo, para secundarlo en sus más nobles y locas

empresas, para admirarlo.

—En el hospicio, cuando nevaba, nos decían que los ángeles estaban mudando el plumón —recordó Antonio, con una suerte de irónica nostalgia—. Aquí se ve que, o hay muchos ángeles, o están de mudanza continua.

Y así, entre evocaciones de la tierra que ya quizá no volvieran a pisar y chanzas inofensivas, consiguieron que el penoso viaje se les hiciera más llevadero. Llegaron a Borovichi cuando ya había anochecido, anquilosados y sedientos; aunque la nieve no había logrado todavía tapizar la tierra convertida en un barrizal, soplaban un viento furioso que hacía tremolar sus harapos. Los obligaron a sentarse, encañonados por los guardianes, mientras descendían los presos de los vagones y comprobaban que su número era el mismo que figuraba en los estadillos. Entre los desplazados no se contaban tan sólo prisioneros de guerra, sino también delincuentes comunes de aspecto más hosco o malencarado, barbudos y enjutos como rasputines de incógnito. A su lado, los prisioneros de guerra parecían esqueletos en cuclillas.

—Nos mezclan con ellos para impedir que hagamos piña, es la nueva consigna —lo informó Mendoza—. Pero ni por éstas se saldrán con la suya.

Los dejaron un rato en el andén, como si desearan que sus rostros quedaran suficientemente rebozados por la carbonilla del tren que seguía resoplando en la vía, para mejor camuflarlos en la noche sin estrellas. Luego, con los consabidos empujones y culatazos, los obligaron a marchar siguiendo el trazado de la vía férrea, hasta adentrarse en un terreno expoliado por las prospecciones mineras, erizado de barrancos y desmontes, cárcavas y gargantas que, después de sufrir la acción de la dinamita, habían sido todavía excavados por el agua de las lluvias, que había tejido sobre la arenisca una enramada de surcos, como un vasto sistema cardiovascular que dificultaba su avance y les hacía perder a cada poco los zapatos.

—*Davai! Davai!* —berreaban los guardianes su consabido sonsonete.

—*Davai* tu puta madre —se rebelaba Mendoza, a quien los tormentos de los últimos meses en Cherepovets parecían haber inmunizado contra cualquier muestra de prudencia—. ¿Es que no veis que se me ha salido el zapato?

Tampoco los guardianes, mucho más sosegados desde que el frente se alejase de tierras rusas, eran los implacables mastines de antaño. Las minas de Borovichi ya habían sido explotadas en tiempo de los zares y abandonadas después, porque sus vetas eran escasas y los métodos de obtención atrasados y deficientes. Pero las excavaciones habían quedado hechas; y Stalin había ordenado abrirlas otra vez, ahondando todavía más los pozos y galerías subterráneas. Ciertamente, la extracción del carbón de Borovichi —de una calidad ínfima— era dificultosa, y su combustión no producía las calorías necesarias para la industria pesada; pero el trabajo de los prisioneros era gratuito, y su «norma» infinitamente superior a la del ciudadano libre, por lo que la explotación de los yacimientos volvía a ser rentable. Como las bajas provocadas por tan duro trabajo resultaban demasiado abultadas, la administración de prisiones destinaba allí a los criminales más inveterados, a los cautivos de guerra más

reacios a la reeducación y a los campesinos ucranianos y bielorrusos que habían confraternizado con el invasor alemán. Llegar al campo de Borovichi, a más de quince kilómetros de las minas, por aquel terreno inhóspito y a oscuras, les empleó toda la noche; cuando por fin avistaron las alambradas, coronadas en sus ángulos por las garitas de los centinelas y patrulladas por los consabidos perros pulgosos y coléricos, ya había comenzado a alborear. La luz en Borovichi era sucia como el hollín, venenosa como una emanación de grisú.

Mientras cruzaban el campo, rumbo a la enfermería y al baño, donde sus cabezas serían nuevamente rapadas y sus ropas enviadas a la desinfección, tuvieron ocasión de contemplar un espectáculo que les encogió el alma. En la zona de los barracones, el terreno hacía una leve ondulación que se alargaba en una suave ladera hasta las alambradas; allí, sobre la ladera, un grupo de prisioneros se había tumbado bocabajo sobre el prado, y se movía muy lentamente. Eran las habituales radiografías de hombre que poblaban los campos, harapientas y casi traslúcidas; y sus movimientos tenían un no sé qué de penoso arrastre, como si les hubiesen quebrado las piernas y obligado a besar el suelo que pisaban. Antonio preguntó por señas a los prisioneros que iban a su lado qué estaban haciendo aquellos hombres reptantes; y por señas le contestaron llevándose la mano a la boca, en irónico ademán de condumio. Al acercarse a los hombres reptantes, Antonio confirmó que aquella contestación, que le había parecido grotesca, era sin embargo cierta: aquellos desdichados estaban, en verdad, pastando como bestias rumiantes, con una voracidad que no dejaba a su paso vestigio alguno de hierba. Contempló los regueros de tierra desnuda que quedaban a sus espaldas, como calvas despojadas hasta de las más insignificantes raicillas, y tembló de horror o de pena.

—A esto nos quieren reducir, Antonio —le dijo Mendoza—. No lo podemos permitir.

Las radiografías de hombre seguían tascando como reses tullidas y famélicas. Hacía mucho tiempo que habían perdido el decoro y la dignidad, y no les afectaba lo que otros pudieran pensar de ellos. O tal vez se apresuraban a pastar la hierba sobreviviente, antes de que los recién llegados se la disputasen.

—No será fácil, Gabi. Planean montar unos grupos antifascistas, para sembrar la cizaña entre nosotros. Eso me dijo la zorra franchute.

Comprobó que, pese al despecho y la rabia sorda, pese a la vergüenza que le producía recordar aquel pasaje abolido de su vida, aún le resultaba lacerante referirse a Nina en tales términos.

—Pues adelante, que lo hagan. Ya nos encargaremos nosotros de estorbarlo. Y si consiguen engañar a algún incauto, ya lo desengañaremos nosotros. —Mendoza le sacudió una palmada y sonrió optimista—. Los hombres podemos nacer de nuevo, ¿lo recuerdas?

Asintió sin excesiva convicción, todavía conturbado por la visión de los prisioneros rumiantes. En el campo de Borovichi el trabajo de las minas se

organizaba en tres turnos, divididos a su vez en brigadas compuestas de veinticinco presos cada una. Apenas pusieron los pies fuera de las alambradas, después de que los integraran en una brigada con destino a la mina, descubrieron que las medidas de seguridad en Borovichi eran mucho más férreas que en Cherepovets: si el número de guardianes que los custodiaban allí hasta el tajo era de apenas un par por brigada, aquí alcanzaban la media docena; y si en Cherepovets los trasladaban en camiones abiertos, aquí lo hacían en otros de remolque herméticamente cerrado, a semejanza de furgones policiales. El trayecto hasta la mina, muy sinuoso y accidentado, lo dificultó todavía más la nevada cada vez más tupida, que ya empezaba a cuajar en el suelo. Cuando por fin les abrieron el remolque, se dieron casi de bruces con unas torretas de madera, al pie de las cuales se erguían gigantescos montones de tierra negruzca, la ganga procedente de las vagonetas que salían de la mina. Entre los residuos, hurgaban mujerucas entoquilladas y reumáticas, rebuscando alguna piedrecita de carbón que les permitiera calentarse.

—¡Bienvenidos al paraíso del proletariado! —bromeó Mendoza.

A medida que iba descubriendo las condiciones infamantes y menesterosas en que se desarrollaría su trabajo, parecía crecer en él el entusiasmo, como si creyera que cuanto peores fueran más se facilitaría su proselitismo entre los prisioneros españoles. Cuando iniciaban el descenso a la mina se cruzaron, con el barranco de por medio, con los presos del turno anterior, que subían derrengados y deshechos por el esfuerzo, en busca de descanso, y miraban con una suerte de sorna misericordiosa al turno de refresco. Poco a poco, se fueron adentrando en aquella hondonada lóbrega donde cada año morían miles de hombres; una maraña inextricable de raíles la cruzaba por doquier, en todas las direcciones, esperando el impulso de nuevos brazos que empujaran las vagonetas. Los jefes de brigada los organizaron por equipos de tres, y señalaron a cada uno el lugar donde habrían de emplazarse; a Mendoza y Antonio los juntaron con un alemán que había sustituido los distintivos de su uniforme con estrellas rojas y otros emblemas soviéticos. Mendoza lo miró con acendrado desdén, y le escupió en las botas.

—¡Vergüenza debería darte, maricón, gallina, cabeza cuadrada! —se despachó a gusto, ante la expresión cariacontecida del alemán, que tal vez no lo entendiera, o encajase aquellos denuetos como parte de su penitencia. Y, tras el desahogo, se volvió a Antonio—: Ahí tienes a ese páñfilo: se ha vendido al enemigo; y el enemigo, en justa correspondencia, lo trata como a un gusano. Moscú no paga a traidores.

Tomaron los picos y las palas, todavía calientes y húmedos en el mango por el sudor de los prisioneros del turno anterior. En apenas unos minutos, la hondonada se llenó con el estrépito de los picos y el rodar de las vagonetas por los raíles, hasta su vaciado en los depósitos. Antonio y Mendoza se emplearon en la extracción de tierra, que se desmigajaba con facilidad, antes de llegar a la tacaña veta de mineral; y el alemán cargaba la vagoneta y la enganchaba al cable que la arrastraba por un plano inclinado, hasta la cima de las torretas de madera, donde era descargada. Por cada

vagoneta que enganchaba al cable, el alemán recogía un boleto que, al final de la jornada, se canjeaba por la ración de comida correspondiente. Durante las primeras horas, el trabajo aún resultaba soportable, incluso vigorizante, frente al frío y la caricia de la nieve. Pero, a medida que transcurría la jornada, el cansancio descendía sobre ellos, despertando agujetas allá donde jamás hubiesen imaginado que pudieran tenerlas, acalambrándoles los músculos atrofiados, penetrando como un berbiquí hasta el mismísimo tuétano de los huesos; y a Mendoza, además, la amputación en la mano derecha tampoco le ayudaba a empuñar la pala. Terminaron solicitando al alemán que los relevara, pues al menos mientras arrastraban la vagoneta podían apoyarse, y descansar sobre su armazón, y hasta casi dejarse caer sobre ella, cuando el terreno era favorable. La nieve se posaba sobre la hulla como el viático sobre la lengua gangrenada de un agonizante.

—¡Manda cojones que tenga yo que pedirle favores a un boche arrepentido! —se zahería Mendoza, para hilaridad del alemán, que seguía sin entenderlo o acataba sus denuestos muy disciplinadamente—. ¡Con la de veces que me las tuve tiasas con ellos en el frente!

Pero con aquél, que parecía de índole pacífica o bobalicona, tampoco convenía enzarzarse, pues a fin de cuentas tenía en su poder los boletos canjeables. El reparto del rancho se efectuaba en una explanada a la intemperie, con un tablado en el centro, por la que iba desfilando una masa de seres desmayados y trémulos, muchos de los cuales tendrían que volver después al tajo, pues quienes no alcanzaban el ochenta por ciento de la «norma» establecida eran obligados a sumarse al turno siguiente. Se congregaban ante las marmitas humeantes, con los ojos desorbitados, empujándose los unos a los otros en su afán por disputarse las primicias, pues suponían que en los primeros cazos viajarían más tropezones, aunque fuesen tropezones de troncho de berza o corteza de remolacha. Había que formar tres colas, según el número de boletos conseguidos por el arrastre de las vagonetas; y si algún preso trataba de acercarse a la olla que no le correspondía, enseguida era delatado por los cocineros ante los guardianes, que lo tundían a coscorrónes y lo dejaban en ayunas. Comían como bárbaros primates, sorbiendo la sopa directamente de la escudilla, y mordiendo su porción de pan negro a dentelladas, antes de pelearse por las migajas que habían quedado dispersas sobre la nieve. Mendoza iba a tener que emplearse a fondo si deseaba recuperar el espíritu militar entre quienes habían dimitido incluso de su condición humana.

—Pero con constancia y tesón nada hay imposible —sentenció, con un voluntarismo acaso desquiciado—. Podríamos empezar por éste.

Y apuntó con la barbilla al alemán que les habían asignado en el reparto del trabajo. Era un hombre ya tallado que frisaría la treintena, pero en su actitud irresoluta se notaba que también era bisoño en el oficio de la guerra, tal vez procedente de alguna de aquellas levas de última hora decretadas por el Tercer Reich entre padres de familia, para abastecer de carne la trituradora del frente oriental.

Seguía mirándolos con una suerte de pasmo risueño.

—*Brüder? Zwillinge?* —preguntó.

Y los señalaba a ambos, para después juntar los dedos índices de ambas manos.

—¿Qué quiere saber? —Mendoza, desorientado, buscó el parecer de Antonio—. ¿Si estamos casados?

—Creo que más bien si somos hermanos.

Y el alemán asintió, feliz de superar aquel primer escollo lingüístico. Mendoza le habló silabeando, buscando una simplicidad que a la postre resultó más liosa:

—Hermanos de sangre, *nicht*. Hermanos en la batalla, *ja*.

Pero el alemán no se aclaraba. Los guardianes ya los azuzaban para que devolvieran las escudillas y se dirigieran hacia los camiones.

—La primera que me hizo esa pregunta fue Nina, la intérprete, en Leningrado —dijo Antonio, mortificado por los recuerdos—. Incluso se permitió hacer alguna broma pesada a propósito de mi apellido, Expósito.

Mendoza se detuvo un instante, como si por su cabeza hubiese pasado de puntillas un pensamiento demasiado brutal o ignominioso que no podía ser expuesto crudamente. Probó con un circunloquio:

—A saber si no tendré hermanos desperdigados por el mundo, conociendo las andanzas de mi padre. —Chasqueó la lengua, como si esas andanzas sabidas le provocaran un enojo irrestañable—. Pero preguntarle sería inútil. Su respuesta, en cualquier caso, sería una mentira.

Esta conciencia de la mendacidad del padre lo atormentaba más que cualquiera de las penurias sufridas en el cautiverio. Les ordenaron subir a uno de los camiones de remolque blindado que ya los habían traído; al arrancar, las ruedas patinaron sobre la nieve reciente.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Antonio, cuando el camión ya había tomado la carretera sinuosa que habría de llevarlos al campo.

—Una hermana mayor, Margarita, que vive en San Sebastián —respondió Mendoza—. Allí íbamos de veraneo antes de la guerra y conoció a un vasco sanote, dueño del mejor cine de la ciudad, del que se enamoró. Tienen una niña preciosa, Consuelito, que es la alegría de la casa. Siete años tenía la última vez que la vi, así que ya habrá cumplido los diez. —Su rostro se esponjó, enaltecido por una legítima jactancia—. No veas lo espabilada que es. ¡Y menuda cinera que está hecha! Se conoce al dedillo todos los actores, nacionales y extranjeros. ¡Y el arte que tiene para contarte las películas! Lo malo es que siempre te destripa el final...

El camión se había detenido con un quejido rechinante, atravesado en mitad de la carretera, como si el conductor hubiese perdido su control. Los soldados que custodiaban a los prisioneros abandonaron el remolque, para dirigirse a la cabina, donde mantuvieron una discusión acalorada que uno de los presos, de nacionalidad italiana, fue traduciendo para el resto a trompicones. La nieve arreciaba, descendiendo como un pesado cortinón sobre barrancas y desmontes.



—Al parecer, los frenos no funcionan. Se les ha congelado el líquido o alguna cosa rara —tradujo Antonio—. El conductor no se atreve a seguir con la que está cayendo. Lo malo es que los otros camiones van llenos y en Borovichi tienen que cargar más presos.

Mendoza se soliviantó:

—¿Y entonces?

—Pues parece que nos va a tocar esperar a que venga un mecánico, o volver a pie al campo. Eso es lo que están discutiendo, pero al mecánico podemos estar esperándolo hasta que San Juan baje el dedo.

Entre los prisioneros se extendía un rumor desaprobatorio, casi sedicioso. Ninguna de las dos soluciones parecía entusiasmarlos, con aquel frío entumecedor; y, menos que a ellos, a los guardianes, que se habían enzarzado con el conductor en un griterío patibulario. Muy sosegadamente, como investido de una misteriosa autoridad, Mendoza se dirigió al italiano:

—Dícales que yo puedo conducir el camión hasta el campo sin ningún problema. Soy transportista y he tenido muchas veces que arreglármelas sin frenos, en circunstancias parecidas y con carreteras aún peores.

El italiano lo miró estupefacto, pero Mendoza le insistió con razones tan convincentes que finalmente se decidió a comunicárselo a los guardianes.

—Dícales también que me dejen echar un vistazo debajo del camión. Conozco estos bichos como si los hubiese parido.

Antonio seguía las conversaciones entre reverencioso y amedrentado. Confiaba en Mendoza y no creía que estuviese faroleando, pero no se le escapaba su carácter temerario, que el paso por las celdas de castigo de Cherepovets no habría hecho sino agudizar. Para cualquier hombre en el estado de debilidad en el que ellos se encontraban, esas celdas suponían la muerte; y quienes sobrevivían a ellas quedaban afectados de locura para siempre. Se preguntó si Mendoza se habría ofrecido a semejante empresa por desprecio a la propia vida, y de paso a la vida de quienes lo acompañaban.

—Tranquilo, Antonio, coño, que esto para mí es pan comido —dijo Mendoza, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

El italiano volvió con una pareja de guardianes, que al principio se dirigieron a Mendoza en un tono exasperado y despectivo; pero sus explicaciones fueron amansándolos e inclinándolos a asumir el riesgo. Nunca dejaban de sorprender a Antonio las dotes persuasivas de Mendoza, que tenía el don de disfrazar de aplomo y ecuanimidad su insensatez y sangre fría.

—Dicen que adelante, pero que a la menor jugarreta te pegan un tiro —dijo Antonio traduciendo al prisionero italiano, que a su vez traducía a los rusos.

Mendoza asintió ponderativamente y llenó los pulmones de aire, como si se dispusiera a realizar una inmersión sin escafandra. Descendió del remolque entre las muestras de apoyo, envalentonadas y absurdamente optimistas, de los prisioneros.

—De acuerdo. Pero dígales a los ruskis que necesito a mi amigo de copiloto.

A Antonio, que ni siquiera sabía conducir, la petición se le antojó peregrina; pero los rusos debieron de pensar que también él era un avezado conductor —tal vez el parecido físico les inspirase esta absurda asociación—, o simplemente se habían decidido a arriesgarlo todo en el envite. Mendoza se deslizó debajo del camión; y allí permaneció un rato remejiendo, mientras arreciaba la nieve, que ya había cubierto incluso las roderas de los otros camiones. Salió embadurnado de grasa y requirió un trapo para limpiarse las manos.

—Y una leche, el líquido de frenos —dictaminó; pero no había congoja en su dictamen—. Un sabotaje en toda regla. —Y con una cierta ufanía, añadió—: Pero han pinchado en hueso.

Y trepó a la cabina, donde ya lo aguardaba Antonio, intimidado por el naranjero de uno de los guardianes, que se interponía entre ambos, como un rodrigón con malas pulgas. Cerraron el remolque y Mendoza prendió el encendido del motor.

—No sé qué esperas que pueda hacer yo —musitó Antonio, a quien no se le pegaba la camisa al cuerpo—. Sé menos de esto que una monja de clausura.

Mendoza se carcajeó, mientras trataba de encontrar el mejor acomodo a sus entecas posaderas en el asiento. Aferró con decisión el volante y la palanca de cambios.

—¡Cuidado con las monjas, que donde menos se lo espera uno salta la liebre! Las hay que te conducen un camión sin despeinarse ni quitarse la toca. —La conducción le inspiraba una locuacidad jubilosa y desparramada—. No, en serio, es que me apetecía charlar contigo, así me relajo. ¡Joder, qué gusto, volver a tomar el volante!

A juzgar por su exultación, debía de haberlo afligido sobremanera, en efecto, abandonar la empresa de su padre, cuando descubrió sus tejemanejes. La carretera, en realidad un camino de grava, además de sinuosa, por bordear las cárcavas y barrancos de las minas, era tan estrecha que en las curvas las ruedas traseras del vehículo casi se salían del piso. La nieve lo convertía en una pista de patinaje.

—¿No vas demasiado deprisa? —preguntó Antonio, casi tan pálido como el soldado que los custodiaba, que había preferido apartar el naranjero de sus cogotes por evitar que Mendoza se pusiera nervioso. Pero Mendoza tenía nervios de acero, o acaso de alguna aleación aún más resistente.

—Eso es lo que la gente lega cree: que cuando hay nieve en el suelo hay que ir despacio, en primera marcha —lo instruyó, como si se hallasen en una clase práctica—. Pero si no tienes cadenas, la primera marcha hace que las ruedas se aferren más al piso; y como el piso es deslizante el riesgo de que se atollen es mayor. Teniendo un buen control del volante, lo mejor es ir en tercera. ¿Lo ves?

Tomó una curva sin reducir ni un ápice la velocidad, como si disfrutara de los placeres de un viaje en trineo. Antonio se venció sobre el soldado, que a su vez se recostó por inercia sobre Mendoza.

—¡A ver, a ver, un poco de compostura! —bromeó—. Por suerte, además, el

camino es ligeramente ascendente, así que ni siquiera tenemos el peligro de embarnos. Me ha tocado bregar con carracas mucho peores que ésta, con los frenos y el dibujo de los neumáticos gastados y sin cadenas, no te preocupes.

La nieve borraba los contornos de aquel páramo estragado por las excavaciones mineras. Para borrarlos del todo, Antonio cerró los párpados.

—¿Y nunca tuviste ningún percance?

—Alguno tuve, no te creas, pero menor. —Ni siquiera se molestaba en mentir—. Una vez, viniendo de Despeñaperros, el camión se me quedó suspendido de un barranco como un balancín...

Antonio tragó saliva, para advertir que la garganta se negaba a realizar funciones de deglución.

—Déjalo, no entres en detalles.

—Conque eres supersticioso, ¿eh? Pues muy mal hecho. Una oración a San Cristóbal y todos los males se remedian.

Siguió hablando sin descanso, buscando de vez en cuando la anuencia de Antonio, o haciéndolo víctima de sus chascarrillos, que Antonio ni siquiera escuchaba, atenazado por el canguelo. Conducir un camión, según confesó Mendoza, era el modo más recomendable de descargar tensiones, y también de mantener el espíritu alerta; y le ayudaba a recuperar la confianza en su fortaleza.

—Es como domar un caballo o una mujer, no sé si me entiendes.

Antonio recordó entonces, como en una punzada aflictiva, la doma de Nina en la isla de Tolbos, el lento sometimiento de sus pataleos y corcoveos, mientras bogaba dentro de ella, como un batelero a favor o a merced de la corriente. Habían llegado al campo de Borovich, en cuyo recinto Mendoza entró en punto muerto, hasta que aprovechando un repecho el camión se detuvo, como una bestia acezante.

—¿Lo ves, hombre de poca fe?

Se había ganado el respeto de los soldados rusos, empezando por el que ocupaba la cabina, que lo abrazó casi fraternalmente, antes de que los prisioneros del remolque lo vitorearan y alzaran en hombros, paseándolo por los barracones como si fuera la imagen de un santo en romería. La hazaña de Mendoza no tardó en propagarse por todo el campo, aureolándolo de un heroísmo ante el cual hasta los carceleros declinaban su rigor; y sus labores de proselitismo fueron a partir de entonces más fáciles e intensas, y en algunos casos toleradas benignamente por los guardianes, en quienes subsistía, aunque oprimido por las consignas partidistas y el enconamiento de las posturas propio de la guerra, cierto residuo de gallardía que los obligaba a reconocer el mérito del enemigo. Menos considerados se mostraban los comisarios políticos del campo, que de la noche a la mañana veían cómo los cautivos españoles, tan postrados y permeables a sus sugerencias como el resto de prisioneros, habían hallado en Mendoza una suerte de líder o mesías que levantaba su moral y sanaba sus quebrantados corazones; y este efecto lenitivo o balsámico, que entre los españoles se hizo notorio a partir de aquel invierno, no tardó en extenderse, como en ondas

concéntricas, a otros grupos de nacionalidades diversas, que en los escasos ratos de asueto que les dejaba el trabajo en la mina acudían al barracón de Mendoza, donde además de aprender un español chapurreado, se enzarzaban en los coloquios más graves o livianos, más sesudos o intrascendentes, que siempre tenían en Mendoza su motor y epicentro; y en Antonio, a quien todos se empeñaban en confundir con su hermano gemelo, a su más activo animador. Aquellas reuniones, en las que sin embargo se orillaban las cuestiones políticas y el discurrir de la guerra, para que las autoridades del campo no tuvieran pretexto para disolverlas, acabaron preocupando vivamente a los comisarios, que reclamaron informes sobre Mendoza a Cherepovets. Pero ni siquiera entonces aflojó Mendoza en su empeño, tal vez porque despreciaba su vida; o porque creía en otra vida más plena, después de la muerte.

—¿De veras cree usted que hay otra vida después de la muerte? —le preguntaba un prisionero alemán, en un español rasposo y académico—. ¿De veras cree en la inmortalidad del alma?

Mendoza resoplaba divertido, fingiendo que la magnitud de la pregunta lo sobrepasaba:

—¡Y en la del cuerpo también! —Los prisioneros no sabían si tomarse a chacota su respuesta, o si debían esperar a que Mendoza la razonase—. Vamos a ver, ¿usted es cristiano? —El alemán asentía, casi marcialmente—. ¿Creyente en la fe verdadera o secuaz de Lutero? —Aquí el alemán se perdió en los matices malévolos de la pregunta—. Bueno, para el caso es lo mismo. Nosotros creemos que Dios se hizo carne y que sufrió tormentos en su carne, todavía más salvajes que los que padecemos nosotros en este puñetero campo, que ya es decir. —Los prisioneros rieron de nuevo, pero esta vez de un modo más apaciguado y reverente, casi con unción—. Lo hizo para redimirnos de nuestros pecados: su carne murió en la cruz y luego resucitó al tercer día. Si lo que Dios quería era tan sólo salvar nuestras almas, le hubiese bastado con dar una orden desde arriba, ¿no le parece? «Venga, que las almas de los hombres suban al cielo y se disuelvan en la luz divina», podría haber dicho, y santas pascuas. Pero no lo hizo así: quiso padecer en la carne los sufrimientos de los hombres, y morir como lo haría el más desdichado de los hombres. ¿Por qué? —Se hizo un silencio expectante en el barracón—: Porque quería salvar también nuestros cuerpos; quería mostrarnos que todos nuestros padecimientos y enfermedades concluirían de forma gloriosa, exactamente del mismo modo en que concluyeron los suyos. Con la resurrección de la carne.

Se armó un alboroto entre los asistentes a la reunión, en el que las resistencias de la incredulidad se resquebrajaban, ante la porfía de la esperanza. Antonio voceó:

—¿Y cómo será eso?

—A ciencia cierta no lo sabemos, porque ahora vemos a través de un espejo; pero en el día de la resurrección veremos cara a cara —respondió Mendoza, con una cita paulina que pasó inadvertida—. En esta vida, nuestro espíritu está sometido a los impedimentos y limitaciones de la materia: por eso nos cansamos, pasamos hambre,

¡mucho hambre!, y envejecemos; y nuestra alma tiene que resignarse a acompañar al cuerpo en sus desgracias. En la otra vida, el alma mandará sobre el cuerpo, que ya no estará sujeto a limitaciones de ningún tipo, ni de tiempo ni de espacio. ¡Menudo chollo! Podríamos cumplir con la «norma» en un santiamén; y desplazarnos a la mina sin necesidad de camiones. Sólo que en esa vida no habrá «normas» que cumplir ni minas que excavar. Será una fiesta constante.

El alboroto se había quietado, hasta adelgazarse en un bisbiseo acuciante y deseoso de disfrutar de aquellas delicias.

—¿Y resucitaremos así de flacos y birriosos como estamos? —preguntó un guripa con fama de coñón.

Mendoza apretó los labios, como si saboreara un desquite:

—No, amigos. Resucitaremos hechos unos adonis. Todos nuestros defectos serán corregidos: el que sea tartaja, tendrá pico de oro; el que cojee, brincará como un gamo; el que haya perdido dedos por causa de la congelación —y enarboló su mano, a guisa de estandarte—, recobrará su mano entera y vigorosa. El que muera flaco cogerá unos kilos, hasta la medida exacta; y el que muera gordo despertará sin barriga. Y todas las heridas que nos hayan hecho, todos los tormentos que nos hayan causado, serán borrados de un plumazo. —Miró detenidamente los rostros macilentos y magullados de los prisioneros—. Por eso, todos los esfuerzos de nuestros carceleros por machacarnos, todo su empeño en dañar y golpear nuestra carne, son inútiles y serán vengados: porque resucitaremos sin una sola cicatriz, para ver cómo se pudren en el infierno.

Había elevado la voz hacia el final, desatando un fervor renovado entre su auditorio, al que por primera vez se le daban razones trascendentes para soportar los suplicios del cautiverio. Razones que, sin embargo, sólo la fe podía sustentar; y ante las cuales el escepticismo de Antonio se retraía medroso. Pero era más fuerte que su escepticismo aquella vibración exultante que sólo Mendoza era capaz de transmitir. Antonio hubiese querido haber sido modelado con su mismo barro, ser de verdad su hermano gemelo, como pretendía la fantasía impresionable de los prisioneros.

—Vaya, alférez Mendoza, con razón me pidieron que volviera para meterlo en vereda.

Los prisioneros reunidos en el barracón se volvieron para averiguar quién profería esas palabras. Antonio no necesitaba hacerlo, había reconocido la voz atiplada y ofidia de Camacho, voz de pichafloja o *tafirole*:

—¿Y entonces cómo quiere que le matemos, alférez? —preguntó con recochineo—. Lo digo para facilitarle la resurrección. ¿Mientras duerme, tal vez?

Camacho lucía la divisa de sargento del ejército rojo, ganada tal vez por haber logrado reprimir la huelga de hambre en Cherepovets, o por promover la dispersión de los españoles. Mendoza le mantuvo la mirada:

—Debe de ser muy feo marcharse de este mundo sin ver llegar la muerte. Prefiero verla cara a cara, como ahora te estoy viendo a ti, para que sepa que no le tengo

miedo. Y entregarme a ella con docilidad, cosa que no pienso hacer contigo, por supuesto.

El rostro de Camacho, afinado como el de una lagartija, se contrajo como si hubiera recibido un escupitajo.

—Te veo con ganas de volver a la celda de castigo, Mendoza.

—No con tantas como de verte arder en el infierno, Camacho.

El silencio vibraba como una cuerda de guitarra un instante antes de romperse. Camacho se volvió a los prisioneros que aguardaban expectantes la resolución del conflicto:

—¡Salud, amigos! Os recomiendo que no frecuentéis este tipo de reuniones, salvo que estéis deseosos de abreviar vuestra vida para probar si todas las majaderías que os ha soltado Mendoza son ciertas. —Hubo un murmullo de protesta, acompañado de denuestos en idiomas que Camacho ignoraba—. Habéis hecho un gran daño a la Unión Soviética, y es natural que se os exija disciplina y trabajo. Si obedecéis, no os irá tan mal como pensáis. Tenemos recompensas para los buenos y castigos para los malos, como ese Dios vuestro.

Antonio conocía sus problemas de erección; y a un hombre al que no se le levanta es difícil respetarlo o temerlo. Con una osadía infrecuente en él, voceó:

—¡Menos discursos y más comida!

—La tendréis si os portáis como espero de vosotros —prosiguió Camacho sin inmutarse—. Os comunico que acaban de destinarme aquí, encargándome la dirección de la propaganda. Sabed que me debéis una consideración.

A sus espaldas, Mendoza rezongó:

—La consideración que merece un desertor y traidor a su bandera.

Camacho se mordió los labios y la rabia. Sabía, sin embargo, que Mendoza era apreciado incluso entre los guardianes del campo, por lo que no convenía adoptar medidas represivas contra él tan pronto; y prefería además dejar enfriar su ira. Continuó:

—Mi misión en el campo consistirá en aleccionaros sobre las ventajas del marxismo. Os daré a conocer la historia del partido comunista, y las razones de nuestra revolución. Cuando las conozcáis, espero que reneguéis de vuestro lamentable error, al combatir al único pueblo que os podría liberar de la opresión del capitalismo y del fascismo. —Se paseó como un gallito entre los prisioneros, pero era un gallito descabezado—. Por hoy no quiero molestaros más. En unos días empezaremos las clases. Buenas noches a todos.

Se formó un barullo a su espalda, mientras abandonaba el barracón, rumbo a las dependencias de los oficiales. Antonio seguía avergonzándose de aquel pasaje de su vida sepultado en la isla de Tolbos; pero había fuerzas inconscientes, allá al fondo del barro bastardo con el que había sido modelado, que se sobreponían a la propia voluntad. Asaltó a Camacho, tomándolo de la manga de la guerrera:

—Discúlpeme, ¿qué ha sido de Nina?

Camacho al principio no lo reconoció; pero enseguida ató cabos:

—Tú debes de ser... Sí, el juguetito que la entretuvo en esa isla... ¿Y a ti qué te importa?

—El francés nos ayudaría mucho a entendernos con los prisioneros de otras nacionalidades —improvisó Antonio, atolondrado—. Una intérprete nos vendría de perlas.

—Pues no la tendréis, porque de lo que se trata precisamente es de que no os entendáis —dijo muy rozagante Camacho—. Además, para que lo sepas, está penando su culpa.

Tal vez Nina escondiese una alimaña dentro de sí, pero lo sobrecogió la idea de que la hubiesen denunciado ante la Lubyanka.

—¿Qué le han hecho? —susurró con espanto.

Camacho estalló en una risotada aviesa, mientras se perdía en la noche.

—Tranquilo, guripa, no te cagues en los pantalones, que tu tortolita sigue bien. Tan sólo le hemos aplicado un pequeño correctivo y la hemos enviado a un lugar un poquitín más incómodo, por confraternizar con los presos.

Un lugar un poquitín más incómodo, según la escala de medición bolchevique, podía significar cualquier confín de inexplorada crueldad. Por un instante, Antonio sintió en las yemas de los dedos un cosquilleo insidioso, como una reverberación de aquellas alboradas en la isla de Tolbos, cuando acariciaba muy sutilmente el cuerpo desnudo de Nina, con la delicadeza que empleamos para apartar la nata de un cuenco de leche humeante. Lo sobresaltó la presencia de Mendoza:

—Esa Nina sigue rondándote la cabeza, Antonio.

No había intención acusadora en sus palabras, tan sólo una constatación melancólica, levemente decepcionada.

—Temo por su vida —reconoció, contrito.

—Pues te recomiendo que recuerdes las perrerías que nos hizo —adujo, inflexible, Mendoza—. A ti lo que te pasa es que te has quedado encoñado de esa franchute. En condiciones normales, la mejor manera de superar el encoñamiento sería buscando un amor nuevo, pero aquí lo tienes un poco difícil. —Había logrado arrancar una sonrisa exhausta de los labios de Antonio—. Así que lo mejor es que te conformes con algún amor antiguo que creyeras olvidado.

Pero recuperar un amor antiguo le exigía adentrarse en desvanes acaso más perturbadores: era como bucear en un estanque y tropezarse con un cadáver en descomposición. «Juntos para siempre», le había dicho Carmen en una ocasión ya muy lejana; durante algún tiempo, se había repetido aquellas palabras como si fuesen una letanía, pero ahora le sonaban irrisorias o sañudas. Las alambradas de Borovichi eran su único horizonte sempiterno.

—No creo que pueda recuperar ningún amor antiguo, por mucho que me esfuerce.

—Para creer en algo hay que querer creer, Antonio. No lo olvides.

Mendoza quería creer vivamente en cosas que a él le parecían inconcebibles; y esa esperanza vivísima, nunca declinante, lo mantenía en pie. Otros, como Camacho, no querían creer en nada, tal vez porque no podían, y como la zorra de la fábula, que no puede alcanzar el racimo de uvas, se convencían de que ese bien inalcanzable era en realidad prescindible o ilusorio; pero como el bien seguía en el mismo sitio, como un recordatorio implacable de su poquedad y fracaso, terminaban por despreciarlo primero, para odiarlo después con un odio minucioso y desvelado que sólo hallaba consuelo en su destrucción. Camacho odiaba a todos los presos del campo, que le recordaban su traición, pero con más encono y ferocidad a los españoles, a los que ansiaba doblegar más que nada en el mundo; y, creyéndose conocedor del carácter español, trataba de hallar la fórmula de rendirlos y avasallarlos. Empezó por agruparlos en las brigadas de trabajo al mando de los prisioneros de la peor calaña, seleccionados entre matones y delincuentes comunes. Al mismo tiempo, formó cuadros de delatores, entre los presos más depauperados moralmente o más deseosos de hacer méritos, a los que aleccionó para que sonsacaran a sus compañeros. Pronto, Camacho empezó a actuar como dueño y señor del campo, pues no en vano había sido enviado a Borovichi a petición de los comisarios políticos, que no sabían cómo frenar el proselitismo de Mendoza, y contaba con el pleno apoyo de los mandos soviéticos. Ordenó que a los españoles se les despertara a correazos; y los obligaba a mantenerse en el tajo por espacio de unas doce horas por jornada, imponiéndoles una «norma» superior a la que regía para el resto de prisioneros y recomendando a los guardianes el uso del látigo sobre los que se distrajesen o dejaran por un momento de trabajar. Con el pretexto de su bajo rendimiento, consiguió que a los españoles les fueran acortadas sus raciones de sopa y que se les suprimiese el suplemento del pan, con el que beneficiaba a los desertores, que llegaron incluso a comerciar con él. Incurría en arbitrariedades tan clamorosas como ordenar registros confiscatorios en el barracón de los españoles que no eran sino despiadadas razias en las que los despojaban de sus míseras posesiones, sin otro valor que el puramente sentimental; y, de vez en cuando, organizaba caprichosos arrestos, sin que las víctimas hubiesen incurrido en falta alguna, por dar satisfacción a su odio. Tales penalidades las acompañaba con las anunciadas clases de iniciación en el catecismo comunista, que poco a poco fueron contando con más adeptos (a la fuerza ahorcan), y con la lectura comentada de los periódicos *Pravda* e *Izvestia*, que diariamente narraban, en crónicas encendidas de soflamas, las derrotas de los nazis en todos los frentes y el bombardeo incansable de las ciudades alemanas. Así fue pasando aquel invierno, menos crudo que los anteriores, pero también más aniquilador de las agónicas esperanzas de los españoles, que todavía Mendoza se esforzaba en aglutinar.

Con la primavera, desdentada y lúgubre como una caravana de leprosos, llegó la capitulación de Alemania. Durante los meses anteriores, aún se habían atrevido a desear que el tono triunfalista de los periódicos bolcheviques fuese mendaz o exagerado; pero la noticia rompió en los prisioneros españoles la última fibra de



resistencia, sumiéndolos en el más aplastante decaimiento moral. Aquel día se declaró festivo en Borovichi, como en todos los campos de trabajo soviéticos: los guardianes se entregaron a las más frenéticas francachelas; y los presos captados por el comunismo organizaron, como perrillos en busca de amo, una manifestación dentro del campo y prorrumpieron en vítores a Stalin y a la dictadura del proletariado, olvidando que unos pocos meses antes habían servido voluntariamente en el ejército que ahora se rendía. Al anochecer, el jolgorio se hizo más bronco y violento, con partidas de prisioneros borrachos que irrumpían en los barracones donde permanecían, embalsamados en un silencio de tumba, quienes se habían negado a celebrar la derrota alemana, y se enzarzaban con ellos en agrias trifulcas en las que no tardaban en relumbrar las navajas y en derramarse la sangre. Ninguna de estas partidas descontroladas se atrevió, sin embargo, a penetrar en el barracón donde Mendoza se había refugiado con sus fieles, diseñando la estrategia que a partir de entonces habrían de desarrollar, para aplacar la ira de los conversos y la prepotencia de los carceleros. El derrumbamiento de los guripas era ya casi completo; y más que en salvar el pellejo, pensaban con presentido horror en el destino incierto de sus familias, si en su avance los rusos llegaran hasta España. A eso de la medianoche, alguien abrió de una patada la puerta del barracón; a lo lejos, el cielo se incendiaba de fuegos de artificio que se desgranaban en su negrura, tratando de emular a las estrellas, para caer después, como una lluvia de lágrimas.

—¿Es que no vais a sumaros a la fiesta? —dijo Camacho, con voz beoda.

La luz fluctuante y tísica de la lámpara de petróleo que portaba en la mano exageraba sus andares arenosos y sus traspies, proyectando sombras góticas que penduleaban sobre las paredes.

—No hay ninguna fiesta que celebrar —respondió lacónico Mendoza.

Camacho rió con voz de estopa. La mano que la lámpara le dejaba libre se aferraba a una botella de vodka de la que bebía, amorrándose al gollete; luego, en un ademán magnánimo, se la ofrecía, pingosa de babas, a los guripas silenciosos.

—Tienes razón, Mendoza. Para ti no hay fiestas. Sólo te queda la vergüenza de la derrota. —Le costaba enhebrar las frases, que salían de su boca como ladridos—. Lo mismo que a tus secuaces. —Giró sobre sí mismo, a riesgo de perder el equilibrio y estamparse contra el suelo—. Lo mismo que a Franco. ¿O es que pensáis que a ese militar villano le queda mucho tiempo?

Se tambaleaba, completamente curda, como un boxeador sonado en combate con su propia sombra.

—Tal vez más que a ti —murmuró Mendoza.

—¿Cómo has dicho, cabrón? —bramó Camacho, dirigiéndose hacia su opositor, al que por un momento pareció que fuese a agredir con la lámpara—. En España los obreros están en huelga, el maquis se está haciendo con el poder, pronto volverá la república...

—Permíteme que lo dude.

Mendoza se mantenía impertérrito ante el aliento étlico de Camacho, que al hablar lo rociaba con sucesivas andanadas de saliva:

—Franco está aislado. —Se volvió hacia los guripas—. ¿Me habéis oído? Completamente aislado. En unos pocos días quedará instaurada la Tercera República, con Dolores Ibárruri de presidenta del Gobierno.

La mención a la Pasionaria logró quebrar la tensión y los recelos que sus anteriores palabras habían sembrado entre los prisioneros españoles.

—Coño, Camacho, os podíais haber esforzado en encontrar una tía menos fea. ¡Menudo panorama nos pintas! Con la Pasionaria al frente del Gobierno, no se nos va a levantar ni con poleas.

El comentario jocosos de Mendoza provocó un breve acceso de hilaridad entre los guripas. Camacho enseñó los dientes, que las caries no habían perdonado en aquellos años; hasta la pieza de oro que cubría el hueco de un incisivo parecía corroída.

—¡Reíos! ¡Reíos como imbéciles, que mañana lloraréis! Cuando la Pasionaria gobierne, a mí me nombrarán gobernador civil. Y me reiré yo entonces, acordándome de los traidores que se quedaron aquí, trabajando como esclavos. ¡Eso sí que será una juerga cojonuda!

—Cojonudísima, Camacho. No olvide corrérsela con alguna hembra de postín. A ser posible, la misma Pasionaria.

Volvieron a solazarse los divisionarios; y esta vez Camacho se sumó a las risas, como si paladease ya el placer de la venganza. Mientras retrocedía hacia la puerta, otra vez tambaleante, amenazó a Mendoza:

—Pero tú no vivirás para entonces. Te lo juro por mis muertos. Antes de marcharme, habremos hecho fosfato con tus huesos.

El barracón se quedó otra vez en silencio, como si el eco de aquel juramento lo hubiese teñido con el aroma de un velatorio anticipado. Mendoza sabía bien que las risas aparentemente animosas que los divisionarios habían dejado escapar no eran sino alivios pasajeros a su desolación. Les habló con franqueza:

—En España no habrá ningún gobierno comunista, estad tranquilos, y menos con el cardo borriquero de la Pasionaria. Los americanos y los ingleses no son tontos, y saben que en Franco encontrarán un aliado mucho más fiable que en un gobierno satélite de Stalin. No os preocupéis por vuestras familias, que están a salvo. —El tono resuelto que había adoptado hasta entonces se agrietó—: Lo que debe preocuparnos son las calamidades de nuestro cautiverio. Precisamente porque Franco no va a caer, estos miserables van a descargar su impotencia sobre nosotros de forma implacable. No puedo pedir os que os comportéis como mártires; sólo os pido que no os comportéis como mujerzuelas. Si el cautiverio os resulta duro, recordad a los compañeros que cayeron en el frente. Si por haber perdido la guerra sentís que os flaquea la entereza, pensad que no habéis perdido el honor. Si los rusos intentan sembrar la cizaña entre vosotros, recordad que fuisteis hermanos en las trincheras. Que nadie pierda la calma ni la cabeza.

Los divisionarios comulgaban su arenga con un gesto mohíno, agradeciéndole sin embargo que no los enardeciera con esperanzas vanas. Antonio tomó la palabra:

—A los españoles no nos liberarán nunca. —Recordaba con precisión lo que Nina le había augurado, allá en la isla de Tolbos—. ¿No deberíamos intentar una fuga?

Se extendió un barullo de pareceres encontrados. Mendoza lo miró con dureza:

—Sólo en situación desesperada aconsejaría yo una fuga —dijo, consciente quizá de que esa situación era inminente—. Entretanto, repito, calma. Nos aguardan muchas angustias y miserias, pero sobrellevadas con paciencia resultarán menos insoportables. Y no olvidéis que desde España no cejarán en sus gestiones por conseguir nuestro rescate. Apuesto lo que queráis a que Franco ya trabaja en camelar a los aliados.

Tal vez trabajara, pero desde luego con la misma calma y paciencia que Mendoza reclamaba a los prisioneros. En unos pocos meses, en el campo ya se rumoreaba que las liberaciones comenzarían a sucederse en breve; y, como signo halagüeño, se permitió que alemanes, italianos, húngaros y rumanos escribieran a sus familiares más allegados, que así supieron que permanecían con vida; sólo a los españoles se les privó de este derecho. Camacho, entretanto, había logrado captar, por temor a las represalias, a un grupo de divisionarios ingenuos, analfabetos o fácilmente impresionables que, aunque no tenían mala entraña, se afanaban por congraciarse con él, no fuera a convertirse, como había anunciado en un alarde fatuo de inspiración alcohólica, en gobernador civil de un gobierno presidido por la Pasionaria. Juntos formaron un llamado «Grupo Artístico Español», que por las noches representaba farsas teatrales, repescadas del repertorio de alguna de las compañías que recorrían el frente republicano durante la Guerra Civil, protagonizadas por capitalistas sacamantecas y obispos inquisitoriales en proterva alianza por la opresión del proletariado y la desfloración de tiernas doncellas. Las representaciones, demasiado burdas y esquemáticas, cosecharon al principio cierto éxito de público, por aquello de la novedad. Pero pronto su auditorio fue mermando; y mucho más cuando Mendoza resolvió hacerles la competencia con lo que él llamaba sesiones de «cine hablado», en las que, a imitación de Consuelito, aquella sobrina suya de siete años, narraba con todo lujo de detalles el argumento de películas famosas, muchas de las cuales ni siquiera habría visto.

Pero allá donde fallaba la memoria, Mendoza convocaba la imaginación. Y el silencio penumbroso del barracón se llenaba de mundos quiméricos que resplandecían como el oro de las mitologías; praderas sin ley donde trababan épicos combates las naciones indias y el séptimo de caballería; ardientes desiertos que se tragaban entre sus dunas a los aventureros más intrépidos para conducirlos, por secretos pasadizos, a la ciudad sepultada de la Atlántida; brumosos ambientes portuarios donde los cabecillas de sendas bandas gangsteriles se disputaban los favores de una muchacha de apariencia frágil que acababa revelándose insaciable vampiresa; lóbregos castillos de Transilvania, habitados por un conde maléfico que se

alimentaba con la sangre de sus desprevenidos huéspedes; bosques pululantes de bandidos generosos que combatían a reyes usurpadores y repartían su botín entre los pobres. Y espadachines gráciles como cisnes, y faraonas que se bañaban en leche de burra, y vagabundos con el hatillo al hombro que cimbreaban su bastón de caña, y cabareteras que se arrancaban los zapatos de tacón para seguir el paso marcial de una patrulla de legionarios, y amantes trágicas que se arrojaban a la vía del tren, y felones que con sus maquinaciones aspiraban a gobernar el mundo, y mujeres aguerridas que invocaban o increpaban a Dios, mientras juraban que no volverían a pasar hambre, se concitaban en aquellas reuniones, como en un conjuro, convocados por la voz de Mendoza, que cambiaba su inflexión en un constante ejercicio de camaleonismo, y se hacía retumbante o susurrada, ingenua u ominosa, ronca o chillona, lacerada o soberbia, según le conviniera a cada personaje. Y así lograba mantener suspenso a su auditorio, en un ejercicio de prestidigitación siempre novedoso, siempre renovado. Aquellas sesiones de «cine hablado» fueron cobrando fama incluso entre los prisioneros de otras nacionalidades; y hasta los miembros del grupo de teatro fundado por Camacho empezaron a frecuentarlas, después de quedarse sin público.

—Y mañana, si Dios quiere, contaremos otra película —concluía siempre Mendoza, que se quedaba casi sin saliva al final de cada sesión.

Los prisioneros lo recompensaban con un aplauso apretado, mientras se borraban del rostro alguna furtiva lágrima si había tocado dramón, o prolongaban la última risotada, si había tocado comedia de enredo. Una noche, cuando los aplausos ya se extinguían y los prisioneros se disponían a regresar a sus barracones, irrumpió en la reunión Camacho, exhortándolos a permanecer sentados por unos minutos. Lo acompañaban media docena de guardianes.

—¡Bravo, Mendoza! Veo que sabe cómo mantener encandilada a la tropa —comenzó—. Pero lo que ahora vengo a contarles sin duda les interesará todavía más que sus dotes declamatorias.

—Adelante, Camacho, somos todo oídos —concedió Mendoza, socarrón.

Camacho asintió, muy sibilinamente complacido. Enarboló un rimerero de papeles con membrete oficial:

—Estáis de enhorabuena, amigos. Vuestros padecimientos han acabado.

Se demoró contemplando con sádico regodeo las reacciones que su anuncio había causado entre los reunidos: incredulidad y pasmo, pero también una floración de tímida, insensata esperanza. Alguien se atrevió a preguntar:

—¿Nos devuelven por fin a casa?

Y a esa pregunta se sucedió una trepidación de alborozo. Los más ilusos ya se abrazaban entre sí; y hubo quienes lloraron, descargando la tensión acumulada durante años. Camacho pidió calma con un ademán que se pretendía benevolente. Saboreaba las palabras como si fuesen caramelos:

—Mucho mejor que eso. El camarada Lavrenti Beria, al frente del Ministerio del Interior, antiguo Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, nos ha enviado esta

circular. —Agitó de nuevo los papeles, como un buldero que pregona su mercancía averiada—. En ella, se ofrece la libertad a todos los prisioneros que renuncien voluntariamente a su nacionalidad y soliciten fijar su residencia en territorio soviético. No tenéis más que firmar esta solicitud y, en el plazo de quince días, seréis hombres libres.

Repartió entre los prisioneros un formulario de letra apretada, en alfabeto cirílico. El alborozo inicial se había tornado desconcierto y suspicacia; pero Camacho sabía que su ofrecimiento se dirigía a hombres golpeados por la adversidad, en quienes ya sólo sobrevivía un instinto egoísta de supervivencia. Al tomar uno de aquellos formularios, Antonio buscó con la mirada a Mendoza, en demanda de orientación y consejo. Pero Mendoza permanecía meditabundo, con la vista clavada en el suelo.

—Algunos de vuestros camaradas ya han firmado la solicitud y se hallan a la espera de una respuesta positiva —prosiguió Camacho—. Seguid su ejemplo y comprobaréis que la Unión Soviética es una madre que sabe perdonar.

Se refería a algunos miembros del «Grupo Artístico Español», que lo acompañaban en aquella ocasión, abochornados y mohínos. Eran, en su mayoría, muchachos que se habían alistado en la División Azul por razones no muy distintas a las que empujaron a Antonio, atónitos palurdos que habían soñado que la soldada pagada en marcos los salvaría de la miseria, milicianos anarquistas que así creyeron lavar sus pecados de juventud, perillanes sin oficio ni beneficio, o peritos en las mañas de Caco.

—Ellos os podrán informar mejor que yo sobre las ventajas de este generoso ofrecimiento —dijo Camacho, después de repartir las solicitudes—. A ver, Faustino, tú mismo, diles a tus camaradas si has sufrido algún tipo de coacción.

El interpelado, Faustino Vidal, era un mozo de campo, apocado e imberbe, que en las representaciones teatrales antifascistas siempre hacía el papel de damisela asediada por obispos rijosos y capitalistas depredadores. Tenía los ojos sin pestañas, pues como consecuencia del cautiverio había desarrollado la manía compulsiva de arrancárselas, y el labio inferior abultado como un belfo, lo que daba cierto aire de cretinismo a su expresión. Llevaba la lección medianamente aprendida:

—Nadie nos ha obligado, compañeros. —Hablaba como un somormujo, en un tono carente de convicción, vergonzante y desganado—. Hemos combatido engañados, al servicio del fascismo y, arrepentidos, deseamos devolver, convertido en bien, todo el mal que hemos hecho a la Unión Soviética. Stalin será para nosotros como un padre: nos devolverá la libertad y el honor, y podremos trabajar juntos en la construcción de un verdadero paraíso para los obreros...

—Muy bien, Faustino —dijo Camacho, displicente—. Por tu boca ha hablado el sentido común. Espero que tus camaradas no se dejen embaucar por pajarracos de mal agüero y sigan tu ejemplo.

Vidal, después de repetir como un papagayo lo que le habían obligado a aprenderse, retrocedió un par de pasos, encogido en su propio bochorno. Se hizo un

silencio apelmazado y pesaroso. Todas las miradas confluían en Mendoza, de quien se esperaba algún tipo de contestación; pero la sesión de «cine hablado» parecía haberlo dejado vacío de razones. Camacho lo azuzó:

—Quiero advertir, sin embargo, que cualquier actividad proselitista en contra de esta circular del camarada Beria será muy severamente juzgada como intento de sedición y desacato a una autoridad máxima del Politburó. Hasta ahora he condescendido con vuestros desplantes y he hecho la vista gorda ante vuestras infracciones; pero se acabaron las contemplaciones. ¿Lo has entendido, Mendoza?

Si hasta entonces había temporizado no era, desde luego, por benevolencia, sino más bien porque, ante los mandos del campo, seguía siendo visto con suspicacias, como un zascandil que, después de traicionar su bandera, trataba de disfrazar de rigor disciplinario la inquina hacia quienes diariamente le recordaban su traición. Pero ahora, por fin, disponía de la coartada perfecta para desquitarse por las humillaciones sufridas.

—Perfectamente, Camacho —respondió al fin Mendoza—. No habrá actividades proselitistas. Pero en esta solicitud se especifica claramente que los peticionarios renuncian a todos los efectos a la repatriación. Quienes firmen ese papelajo jamás podrán volver a España.

Camacho sonrió, borracho de felicidad:

—No esperaba menos de ti, Mendoza. Informaré de tu actitud al tribunal del campo. Se te va a caer el poco pelo que te queda.

Un irresistible deseo de compartir el destino de Mendoza se apoderó entonces de Antonio. No lo hizo tanto por arrojo como por la necesidad de demostrarse a sí mismo que, entre los escombros del hombre que había sido, reducido a la condición de guiñapo, aún sobrevivía un ápice de dignidad. Necesitaba vindicarse ante Mendoza, aunque fuese a costa de inmolarsse:

—¡El alférez tiene razón! Si firmáis no volveréis a ver nunca a vuestras novias, a vuestros padres y hermanos. Nunca jamás.

Entre los divisionarios más vacilantes cundía el desánimo. Camacho aplaudía, muy gratamente sorprendido de poder matar dos pájaros de un solo tiro:

—Estarás orgulloso de tu gemelo, Mendoza. El pobre imbécil quiere acompañarte hasta el mismísimo infierno.

Pero los desdenes de Camacho no hacían sino enardecerlo. Los guardianes corrieron a prender a los dos díscolos, obedeciendo el gesto imperativo del desertor. Pugnando por zafarse, poseído por una fiebre expiatoria, Antonio todavía gritó, mientras los arrastraban fuera del barracón:

—¡Acordaos de vuestras madres! Habéis peleado como jabatos en las trincheras. ¡No os dejéis ahora convencer por este traidor!

Un culatazo en la sien lo enmudeció.

La denuncia de Camacho fue tramitada ante el remedeo de tribunal que dirimía las cuestiones disciplinarias en Borovichi. Los condenaron retóricamente a veinticinco años de arresto en campos de trabajo; y, en un ejercicio de magnífica ironía, los destinaron a una mina próxima al campo, que los prisioneros sólo conocían de oídas, y a la que se referían, con miedo reverencial o presentido horror, como el Sumidero del Diablo. Se trataba, en realidad, de una mina de exterminio, sin rentabilidad alguna, que se mantenía abierta con el exclusivo propósito de arrojar a sus fauces a los criminales más odiosos o reincidentes y a los últimos supervivientes de la Gran Purga realizada por Stalin antes de la guerra. Gentes, en fin, que el régimen soviético había decidido aniquilar; pero para quienes la mera muerte por ejecución se consideraba una pena en exceso benigna. No se sabía de nadie que hubiese sobrevivido a su paso por el Sumidero del Diablo; y se contaba que quienes daban con sus huesos en aquel lugar de repeluzno no se mantenían con vida más allá de cuatro o cinco meses: algunos morían extenuados por el esfuerzo, o ahogados en sus galerías inundadas de agua; otros, cuando ya eran del todo inservibles para el trabajo, eran rematados por los propios guardianes en el interior de la mina, que así se iba convirtiendo en catacumba improvisada; y no faltaban quienes, antes de soportar los ultrajes y abusos que poco a poco gastaban sus energías, se suicidaban.

En el Sumidero del Diablo apenas trabajaban en turnos alternos dos brigadas compuestas cada una por veinte prisioneros, a los que se reclamaba una «norma» que casi nunca alcanzaban, lo que provocaba las represalias sin cuento de los guardianes, seleccionados entre los más desaprensivos y malencarados del campo. Al pozo principal de la mina se descendía por una angosta escalera de madera adosada a la pared, de travesaños podridos que en sus primeros tramos se cubrían en invierno de una espesa capa de hielo; más abajo, el hielo desaparecía y los travesaños se tornaban todavía más inseguros y deslizantes, tapizados por el mismo verdín viscoso que cubría las paredes de piedra, por las que descendían constantes regueros de agua que se convertían en cascadas en el tramo final, antes de llegar a las galerías subterráneas, muchas de ellas anegadas hasta la altura de las rodillas. Descendían aquella escalera alumbrados por un candil de petróleo que raras veces llegaba encendido al fondo del pozo; como los presos necesitaban aferrarse con ambas manos a la escalera (bajaban gateando y de espaldas), para evitar los resbalones, colgaban la lámpara del cinto;

pero tales precauciones no impedían que, de vez en cuando, con los vaivenes del descenso, el candil cayera, yendo a estrellarse sobre las cabezas de quienes los precedían. Más de uno se precipitó al fondo de la madriguera, a consecuencia del golpe, muriendo allí descalabrado; o tal vez, aprovechando la excusa del golpe, más de uno se tirase, por abreviar su infortunio.

Cuando por fin alcanzaban el suelo de la mina, chorreantes de agua, se distribuían picos, palas y martillos compresores, bajo el escrutinio atento de los guardianes, que una vez completado el reparto ascendían otra vez a la superficie, donde aguardaban su regreso, al final del turno. Comenzaba entonces el auténtico suplicio: en el interior del Sumidero del Diablo se respiraba un aire de insana y pegajosa humedad que, mezclado con el hedor de la cadaverina, por momentos provocaba la asfixia; y las galerías se ramificaban en un dédalo indescifrable, desembocando todas en la principal, por donde discurrían las vagonetas cargadas de carbón hasta los ascensores. Muchas de aquellas galerías eran tan bajas que obligaban a los prisioneros a trabajar en las posturas más inverosímiles, pero nunca de pie; y con frecuencia las inundaban grandes trombas de agua contra las que no podían precaverse, pues las bombas de achique que un día hubo en la mina habían dejado de funcionar. Arrastrados por aquellas trombas vieron Antonio y Mendoza morir a muchos hombres; y los que no llegaban a ahogarse pero salían, de resultas del choque contra las paredes de la galería, con algún hueso quebrado que les impedía proseguir en el tajo, eran de inmediato ametrallados por un guardián. A veces tardaban varios días en retirar los cadáveres, para que sirvieran de escarmiento a los otros prisioneros; pero más bien les servían como ejemplo a imitar.

—¿Cuánto crees que aguantaremos en estas condiciones, Gabi? —preguntó Antonio, desde el fondo de una galería.

Los martillos compresores, al perforar la veta del carbón, hacían retumbar las paredes de la mina. De vez en cuando, se oía el chasquido de los entibados de madera, resquebrajándose bajo el peso de la tierra.

—No más que cualquiera de estos desgraciados. Lo único que lamento es no haberte impedido que hablaras aquella noche. Con que yo hubiese pasado este mal trago hubiese sido suficiente.

Antonio se había tumbado en la galería, y con una pala de mango cortísimo llenaba un cajón de madera atado con una cuerda de la que Mendoza tiraba, para vaciarlo en la vagoneta que esperaba turno en el ascensor.

—Me dijiste que tenía que ayudarte en Borovichi, que ése tenía que ser mi acicate, ¿lo recuerdas? Lo hice con mucho gusto.

Mendoza, en efecto, lo recordaba; y le acongojaba que Antonio se hubiese tomado sus palabras tan al pie de la letra:

—Una cosa es ayudarme y otra ocupar mi sitio, amigo.

—Para mí es un orgullo morir a tu lado.

Quizá la afirmación sonase en exceso grandilocuente, pero era sincera, tal vez



porque ante la muerte la sinceridad y la grandilocuencia caminan juntas sin rebozo, tomadas de la mano.

—Antes de morir vamos a intentarlo, Antonio —dijo Mendoza, mientras vaciaba el carbón en la vagoneta.

—¿El qué?

Antonio se había arrastrado hasta la embocadura de la galería. Emboscados ambos detrás de una barba sin retajar, con el rostro cubierto por el barrillo que formaban el tizne del carbón y la humedad, parecían más gemelos que nunca. Dos gemelos idénticos, zarrapastrosos y al borde de la consunción.

—Escapar. No quiero morir ahogado en esta ratonera, ni me pienso suicidar. Y para que me maten de un tiro prefiero intentarlo. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto, amigo —se apresuró a responder Antonio, con exaltación también sincera—. Juntos hasta la muerte.

Huir de un campo de trabajo era, desde luego, una idea descabellada, máxime si no se contaba con el apoyo de alguien que, desde el exterior, les consiguiera la documentación necesaria para abandonar el país o les proporcionase escondrijo; pero el deseo de acabar con aquella existencia inhumana que los condenaría en breves semanas a la aniquilación era capaz de concebir las ideas más descabelladas. Cuando cumplían con la «norma» establecida, que con frecuencia era varias horas más tarde de que hubiese concluido su turno, Mendoza y Antonio eran conducidos a punta de bayoneta hasta un barracón en medio del páramo, muy alejado del campo de Borovichi, donde languidecían los prisioneros destinados al Sumidero del Diablo. No les permitían cambiarse las ropas empapadas, que en el trayecto hasta el barracón se congelaban hasta convertirse en una suerte de armadura gélida que luego ponían a secar, ateridos e inflamados de sabañones, en un tendedero que los prisioneros habían improvisado en el barracón, aprovechando el magro calor que desprendían las lámparas de petróleo.

—Huiremos en dirección norte, hacia los pantanos. —De repente, Antonio se dio cuenta de que Mendoza llevaba varios días planeando la fuga—. En cuanto adviertan que hemos escapado, mandarán a los guardianes a la estación de Borovichi y vigilarán la línea del ferrocarril durante días. Tenemos que lograr sobrevivir durante un par de semanas en el bosque que hay más allá de los pantanos, caminando siempre hacia el norte. Para entonces ya habrán relajado los controles y podremos subirnos a cualquier tren de mercancías.

Hablaba en un susurro apagado y monótono, como si estuviese rezando una oración archisabida, mientras los demás prisioneros se entregaban al sopor.

—¿Rumbo adónde?

—A Leningrado. Bajaremos del tren antes de llegar a la capital y trataremos de alcanzar la frontera con Finlandia.

Las ropas o harapos, tendidos en el barracón a la luz de los quinqués, semejaban un corro de fantasmas exorcizando el invierno. Antonio objetó:

—Pero nos echarán los perros, para que nos sigan el rastro...

—Elegiremos una noche lluviosa y verás cómo los perros se lían. Y antes de marchar a la mina, cambiaremos las mantas de nuestras literas por las de cualquiera de estos infelices. Cuando se las den para olfatearlas, los perros no se moverán del sitio. Al final, tendrán que desplegar a los guardianes al azar, por los cuatro puntos cardinales. Cuanto más se dividan, más posibilidades tenemos de que no nos encuentren.

Había trazado el plan atendiendo a las minucias más nimias, como el cartógrafo que aspira a registrar en su mapa hasta los accidentes del terreno que pasan inadvertidos al ojo más atento. Pero era la cartografía de una región utópica.

—Acabarán avisando a la policía de Beria. Vendrán en nuestra búsqueda con coches y hasta con aviones, si hace falta —insistió Antonio.

—Sí, pero no lo harán en las primeras dos semanas. Saben perfectamente que si Beria toma cartas en el asunto rodarán cabezas a mansalva. Durante quince días tratarán de esconder el fallo como sea; sólo cuando no les quede otro remedio lo reconocerán.

Y siguió desmenuzando las circunstancias de la fuga con una suerte de desapasionada exactitud, como si explicase el funcionamiento de una máquina. Ambos sabían que una cosa era la exposición teórica del plan y otra muy distinta llevarlo a cabo; ambos sabían que sus posibilidades de éxito eran muy improbables y escasas: pero no querían morir en aquella madriguera irrespirable, como seguían haciéndolo, con rutinaria fatalidad, los otros prisioneros, por desprendimientos o inundaciones de la mina, extenuados por el trabajo o banalmente ametrallados por los guardianes. Hacia el final del invierno, en la época del deshielo, por fin se dieron las circunstancias que permitían la fuga: llovía torrencialmente, como si el cielo hubiese decidido renovar la condena del diluvio, y los incorporaron al segundo turno, que abarcaba desde el mediodía hasta la noche cerrada. Antes de abandonar el barracón, lograron dar a hurtadillas el cambiazo de las mantas. Llevaban por todo pertrecho una bolsa impermeable que Antonio se colgó al cuello, en cuyo interior depositaron una docena de cajas de cerillas y un par de rudimentarios cuchillos, hechos con sendas brocas melladas de los martillos compresores. Premeditadamente, incumplieron las exigencias de la «norma»; y cuando salieron a la superficie, en compañía de los otros presos, los guardianes los devolvieron a la mina, entre patadas e improperios, dejando a cargo de su vigilancia a un único soldado, mientras los demás regresaban despreocupadamente al barracón, custodiando al resto de la brigada. Durante casi una hora, fingieron emplearse con denuedo en una veta de carbón; la lluvia había alimentado las filtraciones de las paredes, y sobre el suelo cenagoso se alzaba un nivel de agua de casi medio metro que apenas les permitía avanzar por las galerías.

—Es el momento, Antonio. Que Dios reparta suerte.

—Descuida, no me temblará el pulso —dijo, empuñando la pala.

Pero mentía: el pulso le temblaba, y el miedo lo penetraba hasta el tuétano de los

huesos, que sentía como de mantequilla. Mendoza se recostó sobre la vagoneta, fingiendo una lesión, y lanzó un grito desgarrado cuyo eco ascendió hasta la superficie por el hueco del ascensor. El guardián que había quedado a cargo de su vigilancia se asomó, allá en lo alto, intrigado.

—¡Ha habido un desprendimiento en una de las galerías interiores! —mintió Antonio—. ¡Mi compañero está herido!

Y para que la añagaza resultara más verosímil, Mendoza seguía berreando y lanzando improperios. El soldado primero rezongó y maldijo, dubitativo; pero como los lamentos de Mendoza proseguían, se decidió al fin a bajar al interior de la mina, con el naranjero presto para dispensar su extremaunción de plomo. Antonio se acercó al pie de la escalera para recibirlo; era un soldado desgarbado y bisoño, de facciones campesinas, que tal vez ni siquiera hubiese participado en las campañas contra los alemanes. Con una suerte de consternada piedad, Antonio observó que el capote le quedaba muy grande, como si lo hubiese heredado de otro soldado mucho más corpulento que él.

—¡Por aquí! Yo le acompaño.

Al soldado le repelía adentrarse en aquella agua cenagosa que cubría hasta más arriba de la rodilla, pero finalmente se decidió, azuzado por un impulso que Antonio nunca supo si era de naturaleza samaritana u homicida, cuando Mendoza profirió otro grito en el que parecía que se le iba el alma. El soldado avanzó con el naranjero en alto hacia el lugar donde Mendoza se había refugiado, mientras los faldones de su capote se abrían en el agua, como sostenidos por un polisón. Antonio se quedó rezagado y enarboló la pala, descargando un fuerte golpe con su filo en el cráneo del soldado, que cayó como un pesado fardo. Antes de que pudiera reanimarse, Mendoza se abalanzó sobre él y sus manos se aferraron como tenazas a su cuello; mientras lo estrangulaba, el soldado ruso apenas opuso resistencia, tan sólo lo miraba con ojos desconcertados, ojos de espanto o de martirio que Mendoza cegó sumergiéndolo en el agua cenagosa. A la desesperada, el soldado agitó entonces brazos y piernas, pero Mendoza no cejó en su tenaza, hasta que cesaron las convulsiones. Un rosario de burbujas en las que viajaba su último estertor certificó su muerte. Mendoza apartó las manos del cuello del cadáver, como si el contacto de su piel lo abrasara. Tal vez hubiese matado a decenas de hombres en el frente, pero esa mortandad aleatoria palidecía comparada con el asesinato manual, artesanal, de un hombre al que se priva del resuello. Se santiguó.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo, a modo de responso apresurado. Y enseguida—: Y de la nuestra.

No cruzaron más palabras. Treparon a la carrera la escalera convertida en una cascada de agua, gateando sobre sus peldaños, y salieron a la vasta noche, restallante de truenos que sonaban como escopetazos disparados por las legiones caídas. Emprendieron veloz carrera bajo la lluvia sin tregua que había convertido el páramo en un barrizal, siempre hacia el norte (o hacia lo que Mendoza intuía que era el norte,

pues la estrella polar no brillaba en el cielo), hasta alcanzar la corriente de un río cuyo cauce siguieron durante un par de kilómetros, para entorpecer todavía más el rastreo de los perros, antes de reanudar otra vez la carrera hacia el norte, a través de un terreno pantanoso en el que en ocasiones se hundían hasta la cintura. Después de chapotear durante horas en aquel movedizo limo, rotos por el cansancio, alcanzaron un bosque frondoso en el que pudieron guarecerse de la lluvia y recolectar un poco de leña seca. Encendieron una modesta hoguera, aprovechando un pequeño calvero rodeado de arbustos cuyas ramas se entrelazaban, formando una especie de bóveda natural que actuaba como parapeto frente al escrutinio exterior. Allí secaron sus ropas empapadas, mientras la lluvia empezaba a remitir.

—¿Cuántas horas habrán transcurrido desde que abandonamos el Sumidero del Diablo? —preguntó Antonio, que había extraviado por completo el sentido de la orientación y la noción del tiempo.

—Seis, tal vez siete horas. Pronto empezará a clarear.

A medida que la lluvia aplacaba su tamborileo sobre la bóveda vegetal, asomaban entre la fronda algunas estrellas tímidas, parpadeando a lo lejos como lámparas que se quedan sin aceite.

—¿Crees que ya habrán empezado la búsqueda?

—Ni lo dudes —respondió Mendoza, que hablaba con una rara tranquilidad, como si esa búsqueda no le incumbiese—. Ya habrán enviado un destacamento a la estación de Borovichi y apostado vigilantes en todos los caminos y carreteras. Pero eso no debe preocuparnos.

Lo exasperaba aquella actitud flemática o evasiva de Mendoza.

—Entonces, ¿de qué debemos preocuparnos?

—De caminar hacia el norte, siempre hacia el norte, y de conseguir que nadie nos vea, rehuyendo en la medida de lo posible las aldeas y lugares poblados. Habrán difundido la noticia de nuestra fuga en varios centenares de kilómetros a la redonda, prometiendo recompensas a quienes procuren alguna información y recordando que prestar ayuda a un evadido está castigado con la muerte.

A Antonio se le agolpaban las preguntas en turbamulta. ¿Cómo se procurarían alimento, si les estaba vedado aproximarse a las aldeas? ¿Qué distancia habrían interpuesto entre ellos y sus perseguidores? ¿Qué número y clase de fuerzas habrían destinado para darles caza? ¿Habrían conseguido que los perros identificaran su rastro? Si finalmente los prendían, ¿los fusilarían allí mismo, dejando su carroña para los cuervos, o los devolverían al campo, para arrancarles públicamente la piel a tiras antes de darles el tiro de gracia? Pero entendió que tal vez estuviesen agotando sus últimas horas de vida; y que emplearlas en vanas inquisiciones no merecía la pena. La voz de Mendoza sonó pesarosa, como herida por el relente:

—¿Qué será ahora de nuestros camaradas?

—Tratarán de conseguir que firmen esas solicitudes de nacionalidad rusa, renunciando a la repatriación —dijo Antonio con crudeza—. Imagino que, entretanto,

los dispersarán por diversos campos, para impedir la influencia de los oficiales.

Mendoza suspiró lastimeramente (su suspiro era más bien un vagido), como si un alud de remordimientos se le viniese encima, en la hora de la recapitulación:

—Muchas veces me ha asaltado la misma duda. ¿Han tenido algún sentido todos los esfuerzos por mantenerlos unidos? ¿No hubiese sido mejor ceder ante las presiones? ¿No se habrían ahorrado así muchos sinsabores?

—Ceder no habría servido de nada, Gabi, tú mismo lo has dicho cientos de veces. —Antonio se sentía extraño invocando su autoridad, que ahora parecía resquebrajarse—. ¿Qué habríamos conseguido? Un mendrugo de pan, una muda limpia, algún coscorrón menos... a cambio de vivir humillados. Al menos, de esta manera, cuando regresen a España, podrán presumir ante sus familias de no haber agachado jamás la cabeza. Y te lo deberán a ti.

Mendoza desdeñó el halago:

—Si es que regresan...

—Regresarán, Gabi. Y nosotros también.

El desfallecimiento de Mendoza lo ofendía como al neófito ofende descubrir que su iniciador ha perdido la fe. Escuchó su voz, presagiosa y a la vez apremiante:

—Si ocurriera que yo muero y tú lograras escapar, te pido que vayas a ver a Amparo. Júrame que lo harás.

—Te lo juro, Gabi, por supuesto. Pero...

—Dile que no pasó un solo día sin que pensara en ella. Dile que cuando soportaba hambrunas y penalidades era porque su recuerdo me inspiraba el valor para hacerlo. Dile que hubiese querido envejecer a su lado y tener con ella un montón de hijos...

Ahora su voz no era presagiosa ni apremiante, sino alucinada y febril. En otras circunstancias, aquellas peticiones habrían sonado como paparruchas sentimentales: a Amparo muy probablemente le habrían comunicado que su novio había muerto en Krasny Bor; y Amparo, después de guardarle luto durante años, ya estaría envejeciendo al lado de otro hombre que le habría dado los hijos que Mendoza no había podido darle. Pero, ante la inminencia de la muerte, la grandilocuencia camina sin rebozo al lado de la sinceridad, tomadas ambas de la mano.

—Basta, Gabi —dijo Antonio, terminante—. Lo que me estás pidiendo es algo absurdo. Aquí moriremos ambos o nos salvaremos ambos también. Podrás decirle a Amparo todo eso tú mismo. Y ahora descansa, hazme ese favor.

Reprimió un sollozo, como se reprime un vómito; y sintió en la garganta el mismo regusto ácido y abrasivo. Muchas veces, cuando le faltaba el coraje, se había sostenido en Mendoza; muchas veces había hallado en su fortaleza el acicate para resistir; y ahora que Mendoza se mostraba vulnerable, se descubría inerme y desvalido, como una casa construida sobre la arena. Durmieron, o fingieron dormir, hasta que el sol se elevó sobre el cielo. Ambos estaban cubiertos, de la cabeza a los pies, con una capa de barro y ceniza que los asemejaba a hombres selváticos; y como hombres selváticos se afanaron en procurarse condumio. Enseguida comprendieron

que no sería una tarea fácil: aunque la primavera ya se barruntaba, los árboles no habían retoñado todavía, y los animales seguían refugiados en sus madrigueras. Mordisquearon unas cuantas raíces y lograron cazar una ardilla, que desollaron y comieron asada a fuego vivo, antes de reanudar la marcha a través del bosque, cada vez más tupido. De vez en cuando, se encaramaban a la copa de un árbol, para otear el horizonte a su alrededor; pero hasta donde les alcanzaba la vista, el bosque se extendía hermético como una esfinge. Prosiguieron la marcha durante varios días, guiados por la carrera del sol, pero tenían que hacerlo en condiciones muy penosas, a menudo con las piernas en remojo, hundidas en el barrizal provocado por el deshielo, y los escasos alimentos que les brindaba el bosque no les bastaban para combatir el agotamiento. Al quinto día de marcha, advirtieron que empezaban a menudear los claros; Mendoza trepó a un pino y avistó, a apenas un par de kilómetros, una aldea que parecía abandonada, con isbas de techos pajizos de las que no brotaba el humo y cobertizos desmantelados.

—No parece que esté habitada. Tal vez a sus pobladores los hayan obligado a reasentarse en otro lugar —le explicó a Antonio—. Sin embargo, parece como si la mudanza la hubiesen hecho de prisa y corriendo. Con un poco de suerte encontraremos algo que llevarnos a la boca.

—Pero tú mismo dijiste que debíamos evitar las aldeas —objetó Antonio, que sin embargo deseaba que esa objeción fuese rebatida por Mendoza, pues la inanición apenas le permitía tenerse en pie.

—Y lo mantengo, pero si no conseguimos pronto víveres no podremos seguir avanzando. Merece la pena que nos arriesguemos.

Rodearon la aldea, al resguardo de los árboles, y comprobaron que, en efecto, estaba deshabitada. Furtivamente, se deslizaron en el interior de las isbas, que aún guardaban en sus alacenas enseres y utensilios domésticos, como si sus inquilinos hubiesen marchado con la esperanza de volver pronto; pero no hallaron vestigio alguno de comida. Tampoco en los cobertizos próximos, donde los aperos de labranza se alineaban como armas en reposo de una improbable revolución campesina. Caminaron por la calle principal de la aldea como por un cementerio del que hubiesen emigrado los muertos, convocados por la trompeta del Juicio Final; sobre sus cabezas, el cielo sin nubes, inhóspito como un hangar, se teñía de tonalidades gangrenosas. Al final de la calle, detrás de unos caballones, se alzaba una valla circular; y dentro de la valla, como en una sucursal del arca de Noé, una multitud de gallinas y conejos, gansos y pavos, hozando entre la paja y el estiércol, o muy aplicadamente inclinados ante sus comederos. Antonio y Mendoza se miraron, perplejos y alborozados, y echaron a correr hacia aquella especie de corral comunal; saltaron la valla y emprendieron la persecución de los alarmados animales, en medio de una tremolina de graznidos y cacareos.

—¡Tenías razón, Gabi! —exclamó Antonio, cuando por fin logró atrapar una gallina y retorcerle el pescuezo—. Merecía la pena arriesgarse.

Pero se tropezó con el rostro hierático de Mendoza, que miraba hacia las últimas isbas que habían dejado atrás. De ellas habían salido hasta media docena de soldados que rodearon el vallado, apuntándolos con sus naranjeros.

—Nos han cazado, amigo —murmuró.

Antonio soltó la gallina que acababa de capturar y se revolvió, tratando de encontrar una escapatoria.

—Déjalo, no tiene ningún sentido. Sólo conseguirías que te pegasen un tiro por la espalda.

Y, para darle ejemplo, se quedó quieto en mitad del corral, con la vista clavada en el cielo, como si rezase una plegaria. Antonio recordó sus palabras: «Por eso, todos los esfuerzos de nuestros carceleros por machacarnos, todo su empeño en dañar y golpear nuestra carne, son inútiles y serán vengados: porque resucitaremos sin una sola cicatriz, para ver cómo se pudren en el infierno». De momento, sin embargo, los estaban apuntando impertérritos. Por la calle principal de la aldea se acercaba un camión militar descubierto, con otra media docena de soldados en el remolque; se detuvo ante el corral con el motor encendido, y Camacho descendió de la cabina. Se pavoneaba ante sus subordinados, orgulloso como un mariscal de campo.

—Lo tuve claro desde el principio —dijo, enseñando la dentadura con delectación—. ¿Cómo cazar a unas raposas hambrientas? Dejándolas que entren en el corral.

Sacudió una patada a la puerta del vallado, que cedió blandamente, provocando el revuelo despavorido de las aves, y caminó hacia donde se hallaban ambos, evitando pisar el estiércol. Por un instante vaciló, tratando de identificar a Mendoza; pero su postura más gallarda lo delataba.

—Se acabó el juego. Como ves, la lealtad a tus principios no te ha servido de nada. Vas a morir como un perro sarnoso.

Mendoza lo miró con infinito asco o infinita misericordia:

—Tampoco a ti te ha servido de nada cambiarte de bando. Vas a vivir como lo que siempre has sido: una rata de cloaca.

Las facciones afiladas de Camacho palidecieron y se estremecieron, agitadas por un temblor en el que se fundían la cólera y el odio. Desenfundó la pistola y encañonó a Mendoza.

—Encomiéndate a tu Dios. Tu vida ha terminado.

Mendoza sonrió con una suerte de aliviada gratitud. Miró por última vez a Antonio, transmitiéndole ánimos, y escupió a Camacho en el entrecejo.

—Esta vida es lo único que me puedes quitar. Todo lo demás que tengo no puedes ni siquiera imaginarlo.

Sonó la detonación, que reverberó en los desvanes del cielo, despertando mil pájaros fugitivos. La bala le atravesó la cabeza y lo derribó sobre la gallinaza del suelo, desmadejado pero con la sonrisa coagulada en los labios. A Camacho el temblor se le había extendido por todo el cuerpo, como un calambre involuntario; se agachó para comprobar que Mendoza no respiraba y le arrancó del cuello la chapa

identificativa de la División Azul. Luego se volvió hacia Antonio, que había caído de rodillas, incapaz de sostenerse por más tiempo en pie, y trataba de esconder la mancha indecorosa que se extendía por sus pantalones. Camacho le acarició la nuca con el cañón todavía caliente de su pistola, regodeándose íntimamente.

—A ti te tenemos reservado otro destino, cabrón —dijo.

Y dio órdenes a los soldados para que lo condujesen al camión. Lo arrojaron sobre el remolque, tumbándolo boca abajo, y le ataron a la espalda la rueda de repuesto, para que no pudiera ni siquiera rebullirse. Cuando el camión arrancó, la noche ya se derramaba sobre el mundo, como una religión negra.

Atrás quedaba el cadáver de Mendoza, esperando la resurrección de la carne. Pronto se le llenaría de hormigas la boca.



Lo encerraron en una celda de castigo estrecha y hedionda, de apenas medio metro de ancha y metro y medio de larga, como una nevera en la que dejaran pudrir lentamente a los hombres. Las paredes de hormigón estaban cubiertas por una capa de escarcha; y, si no deseaba congelarse, debía evitar sentarse o tumbarse sobre el suelo. Ningún ventanuco o rejilla de ventilación perturbaba las paredes; y para respirar aire limpio debía apretar la boca contra las delgadas ranuras que mediaban entre la hoja de la puerta y las jambas. Cada dos días, el carcelero le traía una jarra de agua y un mendrugo de pan, con el que debía arreglarse durante las cuarenta y ocho horas siguientes. Sumido en una oscuridad sin resquicios, teniendo que hacer sus necesidades en aquel agujero y sin posibilidad de tumbarse, Antonio no tenía otro descanso que apoyar los brazos cruzados sobre la puerta, recostando la cabeza sobre ellos; así llegaba a veces incluso a quedarse dormido, o siquiera inmerso en un torpor próximo al letargo, en el que la sangre dejaba de regarle la cabeza. Al arrojarlo en aquel agujero, Camacho le había dicho:

—A ver cuánto tardas en reclamar piedad. A ver dónde se queda tu arrogancia.

Y, desde ese mismo instante, se propuso evitarle ese gusto. Descubrió que si lograba mantener su pensamiento en un estado de semiinconsciencia, procurando sobre todo no recordar los avatares que lo habían conducido hasta allí, ni preocuparse de los días transcurridos, podía alcanzar cierta ataraxia que disminuía la penalidad del encierro. El ayuno, que al principio lo desgarraba con dolores atroces, como si le estuviesen raspando los nervios con un cepillo de alambre, acabó haciéndose cada vez más llevadero, provocándole apenas vahídos y bascas, como si el mero hecho de respirar lo embriagase. A los quince o veinte días sin probar alimento, se inició la autofagia o inversión metabólica del proceso digestivo; su organismo empezó a nutrirse de sí mismo, del hierro de su sangre y el calcio de sus huesos, en un esfuerzo último de supervivencia. De vez en cuando, se corría una mirilla en la puerta; y un ojo inmóvil lo escrutaba durante largo rato, con científico asombro, esperando tal vez ese momento en que la última cuerda de su cordura se quebrase y empezase a gritar, pidiendo auxilio. Pero esa última cuerda ya se había quebrado hacía tiempo; y su mente extenuada era un vilano al viento, una mariposa de alas desfleadas que, después de desovar, se resigna a morir, sin poder remontar el vuelo. Cuando probaba a mover un miembro, por espantar el hormiguillo, notaba el tableteo de los huesos,

como tabas sueltas en una bolsa de cuero, y el chasquido de los músculos consumidos y sin flexibilidad alguna, como madera seca y carcomida. Hubiese querido gritar, pero su lengua lacerada de pústulas y festoneada por una espumilla amarillenta no le permitía articular palabra; y las cuerdas vocales habían dimitido de sus funciones. En su noche perpetua, la oscuridad se poblaba de formas menudas y proteicas, como un enjambre de moscas fosforescentes; y sus órganos auditivos, sordos para cualquier sonido procedente del exterior, entablaban en el interior de su mente un concierto horrísono y aturdidor. Hubiese preferido morir como Mendoza, de pie y con una sonrisa de aliviada gratitud en los labios; hubiese preferido no verse reducido a una informe papilla vagamente humana, vagamente vegetal, que se iba desmenuzando hasta extraviar su raciocinio, hasta despojarlo de sus facultades meramente sensitivas, hasta la misma aniquilación de la materia. No oyó los cerrojos que se corrían y el chirrido de los goznes de la puerta; pero oyó una voz femenina, con un acento inequívocamente francés, que le susurraba:

—Dios santo, qué te han hecho esas bestias. No te mueras, Antonio, no te mueras todavía.

Antes de hundirse en el marasmo de la inconsciencia, Antonio se sintió anegado por un olor matinal de establo limpio, de horno todavía tibio, que lavaba la hediondez de su encierro; y se abrazó al ángel que venía a rescatarlo, buscó su cuerpo como la mano busca el guante, como el perno busca la bisagra o la piedra busca el liquen, seguro de que en su regazo hallaría protección. A partir de ese instante, el tiempo quedó abolido, al igual que las percepciones de los sentidos, para fundirse en una amalgama de indistinta oquedad, un vacío sordo en el que se precipitaba sin tocar jamás fondo, como si se hubiese asomado a un abismo que señala los confines del universo físico. Pero en algún pasaje de ese descenso algo lo retuvo, algo desaceleró su caída, algo lo sostuvo en volandas y tiró de él, hasta sacarlo a flote. Durante aquellos días o semanas en que sus órganos recuperaban sus funciones y su sangre reanudaba su flujo y sus músculos distróficos y sus huesos descalcificados recomponían sus añicos, Antonio permaneció en un estado semejante al coma, con ocasionales y desconcertadas emergencias que la fiebre enseguida aplastaba. Eran apenas unos segundos, o unas décimas de segundo, lo que duraban aquellos lapsos de lucidez; pero, en lo poquísimo que duraban, Antonio acertó a distinguir unas manos que amorosamente lo aquietaban, que abnegadamente le refrescaban los labios cuarteados y la frente perlada de sudor, y acariciaban su rostro, con la delicadeza que empleamos para apartar la nata de un cuenco de leche humeante. Así hasta que un día por fin abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Se hallaba en una sala de paredes forradas de azulejos, caldeada por un chubesqui de latón, en la que se alineaban hasta media docena de camas desocupadas. Pensó por un instante que su fuga había sido un éxito, y que se encontraba en un hospital finlandés, convaleciendo de las fatigas acumuladas durante años de cautiverio; pero

enseguida acudió a su memoria, como un fogonazo, la imagen de Mendoza, abatido de un tiro en la frente, con la sonrisa coagulada en los labios. Se avergonzó de no haber corrido su misma suerte.

—Enhorabuena, Antonio. Te tuvieron más de veinte días sin probar bocado. Otro en tu lugar no habría resistido.

Era Faustino Vidal, uno de los guripas captados por Camacho para aquella campaña teatral que representaba farsas antifascistas. Lo habían empleado como sanitario en la enfermería de Borovich, a modo de displicente limosna o recompensa por los servicios prestados. Acudió a su cama solícito, con un tazón de caldo humeante que, increíblemente, olía a carne.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo Antonio en un tono adusto, tratando de marcar distancias con Vidal.

—Te trajeron de las celdas de castigo en un estado deplorable. Eras todo piel y huesos; y venías con una fiebre de caballo.

Antonio bebió con codicia el caldo, que difundió por su estómago una calidez perpleja, la misma que dispensamos a un huésped imprevisto al que llevamos años ofreciendo en vano nuestra hospitalidad. No se le escapaba que tales viandas estaban vedadas a los prisioneros; como también lo estaban las medicinas que reposaban en una mesilla, al lado de su cama, entre las que distinguió un frasco con una solución de atebrina. Mientras tomaba el caldo, Vidal lo miraba con una suerte de melancólica envidia; su labio inferior, abultado como un belfo, se movía convulsivamente, tratando de contener la segregación de saliva.

—¿Es cierto lo que se cuenta por ahí? —inquirió.

—¿Y qué cojones se cuenta?

—Que Mendoza y tú escapasteis del Sumidero del Diablo. —Lo dijo con admiración reverencial, como quien nombra una proeza que sólo está al alcance de los héroes mitológicos—. Nadie lo había conseguido antes. —Y añadió, con ademán compungido—: Te envidio.

Le hastiaba aquella solicitud adulona:

—No veo por qué.

Vidal esbozó un puchero, que en su rostro de cretino cobró un patetismo repelente:

—¿Recuerdas que nos prometieron la libertad si adoptábamos la nacionalidad soviética? Muchos firmamos aquellos papelajos, pero de libertad naranjas de la China. Es verdad que nos han mejorado las condiciones del encierro: a unos cuantos los enviaron a la cocina, a otros a talleres, a mí me trajeron a la enfermería. Pero de la libertad prometida no se volvió a saber nada. Y nos siguen tratando como a perros.

—¿Y qué te esperabas, alma de cántaro? —lo zahirió Antonio—. Pero date por contento: al menos estás vivo.

Mendoza se había resistido a los embustes y embelecocos de sus carceleros, y para entonces estaría criando malvas, si es que las malvas florecían por aquellas latitudes.

Como pronto lo estaría él mismo.

—Me han prohibido que diga a nadie que estás vivo, bajo amenaza de muerte. — Ahora la envidia de Vidal era insidiosa—: Se ve que tienes buenas agarraderas...

—¿Agarraderas? —se enfadó Antonio—. ¿Llamas agarraderas a que me encierren en una celda de castigo y me maten de hambre? Y de aquí me llevarán al paredón.

Vidal lo miró con ofendido pasmo, casi con resentimiento. En su belfo se escondía un temblor casi obscuro:

—Sí, claro, al paredón... Entonces ya me explicarás cómo es que la franchute esa te ha estado cuidando personalmente todos estos días y quitándose horas de sueño por velarte.

—¿Nina? —se sobresaltó. Pero algo le decía, allá en las tinieblas de la inconsciencia, que Vidal no estaba mintiendo—. ¿Dónde está ahora?

—Tuvo que marchar a Moscú, pero me dejó encargado que te tratara a cuerpo de rey. —Vidal se rascó compulsivamente los párpados sin pestañas—. Dime, ¿te la pasaste por la piedra? Menudo suertudo estás hecho: tiene esa gachí un culo que, cuando la ves caminar, te entran ganas de ponerla mirando a Pamplona.

Dejó que Vidal se desfogase, profiriendo todas las burradas y mentecateces de las que es capaz un pobre diablo que vive amancebado con su mano. Antonio había llegado a creer que Nina era un episodio definitivamente sepultado en un pasado que lo avergonzaba; pero el pasado siempre vuelve, como las golondrinas. Y mientras Vidal lo aturdió con su cháchara rijosa, su pensamiento volvía a aquella cabaña de la isla de Tolbos, donde Nina se amansó entre sus brazos y lo dejó bogar en sus entrañas, como un batelero a favor de la corriente, a merced de la corriente. Pero no podía tampoco olvidar que las alimañas se disfrazan de corderos, para ejecutar sus designios más perversos.

—Basta, Vidal, no te aguanto ni una marranada más.

Lo dijo en un tono desabrido y cortante que no pretendía, sin embargo, resultar intimidatorio. Pero Vidal debió de pensar que la advertencia de un hombre con semejantes agarraderas equivalía a una amenaza; y desde entonces no volvió a importunarlo con sus chocarrerías, tampoco con inquisiciones curiosas, limitándose, en las dos semanas que todavía permaneció en aquella sala apartada del resto de dependencias donde se curaban otros presos menos privilegiados, a atender sus peticiones más elementales y a proveerlo de comida abundante, tan abundante que a veces Antonio la ingería con un sentimiento de culpa. Tampoco él se atrevió a preguntarle nada a Vidal, aunque lo desazonaba una inquietud muy honda, pues no se le escapaba que un intento de fuga como el que había protagonizado con Mendoza, agravado además por el asesinato de un guardián, sólo podía castigarse con la muerte; castigo incongruente con los cuidados que Nina había ordenado que se le dispensaran. Esperaba que fuese la propia Nina quien viniera a explicarle aquella incongruencia; pero se cumplieron las semanas de su convalecencia y Nina no

apareció por la enfermería. Vidal lo despertó, con muy melindrosos miramientos; le traía ropa limpia y un recado que musitó en un secreteo casi clandestino:

—Te esperan a la puerta un par de soldados. Traen órdenes de llevarte al despacho del comisario del campo.

Y le lanzó un guiño ambiguo antes de escabullirse, que lo mismo podía expresar conmiseración o lubricidad. Antonio se vistió calmosamente, con la renuencia del moribundo a quien exigen que se levante de la cama y se enfunde él mismo la mortaja. Antes de abandonar la enfermería, pasó por el lavabo, para hacer sus abluciones; desde el espejo lo saludó un resucitado de piel macilenta y barba luenga. Le sorprendió que, entre las inusitadas atenciones recibidas, nadie se hubiese preocupado de afeitarlo; pero íntimamente lo agradeció, pues aquella barba acentuaba su parecido con Mendoza, y el recuerdo del amigo que había arrostrado la muerte con gallardía pensó que podría ayudarlo cuando el jefe de campo dictara su sentencia de muerte, cuando los fusiles del pelotón de ejecución lo apuntasen, cuando las balas le mordiesen la carne y liberasen su alma. Pero ¿por qué se habían molestado en sanar la carne que iban a fusilar?

Lo cachearon y condujeron esposado al despacho del comisario. Aún no había amanecido; y los barracones donde dormían los prisioneros tenían un aire de galpones donde se almacena la chatarra. El despacho o gabinete del comisario del campo carecía de todo aderezo decorativo que pudiera permitir caracterizar a su ocupante: las paredes estaban cubiertas con dos banderas soviéticas en cuyo centro se hallaban los retratos de Lenin y Stalin, coronados por un medallón con la hoz, el martillo y la estrella roja de cinco puntas; las puertas estaban forradas de guata y cuero, para impedir que desde fuera se oyesen las conversaciones que allí dentro se mantenían; la silla donde ordenaron sentarse a Antonio estaba fija en el suelo, tal vez para evitar a las visitas la tentación de estampársela al comisario en la cabeza; y el escritorio que ocupaba el centro de la habitación estaba elevado sobre una tarima, como un catafalco. Habrían pasado al menos cinco o diez minutos cuando de un antedespacho o gabinete contiguo salió el comisario, un hombrón de andares paquidermos y manos callosas de empuñar el arado, emboscado detrás de los bigotazos que el padrecito Stalin había puesto en boga. A su lado, Camacho, que muy obsequiosamente le había franqueado la puerta, parecía un chiquilicuatre. Se sentaron ambos detrás del escritorio y volvieron la vista al antedespacho, por donde finalmente apareció Nina. Vestía la misma camisola blanca y abullonada que Antonio ya le conocía, y apretaba un cartapacio contra los senos, en actitud pudorosa o retraída.

—Buenos días, Antonio —lo saludó, con una sonrisa forzada.

El saludo había sonado extemporáneo, tal vez incluso improcedente, a juzgar por las miradas agrias que le dedicaron Camacho y el comisario. Antonio no respondió, más por cortedad de ánimo que por descortesía; temía que, al hablar, la voz le brotase quebrada o afónica, y que en la quiebra de la voz se notase el temblor que invadía su cuerpo. Un temblor en el que se fundían, extrañamente, el miedo a la muerte y el

deseo de refugiarse entre los brazos de Nina.

—Levántate, no seas grosero —ordenó Camacho.

Antonio obedeció como un autómatas. Fijó la vista en un mapa de la Dirección General de Prisiones colgado de la pared, donde sobre la blanca extensión de la Unión Soviética se señalaban los enclaves de los campos de prisioneros, como un archipiélago de sombra. El comisario hablaba en un tono monocorde y expeditivo; Nina tradujo:

—Como puede imaginarse, su crimen sólo puede ser castigado con la pena capital. Ha desafiado a la autoridad legalmente constituida, burlando la seguridad de este campo y, lo que es peor, asesinando a uno de nuestros soldados.

Nina parecía avergonzarse de su cometido de comparsa; e introducía en sus palabras inflexiones benévolas que no se compadecían con la naturaleza de aquella reunión. No había apenas terminado cuando el comisario volvió a hablar, con el mismo rutinario desdén; esta vez, Nina halló más dificultades en la traducción:

—Hoy mismo se reunirá el tribunal encargado de juzgarlo. Sin embargo... la camarada Nina Duquesne, aquí presente, me ha hecho notar que en otro tiempo todavía reciente usted se mostró...

Nina no encontraba la palabra exacta en español, o tal vez no tuviera valor para pronunciarla. Camacho, menos remilgado, suplió su indecisión:

—Dúctil y entregado a nuestra causa.

Nina prosiguió, abochornada:

—... Llegando incluso a prestarnos valiosos servicios como jefe de brigada en la isla de Tolbos.

Antonio miró por fin a Nina, buscando en su expresión a la alimaña que escondía dentro; pero sólo vio a una mujer lastimada que suplicaba su comprensión. El comisario volvió a hablar, esta vez desganadamente, para ceder la iniciativa a sus subalternos. Nina parecía desfallecer:

—En atención a esos servicios prestados, le ofrecemos la posibilidad de redimir su crimen, proponiéndole una alternativa que antes de que concluya esta reunión deberá aceptar o rechazar. —Tragó saliva, como si quisiera atajar la inminencia del llanto—. Por supuesto, el rechazo implica automáticamente la muerte.

Camacho intervino, exasperado:

—¿Sabes lo que es esto?

Le mostraba, colgada de su cordel, la chapa identificativa de Mendoza, que él mismo le había arrancado del cuello, después de asesinarlo.

—Por supuesto —farfulló Antonio—. Todos los miembros de la División Azul lo sabemos. Yo mismo...

Se llevó la mano al pecho, para mostrar su chapa, pero descubrió entonces que también se la habían arrancado, seguramente en los días que permaneció inconsciente en la enfermería.

—No la busques, porque te la hemos quitado y destruido —dijo Camacho, con

desdén de burócrata—. Antonio Expósito ha dejado de existir.

Antonio parpadeó sin comprender. Buscó en Nina una explicación, pero Nina había bajado la mirada hacia su cartapacio, sonrojada. Camacho se explicó:

—Lo que nuestro comisario generosamente te ofrece es que a partir de hoy te hagas pasar por el alférez Mendoza, a cambio de salvar el pellejo.

Se hizo un silencio opresivo, como ocurre en los sueños, cuando nuestra razón repudia las insensateces que le propone el inconsciente. Antonio sacudió la cabeza, tratando de espantar la sorpresa:

—¿Cómo ha dicho? He creído oír...

—Has creído oír lo que has oído, no te hagas el longui —se enervó Camacho—. O lo tomas o lo dejas.

—Pero... es algo absurdo —protestó Antonio—. Más allá de nuestro parecido, Gabi es bien conocido de los prisioneros... por su arrojo y por su liderazgo. Yo sólo soy un mequetrefe a su lado.

—En eso llevas razón, desde luego —se regodeó Camacho—. Pero ése era el Mendoza que aún no había pasado por el Sumidero del Diablo ni probado las torturas de nuestra celda de castigo. Los prisioneros comprenderían perfectamente que, tras unas vacaciones en el infierno, Mendoza hubiese perdido los ímpetus de antaño.

Nina intervino entonces, tratando de compensar el tono chulesco de Camacho:

—Los prisioneros españoles no saben que Mendoza ha muerto. Tampoco que en vuestra huida matasteis a un soldado. Ahora los están separando de sus oficiales, para evitar más sediciones y revueltas... A los oficiales los van a mandar muy lejos, aislados de la tropa...

—Y lo que haríamos sería mandarte a ti con ellos. Serías una especie de agente itinerante. Queremos que nos informes sobre la actividad de los oficiales españoles en los diversos campos. —Camacho se esforzaba en resultar persuasivo, pero despreciaba demasiado a Antonio para demorarse en argumentos—. La mayoría hace años que no ven a Mendoza, y en ti muy probablemente ni siquiera hayan reparado jamás. Ni por lo más remoto podrían pensar que quien se les presenta como el alférez Mendoza vaya a ser un piernas como tú.

Un piernas, eso es lo que era. Un mandria sin oficio ni beneficio que se había alistado en la División Azul por escapar de la justicia; un pelele que se había dejado embaucar por Nina, a cambio de sus favores; un bellaco que, de no haberlo estorbado Mendoza, habría llorado muchas veces pidiendo clemencia, que se habría arrastrado por el fango y hasta comido mierda, con tal de salvar el pellejo. Tal vez Camacho lo conociese mejor de lo que se conocía él mismo, aunque sólo fuese por espíritu fraterno.

—Gabi no me lo perdonaría... —musitó lastimeramente.

—Gabi no tiene nada que perdonarte, porque está bien muerto —lo atajó Camacho.

El comisario enarcó las cejas, solicitándole una respuesta. Antonio se dirigió a

Nina, implorante:

—No podéis pedirme que ultraje su memoria convirtiéndolo... convirtiéndome en un delator.

—No están pidiéndote que seas un delator, Antonio —dijo ella. Había algo afectado en su modosidad, como si bajo las palabras acariciantes, condescendientes, alentase un incendio bárbaro—. Ni tampoco que ultrajes su memoria. Sólo quieren que les adviertas de cualquier actividad sediciosa que intenten los oficiales españoles. Su deseo es ayudar a los prisioneros que deseen solicitar la nacionalidad soviética y evitar que cuatro locos fanáticos se lo impidan. Serías un informante, para provecho de tus compañeros; no un delator.

Notaba el veneno de la traición infiltrándose en su sangre, como una medicina benigna, como una anestesia que borraba el dolor.

—¿Y si me descubren?

—¿Crees que íbamos a dejar que te hiciesen daño? —prosiguió Nina, cada vez más meliflua—. En el momento en que alguno te descubriese te pondríamos a salvo. Yo misma me encargaría personalmente... Y ya lo he hecho en otras ocasiones, así que no pueden quedarte dudas de mi sinceridad.

Recordó su olor de establo limpio u horno todavía tibio, lavando la hediondez de su encierro, desperezándose en la cabaña de la isla de Tolbos, cuando el sol ya ascendía en el cielo. También recordó las chocarrerías de Vidal.

—Pues al menos Faustino Vidal ya lo sabe. Él me ha estado cuidando en la enfermería.

—Pero Vidal es de confianza —aseguró Nina—. No te preocupes, ya me encargaré yo de que no se vaya de la lengua.

Podría conseguirlo muy fácilmente, con tan sólo ponerse mirando a Pamplona. La consideraba capaz de esa o de cualquier otra vileza; pero no lo escandalizaba que obrase así, incluso lo consolaba, de un modo retorcido y tortuoso, porque así su propia vileza parecía venial y atenuada. Camacho lo apremiaba desde el otro lado del escritorio, pero Antonio ni siquiera lo escuchaba: quería que el mérito de su rendición se lo llevase Nina, quería que aquello fuese un pacto entre alimañas, quería que su vileza quedase anegada por otra vileza aún mayor.

—¿Es eso o la muerte? —preguntó todavía, como si tratara de justificarse ante su extinta conciencia.

—Eso o la muerte, Antonio —asintió Nina.

Antonio volvió a examinar el mapa de los campos de prisioneros, que a partir de entonces iba a convertirse en la guía de su oficio trashumante. Su mirada se abismó en la mancha blanca que representaba el territorio soviético: una mancha en la que hubiese querido disgregarse, como a aquellas mismas horas se estaría disgregando el cadáver de Mendoza, en un corral de una aldea ignota, bajo un cielo rasgado de pájaros fugitivos. Así se imaginó la eternidad, como una inmensa mancha blanca sin castigos ni recompensas, sin resurrección de la carne, tan sólo una lenta, anónima,



indolora disgregación en el olvido.

—Acepto —dijo.

Nina asintió, con atribulado alivio:

—Verás como todo sale bien.

—Lo dudo mucho —dijo; y a modo de justificación superflua, añadió—: Pero hay que seguir viviendo.

No concebía que pudiesen confundirlo con Mendoza, que en realidad, y más allá de las similitudes fisonómicas, era su antípoda. Pero, como el propio Mendoza le había dicho en alguna ocasión, para creer en las cosas más improbables basta con querer creer. El comisario se inclinó sobre Nina, para susurrarle algo al oído. Volvió a ejercer de traductora:

—Una última cosa, Antonio. El comisario me recuerda que a Mendoza le tuvimos que amputar un par de dedos que se le habían congelado. Me temo que...

Antonio no la dejó terminar. Puso su mano sobre la mesa y rió histéricamente:

—Por supuesto, Nina, cuenta con ello. —La agarró del brazo, para sentir la palpitación de su sangre, como una lava rugiente—. Pero con una única condición. Quiero que seas tú quien me los arranque. Y sin anestesia. ¿Serás capaz de hacerlo?

## **TERCERA PARTE**

Acababan de retirar el retrato de Stalin de aquel despacho. Antonio contempló el rectángulo de muda blancura sobre la pared, rodeado por un cerco de suciedad; así era su propia vida: una vacía oquedad, una nada devoradora, envuelta en una cáscara de mugre moral y oprobio.

Ocho años habían transcurrido desde que aceptara aquella peregrina suplantación de Mendoza. Para su sorpresa, se había topado con muchos menos escollos e inconvenientes de los previstos: comprobó que, en efecto, la gente puede llegar a creer en las cosas más improbables o inverosímiles, si tales cosas sustentan sus esperanzas más frágiles o sus ilusiones más insensatas. Y la presencia de un Mendoza superviviente de las mazmorras donde otros hombres habían sucumbido, vencedor de las torturas y los castigos más espeluznantes, aunque fuese un Mendoza menoscabado y disminuido, una pálida reminiscencia del Mendoza de antaño, infundió muchos bríos entre quienes no tenían más horizonte vital que el cautiverio sin remisión, el trabajo monótono y el aislamiento. Durante ocho años lo habían movido, de campo en campo, por todo el territorio soviético, en una gira errante en pos de los oficiales españoles más heroicos o levantiscos, a quienes debía sonsacar y espiar, después de haberse ganado su confianza. Pero para entonces tales oficiales habían comprendido que la confrontación acérrima con sus captores era tan infructuosa como embestir con la cabeza desnuda contra un muro de granito; y se conformaban con mantener la disciplina militar, la lealtad a su bandera y, en lo que les dejaban, el ascendiente sobre la tropa, cada vez más dispersa. Las condiciones del cautiverio, por lo demás, habían ido mejorando notoriamente desde que acabara la guerra, sin llegar nunca a ser benignas; y las constantes repatriaciones de prisioneros de otras nacionalidades confirmaron a los oficiales españoles que la suya también acabaría llegando, por mucho que Franco fuese un grano en el culo del comunismo. Si la Unión Soviética deseaba mantener el amenazante equilibrio de fuerzas de la guerra fría, necesitaba no sólo mantener bajo su férula a los países de su órbita, sino sobre todo allegarse apoyos y complicidades entre aquellos que aún no habían abrazado el comunismo pero se resistían a alinearse con los americanos, e incluso para robustecer la posición de sus simpatizantes en aquellos países donde se había entronizado la democracia; y el mantenimiento de campos de prisioneros donde los derrotados de la guerra sobrevivían en un régimen de esclavitud entorpecía esta estrategia. El proceso de

paulatino ablandamiento ya se había iniciado en las postrimerías del mandato de Stalin; y, tras su muerte, cobró carta de naturaleza con la ejecución del todopoderoso Beria y la promulgación de un decreto de amnistía que alcanzó a la mitad de la población civil reclusa. A los prisioneros de guerra españoles se les destinó entonces a campos de reposo (que no eran sino campos de trabajo reconvertidos), con la obligación de comer, dormir y no trabajar, para que estuviesen lustrosos y presentables llegada la hora de la repatriación.

En el campo de Vorochilgrado, al este de Ucrania, se había reunido a más de doscientos cincuenta prisioneros españoles, en su mayoría antiguos divisionarios, para agilizar los trámites burocráticos de su regreso. Muchos de ellos habían militado en los grupos antifascistas que se habían organizado en los campos, para contrarrestar el proselitismo de los oficiales españoles, e incluso habían renegado de su nacionalidad, pero el aperturismo soviético deseaba mostrarse magnánimo ante el mundo, y a ellos también se les ofrecía la posibilidad del regreso (tal vez con el propósito malévolo de que fueran represaliados por las autoridades franquistas). Antes de proceder a la repatriación, sin embargo, los prisioneros debían someterse a un interrogatorio ante una comisión formada con el fin de averiguar las intenciones de cada recluso y la opinión que se llevaban de Rusia, sin descartar nunca la posibilidad de que alguno prefiriera quedarse, o regresar como agente infiltrado del comunismo en España. Para los interrogatorios, la comisión había elegido un despacho que se hallaba situado fuera de la zona alambrada del campo, en una muestra seguramente postiza de benevolencia: por allí habían ido desfilando todos los prisioneros, desde los más intransigentes —a quienes apenas se preguntaba nada— a los más débiles de carácter, pasando por aquellos que, por haber desempeñado alguna responsabilidad en los campos —jefes de brigada, jefes de barracón, informantes como el propio Antonio—, eran considerados los más peligrosos, por conocer mejor los procedimientos empleados por los carceleros. A este último grupo le apretaban más las clavijas, pues una renuncia a la repatriación podía exhibirse ante el mundo como prueba de las bondades del paraíso comunista.

La decoración del despacho pregonaba los cambios que el régimen soviético se afanaba en introducir, cuando el cadáver de Stalin todavía estaba recientito. Había desaparecido el retrato del tirano de la pared, pero también cualquier otro signo que pudiera aludir, siquiera remotamente, a la represión industrializada y científica que durante décadas había caracterizado su hegemonía: no había mapas que proclamaran orgullosos las geografías del gulag, ni puertas forradas de guata, ni escritorios encaramados a una tarima; y en su lugar se habían dispuesto láminas y fotografías que exaltaban épicamente la abnegación de los trabajadores rusos y un mobiliario como de sala de espera de un dentista ful, con butaquitas de cretona y mesas de baquelita sobre las que reposaban, en escrupuloso respeto de las simetrías, revistas de apariencia muy vistosa y colorista y contenidos de apabullante aridez: inauguraciones de silos y pantanos, construcción de carreteras y barriadas con aspecto de colmenas

de hormigón, ingenios hidráulicos, hornos metalúrgicos, locomotoras, desfiles militares, y siempre una marea humana como paisaje retórico de fondo. Antonio aguardó la llegada de la comisión, que según le habían dicho presidía un coronel venido para tal efecto de Moscú; le sorprendió que vistiera de civil, y que su actitud fuese más funcionarial que castrense. Había debido de conceder un rato de asueto a sus asistentes, para entonces tal vez hastiados de escuchar las mismas respuestas rutinarias; y tan sólo lo acompañaba, en labores de traducción, Nina, a quien Antonio no había apenas visto en los últimos años. Vestía un abrigo de astracán que resaltaba sus formas matronales, un poco fondonas, de las que parecía haber desertado irrevocablemente la juventud; y su rostro pugnaz se había hecho más orondo y apacible, o tal vez tan sólo más aburrido. Cruzaron una mirada que era a la vez hostil y cómplice, como de viejos enemigos que añoran los años en que aún tenían bríos para despedazarse.

—Éste es el alférez Gabriel Mendoza, de quien le hablé —dijo Nina al coronel, que asintió mecánicamente, estrechando la mano de Antonio.

Nina hizo lo propio; al estrecharla, la retuvo por un instante, para acariciar la cicatriz de la amputación que ella misma le había infligido, ocho años atrás. Y, al desasirse, prolongó esa caricia sobre el dorso de la mano, rozándola muy levemente con las yemas de los dedos, como si estuviese apartando la nata de un cazo de leche humeante.

—Puede sentarse, Mendoza —invitó el coronel. Antonio, que no era capaz de hablar ruso, podía ya entenderlo medianamente—. Empezaremos por las preguntas más habituales.

Nina se encargó de formularlas, mientras rellenaba una ficha; lo hacía sin levantar la vista del papel, con una afectada displicencia que trataba de ser provocativa. También las respuestas de Antonio participaban de esa intención, sin molestarse siquiera en resultar convincentes.

—¿Qué impresión se lleva usted de la Unión Soviética?

—Inmejorable.

—¿Volvería a empuñar las armas contra la Unión Soviética?

—Ni loco.

—¿A qué país desea ser repatriado?

—A España.

—¿Y por qué a España?

—Porque allí me espera mi familia.

Nina lo miró entonces con una suerte de fatigada ironía. El coronel le tomó el relevo:

—¿Está seguro de que quiere regresar a España? No creo que las autoridades de su país, si recibieran una copia del expediente que guardamos en nuestros archivos, pusiesen muy buena cara. Durante los primeros años, desde luego, se portó usted como un valiente; pero luego...

—Había que seguir viviendo —se disculpó Antonio, sin esperar la traducción—. Espero que ese expediente siga guardado en sus archivos. Todo el trabajo que hice para ustedes fue bajo promesa de confidencialidad.

Nina se inclinó sobre el oído del coronel, para traducir o parafrasear sus palabras. El coronel frunció los labios, un tanto disconforme, pero acabó aceptando las razones de Nina, que tal vez estuviese intercediendo por Antonio.

—Puede contar con la discreción de la Unión Soviética —afirmó—. Lo que no le podemos garantizar es que alguno de sus compañeros no lo denuncie. Se evitaría ese riesgo si se quedase entre nosotros. Le ofrecemos, a cambio de adquirir la nacionalidad soviética, una estancia de un mes con todos los gastos pagados en el mejor de nuestros balnearios, donde podrá reponer fuerzas, una recompensa de mil rublos y la posibilidad de elegir lugar de residencia y trabajo. La Unión Soviética será generosa con usted.

Exponía las condiciones con una como hastiada deferencia, como el viajante de comercio harto de entonar las loas de su mercancía, que sabe averiada.

—No, coronel, se lo agradezco igualmente. Prefiero asumir ese riesgo.

El coronel carraspeó, impaciente por concluir la pantomima:

—Otra posibilidad que se le ofrece, dado su... —buscó un eufemismo— historial, es colaborar con el comunismo más allá de nuestras fronteras. En España tenemos organizada una red clandestina en la que le hallaríamos fácil acomodo. Recibirá nuestras instrucciones, nosotros recibiríamos sus informes y siempre tendría dinero disponible en una cuenta en el extranjero...

—No, de veras, coronel. Deseo regresar a mi país y dedicarme a mis cosas —dijo Antonio mansamente, procurando que no asomase su disgusto.

El coronel se pasó la mano por el pelo cortado a cepillo, desinteresado de su destino o vencido por su terquedad.

—En fin, usted es dueño absoluto de sus actos y puede hacer lo que le parezca o su conciencia le dicte. —Hojeó de nuevo el extracto de su expediente, como si buscase en vano el rastro de su conciencia—. Por no faltarle, en Rusia no le faltarían ni las mujeres hermosas.

Este último comentario lo dirigió tácitamente a Nina, que lo acogió como una galantería, aunque quizá se tratase de una insidia.

—*Vous êtes très gentil, mon colonel* —lo agradeció ella, con una leve inclinación y un mohín picaruelo.

—Y ahora, si no les importa, les dejaré un rato solos —anunció el coronel, con una risueña complicidad que a Antonio se le antojó en exceso confianzuda, casi prostibularia—. Según tengo entendido, la señorita Duquesne es una vieja amiga de usted y desea despedirlo.

Se levantaron ambos muy respetuosamente, mientras el coronel abandonaba el despacho; y, cuando cerró la puerta tras de sí, permanecieron de pie, sin saber qué hacer, como pasmarotes. Antonio volvió a dirigir la mirada hacia el rectángulo de

pared del que había desertado el retrato de Stalin.

—¿Y tú qué harás a partir de ahora? —se atrevió a preguntar.

Nina le tomó la mano amputada, como si fuese a contarle los dedos que le restaban. Al principio, Antonio quiso retirarla, pero cedió un poco a regañadientes, tampoco demasiado. La caricia de Nina le trepaba por los huesos, refrescaba el veneno de su sangre.

—Desde hace algún tiempo ando preparando los trámites para regresar a Francia. Mis servicios al comunismo concluyen aquí. Y, tras la muerte de Stalin y la ejecución de Beria, no creo que me pongan muchas trabas. ¡Es la época del deshielo! —Nina se rió desdeñosamente, con ese escepticismo frívolo de quienes ya están de vuelta de todos los deshielos y glaciaciones. Luego hizo una pausa compungida y apretó la mano de Antonio—: Lo siento mucho.

—¿El qué? —preguntó él, afectando desinterés o ignorancia.

—Todo lo que te ha tocado hacer durante estos años. Lo siento de corazón. —Su voz era ronca y pesarosa—. Imagino que lo habrás pasado muy mal. Pero no había otro modo de salvarte la vida. Ahora me alegro de que aceptaras.

Antonio por fin se decidió a mirarla sin rebozo. Tenía los ojos llorosos y la piel ajada, más ajada de lo que correspondía a su edad, como si la hubiese desgastado un dolor que no se atrevía a decir su nombre. Pero él también estaba ajado y desgastado; y tal vez por ello mismo —porque los afectos siempre son solidarios— la encontraba más deseable.

—No te preocupes, uno se acostumbra a todo —dijo, restando importancia a los quebrantos y claudicaciones del pasado—. Afortunadamente, las cosas empezaron a cambiar mucho tras la muerte de Mendoza. A Camacho le habría encantado tener motivos de peso para apiolar a todos los oficiales españoles, pero ya nunca volvieron a ofrecer la resistencia de los primeros años. —Y añadió, para restar hierro a su traición—: También he de reconocer que mis informes fueron siempre bastante descafeinados. Puede que sea un cobarde, pero siempre he admirado a los valientes.

A veces, el fantasma de Mendoza descendía sobre sus cavilaciones, como un sudario de reproches y censuras. Nina lo confortó:

—Si falseaste esos informes no creo que seas tan cobarde. De haberse enterado, Camacho te habría cosido a tiros. Te tenía muchas ganas, ¿sabes?

—Falsearlos es mucho decir, simplemente hacía como que no me enteraba de lo que a Camacho le hubiese gustado saber. ¡Después de todo, me tocaba representar a un Mendoza en horas bajas, y es natural que un hombre tan vapuleado no se entere de la misa la media! —Nina no había entendido la locución, pero el tiempo de las charadas había pasado ya—. Por cierto, ¿qué ha sido de ese tipejo?

—La caída de Beria se lo ha llevado por delante, como a tantos otros —dijo Nina, con más indiferencia que desprecio—. Lo han licenciado y enviado a una fábrica de tractores.

Antonio lo celebró, con más desprecio que indiferencia:

—Me alegro. Tal vez con la ayuda de un tractor logre que se le levante, el muy pichafloja... ¿Cómo se decía en francés?

—*Tafiole*.

Rieron ambos, como quienes celebran una broma privada. Pero también había pasado el tiempo de las bromas privadas, demasiadas generaciones de hojas caducas habían caído sobre la tumba de su amor, o sobre su contubernio de alimañas. Se abrió otro silencio entre ambos, esta vez casi fúnebre. Antonio retiró su mano amputada de las manos de Nina.

—¿Qué harás tú en España? —preguntó ella—. Quiero decir, ¿volverás a ser Antonio Expósito o seguirás siendo Mendoza?

—Ninguno de los dos, creo. Antonio mantiene algunas cuentas pendientes en España; y todas las cuentas de Mendoza quedaron saldadas aquí. —De este segundo extremo no estaba tan seguro, pero espantó las aprensiones—. Trataré de empezar de nuevo, sin cuentas a la espalda. Ya me las arreglaré, soy hombre de recursos.

Pero nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida ni de costumbres. Antonio no quiso besarla, porque sabía que el mero roce de sus labios lo desmoronaría; y tampoco ella se lo pidió. Cuando ya se dirigía a la puerta, donde lo aguardaba el soldado que habría de llevarlo de vuelta al campo, Nina lo llamó:

—¡Antonio!

Se volvió, para contemplarla por última vez. Oleadas de sangre helada y ardiente golpeaban alternativamente sus sienas.

—¿Qué?

—Lo que ocurrió en la isla de Tolbos fue en serio. Al menos por mi parte.

—Por la mía también —dijo.

Y se marchó.

Llegó el día de la partida, tras más de once años de encierro para Antonio, trece para algunos prisioneros que habían sido capturados en las primeras operaciones de la División Azul. Los escoltó a la estación de Vorochilgrado una guardia sin fusiles, por primera y única vez durante todo su encierro; y los españoles, todavía incrédulos de que por fin hubiese llegado la hora de su liberación, caminaban deprisa y no volvían la vista atrás, temerosos de que les ocurriera lo mismo que a la mujer de Lot. El tren que los conduciría hasta Odessa, a orillas del mar Negro, ya no era un tren-cárcel, con barrotes en las ventanillas y el consabido hacinamiento en los vagones, sino un cómodo expreso que se convirtió, en los tres días que duró el viaje, en el escenario de parrandas y celebraciones varias. De repente, el mundo que discurría por las ventanillas era un incesante asombro, como si acabara de ser inaugurado: las tierras de Ucrania, negras de hollín y recién aradas; las vacas escuálidas que durante todo el invierno sólo habían comido heno seco y racionado; las aldeas sin campanarios ni iglesias, tristes como una primavera sin sol o una semana sin



domingo; los silos como acantilados de sombra donde germinaban el trigo y la cizaña; las fábricas de chimeneas hoscas, como colonias lunares o presidios donde se molturasen almas; las presas como cementerios de hormigón; toda aquella geografía hórrida y gris cobraba ante sus ojos el brillo y la prestancia que tienen las cosas nuevas, bautizadas por la lluvia. El traqueteo del tren ponía la música a aquel deslumbramiento; y los cables del telégrafo eran la partitura. Al fin eran libres; y el gozo de aquella impresión inédita era inabarcable como el universo.

En el puerto de Odessa los aguardaba el barco que los devolvería a España. Se llamaba *Semíramis*, en honor a la reina que fundó Babilonia, navegaba bajo pabellón liberiano, era propiedad de un armador griego y había sido contratado por la Cruz Roja francesa, pues los soviéticos se seguían negando a mantener negociaciones oficiales con el gobierno de Franco; tal vez fuese una carraca presta a zozobrar al mínimo embate de las olas, pero a los españoles se les antojó el más lujoso trasatlántico. Un oficial soviético, apostado ante la pasarela del barco, fue nombrando a los prisioneros, uno por uno, que subían a bordo, donde los aguardaba la delegación de la Cruz Roja, con mantas que les echaban sobre los hombros. Algunos hombres se arrodillaban sobre la cubierta, en una plegaria jubilosa que los graznidos de las gaviotas, agitadas como murciélagos diurnos, hacían ininteligible o macabra. La primavera volvía a reír en el cielo, pero era la suya una risa desdentada y con piorrea, como la de aquellos hombres que dejaban sepultada la juventud en un cementerio sin cruces, bajo un manto de nieve sucia. Pero al menos habían vivido para contarlo.

—¡Gabriel Mendoza! —gritó el oficial encargado del recuento.

Mientras cruzaba la pasarela se juró que sería la última vez que se aprovecharse de aquella identidad usurpada. En la cubierta proseguía la algazara de los liberados, a los que la tripulación iba repartiendo por los camarotes del barco; sobre las literas les habían dejado, recién lavadas y planchadas, ropas seguramente procedentes de algún rastrillo de beneficencia, que sin embargo les parecieron atavíos de príncipe, comparadas con sus harapos de presidiario. Cuando mugió la sirena, anunciando la partida, y el barco se alejó del muelle, donde permanecían inmóviles —y tal vez envidiosos de su suerte— los guardias que los habían escoltado hasta el puerto, la algazara estalló en un griterío de entusiasmo y emociones desbordadas que ya ni siquiera el alboroto de las gaviotas pudo empañar. Lanzaron al mar sus gorras de esclavos y prorrumpieron en cánticos marciales, patrióticos y falangistas, que luego se ramificaron en cánticos regionales y nostálgicos del terruño; Antonio pensó entonces que Mendoza habría encabezado con gusto aquella apoteosis canora, y quiso como homenaje imitarlo, pero la voz le brotaba feble e impostada, como extranjera de sí misma. Se refugió en el camarote que le habían asignado, para cambiarse de ropa; mientras se despojaba de los andrajos agrios de sudor que durante años habían sido su segunda piel se sintió como una culebra que muda la camisa, para seguir siendo sin embargo culebra, resignada a su condición abyecta y maldita de Dios. Luego, en el comedor del barco, donde les sirvieron lentejas y un filete, acompañados por un vaso

de vino riojano, esa impresión reptiliana se agudizaría todavía más, mientras los alimentos —tan dolorosamente sabrosos— irrumpían en los recintos largo tiempo hibernados de su aparato digestivo, como una marea impremeditada que desentumeciese las tripas.

El *Semíramis* navegaba bordeando a estribor la costa, rumbo al estrecho del Bósforo; aquella primera noche atracaron en el puerto de Estambul, donde los aguardaba una comitiva enviada por el gobierno español, con representantes de varios ministerios, médicos, periodistas y un par de capellanes castrenses, antiguos miembros de la División Azul. En la bodega del barco se improvisó un dispensario por el que fueron desfilando los liberados para su examen; todos habían padecido o padecían disentería, tifus, desnutrición y un largo rosario de enfermedades atroces o infamantes, pero en aquella hora de júbilo todos sus microbios y achaques habían desaparecido como por arte de ensalmo. También merodeaban por el dispensario los capellanes, a quienes se había confiado la ingrata tarea de comunicar personalmente a los guripas las pérdidas familiares que habían sufrido durante aquella larga década de cautiverio.

—¿Alfárez Mendoza?

Se había jurado que no volvería a responder por ese nombre, pero por lo visto tendría que esperar a desembarcar en España para poder abrazar el anonimato. El capellán era un hombre nervudo y cenceño, acaso cincuentón ya, pero desbordante de una energía juvenil aquilatada en el frente ruso. Antonio reparó en su divisa de comandante, con la estrella de ocho puntas cosida sobre la sotana, a la altura del pecho. Se cuadró.

—¡Presente!

—Descanse, hijo —le rogó, atribulado—. Lamento mucho tener que comunicarle una noticia así, pero su padre...

¿Cómo habría reaccionado Mendoza ante la muerte de su padre? ¿Habría podido la fuerza de la sangre sobre las desavenencias enquistadas? ¿Lo habría aceptado con entereza, incluso con un leve alivio, como manifestación de la justicia divina? ¿Habría llorado, sospechando la perdición de su alma? ¿O más bien exultado, confiando en la resurrección de la carne? Resolvió que la perplejidad se habría anticipado a todas las reacciones posibles:

—¿No me irá a decir que...?

—Desgraciadamente, hijo, descansa en el seno del Señor desde hace apenas una semana. Ya le habían comunicado tu regreso, y murió lamentando no poder volver a abrazarte por tan poco. —Chasqueó la lengua, sin encontrar una lección provechosa en aquel azar funesto—. Al parecer, luchaba desde hace años contra un cáncer. Y murió cristianamente, después de recibir los sacramentos, rodeado de sus seres queridos.

Su hijo, en cambio, sólo había recibido el sacramento del plomo, rodeado de soledad y devastación; tampoco aquí pudo encontrar Antonio ninguna lección

provechosa, pero él no era perito en teologías.

—Gracias, páter. Que Dios se apiade de su alma —dijo.

—Si te encuentras con fuerzas, podemos rezarle un responso mientras paseamos por cubierta.

Accedió dócilmente. A estribor, alumbrado por miríadas de luces, se recortaba el perfil de Estambul, erizado de minaretes y cúpulas bizantinas que disfrazaban su cochambre de zoco o baratillo. El mar tenía una textura oleaginosa, viscosa, acaso putrescente, como de sentina donde se desaguaban los pecados de medio mundo. Apoyado en la baranda del *Semíramis*, mientras los rezos del capellán se sucedían en una salmodia ininteligible, Antonio se sintió entonces más a gusto que nunca dentro de la identidad que había usurpado: ahora Mendoza también era, como él lo había sido desde su nacimiento, un huérfano sin deudas de sangre; y esta orfandad recién adquirida lo nutría, paradójicamente, de un vigor renovado, como si la culebra que acababa de despertar del letargo y cambiar de camisa se hubiese al fin acomodado a su nuevo ser y volviera a reptar sinuosa, dispuesta a instilar su veneno. ¿Por qué no quedarse para siempre dentro de esa piel? Mendoza le había dicho que su madre llevaba muchos años muerta, matada quizá a disgustos por el padre desaprensivo y putero; le había hablado también de una hermana afincada en San Sebastián, a la que sin embargo sólo veía de guindas a brevas y que con un poco de suerte no advertiría el cambio; y le había hablado obsesivamente, desde luego, de su novia Amparo, su acicate y consuelo desde que, trece años atrás, se alistara en la División Azul. Pero ¿qué novia espera durante trece años?

—¡Camaradas! —gritó un guripa desde la escotilla de popa—. ¡El capitán Palacios nos convoca a una reunión en el comedor! Sólo para divisionarios. ¡Tripulación y delegaciones abstenerse!

El capitán Teodoro Palacios era uno de los oficiales que, como Mendoza, había mantenido con su arrojo y presencia de ánimo la moral de la tropa, evitando su sometimiento a las asechanzas comunistas; también era uno de los oficiales a los que Antonio había seguido más de cerca, a través de su éxodo por los campos más remotos, durante su etapa oprobiosa como informante. En la cubierta se organizó un revuelo como de zafarrancho.

—Anda, Gabriel, ve. Yo seguiré rezando por tu padre —lo exhortó el capellán.

Ante la puerta del comedor se había apostado un guripa de la más estricta confianza del capitán Palacios, con la encomienda de vetar el paso a quien no fuera divisionario. Dentro, se respiraba un aire tumultuario y expectante, como de juramentados que se disponen a sellar un pacto de sangre. Allí estaban los que en la noche sin luz del cautiverio jamás habían declinado en su bravura ni claudicado ante sus carceleros; y estaban también los que, apretados por la inanición y las calamidades, habían sucumbido y ahora agachaban la cabeza, abatidos por el pesar y el remordimiento. Unos y otros fumaban como corachas, desquitándose de los años en que no habían podido probar el tabaco. El humo se adensaba sobre el techo, como

una niebla de la conciencia.

—¡Camaradas! —exclamó el capitán Palacios, trepando con esfuerzo a una de las mesas—. ¡Silencio, por favor!

Era un hombre de frente pálida y despejada, con el cabello muy pegado al cráneo y peinado hacia atrás, resaltando su calavera. Las hambrunas y enfermedades lo habían convertido casi en un esqueleto ambulante, pero no habían logrado quebrantar su temple. Amainó la zambra entre el auditorio, que se aprestó a escuchar sus palabras. A la vera de Antonio se había sentado, tal vez buscando la complicidad de los renegados, Faustino Vidal, el guripa de los párpados pelados y los labios abultados por la cretinez que lo había atendido en la enfermería de Borovichi y conocía su verdadera identidad.

—A ver qué machadas nos suelta ahora éste —murmuró, mezquino.

El capitán Palacios apenas tenía fuelle para respirar; y todo su discurso estuvo acechado por la sombra del ahogo, que nimbaba sus palabras de emoción:

—Todos hemos sufrido mucho, camaradas —comenzó—. Seguramente unos más que otros; pero ¿qué sentido tiene ahora entablar una competición de sufrimientos? Cada uno sabe, en su fuero interno, hasta dónde tuvo valor para sufrir; y Dios, que también lo sabe, podrá juzgarnos. A los demás sólo nos corresponde perdonarnos mutuamente, echando en saco roto todas las miserias que en estos años hayamos cometido, que seguramente serán muchas. Todos nuestros delitos y nuestras manchas, nuestras cobardías y desmayos fueron producto de unas circunstancias deplorables. Si algo sucedió entre nosotros, debe quedar desde este preciso instante perdonado y olvidado y nadie tiene por qué saberlo. —Hizo una pausa, buscando la unánime anuencia de su auditorio—. Volvemos hoy a España, donde a todos nos esperan como a héroes. Si hubo algunos que fueron flacos de corazón, que no soportaron los sacrificios o pretendieron minar nuestra resolución, también es verdad que se arrepintieron al final y pudieron regresar a su patria. —Aunque Palacios no lo miraba, Antonio interpretó, acaso arrogándose un protagonismo excesivo, que aquellas palabras iban especialmente dirigidas a él—. Sólo por haber tomado esa difícil decisión merecen nuestro aplauso y respeto. A España volvemos con la conciencia tranquila y unidos como una piña. Y aquel que intente, por afán de lucro o por rencillas egoístas, echar tierra o desprestigiar a alguno de sus camaradas, será considerado un perjuro y despreciado por todos los demás. Os exijo que ahora mismo empeñéis vuestra palabra en que jamás saldrá de vuestros labios una acusación contra ninguno de los que hoy estamos siendo repatriados. ¡Todos entraremos en España con la cabeza bien alta! ¡Arriba España!

Aplaudieron a Palacios con una ovación cerrada y respondieron a su apostrofe con una sola garganta enardecida. Se reanudó la bulla, en un ambiente de parabienes y brindis del que también participaban, con el gozo redoblado de quienes acaban de ser absueltos, los divisionarios que unos minutos antes se refugiaban, avergonzados, en el abatimiento. Vidal lo golpeó con el codo, confianzudo:

—¿Qué te ha parecido? ¡Con la cabeza bien alta! Y eso nos incluye a todos, también a mí y a ti... alférez Mendoza.

Antonio lo odió minuciosamente, con odio químicamente puro, cristalizado como una sal alcalina. Pero las culebras saben mimetizarse:

—Por supuesto que sí, Vidal, con la cabeza bien alta —dijo, y preguntó, muy untuosamente—: ¿Y tú por dónde pasearás la cabeza, si puede saberse?

—Pues por mi pueblo de siempre: allí me nacieron y allí habré de morir, si Dios quiere —respondió bobalicón—. A ver si ahora, que me habré vuelto famoso, consigo una buena moza que me cuide en la vejez.

Subieron a la cubierta, empujados por los otros guripas que jaleaban al capitán Palacios. La noche turca traía un aroma de serrallos y emboscadas.

—¿Y cómo se llama tu pueblo?

—Arquillos se llama. Un pueblito muy pequeño de la provincia de Zamora, en la Tierra del Pan. ¡Aunque pan siempre hemos tenido poco, no te creas! —Rió, desentendido de los pensamientos turbios de Antonio—. En cambio, por San Isidro tenemos unas fiestas que no se las salta un gitano. ¡Mira a ver si te quieres apuntar! Aunque ya me imagino que, siendo de Madrid, las vuestras serán mejores.

Antonio se miró en la mar oleaginosa, donde ardía su odio. Luego se rió despreocupadamente, buscando en vano la luna que rielaba, según el poema de Espronceda que le habían enseñado en el hospicio.

—Hombre, más grandes seguro. Pero a mí las fiestas, como las mujeres, me gustan chicas. Para ponerlas mirando a Pamplona, quiero decir.

Vidal soltó una carcajada majadera o libertina:

—Pues vente a Arquillos, que alguna chica encontrarás. Son todas un poco usmias, no te creas, pero por San Isidro se ponen de buena jera.

Antonio se perdía en los dialectismos rurales de Vidal, como seguramente Vidal se habría perdido en la jerga del hampa que Antonio empleaba antes de marchar a Rusia. Pero había decidido no volver a emplearla.

—¡Pues de buena jera las pondremos mirando a Pamplona! —dijo, sumándose a las carcajadas de Vidal, que seguramente pensaba que su invitación había caído en saco roto, como siempre ocurre con los ofrecimientos lanzados a humo de pajas, al calor del entusiasmo o del vino.

Pero Antonio no conocía el entusiasmo, ni apenas probaba el vino. En el cielo de barro de Estambul no lucían ni siquiera las estrellas, espantadas por los lililíes de los almuédanos. Le habría gustado que, en la noche de San Isidro, tampoco luciesen las estrellas sobre el cielo de Arquillos: un cielo como una tapia de adobe o un túmulo sin epitafio, vacío de Dios, eso es lo que deseaba.

Cuando el *Semíramis* enfiló la bocana del puerto de Barcelona, una semana después, estalló el júbilo. Decenas, tal vez cientos, de balandros, chalupas, lanchas, canoas y toda suerte de improvisadas embarcaciones salieron a su encuentro, haciendo sonar bocinas, silbatos, chirimías, mientras dos Junkers del ejército trazaban piruetas en el cielo, sumándose a la celebración. El sol que ya empezaba a declinar parecía haberse quedado quieto, como cuando la trompeta de Josué, y cabrilleaba en el agua de la dársena, mientras los repatriados se agolpaban en la baranda de cubierta, ondeando sus pañuelos, tratando de distinguir a sus familiares entre la multitud que se agolpaba en el muelle y se desbordaba por toda la parte baja de las Ramblas y los alrededores de la Merced, llegando su mancha hasta la montaña de Montjuich. En la estación marítima se lanzaban cohetes y se enarbolaban banderas y pancartas, y resonaban en los altavoces los acordes del *Cara al sol*, a los que la multitud puso enseguida letra, brazo en alto, como los propios repatriados, que ya no podían distinguir a nadie, porque las lágrimas les obstruían la visión:

—Cara al sol con la camisa nueva  
que tú bordaste en rojo ayer,  
me hallará la muerte si me lleva  
y no te vuelvo a ver.

Volvían con camisas viejas y zurcidas de remiendos, pero la muerte, finalmente, no los había llevado, como a tantos otros que hacían guardia sobre los luceros, impasible el ademán, esperando la resurrección de la carne que había predicado Mendoza. Cuando el barco dejó atrás la escollera y se acercó al muelle, la marea humana se arracimó peligrosamente en los malecones, en un movimiento incontenible, y su griterío se fundió con las sirenas del *Semíramis*, que ya atracaba por la banda de estribor. Algunos impacientes o audaces trepaban al barco, aferrándose a las escalas que los repatriados les lanzaban desde la borda, o aprovechando las sogas de amarre; y entre los más impresionables menudeaban los desmayos y las taquicardias cuando por fin lograban reconocer al ser querido que durante más de una década habían creído muerto. Repicaban las campanas de todas las iglesias de Barcelona, en un descalabro de bronce, y el delirio colectivo se desbordó por completo cuando desde el muelle por fin se tendió la pasarela que

habría de servir a las autoridades presentes en el puerto, encabezadas por el general Muñoz Grandes, para recibir a los repatriados. A empujones, forcejeando con los que querían bajar, los que subían entablaron formidable tumulto de abrazos y llantos, mientras algunos divisionarios que habían logrado saltar al muelle se arrojaban frenéticos al suelo, para besar tierra española. Los altavoces escupían la voz de un locutor, tal vez Matías Prats, que vibraba con aquel hormiguero humano, en el que ya las madres envejecidas podían palpar a los hijos resucitados, y las novias mustias de ausencia los cubrían de besos en las mejillas escareadas por el frío, y los padres los abrazaban hasta estrujarlos, refugiando las lágrimas viriles sobre sus hombros huesudos. Zarandeado por unos y otros, aturdido por unos y otros, huérfano de unos y otros, Antonio trató de alcanzar los soportales del muelle, para escabullirse después entre el gentío. Creyó escuchar una voz femenina entre el zumbido de sus oídos:

—¡Gabi! ¡Gabi! Estamos aquí.

No volvió el rostro y apretó el paso, en la esperanza de que pronto la muchedumbre se lo tragase; pero entonces una mano fornida lo agarró del jersey, obligándolo a detenerse.

—¡Gabi, amigo! ¡Siempre supe que los rojos no podrían contigo!

Era un hombre de su misma edad, si acaso unos pocos años mayor, pero que quizá pesase el doble que él; y sin embargo, no estaba del todo gordo, aunque en su cintura ya abultase la barriga. Antonio reparó en la mancha púrpura que invadía el lado izquierdo de su cara, una mancha del tamaño de un puño, de contornos accidentados como un fiordo, que le nacía en el rabillo del ojo y se extendía hasta la mandíbula, cubriéndole la mitad de la mejilla.

—¿Es que ya no me reconoces, o qué? —le preguntó, muy venialmente ofendido.

Por supuesto que lo reconocía. Se habría echado quince kilos encima, y su gesto era más jovial que el de antaño, pero aquella mancha, que era en realidad tejido fibroso mal cicatrizado, resultado de una herida de metralla, resultaba inconfundible.

—Cómo no te voy a reconocer, Pacorris...

—Anda, deja que te abrace, campeón.

Y lo hizo atolondradamente, igual que doce años atrás lo había hecho, pensando que abrazaba a otro hombre, ante la sede de la Secretaría General del Movimiento, en la calle de Alcalá. Luego lo tomó de los brazos y lo zarandeó, apartándolo un poco de sí, como si ya la presbicia le causara los primeros estragos.

—Sí, no hace falta que me lo digas, he engordado bastante —se excusó Cifuentes—. Claro que a ti tampoco se te reconoce tan fácilmente con esa barba... —Se volvió hacia la multitud y berreó, agitando la mano—. ¡Amparo! ¡Ven aquí! Mira a quién le he echado el anzuelo.

Se abrió paso entre el hormiguero humano una mujer de ojos claros y bovinos, muy delicadamente melancólica, como las vírgenes de los iconos. Pero era ya una virgen tardía, enmohecida por demasiados años de espera. ¿Cómo debía actuar ante una novia que guarda fidelidad durante trece años? Antes de que pudiera reaccionar,

ella ya se había arrojado sobre su pecho; y no pudo hacer otra cosa sino abrazarla y besarla en el pelo.

—Qué bien hueles —dijo, por decir algo.

Amparo rió. Las lágrimas le habían corrido el rímel, dejando sobre sus mejillas dos churretones negros.

—Era tu perfume favorito, ¿recuerdas?

Antonio tendría que aprender a disfrutar del olfato otra vez, después de no haber respirado durante tiempo otros olores que las pestilencias del barracón donde se hacinaban los prisioneros. Llenó los pulmones de aquel aroma que, naturalmente, no recordaba.

—Naturalmente que sí, cómo no lo voy a recordar.

Amparo volvió a abrazarlo, y esta vez también Cifuentes se sumó a la piña, en la que retumbaron los sollozos de ambos, mientras Antonio se esforzaba en vano por sumarse a ellos. Amparo susurró, antes de que se disolviera el abrazo:

—Gabi, tu padre...

—Sí, lo sé —la interrumpió—. Me lo dijeron en el barco. Que Dios se apiade de su alma.

Y ahora, absurdamente, notó que las lágrimas, tan remisas hasta entonces, lo apremiaban también a él, tal vez porque la muerte del padre de Mendoza le recordaba la muerte del hijo, a quien ni Amparo ni Cifuentes llorarían jamás. Sentía asco de sí mismo; pero se puede vivir sintiendo asco de uno mismo, como otros viven cojos o ciegos o en una silla de ruedas.

—En los últimos años había cambiado mucho, no te creas —lo consoló Amparo—. Seguro que se había arrepentido de lo que había hecho.

—O por lo menos hacía como que se había arrepentido —terció Cifuentes, menos condescendiente que la novia de Mendoza—. No había día que faltase a misa, y participaba en todo tipo de obras de caridad. Tal vez así creyera que tenía asegurado un lugar en el cielo.

Amparo le lanzó una mirada amonestadora. Se quedaron por unos instantes sin saber qué decirse, engullidos por el griterío de la gente y el estruendo de los altavoces, que repicaban la voz florida de Matías Prats:

—La multitud está excitada e impaciente por abrazar a los que hace trece años marcharon al frente del Este, fueron capturados por los comunistas y ahora vuelven entre vítores y aplausos atronadores; ensordecedores, señoras y señores... Vuelven nimbados por un bosque de banderas y pancartas, docenas, centenares de banderas y pancartas flameando en el mar de brazos en alto de una multitud que se extiende desde la estación marítima hasta el hospital del Generalísimo, situado en las inmediaciones del Tibidabo... ¡Barcelona entera es hoy un hervor patriótico, una vibración emocional indescriptible!

En la basílica de la Merced se había anunciado el rezo solemne de una salve en acción de gracias ante la Virgen, redentora de cautivos; y, para facilitar el traslado a



los repatriados y a sus familiares al lugar, se habían dispuesto varios autocares que esperaban fuera de la estación marítima. Hacia ellos se dirigieron, en volandas casi de aquel gentío que ya se desparramaba por las Ramblas, impidiendo la circulación de vehículos. El conductor del autocar en el que habían montado trataba en vano de salir del atolladero, con frenazos y sacudiones que los pasajeros celebraban con asustado alborozo, como niños en una montaña rusa. Cifuentes, que se había sentado detrás de Antonio y Amparo, se incorporó para decir:

—Siempre que vengo a Barcelona recuerdo el viaje que hice con Gabi, para asistir a un congreso del S. E. U., allá por el año cuarenta. ¿Te acuerdas? Vinimos en camión, porque tenías que recoger un cargamento de paños.

Antonio tembló, antes de responder. Tomó de la mano a Amparo, esperando que sus dedos mutilados provocaran en ella alguna reacción que permitiera cambiar el rumbo de la conversación. Pero Amparo callaba, mordiéndose el llanto.

—Venga, Gabi, no me digas que no te acuerdas tan bien como yo... Había caído una nevada de aúpa —insistió Cifuentes, jacarandoso.

—Te refieres a cuando se estropearon los frenos... —arriesgó.

—¡Equilicué! —lo celebró Cifuentes—. Veo que conservas intacta la memoria. ¡Joder, no he pasado más miedo en mi vida! Y el tío, aquí donde lo tienes, en lugar de meter la primera, iba en tercera todo el tiempo...

Amparo se esforzó por sonreír, mientras Antonio le apretaba la mano y repetía la lección que Mendoza le había dado, conduciendo por el camino sinuoso que llevaba desde las minas de carbón al campo de Borovichi:

—Eso es lo que los legos no sabéis: pero la primera marcha hace que las ruedas se aferren más al piso; y si el piso está nevado, el riesgo de que resbalen es mayor.

—Ya, ya, eso me decías. Pero el miedo que pasé yo entonces no me lo quita nadie. ¡Madre mía del amor hermoso!

Cifuentes manoteó en un aspaviento muy expresivo y se aflojó el nudo de la corbata. Antonio lo recordaba menos festivo y dicharachero, pero tal vez estuviese sobreactuando, por aliviar las tensiones del reencuentro. Amparo, en cambio, carecía de tales recursos, y finalmente no pudo contener el llanto.

—Eh, Amparo, no me llores —la animó Antonio, ayudándola a enjugarse las lágrimas con un pañuelo impregnado de su perfume—. Hoy es un día para reír.

—Han sido tantos años de tortura, Gabi... —trató de explicarse—. Porque la peor tortura del mundo es no saber: la duda, la incertidumbre de no saber qué había sido de ti. Levantarse cada día sin saber si estabas vivo o muerto, o si estabas vivo pero ese mismo día morirías. Ha sido algo horroroso.

Antonio terminó de secarle las lágrimas y se guardó su pañuelo en prenda. Se sintió miserable, mientras repetía la encomienda que Mendoza le había hecho, cuando se fugaron del Sumidero del Diablo:

—Pues que sepas que no pasó un solo día sin que pensara en ti, Amparo. Cuando soportaba hambrunas y penalidades era porque tu recuerdo me inspiraba el valor para

hacerlo.

No se atrevió, en cambio, a afirmar que deseaba envejecer a su lado y tener con ella un montón de hijos, como Mendoza había afirmado entonces, porque se le antojó una falsedad demasiado chirriante, incluso para un impostor como él, y también porque Amparo mostró ciertos síntomas de agobio ante aquel papel inspirador que Antonio acababa de asignarle. Llegaron a la basílica de la Merced con bastante retraso sobre el horario previsto; y aún tuvieron que esperar durante un par de horas más por las autoridades, que finalmente no llegaron, atrapadas por el atasco o más bien reticentes a significarse en exceso en los actos de recepción de los divisionarios, que a fin de cuentas eran reliquias de un tiempo periclitado, testimonios vivientes de ideales desaforados o quiméricos que el pragmatismo de hogaño prefería relegar a un desván de incuria. Al acabar la ceremonia fueron paseando hasta la estación de Francia, donde se había dispuesto un tren para transportar a todos los liberados y familiares que residieran en Madrid, o en las localidades ubicadas a lo largo del trayecto. Después de una semana de travesía y de once años de encierro, Antonio disfrutaba de aquel modesto placer del paseo como de una expedición a un planeta recién descubierto. La tarde tenía una temperatura dominical, luminosa como una vasija de vidrio, sofocante de humedad y mujerío.

—Ya habrás comprobado que Franco no quiere saber nada de la División Azul —comentó Cifuentes, devorado por el desengaño político, como doce años atrás—. Ni asiste a vuestro recibimiento, ni se molesta en transmitir un mensaje a través de sus ministros, ni nada de nada. Es el gran ausente.

Mucho más que la ausencia de Franco le interesaba a Antonio el tráfago de la calle, los cafés crujientes de cáscaras de gambas, las mercerías y tiendas de ultramarinos, como despensas de Marco Polo, las mujeres como garzas que discurrían en sentido contrario, caminando con las caderas, o utilizándolas como contrapeso en la marcha; hubiera deseado volverse, para ponderar sus culos empaquetados por la falda o soltarles un cachete en las nalgas, pero tenía que atenerse a su papel.

—Que le den por culo a Franco, Pacorris —dijo, con asociación algo elemental.

—El muy cabrón habrá leído como hemos leído todos las crónicas de Torcuato Luca de Tena en el *ABC*, contando las burradas que os hicieron los comunistas. Tendría que besar el suelo por el que pisáis.

Luca de Tena era uno de los periodistas que habían subido en Estambul al *Semíramis*, donde se había dedicado a entrevistar a los liberados. Pero una crónica no bastaba para cartografiar aquellas geografías del espanto, dichosamente abolidas.

—Dejemos ese tema —dijo Antonio, cruzando con Cifuentes una mirada atribulada—. Prefiero que hablemos de vosotros. Contadme qué habéis hecho en este tiempo.

Entraron en la estación de Francia a través de las arcadas de su fachada principal, como bostezos modernistas; en el vestíbulo había una aglomeración caótica de gentes en trasiego, el paraíso de los mangantes y los arrimones. Antonio sintió nostalgia de

su antiguo oficio.

—Pues ya me dirás por dónde quieres que empecemos —dijo Cifuentes, lanzando una mirada fugaz, subrepticia, tal vez culpable, a Amparo.

—A ver, por ejemplo: tú, Pacorris —Antonio fingió que aquella mirada le había pasado inadvertida—, espero que hayas acabado de una puñetera vez la carrera de medicina, ¿no? Ya no ha habido más guerras que te sirvan de excusa...

Cifuentes se rió gustosamente:

—¡Menos choteo, eh! Acabada está, gracias a Dios. Y me especialicé en ginecología.

—¡Vaya, sí que eres listo tú! —bromeó Antonio. Por un segundo pensó que la alusión pudiera resultar ofensiva a Amparo, pero comprobó que no era mujer mojigata, por lo que abundó en la sicalipsis—: Se te deja un rato solo y tiras al monte.

—Conseguí hacerme un huequito en el departamento de la facultad y en el hospital de San Carlos. Pero el hospital van a cerrarlo pronto y a trasladarse a unos terrenos de Moncloa; y en el departamento no me quieren porque no soy adicto al Régimen, así que estoy preparando oposiciones a cátedra para la Universidad de Valladolid.

Cifuentes no parecía demasiado contrariado; o la contrariedad de la preterición quizá se hubiese convertido en una rutina, con el paso de los años y las sucesivas aperturas del Régimen, que también estaba en pleno deshielo, como los rusos.

—¡No me fastidies que vas a dejarnos! —se exaltó Antonio—. ¿Tú qué dices a eso, Amparo?

No se había ruborizado con las alusiones sicalípticas, pero en cambio esta inquisición somera de Antonio la descabalaba extrañamente:

—Hombre, Valladolid está a tiro de piedra —dijo, apocada—. Podemos seguir viéndonos.

Antonio pensó que en ese plural había una cierta ambigüedad, pues no se especificaba quiénes permanecerían en Madrid y quiénes marcharían a Valladolid. Cifuentes se había adelantado, para indagar el andén donde aguardaba el tren de los divisionarios. No le arredró quedarse a solas con Amparo, señal de que cada vez se adaptaba mejor a su papel (o de que Amparo le importaba un ardite):

—¿Y tú, Amparo? ¿En qué andas metida? —le preguntó.

—Pues aquí, luchando —se encogió de hombros, irresuelta—. Tengo a mi madre muy pachuchina, y sigo viviendo con ella en Aravaca.

Aravaca era el lugar idóneo para mantener una virginidad en salmuera. Volvió a preguntar:

—¿Y qué tal por la Sección Femenina?

Aquí Amparo esbozó un mohín de disgusto y movió la mano, como si borrara o negara algo. Buscó la complicidad de Cifuentes, que ya había regresado de su exploración.

—La Sección Femenina la dejé, Gabi. Pacorris también se ha salido de la

Falange. Ya nada es lo que era, se han convertido en lacayos y aprovechateguis.

Cifuentes asintió, con ganas de meter baza. Pero Antonio se anticipó, mientras se dirigían al andén:

—¿Y estás trabajando en algún sitio?

—Pacorris me consiguió un empleo de enfermera en el hospital de San Carlos, pero si se marcha no sé yo si podré mantenerlo.

En el andén unas mozas viejas de la Sección Femenina agasajaban a los repatriados con tabaco, chocolate, turrónes y alguna propinilla que Antonio no aceptó, por pundonor. Pensó que tal vez fueran las mismas que trece años atrás despidieron la primera leva de la División Azul y se dejaron besar y tocar el culo por los divisionarios; no sabía si con el tiempo se habrían convertido en lacayas y aprovechateguis, pero el culo, desde luego, se les había puesto catastrófico, pese a la faja. En el andén habían aparecido unos agentes de la policía armada que impedían a los repatriados subir al tren. Se organizó una fenomenal tremolina.

—Serán... —dijo Cifuentes, y se mordió la invectiva—. Ahora resulta que han cancelado el viaje.

—¿Cómo? —preguntó Amparo, todavía sin comprender.

La estupefacción inicial de los repatriados y sus familiares se encrespaba de palabras gruesas; el altercado parecía inminente. Cifuentes voceó, soliviantado:

—¡Aquí lo que pasa es que no hay cojones para que Madrid reciba como se merecen a unos valientes que han vestido el uniforme del Tercer Reich! —Y arriesgó todavía más—: ¿Qué pasa? ¿Que el precio de los pactos con Estados Unidos y de la entrada en la ONU son los divisionarios? ¡A la mierda con toda esa bazofia!

Unos burócratas de la Delegación Nacional de Excombatientes parlamentaban con las familias ofendidas por la cancelación del viaje; al parecer, habían conseguido que compensasen la vejación, distribuyéndolos por diversas pensiones de la ciudad y aceptando que se cargara la factura a la Delegación.

—¡Nosotros no somos unos muertos de hambre que necesitemos vuestra limosna! —seguía vociferando Cifuentes.

Antonio trató de apaciguarlo:

—Si no la necesitamos, da igual. Por lo menos que se jodan y apoquinen. Pídeles un par de habitaciones.

Todavía sulfurado, Cifuentes accedió a la petición de Antonio. Les adjudicaron una pensión en el Barrio Gótico, frente a la iglesia del Pi, al costado de las Ramblas. Cenaron frugalmente en una tasca gargajosa de charnegos y aldonzas, y Antonio pidió pronto retirarse a la pensión, pretextando cansancio (pero, aunque era un pretexto para evitar conversaciones de sobremesa embarazosas, en verdad estaba rendido). Se repartieron las habitaciones, dejando para Amparo la que tenía mejores vistas. Antonio se preguntó si de veras Mendoza jamás la habría catado, o si en defecto de Mendoza no la habría catado algún otro hombre; y buscó en su rostro, un poco pánfilo o cohibido, la respuesta, mas sin resultado. Le dio un beso casto de

buenas noches en la frente, más bien un ósculo descomprometido.

—Amparo ha sufrido más de lo que te imaginas, Gabi —le dijo luego Cifuentes, cuando ya se hallaban en su cuarto, mientras Antonio probaba el mullido de las camas que, aunque tenían los colchones apelmazados y sin orear, le parecieron camas de emperador, en comparación con las literas de los barracones—. Tú piensa que en el año 43 nos comunicaron tu muerte en combate, con una carta firmada por el general Esteban Infantes, nada menos. Luego recibimos, algunos años más tarde, noticias de que tal vez siguieses vivo, a raíz de la liberación de algunos prisioneros alemanes con los que coincidiste en el campo. Desde entonces, Amparo ha vivido en vilo. —Hizo una pausa y añadió enfáticamente—: Hemos vivido en vilo.

—Me lo imagino, Pacorris, me lo imagino.

Cifuentes había corrido las cortinas y encendido una lámpara de mesilla que derramaba un corro de luz ambarina. Se empezó a desvestir sin melindres, mostrando su corpachón veloso, algo rollizo en la cintura; aunque ya no cojeaba, su pantorrilla derecha seguía zurcida por los costurones causados por la metralla. Soltó a bocajarro:

—Pero aquí la clave es la siguiente: ¿tú sigues sintiendo lo mismo por Amparo?

Aquel modo tan expeditivo de preguntar lo llenaba de zozobra. Antonio reparó en que la mancha de la cara le palpitaba como un corazón autónomo, expectante ante su respuesta.

—Hombre, yo creo que sí —dijo, nadando entre dos aguas—. Trece años llevo pensando en ella. Pero trece años no pasan en balde para nadie. Ahora lo que tengo que hacer es tomar contacto con la realidad, reanudar mi relación con ella y luego decidir.

Cifuentes se metió en calzoncillos en la cama. Antonio también empezó a desnudarse, avergonzado de mostrar su cuerpo enteco y temeroso de que hubiese alguna circunstancia anatómica de Mendoza —la pelambre del pecho, algún antojo o lunar— que Cifuentes recordara y echase en falta. Pero Cifuentes era muy macho y no miraba su desnudez.

—Trece años no pasan en balde para nadie, desde luego —murmuró, en un tono compungido y como pesaroso de no poder o no atreverse a ser más explícito. Calló por un instante y luego recuperó la locuacidad—: Tú ahora lo que tienes que hacer es empezar cuanto antes la vida cotidiana. ¿Piensas acabar la carrera?

Antonio se apresuró a responder, mientras se metía en la cama:

—Ni loco, amigo. Cada cosa tiene su tiempo y yo ya estoy muy viejo para estudiar. Veremos si puedo con el negocio de los transportes de mi padre. Si es que me lo ha dejado en herencia, claro.

—Pues me parece una decisión muy inteligente. —Cifuentes alargó un brazo y apagó la lámpara de la mesilla—. El caso es que vuelvas pronto a tus obligaciones cotidianas: eso te hará mucho bien, y en unos pocos meses te habrás aclarado.

Mientras hablaban en la oscuridad, Antonio tuvo la impresión —paradójica, quimérica, seguramente grotesca— de estar departiendo con un viejo amigo

reencuentro.

—Sí, Pacorris, tengo ganas de dejar atrás el pasado... —suspiró.

—Fuimos unos ilusos —dijo él, con una voz rumorosa de recuerdos—. Pensábamos que íbamos a salvar a Europa de la mierda corrompida de las democracias y el comunismo.

Le siguió la corriente:

—Muchas veces me he preguntado si aquello mereció la pena.

Cifuentes se removió en la cama, como si los muelles del somier le oprimieran alguna zona blanda de su alma.

—Yo también lo he hecho, Gabi. Y al final me he dicho: sí, sí mereció la pena. Aunque no venciéramos, la guerra mereció la pena, porque allí estaba la vida verdadera. —Había espantado los pensamientos funestos—: Hay algo que nunca nos podrán quitar los cobardes y los medradores. Es la camaradería. La camaradería, Gabi, que es lo más hermoso que despertó la guerra. Aunque sólo sea por eso mereció la pena luchar.

Antonio temió que aquel rapto sentimental se ramificase en confidencias sobre el tiempo compartido en el frente ruso con Mendoza que lo delatasen. Para evitarlo, azuzó la pasión política frustrada de Cifuentes:

—Por eso tal vez... porque, por lo demás, fue un completo desastre. Mejor hubiera sido que nos hubiésemos dedicado a hacer aquí la revolución interna, en lugar de quemarnos en aquel infierno. Así les hicimos el caldo gordo a los aprovechateguis, que querían destruir a la juventud revolucionaria de la Falange, enviándola lejos, cuanto más lejos mejor.

—Eso, eso, y que los rojos les hicieran en Rusia el trabajo sucio que ellos no se atrevían a hacer en España —se encabritó Cifuentes—. Les asustábamos, Gabi, les asustaba aquella generación entusiasta que podría haber salvado España de la miseria y de la podredumbre, y metido en la cárcel a todos los logreros, tecnócratas, capitalistas y meapilas que ahora chupan del bote. Y Rusia les vino de perlas: muchos se quedaron allí para siempre, seguramente los mejores; y los que conseguimos volver estábamos ya para el arrastre. Nos pusieron cuatro medallas, nos dedicaron cuatro misas y se repartieron el momio.

Se sumió en un mutismo desesperanzado. Antonio trató de animarlo:

—Algo salvable habrá sobrevivido...

—Puaff... Si por lo menos hubiera diez justos, esto todavía se podría salvar. Pero España se ha convertido en el paraíso de los burócratas, los sindicalistas sumisos y los profesionales de la rapiña. La Falange parece un circo de animales capados y amaestrados; y de lo que ha florecido fuera de la Falange, o de sus migajas, no te quiero ni contar: los chupópteros de la democracia cristiana, los chupacirios proyanquis... ¡Morralla!

Lo dijo en un tono exasperado, casi virulento. Antonio contemporizó:

—Bueno, nunca se sabe. A grandes males, grandes remedios. Quién te dice que

de lo malo no sale al final algo bueno.

Cifuentes resopló, escéptico. Ahora su voz se había teñido de noche, su voz nacía de la misma noche, primogénita de las tinieblas:

—No, no te equivoques, Gabi. De algo que está mal nunca se puede sacar un bien. ¿Recuerdas cuando leímos a Shakespeare? —Antonio, que no había leído más que periódicos en su vida, se estremeció y soltó un gruñido confuso de asentimiento—. Fíjate en Macbeth: pensó que entre él y la corona de Escocia no había más obstáculo que el cuerpo durmiente de Duncan. Y decidió matarlo, creyendo que así lograría alcanzar un mayor bien. Pero la vida es una unidad, el ser humano acaba siempre pagando el precio de las consecuencias de sus actos malos. Y lo mismo les ocurre a las sociedades y a las naciones. No, Gabi, haciendo un mal jamás se puede alcanzar el bien. El mal siempre te atrapa, es como el hombre que está encerrado en una habitación y piensa que, destrozando la puerta, será libre al fin. Pero destroza la puerta y se encuentra en una habitación todavía más pequeña. Y cuanto más mal hace, cuantas más puertas destroza, más se estrecha la habitación, hasta que muere ahogado. Esto ya no tiene remedio.

Cifuentes hablaba de España, pero Antonio no pudo evitar aplicarse aquella enseñanza a sí mismo, a la loca y seguramente suicida aventura que ahora iniciaba. Exorcizó sus miedos mullendo la almohada:

—Dios dirá, Pacorris. Ahora será mejor que tratemos de dormir.

Pero la respiración de Cifuentes no parecía soñolienta, ni siquiera cansada, sino agitada por una zozobra que no se atrevía a manifestar. Antonio pensó que esa respiración se infiltraba en las paredes y corría a refugiarse en la respiración de Amparo, a la que también imaginaba insomne.

—Buenas noches, Gabi. Por cierto, tengo entendido que en tu familia han estado esperando tu regreso para hacer la testamentería de tu padre. Creo que os vais a juntar en la notaría la semana que viene. Así saldrás de dudas y sabrás si te ha dejado en herencia el negocio de los transportes. —No se recató de execrar al difunto—: Por lo menos, le darás un uso mejor que él.

—Eso ni lo dudes, amigo.

Pero el mismo Antonio, mientras escuchaba la respiración atribulada de Cifuentes, navegaba en un mar de dudas. Un mar abisal, serpenteante de sargazos, acechado por faunas viscosas y carnívoras.

A Amparo le dolía el silencio de Gabi, los silencios de Gabi, que no quería contar nada de lo que había vivido durante su cautiverio en Rusia, y tampoco preguntar por lo que había sido la vida de ella durante todos aquellos años, como si el silencio pudiera restañar las heridas que se habían abierto desde entonces. Comprendía que Gabi aún estaba convaleciente de una experiencia destructora hasta más allá de lo concebible; pero deseaba ayudarlo a sobrellevarla, a digerirla, a curarla, siquiera en sus secuelas más desgarradoras. Y al mismo tiempo, quería —porque en toda verdadera transferencia espiritual tiene que haber algo de fluencia recíproca— explicarle cómo la incertidumbre la había ido erosionando durante todo aquel tiempo, hasta aniquilarla; y cómo la espera sin esperanza se había ido convirtiendo en un páramo enloquecedor, en el que hasta la alegría más insospechada y trivial estaba vedada; y cómo, cuando esa alegría se saltaba la veda, enseguida se hacía remordimiento desgarrador, un infierno de la conciencia en el que, inevitablemente, pensaba que mientras ella se divertía —aunque fuera sin pretenderlo—, Gabi estaría sufriendo tormentos sin tasa. Le habría gustado explicarle esta congoja cotidiana que había durado trece años inacabables, con sus noches lentísimas como destilaciones de un alambique, con sus días amargos como aceite de ricino; y que, del intercambio de confidencias, hubiese renacido el amor que hubo entre ellos, el amor que se había quedado atrapado entre las zarzas. Incluso habría preferido su protesta a su silencio; habría preferido su reproche a esa especie de hermético laconismo en el que Gabi siempre se refugiaba cuando ella trataba de inventariar aquellos años, en los que tantas veces se había sentido atrozmente sola, y sin embargo aún seguía amándolo; en los que tantas veces había deseado morir, mientras se pudrían su virtud y su cuerpo, y sin embargo aún seguía amándolo; en los que le había ofrendado cada instante de desaliento, cada tentación rechazada, cada placer reprimido y cada deseo rehusado, y sin embargo aún seguía amándolo. Y también confesarle que, en algún lugar inconcreto de esa espera sin esperanza, en alguna noche de insomnio o de fiebre, en algún día de desmayo o hastío, había dejado de amarlo. Pero, aunque hubiese dejado de amarlo, no había muerto su amor; y si Gabi quería, podría volver a amarlo, porque su amor estaba dispuesto a reanudar sus compromisos. Pero hacía falta que él quisiera.

No había dejado de llamarla todos los días, ciertamente. Y también era cierto que



casi todos los días le había pedido que lo visitara en la casa familiar de la calle de Claudio Coello, que tras la muerte de sus padres era más bien un caserón inhóspito, atestado de recuerdos punzantes o enojosos, en el que Gabi todavía no había conseguido encajar, en el que todavía no había aprendido a desenvolverse, como un niño que desconoce el funcionamiento de las cosas más elementales, como un anciano que ha olvidado los hábitos de su juventud. Gabi le pedía que lo acompañara a hacer los recados más fútiles o los trámites más aburridos, y ella lo hacía con gusto, o siquiera con abnegada diligencia; pero en cuanto le proponía que hablasen de aquellos continentes oscuros del pasado, Gabi se cerraba en banda, hermético como un molusco que prefiere lamerse las llagas encerrado en su concha. También le había propuesto que saliesen a divertirse con los amigos, a restaurantes o al campo, pero él siempre se desmarcaba, alegando que aún no estaba preparado para enfrentarse con el mundo, que aún necesitaba tiempo para asimilar una nueva vida a la que había renunciado ya, tiempo para encontrarse a sí mismo, entre los añicos que se había traído de Rusia. A cada negativa o subterfugio, Amparo sentía que su amor expectante, dispuesto a entregarse otra vez a su antiguo dueño, se resentía más y más; pero, resentido y todo, estaba dispuesto a aguantar. Sí, aguantaría cuanto fuese preciso.

Gabi le había pedido que lo acompañara a la notaría donde su padre había otorgado testamento. Admitía que el reencuentro con primos, sobrinos, hermana y demás familia era un trago para él, después de tantos años de ausencia, y que su compañía le resultaría confortadora; pero no entendía qué podía pintar ella en una reunión que no era de naturaleza estrictamente familiar, sino más bien jurídica y hasta litigiosa, si la testamentaría resultaba conflictiva. Le había expuesto sus reparos, pero Gabi había insistido hasta casi incurrir en el melodrama, y Amparo había finalmente transigido. Todo fuera para que su amor extraviado recuperara a su antiguo dueño.

—Te estaba esperando desde hacía rato —la saludó él, nada más abrirle la puerta—. Pasa, pasa, estás en tu casa.

Pero Antonio sabía que no era cierto. No había sido su casa antes de que Mendoza partiera a Rusia, porque ambos habían seguido viviendo con sus respectivas familias (y también porque ambos habían decidido postergar hasta el tálamo ciertas efusiones), y no iba a serlo ahora, cuando Antonio había decidido que nunca la llevaría al tálamo: no sólo porque Amparo no le gustase, sino porque sustituir a Mendoza también en el himeneo se le antojaba una canallada demasiado cínica, incluso para un hombre sin escrúpulos morales como él.

—Espérame un segundo, voy a ponerme la chaqueta y la corbata.

Amparo se sentó en un sofá orejero del salón. Reparó en una chapa de latón que Antonio había dejado sobre la camilla, de forma elíptica y del tamaño aproximado de un huevo.

—Eso que ves es el único recuerdo que me he traído de Rusia —dijo con desenfado Antonio, que ya estaba de vuelta. Y, sentándose a su vera, sobre uno de los

brazos del orejero, le explicó—: Aquí, en el anverso, figuran el número y adscripción del soldado; y en el reverso el grupo sanguíneo, por si hubiera que hacer alguna transfusión.

El grupo sanguíneo de Mendoza era B positivo; al menos en esto eran distintos. Amparo se cruzó de piernas, desinteresada de la chapa o vagamente provocativa, aunque Antonio no encontraba casi nunca estimulantes sus provocaciones. Tenía las rodillas demasiado picudas para su gusto, y los tobillos demasiado finos. Seguramente a Mendoza le gustaban las mujeres de tobillo fino y rodilla picuda, pero él era hombre de gustos más bastos o plebeyos. Amparo dijo:

—Me han llamado los amigos, a ver si consigo sacarte de casa.

—¿Qué amigos? —preguntó Antonio.

La indeterminación de Amparo le permitía siempre ampliar sus averiguaciones sin temor a resultar capcioso o denotar ignorancia. Habían transcurrido, además, muchos años, y los amigos se habrían podido diezmar, por razones naturales o de desapego.

—Pues, hijo, qué amigos van a ser. Pacorris y todos los de la pandilla. —Trataba de sonar condescendiente, pero se le notaba la irritación—. Todos, Gabi, todos me preguntan por ti y se mueren de ganas por verte. Podríamos quedar con ellos para cenar.

—Más adelante quizás, Amparo —se excusó, con un mohín atribulado—. Ya sabes que me cuesta mucho salir de noche; luego no consigo quedarme dormido, y nada necesito más que una cura de sueño. Además, ver cómo la gente zampa y se pone hasta arriba es algo que me lastima, no puedo evitarlo. Demasiados años pasando hambre, supongo.

Amparo se comió el enfado; tal vez incluso llegase a pensar que tal enfado era fruto de su egoísmo.

—Está bien —se resignó—. Pero no puedes estar rechazando constantemente sus muestras de afecto. —Y, con candorosa obstinación, propuso—: Oye, ¿y si nos vamos de excursión con ellos a Sigüenza o a los cigarrales de Toledo, en homenaje a los viejos tiempos?

Antonio no podía saber que entre los chicos falangistas de las primeras hornadas era costumbre visitar estos lugares, convertidos en centros de peregrinación casi religiosa, por ser los predilectos de José Antonio.

—No te lo vas a creer, Amparo, pero me da pánico conducir. —En esto, al menos, no mentía, pues no sabía hacerlo—. Creo que me he olvidado.

Esbozó un gesto que se pretendía estupefacto, incluso para sí mismo. Amparo resopló, risueña:

—Venga, Gabi, eso son aprensiones tuyas. ¿Cómo vas a haberte olvidado, si para ti conducir es como para otros respirar? —Y, recordando que durante los años de su cautiverio hasta respirar le habría resultado arduo, cambió de tono—: En cualquier caso da igual. Yo puedo conducir si quieres. ¡Aquí donde me tienes soy una chica

topolino!

Y agitó las piernas, en señal de exultación, o como si reprodujera los movimientos para pisar freno, embrague y acelerador. Sus pantorrillas, demasiado huesudas, tampoco le gustaban.

—¡Menuda moderna te me has hecho!

—Oye, rico, que yo moderna siempre lo fui. —Se hacía la ofendida, pero Antonio notaba que estaba consiguiendo llevarla a su terreno—. ¿O es que ya no te acuerdas de los pantalones de cheviot que me ponía para ir a clase? ¡Qué nervioso se ponía el carcamal de Anatomía! ¡Y tú tampoco es que lo vieras del todo bien!

Antonio se rió del carcamal de Anatomía a quien no tenía el gusto de conocer, pero también de la propia Amparo, que estaba demasiado flaca como para que, enfundada en unos pantalones de cheviot, pudiera poner nervioso a nadie.

—Es que siempre fui un poco moro —concedió, sin saber a ciencia cierta si Mendoza habría padecido de celos por Amparo—. Oye, ¿y qué te parece si me enseñas a conducir... quiero decir, si me recuerdas cómo se conduce, hasta que se me quite el miedo? Seguro que son cuatro días, y luego ya podremos ir a Sigüenza y a los cigarrales de Toledo y adonde haga falta. ¡No pienso permitir que los amigos de la pandilla vean cómo me lleva y me trae una chica topolino!

—Hecho —aceptó Amparo—. Pero conste que me sigue pareciendo un disparate. En cuanto cojas el volante, ya no querrás más clases.

Le dio una palmada en el muslo, también demasiado enteco para su gusto. Bromeó:

—Y en pago por las clases de conducción...

Saltó de un brinco hacia la cómoda, en cuyos cajones guardaba un frasco que acababa de comprar en una perfumería de la calle de Serrano, después de hacerle oler a la dependienta de la tienda el pañuelo que le había quitado a Amparo en Barcelona.

—«Joy, de Jean Patou. París» —dijo ella, leyendo la etiqueta de su perfume favorito, que era también al parecer el de Mendoza—. ¡No me lo puedo creer! Sigues siendo igual de detallista...

Antonio se encogió de hombros:

—¿Y por qué habría tenido que dejar de serlo?

De camino al notario, Amparo le advirtió que la chaqueta le venía muy grande en los hombros; aunque lo dijo con una suerte de prevención cohibida, como si le amedrentara recordarle que las penurias del cautiverio habían disminuido su corpulencia. Pero Antonio sabía bien que, por mucho que engordara (y ya había empezado a hacerlo), nunca llenaría del todo los trajes de Mendoza, sobre todo en los hombros. En la notaría los hicieron pasar a una sala de espera o antedespacho donde ya se habían formado varios corros de deudos, allegados y trabajadores de la empresa, mayormente veteranos o en edad de jubilación; se respiraba esa atmósfera entre festiva y luctuosa que caracteriza los velatorios, donde las gentes siempre aprovechan para contarse todo tipo de chismes afectando recato. Cuando entraron

Antonio y Amparo, los corros se disolvieron y se hizo un silencio mohíno, como si el muerto del velatorio acabara de levantarse del ataúd. Ésta era la reacción infalible, entre reverencial y caritativa, que provocaban las apariciones públicas de Antonio, a quien todos trataban con una deferencia exquisita, o casi temerosa, como tratarían a un resucitado que vuelve a reclamar sus derechos, cuando todos le hacían penando sus culpas sin remisión en el infierno. Antonio no tardó en descubrir que tal actitud beneficiaba extraordinariamente su impostura, pues lo exoneraba de fingimientos agotadores: siempre eran los otros quienes se dirigían a él, quienes se presentaban y se desvivían por resultarle gratos, como se hace con un pariente aquejado de una afección incurable, siempre solícitos y siempre dispuestos a explicarle las cosas más elementales con una suerte de delicada compunción. Le hablaban en un susurro, como si padeciera hiperestesia, y apenas se atrevían a tocarlo, como si estuviese hecho de cristal, y de un cristal fragilísimo; y, por supuesto, jamás lo contrariaban en nada, afectando vivísimo interés por todo lo que decía y todo lo que callaba. De este modo, Antonio podía actuar al modo de una esponja, absorbiendo y tratando de descodificar la información que los demás le brindaban; y sus silencios siempre eran interpretados como síntomas de su convalecencia. Claro que no siempre podía mantener esta conducta pasiva.

—Mira, ahí llega tu hermana —le anunció Amparo.

Antonio se había situado de espaldas a la puerta, precisamente para que le fuesen advertidas las nuevas incorporaciones a la reunión. Margarita, la hermana de Mendoza, tenía su mismo aire intrépido y jovial, tal vez incluso un poco más acentuado, como ocurre siempre entre los vascos de nacimiento o adopción; la acompañaba una joven preciosa, restallante de primavera, que Antonio enseguida identificó con Consuelito, la sobrina de la que Mendoza le había hablado, que a los siete años ya se conocía al dedillo a todos los actores nacionales y extranjeros y le narraba las películas de estreno con todo tipo de detalles, destripándole el final. Aunque su tío le había hablado de la niña de siete años en términos ponderativos, la joven de veinte que hacía entonces su aparición hubiese merecido ponderaciones aún mayores, aunque por razones distintas.

—¡Margarita! —exclamó Antonio, dirigiéndose primero a la madre, por cumplir con el protocolo—. ¡Qué ganas tenía de verte!

Ya había hablado por teléfono con ella en un par de ocasiones, en las que se había excusado de no haber acudido a Barcelona, cuando la llegada del *Semíramis*, por tener que atender a su marido, recién operado de una hernia. También había tenido ocasión de estudiar, en los álbumes de fotos familiares que había fisgoneado en el piso de Claudio Coello, su evolución anatómica, que como ocurre en muchas mujeres de cierta edad, empiezan siendo anchoas para terminar en ballenatos.

—¡Gabi, Gabi querido! —se había abrazado a él y lo besaba con una efusividad acaso en exceso salivosa—. ¡Cuánto te hemos llorado y qué alegría más grande tenerte de vuelta! Perdona que César no haya podido venir, pero los médicos le tienen

prohibido viajar hasta que se le cierre del todo la cicatriz de la hernia.

—Por Dios, Margarita, no tienes ni que mencionarlo. Además, la familia ha venido bien representada...

Miró a Consuelito de los pies a la cabeza, con una admiración absorta que, en cualquier persona que no fuese su tío, se habría considerado lúbrica, o siquiera indecorosa. Aunque era hombre de gustos más bastos o plebeyos que Mendoza, calculó que ante una mujer así ambos habrían podido concordar. Pero recordó que era una fruta vedada.

—Cuando me fui a Rusia eras una pequeñaja que no levantaba un metro del suelo... —dijo Antonio, todavía conturbado—. Y ahora, ¡madre de Dios!, eres una chavala de las que quitan el hipo.

Todos celebraron el piropro en derredor de manera encomiástica. Era otra de las ventajas de ser un resucitado: todo lo que salía de su boca cobraba enseguida una naturaleza inapelable, como la sentencia de un oráculo.

—Tú, en cambio, estás igual que cuando te marchaste, títo —musitó Consuelito, coqueta—. Bueno, mucho más guapo en realidad. Esa barba te favorece un montón.

Antonio sonrió, halagado. También a ella le favorecía mucho la melena muy calculadamente despeinada, la blusa muy atirantada en el pecho, la falda fruncida y acampanada, como una corola presta a florecer.

—Di que no, Gabi, que debes afeitártela —terció Margarita, aguando la fiesta—. Podrían tomarte por un rojo.

La mención enseguida fue desaprobada con miradas censorias por los circunstantes, pues era como mencionar la soga en casa del ahorcado. Antonio restó importancia al desliz y continuó requiebrando a su falsa sobrina:

—Espero que, con barba o sin barba, me pongas al día de todas las películas que hayan estrenado en estos años. Echaba mucho en falta tus revistas de actualidad en Rusia.

—Cuenta con ello, títo.

La tersura de su rostro sin maquillaje, a la vez pizpireto y de una perfección fotogénica, la firmeza de su busto y la esbeltez de su figura transmitían a Antonio una impresión de agradable euforia; pero le gustaba sobre todo la manera de mirar de Consuelito, que al principio sólo le había parecido segura, casi descarada, pero que jugaba en algo así como dos tiempos: primero miraba con aplomo durante unos segundos; pero después surgía en sus ojos una leve turbación, como el eco de una alarma secreta, corregida inmediatamente por un parpadeo. Por fin se decidió a besarla, estrechándole la cintura, que casi podía abarcar con las manos.

—Pues ahí donde la tienes, no sé si sabrás que tu sobrina va a triunfar en el cine —terció otra vez Margarita.

Antonio dirigió una mirada tranquilizadora a Amparo, que contemplaba la escena con cierta indiferencia escamada o envidiosa, como suele ocurrirles a las mujeres en presencia de otras mujeres que las opacan.

—¿En serio? —preguntó.

—Rafael Gil, el director de cine, pasó por San Sebastián, promocionando su última película, que se proyectó en nuestro cine, y se quedó prendado con Consuelito —explicó Margarita—. Le va a dar un papel protagonista.

No tenía ni puñetera idea de quién sería ese tal Rafael Gil, pero se trataba sin duda de un hombre con muy buen gusto.

—Venga, mamá, no te pases. La protagonista será María Asquerino, yo sólo tengo un papel secundario —la rectificó Consuelito, un poco cansada quizá de combatir las propensiones hiperbólicas de su madre—. Pero muy jugoso, la verdad.

—¿Y cuándo es el estreno? —se embolsó Antonio.

Consuelito se rió muy efusivamente; y sus senos, apenas contenidos por la blusa, se sumaron al jolgorio.

—¡Cómo eres, títo! Primero habrá que rodarla, todavía andan buscando financiación.

—¿Y se rodará en Madrid? —insistió.

—En Madrid y alrededores —dijo Consuelito.

Antonio se dirigió a su madre, tratando esta vez de evitar la mirada acusatoria u ofendida de Amparo:

—Pues haz el favor de enviarme a casa a esta muchacha cuando venga al rodaje, que yo le daré albergue. Esa gente del cine no es de fiar y, por menos de nada, te la pervierten.

Consuelito volvió a reír, ahora con sarcasmo. Le bastaba reírse para lograr lo que otras mujeres sólo consiguen desnudándose, y ni por ésas.

—¡Hala, el que faltaba! Como si mamá no me diera ya bastante la tabarra...

—Nada de tabarras —la riñó Margarita, muy en su papel de celosa guardiana de la virtud de su hija—. Tu tío tiene razón. —Y volviéndose a Antonio, lo comprometió —: Te tomo la palabra.

Una secretaria los convocó en el despacho del notario, forrado de anaqueles donde se alineaban protocolos y repertorios de jurisprudencia. El notario, parapetado en su escritorio detrás de un rimero de legajos o escrituras, se levantó y saludó muy obsequiosamente a varios miembros de la familia, reservando para Antonio una educada frialdad que chocaba con el trato deferente que todos le dispensaban. Antonio sospechó que sería el mismo notario que otorgaba apariencia legal a los chanchullos y trapiondas del padre de Mendoza, con quien a buen seguro Gabi habría tenido algún encontronazo en el pasado. Era un hombre de manos finas, untuosas y repulidas; y se peinaba hacia atrás con gomina, dejando sobre sus cabellos el rastro de las púas del peine, que daban a su cráneo el aspecto de un campo roturado. Reunía todos los rasgos de los chupópteros triunfantes con la domesticación del Régimen que tanto enervaban a Cifuentes. Se congregaron en torno a una mesa de juntas, escrutándose mientras el notario daba lectura al testamento, muy enrevesado de particiones, legados, fideicomisos, legítimas, mejoras y demás especificaciones

leguleyas. A todos los presentes el testamento parecía dejarlos satisfechos, sobre todo a los sobrinos políticos del finado, muy beneficiados en el reparto, a modo de diferida compensación por los cuernos y disgustos que su tía habría tenido que soportar, según le había confesado en alguna ocasión Mendoza. A los dos hijos se les reservaba la parte del león: diversas cuentas corrientes y acciones, así como una casa de campo y otras propiedades rústicas para Margarita; para Gabriel, el inmueble de la calle de Claudio Coello y la compañía de transportes. Antonio buscó la mano de Amparo, que se la entregó muy tibiamente, todavía resentida por las atenciones que había desplegado ante Consuelito. Su piel enseguida se quedó impregnada de aquel perfume tan caro y empalagoso que Amparo gastaba; pensó que Consuelito no necesitaría de aderezos cosméticos para oler bien.

—Hasta aquí el testamento de don Amadeo, que como habrán podido apreciar ha hilado muy fino y no ha olvidado a nadie —concluyó el notario, con muy circunspecto orgullo, pues a buen seguro habría asesorado los entresijos de la partición, llevándose su sabroso pellizquito—. Por supuesto, tienen esta notaría a su disposición para cualquier duda o dificultad que pueda sobrevenirles.

Entre los herederos cundió la locuacidad estridente de los estómagos agradecidos. El notario sacó ceremonioso un sobre de una carpeta.

—Queda algo todavía. Don Amadeo me rogó la víspera misma de su muerte que le entregara a su hijo Gabriel este sobre. Su mayor ilusión habría sido poder recibirlo a su regreso de Rusia, pero la fatalidad, o la voluntad divina, no permitieron que así fuera. —Alargó el brazo, displicente—. Supongo que en esta carta le habrá dejado escrito lo que habría querido decirle de viva voz y no pudo hacer.

Se hizo un silencio expectante mientras Antonio tomaba el sobre; tal vez esperaban que lo abriese allí mismo, pero tras sopesarlo lo dobló e introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta. Había apreciado por el tacto que, además de una carta, el sobre contenía un objeto metálico y plano, tal vez una medalla o una llave. El notario ya se había levantado de la mesa, y con él los convocados a la reunión, que no lograban disimular la decepción causada por la reserva de Antonio. Sólo Consuelito, a quien le divertía el enojo de familiares y allegados, sonreía traviesa; o tal vez Antonio sólo tuviese ojos para la sonrisa traviesa de Consuelito. La voz de Amparo le sonó intemperante o monótona como una cantinela:

—¿Entonces no te apuntas a una excursión con la pandilla este fin de semana?

—Ya te he dicho que todavía no me veo con ánimos, cariño —respondió Antonio, poniendo a prueba su paciencia, una vez más—. Pero te prometo que iré en cuanto me entone. No olvides que tienes que ponerme al día en conducción.

Consuelito había salido del despacho requerida por los moscones de sus primos, una patulea de niños litris que no servían ni para dar por saco. Antonio hubiese deseado salir detrás de ella, para protegerla de sus cortejos y baboserías (se preguntó si el cortejo entre primos no debería considerarse incestuoso), pero recordó que su prioridad, por el momento, era aprender a conducir.

—¡Eh, chica topolino! ¿Me has oído? Quiero que seas mi profesora. Cuando, me haya quitado el miedo a conducir creo que me habré quitado todos los miedos.

Volvió a tomarla la mano, que ahora ella entregó sin renuencia, incluso con anhelosa fruición. Se conformaba con muy poco, como un perrillo sin dueño.

—¿Conque tu profesora, eh? —preguntó Amparo, dándole a la palabra alguna interpretación concupiscente que a él se le escapaba—. Menudo cachondo estás tú hecho. Como si no supiéramos ambos que en cuanto pierdas el miedo tendrás que darme clases tú a mí. ¿Y cuándo quieres que empecemos, querido alumno?

—Mañana mismo, profesora.

Antes quería conocer el contenido de aquel sobre, que le quemaba en el pecho como una úlcera o un estigma. Y que imaginaba, a la vez, turbio y promisorio.



Desde luego, el contenido era turbio, y mucho; pero de un modo críptico, jeroglífico, en el que no podía penetrar. También promisorio, muy halagüeñamente promisorio, hasta el extremo de que, por primera vez, dio por plenamente justificadas las zozobras y desazones que le estaba causando su impostura; pero era una promesa al estilo de las del Antiguo Testamento, demasiado nebulosa y fiada a un futuro en el que, para cumplirse, primeramente tendría que darse una concatenación de hechos favorables y fortuitos que le permitieran su desciframiento. Leyó la carta hasta una docena de veces; pero cada lectura no hizo sino acrecentar su intriga. Decía así:

Querido Gabriel:

Te escribo con las últimas fuerzas que me restan. Hace un par de días nos han notificado del Ministerio del Ejército que estás vivo, esperando en un campo de Vorochilgrado el cumplimiento de los últimos trámites para tu regreso. Ya puedes imaginarte la sorpresa que a todos nos ha causado la noticia. Y, en mayor o menor medida, alegría, mucha alegría; a mí al que más, aunque te permitas dudarlo.

Yo hubiese querido aguantar vivo hasta verte de vuelta aquí, pero no sé si será posible: los médicos me han confirmado que no hay manera de detener este cáncer y me han dicho que mi muerte es cuestión de días, seguramente menos de los que tú necesitas para regresar a España. Sé bien que lo que menos te apetecerá en el mundo es volver a verme, después de que te marcharas precisamente para quitarme de la vista. Pero, aunque fuera para seguir sufriendo tus desprecios, querría poder explicarte muchas cosas y aclarar muchos malentendidos que de otro modo se quedarán sin aclarar para siempre. También para repetirte algo que ya te dije en su día: es muy cómodo renegar de un padre al que se considera un criminal indigno, después de haberse aprovechado durante años del fruto de sus presuntos crímenes. Porque tú, Gabriel, si viviste como viviste, si estudiaste en los colegios en que estudiaste y disfrutaste de caprichos que ningún otro chico de tu edad podía permitirse es porque tu padre te lo pagaba. Tú ahora dirás que fue un soborno, y que no eras consciente de lo que transportábamos en los camiones; pero eso, perdóname que te lo diga, es falso.

No sabías, desde luego, que aquellas vacunas estaban adulteradas, como yo tampoco lo sabía. Y, desde el momento en que lo supe, dejé de trabajar con aquella gente, como no se te escapa. Yo fui el primero en lamentar lo ocurrido con aquellos niños, ninguno de los cuales, por cierto, llegó a morir, y a los que luego he ayudado en todo lo que he podido, pagándoles los estudios y el tratamiento de su poliomielitis. Con esto no quiero tranquilizar mi conciencia, por supuesto; cosa que al parecer tú quisiste hacer, renegando de tu padre y hasta tratando de denunciarlo.

En fin, agua pasada no mueve molino, así que no le demos más vueltas; lo que ocurrió, ocurrió, y no hay modo de borrarlo. La razón de esta carta es otra. En el sobre te adjunto la llave del piso de Paloma, que sigue estando enfrente del Retiro, en el sitio que bien conoces. Sé que, a raíz de tu súbita conversión, desaprobabas mi relación con ella, y que hasta trataste de arrebatarle el piso que yo le había regalado, por considerarnos a ambos responsables de la muerte de tu madre, q. e. p. d.; sobre esto también habría mucho que hablar, pues tu madre siempre aceptó que yo tuviera mis apaños, y en cambio sufrió como ninguna otra madre tus correrías juveniles. No voy a decirte que le gustara que yo mantuviese a Paloma; pero, desde luego, cuando la vi llorar desconsolada era cuando volvías a casa a las tantas, borracho como una cuba, o cuando había que ir a recogerte a cualquier prostíbulo, porque no te tenías en pie. Si a mí me corresponde una parte de culpa en el apagamiento de tu madre, la parte tuya no es pecata minuta. Tampoco voy a reprocharte ahora que, antes de tu

conversión, trataras en varias ocasiones de llevarte a la cama a Paloma, sin éxito; cosa a la que ella no accedió no porque no le parecieras guapo, sino porque le pareció demasiado sórdido acostarse con el hijo de su amante. Tú siempre la consideraste una fulana; pero hasta las fulanas se rigen por principios que tú, por entonces, no contemplabas. A veces me he preguntado si en tu posterior conversión no había algo de la furia del converso; como en el odio que luego le mostraste a Paloma.

¿Que Paloma es una fulana? Según el sentido que le demos a la palabra; en el más común y malévolo seguramente sí. Pero a mí nunca me importó que anduviera con otros hombres, siempre que a mí me diera lo que buscaba en ella. Nunca le exigí otra cosa; y, en lo que le pedía, nunca me falló. Me gustaba su compañía porque era una mujer positiva, justo al revés que tu madre, que en lo demás era una mujer excepcional y modélica, pero que nunca supo darme placer ni alegría. En Paloma eso lo encontré siempre; y en estos años últimos de enfermedad y viudez nunca me faltaron su apoyo y compañía. Por no mencionar que ella siempre se avino a prestarnos su piso para las transacciones que tú bien conoces; y que gracias a que ella figuraba como propietaria en el registro nunca tuvimos que preocuparnos de que nuestros nombres se vieran involucrados. ¿Que lo hacía por interés? Conozco a otras muchas que también lo habrían hecho, con la diferencia de que Paloma nunca hizo preguntas, ni quiso entrometerse en nada, ni pretendió sacar mayor tajada. ¿Que ya es suficiente tajada el piso y la asignación mensual que le paso? No me hagas reír. Piso y asignación son naderías, al lado del dinero que su discreción nos ha permitido ganar; escribo en plural porque durante algún tiempo participaste en el ajo, y porque de un modo u otro volverás a participar.

Me he asegurado de que ese piso siga siendo suyo para siempre, y también de que siga cobrando su asignación mientras viva; pero de esto, como te puedes imaginar, no he dejado huella en mi testamento, pues tonto del todo no soy, y contra un hijo convertido en paladín de la virtud como tú hay que tomar ciertas precauciones. Me imagino que no querrás seguir con las transacciones que en el piso de Paloma se han estado haciendo durante todos estos años. De ellas nadie sabe nada, mucho menos la propia Paloma, que siempre ha preferido mantenerse al margen; tal vez no tenga inteligencia para maquinari y conspirar, pero desde luego es la mujer más inteligente del mundo en lo que toca a su protección y tranquilidad personal. En estos años últimos he estado varias veces tentado de interrumpir estas transacciones, pero me ha faltado ánimo para romper con nuestro socio; los pactos, aunque sean pactos entre criminales indignos, generan obligaciones. Tú, que eres hombre probo y dignísimo, y que todavía eres joven, podrás sin duda romperlos; y dados tus antecedentes como glorioso divisionario, no creo que nuestro socio se atreva a ponerte pegas, ni a meterte en líos. Si algo caracteriza a los criminales es el olfato para distinguir dónde no les conviene meterse; y, allá donde huelen a virtud, salen pitando.

En fin, aquí tienes la llave del piso para hacer lo que quieras. Y en el piso, exactamente en el mismo escondrijo que tú y yo diseñamos, está el dinero ganado durante todos estos años, distribuido en fajos. Apenas lo he tocado, de modo que no ha dejado de crecer; y pronto habrá que buscarle otro escondrijo supletorio. Puedes hacer con el dinero lo que te pete: si te quedas con él, tendrás para vivir tú, tus hijos y tus nietos; si decides deshacerte de él, procura emplearlo en alguna obra de beneficencia; y también puedes quemarlo, si crees que es un dinero que hasta a los pobres ensuciaría. Nada tengo que objetar contra cualquiera de estos tres destinos.

Aunque te confesaré que hubiese querido vivir para ver por cuál de los tres te decides. Sea el que fuere, ten presente que mi abrazo sería el mismo; y que, no faltándome la vida, habría ordenado matar en tu honor el novillo cebado, como en la parábola evangélica.

Tu padre que te quiere,

AMADEO.

La letra de la carta era un poco temblona y desgalichada, y se habían empleado varias tintas en su redacción, como si el difunto hubiese necesitado recuperar el aliento que la enfermedad le quitaba entre párrafo y párrafo; o como si las enormidades que en la carta se exponían le resultasen indigestas incluso a un hombre tan cínico y maleado como el que la había escrito. Desde la distancia en la que vive relegado el paria, Antonio siempre había estado convencido de que las buenas familias esconden, detrás de una fachada idílica, sótanos tenebrosos y desvanes donde anidan los áspides; y las confidencias que Mendoza le había hecho durante el cautiverio confirmaban esa intuición. Pero las mazmorras irrespirables que aquella

carta desvelaba, fétidas de resentimientos enquistados, sórdidas complicidades y secretas perfidias, no las había imaginado nunca; y ahora que al fin las descubría, sus viejas astucias de truhán, y hasta sus mañas recién adquiridas de impostor, se le antojaban en comparación espavientos de aprendiz. Un doble sentimiento lo embargaba: por un lado, algo parecido al horror, pero un horror que, como a veces nos ocurre ante las crónicas truculentas de un periódico de sucesos, le provocaba al mismo tiempo repelencia y fascinación; y por otro, una suerte de gozo o trepidación jubilosa ante el desciframiento de un acertijo que excitaba, a la vez que su curiosidad y su inteligencia, su avaricia. Le faltaban casi todas las proposiciones del acertijo: no sabía quién era Paloma, ni tampoco dónde se hallaba la vivienda que el padre de Mendoza le había regalado, a cambio de convertirla en el piso franco de sus transacciones, de cuya naturaleza delictiva o fraudulenta no le cabía sin embargo duda alguna; tampoco sabía cuál podría ser el escondrijo en el que el padre de Mendoza había ido guardando el dinero de tales transacciones, una cantidad suficiente como para garantizar la vida de varias generaciones. Antonio no se imaginaba teniendo hijos o nietos, pero la falta de descendencia no hacía sino agrandar la magnitud del botín. Recordó con una suerte de misericordia vergonzante al maleante de poca monta que había sido antes de partir a Rusia, siempre receloso de que sus palos pudieran tener consecuencias imprevistas, siempre cauteloso y prudente en la elección de sus víctimas, de sus métodos, de sus compinches y coartadas. Pero aquel recelo de entonces, aquella cautela y prudencia no eran sino la expresión disfrazada —vergonzante— de sus escrúpulos morales. Había necesitado sufrir la experiencia aniquiladora del cautiverio para matar al pobre diablo que lo lastraba y convertirse en lo que ahora era: un hombre sin atributos, un reptil que cambia de camisa; y, al fin, esa metamorfosis hallaba un propósito acorde a los riesgos adoptados. Se juró que ese botín sería suyo, más pronto que tarde; y se guardó la llave que le abriría la cueva del tesoro.

Pero, para lograrlo, tendría que actuar con sangre fría y pragmatismo. Había anunciado a los trabajadores de Transportes Mendoza que tomaría las riendas del negocio después de San Isidro; pues, aunque nada sabía del tal negocio, entendía que la impostura en la que se había embarcado sólo podría alcanzar puerto si asumía cuanto antes sus obligaciones cotidianas, según le había aconsejado Cifuentes (también le había dicho que haciendo un mal jamás se puede alcanzar el bien, pero tampoco pensaba convertir a Cifuentes en su director espiritual). Entretanto, Antonio tuvo que solventar algunos engorrosos trámites y pejiuerras, necesarios sin embargo para asumir definitivamente su nueva identidad. Aparte de los requisitos legales derivados de la aceptación de la herencia, Antonio fue convocado en Capitanía General, donde los repatriados estaban siendo sometidos a interrogatorio, pues la autoridad militar deseaba asegurarse de que no hubiera entre ellos ningún agente soviético infiltrado, así como determinar las circunstancias en que cada uno había sido hecho prisionero o se había rendido al enemigo, con la intención tal vez de llevar

a los desertores ante un consejo de guerra. El coronel que interrogó a Antonio lo hizo como abochornado de la misión que le habían impuesto, pues se consideraba indigno de desatar la correa de las sandalias de aquellos hombres que habían sacrificado su juventud en los altares de una patria ingrata, y más indigno todavía de enjuiciar su conducta. Antonio comprobó entonces que las hazañas que el alférez Mendoza había protagonizado en los primeros años de cautiverio habían trascendido a su expediente militar, que sin embargo no recogía los desfallecimientos de los años postreros. A su interrogador, que daba por demostrado el heroísmo de Mendoza, le interesaba, sobre todo, investigar el comportamiento de la tropa; y, sin disimular la repugnancia que le provocaba aquella encomienda, trataba de sonsacar a Antonio, esperando que delatase a algún desertor.

—Desengañese, mi coronel —dijo Antonio, cerrándose en banda—. No obtendrá de mí la información que pretende. En el *Semíramis* juramos que jamás saldría de nuestros labios una acusación contra ningún camarada. Nuestras posibles flaquezas se quedaron enterradas en Rusia.

El coronel inclinó la cabeza, contrito, como si estuviese recibiendo una regañina por haberse quedado criando próstata en la poltrona de su despacho, mientras otros se batían en las trincheras rusas.

—Ese gesto lo honra, alférez —concluyó, después de apartar a un lado la ficha de su expediente intachable—. En el Ejército necesitamos hombres como usted. ¿Piensa pedir su ingreso en las Fuerzas Armadas?

Antonio repuso secamente, después de aclararse la voz:

—En modo alguno, mi coronel. Nunca concebí hacer carrera militar. Me enganché como alférez provisional, interrumpiendo los estudios, porque consideraba una obligación rendir un servicio a la patria en su lucha contra el comunismo. —Ni siquiera se molestaba en evitar que tal sequedad resultase un poco hiriente—. Creo que ese servicio ya ha sido prestado con creces. Espero que la patria sepa agradecerme.

—También lo espero yo, alférez —dijo el coronel, recostado en su poltrona.

Tal vez sugiriese que lo mejor sería esperar sentado. También lo convocaron de la Delegación Nacional de Excombatientes, donde se preocuparon por su estado de salud, su situación económica y sus perspectivas de obtener pronto una colocación, ofreciéndose para buscarle un empleo a través del Instituto Nacional de Previsión; pero Antonio desestimó cualquier ayuda, alegando que contaba con medios suficientes para reincorporarse a la vida civil. Y con más que esperaba contar pronto, cuando los acertijos de la carta del padre de Mendoza fuesen resueltos. Antes, tenía una cita para San Isidro a la que no pensaba faltar; pero, para acudir a ella, necesitaba aprender a conducir, y hacerlo sin levantar sospechas en su profesora, que en todo momento debería contemplar su aprendizaje como la recuperación de una antigua maña que tenía olvidada. Imaginó que en el garaje de la empresa habría algún coche propiedad de la familia y solicitó que se lo entregaran a Amparo, que todas las tardes

pasaba a recogerlo por el piso de la calle de Claudio Coello, para llevarlo hasta las carreteras secundarias próximas a Aravaca, que conocía bien y eran idóneas para la instrucción, por estar poco transitadas. A Antonio le bastó reparar en el juego de pies sobre los pedales y en las distintas posiciones de la palanca de cambios para animarse a tomar el volante; pronto descubriría que conducir un automóvil era tan sencillo como mantener el flujo del pensamiento, o incluso más sencillo aún, pues una vez lograda la simbiosis con la máquina, la conducción era tan natural como una función fisiológica. También ayudaba la excelente mecánica del automóvil, un flamante Pegaso cabriolé de fabricación nacional que marchaba como una seda; y que, a medida que tomaba velocidad, con la capota plegada, le transmitía un cosquilleo grato, casi erotizante, como una impresión de poderío y pertenencia a una casta superior.

—¡Oye, no te embales! —advertía Amparo, descacharrada de la risa, cuando tomaba las curvas sin levantar el pie del acelerador—. No me dijiste que pensaras meterte piloto de carreras.

Con la melena ondeante y las gafas de sol a guisa de diadema, se le borraba el gesto de virgen pánfila y podía hasta dar el pego como chica de revista. Antonio ya se animaba incluso a soltar una mano del volante, que empleaba para masajearle los muslos, más entecos sin embargo que los de una chica de revista.

—Ya sabes que para mí conducir es como para otros respirar —alardeaba.

Tras el acelerón arrimó el Pegaso a la cuneta. Le gustaba escuchar el ronroneo del motor en punto muerto, como el corazón de un caballo desbocado que se detiene a tomar aliento.

—¿Lo ves? Ya te dije que aprenderías en cuatro días.

Amparo se había retrepado en el asiento del copiloto y se había alzado muy modosamente la falda, para favorecer la exploración de Antonio, que sólo alcanzó hasta el elástico de las medias, intimidado por el calor intacto que se agazapaba más allá. Apartó la mano como si se hubiese escaldado.

—No te creas, todavía tengo un poco de miedo.

—¿A qué? —pregunto ella, chafada.

—Pues al coche, mujer, a qué va a ser. A veces pienso que me voy a estrellar.

Dirigió la mirada hacia sus muslos poco apetitosos, casi cuaresmales. Amparo se estiró la falda hasta las rodillas.

—No digas bobadas. Espero que ahora me lleves de excursión a Sigüenza, como me prometiste.

Antonio fingió alborozo, como quien paga un peaje:

—Eso está hecho. ¿Cuándo te apetece?

—Podríamos aprovechar el día de San Isidro —dijo ella, mordiéndose el labio inferior—. Aunque no, espera, ahora que me doy cuenta Pacorris nos ha conseguido entradas para los toros y no vamos a hacerle el feo. Torean Rafael Ortega y un muchacho que se llama Antoñete, las sensaciones del momento.

—Ese día no va a poder ser... —comenzó Antonio, afectando contrariedad.

—¿El qué? ¿Los toros o la excursión? —saltó Amparo, harta de sus excusas.

—Ni los toros ni la excursión, cariño. Resulta que en Rusia le prometí a un compañero llamado Isidro que, si sobrevivíamos y regresábamos a casa, celebraríamos juntos su primer santo. —Se sorprendió a sí mismo de la naturalidad con la que mentía, casi tanta como la que empleaba para respirar o conducir—. Tiene una finca en la provincia de Jaén y nos ha invitado a un grupo de amigos. Será el primer viaje que haga conduciendo solo, a ver qué pasa.

Amparo protestó sin demasiado ímpetu:

—¿Es que no puedes llevar a tu novia?

—Es una celebración sólo para hombres, cariño. —Se dio cuenta de que empleaba este apelativo afectuoso cada vez que le mentía—. Hablaremos de nuestras cosas, son muchos años de penalidades compartidas. —Se volvió hacia ella y le acarició la mejilla—. Pero te prometo que no volverá a suceder. El próximo fin de semana nos vamos a Sigüenza como que me llamo Gabriel.

Amparo esbozó una mueca de decepción que amenazaba con hacerse crónica; de ambos lados de la nariz le brotaban sendas arrugas profundas que morían más abajo de las comisuras de los labios y las arrastraban en cierto modo en su caída.

—Bueno, de que te llamas Gabriel tengo al menos la certeza. De lo demás...

—De lo demás puedes tener la misma, cariño —dijo Antonio, sin asomo de cinismo.

Él tampoco tenía certezas; pero sí objetivos que debía cumplir a rajatabla, si no quería caer atrapado en la red de mentiras que había urdido. El día de San Isidro, al declinar la tarde, salió de Madrid, una ciudad infestada de chulaponas apócrifas y majas con mantilla que se apresuraban en dirección a la plaza de las Ventas, como convocadas por un mugido cárdeno y tribal; pensó, en un momento de debilidad, que tal vez en los alrededores de las Ventas, tratando de colocar a la multitud festiva una bolsa de pipas de calabaza o almendras garrapiñadas, anduviera Carmen, de quien todavía seguía acordándose cuando el flujo de su pensamiento tendía a la divagación; pero eran instantes de debilidad que enseguida rectificaba. Tomó la carretera de La Coruña, según había estudiado en el mapa; aunque conducir ya no le costaba esfuerzo alguno, seguía fallándole el sentido de la orientación. En el puerto de Navacerrada, el crepúsculo se ensangrentaba como el ara de un sacrificio ritual, y a medida que se adentraba en la meseta castellana, la noche adquiría la tensión de un tambor de son opaco o una campana con el badajo envuelto entre trapos. Fue dejando tras de sí aldeas arrugadas, inmóviles en el tiempo y en su animal aislamiento. Por la Tierra del Pan, los pueblos de adobe, azotados de intemperie, parecían esconder un muerto en cada casa, una sementera de muertos que esperaban tranquilamente la resurrección de la carne, mientras los devoraban los gusanos, custodiados por mujerucas enlutadas. Antes de llegar a Arquillinos se salió de la carretera y se internó por un camino que avanzaba entre trigales raquíuticos, salpicados de amapolas, y palomares derruidos de

arquitectura siempre peregrina, como zigurats de un dios que ha tomado las de Villadiego, harto de que le caguen las palomas encima. En uno de aquellos palomares, lindante ya con el siguiente pueblo, Villalba de la Lampreana (se había aprendido de memoria aquellos topónimos eufónicos, como nombres de ínsulas extrañas de una novela de caballerías), escondió el coche, aprovechando el hueco a modo de toldo que hacía el tejado medio caído sobre la pared del palomar. Luego regresó a Arquillinos por andurriales polvorientos, entre cardos y cardenchas que alzaban casi dos metros del suelo, como espantajos de secarral. La noche tenía el cielo de barro, un cielo sin estrellas, como una tapia de adobe o un túmulo sin epitafio; y de Arquillinos llegaba un rumor de fiesta terminal o canina, cuando la música ya ha dejado de sonar y los borrachos que se han quedado sin moza ladran al santo patrono, reprochándole su soledad y laceria. Antonio se apostó entre los carrizos que escoltaban un arroyo casi seco, pululante de sabandijas o culebras de agua; enfrente, en la era del pueblo, una cuadrilla de quintos se las tenía tiesas con Vidal, que al parecer se había propasado con la novia de alguno, presentando sus credenciales de divisionario.

—Anda, nazi cabrón —lo increpaban—, jode con una cabra si tantas ganas tienes.

Vidal retrocedía entre empellones; y al fin se decidió a poner pies en polvorosa, viendo que llevaba las de perder. Se tambaleaba y tenía la voz estoposa, como de haber empinado mucho el codo:

—Nazi será vuestra puta madre, criajos de mierda —se engalló, cuando ya los tenía lejos—. Yo soy comunista, para que os enteréis. Cuando cambien las tornas ya vendréis a pedirme perdón de rodillas, ya.

Aunque pretendía resultar retador, casi lloriqueaba. Antonio salió de los carrizos, que apuntaban al cielo con su lanza.

—¡Faustino, amigo! —lo saludó, saliendo a su encuentro—. ¿Querrás creerte que se me pinchó la rueda del coche y he tenido que venir andando un buen trecho?

Vidal tardó en distinguir sus facciones; y cuando por fin lo hizo lo miró con extrañeza, como si hubiese olvidado su invitación.

—Pues sí que llegas tarde, Antonio... La fiesta ya terminó.

—Eso es lo de menos, hombre. Yo lo que quería era saludarte y ver qué tal te iban las cosas. —Le palmeó la espalda, venciendo la repugnancia. Vidal tenía la camisa húmeda y pringosa, empapada de vino o de vómito—. ¿Qué te decían esos cantamañanas?

Vidal hablaba en un rezongo; el labio inferior le colgaba pendulón, y se bababa:

—Pues que los divisionarios somos todos unos nazis asesinos y que fuimos a Rusia a matar judíos. ¡Hay que joderse con los niñatos! Primero me toca sufrir el desprecio de mis compañeros, por antifascista, y ahora que me llamen nazi.

—No les hagas ni puto caso, Faustino. No merece la pena.

Habían echado a andar, alejándose del pueblo. Dejaron atrás el cementerio, parapetado entre tapias de cal, donde los muertos se corrían la última juega,

reclamando a Faustino que los acompañara.

—Ya, ni putito caso, qué fácil es decirlo —se quejó, lastimado por un rencor sordo—. Pero de algo hay que comer. Yo trabajo a jornal y ahora nadie me quiere contratar, porque dicen que si soy nazi. ¡Pero, joder, si cuando me fui ser nazi era como ser de la adoración nocturna! Y ahora te llaman nazi para insultarte. Pues a ver cómo me las arreglo para sobrevivir.

Antonio pensó que Vidal tal vez estuviese allanando el camino para pegarle un sablazo. Pero no iba a ser necesario: en el banquete celestial nunca sobran comensales.

—Solicita trabajo en la Delegación de Excombatientes, Faustino —dijo—. Ellos se encargarán de buscarte colocación.

—Y una mierda. Han hecho una clasificación de los que volvimos en el *Semíramis*, según el comportamiento mostrado durante el cautiverio, y a mí me han puesto en el grupo de mala conducta, con los desertores. Espera, ven por aquí.

Había abandonado el camino y se dirigía hacia una laguna de aspecto grimoso, como un escupitajo de Dios en mitad del campo. Se bamboleaba al andar, como un orangután con tabardillo. Por un segundo, o por una décima de segundo, Antonio sintió la insidiosa cercanía de la piedad.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Es que voy a ver si pillo alguna pollada de patos entre los juncos —confesó Vidal, en un tono lastimero o mendicante—. De alguna manera tengo que llenar el buche. Mejor esto que robar gallinas.

A medida que se acercaban a la laguna, el terreno se tornaba más blando y resbaloso. Pero a Antonio no le importaba ensuciarse los zapatos.

—¿Con los desertores, has dicho? No me lo puedo creer... Eso es porque algún hijoputa se ha ido de la lengua.

Vidal se inclinaba sobre los juncos, y los juntaba como si fuesen mieses en la época de la siega. Al fin encontró un nido de patos y expulsó a la madre durmiente de una patada.

—Pues eso mismo digo yo. Alguno o algunos —precisó. Tal vez en el plural se incluyese un reproche encubierto a Antonio—. Pero vamos a ver —se encabronó—: ¿no juramos en el *Semíramis* que aquí todo quisque se callaba la boca? Pues parece que algunos están faltando a su palabra.

—Qué gentuza, la Virgen.

Vidal se había quitado la camisa, para hacer con ella fardel y guardar la pollada. En la piel se le transparentaba el arpa de las costillas y el puñal del esternón, como souvenirs del gulag. Los pollos de pato se rebullían en el interior de la camisa, abultándola como lobanillos.

—Y ahora, encima, me han citado en Valladolid, en Capitanía General, para ir a declarar.

Antonio trató de tranquilizarlo:



—No te preocupes, a mí también me citaron. Es un acto puramente rutinario.

Pero todo acto puede devenir rutinario, también el crimen y el asesinato; basta con criar un poco de callo. Vidal no se conformaba con la pollada que ya tenía en el fardel y seguía hurgando entre los juncos, logrando a duras penas no caer en la laguna.

—Será todo lo rutinario que tú quieras, pero yo pienso largar todo lo que sé. Y dando nombres, ¡ajo!, dando nombres: los que hicieron de jefe de brigada con sus nombres y apellidos, los que se apuntaron al grupo de teatro lo mismo, los que pidieron la nacionalidad soviética y los que hicieron de delatores también. Aquí no se salva ni el Pupas.

La expectativa de la denuncia lo envalentonaba o resarcía de las humillaciones padecidas en los últimos años. Antonio miró resignadamente los campos que se extendían en lontananza, fundidos casi con el cielo de barro, esperando que los ángeles de San Isidro bajasen a labrarlos. Podían también esperar sentados, como los divisionarios el agradecimiento por los servicios prestados. Habló con una voz ausente, como desasida de sí misma:

—¿A mí también piensas denunciarme?

—No, a ti no —respondió Vidal con prontitud, para apostillar a continuación—: Y eso que lo que tú has hecho deja a los otros como santitos de peana. Pero le juré a la franchute que no te denunciaría nunca, y no voy a faltar a mi juramento. ¡Bien que me lo pagó, la muy guarra!

Rió lúbricamente, enseñando la dentadura de la que ya faltaban algunas piezas, y luego puso cara de estarse corriendo, o tal vez fuera su habitual cara de cretino. Antonio sintió que la sangre le había empezado a hervir:

—¿Nina? ¿Quieres decir que Nina te lo pagó bien?

—¿Que si me lo pagó bien? —Frunció los belfos y los hizo chasquear, como en un besuqueo obsceno—. Menudo parrús tenía la pájara. De rechupete. Cien veces la puse mirando a Pamplona. Pero ¿qué voy a contarte, si tú también la cataste?

No se detuvo a considerar si la calumniaba o si decía la verdad, tal vez porque la verdad le resultaba mucho más aflictiva, pues significaría que Nina se había entregado a Vidal para protegerlo a él. La sangre le trepaba al alma, como una yedra sediciosa, mientras Vidal se inclinaba entre los juncos, para arrebatarse otra pollada.

—Eres un puto enfermo, Vidal. Y no irás a Capitanía, te declaro exento.

Sacó un hilo de bramante que llevaba en el bolsillo y le rodeó el cuello con prontitud, como un cirujano que hace un torniquete al moribundo que se desangra. Vidal soltó la camisa convertida en fardel y manoteó a la desesperada, mientras la pollada salía de su encierro, sacudiéndose el plumón, como ánimas del purgatorio que se sacuden los últimos pecados. El bramante ya se le hincaba en el pescuezo, segándole la tráquea y la yugular. Una sangre aborrecible, hedionda como la de un marrano en la matanza, se le derramó, pecho abajo, refrescándole el puñal del esternón y el arpa de las costillas. La cabeza se le inclinó, como un junco tronchado,

mientras aún su cuerpo temblaba con las últimas convulsiones.

—Que Dios se apiade de tu alma —dijo Antonio, por imitar a Mendoza.

Pero Dios permanecía inmutable, allá en su cielo de barro, allá en sus alfarerías. Arrojó el cadáver de Vidal a la laguna, donde se fue hundiendo muy lentamente, tal vez convocado por los peces que durmieran entre el limo, esperando su pitanza, como las carpas del estanque del Retiro. Cuando acabó de hundirse, empezó a cantar una cigarra, con ímpetu y exultación, y enseguida le respondieron otras, hasta que la luna se dignó aparecer en el cielo, como una mujer parturienta, palpitante de gozo, que le alumbraba el camino de vuelta. A lo lejos, el palomar donde había escondido el coche recortaba su perfil de zigurat; y las palomas, desveladas, lo reclamaban con un zureo nupcial.

Antonio se secó la sangre de las manos en la tierra sin pan.

Leyendo los periódicos, advertía que llevaba doce años de retraso respecto a un mundo que corría premioso en pos de absurdas quimeras; un mundo que se había vuelto ininteligible, mientras él permanecía semimuerto, o muerto por entero, allá en Rusia: los americanos alardeaban de su arsenal atómico, como los chavales púberes alardean de chorra; los rusos presumían de una bomba de nitrógeno con la que habían comenzado a experimentar; Francia se arrastraba por el coso de la Historia, dejándose los jirones de su imperio colonial por el camino, como el caballo desventrado por el toro se va dejando un reguero de tripas sobre la arena; Alemania regalaba parcelas de su soberanía para que los americanos, después de llenarle las tripas con la maicena o engrudo del Plan Marshall, levantaran bases militares; España se ofrecía también para que la colonizaran los yanquis, sin pedir siquiera la maicena a cambio, como una puta que deja que se la trajinen gratis y encima pone la cama; el Athletic de Bilbao ya no era el equipo predilecto del Generalísimo, que ahora prefería al Real Madrid, menos aldeano o más cosmopolita; y la nueva estrella del cinematógrafo era un niño eucarístico llamado Pablito Calvo, al que el Papa había recibido en audiencia. Pasaron tres días hasta que por fin apareció la noticia de la muerte de Faustino Vidal, a la que apenas dedicaron una gacetilla, perdida en las páginas de sucesos, junto a otra noticia mucho más aireada que ocupaba el resto de la página, narrando el conmovedor periplo de un perro pastor que había recorrido España de punta a punta para reunirse con su amo. La gacetilla dedicada a la muerte de Vidal estaba, además, plagada de errores: confundían el nombre de su pueblo —Aquilones—, el nombre del barco que lo había traído de Rusia —*Sirimiri*— y hasta el nombre del interfecto —Fausto—; y aseguraban, además, que su muerte (y citaban fuentes de la Guardia Civil) era consecuencia de un suicidio. En las escasas veinte líneas de la gacetilla se apreciaba el nulo interés del Régimen en seguir aireando las vicisitudes —mucho menos si eran escabrosas— de los divisionarios, que pronto se convertirían, para el acerbo popular, en sicarios de Hitler, como proclamaban los quintos de Aquilones o Arquillinos. Puesto que saltaba a la vista que Vidal no se había suicidado, Antonio supuso que la Guardia Civil habría resuelto que su muerte era fruto de las malquerencias de los vecinos, echando sobre el caso la tierra del olvido; y, sobre el cadáver de Vidal, la tierra de la fosa común.

Antonio recordó, con una mezcla de alipori y abrumada lástima, las tribulaciones

que lo habían torturado doce años atrás, cuando entre él y Carmen mataron —a fin de cuentas, en defensa propia— a aquel tiparraco que se percató de la trampa que le habían tendido en el Retiro. Ahora aquellas tribulaciones se le antojaban irrisorias, como a la madama de un burdel deben antojársele los dengues de la pupila que acaba de ser desflorada. Si el asesinato de aquel tiparraco fue el funesto catalizador de su destino, el asesinato del cretino de Vidal se le aparecía como una nadería que ni siquiera rozaba su destino, un episodio de una vida anterior o soñada, tan ajeno a su vida verdadera como la maicena o engrudo que se habían tragado los alemanes, para hacerse perdonar sus pecados. Y si la gacetilla que los periódicos habían dedicado al suceso lo enervaba no era porque pusiera en letras de molde lo que prefería que permaneciese silenciado, sino porque le resultaba ofensivo ver descrito en un estilo tan pedestre lo que él había realizado con cálculo y esmero; supuso que una impresión similar abofetearía al artista que realiza una obra en la que ha empeñado sus dotes y luego la ve enjuiciada en la prensa por un zote o zoilo nada dotado que la despacha con cuatro frases chapuceras y mal hilvanadas, sin reparar siquiera en su intención.

El mismo día que apareció en los periódicos la gacetilla sobre la muerte de Vidal se publicó también en el *ABC* el anuncio con el que los trabajadores de Transportes Mendoza conmemoraban el regreso de su nuevo jefe al trabajo. Si no hubiese sido un hombre sin atributos, Antonio se habría emocionado con la hospitalaria bienvenida que sus empleados le tributaban públicamente; pero sólo le fastidió que el linotipista que había compuesto el anuncio hubiese utilizado los mismos tipos que se empleaban para las esquelas, con lo que parecía que más bien se estuviese anunciando su defunción (o la de Gabriel Mendoza, para ser más precisos). Procuró, sin embargo, que no le asomase el enojo ante los trabajadores, a los que agradeció personalmente, uno por uno, el detalle, antes de reunirlos a todos en el garaje, para solicitarles su «colaboración impagable» en aquellas primeras semanas en las que aún se desenvolvería con la patosería propia de un bisoño en el desempeño de sus obligaciones. Y anunció que esas primeras semanas las dedicaría a familiarizarse con la cartera de clientes de la empresa, así como con los apuntes contables (esperaba encontrar en ellos alguna pista que delatase la naturaleza de las misteriosas transacciones que se desarrollaban en aquel piso del Retiro que el anterior dueño de la empresa había regalado a su amante o concubina), dejando la gerencia y administración del negocio a su capataz, un hombretón rudo y locuaz, de rostro amplio y sonrosadote, a quien ya había conocido en la notaría, un par de semanas atrás, y que tenía toda la pinta de conocer los entresijos de la empresa al dedillo, pues no en vano el finado don Amadeo lo había incluido entre los beneficiarios de su herencia. Por supuesto, al encomendar esta labor al capataz (que, por lo demás, ya llevaba algún tiempo desempeñándola), lo mencionó por su nombre, y le regaló los oídos con todo tipo de alabanzas, al igual que hizo con otros trabajadores veteranos a los que había conocido en la apertura del testamento. Y en lo sucesivo, en cuanto

aprendió sus nombres, haría siempre lo mismo con camioneros y administrativos, para ganarse su aprecio y confianza.

El garaje y sede social de Transportes Mendoza se hallaba en el paseo de Extremadura, en su zona más campamental, entre cuarteles militares levantados sobre los escombros de los bombardeos de la guerra y tierras de labranza cada vez más descuidadas o improductivas, fácil presa de la especulación urbanística. Aprovechaba la nave de una antigua fábrica de harinas, de ladrillo bermejo y planta rectangular, acondicionada como cochera en toda su extensa superficie, con las oficinas dispuestas a modo de galería interior voladiza en forma de herradura, cuyos pilares servían al mismo tiempo para delimitar los aparcaderos de los camiones. El despacho que a partir de aquel día ocuparía Antonio ocupaba el centro de aquella herradura; y, en su pared frontal se hallaba por completo acristalado, lo que le permitía dominar panorámicamente el trasiego de camiones en la nave. Era un despacho sin lujos ni aderezos, de un rigor casi monacal, un chiscón invadido de cajas con papelotes viejos que se amontonaban por doquier, formando obeliscos inclinados que amenazaban derrumbe, y de bártulos de la más variopinta índole, desde piezas oxidadas de motores desguazados a básculas dimitidas de su función. Rodeado de aquellos cachivaches, como en una chamarilería al borde del naufragio, Antonio se sentía protegido, resguardado por un parapeto mucho más seguro que los que había conocido en el frente ruso; y la turbamulta de olores que ascendían desde la nave —el olor del gasóleo en combustión, del aceite requemado, del caucho de las ruedas, mezclados con el olor de las mercancías que de continuo se cargaban y descargaban en los camiones— acrecentaba esta impresión de abrigo y protección. Solicitó que le trajeran los libros de contabilidad de la empresa, en cuyo bosque de cifras pensaba extraviarse durante unas cuantas semanas, a la búsqueda de transacciones escamoteadas; pero enseguida comprobó que, siquiera en aquel primer día, le iba a resultar poco menos que imposible concentrarse en el trabajo.

El anuncio publicado en el *ABC* por los empleados empezaría pronto a surtir efectos inesperados, o tal vez inevitables. Los clientes más fieles de Transportes Mendoza, sus proveedores más asiduos, mayoristas, almaceneros y funcionarios de abastos querían adherirse a la salutación de los empleados con todo tipo de parabienes y albricias: algunos llamaban por teléfono para celebrar el retorno del vástago que, tras sobrevivir al infierno ruso, tomaba las riendas del negocio; y otros mandaban a sus recaderos, con tarjetones encomiásticos, ramos de flores y chirimbolos variopintos, que Antonio apilaba junto a los demás bártulos inservibles que atestaban el despacho. Y junto a las llamadas y envíos de compañías y particulares vinculados con la empresa, tampoco faltaron las llamadas y envíos de espontáneos sofocados por el fervor patriótico, vecinos y tenderos del barrio y exdivisionarios que, con la vaselina de la camaradería, le solicitaban una colocación. A todos los iba despachando Antonio con una deferencia más o menos sumaria, dependiendo de su relevancia, y haciendo acopio de la información que le

suministraban, cuando la juzgaba provechosa para el sostenimiento de su impostura, manteniendo siempre esa actitud de pasiva receptividad que tan buenos resultados le había dado desde el principio. Por la sede de la empresa fueron también desfilando charlatanes estrambóticos, empeñados en embarcar a Antonio en actividades benéficas, asociaciones de excombatientes y chanchulletes presuntamente lucrativos que desestimó sin excepción, siempre con una sonrisa de convaleciente en los labios y una vaga remisión al futuro. Entre las visitas más desquiciantes (y también entre las que más repugnancia le provocaron) se contó la de un editor con pinta de vendedor de crecepelos, flaco y fofo a la vez, que transmitía la incómoda impresión de ser invertebrado. Parecía empeñado en hacerle escribir sus memorias de cautiverio.

—Usted habrá corrido una auténtica odisea, en esas tierras dejadas de la mano de Dios, ¿no es cierto? —le preguntó.

Antonio adoptó un tono disuasorio desde el principio:

—He sido prisionero, en efecto.

El editor se repantigó en la única silla descolada que había en el despacho para las visitas. Antes de extender los brazos, miró a derecha e izquierda, para no derribar las montañas de papel y chatarra que lo circundaban.

—Imagínese su libro anunciado en las marquesinas de la Gran Vía: «Trece años de infierno en el Gulag»; o: «Yo sobreviví al Terror Rojo». El éxito está asegurado. —Y, a la vista de su actitud indolente, añadió—: Usted ni siquiera tendría que escribirlo. Bastaría con que nos entregase unas cuartillas y nosotros nos encargaríamos de ponerle un *negro*.

Antonio no estaba familiarizado con la jerga editorial:

—¿Y por qué un negro? ¿Los tienen todavía esclavizados?

—No, hombre, qué cosas tiene —sonrió con una fatua condescendencia—. *Negro* llamamos al escritor que trabaja sin firmar. Usted nos da unos cuantos datos generales y fechas y él se encarga de ponerle la chicha. Ya sabe, para que la historia quede tremebunda y peliculera... ¡A lo mejor se la adaptan al cine!

La proposición era tan rastrera que hasta le hizo gracia. Pero nada podía distraerlo de sus objetivos:

—Creo que se equivoca en sus previsiones de éxito. —Tendió al editor el ejemplar de *ABC* que reposaba en la mesa, doblado por la página en la que informaban sobre la muerte de Vidal—. Como ve, le han dedicado apenas una gacetilla; las historias de divisionarios, por trágicas que sean, ya no interesan a nadie.

El editor leyó la gacetilla con premura y notorio desagrado, como si estuviese leyendo un prontuario para la desinfección de letrinas.

—Pero es que ese tipo era un paria cualquiera —dictaminó—. Seguramente se alistó para matar el hambre, o huyendo de la justicia. Al público no le interesan las historias de esos trapalandranes.

Hablaba con alegre ferocidad. Antonio dominó las ganas de escupirle en la jeta.

—¿Ah, no? ¿Y qué historias le interesan, entonces?

—Historias desgraciadas de gente rica —dijo el editor, buen conocedor de los resortes psicológicos del resentimiento—. Historias de alguien como usted: un hombre afortunado al que la vida le sonrío y al que no le falta de nada: dinero, mujeres, diversiones... Entonces a este hombre le da la ventolera y se alista en la División Azul, pensando que la campaña será un paseo militar. Pero cae en manos de los rojos, que le hacen todo tipo de perrerías. Esto es lo que la gente quiere leer, esto es lo que a la gente le priva.

Antonio asintió, caviloso.

—O sea, un pollo pera pasando las de Caín.

—Más o menos. Veo que ha captado la idea.

Golpearon la puerta y Antonio dio su permiso para entrar. Era Cifuentes, que al verlo ocupado amagó con retirarse. Antonio se lo impidió, despidiendo con insolencia al editor:

—Llegas justo a tiempo, amigo, porque estaba a punto de partirle la cara a este señor. —El editor pensó que se trataba de un juego o broma entre amigos, pero al reparar en el gesto airado de su interlocutor se marchó apresuradamente sin despedirse. Antonio lo persiguió por la galería, hasta que el editor alcanzó las escaleras, por las que bajó como alma que lleva el diablo—. ¡Como vuelva a verte te rajo, escoria! —le gritó Antonio desde la barandilla. Luego volvió al despacho, donde lo aguardaba un Cifuentes estupefacto—. Un puto carroñero que pretendía hacer caja con el sufrimiento ajeno —le explicó someramente—. ¿Qué te trae por aquí, Pacorris?

Tras el estallido de cólera se sentía de buen humor, como tras una purga de toxinas. Cifuentes se acomodó en la silla que el editor había dejado libre.

—Éste es un país de carroñeros sin remedio —murmuró taciturno. Y, luego, en un tono más afable o distraído, comentó—: Vi esta mañana en el periódico el anuncio de tus empleados. No sabes cuánto celebro que me hayas hecho caso y te hayas puesto a trabajar.

—Si es que me dejan. Llevo toda la mañana recibiendo llamadas y visitas. La gente confunde lo cortés con lo pelmazo.

Descolgó el auricular del teléfono y lo dejó sobre la mesa, para que no estorbaran su conversación.

—¿Y tú no tienes hoy clases?

—He conseguido que me sustituyan por unos días —dijo Cifuentes—. Me marcho a Valladolid, a las oposiciones de cátedra. A ver si hay suerte: la competencia es reñida y los enchufes funcionan a tutiplén. Los meapilas y los democristianos lo quieren acaparar todo.

Antonio se permitió una gracieta:

—¿También la ginecología? Anda que no son listos esos pájaros...

—Culo veo, culo quiero, ya sabes. —Se rió sin ganas Cifuentes. La mancha de la cara tenía aquella mañana una tonalidad macilenta—. ¿Me permites que fume?

Antonio rescató un mechero, entre la barahúnda de cachivaches.

—¡Por favor, estaría bueno! Pero pensé que habías dejado el fumeque...

—¡Ya quisiera! No he fumado antes delante de ti porque me daba no sé qué, viéndote tan debilucho... Pero ya veo que vas recuperando peso poco a poco. Ya sólo te falta raparte esa barba para volver a ser el de antes.

Pero Antonio no pensaba rapársela: era su careta, o siquiera su velo ante cualquier intento de exploración fisonómica. Se la atusó:

—Pues no tengo ninguna intención, no te creas. Me recuerda de dónde vengo. Y también que no quiero ser uno de esos señores atildaditos que se ven por ahí, llevando una vida de noria, siempre con sus rutinas auestas.

—Yo también sé lo que es volver de una guerra, y lo cuesta arriba que se hace la paz —dijo Cifuentes, mientras prendía el cigarrillo—. Sé lo difícil que es sentirse solo en medio de la gente, sin comprenderla o despreciándola, aun sin querer. Y volver a la rutina inexorable, y a los compromisos y servidumbres de cada día. Tendrás que luchar contra ti mismo muchas veces, por las causas más nimias: cuando un policía en la calle te ordene detenerte para que pasen los coches —¡a ti, que no te detenían ni las balas de los ruskis!— querrás saltarle al pescuezo; cuando alguien te sermonee o te dé consejos —¡a ti, que te tocó tomar decisiones sobre la marcha, de las que dependía la vida de tus hombres!— te entrarán ganas de pegarle un tiro... Yo ya pasé por esa fase. Te sientes como si estuvieras dentro de una camisa de fuerza, pero acabas acostumbrándote.

—Uf, no sé qué decirte... —comentó Antonio, que más bien no sabía adónde quería ir a parar Cifuentes—. El primer día que me puse el traje y la corbata me sentí como un espantapájaros, y todavía no me he acostumbrado. —Se señaló el nudo de la corbata, casi deshecho, y las mangas de la camisa remangadas—. ¿Y qué decir de las sábanas por la noche? Te sientes como amortajado en la cama. ¡Hasta echas de menos los piojos!

Cifuentes daba larguísimas caladas al cigarrillo, como si se quisiera asfaltar los pulmones. Volvió a reír sin ganas:

—Pues hasta a dormir sin piojos acaba haciéndose uno. —Hizo una pausa atolondrada—. Oye, Gabi, me dice Amparo que te nota distante y como que la rehúyes. Que con el resto de la gente te comportas normalmente, pero que con ella te muestras apático y desanimado...

Antonio se removió, por primera vez incómodo en su cuchitril:

—Es que con Amparo no necesito fingir y puedo mostrarme como verdaderamente me siento —mintió—. Pero tranquilo, poco a poco me iré reponiendo. Esta misma noche la he invitado a cenar, y el próximo fin de semana haremos una escapada a Sigüenza. Te vamos a echar de menos, por cierto.

—No, si yo sólo te lo digo porque la mujer lo está pasando muy mal. —El humo del cigarrillo emboscaba su rostro apesadumbrado. Pegó una nueva calada que casi alcanzó el filtro—. Pero no siempre se repone uno, Gabi; a veces ocurre que,



simplemente, nos han cambiado el carácter, o los gustos, o las aspiraciones. Hay muchos excombatientes que han vuelto de la guerra convertidos en personas distintas: el veneno del peligro, de la vida salvaje, se les ha metido en la sangre, y las reglas que el mundo juzga sagradas se les antojan ridículas. No soportan las cargas familiares, no aguantan a su novia, no aceptan el trabajo en la oficina...

—Pues yo a la oficina he vuelto sin ningún problema —lo atajó Antonio.

Creó intuir por dónde iban los tiros; y esa intuición le provocaba una placentera sensación de alivio. Pero tendrían que ser ellos quienes dieran el primer paso: Mendoza le había confesado que Amparo era su acicate, que no había discurrido un día de su cautiverio sin que Amparo ocupase sus pensamientos; y no pensaba regalarles en bandeja la coartada que justificase ante sus conciencias la traición al amigo ausente. Tampoco les iba a poner traba alguna, desde luego; pero tendrían que apechugar con su pecado.

—Ya, ya, si yo no te digo que seas un inadaptado —recoló Cifuentes—. Sólo te pido que, si has dejado de amar a Amparo, lo reconozcas y se lo digas. Ella sabrá entenderlo. No habrá reproches ni despechos, ¿de acuerdo?

Antonio esbozó una sonrisa sardónica:

—De acuerdo, Pacorris. Pero tal vez sea ella quien deba reconocer eso, ¿no te parece?

Se abrió una avenida de silencio entre ambos, como una explanada por la que se adentró en tromba el estruendo de los camiones que maniobraban abajo, en el aparcadero. Cifuentes prendió otro cigarrillo; tenía las manos temblorosas y el gesto descompuesto, pero la nicotina lo apaciguaba.

—¿Leíste en el periódico el caso terrible de ese divisionario de Zamora? Dicen que vino en el *Semíramis*.

Antonio lo escrutó a través del humo sin parpadear.

—Así es —repuso, todavía con dureza.

Cifuentes no se iba a atrever a dar el paso que Antonio le estaba demandando. No por el momento, al menos.

—¿Y cómo era?

—Pues como tantos otros de los últimos relevos. —Desvió la dureza hacia quienes ninguna culpa tenían de sus cuentas pendientes con Cifuentes y Amparo. Incluso recuperó el vocabulario un poco filibustero del editor al que acababa de expulsar con cajas destempladas—: Un paria que se alistó para matar el hambre, o huyendo de la justicia. Un trapalandrán sin interés alguno.

En otra circunstancia, tal vez Cifuentes se habría sublevado ante el lenguaje despectivo de Antonio. Pero los remordimientos lo amansaban:

—Y, sin embargo, se batieron con honor... En la misma batalla de Krasny Bor, donde te apresaron, había muchos de esos que...

—Sí, sí, todo lo que tú quieras —lo cortó Antonio, displicente—. Ante las balas, hasta los cobardes reaccionan a veces como auténticos jabatos; el instinto de

supervivencia hace que la gente actúe de las formas más imprevisibles. Pero luego, en los campos de prisioneros, cuando de verdad había que demostrar la pasta con la que cada uno estaba hecho, flojearon. Se dejaron engatusar por los ruskis, y con su actitud desmoralizaron a muchos camaradas. —Cifuentes, abrumado por su intransigencia, le rehuía la mirada, cabizbajo—. Ese Vidal, en concreto, era una sabandija; no me extrañaría que fueran sus mismos compañeros de cautiverio quienes le dieron matarile. Estas cosas se habrían evitado si no hubiesen dejado que se alistara el lumpen.

Aquella mención había resultado en exceso hiriente para un falangista ortodoxo como Cifuentes:

—Permíteme discrepar en eso, Gabi. No me parece bien que te refieras así a la gente humilde. Nosotros estamos aquí para combatir la lucha de clases, pero también la sociedad de clases —dijo con unción, todavía crédulo en un catecismo del que habían desertado hasta sus mismos apóstoles—. Además, esos que tú dices que pertenecen al lumpen fueron los que llenaron los huecos que dejaron muchos falangistas de boquilla, que, en cuanto le vieron las orejas al lobo, no quisieron saber nada de apuntarse a los relevos. —Se quedó pensativo, como escarbando en yacimientos de la memoria que Antonio creía sellados para siempre—. Yo conocí a un joven de esos que se alistaron a última hora. Se llamaba Antonio Expósito. Y se parecía mucho a ti, por cierto.

Un camión hizo retemblar la cristalera, al entrar en el aparcadero tocando el claxon. Antonio sintió que la sangre se le detenía en las venas, pero no inmutó el semblante:

—Sí, ahora que lo mencionas... Creo recordar que en alguna carta me hablaste de él, pidiéndome que lo protegiera. ¿O me estoy confundiendo de persona?

—No, no, a ese mismo me refiero —dijo Cifuentes, que de pronto parecía haberse emocionado—, Debió de incorporarse al frente pocos días antes del ataque de los rusos en Krasny Bor, y ya nunca volviste a escribirme. ¿Llegaste a conocerlo?

Antonio esbozó una mueca contrariada. Lo bueno de que se detenga la sangre en las venas es que así se enfría todavía más:

—Nunca jamás. Imagino que regresaría a España pocos meses después, cuando disolvieron la División.

Cifuentes denegó con la cabeza, corrigiéndolo. Había hecho sus indagaciones:

—No volvió nunca. Debió de morir en Krasny Bor, en febrero del 43. —La mancha de la cara se le había encendido—: ¡Defendiendo la civilización cristiana, nos decían! ¡Y una mierda! Exponiéndose a las balas, como muñecos de pimpampum, mientras los hijos de los ricos se arrimaban aquí al brasero político. Si José Antonio levantase la cabeza, se moriría otra vez del susto...

Ya le había escuchado aquellas mismas execraciones doce años atrás, ante la sede de la Secretaría General del Movimiento, pero José Antonio seguía sin levantar la cabeza, y nadie se la iba a incorporar, ni siquiera un poquito.

—Bueno, míralo por el lado bueno. Al menos se libró del cautiverio —dijo Antonio, con afectación distante.

—¡Pobre hombre! —se lamentó Cifuentes—. Luego me enteré, haciendo mis indagaciones algunos años más tarde, que se había marchado huyendo de la policía. Lo acusaban de haber matado a un tipo en el Retiro.

El estruendo de los camiones se fundió con su escalofrío. Antonio fingió escandalizarse:

—¿Pobre hombre, dices? ¿A un asesino lo llamas pobre hombre?

—Vete tú a saber por qué asesinó. —Cifuentes resopló, expulsando el humo cribado por sus pulmones, y aplastó la segunda colilla en el cenicero, esta vez con auténtica saña—. Yo, desde luego, si me viera desesperado como debe de verse mucha gente, no tendría demasiados escrúpulos en liarme a tiros con los zampones y los chupópteros del Régimen. Aquel muchacho no tenía pinta de ser un asesino profesional, ni un malvado. Me encomendó que buscara a una chavala de la que andaba enamorado, una tal Carmen, su novia o algo por el estilo.

Su voz se había ido ablandando, como anegada por la añoranza. Antonio se había levantado del escritorio y rebuscaba entre los papelotes que invadían el despacho, sin pretender encontrar nada, tan sólo por disimular su inquietud creciente.

—Espero que no se la robaras —bromeó—. Los ginecólogos tenéis un peligro...

—Como no me dio más datos sobre ella que su nombre no pude encontrarla al principio. —Cifuentes esta vez ni siquiera se había molestado en reírle la gracia—. Además, acababa de mudarse sin dejar ni rastro. Quién sabe si no habría participado con él en el asesinato del Retiro. Pero unos años más tarde me la tropecé por casualidad. Bueno, a ciencia cierta no sé si sería ella, pero juraría que sí, a juzgar por su reacción... Fue en el Pasapoga.

Se había derrumbado uno de aquellos obeliscos de papel, arrastrando en su avalancha una nube de polvo y de ácaros que llenó el aire del despacho de un olor como de pólvora húmeda, o tal vez de pasiones apolilladas que pugnaban por resucitar. Antonio se arrodilló en el suelo, con la excusa de restaurar el estropicio; pero el escalofrío se le había derramado por las piernas, incapaces de sostenerlo en pie.

—¿En el Pasapoga? —dijo, entre toses que disimulaban el temblor de su voz—. No te imaginaba yo frecuentando ese tipo de antros.

—Debió de ser en la fiesta de mi licenciatura, un par de años después de mi regreso de Rusia —calculó Cifuentes, tratando de quitar hierro a sus expediciones noctámbulas—. La chica estaba sola en la barra y yo la abordé. Me dijo que se llamaba Carmen y...

—A saber cómo se llamaría de verdad —lo interrumpió Antonio. Se rebelaba contra la posibilidad, por lo demás tan verosímil, de que Carmen hubiese terminado como moza del partido—. Ese tipo de chicas lo primero que hacen es ponerse un nombre de guerra.

—Pues ésta no se lo había puesto, te lo aseguro. Además, tampoco tengo del todo claro que fuese de ese tipo de chicas —dijo Cifuentes, a quien su repudio de la sociedad de clases lo inclinaba a la candidez—. Le dije, por pegar la hebra, que unos años atrás yo había estado buscando sin éxito a una tal Carmen Panizo, y enseguida le mudó el semblante. Cuando añadí que lo hacía por encargo de un divisionario llamado Antonio Expósito, directamente me dejó con la palabra en la boca. Salió en estampida del local.

Antonio se fue a aflojar el nudo de la corbata, por mantener las manos ocupadas, pero descubrió que ya lo tenía aflojado. Reprimió la ansiedad:

—Chico, qué historia más desgarradora... No sabía yo que tenías esa experiencia de los bajos fondos. —Procuró que su voz sonase desenfadada, un poco frívola incluso, antes de deslizarse como al desgaire—: ¿Y no la volviste a ver?

Cifuentes prendió un tercer cigarrillo; pero si los otros los había apurado con apremio y casi con congoja, éste lo saboreaba con pensativa fruición, como el penitente que acaba de confesar culpas que lo atormentaban y ya disfruta de los beneficios de la absolución.

—Nunca en la vida. Volví por el Pasapoga unas cuantas veces, pero se había esfumado sin dejar ni rastro. —Se acarició la mancha de la cara, como si tratase de aliviar algún recóndito escozor—. Pregunté a otras chicas asiduas al lugar, pero nunca habían vuelto a saber de ella. Como si se la hubiese tragado la tierra.

Cifuentes miró el reloj y se levantó de la silla con una cierta reluctancia, como si a la vez que daba la visita por concluida, requerido por sus obligaciones académicas, reconociese que su motivo originario no se había cumplido plenamente. A Antonio le parecía flotar en una nube, desorientado y sin peso, como evadido de aquella cárcel en la que él mismo había decidido internarse, al suplantar la identidad de Mendoza, y deseoso de proseguir la búsqueda de Carmen que Cifuentes había abandonado. Panizo, se apellidaba Panizo; algún resultado habían dado sus averiguaciones.

—Con esos mimbres, Rafael Gil te hace un dramón de órdago —dijo Antonio, impostando unos conocimientos cinematográficos que no tenía—. ¿Te marchas ya? Te deseo lo mejor en esas oposiciones. Ya verás cómo te llevas el gato al agua. —Y añadió, en un tono burlesco que rechinaba con la expresión taciturna de Cifuentes—: Lo celebraremos juntos en el Pasapoga.

Cifuentes fingió no haber oído la sandez. Mientras abandonaba su despacho, murmuró:

—Alguien tendría que escribir la historia de las novias y esposas de los divisionarios, de las mujeres que se quedaron aquí solas, esperando angustiadas las noticias del frente. —Se detuvo un instante e hizo un mohín suplicante, casi un puchero—: No le hagas daño a Amparo, Gabi, por favor te lo pido.

—Descuida, amigo.

Cifuentes se marchó, ignorante del mal que le había hecho desenterrando aquel pasado que creía sepultado para siempre y que ya empezaba otra vez a roerle con su

comezón. Pero de un mal puede surgir a la postre un bien, se repitió Antonio para tranquilizarse. Volvió a colgar el auricular en la horquilla del teléfono; apenas lo hizo, sonó, sobresaltándolo y haciendo añicos sus cavilaciones.

—Dígame.

—¡Por fin! Llevaba más de una hora llamándote. Adivina quién soy.

Era una voz femenina, retozona y casi insolente en su narcisismo. Por un instante, Antonio pensó que pudiera tratarse de Consuelito, la sobrina de Mendoza, pero enseguida descartó esta posibilidad: la alegría de Consuelito era más fina y sincera; y en la alegría de aquella mujer había un deje plebeyo, o sazonado por el vicio. Ganó tiempo:

—¿La Bella Durmiente del bosque?

Al otro lado de la línea, escuchó una risa descacharada que celebraba la ocurrencia:

—Frío, frío.

—¿Caperucita Roja, tal vez?

—Tampoco, salvo que ahora te hayas convertido en el lobo.

Y volvió a reír, estimulada por el juego de adivinanzas que se había entablado. Antonio recordó entonces la carta del padre de Mendoza, donde alababa a aquella misteriosa Paloma, la mujer alegre y desenvuelta que le había aliviado el tedio conyugal. Arriesgó:

—Pues entonces serás una blanca paloma.

Ahora la risa se hizo crepitante de interferencias, como si hubiese excedido la capacidad acústica del aparato.

—¡Bravo! Ya veo que no olvidas tan fácilmente. Tu padre me aseguró que te pondrías en contacto conmigo, pero como no lo hacías...

—Perdóname, chica —se excusó. Ya había espantado las cavilaciones sombrías inspiradas por el relato de Cifuentes y pugnaba por concentrarse en su objetivo primordial—. Es que desde que volví he andado liadísimo.

—Ya me lo imagino —concedió Paloma, no del todo convencida. Ahora su voz era menos juguetona—: Tampoco pretendo meterme en tu vida, ya sabes que no es mi estilo. Pero llevan un par de semanas llamando y preguntando por ti. Se les nota un poco nerviosos. ¿Qué les digo?

Lo azoró aquel apremio; pero supuso que quienes preguntaban por él con insistencia y nerviosismo serían quienes mantenían con el padre de Mendoza transacciones clandestinas.

—Mira, Paloma, yo creo que esto no es para hablarlo por teléfono. ¿Qué te parece si me paso por tu casa y charlamos tranquilamente?

Se hizo al otro lado de la línea un silencio prevenido o pasmado.

—¿Tranquilamente? Me dejas de piedra, chico. —Pero su voz era otra vez retozona—. ¿Es que los comunistas te han devuelto a tu ser?

La alusión pudiera considerarse desalmada y ofensiva, pero Antonio aceptó el

envite:

—Digamos que tantos años de cautiverio me han enseñado a no rechazar las rosas que la vida nos ofrece.

—¡Eh, para el carro! —dijo ella, pero su risa entusiástica más bien contribuía a empujarlo—. ¿Y cuándo te pasarás por aquí? ¿Te parece bien esta noche?

Quiso confirmarlo, en un impulso inicial acuciante. Pero recordó que había prometido a Amparo sacarla a cenar.

—Esta noche no puedo, por desgracia. ¿Qué tal el...?

Pero el fin de semana también lo tenía comprometido. Antes de que pudiera fijar un día, Paloma se adelantó:

—Mira, por las tardes puedes venir cuando quieras, hasta las nueve o así me pillarás en casa. Más tarde quizá también, pero a lo mejor ya me pillas ocupada...

Ahora su risa sonó un poco sórdida o indecente, aunque tal vez así lo había sido desde el principio. Antonio fingió desentenderse de aquella última alusión de sentido sexual:

—Anda, recuérdame la dirección.

—Alfonso XII, 20, cuarto derecha, enfrentito mismo del Retiro.

Antonio le agradeció la precisión topográfica, que confirmaba que ya había encontrado el hilo del que, tirando, podría alcanzar el botín. Volvió a arriesgar, esta vez sin recatarse de lanzar el farol:

—Paloma, ¿querrás creerte que mi padre pensaba que, aunque yo te cortejé, tú nunca accediste?

—Así se lo juré y perjuré —dijo Paloma cínicamente, o tal vez sólo inconsciente de su felonía—. Chico, una tiene que cuidar su prestigio; y, además, lo tenías bien merecido: desde que te hiciste novio de aquella pavisosa, te pusiste insoportable. Y a tu padre lo tranquilizaba mucho pensar que entre nosotros nunca hubo nada. De ilusión también se vive.

—Y se muere —añadió Antonio, con sarcasmo macabro.

Paloma se puso súbitamente seria, pero era una pose poco verosímil:

—Pobrecito. No seas tan bruto, hombre, que acaban de enterrarlo.

Antonio no se recató:

—¿Cómo dicen? El muerto al hoyo...

—Y el vivo al bollo. —Paloma abandonó sin remilgos la pose circunspecta—: Anda, tunante, pásate por Alfonso XII y verás qué bollo te está esperando en el horno.

En una vida anterior, Antonio había merodeado por locales como el Pasapoga, buscando acomodo en los taxis a los ricachones que salían a la Gran Vía, acompañados de alguna fulana de postín o querindonga a la que mantenían bajo cuerda, como el padre de Mendoza había mantenido hasta entonces a Paloma, y como se había propuesto seguir manteniéndola después de muerto. Y, al recibir sus propinas, que le tendían como quien se sacude las migajas de un festín, Antonio había sentido crecer en el pecho una rabia sorda, porque mientras aquellos ricachones se estuviesen revolcando ufanos en una cama con sábanas de Holanda con sus furcias caras, él tendría que consolarse a solas en su tabuco de la calle del Amparo, o a lo sumo —si la recaudación de propinas se había dado inusualmente bien— con alguna golfilla harapienta. Nunca antes había entrado en el Pasapoga, entre otras razones porque, si lo hubiese intentado siquiera, los porteros le habrían impedido el paso y propinado, a la menor insistencia, una metódica paliza. Doce años atrás, el Pasapoga acababa de abrir, burlando las ordenanzas municipales que perseguían el lenocinio, disfrazado de sala de fiestas de lujo donde se congregaban terratenientes en noche de farra, actores de bigotillo perfilado y talle juncal, jerifaltes del Régimen con el bálano embravecido y coristas estrepitosas de lentejuelas y musulamen que, después de la actuación, se mezclaban con la clientela, arrimándose como miuras, en un clima de quilombo finolis. Con el paso de los años, sin embargo, como suele ocurrir con este tipo de locales, su brillo de oropel se había ido desluciendo o desgastando: las coristas se habían ido poniendo jamonotas, a la vez que sus atuendos perdían lentejuelas; y entre el público empezaban a menudear las lumias de quiero y no puedo, con sus visonazos sintéticos y sus collares de perlas apócrifas, los faranduleros subalternos y los plumíferos adictos, los chupatintas de los ministerios —que se gastaban allí los dinerillos de algún cohecho o enjuague contable, aprovechando que su mujer se había ido al pueblo, a visitar a la abuelita moribunda —, los malos toreros imitadores de Manolete y Dominguín, y algún que otro madero de incógnito al que le dejaban beber y magrear gratis, a cambio de que traspapelara las denuncias por infracción de horarios. Le daba un poco de grima mezclarse con gentuza de aquella ralea, así que eligió para su visita una hora temprana de la tarde, cuando el local aún no había abierto sus puertas al público.

—Perdone, señor. —Le obstaculizó el paso un portero de aspecto un tanto

agitanado o silvestre—. Todavía no es la hora.

Antonio le depositó en la mano un billete de cien pesetas.

—Discúlpeme, venía a darle un recado a una de las chicas.

El portero asintió entonces permisivo, y hasta lo acompañó por la escalinata de sucedáneo de mármol, interrumpida de vez en cuando por cortinones de un terciopelo resobado que parecían dispuestos adrede para que los borrachos se enredaran en ellos y se rompieran la crisma. Dejaron atrás el primer piso, decorado con molduras de estuco y purpurina dorada, hasta el salón principal, donde el portero se despidió:

—Puede esperarla aquí. Enseguida saldrán.

No le preguntó de dónde tendrían que salir, y se temió una aparición taumatúrgica o revistera. En la barra del bar un camarero con aspecto de jirafa asténica limpiaba muy someramente las copas, siquiera para que no se vislumbrasen en la penumbra los herretes de carmín.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó.

—Están dándose unos retoques en los camerinos, antes de que lleguen los artistas —le respondió el camarero, un poco sorprendido de que hubiera clientes tan madrugadores.

Antonio pidió un coñá y dejó sobre la barra una propina rumbosa, más rumbosa desde luego que la que a él le daban los ricachones a los que buscaba taxi, allá en su vida anterior. El salón principal del Pasapoga era una apoteosis del mal gusto: del techo pendían lámparas de metal bruñido, tal vez de bronce sobredorado, muy historiadas y barroquizantes; las paredes las engalanaban murales de colores pastelosos que reproducían escenas mitológicas o galantes; y el suelo, todavía tapizado de colillas, lo entorpecían aquí y allá columnas que pretendían remedar la sala hipóstila de una quinta romana, pero que más bien parecían repescadas de un decorado de cartón piedra. En la sala olía a perfume de garrafón, a nicotina agria, a semen fumigado con lejía o zotal. Al respirar aquella atmósfera estabulada, voluptuosa y repugnante a un tiempo, Antonio experimentó una sensación física de resaca, como si de repente se le hubiesen metido en el cuerpo los efluvios de una juerga que otros se habían corrido en su lugar.

—¿Y a ti qué te pasa, salao? ¿Que nos quieres invitar a todas a un refresco?

Habían salido de los camerinos las putas del Pasapoga, ruidosas como un serrallo en el mes del ramadán. La salutación la había hecho la que parecía más veterana de todas, que sin embargo no alcanzaría la treintena, aunque su cutis tenía esa cualidad en exceso porosa y sequiza que dejan el fumeque y el repetido trasnoche. Las otras le rieron la gracia, como gallinas cluecas; de un solo vistazo, Antonio se hubiese atrevido a señalar la procedencia de cada una: la chica de pueblo, un poco rústica y con el pelo de la dehesa asomando todavía debajo del maquillaje, que se vino a la capital para trabajar en algún taller de costura o fábrica de jabones; la chica de barrio que se vino al centro, harta de merodear en los desperdicios de los mercados; la madre soltera que se había metido en el oficio para pagar el internado de monjas para



su hija; la soñadora que, cuando despertó, se hallaba atrapada en una pesadilla recurrente; la arribista que se tomaba la prostitución como un período de meritoriaje, hasta que atrapase a un panoli con posibles (pero solía ocurrir que los panolis que atrapaba carecían de posibles, y los clientes con posibles no eran tan panolis como para llevarla al altar).

—Busco a una chica que estuvo trabajando aquí —dijo Antonio—. Carmen se llama.

Había elevado la voz, para que lo escuchasen todas, pero sólo la más veterana le seguía la conversación, como si entre ellas rigiese una disciplina según la cual la antigüedad tenía el privilegio de quedarse con el primer primo que cayera en sus redes.

—Carmen las hay a cientos, ricura. ¿Pero Carmen de nombre de pila o Carmen *la nuit*?

—Carmen de nombre de pila; Carmen Panizo, para más señas —precisó Antonio.

La puta tenía una voz pastosa y soñolienta. Le afeaban el rostro terroso diminutas protuberancias, como granos fallidos. Se subió a un taburete, a la vera de Antonio, y pidió un refresco de naranja con un chorrito de vodka que Antonio enseguida abonó, aunque el vodka le trajese recuerdos funestos.

—Pues no me suena de nada. ¿Y cuándo estuvo aquí?

—Hace diez años, aproximadamente.

La puta estalló en una carcajada que se pretendía simpática o contagiosa; pero sólo se sumaron a ella sus patas de gallo.

—¡Anda qué! Diez años, nada menos. Hace diez años yo estaba tomando la primera comunión, majo. ¿O qué te pensabas?

Antonio aceptó de buen grado la hipérbole y ensayó una morisqueta:

—Perdona, chata, no quería ofenderte.

Pero, al parecer, sí la había ofendido; se volvió a sus compañeras, que también abrevaban sus respectivos brebajes o refrescos, tal vez tomando a Antonio por un panoli con posibles.

—¡Aquí, el amigo, que me pregunta si conozco a una tal Carmen Panizo, que anduvo por el Pasapoga hace como diez años! ¿A vosotras os suena de algo? —Todas denegaron con prontitud, escandalizadas casi—: Ya lo ves, ninguna sabe nada. —Tomó a Antonio del brazo—: Pero esa Carmen tuya debe ser más vieja que Carracuca. Aquí no hay chica que aguante más de cinco años, el público se cansa enseguida de ver las mismas jetas. ¿Tú no prefieres una cara nueva, o qué?

A los cinco años ya se habían hecho viejas, como los novillos; y para entonces, o habían logrado pillar a un ricacho, o tenían que establecerse por libre, para que las toreasen en plazas de segunda o tercera, rodando, cuesta abajo siempre, hasta el matadero.

—Es que ahora no estoy por la labor... —se excusó Antonio, liberándose de su abrazo. Las tufaradas de su perfume, más barato que el que usaba Amparo, le

revolvían las tripas—. ¿Y no habrá nadie que la pueda conocer, algún camarero o encargado de sala o algo?

—Prueba con don Ricardo, el jefe —le aconsejó la puta, chasqueada por el toque de retreta de Antonio—. Si tienes la suerte de que te reciba, claro.

—¿Pero está aquí?

—Él siempre está en su despacho —dijo, y señaló hacia el fondo de la girola que circundaba el salón central—. Ya sabes, el ojo del amo engorda el caballo.

Antonio la despidió con otra morisqueta, dejándola en el taburete con toda su tristeza derrengada a cuestras, como una cariátide sin arquitrabe, o con el arquitrabe del calendario pesando como una losa. Subió por la escalinata y se internó por un pasillo que comunicaba con dependencias oscuras y más bien angostas, tal vez reservados donde los clientes más conspicuos o pródigos del local se refocilarían con sus querindongas o apalabrarían sus chanchullos. De trecho en trecho, unas lámparas de pared con motivos grutescos derramaban su luz viscosa sobre el raso de color burdeos que forraba las paredes. En una puerta, al fondo, un letrero anunciaba: «Dirección»; golpeó con los nudillos.

—¿Se puede?

Pero antes de que respondieran, ya había girado el picaporte y asomado la cabeza por el hueco entre la jamba y la hoja. El despacho de Ricardo Aguilar, el propietario del Pasapoga, tenía un mobiliario muy macizo y panzudo, con ínfulas notariales o cardenalicias. Detrás de un bufete muy ajetreado de abrecartas y pisapapeles y otros chirimbolos de bronce perfectamente inútiles, se hallaba Aguilar, como un sátrapa de secano. Era un hombre triponcete, de barba recortada, con pujos de galán otoñal; vestía un traje cruzado que resaltaba su silueta oronda y miraba con unos ojos de hipnotizador o rabino, ojos insistentes que por un instante traslucieron ira, al verse asaltado en su intimidad.

—¿Y usted quién es?

Antonio pensó que tal vez pudiera conocer a Mendoza, de la etapa crapulosa previa a su conversión. Pero había transcurrido una eternidad desde entonces.

—Disculpe, don Ricardo. Soy Gabriel Mendoza, el hijo de...

Aguilar se llevó una mano a la frente y se la golpeó, como si quisiera reactivar el funcionamiento de las neuronas. Se levantó del bufete, ceremonioso.

—Anda, coño, el hijo de Amadeo. ¡Pues claro que sí! Anda, pasa, pasa, no te quedes ahí. No te había reconocido con esa barba.

Se estrecharon la mano, como dos viejos conocidos. La mano de Aguilar era robusta y tuberosa, con venas como raíces de un árbol.

—No sé si le molesto...

—¡Qué cojones me vas a molestar! Ya me contaron en el funeral de tu padre que volvías en el *Semíramis*. ¡Menuda odisea la tuya, chavalote! Habrás venido para el arrastre... —dijo, compasivo o servicial—. Siéntate, siéntate.

—Pues el caso es que quería preguntarle... —comenzó.

—¡Y encima, nada más llegar, el mazazo de la muerte de tu padre! —lo cortó, rascándose la sotabarba—. Ya sé que andabais reñidos, pero un padre es siempre un padre. —Buscó la anuencia de Antonio, que él, por supuesto, no escatimó—. ¡Y menudo era tu padre! Yo le debía algunos favores, de cuando escaseaban el licor y el tabaco, recién terminada la guerra; pero creo que le pagué con creces... aunque fuera en especie. —Le guiñó un ojo, denotando que se refería a especies cárnicas—. Aunque en los últimos años andaba muy apagado, el hombre. ¡Necesitó quedarse viudo para sentar la cabeza! —Se rió de su propia paradoja—. ¿Tú estás casado, hijo?

Antonio lo miró de hito en hito, de forma levemente amonestadora, para detener su facundia.

—No, señor. Afortunadamente no. Imagínese lo que hubiese sido dejar a la mujer sola durante trece años...

—Tienes razón, muchacho. Perdona si te he molestado —se aturulló. Pero enseguida sus ojos de hipnotizador o rabino se iluminaron, chispillos—: Pues ahora lo que tienes que hacer es resarcirte por todos los años de ayuno y abstinencia. No hace falta que te diga que tienes a las chicas del Pasapoga a tu disposición. Invita la casa.

Sintiéndose magnánimo, se retrepó en la butaca y afianzó los pulgares en las sisas de su chaleco, esperando la reacción de Antonio, que esbozó una especie de mueca tímidamente lasciva. Aguilar sacó una caja de puros, que ofreció a Antonio.

—Gracias, no fumo —se excusó—. Pues por una chica que estuvo en el Pasapoga quería preguntarle. Un amigo me dijo que la vio aquí, allá por el año 44 o 45. Se llamaba Carmen Panizo.

Aguilar capó de una dentellada un puro que después ensalivó concienzudamente en el culo, antes de prenderle fuego.

—Carmen, Carmen, Carmen, déjame que piense. —Y pensaba mientras humeaba como una chimenea, hasta lograr por fin que el puro cogiera brasa—. Han pasado muchas Cármenes por aquí.

—Esta que le digo debió de marcharse de la noche a la mañana, casi sin avisar —especificó Antonio, tratando de avivar los recuerdos de Aguilar, como él avivaba el puro hasta que los pulmones se declararon en huelga—. Así me lo ha contado un amigo.

Se calló, sin embargo, la razón de su desaparición. Aguilar lo miró un poco escamado, tal vez sorprendido de que, después de tantos años, aquel resucitado le preguntase por la mojama rancia, pudiendo disfrutar de un cargamento de carne fresca que acababa de poner a su disposición. Pero se encogió de hombros; a fin de cuentas, el hombre es animal de costumbres.

—¡Ahora caigo en quién dices! ¡Cómo iba a olvidarla! —exclamó, sin quedar demasiado claro si las razones por las que la recordaba eran más bien de naturaleza desgraciada—. En realidad, nunca fue una chica del Pasapoga en el sentido estricto de la palabra. Acudió a mí para que le consiguiera una cartilla de racionamiento. Al

parecer, en Abastos no se la habían querido dar, porque no tenía la documentación en regla o no sé qué leches; y en el mercado negro costaban por entonces trescientas pesetas. Como no tenía dinero para pagarla, se ofreció a trabajar aquí, a cambio de la cartilla.

Le dolió aquella precisión, como si le hubiesen espolvoreado de sosa cáustica una úlcera que creía cicatrizada, allá en una vida anterior. No sabía si Carmen habría aceptado tal vileza de no haberla empujado él previamente a vilezas semejantes, utilizándola como cebo de los tiparracos a los que luego desplumaban en el Retiro; pero, en cualquier caso, sabía que él había sido el primero en envilecerla. Y esa certeza le remordía la conciencia, como un berbiquí insidioso. Pero ¿desde cuándo tenía él conciencia?

—¿A trabajar de puta, quiere decir? —musitó, aplastado por la evidencia.

—Hombre, de puta, de puta no. —Aguilar reía con la glotis, en un gorgoteo como de samovar o tetera en el punto de ebullición—. Aquí no tenemos putas. Tenemos bailarinas, animadoras, acompañantes, consoladoras de los afligidos —recitó como en letanía—, pero lo que se dice putas no, Gabriel, no me seas tan radical. Una chica del Pasapoga tiene que tener un poco de azafata, un poco de fiestera, un poco de psicóloga, un poco de calentona... Es una combinación difícilísima, no te creas. Ahora, la que reúne todas esas condiciones no tarda en llevarse un buen partido. ¡Cuántos ministros y millonarios no habrán encontrado novia aquí! Si yo te contara...

Pero no era preciso que contara nada, pues Antonio ya había tenido ocasión de echarle un vistazo a su serrallo y sabía que cualquier parecido con su cháchara complaciente era pura coincidencia. No lo dejó seguir:

—¿Y Carmen? ¿Qué fue de ella?

Aguilar mordió el puro, enarcando las cejas. No le gustaba que lo interrumpieran:

—Con tu Carmen no había manera de hacer carrera. Era más tiesa que un palo de escoba con los clientes. —Miró el puro como si fuese un despojo; tal vez ya se hubiese cansado de él, como se cansaba de las chicas arriscadas o hirsutas—. No le gustaba sacarlos a bailar, ni darles conversación, ni hacerles zalemas. Como andaba necesitada de dinero, en cuanto se le acercaba alguno le proponía irse a su casa, o a una pensión donde no hicieran preguntas, para que se desfogara y soltara el parné. —Aguilar hizo una pausa y aplastó con saña el puro en el cenicero, hasta desmenuzarlo—. Pero, claro, de lo que se trata es de que, antes de llevarlo a la cama, el cliente se gaste sus buenos dineros en consumiciones; de lo contrario, ¿qué beneficio saco yo de las chicas?

Antonio se mantuvo hierático. Hubiese querido levantarse de la silla y escacharle la cara de un sopapo, pero se contuvo:

—Ninguno, claro.

—Ninguno, tú lo has dicho. Una chica fría como el hielo no tiene cabida aquí.

Y, sin embargo, Antonio sabía que Carmen podría haber excitado la lubricidad de aquellos tiparracos que frecuentaban el Pasapoga si se lo hubiera propuesto, porque él

mismo la había enseñado a hacerlo, para camelar a otros tiparracos semejantes. De haber querido, podría haberlos engatusado con una mezcla de melindre y desparpajo, de candidez e impudicia, disimulando de rubor y halagado desconcierto el asco que le provocaban sus avances. Pero no había querido hacerlo; y esa renuncia a la pantomima mitigaba un poco el dolor de Antonio.

—Total, que se marchó —azuzó a Aguilar.

—Se marchó sin encomendarse a Dios ni al diablo, en efecto. Sin dar ni escuchar razones. Si no le gustaba su trabajo, podría haberle buscado acomodo como camarera, o como empleada de la limpieza, cualquier otra cosa. Pero simplemente desapareció del mapa.

Aguilar se encogió de hombros, zafándose de cualquier responsabilidad. Tal vez así, atribuyendo a la fatalidad o a intemperancias del carácter las calamidades que afligían a sus pupilas, mantenía a buen recaudo los remordimientos. Claro que, para que inquieten los remordimientos, es preciso tener conciencia.

—¿Y no volvió a saber nada de ella?

—En alguna ocasión me dijeron que la habían visto en algún local de alterne de medio pelo —dijo Aguilar, con cansino desapego—. Ya sabes lo que es ese oficio: una vez que te caes del machito, ya sólo queda rodar y rodar, hasta que te conviertes en un trasto viejo. Pero ¡quién sabe!, esa Carmen tenía muchos redaños, a lo mejor ha logrado levantar cabeza.

Antonio conocía mejor que nadie los redaños de Carmen: la había visto, descompuesta como una bacante, con las manos enguantadas de sangre y entre las manos una navaja que descargaba una y otra vez sobre el cogote de aquel tiparraco que a punto estuvo de estrangularlo en el Retiro. Pero los redaños no son suficientes, cuando el mundo se convierte en una cárcel rodeada de alambradas.

—Ojalá sea así —musitó, atenazado por la congoja. Se levantó aturulladamente de la silla—. Le agradezco mucho...

—Te voy a dar un consejo, hijo —lo amonestó Aguilar, adoptando un tono apodíctico—. Esas chicas están para pasar el rato, para descargar tensiones, para el esparcimiento y el desahogo. Encoñarse con ellas es el peor de los errores; y máxime en un hombre de tu categoría y posición. Me preocupa que, después de tantos años pasando las de Caín, tu obsesión sea ahora reencontrar a una pelandusca que, por muchos redaños y muchos encantos que tuviera, a estas horas se habrá convertido en un trasto viejo. Ándate con cuidado, Gabriel. Lo peor de las obsesiones es que a veces se hacen realidad.

Pero aquella obsesión era tal vez lo único real o verdadero —la única supervivencia de algo plenamente humano— que subsistía en su vida, entregada a la impostura. Cifuentes había entreabierto una puerta que ya no se podía cerrar; y aunque lo que se atisbaba detrás de esa puerta sugería un mundo pavoroso o desgarrador que Antonio hubiese preferido desconocer, sabía que tenía que seguir alumbrándolo, sabía que tendría, tarde o temprano, que adentrarse en él, para afrontar

la verdad, aunque fuese una verdad que lo petrificase o despedazase para siempre. Lo estremecía pensar que Carmen se hubiera convertido para entonces, como afirmaba Aguilar, en un trasto viejo, en uno de esos cachivaches desportillados que primero retiramos de la circulación, después de gastarlos y exprimirlos, para finalmente arrojarlos a un vertedero, donde irremisiblemente se pudren; pues en el principio de aquella depauperación estaba él, ofreciéndole asociarse para el hurto. Y lo estremecía también pensar que esa puerta que Cifuentes le había entreabierto acabara dejando escapar su secreto, desbaratando la impostura en la que había decidido refugiarse, la impostura que le permitiría, si nada lo apartaba de su objetivo, alzarse con un botín con el que —según había escrito el padre de Mendoza en su carta póstuma— podrían vivir él, sus hijos y sus nietos; y que, a falta de hijos y de nietos, podría servirle para salir indemne de aquel embrollo, y para redimir a Carmen. Seguía creyendo, acaso ilusoriamente, que a través de un mal se podía alcanzar un bien más grande; y tal vez por ello, después de su desoladora conversación con Aguilar, el dueño del Pasapoga, se dirigió al piso de Paloma, en la calle de Alfonso XII, que el padre de Mendoza empleaba como sede de sus transacciones clandestinas, y donde —si se atenía a la letra de su carta— se hallaba escondido el botín en el que había cifrado su salvación.

Se había hecho un poco tarde, considerando que a partir de las nueve Paloma le había advertido que tal vez no la pillase en casa, o que la pillase ocupada y no pudiese atenderle, pero decidió probar suerte. El edificio ostentaba una fachada soberbia, muy altivamente satisfecha de la prosperidad que se refugiaba entre sus paredes, con balcones con vistas al Retiro de balaustrada maciza como el pretil de un puente. En el portal, anchuroso e iluminado por arañas de cristal de roca como el *foyer* de un teatro, el portero le dirigió una sonrisa inquisitiva que se volvió taimada cuando le dijo que venía a visitar a la señorita Paloma, del cuarto derecha. Antonio subió por las escaleras, para probarse que la vida muelle de los últimos meses no había mermado su forma física; y también para calcular más detenidamente su estrategia (el ritmo sostenido del ascenso le ayudaba a maquinarse). Dudó si encajar directamente en la cerradura la llave que le había procurado el padre de Mendoza, para certificar que en efecto le franqueaba la puerta; pero resolvió hacer esa comprobación en una ocasión posterior. Pulsó el timbre, que sonó con una reverberación cantarina, casi acuática, allá en las grutas de la casa, de las que brotó una voz insinuante:

—Vooooooy...

Y, después de casi un par de minutos de espera (que tal vez Paloma empleó en concluir su acicalamiento, o en recoger un poco la casa), oyó el repiqueteo apresurado de unos zapatos de tacón sobre la madera del suelo.

—¿Quién es? —la voz tenía ahora un soniquete picaruelo.

—Soy Gabi, Paloma. ¿Molesto?

Descorrió los cerrojos y le abrió, al fin. Era una mujer que andaría rondando los cuarenta, de belleza pasiva y un poco vulgar, mejillas abultadas y ojos pequeños que

el rímel empequeñecía todavía más; una mujer, por decirlo así, puramente física, que tal vez desde el punto de vista de las exigencias sociales no resultase del todo presentable, a menos que se la puliese y desbastase un poco, pero de una presencia femenina rotunda y palpable. Su peculiar atuendo resultaba, sin embargo, aún más llamativo que su anatomía: se hallaba en paños menores, apenas cubierta o más bien enjaezada por unas bragas y un sostén casi ortopédicos, exageradamente ribeteados de encajes y puntillas y corchetes y lacitos, y unas medias de costura con ligero. Increíblemente, también llevaba mitones; unos mitones que le cubrían hasta el codo, de raso negro, a juego con la lencería churrigueresca. Antonio se sonrojó:

—Perdona, veo que no he venido en el mejor momento. Me marcho.

Inició la retirada, pero Paloma lo retuvo, saliendo casi al descansillo de la escalera:

—¿Estás tonto o qué? Ya te dije que podías venir cuando te diese la gana. Si no hubieras venido en buen momento, con no abrirte listo.

Lo precedió hasta el salón de la casa, y Antonio aprovechó para observarla de espaldas a placer. Tenía un culo opulento, mortificado por el elástico de las bragas, que se hundían en la carne como las ruedas de un coche en el barro, y unos muslos blandos, mitigados en su desbordamiento por las medias de costura que los estrangulaban, haciéndolos aún más apetecibles. Su paso, pese a los zapatos de tacón, no era el de la garza, ni siquiera el de la perra pequinuesa, sino más bien el de la yegua de grupa generosa. Al contonearse, las nalgas parecían decir: «Para mí, para ti; para mí, para ti».

—Esperaba una visita, pero ¡no fastidies! —Se había detenido ante la puerta del salón, invitándolo a pasar primero, con honores de huésped ilustre—: Pudiendo estar contigo, que se quiten los viejales.

—¿Es que ya le encontraste sustituto a mi padre? —la zahirió Antonio, pero su intención era más bien eutrapélica.

—Tu padre nunca me impuso la exclusividad, ya lo sabes. —Le devolvió la pulla —: Salvo contigo.

El suelo del salón lo cubría una alfombra muy mullida, de un color azul verdoso; y toda su decoración, entre lujosa y prostibularia, pretendía reproducir una atmósfera tropical, pero de unos trópicos de prospecto turístico. Las lámparas, que derramaban una luz también entre azul y verdosa, como de arrecife de coral, tenían pantallas que reproducían la forma cónica de un sombrero chino; y de las paredes colgaban cuadros bastante horriblos y coloristas de aves exóticas, enmarcados en bambú. Sobre un sofá de aspecto también oriental, obstruido de cojines y almohadones, pendía del techo un pebetero que esparcía aromas pretendidamente relajantes que, sin embargo, a Antonio más bien lo enervaban. En una esquina del salón, reposaba un mueble, lacado con motivos también chinescos, que era a la vez radio y tocadiscos. La música que sonaba no era en cambio oriental, sino más bien jazzística o negroide.

—Mira, ahí tienes una cubitera —dijo Paloma, señalándole hacia una mesilla, al

pie del sofá—. Sírvete lo que quieras. Las bebidas están en el mueble-bar del fondo. Yo voy a ponerme cómoda. —Posó como una modelo de calendario, adelantando una pierna y poniendo los brazos en jarras—. ¿O prefieres verme así?

Sonrió, orgullosa de su carrocería.

—No, mujer, tú ponte cómoda, anda.

Paloma se escabulló al interior de la casa, sin privarlo del contoneo de yegua percherona. Antonio se atrevió a alzar levemente los cuadros de bambú, por si debajo descubría, incrustada en la pared, una caja de caudales. Sospechó que no le resultaría nada sencillo dar con el escondrijo del botín.

—Chico, es que no te puedes imaginar el perezón que me da andar con tacones. —Paloma le hablaba desde algún lugar al fondo de la casa, como desde otro continente—. ¡Y con mitones! ¿Tú has visto alguna vez cosa semejante?

Antonio alzó una esquina de la alfombra, en busca de alguna trampilla o similar mecanismo. En realidad, no sabía lo que buscaba.

—Pues no, la verdad. Me dejaste bastante descolocado.

Resolvió que debía de dejar sus indagaciones para mejor ocasión y se dirigió al mueble-bar, que más bien parecía un armario ropero, con puertas de caoba encerada.

—Es que yo no sé qué os pasa a los hombres, sobre todo a partir de determinada edad, que os ponéis cachondos con unas cosas rarísimas —proseguía Paloma, como choteándose—. Cuanto menos se os levanta, más complicadas son vuestras fantasías.

—Eso será a quienes no se les levante —voceó Antonio, delimitando categorías.

—Unos que si lencería fetichista, otros que si la danza de los siete velos. Hasta tengo a uno que me trae una bandeja de buñuelos y me pide que me siente encima, para despachurrarlos y luego lamerme la crema del culo. ¿A ti te parece normal?

Tampoco le parecía normal que, para ponerse cómoda, Paloma se hubiese quitado la ropa interior churrigueresca y se hubiese cubierto tan sólo con un picardías que transparentaba su desnudez. Pero Antonio se había propuesto no mostrar estupor ante nada, después de sobrevivir al impacto de la decoración tropical. Paloma tenía los senos como un libro desencuadernado, pero todavía firmes, y el monte de Venus muy poblado y agreste, inmune a la tala.

—Pero eso te pasa por juntarte con anormales —dictaminó Antonio—. Por cierto, que no quisiera que ahora llegase el de los mitones y se llevase una decepción por mi culpa.

—Tranquilo, que eso lo arreglo yo en un periquete.

Llamó por teléfono al portero, al que pidió que cuando llegase un señor mayor que venía a su casa le dijera que había tenido que salir por una urgencia, que ya ella se pondría en contacto con él. Mientras hablaba con el portero, repantigada en el sofá, Paloma se contemplaba los dedos de los pies, con las uñas esmaltadas de un color nacarino, y los movía, como anémonas mecidas por las olas.

—¡Anormal neutralizado! —anunció exultante—. Ya no tienes que preocuparte por él. —Y gruñó, para que Antonio considerara la magnitud de su sacrificio—: Lo



malo es que luego tendré que compensarlo.

Por lo que iba viendo y deduciendo, Paloma había hallado la fórmula mágica que detenía ese proceso inexorable que convertía en unos pocos años a las chicas del Pasapoga en trastos viejos, especializándose en anormales, capullos y pringados de tendencias sexuales escabrosas, demasiado pervertidas o alambicadas para las mozas del partido, que en cuestiones de cama eran de sota, caballo y rey. Antonio bromeó:

—Oye, ¿y con mi padre también te tocaba hacer esos numeritos?

—Con tu padre era distinto, no te pases. —Antonio sintió que había pinchado en hueso—. Anda, sírvete una copa y deja de desbarrar.

Al abrir las puertas del mueble-bar, se encendieron automáticamente unas luces que revelaron una botillería incontable, distribuida en media docena de anaqueles de cristal y en filas superpuestas. Había botellas panzudas y estilizadas, verdosas, ambarinas, opalescentes, esmeriladas, cada una con su etiqueta correspondiente, en un Pentecostés de licores. Antonio silbó admirativamente.

—Mira tú, en eso sí que era maniático tu padre: siempre le gustaba tenerme aprovisionada al máximo, como si se fuera a acabar el mundo. Lo mismo de licores que de cosméticos, de medicamentos que de comida. Tendrías que ver la despensa y el botiquín, parecen los de un trasatlántico. Que no falten nunca las provisiones, ése era su lema.

Desde luego, el padre de Mendoza debió de encontrar en aquella mujer algo muy valioso que justificara tanto gasto; algo de valor incalculable que compensara las molestias originadas por su trato con anormales. Insistió en el vituperio del difunto:

—¿Y de hombres también te aprovisionaba?

—No seas malvado, Gabi. —Se cruzó de piernas, y el picardías se le replegó hasta el nacimiento del muslo, que reveló las abolladuras de una celulitis incipiente—. De hombres siempre me he sabido aprovisionar yo solita.

Antonio se sirvió una copa de coñá, que era entre tanto licor mariconil el único que no le levantaba náuseas, y se sentó a su lado en el sofá oriental. Ahora los ojos de ambos quedaban al mismo nivel; los de Paloma eran marrones, pero de un marrón sólo apreciable alrededor de las pupilas que se ennegrecía en los bordes del iris. La luz verdosa de las lámparas le ponía destellos o chiribitas como de vidrio molido en la mirada.

—De eso no me cabe la menor duda —dijo, tras probar el coñá.

Paloma le acarició muy levemente la barba, como si quisiera sentir su grato cosquilleo en la palma de la mano.

—Aposté con tu padre que no pisarías nunca por esta casa. Celebro haberme equivocado.

—¡Anda la leche! ¿Y por qué no habría de pisar?

Tras la caricia de la barba, Paloma dibujó el contorno de sus labios con su dedo índice, que terminó alojando en su boca. Ahora le tocaba a ella vituperar a los ausentes:

—Desde que te echaste aquella novia tan pavisosa te volviste un cardo borriquero. —Extrajo el índice e hizo lo mismo con el pulgar—. Claro, no me extraña, tenías que estar amargado, con lo que te gustaba chingar.

Ronroneó muy levemente. Antonio defendió a Amparo sin excesivo brío:

—Tampoco es para tanto, mujer. Simplemente, pensé que había llegado el momento de sentar la cabeza.

Paloma apartó abruptamente la mano de su boca y la llevó hasta su entrepierna.

—Ya, majete. Pero por mucho que quieras sentar la cabeza, el pajarito quiere levantarse. ¿A que sí? Es lo que os pasa siempre a los hombres.

Aunque con la voluntad trataba de evitarlo, la carne le crecía, con el manoseo de Paloma, que de repente adoptaba una actitud clínica, o tal vez tuviese memoria táctil:

—Oye, a ti Rusia te ha sentado de miedo. La tienes más grande que nunca.

Antonio se retrajo; pero compensó el movimiento reflejo con una galantería:

—Eres tú, que todo lo puedes.

—No, no, en serio —insistió Paloma, que se revelaba más observadora que ninguno de los familiares o allegados de Mendoza—: La tienes más grande. Y cuando entraste me fijé que ahora tienes más pelo. Antes de marcharte la coronilla ya te clareaba, y ahora tienes una mata que no se la salta un gitano.

Antonio se levantó del sofá, acorralado ante su escrutinio.

—Chica, qué calor hace aquí. ¿Me dejas que salga al balcón? —Mientras forcejeaba con la falleba de la ventana, procuró sosegar—. Pues será que los rusos me ponían hormonas en la comida...

Salió al balcón. La noche ya se avecindaba entre la espesura del Retiro, arregostándose en su calor húmedo.

—Entonces habrá que sacar partido de las hormonas, antes de que se disipen los efectos —dijo Paloma, abrazándolo desde atrás por la cintura. Antonio se mantuvo impertérrito—. Oye, ¿he dicho algo que te haya molestado? Si es así, perdona, no era mi intención. Tú ahora lo que necesitas es una mujer que te alegre la vida.

Había apoyado sus senos, como un libro desencuadernado, sobre su espalda, y reclinado la mejilla sobre su omóplato.

—¿Y tú crees que eres la mujer que necesito?

Antonio sabía perfectamente que la mujer que necesitaba la había perdido doce años atrás, en la espesura del Retiro, que ya habría esparcido sucesivas generaciones de hojas sobre su crimen. Pero, hasta que la encontrase, tal vez no le vendría mal un placebo, un amor crudamente físico que acallase su desazón.

—Creo que sé hacerle la vida más fácil a un hombre —repuso Paloma con convicción—. Algo de lo que no pueden presumir la mayoría de las mujeres.

Sus manos ya no lo inspeccionaban clínicamente; se habían acurrucado lánguidamente en su pecho.

—¿Ah sí? ¿Y cómo es eso?

—Porque son absorbentes y quieren a su hombre para ellas solas. —Hablaba en

un tono impersonal, como si fuese portadora de una sabiduría milenaria y secreta—. La naturaleza femenina es curiosa y controladora. Cuando una mujer se fija en un hombre se fija con todas las consecuencias: quiere saber lo que hace, lo que piensa, lo que sueña. Quiere conocer sus gustos; y, una vez que los conoce, monopolizarlos. Quiere invadir al hombre, y eso es lo que a vosotros más os puede joder. Algunos ceden, y terminan convertidos en eunucos, o en anormales como los que se pasan por aquí. Pero los verdaderos hombres termináis rebelándoos: le pasó a tu padre con tu madre; y te pasará a ti con la novia pavisosa que te echaste, si es que no te ha pasado ya.

Los plátanos de la calle mecían sus hojas lobuladas, como acunadas por las palabras de Paloma; Antonio sintió que sus resistencias se desconchaban, como la corteza de sus troncos.

—Y entonces, ¿tú no eres como el resto de las mujeres?

—Tal vez lo fui en otro tiempo —respondió sin nostalgia, pero también sin ufanía—. Pero aprendí que de los hombres sólo hay que conocer lo que ellos quieren que conozcas. Sin atosigarlos, sin controlarlos. ¡Cuántas desgracias se evitarían si las mujeres actuásemos así! ¡Y qué bien les iría a muchas que luego se lamentan!

Antonio se preguntó si habría algún sentido oculto en las palabras de Paloma, o si tan sólo estaba haciéndole una descarnada y pragmática propuesta.

—¿Y todo esto por qué me lo dices? —preguntó.

—Porque quiero que sepas que no voy a entrometerme en tus asuntos. No lo hice con tu padre y mucho menos voy a hacerlo ahora contigo.

Tal vez se refiriese a la relación crudamente física que mantuvo con el difunto y que ahora pretendía prolongar con él, pero Antonio aprovechó para introducir el asunto que lo había llevado hasta allí:

—¿Tú de qué vas, Paloma? —Su voz sonó un tanto agresiva; se esforzó por dulcificarla—: ¿Quieres que me crea que durante quince años mi padre ha estado usando esta casa para sus negocios inconfesables y que tú te has mantenido siempre al margen?

Paloma se separó un poco de él, decepcionada:

—Me estaba refiriendo a otra cosa, pero lo que dije también vale para eso. Exactamente: siempre me he mantenido al margen.

—¿En serio? —Antonio la atrajo hacia sí, para volver a escrutar su mirada. La noche le había agrandado las pupilas, hasta devorar los bordes del iris—. ¿Nunca te picó la curiosidad?

—Si me picó, me la rasqué hasta que dejó de picarme —dijo, con gracejo castizo—. Tu padre me aseguró que, si me mantenía al margen, no me vería jamás involucrada. Pero que, si me acercaba al fuego, podría quemarme.

Antonio, en cambio, se estaba acercando demasiado al fuego. Le dibujó con la mano el arco de la espalda, que se tensó instintivamente, presto a disparar su flecha.

—¿Y durante todo este tiempo te has mantenido al margen? ¿Jamás supiste qué

hacía aquí?

—Si él no quería que lo supiese, ¿para qué iba yo a contrariarlo? El pacto estaba muy clarito: yo le cedía el piso un par de sábados al mes para sus trapicheos y a cambio podía vivir como una reina. Hace falta ser tonta de remate para poner en peligro tu bienestar por saciar tu curiosidad, ¿no te parece? —Había una lógica aplastante en lo que decía, y también una socarronería pancista en la más inveterada tradición española—. Así que los sábados me esfumaba y santas pascuas. Aprovechaba para hacer mis excursiones y culturizarme un poco: Aranjuez, Bobadilla, Illescas, Toledo, Segovia, Sigüenza. Y nunca me ha faltado un anormal que me lleve. ¿A ti no te gusta ir de excursión, Gabi?

Paloma rió, como quien juega a un juego inocente y peligroso, y le arrimó sus pechos desgualdrajados y precipitantes, de pezón ancho y majestad oscura. Después de todo, en algo tenía que parecerse a Amparo, siquiera en la afición por las excursiones.

—Según con quién —respondió, elusivo—. ¿Y no hubieses preferido participar de las ganancias de los trapicheos?

—¿Para qué? Tengo todo lo que pueda desear: una casa estupenda a mi nombre, una asignación generosa asegurada de por vida y, además, puedo ganarme un sobresueldo con los anormales esos.

—Anormales de gustos más bien raritos.

Antonio le alzó el picardías y trató en vano de abarcarle las nalgas con ambas manos. Los dedos se le hundían como ruedas en el barro.

—Cuanto más raritos menos trajín —dijo Paloma, demandándole el trajín que los anormales no podían darle—. Anda, métete para dentro, que tampoco conviene dar el espectáculo.

Lo tomó de la mano y lo condujo hasta la habitación donde quizá hiciera sus numeritos para los anormales que le pedían que se calzase mitones y bragas ortopédicas, o que despachurrase buñuelos. Antonio estaba cachondo, pero al mismo tiempo lo remejía un asco último, un rechazo cristiano de la promiscuidad.

—¿Te quedarás a dormir? —le preguntó Paloma, desliándole la corbata—. Puedo prepararte una tortilla o lo que te apetezca.

Así le demostraba que, aunque no era metete como el común de las mujeres pavisosas a las que despreciaba, era tan hacendosa o más que ellas. Antonio no tenía claro si deseaba quedarse, pero desde luego no quería cambiar de conversación:

—Me dijiste que te habían estado llamando...

—Quieren saber si podrán contar contigo, en las mismas condiciones que con tu padre —dijo Paloma, mientras le desabotonaba la camisa.

La cama era extensa como una tarde de domingo, con cabecero de ébano y un baldaquino del que colgaban, a modo de mosquitero, cortinones de gasa blanca, a juego con la colcha. El ropero, de puertas corredizas forradas de espejos, ocupaba una pared entera; y de sus perchas colgaban modelitos demasiado sicalípticos o

estrafalarios que Paloma no podría lucir en la calle. Sobre el tocador se desplegaba una vasta panoplia de perfumes y potingues, como una botillería en miniatura. Antonio hundió la cara en el pelo enzarzado y violento de Paloma, tratando de rescatar su aroma, pero su olfato se enredó en una turbamulta abigarrada de aromas superpuestos que se neutralizaban entre sí.

—¿Y tú que les respondiste?

—¡Cuántas veces te lo tendré que repetir! —Se exaltó fugazmente, mientras silabeaba—: Yo-no-quie-ro-lí-os. ¿Entendido? Vendrán a verte el sábado; éste no, el que viene. Entonces ya podrás resolver tus dudas. Pero hasta entonces queda mucho, ¿no te parece?

Tal vez demasiado para un hombre inventado como él, que cada día tenía que empujar el mísero carro de su forzado simulacro. Se derrumbó sobre la cama que lo invitaba más al reposo que al trajín; entre las veladuras del mosquitero, veía a Paloma coqueteando consigo misma ante los espejos del ropero.

—Oye —murmuró, mientras le crecía la carne—, ¿y qué hay de esa tortilla que me prometiste?

A Amparo le gustaba huir del Madrid plebeyo, dominguero, lleno de muchedumbres vomitadas por el metro, ciegos con bandurrias y vendedores de crecepelos. Como a José Antonio, el doncel asesinado que la había subyugado en la juventud, antes de que sus discípulos se subieran al carro del oficialismo camastrón, Amparo abominaba del tipismo galdosiano y buscaba en las piedras de las viejas ciudades y en el vuelo de las avutardas sobre los alcores la pervivencia de una España eterna, acérrima y exacta como un soneto. Pero allá donde ella veía esa España irreductible, Antonio sólo veía paisajes que le hablaban de la muerte, esa ancha patria donde nada importa. Sus excursiones, inevitablemente, se volvían tediosas y melancólicas, pues el entusiasmo un poco forzado de Amparo se daba de topetazos contra la estolidez de Antonio, que ya ni siquiera se molestaba en disimular su aburrimiento, y a la postre ese entusiasmo se volvía despecho agrio. En la catedral de Sigüenza, que los rojos habían utilizado como fortín durante la Guerra Civil, las balas habían dejado su escritura como una viruela indeleble; entraban tomados de la mano, pero apenas Amparo hacía ademán de dirigirse a una pila para santiguarse, Antonio aprovechaba para desasirse, temeroso de que la salpicadura del agua bendita, o apenas su rastro húmedo, al rozarle la piel, lo marcara como un hierro incandescente. La esperaba ante la verja de la capilla del Doncel, bañada por una luz andrajosa y sucia, una luz como de ropavejería o pudridero de pecados fósiles.

—José Antonio decía que el Doncel fue un falangista del siglo xv, un señorito que dejó de jugar a la pelota en las paredes del palacio de su pariente el obispo, para irse a la guerra de Granada y morir ahogado entre las huertas —lo instruía Amparo.

Toda aquella farfolla lo repateaba. Y pensaba, acaso no del todo desencaminadamente, que los señoritos falangistas habían concebido la División Azul para montarse su propia guerra de Granada y morir ahogados, ya que no entre las huertas, entre la tundra y la nieve. A Antonio, en cambio, el Doncel le parecía un señorito que se queda leyendo poemas en la trinchera, mientras arrecian las balas; su rostro de alabastro tenía un color como de congrio hervido.

—Se fue con los hombres del pueblo, con los toscos y sencillos guerreros que bajaban de Soria, todavía vestidos de lana —proseguía Amparo, como en un éxtasis.

—Aquéllos eran hombres valientes. Ahora sólo nos quedan chupópteros y aprovechados —renegaba Antonio, echando mano de la expeditiva retórica de

Cifuentes.

Luego subían al castillo, que había sido antigua alcazaba y que por entonces andaban reconstruyendo, para solaz de turistas, después de que las escaramuzas de la francesada, las guerras carlistas y la Guerra Civil lo hubiesen dejado reducido a escombros. Las calles, muy empinadas y menestrales, eran propicias para las confidencias, también para los reproches de Amparo:

—Gabi, te han visto frecuentando tugurios de mala nota —lo dijo sin escándalo ni dramatismo, como si hubiese renunciado a derramar lágrimas o no le quedasen lágrimas que derramar—. Sitios de puteros y de borrachos.

Era verdad. Desde que Aguilar, el dueño del Pasapoga, le dijera que a Carmen la habían visto en algún local de alterne de medio pelo, donde ya no le quedaba otro remedio sino rodar y rodar, hasta convertirse en un trasto viejo, Antonio había empezado a merodear estos lugares, en busca de alguna pista sobre su paradero.

—Pues quien me haya visto se conoce que también los frecuenta —comentó sarcásticamente.

Seguían ascendiendo hacia el castillo como autómatas, con la mirada clavada en el suelo, desterrados del cielo que surcaban cigüeñas nobiliarias y ángeles flamígeros.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Tu coartada es que otros también lo hacen?

—Yo no he hablado de coartadas, Amparo.

Amparo le había tomado la delantera, cuando ya coronaban la cuesta. Sus pantorrillas, demasiado finas para el gusto de Antonio, revelaban recónditas musculaturas, como un venero de secreta fortaleza bajo su apariencia de virgen pánfila. Se volvió retadora:

—¿No irás a decirme entonces que vas a esos sitios porque te has propuesto redimir a las putas de Madrid?

No le iba a decir semejante cosa, aunque estuviese menos alejada de la verdad de lo que Amparo imaginaba o suponía.

—Lo hago para emborracharme y poderle contar a alguien mis penas —dijo, y tampoco mentía del todo.

—¿Prefieres contárselas a una puta a la que no conoces de nada antes que a mí?

Amparo le había hecho aquella pregunta mientras se perdía por un sendero que rodeaba las barbacanas del castillo, bordeando una barranca. Abajo, un arroyo o riachuelo cuchicheaba entre peñascos, haciéndose el mojigato.

—Prefiero contárselas a cualquiera antes que a ti, Amparo —dijo caritativamente—. No tengo derecho a mortificarte con mis penas. Bastante has sufrido tú ya.

Amparo se había detenido ante una poterna, y apoyaba la frente sobre la piedra desmigajada, como si buscase en su frío húmedo un alivio a la fiebre.

—Pero he sufrido por ti —murmuró, resistiéndose todavía al llanto—. Y hubiera querido sufrir contigo.

Se había levantado un ventarrón que restallaba en sus palabras, como si fuesen

ropa tendida.

—Soy un perro contagioso, Amparo. —Trataba de explicarse hasta donde su impostura le permitía hacerlo—. No quiero contaminarte con mi desgracia, no quiero ensuciar tu alma con la peste de mi dolor.

Amparo había alzado la frente, que el viento le despejaba, poniendo en desbandada su melena.

—¿Por qué, Gabi? Otros que estuvieron en Rusia hablan de su aventura sin problema.

—Tú lo has dicho, Amparo. Una aventura se cuenta con gusto; y puede que un sufrimiento también. Pero hay un límite que, cuando se sobrepasa, no se puede contar, o sólo se puede contar a quienes nada te importan. No se puede contar a nadie que quieras de verdad que te has quedado desalmado, que eres como un saco vacío, que no puedes dar nada, ni cariño siquiera, porque nada tienes dentro.

Mentía en las circunstancias; pero no en la esencial naturaleza del mal que lo corroía. Amparo se volvió hacia él; parecía que fuese a desvanecerse entre sus brazos, pero de repente enarboló los puños y empezó a aporrearle el pecho, como poseída por la desesperación o la histeria:

—¡Entonces, si no puedes darme cariño, al menos haz conmigo lo que harías con una puta! ¡Ya que no puedes quererme, deséame, al menos! —El llanto le sobrevenía en avalancha, y sus palabras insensatas apenas eran discernibles entre los sollozos—. ¡Maldito, maldito seas! ¡Maldita la Rusia que te llevó para siempre y maldita yo por esperarte!

Antonio la agarró de las muñecas, antes de que el ímpetu de sus golpes los hiciera trastabillar a ambos y caerse por la barranca.

—Basta, Amparo. Mírame a los ojos. —Él hizo lo propio, pero sólo vio un torbellino de furia y desengaño—. Puede que ni tú misma lo sepas, pero has dejado de quererme. Y es normal que así sea, no te lo reprocho.

Tenían que ser ellos los que dieran el paso; no les iba a poner traba alguna, desde luego, pero tenían que ser ellos quienes apechugasen con su pecado.

—Te he querido demasiado, Gabi —gimió—. Tanto que a veces pensé que me volvería loca. Traté de olvidarte, cuando me dijeron que habías muerto, pero durante años no lo logré. Hasta...

Las cigüeñas nobiliarias de Sigüenza crotoraban a lo lejos; y el ruido de sus picos era una carcajada hueca. Los ángeles flamígeros repartían mandobles al viento, incapaces de contener su alegría.

—¿Hasta? —la empujó.

—Hasta que Pacorris me salvó del abismo, Gabi. Hasta que me recogió entre sus brazos. Estaba deshecha.

Y el remordimiento la seguía deshaciendo, todavía, con su lenta carcoma. Pero ahora que al fin había reconocido la verdad parecía derramarse sobre ella una rara quietud.



—Estaba dispuesta a volver a amarte, Gabi. Y él estaba dispuesto a perderme y sacrificarse. Así lo habíamos decidido ambos. Pero así no podemos seguir...

—Tienes razón, Amparo. Así no podemos seguir.

La abrazó con infinito alivio y misericordia, avergonzado de haber provocado aquel parto doloroso de la verdad, que a él le permitiría seguir gestando más cómodamente su mentira.

—Pero te juro que nunca te hemos puesto los cuernos, jamás hemos... — balbuceó ella.

—Déjalo estar, Amparo, déjalo estar. No tienes por qué darme más explicaciones —dijo, palmeándola suavemente en la espalda—. Os deseo de corazón que seáis felices. No podías haber elegido mejor. Pacorris merece la pena mucho más que yo.

Los imaginaba, durante todos aquellos años, sin atreverse a consumir su amor, atenazados por el fantasma del amigo que llevaba muchos años muerto, como en un dilatado noviazgo de luto. Tal vez si su traición hubiese sido completa, si hubiesen sucumbido a la flaqueza de la carne, su pasión, después de llamear, se habría sofocado y extinguido; pero esa pasión encarcelada no había hecho sino aquilatarse y robustecerse, como siempre ocurre con las energías vitales que no hallan desaguadero. Amparo lo abrazaba todavía, mientras se aquietaban sus últimos sollozos:

—Sólo una cosa más, Gabi. Cuando me dijiste, recién desembarcado del *Semíramis*, que no había pasado un solo día sin que pensaras en mí, ¿me estabas mintiendo?

—En absoluto —mintió desahogadamente.

—¿Y entonces? —preguntó Amparo, sin acertar a comprender.

—Estaba enamorado de la idea de ti que me llevé a Rusia, como tú estabas enamorada de la idea que tenías de mí cuando me marché. Pero amar una idea es lo contrario de amar a una persona de carne y hueso. Cuando nos volvimos a ver, las ideas que nos habíamos hecho sobre el otro ya no coincidían en nada con las personas que éramos. En Pacorris tienes a una persona de carne y hueso; a una buena persona de verdad.

Le pareció que su discurso había sonado convincente, incluso para sí mismo. Tan convincente que lo estremeció pensar que la idea que se había hecho de Carmen durante todos aquellos años en nada coincidiese después con la mujer que pudiera encontrar, convertida en un trasto viejo. Las almenas del castillo le enseñaban burlonas su sonrisa cínica y desdentada, recortándose sobre el cielo teñido de arboles.

—Pacorris ha sacado la cátedra en Valladolid —dijo Amparo, mientras bajaban otra vez hacia la catedral.

Lo dijo con una suerte de presentido alborozo, como si ya anticipara las ventajas de la vida provinciana.

—Siempre supe que lo conseguiría, no hay quien se le ponga por delante —

comentó Antonio, halagador—. Tengo que llamarlo para darle la enhorabuena. La doble enhorabuena, quiero decir.

También él, en cierto modo, estaba de enhorabuena, aunque todo lo que ocurriese en su mascarada de vida, incluso las cosas más halagüeñas y liberadoras, se revestía inevitablemente con los harapos de la tristeza más miserable, como correspondía a quien no podía mantener más que relaciones superficiales o crudamente físicas, ni permitirse con sus semejantes más que un breve intercambio de palabras indiferentes o de excreciones igualmente indiferentes. La posibilidad de este intercambio se la procuraba Paloma, cuyo piso frente al Retiro empezó a visitar asiduamente, para aflicción de los anormales que se disputaban sus favores, a quienes Paloma empezó a descuidar desde entonces, postergando sus citas con excusas rocambolescas (aunque no tan rocambolescas, desde luego, como los servicios que le solicitaban). En otras circunstancias, aquel simulacro de amor que mantenía con Paloma le habría disgustado por sórdido y tenebroso; pero en la mascarada de vida que había decidido representar se le antojaba una experiencia aceptable, incluso vagamente reparadora. Los momentos pasados con ella en el piso del Retiro no alumbraban, desde luego, su existencia devorada por las tinieblas; pero acertaban a despedir un levísimo resplandor, algo así como la luz de una lámpara de emergencia en una casa donde se ha cortado el suministro eléctrico, una luz que ilumina un sector muy próximo y apenas deja entrever, en una suerte de bruma, otros lugares de la casa. Pero para quien vive en la noche, extraviado en una residencia que no conoce, esa pálida luz podía llegar a convertirse en un gratificante sucedáneo. A veces, en su relación superficial o crudamente física con Paloma, en su intercambio de palabras y excreciones indiferentes, encontraba inopinadamente un vestigio de ternura vergonzante, una traza apenas perceptible de humanidad, como si su almaapestada no estuviese corrompida del todo, como si aún guardara una reserva o depósito último de vitalidad espiritual que aguardase otro milagro de la primavera. Paloma, por supuesto, no iba a avivar ese depósito, porque le faltaba curiosidad para indagarlo, pero tal vez otra mujer sí pudiera en el futuro. Tal vez Carmen, aunque se hubiese convertido en un trasto viejo; o precisamente por ello mismo.

Como caminaba a oscuras, se reafirmaba en la repetición de unas rutinas que le permitieran reconocer a ciegas el terreno que pisaba; y en la repetición de esas rutinas encontraba una consistencia que nutría, siquiera ilusoriamente, sus días huecos. Poco a poco, se iba familiarizando con el oficio de transportista: después de estudiar la contabilidad de la empresa (en la que, sin embargo, no logró detectar ninguna partida que despertara sus suspicacias) y su cartera de clientes (que se mantenía casi inamovible desde la más temprana posguerra), Antonio empezó a administrar su funcionamiento, descubriéndose dotes organizativas insospechadas, quizá heredadas de su vida anterior, regida por las mañas y cautelas que exige la supervivencia; pero, a fin de cuentas, mantener un negocio a flote y asegurar el pago de las nóminas a fin de mes era otra forma de supervivencia. Se aprendió de memoria las rutas que cubría

la empresa, su periodicidad, las mercancías que en cada una de ellas se transportaban, los turnos de trabajo de los camioneros; y empezó a repartir incentivos entre los empleados más diligentes y comprometidos con el destino de la empresa, logrando de este modo mejorar su rendimiento. No abandonaba el garaje del paseo de Extremadura hasta la caída de la tarde, después de una jornada de doce horas (el ojo del amo engorda el caballo); y, antes de recogerse, solía demorarse en alguno de esos tugurios de mala nota cuya frecuentación Amparo le había censurado, con la esperanza —cada vez más declinante— de recabar información sobre Carmen entre las mozas de fortuna, que eran más bien mozas fiambres y de fortuna aciaga, a quienes no restaba otro horizonte sino rodar y rodar. Ninguna sabía darle pistas que hicieran avanzar sus averiguaciones; y Antonio empezó a sospechar que Carmen hubiese huido de Madrid, tras el encuentro con Cifuentes en el Pasapoga. Le gustaba imaginar que en alguna parda provincia mesetaria o aldea recóndita hubiese encontrado la manera de escapar al destino fatídico que Aguilar le había augurado; aunque no se le escapaba que, si en verdad había rehecho su vida, tendría que resignarse a renunciar a ella para siempre. Y resignarse también a no rehacer la suya propia; resignarse a languidecer entre tinieblas, o alumbrado tan sólo por la pálida luz que Paloma le suministraba.

Se había acostumbrado a parar en su piso del Retiro, después de la jornada de trabajo y las búsquedas infructuosas por quilombos y casas de lenocinio; y como siempre era bien acogido, se quedaba a dormir con ella la mayoría de las noches. Paloma, en efecto, no era curiosa ni controladora, y se esforzaba por hacerle la vida más fácil, como antes se la había hecho al padre de Mendoza durante años. Tampoco parecía repugnarle desempeñar para quien creía su hijo el mismo papel que había desempeñado para el padre; más bien al contrario, parecía asumir ese traspaso hereditario como algo natural, tal vez porque entendía que la asignación vitalicia que Mendoza le había asegurado llevaba aparejadas obligaciones también vitalicias. Aunque, en honor a la verdad, no parecía asumirlas como obligaciones, sino como gustosas prebendas. Antonio, que en su vida anterior se había gobernado por los códigos de maleantes y hampones, jamás hubiese ni siquiera concebido que tales aberraciones o amoralidades existieran, y mucho menos que pudieran revestirse con una fachada de morigeración y respetabilidad; pero empezaba a constatar que los códigos burgueses eran mucho más canallescros y farisaicos que los códigos de maleantes y hampones, que a su lado parecían incluso honorables. Si quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, según reza el refrán, quien roba a un canalla farisaico debe tener al menos mil, calculaba Antonio; y así justificaba su impostura. A veces, después del crudo intercambio de excreciones con Paloma, ponía a prueba sus escrúpulos morales:

—Oye, ¿de veras no te da un poco de repelús estar ahora conmigo, después de haber estado tantos años con mi padre?

Paloma le respondía con voz pastosa, desde la bruma cálida del entresueño:

—¡Anda, qué tontería! Mientras no te dé repelús a ti... —Y se acurrucaba contra él, buscando el almohadón de su pecho—. Vosotros sois mis guardianes, tenéis que protegerme, de generación en generación.

Y se quedaba dormida, pacífica y bestial como una mula, echando una pierna sobre Antonio, que esperaba hasta que su respiración se hacía rítmica y ruidosa, casi un ronquido. Entonces apartaba la pierna de Paloma, que por misterios de la física pesaba casi tanto como Paloma entera, y se deslizaba subrepticamente de la cama, para ocuparse durante un par de horas en la búsqueda de aquel hipotético botín que el padre de Mendoza había mencionado en su carta, de cuya existencia cada vez dudaba más. Sitios en la casa para esconderlo no faltaban, desde luego; pero se le hacía difícil imaginar un sitio que Paloma no hubiese descubierto ya, siquiera por accidente. El piso tenía algo de búnker preparado para resistir un largo invierno, o incluso un cerco como el de Leningrado: el vestidor estaba atestado de ropa para todas las estaciones; en los anaqueles de la despensa se alineaban, como en un economato, los víveres menos corruptibles, desde legumbres hasta latas de conserva, y un amplio repertorio de vinos de cosechas y procedencias variopintas; y en una cámara frigorífica del tamaño de un catafalco que emitía un zumbido insomne aguardaban el deshielo carnes y pescados. Los armarios y cajones de la cocina apenas daban abasto para contener vajillas, cuberterías y otros utensilios de menaje doméstico cuya utilidad se le escapaba; y en el cuarto más fresco y angosto de la casa se guardaba un botiquín que para sí hubieran querido muchos dispensarios y casas de socorro, con todo tipo de fármacos para uso tópico, oral e intravenoso, incluidos los analgésicos más potentes y los antibióticos de circulación más vigilada o restringida. Sólo a un hipocondríaco que fuese a la vez un logrero y un acaparador compulsivo podía ocurrírsele juntar tantas mercancías y tan heteróclitas, seguramente sisadas entre las muchas que la empresa expedía diariamente; y entre aquel batiburrillo de urraca tendría Antonio que encontrar lo que buscaba.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Anda, vuelve a la cama.

Paloma se frotaba los ojos pitañosos y se movía como un estafermo sonámbulo, olvidada de sus contoneos.

—No lograba coger el sueño y andaba buscando un somnífero —se disculpó Antonio—. ¿Tú tienes idea de dónde se encuentra?

Entre bostezos Paloma se dirigió al botiquín y casi a ciegas le tendió un frasco de grageas de aspecto disuasorio. El sopor le embrutecía las facciones y le enrataba la lengua:

—Vámonos a dormir, venga —dijo, y buscó a tientas su mano, para que le sirviese de lazarillo.

Antonio no quería despertarla del todo. Procuró que su voz no sonase alarmada ni vehemente:

—Es una locura la cantidad de comida, medicinas y cacharros que guardas aquí. ¿Para qué quería mi padre toda esa morralla? ¿La vendía en el mercado negro?

Paloma bufó, mientras regresaban a la habitación.

—Ay, Gabi, siempre tan mal pensado... Algo bueno tendría tu padre, hombre... Toda esa morralla, como tú dices, se la regalaban los clientes; y con ella hacía buenas acciones.

—¿Como qué?

—Pues como aguinaldos para sus empleados. Y todos los meses le hacía un envío al obispado, para que lo repartieran entre los pobres... Mira que eres desconfiado.

Volvió a bostezar, mientras barboteaba las últimas palabras. Malévolamente, Antonio pensó que si los anormales que la requerían para que se pasease con lencería churrigueresca o despachurrase buñuelos con el culo la hubiesen visto de aquella guisa, abotargada y con el aliento recio, se habrían curado por la vía rápida de sus respectivas perversiones. O tal vez hubiesen enfermado todavía más; con los anormales nunca se sabe.

—Pero en la despensa debe de haber comida pasada de fecha a porrillo —dijo, cuando ya se habían acostado otra vez—. Habría que hacer una buena limpia.

—Conmigo no cuentes, majo. —Paloma ya había vuelto a acurrucarse junto a él, y esta vez lo atenazaba con su pierna, para que no se le escapase—. Pero, mira, este sábado, cuando te quedas solito, ya tienes algo que hacer.

Y en esa limpia, que se tomó resignadamente como una labor de desescombro necesaria para la posterior búsqueda del botín prometido por el padre de Mendoza, empleó todo el día, hasta llenar una docena de cajas con viandas rancias o revenidas, medicamentos caducados y una plétora de trastos inútiles o superfluos que descongestionaron medianamente los armarios, el botiquín y la despensa. Tan enfrascado estaba en su donoso escrutinio que se le vino la noche encima sin notarlo; cuando sonó el timbre, con su reverberación cantarina, casi acuática, se descubrió con las manos tiznadas de polvo y de grasa y la camisa empapada en sudor. Pero no creyó que los tipos con los que el padre de Mendoza mantenía sus transacciones fuesen tan remilgados como para asustarse de su aspecto. Corrió a abrir la puerta.

—Buenas noches, Gabriel. Al fin nos vemos.

Absurdamente, Antonio había imaginado que vendrían en comandita, pero en el descansillo de la escalera sólo aguardaba un hombre grueso y trajeado, con aspecto como de inspector de hacienda o interventor bancario. Estaba recién afeitado, y las mejillas le brillaban, todavía frescas por la loción, como el culo de un bebé; tenía los ojos muy chicos, quizá demasiado juntos en el óvalo amplio y sonrosado del rostro.

—Me perdonará que lo reciba así —se disculpó Antonio—. Ando haciendo limpieza.

El hombre lo miró por un instante con una especie de desdeñosa perplejidad, como si le hubiera pillado por sorpresa que la gente se dedicase a labores domésticas tan subalternas; o como si pensara que ocuparse en tales quehaceres fuese una afrenta para el sexo masculino. Pero enseguida esa perplejidad inicial se deshizo en una sonrisa, que ya permanecería inalterada durante todo el encuentro.

—Nada, nada, no hay nada que perdonar. —Le tendió una mano amarillenta de nicotina que Antonio estrechó después de restregarse la suya en los fondillos del pantalón—. A mí mi mujer siempre me está pidiendo que le eche una mano en casa, pero procuro escaquearme todo lo que puedo. Claro que no siempre puede uno, sobre todo si la mujer es insistente.

Hablaba sin cesar, con una risueña desenvoltura; diríase que estuviese rindiendo examen de simpatía y que ya considerase que tenía la matrícula de honor en el bolsillo.

—Siéntese, por favor —lo invitó Antonio, conduciéndolo al abominable salón tropical—. ¿Le apetece tomar algo?

El hombre le pidió un coñá, quizá intimidado por la panoplia de botellas de formas superferrolíticas o mariconiles que se alineaban en el mueble-bar. Extrajo un cigarrillo de una pitillera de plata y dio rienda suelta a su locuacidad:

—Quizá ya no te acuerdes de mí, pero nos llegó a presentar tu padre, hace muchos años. Yo por entonces me dedicaba al menudeo y andaba un poco a la cuarta pregunta. —Suspiró, evocando con una dulce melancolía aquellos tiempos pioneros—. De tu padre aprendí que en los negocios hace falta ambición; sin su ayuda, jamás hubiese salido del agujero.

Jugueteaba con el humo de su cigarrillo, sin llegar a tragárselo, tejiendo volutas y arabescos en el aire. Aunque no había especificado a qué tipo de menudeo se dedicaba en la juventud, ni qué tipo de ambición comercial le había inspirado el padre de Mendoza, Antonio captó enseguida el aura frívolamente delictiva de su discurso. Al menos en esto de referirse a sus respectivas actividades ilícitas con eufemismos distraídos coincidían plenamente el código de maleantes y hampones y el código mucho más sibilino de aquellos desalmados.

—El caso es que me suena un montón su cara... —dijo Antonio, adoptando esa actitud convaleciente o desmemoriada que tan opíparos frutos le había rendido hasta entonces—. Pero no logro recordar su nombre.

—Demetrio, un nombre inolvidable —se carcajeó como lo haría un ventrílocuo, con gran regocijo de las tripas, que empezaron a temblarle por debajo de la camisa, blandulonas—. Pero cuando nos presentaron yo era un tipo espigado, así que no te reprocho que no me hayas reconocido. Y, además, después de trece años en Rusia, imagino que se te habrán borrado los recuerdos...

—Sólo algunos, no se crea. Pero eso ya pasó, afortunadamente —zanjó Antonio, para evitarse molestas rememoraciones.

Por lo general, las conversaciones de negocios se inician con vaguedades sobre el tiempo, el coste de la vida o cualquier otra zarandaja que dilate los estrictos planteamientos comerciales. Demetrio, sin embargo, empezó hablando misteriosamente de los americanos; Antonio todavía tardó en comprender que en realidad ya estaba hablando del negocio que se traían entre manos:

—Leerías en los periódicos que la semana pasada la sexta flota americana atracó

en el puerto de Barcelona. ¿Tú sabes cuánto se gastaron sólo en putas, los muy cerdos? —Antonio frunció el entrecejo, en señal de ignorancia o desconcierto—. ¡Un millón de pesetas al cambio! En el Barrio Chino nunca se vio cosa igual. Esos cabrones tienen mucha guita, y les gusta gastársela en vicios. ¿Qué te parece?

—Pues que ya podían haber dejado algo para el Domund —dijo Antonio, provocando la hilaridad de Demetrio, o de su bandullo. Como no sabía por dónde iban los tiros, asumió el dictamen de Cifuentes—: Pero, claro, como Franco está decidido a darle a Eisenhower todo lo que quiera y más... Acabaremos siendo el burdel de los yanquis.

Demetrio había empezado a transpirar, como si las diatribas antiamericanas le pusieran de los nervios:

—Déjate de chorradas, Gabriel. A nosotros nos interesa más que a nadie que los americanos nos pongan en el mapa... —Hizo una pausa; su voz chillona se tornó repentinamente suave y confidencial—: Los Estados Unidos son una gran democracia que quiere estrechar sus lazos comerciales con España. Y cuando hablo de lazos comerciales incluyo también lo nuestro.

Antonio parpadeó, atónito. Antes de que el otro lo tomara por un panoli, dijo:

—A ver si me entero bien, porque llevo muchos años fuera de la circulación. ¿De qué estamos hablando?

Demetrio se secó la transpiración de la frente y los mofletes con un pañuelo, mientras miraba a derecha e izquierda, como si quisiera cerciorarse de que estaban solos. Al final habló con un tono a la vez fogoso y opaco, envuelto en una especie de conmovido misterio:

—Heroína. ¿Te suena?

No le sonaba de nada; pero se hizo el interesante:

—Heroína... ¡Casi nada!

—Un derivado de la morfina, que a su vez se extrae del opio —explicó Demetrio, con didáctica condescendencia—. Pero la morfina la conoces bien, no hace falta que te diga más. Sólo que la heroína es más adictiva aún; los americanos están como locos con esta droga, y son capaces de pagar auténticas millonadas por conseguirla. —Sus ojos brillaban, arrebatados de inspiración comercial—. Durante los últimos años, los franchutes se han estado llevando el momio: el opio que llegaba de Oriente Medio lo sintetizaban en sus laboratorios clandestinos y después lo enviaban a los Estados Unidos desde los puertos de Nantes y El Havre, bases de los grandes trasatlánticos. Pero últimamente la Interpol y la gendarmería francesa han interceptado importantes envíos y desarticulado una complicada red de traficantes. Aquí es donde entramos nosotros.

—¿Tenemos que meter la heroína en España?

Demetrio parecía encantado de que Antonio lo interpretara con facilidad:

—Y no sólo eso. Hay que conseguir enviarla a los Estados Unidos. Un kilo de heroína cuesta en Francia cien mil pesetas; las mafias americanas están dispuestas a

pagar por él hasta el triple. Ése es el margen de beneficio que nos llevamos nosotros. Claro que de ahí hay que descontar los gastos de transporte, los fletes y los sobornos, que corren de nuestra cuenta. Pero el margen sigue siendo suculento.

Y para probárselo, cogió un periódico atrasado que andaba por allí rodando e hizo unos cálculos o anotaciones en sus márgenes, que debían de resultar auspiciosos, porque una renovada euforia ensanchaba sus facciones:

—Los gastos más gordos corren de mi cuenta, pues me encargo del alquiler del barco y de untar a las autoridades portuarias de Vigo. Tú tienes que transportar la heroína desde Niza, donde se hallan los laboratorios, hasta Vigo, y asegurarte de que en la frontera de Hendaya no se nos pongan gallitos.

Antonio se esforzaba por participar de su optimismo, aunque su mirada era todavía confusa, como mareada por las cifras que Demetrio manejaba:

—En Hendaya tenemos acreditado un agente de aduanas...

—Y me consta que hace muy bien su trabajo. Pero te advierto que los franchutes se venden caros; además, tu agente tendrá que untar a funcionarios de los dos lados de la barrera. Pon que entre pitos y flautas se te vaya la mitad de la ganancia. —Había vuelto a transpirar, pero ahora el sudor se lo provocaba la ansiedad fenicia—. Pero así y todo te quedará un buen pico, aproximadamente unas diez mil pesetas por kilo. En esta ocasión vamos a pasar cien kilos de heroína, así que te vas a llevar un millón limpio. En dólares, además, que tienen menos riesgo de depreciación.

Dejó que la cifra bailase en el aire, mecida por las volutas de humo del cigarrillo.

Antonio supuso que Demetrio se llevaría mucho más, pero no entró en regateos. Para no parecer demasiado fácil de convencer, objetó:

—Pero supongo que no todos los funcionarios de aduanas serán sobornables...

Demetrio aplastó la colilla en el cenicero y se frotó las manos, solazándose en sus dotes previsoras:

—Alguno hay incorruptible, aunque parezca mentira. Pero para ser incorruptible hay que ser un poco tonto, y a los tontos se les engaña sin demasiado esfuerzo. —Buscó la anuencia de Antonio con una sonrisa de suficiencia—. La heroína irá escondida dentro de unas muñecas.

—¿Muñecas? —preguntó Antonio, desternillándose.

—Sí, unas peponas horribles que fabrican los franchutes. —La tripa de Demetrio brincaba de gozo—. Ya sabes, los americanos son en el fondo unos palurdos que ponen los ojos como bolitas de naftalina con cualquier mamarrachada que viene de Francia. Que los franchutes se tiran un pedo, pues ya tienes a los americanos corriendo detrás para atraparlo en un frasco y respirar su aroma. Ahora hay unas muñecas francesas que hacen furor entre las niñas americanas ricas, que las coleccionan: hay una muñeca que es una chinita con un sombrero como la pantalla de estas lámparas, otra que es un negrito zumbón, otra un mejicanito con poncho y así hasta completar todas las razas... —Parecía que fuese a añadir «inferiores», pero se contuvo—. Y como las muñecas son muy cabezonas y están huecas, nos vienen como



de perlas para esconder la heroína.

Demetrio se quedó un instante en silencio, contemplando con recochineo la decoración de la sala. Se guardó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón, después de enjugarse las lágrimas que le producía la risa. Antonio trató de mostrarse muy profesional y expeditivo:

—¿Dónde y cuándo habría que recoger esas muñecas?

—En Niza, el próximo 15 de septiembre. El 17 sale el barco de Vigo, muy de mañana. Ya te pasaremos los detalles exactos. Tú, entretanto, vete preparándolo todo.

Sentía que se adentraba en un terreno movedizo, completamente ignoto para él:

—¿Tengo que poner a los camioneros al corriente?

—Eso es cosa tuya, hijo —se desentendió Demetrio—. Tu padre los tuvo siempre en la ignorancia, pero cada maestrillo tiene su librillo. Tú sabrás si tienes gente en la que puedas confiar.

—Me quedo con el librillo de mi padre, entonces —resolvió Antonio.

Demetrio asintió, satisfecho. Se palmeó la barriga con ambas manos, en un redoble de tambor, y se bebió su copa de coñac de un solo trago, como si así rubricara el pacto. Antonio lo imitó.

—Sabia decisión, Gabriel. Cuanta menos gente sepa del asunto, crecen las posibilidades de que salga bien. En esto tu padre era un auténtico lince; y veo que tú no vas mal encaminado.

Antonio sonrió halagado:

—De casta le viene al galgo —dijo, pavoneándose.

—En este negocio, como en todos, el respeto a las tradiciones familiares es de lo más importante —peroró Demetrio, con las manos cruzadas abacialmente sobre la panza—. Hubo una época que te dio por hacer el cantamañanas e ir de íntegro por la vida, y traías a tu padre por la calle de la amargura; pero veo que la estancia en Rusia te ha curado por completo la tontuna.

Se levantó pesadamente del sofá. La cabeza le golpeó en el pebetero que Paloma usaba para quemar resinas orientales.

—Por completo —confirmó Antonio, levantándose también y acompañándolo hasta la puerta.

—Y, por seguir con las tradiciones familiares, hasta te has quedado con la novia de tu padre, ¿eh, pillastre? —Demetrio le hincó el codo en el costado, como buscándole las cosquillas—. Menuda hembra, la Palomita. A tu padre lo ponía verracón perdido. Yo creo que si te está viendo desde la otra vida se sentirá orgulloso de ti.

Antonio lo miró con fijeza, tratando de discernir la sinceridad sórdida o el cinismo más sórdido aún de aquel comentario último, pero el rostro orondo de Demetrio se había tornado de repente una máscara impenetrable.

—De eso no le quepa la menor duda, Demetrio.

Lo vio bajar por la escalera, bamboleante como un plantígrado, y después se

asomó al balcón, para verlo marchar. En la acera de enfrente lo esperaba un chófer de paisano, que corrió a abrirle la portezuela del coche, suntuoso como una carroza y sigiloso como un reptil. Cuando la calle quedó otra vez desierta, Antonio elevó la mirada al parque del Retiro, donde se había quedado enterrado el truhán de poca monta que había sido en una vida anterior, rehén de sus temores y ridículos códigos de honor. Y, mientras pensaba en aquel truhán ínfimo, se sintió como encaramado en una atalaya olímpica, asépticamente desgajado del mundo, poseído por esa euforia tranquila del criminal en la cumbre que, aunque trata de otear a sus víctimas, sólo acierta a vislumbrar puntitos negros, diminutos como hormigas.

Esa euforia tranquila no haría sino acrecentarse en las semanas siguientes, a medida que se aproximaba la fecha señalada para la recogida de la droga y avanzaban los preparativos. Era una sensación que no había experimentado antes, una borrachera de lucidez (si la contradicción es tolerable) que lo mantenía en un perpetuo estado de vigilancia o suspensión del cansancio, semejante a esa trepidación interna que agita al tahúr cuando, después de permanecer encerrado en una timba durante días, sin dormir ni probar bocado, siente que su inteligencia se emancipa del cuerpo exhausto y comienza a levitar, más penetrante y afilada que nunca. Y, como le ocurre al tahúr, a quien ya sólo le importa la partida de cartas en la que se halla engolfado, aquella nueva forma de clarividencia que Antonio jamás había probado antes se ceñía a las circunstancias del plan que iría delineando con Demetrio en sucesivas reuniones sabatinas, mientras la realidad circundante se disolvía en una indistinta amalgama brumosa. Era como adentrarse en un largo túnel, en el que a medida que se espesa la oscuridad, la atención se concentra en la cinta de carretera que iluminan los faros, como si nada más existiera en el mundo.

Todo discurrió según lo previsto: la heroína cruzó la frontera de Hendaya, oculta en las muñecas multiétnicas que causaban furor entre las niñas americanas ricas, ante la pasividad de los funcionarios de aduanas muy rumbosamente sobornados; y prosiguió su ruta hasta Vigo sin sobresaltos, donde fue entregada en tiempo y forma a los secuaces de Demetrio, encargados de los trámites portuarios. Durante los dos días en que se desarrolló el traslado, Antonio permaneció pegado al teléfono, atento a sus vicisitudes más nimias; y cuando por fin Demetrio le confirmó que el barco con la carga había zarpado, rumbo a América, la euforia tranquila que hasta entonces lo había embargado se transformó en una suerte de complaciente magnanimidad: se esforzó por resarcir a Paloma del tiempo que durante las últimas semanas le había racaneado, concedió una subida de sueldo a sus empleados (con una gratificación especial para los camioneros que se habían ocupado del transporte de la droga, pensando que sólo transportaban muñecas), incluso se animó a llamar a Cifuentes, para felicitarlo por la consecución de la cátedra en Valladolid y el noviazgo recién estrenado o reanudado con Amparo, cosa que hasta entonces no había tenido estómago para hacer. Pero el éxito de la operación le transmitía un entusiasmo impúdico, que ni siquiera se detenía ante los respetos humanos; y no tuvo empacho

en aceptar la invitación de Cifuentes a una cena el mismo sábado en que Demetrio acordó pasarse por el piso del Retiro, para entregarle su parte correspondiente de las ganancias.

—Desengáñate, Gabi, aquí todo empezó a joderse cuando, recién ganada la cruzada, no se impusieron los tres postulados básicos de la doctrina económica de José Antonio: nacionalización de la banca, nacionalización del suelo y nacionalización de la industria —enumeró Cifuentes, con el mismo ardor guerrero de siempre—. No hay otra manera de desmontar el sistema capitalista. Todo lo demás son milongas y paños calientes.

Se habían citado en la Gran Peña, un club privado del que Cifuentes era socio, y les habían preparado una mesa en la biblioteca, crujiente de mamotretos que nadie había leído jamás. Ya se sabe que en España el mejor modo de guardar un secreto consiste en publicar un libro.

—Pues me temo que ya es demasiado tarde, Pacorris —certificó Antonio—. A ver quién le pone el cascabel al gato, ahora que los americanos son los amos del cotarro. Aquí todo el mundo prefiere esconder la cabeza debajo del ala y hacer su agosto.

La cena, que pretendía deshacer malentendidos y restaurar una antigua amistad, había empezado agarrotada y renqueante, con ambos comensales atrincherados en una actitud ruborosa o difidente, pero enseguida la cuestión política había actuado como lubricante. Cifuentes seguía creyendo en la vigencia del falangismo originario:

—Bastaría con que se reconociesen los errores y se enmendaran. Todavía podría haber marcha atrás.

—Primero habría que catalogar esos errores —ironizó Antonio—. Y me temo que ocuparían más espacio que esta biblioteca.

Un camarero pálido y envarado como una momia les retiraba los platos y les reponía el vino en las copas. Antonio apenas había probado bocado; Cifuentes, en cambio, parecía poseído por una voracidad pantagruélica.

—En eso te equivocas, Gabi —lo contradijo—. Podrían resumirse y quedarían reducidos a tres.

—¡Sólo tres! Desde luego, eres un maestro de la síntesis.

Cifuentes se limpió las comisuras de los labios con la servilleta, que se había anudado al cuello, a guisa de babero. La mancha de la cara se le había encendido, como ocurría siempre que la conversación lo estimulaba.

—En primer lugar, habría que reactivar el S. E. U. y el Frente de Juventudes. Son los viveros de la Falange, y los enemigos de dentro y de fuera lo saben bien, por eso los han dejado agonizar.

—Con el permiso de Franco...

—Ha sido como dejar entrar la zorra en el gallinero —se soliviantó Cifuentes—. A Franco lo obsesionaba restablecer las relaciones políticas y comerciales con las potencias vencedoras de la guerra, y poco a poco, fue postergando a los más leales,

para dar entrada a toda esa chusma de monárquicos, democristianos y meapilas de la que ya hemos hablado en otras ocasiones. —Les dedicó una mueca de repulsa—. A ellos les gusta llamarse «tecnócratas», pero no son más que dinamiteros del Régimen al servicio de las democracias extranjeras. Y, para dinamitarlo, necesitan cegar las vías de alimentación donde se genera gente de refresco capaz todavía de defender los postulados joseantonianos. Tendrías que ver cómo están los dos ámbitos que yo conozco, la Universidad y el estamento médico. Las asociaciones estudiantiles las controlan los niños monárquicos y los hijos de papá republicanos; y el claustro de profesores se lo reparten los criptocomunistas y la beatería seudocatólica. Un auténtico desastre.

—Y, sin embargo, tú has conseguido sacar la cátedra...

—Sí, a costa de marcharme de Madrid, no te jode. Lo mío es un destierro en toda regla, a ver qué te piensas. —Su rostro airado se tiñó de brusca gravedad—. No soportaban tener en el departamento a un tío que había servido como alférez provisional, primero en la cruzada y después en la División Azul. Consideran que eso es un desdoro para la Complutense. Y espérate tú a ver si en Valladolid no me hacen la vida imposible.

Aunque todas aquellas combinaciones y refriegas políticas le importaban un ardite, Antonio no podía dejar de sentir algo parecido a la admiración por Cifuentes, empeñado en seguir enarbolando banderas que los mandamases empleaban para limpiarse el culo, después de haberse envuelto en ellas, cuando su provecho personal así lo requería.

—Entonces el primer error del Régimen es haber dejado que los tecnócratas hayan asfixiado sus viveros. ¿Y el segundo?

—El segundo es la corrupción. Allá donde todavía sobrevive un hombre honrado, el sistema lo halaga y lisonjea, le hace ver que su prosperidad material y profesional depende de su sumisión. Son muchos los sobornados...

Que se lo dijeran a Antonio, que había tenido que repartir coimas a diestro y siniestro para lograr que su camión no fuera interceptado en la frontera de Hendaya. Tal vez Cifuentes estuviese tratando de atribuir a la descomposición del Régimen lo que no eran sino lacras de la naturaleza humana.

—¿Y crees que antes no había corrupción? —le preguntó, escéptico.

—Siempre la hubo, Gabi, pero el corrupto tenía que esconder sus miserias, si no quería que lo señalasen por la calle. —Cifuentes se ensañaba con su filete, sin concederle tregua—. Ahora el corrupto se hincha como un pavo real, exhibiendo su dinero y restregando a los demás su prosperidad. Se han convertido en un modelo para la pobre gente, que piensa que si no participa de alguna corruptela no cuenta. Han logrado que quien no es corrupto se sienta como un fracasado.

Antonio se rebulló inquieto en la silla. Aunque no le gustaba hincharse como un pavo real, mucho menos le gustaba que lo señalasen con el dedo. Trató de abreviar la exposición de Cifuentes:

—Entiendo. ¿Y el tercer error?

—Es la consecuencia natural del segundo. El Régimen ha permitido que se practiquen la represalia y el aislamiento contra los que no se dejan sobornar. O pasas por el aro, o te dan para el pelo. —Cifuentes, como suele ocurrir con los incorruptibles, acababa incurriendo en el victimismo—. En realidad, estos tres errores se resumen en la historia de Caín y Abel: los malvados acaban matando todo lo bueno que hallan a su paso, porque saben que mientras sobreviva el más mínimo vestigio de bondad no dejará de acusarlos, con su mera existencia.

Y no le faltaba razón. A medida que avanzaba la cena, Antonio sentía crecer en su pecho ese odio cainita:

—Pero esos errores ya no se pueden corregir, Pacorris. Ni aunque José Antonio volviera a nacer sería posible —dijo desabridamente.

Cifuentes lo miró con aturdida piedad:

—Quién lo iba a decir, Gabi. Te has vuelto un derrotista.

No soportaba que lo ensuciase con su piedad, no soportaba su presencia acusatoria, su probidad, su bonhomía, su lealtad a unos ideales periclitados. Procuró que el resentimiento no lo delatara:

—Tal vez tengas razón. Por eso preferí que Amparo fuera tuya. Creo que se merece lo mejor y, desde luego, tú eres mucho mejor que yo. —Pero no se privó de deslizarse sádicamente una insidia—: Aunque, por si no lo sabes, el que más ama es el que más renuncia.

Sobre Cifuentes se desplomó el peso de la culpa, como una cortina de lividez:

—Gabi, te aseguro que...

—No, no digas nada —lo cortó sin contemplaciones, temeroso de que su malvado reproche pudiera suscitar en él la tentación de la palinodia—. Las cosas han sucedido como tenían que suceder. Mi renuncia ha sido sincera, amigo; creo que la felicidad de Amparo está por encima de todo, y no se merecía a este despojo que volvió de Rusia. —Hizo un gurrño con la servilleta e impostó una amabilidad untuosa—: Pero basta de penas. ¿Cuándo pensáis casaros?

Sonrió fríamente, como si dos hilos invisibles le hubieran estirado las mejillas. Cifuentes se conformó con este fingimiento:

—Estas Navidades, si nada se tuerce. Yo de momento, me marcho a Valladolid la semana que viene, para tomar posesión de la cátedra, pero volveré al final del trimestre para la boda. —Apretó los labios, cohibido, y balbució—: Por supuesto, estás invitado. Tanto a Amparo como a mí nos gustaría mucho que fueras nuestro padrino.

Antonio no se inmutó, aunque la cándida propuesta de Cifuentes habría merecido que le partiera la jeta, si alguna vez hubiese llegado a sentir algo por Amparo:

—Os lo agradezco mucho, pero me tendréis que excusar —dijo, manteniendo la serenidad—. Me temo que pasaría un mal rato. Pero prometo que os enviaré un regalo. Y, una vez que estéis instalados en Valladolid, ya os haré alguna visita el día

menos pensado.

Sospechó que esa visita no se realizaría nunca, pues nada lo tentaba menos que inmiscuirse en una vida conyugal que imaginaba aborreciblemente dichosa. Cifuentes asintió con caluroso alivio y tranquilidad de conciencia. Se despidieron en la calle, con un abrazo en el que Cifuentes trató de resumir muchos años de camaradería, justo enfrente de la Secretaría Nacional del Movimiento, el lugar donde primeramente se encontraron. Antes de que Cifuentes pudiera añadir nada más, Antonio arrancó a andar sin volver la cabeza, esquivando, empujando y dejando atrás a decenas de transeúntes, fundiéndose en el tumulto de quienes volvían a casa con ansioso apresuramiento, como una población en fuga, abatida o frustrada por no poder participar de la prosperidad instaurada por los tecnócratas, fundiéndose también en el tumulto de quienes entonces salían de los teatros, hinchados como pavos reales y satisfechos de su corrupción. Un anticipo del otoño ya se derramaba en la atmósfera, con benigna tibieza, después del verano estragador que había convertido Madrid en un horno crematorio. Apretó el paso, para sacar un poco de tiempo antes de que Demetrio llegara a eso de la medianoche, según lo convenido; aunque seguía empleando los sábados, aprovechando la ausencia de Paloma, en la búsqueda del botín que el padre de Mendoza supuestamente había escondido allí, la tarea empezaba a resultarle tan absurda y desquiciante como la caza del gamusino. Ya había vaciado y vuelto a llenar todos los armarios y aparadores, todos los cajones y anaqueles; y ahora había empezado a desmontar los muebles y los cabeceros de las camas, con la esperanza de hallar algún doble fondo o receptáculo secreto, pero eran esperanzas vanas que después le exigían recomponer el estropicio. A su pesar, empezaba a convertirse en un experto en bricolaje. Sonó el timbre.

—No sé cómo te las arreglas, Gabriel, que siempre te pillo haciendo chapucillas en casa —lo saludó Demetrio, sarcástico—. Cuando no es una limpieza es una reparación. Empiezo a sospechar que Palomita te tiene esclavizado.

Antonio lo hizo pasar a la sala de decoración tropical. Demetrio se movía por la casa con el desparpajo de un príncipe en ronda por las posesiones de sus súbditos. Se desplomó sobre el sofá oriental, como un fardo mareado por los viajes trasatlánticos.

—Ella ya tiene su cupo de esclavos cubierto —bromeó Antonio. Tendría que ponerme a la cola. Y, además, ellos le pagan a cambio de que los esclavice.

Demetrio rió, y enseguida su barriga se incorporó al regocijo, en una especie de sorda estampida. Extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un envoltorio de papel de estraza que arrojó a Antonio sin avisar.

—Toma, para que no te quejes. Ahora ya podrás pagarle tú también lo que haga falta.

Antonio deshizo el envoltorio y se tropezó con un grueso fajo de billetes de cien dólares, con la jeta agropecuaria o masónica de Benjamin Franklin. Desprendían el olor entre nauseabundo y embriagador del papel recién timbrado.

—Puedes contarle si quieres —lo animó Demetrio.

—No fastidies, me fío plenamente de ti. —Nunca en su vida había visto billetes americanos, y le sorprendía su tamaño encogido, como si hubiesen pasado por la colada—. ¿Y qué? ¿Cuándo damos el próximo golpe?

Le sirvió una copa del mejor coñá que pudo encontrar en el mueble-bar, según era costumbre cada vez que se reunían los sábados. Demetrio lo escrutó con curiosidad, como si tratara de detectarle los síntomas de alguna fiebre no declarada.

—Coño, Gabriel, no seas ansioso. A eso se le llama síndrome de abstinencia. — Se echó la copa al coleteo de un solo trago, según era también su costumbre—. Tampoco nos conviene saturar el mercado. Deja que se corra la voz de que los españoles somos gente seria y en unos pocos meses tendremos a los americanos comiendo de nuestra mano. En este negocio, un poco de paciencia siempre da resultado.

Aunque no se atrevía a contarlos en presencia de Demetrio, no se resistía a jugar con los billetes, abriéndolos en abanico, como si fueran una colección de naipes.

—Oye, Demetrio, durante todos estos años, ¿siempre trabajasteis mi padre y tú con este margen de ganancia?

Demetrio sonrió con la condescendencia que se reserva al neófito. Luego cerró los ojos, como en una ensoñación retrospectiva.

—No, hombre, no seas bestia. Para llegar hasta aquí hubo primero que foguearse en trabajos de poca monta. Como ocurre en cualquier otro negocio, se empieza en puestos subalternos para ir subiendo poco a poco en el escalafón. —Hallaba una complacencia casi angelical en emparentar el tráfico de drogas con los oficios decentes, como si esto lo ayudara a olvidar su índole criminal—. Al principio, en la época del estraperlo, trapicheábamos con morfina robada en los hospitales. Luego empezamos a distribuir la cocaína que venía de Chile con destino a Francia; pero los cabrones de los franchutes nunca han pagado bien, deben de pensarse que los españoles somos sus mulas de carga, como los argelinos. El chollo de verdad empezó cuando la heroína se puso de moda entre los americanos y Eisenhower restableció las relaciones comerciales con España. —Le palmeó la rodilla, más contento que unas castañuelas—. Nos aguardan años de gloria, muchacho.

Antonio le devolvió la palmada, confanzudo.

—Pero así, a ojo de buen cubero, ¿cuánto dinero pudo ganar mi padre contigo?

Demetrio frunció el entrecejo, contrariado por el esfuerzo de cálculo que Antonio le proponía, o tal vez un tanto escamado de sus averiguaciones.

—Pssss, yo qué sé —repuso con desgana—. ¿Veinte, veinticinco millones de pesetas? Puede que algo más o algo menos, no me digas. Imagino que parte se lo gastaría en Palomita, siempre le gustó ser generoso con ella, y la chica barata no es. —Se volvió hacia Antonio, súbitamente alarmado—. ¿Qué pasa? ¿Es que no te ha dejado nada?

Antonio desvaneció sus suspicacias:



—No, hombre, no, qué va. Era para hacerme una idea. Pero nosotros tenemos que ganar todavía más, ¿eh?

Estallaron al unísono en una carcajada. Luego Demetrio empezó a contarle batallitas de la juventud, un tropel de anécdotas sórdidas o filibusteras que, sin embargo, se esforzaba en envolver con una aureola épica, como si fuesen episodios de una gesta. Antonio lo dejó hablar durante horas, interviniendo tan sólo cuando era inexcusable, para que no se le transparentase en demasía el hastío, hasta que por fin Demetrio sintió lástima de su chófer, que lo estaría esperando en la calle, o vergüenza de su facundia. Cuando se quedó a solas, Antonio apagó las luces, para apaciguar la turbamulta de pensamientos que trataban de hacerse un hueco en su mente extenuada; los descartó todos, para fijarse en un designio que no podía dejar que el desaliento pudriese: tenía que encontrar el botín del padre de Mendoza cuanto antes, y desaparecer de la circulación.

Entonces sonó el teléfono. El primer timbrazo casi le provocó un infarto; dejó que siguiera sonando en las cavernas de la noche hasta que se aquietó el ritmo de sus latidos. Tomó el auricular:

—¿Dígame?

Al otro extremo de la línea, sobre un silencio crepitante de interferencias, le pareció escuchar una respiración acezante, tal vez una risa sofocada.

—¿Diga? —insistió.

Pero nadie le contestaba. Ahora el silencio era más espeso y nítido, como el de un planeta de órbita extraviada en la inmensidad del universo. Pensó que sería alguno de los anormales que se disputaban los favores de Paloma, desvelado o rabioso por su preterición, tal vez necesitado de consuelo o combustible para sus fantasías de pervertido. Se despachó a gusto:

—¿Qué pasa, soplagaitas? ¿Te la estás meneando? Pues que sepas que tengo barba y pelos en el culo.

Oyó, seca y alevosa, una risita. Después el clic del auricular al interrumpir la comunicación. Después otra vez el silencio, ahondando las cavernas de la noche.

Reprimió un escalofrío. Aún tardaría varias horas en dormirse.

Antonio había empezado a padecer pesadillas. Soñaba que, mientras dormía, Mendoza se paseaba sigilosamente, resucitado y desnudo, por el piso del Retiro, con el orificio de la bala que Camacho le había disparado a bocajarro en la frente brillando como un estigma de luz. Soñaba que Mendoza entraba en la habitación en la que dormía al lado de Paloma, que apartaba los velos de gasa que colgaban del baldaquino, a modo de mosquitero, y tras contemplarlo dormido, como quien se contempla ante un espejo, se abalanzaba sobre su cuello para estrangular su respiración, para arrebatarse aquella sombra de vida, surgida de una mentira macabra, con la que Antonio había pretendido suplantarle. Despertaba entonces, sudoroso y al borde de la asfixia, con el corazón en la garganta, palpitando como un pájaro que se ha quedado enviscado.

Estaba sonando otra vez el teléfono, allá al fondo de la casa, haciendo añicos con su estridencia el silencio funeral de la noche. Paloma se había levantado, antes de que él pudiera reaccionar.

—¿Diga?

Imaginó el silencio crepitante de interferencias al otro lado de la línea, la respiración ominosa que tal vez viniera del pasado, resucitada de algún continente de sombra, como Mendoza en sus pesadillas. La voz de Paloma se hacía implorante, como a punto de zozobrar:

—¿Quién es? ¿Por qué nos llama a estas horas?

Antonio se levantó y corrió a quitarle el auricular de las manos. Pero el intempestivo merodeador ya había colgado.

—Tenemos que decírselo a la policía, Antonio. Ya es la sexta o séptima vez que lo hacen.

Temblaba de forma convulsiva, como sacudida por una premonición o rescatada de un pozo hondísimo que hubiese filtrado hasta la médula de sus huesos una humedad indeleble. Antonio la recogió entre sus brazos, con la intención de apaciguar su temblor, pero él también estaba temblando.

—Ése es alguno de los anormales con los que te ves —le dijo, poco convencido de sus palabras—. Deberías darles puerta a todos de una puñetera vez.

—Sí, pero entretanto deberíamos decírselo a la policía —insistió ella.

—Yo me ocuparé de eso, mañana mismo pongo una denuncia.

Pero acudir a la policía era lo único que no pensaba hacer Antonio, por mucho que se repitieran aquellas llamadas. Decidieron, a partir de entonces, descolgar el teléfono por las noches, para evitarse los sobresaltos que les causaban sus timbrazos inopinados y aquella respiración al acecho, a veces rematada con una risita seca y alevosa, que parecía venir desde muy lejos, tal vez de algún vertedero o catacumba donde Antonio hubiese sepultado los remordimientos. Pero el veneno del insomnio ya había infiltrado su gangrena y se derramaba, caudaloso como la sangre, en sus noches sin paz; y por el día, sobre el cansancio acumulado por la vigilia, sobrevolaba sus quehaceres cotidianos una sombra de congoja, la aprensión que produce saberse escrutado, atormentado por una presencia que nos contamina con su aliento y a la que, sin embargo, no podemos identificar. Cada vez que sonaba el teléfono en su despacho del paseo de Extremadura, Antonio pegaba un respingo; y tomaba el auricular temeroso de volver a escuchar aquel silencio inextricable, como un sótano sin luz infestado de cadáveres.

—¡Tío Gabriel! Por fin consigo hablar contigo. Llevo semanas llamándote a casa y nunca respondes.

Llevaba, en efecto, semanas o meses sin pisar apenas el piso de Claudio Coello, que supuestamente era su domicilio, según la partición de la herencia establecida por el padre de Mendoza en su testamento. Aún tardó un poco en reaccionar:

—¿Perdón? No he oído bien.

Y de nuevo le llegó aquella voz juvenil, intrépida, radiante, como un sol que entrase en tromba en una pieza desmantelada y sucia, lavando los miasmas del miedo:

—¿Es que ya no te acuerdas de tu sobrina o qué?

—¡Consuelito! —exclamó sinceramente alborozado. Y luego se explicó o excusó con una mentira—: Perdóname, el trabajo me tiene por completo liado y llego tardísimo a casa.

Entonces Consuelito adoptó un tono mohíno, o tal vez muy coquetamente resignado:

—No te preocupes, buscaré entonces un hotel. Es que mañana viajo a Madrid. Empezamos a rodar en un par de semanas, pero el director quiere ensayar primero los diálogos.

—¿Te has vuelto loca? Estaría bueno que tu tío no fuese a cumplir su palabra. Tú te vienes a mi casa y no se hable más.

En realidad era él quien estaba pidiéndole el favor; supersticiosamente, pensaba que la llegada de Consuelito disiparía las zozobras de las últimas semanas.

—Si la productora me paga el hotel, tío. No tienes por qué molestarte...

—¡Que te calles he dicho! —la interrumpió, procurando que su autoridad sonase a la vez terminante y benigna—. ¿Qué pensaría tu madre si te dejase en manos de esos buitres? Anda, anda, déjate de majaderías. ¿Cómo vienes a Madrid?

—En tren —dijo Consuelito, rindiéndose.

—Pues iré a esperarte a la estación. Dime a qué hora está prevista la llegada.

Lo invadía una exagerada exultación, esa repentina floración de energías vitales dormidas que galvaniza al moribundo cuando le anuncian el descubrimiento de un nuevo fármaco que podría devolverle la salud, aunque todavía no se haya experimentado entre humanos. Se apresuró a llamar a los fámulos del piso de la calle de Claudio Coello, que llevarían semanas o meses sin hincarla, en el más genuino disfrute del paraíso proletario, para anunciarles la inminente visita de su sobrina y exigirles que le tuviesen preparada la mejor habitación de la casa, que hiciesen limpieza general y aprovisionasen la despensa. Aquella tarde comunicó a Paloma que se mudaba por unas semanas, para atender a Consuelito como se merecía (pero, sobre todo, deseaba que Consuelito no supiera que vivía amancebado). Paloma no le puso pegas ni se atrevió a formular ni una sola queja, como convenía a una mujer que presumía de hacer la vida más fácil a los hombres, sin entrometerse en sus asuntos ni pretender controlar sus vidas, aunque no le ocultó que la atemorizaba quedarse sola y sin protección ante el acosador telefónico.

—Prométeme que por las noches dejarás descolgado el auricular —le pidió Antonio, tomándola de los hombros—. Y que a la menor sospecha me llamarás. Yo, de todas maneras, procuraré pasarme por aquí todos los días, para comprobar que todo marcha bien.

No estaba seguro de poder cumplir esa servidumbre; o, más bien, no estaba seguro de que aquella suerte de trepidación gozosa que le provocaba la inminente llegada de Consuelito le permitiera atender servidumbres que, de repente, se le antojaban enojosas pejugueras. Quizá Paloma lo intuyese, porque su sonrisa era muy cansadamente dócil o escéptica:

—Anda, tú preocúpate de atender a tu sobrina, que ya me las arreglaré yo como pueda. Además, puedo pedirles a mis anormales que hagan turnos de guardia por la noche.

No supo si en su ironía se escondía el reproche; pero tampoco se molestó en averiguarlo. Cuando vio a Consuelito descender del tren, a la mañana siguiente, entre la multitud mostrenca y grisácea que abarrotaba el andén, supo que los nubarrones sombríos que habían encapotado el cielo durante las últimas semanas serían inmediatamente ahuyentados, como diablejos de poco fuste ante la letanía de un exorcista. Era tal y como la recordaba: risueña y pujante de vida, como una quilla que embiste contra el oleaje de las contrariedades. Consuelito corrió a abrazarlo, dejando las maletas sobre el andén; y con el impulso de la carrera casi logró derribarlo.

—Eh, chiquilla, que tu tío no es el coloso de Rodas.

Pero tuvo que sostenerla en volandas igualmente, mientras Consuelito se abrazaba a él, como una niña que busca cobijo en el regazo familiar. Sólo que Consuelito no era ninguna niña, como notoriamente pregonaban sus formas turgentes; y Antonio no era su familiar, como sólo él sabía.

—Para mí como si lo fueras, títo. No sabes lo contenta que estoy de volver a

verte.

Ese contento se le notaba en la vivacidad de su expresión, en el arrebol de las mejillas, en ese modo de mirar tan subyugador y característico en ella, primero con una seguridad y aplomo desarmantes, un instante después con una leve turbación, como si cobrara conciencia de las alteraciones y aturdimientos que su belleza provocaba entre los hombres. Mientras conducía hasta el centro de la ciudad, Antonio se interesó por la película que pronto empezaría a rodar a las órdenes de Rafael Gil, un dramón con trasfondo político sobre un niño de la guerra, evacuado por las autoridades republicanas a Rusia, que vuelve a España quince años después, en apariencia fugitivo del régimen comunista, pero secretamente convertido en espía al servicio de los soviéticos, que lo han sometido a un concienzudo lavado de cerebro. A la postre, el protagonista lograba redimirse, gracias al amor de una joven modista que le descubre que la España de Franco no es aquel infierno de injusticia social que le habían pintado los rusos, y también a los abnegados desvelos y oraciones de su hermana pequeña, que acaba de meterse monja y logra milagrosamente la conversión del hermano corrompido por la propaganda, que al final de la película moría sin embargo acribillado por las balas de otro agente soviético infiltrado en España, que a su vez era abatido por la policía, al igual que los otros miembros de la organización, denunciada por el protagonista antes de su muerte.

—¡Uf, menuda escabechina! —sentenció Antonio—. ¿Y tú quién eres? ¿La novia modista o la hermana monja?

Consuelito dejaba que el viento le alborotase la melena nada monjil, asomándose a la ventanilla del coche.

—La hermana monja —dijo, retadora—. ¿Qué pasa? ¿No me ves en el papel o qué?

—Te veo perfectísimamente. Con hábito y toca estarás preciosa —se apresuró a contestar, antes de que lo asaltaran pensamientos libidinosos—. ¿Y qué puesto ocupas en el reparto?

—El tercero, pero Rafael Gil me ha prometido que mi nombre aparecerá al final del elenco, en un cartel para mí sola, después de los actores secundarios: «Y presentando a... ¡tan-ta-ta-chán! Consuelo Mendoza». —Consuelito casi se descacharraba de la risa—. Es lo típico cuando un actor debuta. ¿Qué te parece?

Antonio se permitió hacerle una morisqueta.

—Pues que me alegro mucho por ti. Y espero que el cartel tenga las letras bien gordas. —Como su simulacro de vida lo obligaba a estar siempre vigilante, no se le escapó el detalle—: Entonces, ¿vas a figurar con el apellido de tu madre?

—A ver qué remedio. Guerricaechevarría, el apellido de papá, dice Rafael que es muy poco cinematográfico. Y, a mayores, no creo que cupiese en el cartel.

Se rieron ambos, disfrutando de una complicidad recién estrenada que parecía remontarse al origen de los tiempos. Consuelito siguió refiriéndole algunas circunstancias del rodaje, que se desarrollaría mayormente en unos estudios de

Chamartín, aunque tendrían que desplazarse a varias localidades de la sierra, para filmar exteriores. Aparcaron el coche a la vuelta de la manzana, y Antonio se ocupó de sus maletas, venciendo la resistencia de Consuelito, que pretendía que repartiese la carga. La mañana de noviembre tenía una temperatura de verano convaleciente y una luz hospitalaria de domingo, como si quisiese celebrar la jovial belleza de Consuelito.

—¿Desde cuándo se ha visto que una estrella de cine vaya tirando por el equipaje? —le dijo Antonio, abriéndole la puerta del ascensor; y, mientras subían, la previno—: Te advierto que la casa sigue como estaba cuando se murió tu abuelo. No es lo que una chica como tú se merece, pero suficiente para un solterón como yo.

—Solterón serás porque te da la gana, bandido.

Y le guiñó un ojo, con timidez o desenvoltura. Antonio la dejó entrar primero en casa y reparó en su talle, que resaltaba la larga falda acampanada. Nuevamente, lo asaltó la impresión —a la vez gustosa y perturbadora— de que podría abarcarlo sin dificultad con las manos. Enseguida salió a recibirlos la criada, una muchacha de la montaña de León de talle menos juncal que Consuelito, a la que Antonio había ordenado que se vistiera de uniforme, con cofia y delantal, mientras durase la estancia de la nueva huésped.

—Es la habitación más luminosa de la casa, y tiene cuarto de baño propio —le explicó Antonio, haciendo los honores de anfitrión—. Además, como está al fondo del pasillo puedes hacer vida por completo independiente si te da la gana.

Sobre el tocador había dispuesto un ramo de rosas blancas, a modo de bienvenida floral. Y, en previsión de que no viniera bien pertrechada, se había preocupado de adquirir algunos potingues cosméticos, así como de nutrir el armario con algunas prendas que le hicieran más cómoda la vida doméstica: una bata o quimono de seda, un albornoz de felpa con zapatillas a juego, incluso un camisón de cendal, mucho más casto que los picardías de Paloma. En cualquier caso, un crucifijo adusto sobre la pared del cabecero de la cama prevenía contra las infracciones del sexto mandamiento. Consuelito parecía abrumada.

—No, si al final mamá va a tener razón —se lamentó—. Me pidió que, ante todo, no me convirtiera en una molestia para ti. ¡Pero veo que no puedo hacer nada por evitarlo!

Lo había dicho con una especie de halagada resignación.

—Dile a tu madre que se vaya a la porra —bromeó Antonio—. Mientras estés en esta casa, estarás mejor atendida que Ava Gardner en el Castellana Hilton.

Había leído en los periódicos que la actriz americana se hospedaba en este hotel desde hacía algunas semanas, al parecer invitada por su dueño, que así promocionaba su negocio. En la noticia se insinuaba que la Gardner era jaranera y más puta que las gallinas.

—¡Huy, Ava Gardner, qué horror! —se alarmó Consuelito—. Por favor, tío, dime que no te gusta esa tía tan ordinaria.

Antonio había intentado halagarla, olvidando que las mujeres que excitan la

concupiscencia masculina suelen concitar todas las iras y aborrecimientos femeninos. Procuró recomponer la figura:

—¡Cómo va a gustarme semejante zorrón, teniendo a una princesa como tú! — Retrocedió hasta la puerta—. Ahora lo mejor es que descanses, vendrás molida del viaje. Reponte, porque pienso llevarte a cenar a un sitio que te encantará.

Consuelito sonrió, de un modo a la vez pudoroso y promisorio que iluminó el óvalo perfecto de su rostro; era una sonrisa capaz de detener la órbita de los planetas, y desde luego de hacer volver a los hombres a su paso, incluso a los hombres más conspicuos y morigerados, aunque fuesen acompañados de sus esposas, como Antonio comprobaría aquella misma noche en Villa Romana, un suntuoso local en la cuesta de las Perdices, que era a la vez restaurante y pista de baile, con orquesta en vivo y camareros ceremoniosos vestidos de chaqué que parecían moverse siguiendo una coreografía diseñada por algún escenógrafo obsesionado por las simetrías. También la decoración del local, que pretendía emular las arquitecturas de Pompeya y Herculano, transmitía una impresión de orden y severidad paganos, que como bien se sabe son una severidad y un orden de pacotilla, dispuestos siempre a disolverse en disipación y orgía. Pero cuando llegaron ellos, los comensales aún guardaban el comedimiento y reverencia debidos, o tal vez los atenazasen los precios del menú, que rayaban el atraco a mano armada. La aparición de Consuelito en Villa Romana atrajo sobre ellos la atención de la concurrencia: las mujeres la miraban con un odio ancestral, renegrido, bituminoso; y sus acompañantes con humillado pasmo, dirigiendo de vez en cuando a Antonio un gesto de rendida admiración.

—Me temo que voy a ser la comidilla de todos los pipiolos de Madrid —comentó Antonio en un murmullo, mientras se extendía la servilleta sobre las rodillas.

Consuelito se había recogido la melena en un moño, que había adornado con una de las rosas del ramo que Antonio le había dejado en el tocador. En cambio, no había recurrido a ninguno de los potingues cosméticos; y su rostro, lavado y beneficiado por un sueño reparador, tenía una tersura esplendente.

—Pues no te arriendo la ganancia —dijo ella, mirando con una suerte de caritativo asco a tales jovencitos, vástagos mimados de los tecnócratas corruptos que se lo estaban llevando crudo y calentito—. No soporto a los pipiolos. Carecen de interés alguno. Sólo saben hablar de fútbol, y cuando te descuidas ya quieren echarte la zarpa encima. Y todavía son peores si son hijos de papá.

Contuvo una carcajada y encogió las clavículas, que se cubría con un chal, para mitigar el escándalo de su escote palabra de honor (escándalo, sobre todo, para las feas hijas de los tecnócratas, que la acribillaban con su envidia). Sus senos parecían recogerse bajo las clavículas, como palomas debajo de un alero.

—¿Y qué tipo de hombre te gusta? —se atrevió a preguntar Antonio.

—Me gustan los hombres mayores —repuso sin rebozo, casi con fruición—. Como mínimo, diez o quince años mayores; y si lucen canas y arrugas, mejor que mejor. Y, por supuesto, que tengan bastante mundo encima. ¡Y que no me hablen de

fútbol, por Dios!

Antonio asintió, un poco intimidado; aunque apenas era canoso, creía cumplir con los demás requisitos, si es que su cautiverio en Rusia podía computarse como «mundo». Decidió que esa noche cenaría olvidándose de las prevenciones y cautelas que solía adoptar cada vez que departía con un allegado o pariente de Mendoza. A fin de cuentas, el trato que Consuelito hubiera podido mantener con su tío se remontaba a su infancia más tierna; y, más allá de la complicidad que entre ellos hubiera podido entablarse entonces, la memoria que ella guardase del auténtico Mendoza habría de ser necesariamente difusa y fragmentaria. También decidió que hablarían sobre todo de ella, para moverse en territorio menos minado, y para halagar su vanidad.

—Cuéntame. ¿Y después de esta película vendrán más?

Sin embargo, Consuelito no parecía permeable a la vanidad; disfrutaba del momento sin mayores quebraderos de cabeza:

—¡No me seas cagaprisas, títo! —Y volvió a agasajarlo con su sonrisa desarmante—. Todavía está por ver si sirvo para este oficio; y si este oficio me llena. Rafael está muy ilusionado, dice que he nacido para la pantalla, pero para triunfar de veras hace falta mucho más que eso.

—Tú lo que necesitas es un buen representante. —Consuelito esbozó un mohín de disgusto, tal vez escaldada ya de representantes que hubiesen pretendido timarla—. ¡Y si no lo encuentras, aquí me tienes a mí, que por mi sobrina estoy dispuesto a matar si hace falta! —Pensó que la hipérbole, de intención jocosa, tal vez hubiese sonado en exceso truculenta—. No, en serio, mira el niño ese, Pablito Calvo, es un principiante y acaba de firmar un contrato para hacer tres películas más...

—¡Pero Pablito Calvo es un prodigio, hombre! —se opuso Consuelito—. El mejor actor infantil desde Shirley Temple por lo menos. Es lo mismo que ocurre con Audrey Hepburn: son fenómenos que aparecen cada cincuenta años. Yo tampoco aspiro a tanto. Conozco mis limitaciones.

Antonio se sublevó:

—¡Limitaciones! Con un bellezón como el tuyo...

Consuelito espantó la lisonja denegando con la cabeza. Su rostro se había manchado de melancolía:

—Me gustaría llegar a ser apreciada por algo más que mi aspecto físico. Mira a todas nuestras grandes actrices, de Aurora Bautista a Amparo Rivelles. ¿Tú dirías que son bellezónes o crees que tienen algo más?

Pero Antonio no podía responder a esa pregunta sino amoldándose al parecer de Consuelito, pues no conocía a tales actrices; se prometió que tendría que llenar esa laguna para no pasar ante ella como un ignorante. Ocupaban la mesa contigua varios matrimonios tecnócratas —ellos con su inconfundible jeta de meapilas farisaicos, ellas con su aspecto de jamonazas opulentas, luciendo a modo de sonrisa supernumeraria sus collarones de perlas—, congregados en derredor de un tipejo con ínfulas de pope o árbitro de elegancia, uno de esos críticos de arte, mitad sarasas y



mitad batracios, que vivían —opíparamente— de asesorar a los chupópteros del Régimen en sus adquisiciones pictóricas; naturalmente, todo lo que les recomendaban eran mamarrachadas y maulas de ínfima calidad. El pope o árbitro de elegancia tenía la voz chillona o destemplada, como si acabaran de extirparle las gónadas; y durante toda la cena su tabarra pretenciosa interfería en la conversación que Antonio trataba de mantener con Consuelito. A medida que el vino desinhibía a Antonio, empezó a glosar aquella cháchara esnob con apostillas cazurras que hacían las delicias de la joven. Hablaban de no sé qué pintamonas que se cotizaba al alza entre los marchantes:

—... Su mirada sobre la realidad multiplica el segmento sensorial. Cada uno de sus retratos desdobra al retratado, lo convierte en un ente pluridimensional y pluricorpóreo...

Rezongó Antonio:

—Joder, como si no fuésemos ya bastantes, parió la abuela.

Consuelito se tronchaba de la risa, sin importarle el juicio de los tecnócratas y de su recua conyugal. El pope o árbitro de elegancia proseguía, un poco mosqueado:

—Es un creador de geometrías del alma, avizora ángulos inéditos...

—¿Ángulos agudos? ¿Rectos? ¿Obtusos? —se preguntó en voz alta Antonio, para hilaridad de Consuelito, que se había tenido que agarrar el vientre, como si tratara de contener la micción.

El pope de la mesa contigua ya se sabía diana de sus burlas, pero aún perseveró en su jerga superferolítica:

—Restaura los espacios tridimensionales y uno entra en sus cuadros como en una mansión ignota...

—Pues eso me parece bien, mira tú —intervino otra vez Antonio—. Así solucionamos el problema de la vivienda.

Consuelito le rozó levemente la mano, no supo si para pedirle que se reportase, o para azuzarlo todavía más. Le dijo, casi con veneración:

—Sigues siendo el mismo cachondo de siempre, tiíto. Tal como te recordaba.

—A Rusia los enviaba yo a todos éstos, a cavar zanjas —escupió él, quizá algo más alterado de lo debido—. Tanta paparrucha y tanta mamonada es que me revientan.

La orquesta había empezado a tocar una melodía acaramelada, y en la pista los pipiolos bailaban con las pipiolas, comiéndoles la oreja y pisándoles los juanetes, mientras miraban con el rabillo del ojo a Consuelito. Tal vez calibrasen la posibilidad de solicitarle un baile; pero Antonio no lo iba a permitir. Consuelito, que parecía penetrar sus pensamientos, se anticipó:

—¿Bailamos? Me encanta *Cheek to cheek*.

Y lo tomó de la mano, dejando sobre la silla el chal que hasta entonces le había vedado la contemplación de sus hombros, como mármol emergido de una blancura ilesa. Envolvió su talle, que era como envolver el corazón de un pájaro, y bailaron

juntos, muy acompasadamente. Consuelito cobijó la mejilla en su pecho y le susurró la letra de la canción, que él no podía entender:

—*Heaven,  
I'm in heaven,  
And my heart beats  
So that I can hardly speak,  
And I seem to find  
The happiness I seek.  
When we're out together  
Dancing cheek to cheek.*

Pero, aunque no la pudiese entender, entendía la vibración que germinaba en su voz, y la palpitación trémula de su pecho, pugnando por desbordar el escote palabra de honor.

—La bailaban Fred Astaire y Ginger Rogers en *Sombrero de copa*, tío —dijo ella.

Buscó con la frente el cosquilleo de su barba, que Antonio se había recortado aquella misma tarde y quizá estuviese demasiado picajosa. A Consuelito no parecía molestarle, en cualquier caso. Bailaban muy pegados; y Antonio sentía sobre sus muslos los muslos de Consuelito, como una segunda piel.

—Oye, majo, ¿sabes que bailas de cine? ¿Dónde aprendiste?

Pero Antonio había aprendido en las verbenas de La Bombilla, tocando el culo a criadas fondonas y golfillas escrofulosas, allá en los años de la sangre, y antes de marchar a Rusia. Mintió:

—Me apunté a una academia.

—Pues se nota que aprovechaste el tiempo. Da gusto ser tu pareja. —Y añadió, pizpireta—: Eres lo que se dice un bailongo.

Antonio acarició su espalda, ascendiendo por la escalera de la columna. Frunció el entrecejo:

—¿Y eso debo tomarlo como un piropo o como una pullita?

—¡Como un piropo, tonto! —exclamó Consuelito, aunque tal vez le estuviese demandando que, en el futuro, hiciese méritos para poder emplear la palabra como pullita—. Lo digo en el sentido más decente del término.

Por un instante, Antonio se sumió en un silencio penitente. Sabía que la atribución de decencia era incongruente con su simulacro de vida, una farsa vil y abyecta en la que había suplantado al hombre que en otro tiempo había llegado a admirar; el hombre al que Consuelito adoraba desde la infancia, su héroe de ensoñaciones blancas. Consuelito le rodeaba ahora el cuello con los brazos, como en una tregua a tales ensoñaciones. Tuvo que reprimir el deseo de besarla en el cuello, de auscultar el pulso de su sangre en la garganta.

—Oye, tío, esta chaqueta te queda grande en los hombros —dijo ella de súbito, haciendo añicos el encantamiento.

—Es que estoy un poco esmirriado —se disculpó Antonio, zaherido por la observación—. Ya supongo que a un bombonazo como tú le gustarán los tíos cuadrados.

Se había interrumpido la música, para refacción de la orquesta. Consuelito volvió a tomarlo de la mano, mientras regresaban a su mesa.

—¡Los tíos cuadrados, qué horror! —se escandalizó—. Con decirte que mi actor favorito es Gary Cooper ya está todo dicho, tío. Desgarbados y de hombros estrechos, así me gustan a mí los hombres. —Y, antes de que él se emocionara, precisó—: Pero no me gusta que les sobre traje. Deberías pedirle al sastre que te lo metiera un poco.

Antonio se prometió que no volvería a ponerse los trajes de Mendoza, demasiado grandes para su talla. Entre las mesas de Villa Romana, en aquella hora en que empezaba la dispersión de los cafés y las copas, deambulaba un gitano grave, vestido de luto, de facciones enjutas y arrugas como chirlos, que se las daba de quiromante. Cuando se acercó a su mesa, Antonio quiso despedirlo con un gesto desdeñoso, pero Consuelito ya le tendía su mano, intrigadísima y alborozada. El gitano hizo una inclinación respetuosa, como solicitando la venia a Antonio; tenía algo de tótem o zahorí.

—La señorita es una mujer nacida para triunfar en la vida y en el amor —comenzó el quiromante, escrutando la palma de su mano. Antonio dirigió a Consuelito una mirada de divertida anuencia—. Pero ese triunfo no lo encontrará aquí. Usted no es de Madrid, ¿verdad, señorita?

—No, vengo de San Sebastián —se apresuró a responder Consuelito, cada vez más sugestionada.

—Pues debe regresar cuanto antes. Allí, con su familia y sus amigos, encontrará la felicidad. Lo que usted busca no lo hallará en Madrid.

Consuelito sonrió, afectando incredulidad. Pero se notaba que el veredicto del gitano le había hecho mella.

—¿Está seguro? —balbució.

—Las rayas de la mano nunca engañan, señorita —dijo el gitano, aferrado a su superchería y como excusándose por no complacerla—. Nuestro destino está escrito en ellas, y nada podemos hacer por cambiarlo. Yo sólo leo lo que veo. —Antonio le dirigió una mirada reprobatoria, casi homicida—. Para evitar disgustos a la gente, procuro evitar las cuestiones desagradables; pero nunca miento. Usted es una mujer preciosa, un verdadero ángel bajado del cielo, y su futuro puede ser esplendoroso; pero debe volver a San Sebastián, con los suyos.

—Bueno, al menos espero poder acabar antes lo que vine a hacer a Madrid —murmuró Consuelito, arrepentida tal vez de haberse ofrecido al escrutinio quiromántico—. En un par de meses todo habrá terminado. ¿Eso es todo?

El gitano se incorporó, ceremonioso.

—Sí, señorita, eso es todo. Y ahora, si me permite el caballero...

Antonio no se molestó en reprimir el enojo:

—Ni hablar del peluquín. Puede largarse con viento fresco.

Pero Consuelito había recuperado ya la jovialidad, o tan sólo deseaba que el mal sabor que había dejado la lectura de su mano se pudiera todavía endulzar:

—Venga, títo, no seas cascarrabias. ¿Por qué no vas a dejar...?

—Porque me repatean los adivinos. No creo en esas memeces —se cerró en banda.

El gitano no se dio por ofendido. Hablaba con un aplomo circunspecto, como si hubiese criado callo contra las burlas y desdenes de su clientela:

—Disculpe, caballero, pero yo no soy un adivino ni un charlatán. Jamás he presumido de anticipar el futuro, sólo leo lo que está escrito en las rayas de la mano, que es lo único que no cambia en todo el tiempo de nuestra vida. Cambian nuestros rasgos, nuestra forma de ser y de pensar, pero las rayas de la mano se mantienen inalteradas, desde que nacemos hasta que morimos. ¿Me permite?

Su tranquila insistencia empezaba a desquiciarlo, pero Consuelito lo azuzó, curiosa:

—¡Que no se diga que tienes miedo! Mírame a mí: acaba de chafarme mi incipiente carrera cinematográfica, pero ¿ves acaso que me haya enfadado? Pues no. Estas cosas hay que tomárselas a risa.

Pero el gesto del gitano no era en modo alguno risueño. Además, la reticencia de Antonio no nacía de un desprecio a la quiromancia como pantomima o paparrucha, sino, por el contrario, de un recelo supersticioso: temía que aquel gitano grave y enlutado vislumbrara en él lo que nadie hasta entonces había detectado, que pudiera desenmascarar su simulacro de vida. Pero estaba dejándose arrastrar por aprensiones ridículas. Extendió despreocupadamente su mano izquierda.

—¡Así me gusta! —aplaudió Consuelito—. Ya sabía yo que no me ibas a decepcionar.

—La otra mano, por favor —dijo el gitano, imperturbable—. La lectura se hace en la mano derecha.

Antonio trató de oponer resistencia, pues se avergonzaba de que Consuelito reparase en sus amputaciones. Pero al final accedió:

—Es que se me constiparon un par de dedos en Rusia —murmuró irónicamente.

Consuelito miró su mano mutilada con acendrada piedad, casi con dulzura. El gitano estuvo escrutando las rayas durante casi un minuto, en el que Antonio aprovechó para formular todo tipo de aspavientos hastiados.

—El caballero tiene una de las palmas más interesantes y misteriosas que yo haya visto en mi vida —comenzó el gitano, en un tono más sobrecogido que adulador—. Es usted un hombre de múltiples facetas y de una personalidad muy rica...

—Un ente pluridimensional, como decía el maricón que nos dio antes la tabarra —lo interrumpió jocoso Antonio. Pero su jocosidad encubría una íntima desazón.

—Un hombre brillante, sin duda, capaz de asumir riesgos que a cualquier otro

hombre espantarían. Las riquezas y las mujeres más hermosas están a su alcance, pero la victoria que se logra con métodos impíos acaba pasando factura...

Antonio recordó la reflexión que un día le hiciera Cifuentes: «De algo que está mal nunca se puede sacar un bien». Miró a Consuelito con una suerte de consternada resignación.

—¿Eso es una predicción o una amenaza? —preguntó al gitano, exasperado.

—Ya le dije al caballero que no predigo el futuro, y mucho menos lanzo amenazas. Era tan sólo una consideración general —dijo el gitano, muy taimadamente.

—Pues déjese de consideraciones generales y vayamos al grano.

El gitano asintió, pesaroso o sombrío. Recorría con las uñas de los dedos —y tenía las uñas mugrientas— el itinerario quebrado de las rayas de su mano, provocándole cierta grima.

—También veo en su mano una habilidad especial para oficios que exigen mucha sangre fría: soldado, actor, incluso empresario. —Antonio reprimió un escalofrío, atónito ante el poder de penetración del gitano; pero se tranquilizó pensando que había enumerado esas tres profesiones que concurrían en él al albur—. Desde luego, si se hubiese dedicado a los negocios, habría ganado muchísimo dinero. Pero sus dotes como actor son aún mayores, no debe arrepentirse de su elección.

Consuelito estalló en una carcajada estrepitosa, mientras Antonio permanecía en estremecido silencio.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó el gitano, desconcertado.

—¡Y tanto! —exclamó Consuelito—. Aquí una aspirando a triunfar en el séptimo arte, y resulta que quien tiene las dotes interpretativas es mi tío Gabriel.

Y le zarandó un brazo, para que Antonio se sumase a su hilaridad.

—Pues ya me perdonarán si me he equivocado —dijo el gitano, pero su tono no era arrepentido—. La mano del caballero muestra una tendencia dominante hacia la invención y la capacidad para meterse en el pellejo de otros personajes, para vivir otras vidas que no son la suya. —Antonio hubiese deseado estrangular al gitano sabihondo, que ahora lo miraba con abrumada perplejidad—. ¿De veras que el caballero no es actor?

—No. Fui soldado y ahora soy empresario —repuso Antonio con dureza.

—Una verdadera lástima —se lamentó el gitano—. Como actor no hubiese tenido rival.

Consuelito no cejaba en su regocijo. Antonio apartó la mano con aspereza.

—Está bien, ya puede largarse. ¿Cuánto le debo?

—La voluntad, caballero.

El gitano tomó el espléndido billete de cien pesetas que Antonio le tendió como quien acepta un soborno, en el entendimiento de que acababan de comprar su silencio. Regresaron a Madrid al poco, conscientes ambos de que la sesión de quiromancia había arruinado el encantamiento que entre ambos había surgido en la

pista de baile; pero Consuelito parecía agradecer que tal encantamiento se hubiese roto, pues así había evitado exponerse a enojosas cavilaciones acerca de la naturaleza de la atracción que sentía hacia su presunto tío. Para terminar de espantarlas, no paraba de parlotear:

—¿Será posible, tío? Resulta que estás hecho un José María Rodero en potencia; y yo sin enterarme. —Y como no lograba conmovier la crispación de su rostro, añadió —: Pero qué digo sin enterarme: ¡si bailas mejor que cualquier actor!

El Pegaso devoraba carretera, y sus faros iluminaban fugazmente los troncos de los árboles que se alineaban en las cunetas, como un ejército de resucitados.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio, tío.

Antonio apretó el acelerador, como hubiese querido apretarla entre sus brazos. Cuando llevó la mano derecha a la palanca de cambios, lo estaba aguardando la caricia de Consuelito. Notó el contacto leve de las yemas de sus dedos sobre la cicatriz de su amputación, como un delicadísimo bálsamo.

—Está visto que tengo cuerpo de pobre —sentenció Antonio, contemplándose ante el espejo de la sastrería.

Consuelito le tironeó de las mangas de la chaqueta de cheviot y le alisó las solapas, antes de asomarse también ella al espejo y sonreír aprobatoriamente.

—Yo más bien diría que tienes cuerpo de maniquí, perdona. Estás hecho un pincel.

Había encargado media docena de trajes para lo que restaba de invierno, dejando que Consuelito eligiese los paños y el dibujo, mucho más osado que el de los trajes de Mendoza, que en su vestuario mostraba gustos casi trapenses. Ahora las hombreras ya no le quedaban flojas, ni se le abolsaba la chaqueta a la altura del sobaco; y, aunque no pudiera compararse con Gary Cooper, su desgarbo se tornaba al fin una suerte de elegancia desmañada, poco consciente de sí misma, que parecía encandilar a Consuelito. También él disfrutaba de aquella metamorfosis propiciada por el cambio de atuendo; y sentía que, al fin, el pobre diablo que hacía esfuerzos camaleónicos por parecer un señor alcanzaba el anhelado señorío. Se abotonó los tres botones de la chaqueta.

—No me seas paleta, títo. Sólo se abrocha el del medio —lo reconvino Consuelito—. ¿Me dejas que te elija yo también las corbatas?

—Por supuesto, chiquilla.

Vio cómo se inclinaba sobre el corbatero que el sastre había tendido en el mostrador. Llevaba un suéter de angora muy ceñido que modelaba sus pechos como la mano de un escultor, reduciéndolos a su exacta dimensión, firmes y a la vez secretamente dúctiles. Ya la había visto con aquel mismo suéter en otras ocasiones, al marcharse o regresar de sus sesiones de rodaje; y siempre lo habían asaltado los mismos celos insensatos, una suerte de odio indiscriminado hacia todos los hombres que podrían, al verla, imaginarla desnuda, como él mismo hacía. Durante la semana apenas tenían tiempo para verse: los horarios de rodaje de Consuelito eran extenuadores, además de cambiantes, y por lo común se alargaban mucho más de lo prefijado, haciendo vano todo intento de acomodarlos a los suyos; pero se reservaban el fin de semana para estar juntos. Antonio, aunque estaba planeando con Demetrio otro traslado de heroína desde Niza hasta el puerto de Vigo, había empezado a descuidar sus reuniones sabatinas, en las que a la postre —una vez aprendidos los

rudimentos del oficio— le tocaba soportar la locuacidad un tanto estragadora de su socio, sus batallitas infames en compañía del padre de Mendoza, que sin embargo se obstinaba en evocar envueltas en ropajes de epopeya. Por fortuna, Demetrio era comprensivo con él; y siempre que todo estuviese preparado y dispuesto para la fecha establecida —entre Navidad y Año Nuevo—, no le importaba que Antonio dedicase su tiempo libre a sus devaneos sentimentales (que Demetrio más bien confundía con devaneos de entrepierna). Pero Antonio sabía que Consuelito era una fruta vedada; al menos, mientras él mantuviera aquel simulacro de vida, al menos mientras ella siguiese pensando que su obsequioso acompañante era su venerado, adorado, divinizado tío Gabriel.

—¿Qué te parece la selección que te he hecho?

Consuelito alzó los dos brazos, de los que pendían tres corbatas en cada uno, todas de una distinción un tanto provocadora, irónicamente provocadora si se quiere. Con los brazos levantados, sus senos adquirían una turgencia nueva, menos remansada y movediza, que parecía demandar el cuenco de unas manos, de sus manos.

—Pues qué habrían de parecerme. No he conocido nunca a nadie que tenga tanto gusto como tú para la ropa.

Consuelito se rebeló:

—¿Sólo para la ropa?

—Para la ropa y para todo, mujer. Contigo da gusto todo.

Le daba gusto esperarla los días de diario, aunque llegase a casa de madrugada, para darle un beso de buenas noches; y, en mitad de la noche, asomarse a la puerta de su cuarto, para espiar su respiración sosegada, inmune al pecado, y sus formas borroneadas por las mantas. Le daba gusto prepararle el desayuno, acompañarla hasta el portal, donde ya la estaba esperando el coche que la llevaba a los estudios Chamartín, y despedirla agitando la mano, como un botarate. Le gustaba que le llamase a las horas más intempestivas, para advertirle que el rodaje se alargaba y de paso asegurarle que todos los intentos de aproximación de productores, técnicos y compañeros de reparto se saldaban con impenables calabazas. Y le gustaba, sobre todo, que llegase el fin de semana, para ir con ella de compras, para atender sus caprichos y enseñarle los alrededores de Madrid. Como le ocurría a Amparo, Consuelito se moría por salir de excursión los fines de semana; pero Consuelito no era Amparo, de modo que la disposición de Antonio era muy distinta. Aunque, inevitablemente, para no pasar como un ceporro ante Consuelito, necesitaba recurrir al bagaje de enseñanzas que Amparo le había proporcionado, en aquellas excursiones fallidas o tediosas. Le mostraba el vuelo de las avutardas sobre los alcores, que en diciembre era un vuelo menos nutrido, tal vez porque algunas habían emigrado a otras tierras o se habían quedado desemparejadas por culpa de los cazadores furtivos, y le descubría ciudades de piedra y de líquen, que en diciembre parecían altos acantilados de hielo.



—Pero ¿me estás diciendo de verdad que no has visto nunca el Doncel de Sigüenza? —fingía escandalizarse Antonio—. Eso hay que arreglarlo de inmediato, mujer.

—Pues no sé a qué esperas, tío.

Entraban en la catedral de Sigüenza, que era un nevero donde tiritaba Dios. Consuelito metía los dedos en la pila del agua bendita, mojaba a continuación los de Antonio y ambos se santiguaban con unción; o siquiera Consuelito con unción cándida, mientras Antonio lo hacía con unción untuosa, como había visto hacer a los meapilas democristianos en los reportajes del nodo, perdido ya el miedo a que el agua bendita fuera a dejarle un estigma sulfuroso en la frente. Ante la verja de la capilla del Doncel, Antonio repetía sin sonrojo las palabras que le había escuchado a Amparo:

—José Antonio decía que el Doncel era un falangista del siglo xv. Un señorito que dejó de jugar a la pelota en las paredes del palacio de su pariente el obispo para irse a la guerra de Granada y morir ahogado entre las huertas.

Consuelito comulgaba sus palabras con el ánimo en suspenso, como merodeada por un éxtasis lírico.

—Madre mía, qué preciosidad.

Y la luz de diciembre, que traía augurios de nieve y estrellas polares, inundaba las vidrieras y descifraba la penumbra de la capilla, para que Consuelito pudiera disfrutar mejor de la contemplación del Doncel, que ya no tenía cara de congrio hervido, sino la apostura y gallardía del soldado noble que se funde con el pueblo, olvidado de la lucha de clases, como los divisionarios que marcharon a Rusia. Antonio ni siquiera se preocupaba de que sus palabras pudiesen sonar cínicas:

—Se fue con los hombres del pueblo, con los toscos y sencillos guerreros que bajaban de Soria, todavía vestidos de lana.

Consuelito se arrimó a él, friolera o traspasada de belleza. El suéter de angora se le despeluzaba, al contacto con la chaqueta de cheviot de Antonio; y crepitaba entre ellos la electricidad estática.

—¿Y tú qué piensas que está leyendo? —le preguntaba.

Su curiosidad desbordaba los conocimientos de Antonio, que eran los del lorito.

—Pues no lo sé. ¿Un libro de rezos tal vez?

—¿Y por qué no un libro de versos? —se oponía ella, más fantasiosa o arrebatada—. O una de esas novelas bizantinas que se leían por entonces, llenas de encuentros y desencuentros, de amores contrariados y reconciliaciones, como las películas de Rafael Gil. Las películas de ahora son como las novelas bizantinas de antaño.

Habían dejado atrás la catedral y ascendían hacia las ruinas del castillo por la misma callejuela empinada que Antonio ya había recorrido con Amparo. En el cielo se sostenía un águila sin mover las alas que tal vez fuese el águila de San Juan; y la flanqueaban legiones de arcángeles, armados de trompetas y clarines, que proclamaban la gloria del Cordero. Aquella visión beatífica animó a Antonio en su

impostura:

—¿Te acuerdas cuando de niña me contabas las películas de estreno?

Consuelito aprovechó para hacer un alto en el camino. Acezaba; y sus senos, oprimidos por el jersey de angora, participaban del ahogo.

—Claro que me acuerdo. Debí fastidiarte el misterio de muchas películas.

Antonio se atrevió a soltarle una palmada en los cachetes del culo, que eran prietos y casi púberes, para incitarla a reanudar la marcha.

—¡Nada de eso! Tu «cine hablado» era infinitamente mejor que las películas originales. —Volvió a mirar al cielo, pero los arcángeles no se inmutaban ante sus patrañas—. Luego yo esas mismas películas se las contaba a los guripas, durante el cautiverio en Rusia. Cuando peor lo estábamos pasando, cuando más apretaba el hambre y más nos machacaban los carceleros, cuando estábamos a punto de flaquear, aquellas películas que tú me contabas les alegraron las noches a aquellos pobres infelices.

Habían coronado el collado. Las almenas que se recortaban sobre las nubes infestadas de arcángeles semejabán epitafios sobre la nieve. Consuelito brincó sobre unos sillares que se esparcían sobre el camino que flanqueaba la barranca, como un estriberón sobre un arroyo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —No cabía en sí de gozo—. ¡Qué orgullosa me haces sentir! ¿Y qué películas les contaste?

—Pues un montón, una cada noche. Todas las que tú me contaste a mí. —Se trabó, titubeante, pero Consuelito le demandaba mayor precisión—. Pues, por ejemplo, la de aquella cabaretera que se quitaba los zapatos de tacón para seguir a los legionarios...

—*Marruecos*, de Josef von Sternberg —saltó Consuelito, con rapidez felina—. Con Marlene Dietrich y Gary Cooper.

—O aquella otra de la faraona que se bañaba en leche de burra...

—*Cleopatra*, de Cecil B. DeMille. Con Claudette Colbert.

—O la de aquel bandido que combatía a un rey usurpador y se escondía con los suyos en...

—*Robin de los Bosques*, de Michael Curtiz. Con Errol Flynn, Olivia de Havilland y Basil Rathbone.

Y así fue nombrando todas las películas que Mendoza había narrado a sus compañeros de cautiverio, con voz retumbante o susurrada, ingenua u ominosa, ronca o chillona, lacerada o soberbia, en un ejercicio de camaleonismo histriónico que a todos los guripas dejaba maravillados. Pero el camaleonismo de Antonio era todavía más esmerado; pues, como había dictaminado el quiromante de Villa Romana, sus dotes como actor eran insuperables. Tanto que hasta el viento que solía azotar el collado se había quietado, tanto que las cigüeñas habían dejado de crotorar; pero tal vez hubiesen emigrado, espantadas de su cinismo. Consuelito no había fallado en la identificación ni de una sola de las películas; y triscaba entre las ruinas del castillo,

como una princesa apócrifa en su reino de portentos y quimeras.

—Pero te advierto que, cuando te contaba las películas, metía muchas morcillas de mi invención en la trama —le dijo, como quien confiesa un pecado venial.

—Pues entre las morcillas que metieras tú y las que metí yo sospecho que a las películas no las reconocería ni la madre que las parió.

Volvieron a Madrid cuando ya la noche se suicidaba en la barranca, ahogada entre malezas y espumas. Antonio conducía el Pegaso sin pisar el acelerador, disfrutando de su dominio del volante, como habría hecho Mendoza, que en cierta ocasión le había dicho que conducir era como domar a una mujer o a un caballo. Inopinadamente, Consuelito se inclinó sobre él y lo besó fugazmente en el lóbulo de la oreja, dejándole un rastro de saliva incandescente.

—Gracias, tío, éstos son los mejores fines de semana de toda mi vida.

Y calló durante unos minutos, anegada por la belleza telúrica del paisaje, mientras su oreja seguía ardiendo. Antonio supo entonces que habría otros besos que apaciguasen ese fuego, antes o después; bastaba con mantener la paciencia.

—Quien tiene que darte las gracias soy yo, chiquilla. Antes de que tú vinieras a redimirme, mi vida era como la de un ermitaño —dijo, colocando el espejo retrovisor de tal modo que le permitiera contemplar las reacciones de Consuelito.

—Pues eso se va a acabar, tío. No pienso dejar que te amuermes. ¡Todavía eres joven, hombre!

Antonio recibió aquel apostrofe, que pretendía ser encomiástico, con reticencia, pues Consuelito le había dicho que le gustaban los hombres mayores.

—Te tomo la palabra. Yo también estoy disfrutando de lo lindo, no te creas —lo dijo con pudor, como lo haría un cascarrabias que reconoce la felicidad de infringir sus hábitos más arraigados—. Es increíble la cantidad de cosas que tenemos en común... Sobre todo teniendo en cuenta que somos de la misma familia.

Se rió de su propio sarcasmo, quizá más atrevido de lo que aconsejaba la prudencia. Cruzó la carretera una huidiza liebre.

—Tienes toda la razón —convino Consuelito, en un tono meditabundo—. Tenemos mucho en común. Me di cuenta el otro día, mientras cambiaban las luces para rodar una secuencia en la que yo participaba. De repente, me sorprendí mirando el reloj, deseando acabar cuanto antes, para poderme reunir contigo y saber qué excursión habías planeado para este fin de semana.

—Es curioso. —Antonio la miró de soslayo; su perfil parecía agitado, como remejido por el desasosiego—. A mí me ocurrió exactamente lo mismo, mientras revisaba la carga de unos camiones que salían para Barcelona. Quería acabar pronto, aunque fuera desatendiendo mis obligaciones. —Hizo una pausa, antes de lanzar la confesión que aún desasosegaría más a Consuelito—: Eres lo mejor que me ha ocurrido desde que volví de Rusia; tal vez incluso desde antes.

A medida que se acercaban a Madrid, el paisaje se iba haciendo campamental, con aldeas que eran ya casi suburbios, donde los parias pugnaban por resistir el

empuje urbanístico decretado por los tecnócratas, haciendo guardia a la puerta de sus chabolas, haciendo hogueras sin fuego, de humo solo, como comanches en diálogo con Manitú. Consuelito miró con fervor al hombre que creía su tío:

—Lo que me hace sentir que tenemos en común más que la sangre es que siempre te he visto, desde que era niña, como una persona a la que podía admirar, alguien de quien podía fiarme. Más allá de que seamos tío y sobrina, pienso que ha sido un privilegio conocerte. Resulta muy difícil explicarlo, pero cuando te miro a los ojos creo que entiendes a lo que me refiero. —Ahora su voz se tornó implorante, acaso un poco angustiada—. ¿Lo entiendes, títo?

Antonio le puso la mano en la rodilla, la mano mutilada que Consuelito había mirado con acendrada piedad, casi con dulzura, en Villa Romana, sobre su rodilla casi tan dúctil como imaginaba que serían sus senos, sobre su rodilla en la que todos los huesos parecían haberse replegado, protestando contra las clases de anatomía.

—Por supuesto que te entiendo, pequeña.

—Es una impresión extraña —continuó Consuelito, abstraída—. Es como saber que, no importa lo alicaída o preocupada que estés, existe una persona a la que puedes acudir, cuyo consejo y ánimo van a disipar tus miedos. Como escuchar la voz de esa persona y automáticamente sentir una gran paz interior; sentir que, pese a todo, el mundo está bien hecho...

Antonio la dejaba hablar, saboreando la ebriedad de la victoria. No era el difunto Mendoza quien había logrado suscitar en Consuelito tales sentimientos: él tal vez hubiera conseguido que su sobrina lo admirara en la distancia; pero si Mendoza hubiese regresado de Rusia, seguramente tal ilusión infantil se habría amustiado hasta fenecer, asfixiada por los formalismos que imponen las relaciones de parentesco. Era él, Antonio Expósito, en una vida anterior un maleante de medio pelo, quien había despertado en Consuelito aquellas pasiones dormidas que todavía no osaban desembridarse. Y lo había conseguido a pesar de los impedimentos y dificultades inherentes al simulacro de vida que le imponían las circunstancias; si tan sólo pudiera revelarles la verdad, esas pasiones romperían todas las bridas.

—No sé en qué piensas, títo, pero a juzgar por tu expresión debe de ser algo agradable —dijo ella.

—A veces, mientras conduzco, la imaginación se me va de paseo y hay que sujetarla fuerte —murmuró Antonio, desestimando la tentación que por un segundo había fulgurado en su mente.

Consuelito cerró los ojos, entregada a sus ensoñaciones.

—A mí también me ocurre con frecuencia. Me gusta viajar con la imaginación a los sitios más exóticos. —Se rió como una niña traviesa—. ¡Es una manera bastante barata de hacer turismo!

Ya habían entrado en Madrid, una ciudad demasiado angosta para los sueños, demasiado aturdida de ambiciones y banalidad.

—Algún día viajarás a todos esos sitios. Serás una estrella de cine y tendrás todo

tipo de admiradores y pretendientes que te llevarán de la ceca a la meca, como le ocurre a la ordinaria de Ava Gardner. —Pulsó la tecla del victimismo—: Y para entonces ya te habrás olvidado de tu pobre tío Gabriel.

—¡Naranjas de la China! —Consuelito se revolvió en el asiento del coche con risueña indignación—. El pretendiente que quiera comerse un rosco con la estrella de cine Consuelo Mendoza tendrá que parecerse a su tío Gabriel... Aunque sospecho que no hay nadie en el mundo que se parezca a mi tío Gabriel.

Se cruzó de brazos, entre enfurruñada y lisonjera. Antonio aparcó el coche en la calle de Claudio Coello y le revolvió la melena:

—Nunca se sabe, chiquilla, nunca se sabe.

Entraron en casa como levitando en una nube de inminente y atolondrado deseo. Antonio intuía que Consuelito lo estaba deseando, allá en las cámaras más íntimas de su ser, tanto como él la deseaba a ella: lo notaba en el brillo febril de sus ojos, en el temblor oferente de sus labios, en la dilatación de las ventanas de la nariz, que tensaban la arquitectura perfecta de su rostro. Intuía que, allá en los adentros de su conciencia, Consuelito había empezado a entablar una batalla turbulenta contra los tabúes milenarios que prohíben el incesto; y que en esa batalla desconcertante aún tendrían que sucederse episodios desgarradores. Le hubiese gustado decirle la verdad, confesarle que ninguna ley humana o divina tenía derecho a desbaratar su deseo, pero tal cosa no iba a salir de su boca. La criada leonesa salió sofocada a recibirlos:

—Don Gabriel, le ha estado llamando la señorita Paloma —le anunció—. Me ha pedido que, por favor, vaya a verla en cuanto pueda.

El recado disipó en un instante aquella nube en la que ambos levitaban; la mención a otra mujer, además, borró del rostro de Consuelito todo vestigio de deseo.

—¿Le ha dicho qué ocurría?

—No, señor, pero se la notaba sobresaltada.

Consuelito se dirigió a su habitación, sin hacer preguntas. Antonio no desconocía que Paloma no habría osado interferir en su vida si no se tratase de algo en verdad grave o urgente; tampoco desconocía que, tarde o temprano, el roce con anormales acabaría ocasionándole disgustos. Bajó apresuradamente al portal y condujo hasta la calle de Alfonso XII, haciendo caso omiso de semáforos y guardias urbanos; en las últimas semanas, desde que iniciase aquel peligroso juego de insinuaciones con Consuelito, había descuidado por completo a Paloma, olvidándose incluso de aquel acosador telefónico nocturno que a él mismo había llegado a inquietar. Había comprobado en varias ocasiones que Paloma, en efecto, descolgaba el teléfono por las noches; pero tal vez esa barrera insalvable hubiese enfurecido al acosador, incitándolo a adoptar acciones más intimidatorias que halagasen sus inclinaciones perversas. Subió las escaleras de tres en tres, mortificado por augurios funestos; con alivio, descubrió que Paloma se hallaba en el descansillo, acurrucada en una esquina. Parecía víctima de un ataque de histeria, recorrida por temblores convulsivos, y con el rímel corrido por las lágrimas, que manchaban de chafarrinones sus mejillas.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, alarmado.

Paloma se apretó todavía más contra la pared, haciendo palanca con los pies que había descalzado de los zapatos de tacón; las medias se le habían rasgado en la puntera, y por el empeine le trepaban varias carreras, como un sistema venoso alternativo por el que fluía el espanto. Apenas podía enhebrar palabra:

—Han... han estado... revol... revolviendo la casa, Gabi.

Y señalaba hacia la puerta con ofendido horror, como si la custodiara un dragón o hidra rescatado de alguna mitología proterva. Antonio se agachó y la estrechó entre sus brazos, para amortiguar su temblor; su cuerpo estaba frío y casi inerte, sólo sacudido por las convulsiones y los sollozos.

—¿Quiénes, Paloma?

Logró levantarla del suelo. La falda se le había replegado en las caderas, mostrando sus bragas ortopédicas. Antonio se la bajó pudorosamente, mientras trataba de acercarla a la puerta; pero Paloma se resistía.

—Un tipo vino esta mañana, vestido con un mono. Me dijo que tenía que fumigar, que había una plaga de termitas que estaba atacando las estructuras de madera del edificio. —Rompió a llorar otra vez—. Me pidió que abandonara la casa hasta la noche...

Antonio encajó la llave en la cerradura que, en efecto, no estaba forzada.

—¿Y te lo tragaste así como así? —se enfadó—. ¿Sin que te hubiesen dicho nada en junta de vecinos?

Paloma esbozó una mueca que era a la vez desdeñosa y arrepentida:

—Vete a la mierda, Gabi. Sabes de siete sobras que jamás asisto a las juntas de vecinos.

Antonio desatrancó la puerta. Antes de empujarla, preguntó:

—¿Y qué ocurrió cuando volviste?

—Pues que me la encontré como ahora vas a verla tú.

Todas las luces estaban encendidas. La cómoda del vestíbulo había sido corrida de la pared, y vaciados sus cajones; en la sala oriental, el destrozo era todavía mayor: los cuadros habían sido descolgados de la pared, los cojines del sofá destripados, el mueble-bar vaciado de botellas, que se amontonaban en el suelo, reducidas a añicos, mientras sus licores derramados inundaban el aire de una humedad etílica estomagante. A medida que Antonio se adentraba en el estropicio, Paloma iba recuperando la entereza; pero seguía agazapada detrás de él, aferrada a su cintura.

—¿Y cómo era el tipo?

—No sé, un chisgarabís cualquiera. Flaco, con la cara chupada y los dientes picados. Un tipo anodino, no me fijé mucho en su jeta.

No era una descripción demasiado completa (en realidad, era una descripción que valdría para millones de hombres), pero por un segundo Antonio se estremeció, como si un aire muy gélido se le hubiese metido en las entrañas. Espantó las zozobras, mientras contemplaba el desorden que también ensuciaba la habitación en la que

juntos habían dormido tantas noches: sobre el suelo, se desparramaban bragas y sujetadores, medias y ligeros, picardías y demás parafernalia sicalíptica de Paloma, convertida ahora en trapos de ropavejero.

—Aquí interrumpió la búsqueda —dijo Paloma—. En las otras habitaciones no entró, se conoce que no le dio tiempo.

Antonio trató absurdamente de espantar la zozobra:

—¿Estás segura de que no era alguno de los anormales con los que haces cosas raras? ¿No querría robarte bragas sucias o alguna otra porquería?

Paloma se le encaró, malhumorada:

—Ya te vale con la broma, Gabi. Sabes tan bien como yo que ese tipo vino buscando algo más importante.

Pero si, en efecto, había venido buscando lo que Antonio se temía, no lo había encontrado, pues no había hecho sino hurgar en los mismos sitios previsibles que él ya había explorado exhaustivamente meses atrás.

—Cambiaremos la cerradura, Paloma, y a partir de ahora tomaremos más precauciones.

—Yo lo siento, Gabi —se plantó ella—. Si no te vienes a vivir conmigo, o por lo menos si no te pasas todos los días por aquí, cambiaré de casa. Tengo una tía en Segovia que...

Sonó el teléfono, interrumpiendo sus reconvenções. Sonaba con un timbre más altivo y rechinante, como un murciélago que rechaza la luz entre chillidos; sonaba a la vez epiléptico y exigente, como un niño que reclama comida entre vagidos.

Se miraron, atenazados por el miedo. Ninguno de los dos se atrevió a responder.

Cambió la cerradura y empezó a visitar a Paloma todos los días, quedándose a pernoctar con frecuencia en el piso del Retiro, aunque del tipo que lo había desvalijado, haciéndose pasar por fumigador, nada volvió a saberse. Para no contrariar a Consuelito, Antonio se inventaba viajes impostergables a las ciudades más diversas y reuniones con clientes que le exigían una mejora en las condiciones de contratación; pero aquella servidumbre indeseada lo llenaba de una ira y un despecho que descargaba sobre Paloma, con quien empezó a fornicar de un modo desesperado y bestial, a veces en repetidas tandas durante una sola noche, por evitar tundirla de una paliza, que es lo que en realidad hubiese deseado. Y, mientras se derramaba dentro de ella, como podría haberse derramado en la taza del váter, le tapaba la cara con una almohada, o la volvía de espaldas, y se imaginaba que Consuelito se entregaba entre sus brazos; pero un instante después de haberse derramado, se sentía irrefragablemente sucio, como un cerdo que hociquea en la cochiguera, y esta conciencia de suciedad no hacía sino acrecentar su aversión hacia Paloma, que lo estaba privando del único lapso placentero o reparador que había logrado introducir hasta entonces en su simulacro de vida. Al menos, el regreso al piso del Retiro le permitió reanudar sus reuniones con Demetrio, que tenía desatendidas en demasía, y ultimar los planes del segundo transporte de heroína, que si discurría sin alteraciones imprevistas podría convertir a Demetrio en el proveedor habitual de las mafias de Miami, que ya empezaban a comerle en la mano. En vísperas de la Nochebuena, Consuelito concluyó el rodaje de las principales secuencias de la película; y se marchó a celebrar la fiesta con sus padres a San Sebastián, aunque aún tendría que volver inmediatamente después durante un par de semanas, para rodar varias escenas en un convento de Alcalá —donde su personaje, la monja redentora del hermano comunista, supuestamente moraba— y hacer el doblaje de sonido. Antonio consiguió convencer a Paloma de que se fuera a pasar unas semanas con su tía segoviana, dejándole claro que de él no obtendría otra cosa que aquellas fornicaciones inmundas que la hacían sentirse como un cacho de carne purulenta; y así pudo coronar sin molestias, en la festividad de los Santos Inocentes, la operación de la heroína, que volvió a cruzar la frontera embutida en las horrorosas peponas franchutes que se disputaban las niñas americanas de familia rica. Demetrio le trajo su fajo de dólares envuelto en papel de estraza, como la vez anterior.



—Que conste que esta vez te lo adelanto yo. Los americanos todavía no me han pagado —dijo, magnánimo—. Para que tengas unos Reyes espléndidos.

Y su risa cavernosa le retumbaba en las tripas.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Demetrio. Sé bien cómo emplearlo.

—Menudo pájaro estás tú hecho. —Sonrió beatífico y mofletudo—. ¿Palomita se te ha quedado pequeña, eh? —Y se postuló—: Mira que lo que uno no quiere ciento lo desean...

—Pues si la deseas yo encantado en pasártela —correspondió Antonio, también magnánimo—. Sobre todo si tienes alguna fantasía rara, disfrutarás de lo lindo con ella, te lo aseguro. Voy a darte el teléfono de su tía de Segovia...

Antonio sabía, en efecto, cómo emplear una porción de los dólares que Demetrio le había anticipado, y sin necesidad siquiera de cambiarlos a pesetas. En la sastrería en la que le habían confeccionado los trajes, Consuelito, hojeando una revista americana de modas, se había quedado extasiada ante una foto de la maniquí Suzy Parker, que lucía un abrigo de noche del modisto Pertegaz, aparatoso como un vestido con polisón y volantes y abrochado con unos lazos como mariposas prisioneras. En la tienda de Pertegaz, en la esquina de Hermosilla con Velázquez, le aceptaron los dólares sin reparos (y hasta con engolosinada gratitud), y así pudo dejar muda a Consuelito a su regreso de San Sebastián; y todas las reservas y decepciones de la muchacha, provocadas por su espantada poco o nada convincente de las últimas semanas, se disiparon como por arte de ensalmo cuando se contempló ante el espejo con la prenda de Pertegaz, que le quedaba infinitamente mejor que a la maniquí Suzy Parker, entre otras razones porque Consuelito era infinitamente más guapa.

—Es el regalo más divino que me hayan hecho jamás en la vida —exclamó Consuelito, colgándose de su cuello, y casi ahogándolo entre aquel hojaldre de telas caras—. ¿Y cuándo lo estrenaremos?

—Mañana mismo, en el cotillón de Nochevieja. He cogido mesa en el Castellana Hilton.

Por el Hotel Castellana Hilton seguían desfilando, en tareas promocionales o de gorroneo, decenas de actores de Hollywood, según Antonio podía comprobar a cada poco en la prensa, aprovechando que el estirado dueño del Ritz no admitía entre sus huéspedes a gente de la farándula. Ya habían retozado en sus *suites* recién inauguradas Charlton Heston, Lana Turner y hasta el mismísimo Gary Cooper, cuyas fotografías Antonio estudiaba minuciosamente, para tratar de imitar su gracioso desgarbo; pero la que no se iba del Castellana Hilton ni aunque le fumigaran la habitación era Ava Gardner, que según se insinuaba en las crónicas de cotilleo montaba unas farras descomunales que no concluían hasta el amanecer, regadas de champán y flujos vaginales. Con lo que el hotel Castellana Hilton estaba espantando a su clientela más laboriosa y formal y convirtiéndose en zoco de juerguistas más o menos cosmopolitas o guarduños, que acudían de los rincones más remotos del atlas, por ver si se beneficiaban a la estrella, para poder contárselo a los amigos (quienes, a

su vez, puede que también se la hubieran beneficiado). Inevitablemente, al cotillón de Nochevieja del Castellana Hilton acudieron en manada todos estos juerguistas y galanes de alcoba, dándole a la fiesta un aire de lenocinio fino y políglota. Antonio se atrevió con una chaqueta de esmoquin blanca, como había visto en las fotografías que hacía Gary Cooper, aun en las cenas invernales; pero, al lado de Consuelito, parecía su mayordomo o senescal. Cuando entraron en el salón donde se celebraba la fiesta, festoneado de espumillones y con los techos empapelados de serpentinas, se hizo un silencio admirativo y melancólico, como si el enjambre de papanatas que habían viajado a la caza de Ava Gardner se percatara, de repente, de que su presa era una pieza subalterna, comparada con Consuelito.

—Lo que no entiendo, chiquilla, es que después de rodar la película tengáis ahora que grabar los diálogos —le dijo Antonio, mientras la ayudaba a despojarse del abrigo, con el mimo reverencial que emplearía una beata en cambiarle el manto a la Virgen del Rocío.

Un camarero vino a recoger la prenda, que intercambió por una ficha del ropero.

—¡Ay, tío —se lamentó Consuelito—, es que el sonido todavía no está perfeccionado como para que se pueda grabar en directo! Siempre se meten ruidos extraños en las tomas, es un rollo tremendo.

Estaba deseosa de ver por fin la película terminada, pero dos meses de intenso rodaje no habían dejado rastro alguno de cansancio en su rostro, o no al menos en aquella noche en la que el calendario decrepito iba a renovarse, sin rozar siquiera con su decrepitud la armonía de las facciones de Consuelito, la llamada indescifrable de su boca.

—¿Y has podido ver alguna secuencia de la película?

Cada día reparaba en alguna circunstancia fisonómica de Consuelito que hasta entonces le había pasado inadvertida: aquella noche eran sus pestañas, que parecían abanicar el aire con el movimiento lentísimo y grácil de sus párpados.

—Alguna he visto, y la cosa la verdad es que promete. Rafael está trabajando con el montador noche y día, para intentar que los organizadores del festival de Venecia, que andan estos días por Madrid, puedan hacerse una idea de la película. —Fruunció los labios, que aquella noche se había pintado excepcionalmente, con un lápiz que los bañaba en un brillo sonrosado—. Pero no creo que se la seleccionen. Con su anterior película tuvieron un montón de problemas.

Habían empezado a servir la cena, que debería concluir puntualmente antes de que sonaran las campanadas. Entre los buitres que se habían gastado la pasta con la esperanza de picotear un poco a Ava Gardner, o siquiera de pellizcarle el culo, empezaba a cundir el desánimo, porque la actriz no aparecía.

—Pues, ¿qué ocurrió?

—Era una película que trataba sobre la persecución religiosa en algún país que, aunque no se mencionaba, se deducía que era de la órbita soviética —le explicó Consuelito, alzando su voz sobre el barullo ambiental—. Había sido seleccionada

para competir, pero los rusos impusieron el veto contra ella y finalmente no se proyectó.

—Qué cabrones, los rusos —dijo Antonio, con conocimiento de causa—. ¿Y España no protestó? ¿Qué es eso de que ellos puedan imponer vetos?

Consuelito comía el salpicón de mariscos con los dedos, engarabitando el meñique, con un arte que dejaba a Antonio como apampado.

—Pues los imponen, títo. Mucha lata con que si la democracia p'arriba y la democracia p'abajo, pero los rusos se pasean por los festivales europeos poniendo vetos —certificó Consuelito—. Y claro, como encima los ministros de Franco se avergüenzan del cine tan catolicón de Rafael, pues sus reclamaciones fueron con la boca pequeña...

—Putos democristianos de mierda —murmuró Antonio, echando mano de la retórica hirsuta de Cifuentes.

Se armó gran alboroto en la sala, seguido de un silencio eunucoide o pelotillero, porque acababa de entrar Ava Gardner, con ganas de empalmar la resaca del año que fenecía con la borrachera del año entrante, seguida de un séquito de gitanazos de jipío automático, marquesines crápulas, toreros muertos, toreros vivales, albañiles y botones con satiriasis, pandereteros y cunilinguos varios, que formaban su cohorte madrileña.

—A ver, explícamelo —lo zahirió Consuelito—. ¿Cómo puede gustaros a los hombres esa tía tan ordinaria? Pero si tiene unas patas de gallo que le llegan a los zancajos de tanto mamar pollas, por favor...

Le sorprendió la procacidad de Consuelito, tal vez derivada de su trato con los cineros, o provocada por el vino espumoso que había empezado a beber sin recato.

—Psssss... Tampoco está tan mal, tan mal —dijo Antonio, por ponerla celosa.

Algún invitado agarró la cola del vestido de la diva, que soltó una risotada de caballo.

—Mírala, pero si hasta se le ven los empastes cuando se ríe... ¿O es que te ponen burrote las mujeres con empastes?

Consuelito tenía un brillo feroz en la mirada que Antonio no le había conocido antes. Tal vez había solventado ya la batalla turbulenta contra los tabúes milenarios que prohíben el incesto. Antonio aceptó el reto:

—Una mujer puede llevar empastes y ser sin embargo atractiva. El atractivo es algo general; y a veces un defecto... de fábrica, o adquirido, lo aumenta.

—¡Hala, qué cochino y qué mujeriego! —exclamó jovialmente Consuelito. Luego, con leve acritud, comentó—: Veo que eres todo un experto en mujeres. Algo les encontrarás...

—Les encuentro lo que a mí me falta.

Se daba cuenta de que la conversación se estaba adentrando en pasadizos un tanto peliagudos. Consuelito repuso, con acusación que trataba de parecer casual:

—Pero todas te gustan, pillo.

—Te equivocas, ricura. Me intrigan todas, porque en todas hay algo interesante, hasta en las feas. —Hizo una pausa, enfática y a la vez aliviadora de la tensión—. Pero las que me gustáis sois las diosas como tú.

Consuelito parpadeó lentísimamente, mientras se trasegaba otra copa de vino espumoso. Antonio se volvió hacia el lugar donde se sentaba Ava Gardner, para exacerbar aún más los celos de Consuelito.

—Pero la yanqui tampoco es de las feas, chiquilla. Mira, parece que tiene cara de asombro.

Ella se rió, con una pedorreta que lo acribilló de salpicaduras de vino y saliva.

—No es asombro, títo. Las tías ordinarias y artificiales siempre os dan el pego. Es que se ha afeitado las cejas y se las ha pintado más arriba.

Consuelito, en cambio, no necesitaba darle el pego a nadie, porque todo en ella era natural y fresco, con ese atractivo matinal del rocío y del pan recién sacado del horno. Aunque aquella noche necesitaba beber más que nunca, tal vez para vencer sus últimos reparos.

—Tú, en cambio, no miras con asombro —dijo Antonio—. Pero quien te mira se asombra.

—No sé cómo te las arreglas, que siempre dices las cosas que hacen que una chica desee oír más y más. —Consuelito se relamió ante el segundo plato que ya habían empezado a servir los camareros, un pernil aromado con espliego, tal vez para que a los invitados que no pudieran hincarle el diente a Ava Gardner no se les pusiesen los dientes largos—. No me explico cómo es que aún te mantienes soltero. ¿Es que no les dedicas esos piropos a todas esas mujeres según tú tan interesantes?

Le dirigió una mirada de reojo, mientras volvía a atacar la copa que el camarero le había rellenado.

—Sólo se los dedico a las que de veras me gustan. Y sólo me gusta una.

Había empezado a tocar una orquesta. Seguramente sus miembros fuesen de Cuenca o Albacete, pero trompeteaban melodías negroides, en honor de la condesa descalza, que sin embargo protestaba con voz cazallera, solicitando flamenco y bulerías, jaleada por su cohorte zascandil.

—Que no es Ava Gardner, ¿no? —preguntó Consuelito, con una como lánguida picardía que terminó de enajenarlo.

—Desde luego que no.

—¿Y quién es, si puede saberse?

Su pecho se asomaba a la baranda del escote, como un suicida al pretil de un puente, deseoso de entregarse.

—No puede saberse, es un secreto.

Consuelito protestó, enfurruñada como una niña pequeña:

—Entre nosotros no puede haber secretos. Tenemos demasiado en común.

—Tenemos tanto en común que no necesitamos decir las cosas para que el otro nos entienda.

Y quedaron un rato callados, Consuelito atacando su pernil con carnívoro tesón, Antonio sin apenas probarlo, dilatando ambos el clamor de la sangre, que en el caso de Consuelito ya se había desprendido de tabúes milenarios y en el de Antonio había ofuscado el último reducto de cordura que aún le restaba. Así permanecieron, escrutándose mutuamente, hasta que la orquesta anunció con un redoble de tambores las campanadas. Del techo descendió entonces una carroza con oropeles que imitaba una fragata, sobre cuya cubierta se asentaba un reloj con carillón, flanqueado por dos bailarinas o pindongas rebozadas de purpurina y lentejuelas. Los camareros distribuyeron las uvas por las mesas en cuencos de plata; y repartieron cubiteras con botellas de champán aún humeantes, tras la estampida del tapón. Mientras sonaban las campanadas y se embaulaban las uvas en tropel, su mutuo escrutinio se hizo más perentorio, casi trágico en su insistencia; y el estallido final de alegría desgañitada o arrebató tribal entre los comensales ni siquiera los rozó, demasiado lejano o ajeno a sus deseos.

—Feliz año nuevo, Gabi.

—Feliz año nuevo, Consuelo.

Era la primera vez que ella no aludía al vínculo familiar que supuestamente los unía; y la primera vez también que él le retiraba el diminutivo infantilizador. Siguieron mirándose, mientras en su derredor proliferaban los cantamañanas que los aturdíán con silbatos y matasuegras, mientras del techo descendía una lluvia de confeti.

—¿En qué estás pensando, Gabi?

—Me preguntaba qué sorpresas nos deparará el nuevo año. Y qué estaremos haciendo dentro de un año.

Consuelo le acercó su copa y brindaron. Su mirada había perdido intensidad, y su sonrisa era pálida y un poco exangüe, como si el lápiz de labios le hubiese borrado repentinamente su vigor.

—Tal vez estemos juntos en algún lugar exótico, lejos de esta mierda —murmuró.

La orquesta había sido sustituida por un conjunto flamenco que jipiaba en honor de Ava Gardner, a la que su cohorte de lacayos jaleaba, para que trepase a la mesa y les brindase un zapateado. Ella así lo hizo, con menos garbo que un pato con jaqueca, trompicándose con el mantel y arrastrando en su borrachería un estrépito de vidrios rotos. Cuando por fin concluyó la penosa exhibición, se quedó en cuclillas y muy panchamente se puso a orinar sobre la mesa con gesto pánfilo o idiotizado, para delirio de sus jaleadores, que hasta hacían ademán de arrimar sus copas al chorro.

—Yo creo que ya hemos cubierto el cupo de ordinarieces. ¿No te parece, Gabi?

Antonio la tomó suavemente de la cintura y abandonaron el cotillón degenerado en orgía carroñera, en disputa de los despojos de la diva americana, para entonces un cacho de carne purulenta en manos de su séquito. Antonio condujo de vuelta a Claudio Coello, entre la algarabía de los coches, como un río rugiente de cláxones; y Consuelo, parapetada en su voluminoso abrigo, dejó la mano sobre la palanca, para

que Antonio pudiera apretarla a placer cada vez que cambiara de marcha y después entrelazar sus dedos, como vid que entre el jazmín se va enredando. En la jaula del ascensor apenas entraban, porque el abrigo de Pertegaz, con su vuelo a modo de polisón, se lo dificultaba; cuando entraron en el piso, ella susurró:

—Por favor, no enciendas las luces.

Y, tomados de la mano, se asomaron a la ventana del salón, para otear la ciudad rutilante e insomne, como una Babilonia de incógnito por apenas unas horas en las que todo parecía permitido. Después Consuelo se derrumbó sobre el sofá, donde su abrigo se desparramó como una flor a punto de extraviar sus pétalos; y Antonio puso a girar en el tocadiscos un vinilo de Irving Berlin que había adquirido aquella misma tarde. Sonó *Cheek to cheek*, cuya letra seguía siendo ininteligible para él, pero no para Consuelo, que sin embargo esta vez apenas podía tararear, quizá demasiado perjudicada por el vino:

—*Dance with me,  
I want my arm about you,  
That charm about you  
Will carry me through to...*

—Al cielo —susurró Antonio—. Me llevas al cielo.

Trató de desliarle los lazos en la oscuridad, pero Pertegaz diseñaba abrigos como cajas blindadas. Consuelo había quedado como inmovilizada por el torpor de la cena copiosa, pero su respiración tumultuosa, sus ojos blandamente entrecerrados y su sonrisa tenue, apenas formulada, como precursora del mareo, lo convocaban como un fuego. Al final logró desatar el lazo del cuello, y su mano buscó el escote del corpiño, para refugiarse en aquel calor de nido donde le estaban esperando sus senos, que en efecto tenían la turgencia exacta para colmar el cuenco formado por sus manos, y reaccionaban a sus caricias poniéndose erectos. La melodía de Irving Berlin alcanzaba un *crescendo* de júbilo o excitación, y entonces Consuelo levantó los párpados casi con fiereza, alzó su cabeza del sofá y buscó la boca de Antonio con una tensión agresiva de la mandíbula, como si quisiera anegar el temblor de sus labios en aquel caliente aliento que la estaba abrasando.

—Oh, Gabi, Gabi, Gabi, cuánto deseaba que llegase este momento —susurró, o jadeó, mientras le quedaba todavía aire en los pulmones.

—Mi amor, qué ganas de besarte, de tocarte, de abrazarte —dijo él, mientras rodeaba su cintura, chafando sin miramientos el hojaldre de volantes ahuecados del abrigo de Pertegaz, buscando su rendición definitiva.

Pero Consuelo aún opuso un último depósito de resistencia:

—Tío Gabriel...

Su rostro ardía de fiebre o de vergüenza, incendiado por un torbellino de pensamientos y deseos contradictorios. Pero Antonio ya sólo quería morder su cuello, morder su palpitante y purpúrea vida, quería amor o la muerte.

—Tío Gabriel... —insistió ella—. Qué ridículo resulta llamarte tío ya. —Hablabas como desasida de sí, en combate irresoluble entre los remordimientos y los transportes del placer—. Suena como si fueras un señor anciano y venerable. Pero sabes qué...

—¿Qué, cariño?

—Que ni siquiera cuando era niña te veía como se ve a un tío. —Tenía la voz arenosa, divagatoria, y la lengua se le enrataba—. Tú eras... tú eres como el extranjero romántico y misterioso de las películas que seduce... que enamora a la protagonista. —Había empezado a llorar, con lágrimas silenciosas y gordas que refulgían en la noche como pecados antiquísimos—. ¡Dios santo! ¡Cómo me gustaría que no fueses mi tío!

La acometió un sollozo, o tal vez fuese una arcada, consecuencia del vino ingerido, pero sobre todo del potaje de emociones confusas que la zarandeaban, como a una muñeca de trapo. El disco de Irving Berlin seguía girando, lanzando a la noche baladas que olían a putrefacción y vómito. Antonio trató de tranquilizarla:

—Consuelo, cariño, no te pongas triste. Te quiero. ¿Has oído? ¡Te quiero! —Volvió a besarla en el rostro, en la garganta, en el pecho, hasta dorar sus labios en el fuego que incendiaba su piel—. Olvídate de lo demás.

Ella se levantó del sofá, haciendo un esfuerzo ímprobo que a punto estuvo de derrumbarla. El abrigo de Pertegaz era ya un trapo chuchurrado.

—Que Dios me perdone, pero yo también te quiero.

Y caminó con pasos dudosos hacia el baño que había en mitad del pasillo, balanceándose sobre una y otra pared, como si caminase por la bodega de un barco en plena marejada. Antonio no hizo nada por detenerla, tampoco por ayudarla; la oyó vomitar sobre el lavabo, como si expulsara alguna lava que le abrasara los bofes; y luego, más calmada o claudicante, orinar como si vertiera una miel delgada, trémula, argentina, obstinada. Mientras la esperaba se sirvió un coñac, que se bebió de un solo trago, como solía hacer para rubricar sus contubernios con Demetrio, y permaneció durante unos segundos contemplando la copa vacía, que también lloraba lágrimas silenciosas y gordas. Contempló sobre la superficie panzuda del vidrio sus rasgos deformados, como los de un monstruo que se derrite, atacado por una súbita lepra. Tal vez sólo fuese un monstruo leproso, pero no pensaba hacer nada por cambiarlo. Sonó la cisterna del agua, como un río que rompe sus esclusas.

—Consuelo, ¿qué tal te encuentras?

Con el pelo apelmazado por el sudor y el rostro blanqueado por una palidez mortuoria, con los ojos llorosos y el abrigo de Pertegaz salpicado de vómito, no se hallaba en el mejor de los estados; pero seguía pareciéndole indeciblemente bella.

—Mejor, pero hace mucho calor aquí, ¿no?

Estaba pasando los calofríos propios de una lipotimia o jamacuco, pues la casa más bien estaba fresca, incluso desapaciblemente inhóspita. Antonio pensó en el monstruo que acababa de contemplar en la copa de coñac, derritiéndose en su

podredumbre, cuando le dijo:

—Anda, criatura, ven que te lleve a dormir.

La tomó en brazos, como si estuviese hecha con el plumón de los ángeles, y la llevó en volandas hasta su habitación. Consuelo buscaba su pecho, avergonzada o todavía nostálgica de sus besos. Antonio retiró la colcha de un manotazo y la posó suavemente sobre la cama, mulléndole la almohada, para que su cabeza hallase más cómodo reclinatorio. Se sentó a su lado, en un extremo del colchón; y procuró rehuir la visión del crucifijo adusto sobre la pared del cabecero, que lo prevenía contra las infracciones del sexto mandamiento.

—¿Te encuentras mejor ahora? —le preguntó.

Pero ella ya sólo acertaba a farfullar palabras ininteligibles, vencida por el sopor.

—Te quitaré los zapatos y ese abrigo, para que puedas dormir a gusto, ¿de acuerdo?

—De... acuer... do —barboteó Consuelo, navegando ya hacia la inconsciencia.

La despojó de esas prendas, pero al verla semidesnuda volvió a sentir el deseo de besarla, esta vez ya sin comedimiento, de los pies a la cabeza, y de saborear el rastro salado del sudor en su piel, y el rastro acre de su saliva en la boca, todavía convaleciente del vómito.

—Te quiero, Gabi, te quiero —murmuró ella, como en un automatismo, en cuanto sintió otra vez sus besos.

—Y yo estoy loco por ti, Consuelo, no puedo aguantarme más.

La besó más ahincadamente, como si deseara abreviar su sangre dormida. Le alzó el vestido hasta la cintura y sólo escuchó una levísima protesta:

—Por favor, Gabi, por favor, no...

Pero Antonio ignoró aquellas palabras que naufragaban en los océanos de la inconsciencia y no se completaban con ninguna lucha, ni siquiera amago de lucha, cuando la cubrió con su cuerpo y su barba se frotó contra su cuello, buscando el pulso entrecortado, apenas audible, de sus gemidos.

Entró en ella y bogó, bogó muy adentro.



Ahora empezaba a entenderlo. No era tan sólo que su simulacro de vida hubiese calcinado por completo sus escrúpulos morales, o acallado para siempre su conciencia, sino que lo había vaciado por dentro, de tal modo que su verdadera y más secreta identidad era la ausencia de ser, como un libro sellado con siete sellos que, cuando por fin es descerrajado, nos revela que contiene páginas en blanco. Antonio se veía como una especie de agujero negro o vacío cósmico que engullía entre sus fauces todo lo que quedaba preso de su campo gravitatorio, la encarnación de una angustiada y absorbente nada que, a la vez que se aniquilaba a sí misma, aniquilaba a quienes a ella se acercaban, aunque fueran, como Consuelo, personas a las que podría haber llegado a querer en una vida anterior, o sobre todo a esas personas precisamente. Del mismo modo que el cero, mediante la multiplicación matemática, destruye cualquier otro número, Antonio engullía en su nada cualquier vestigio de vida próxima, irradiando en su derredor un campo magnético vaciador, una fábrica incesante de nada. Y Consuelo, como la polilla que se muere abrasada por el fuego en torno al cual revolotea, había osado adentrarse en ese vacío devastador.

A la mañana siguiente, Consuelo había desaparecido. Había encerrado en una maleta unos pocos enseres y ropas (no, desde luego, el abrigo de Pertegaz, que quedó en su habitación, arrugado y huérfano como un espantapájaros) y abandonado el piso de Claudio Coello sin dejar ni una nota de despedida, ni una dirección o teléfono donde Antonio pudiera encontrarla, ni ninguna otra señal que permitiera seguir su rastro. Antonio sabía que estaba huyendo, antes que de él, de sí misma; apresuradamente, ciegamente, sin otra brújula ni meta que escapar a la vergüenza, escapar tal vez a su propia conciencia (pero, puesto que la tenía, era un vano empeño), dejando atrás aquel episodio lacerante, pero el veneno del vacío que irradiaba Antonio ya le había sido inoculado, como una lenta e indeleble espina. Aunque intuía que tarde o temprano volvería a verla, Antonio trató de dar con su paradero: sabía que no tenía amigos ni parientes que pudieran alojarla en varios cientos de kilómetros a la redonda; llamó a los estudios Chamartín, donde le confirmaron que había concluido su trabajo y regresado a casa; y tal vez así fuese, pues Margarita, la hermana de Mendoza, no daba señales de vida que revelaran inquietud alguna, lo que le permitía deducir que, o bien Consuelo había, en efecto, retornado a San Sebastián, ocultando a sus padres la razón de su impremeditada y

repentina huida de Madrid (pero no parecía muy plausible que Margarita no le telefonease o escribiese, para agradecerle la hospitalidad brindada a su hija durante aquellos meses), o bien que no había retornado pero mantenía a sus padres tranquilos y engañados, llamándolos de vez en cuando, como si aún estuviese con su tío Gabriel. Lo que significaba, en uno u otro caso, que Consuelo al menos no había cometido por el momento ninguna locura, tal como tratar de suicidarse. Por supuesto, Antonio no llamó a la hermana de Mendoza, para no delatarse.

Seguir viviendo en el piso de Claudio Coello se le hizo enseguida intolerable, pues no hallaba cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de su felonía; y todas las pertenencias que Consuelo había dejado olvidadas en su huida —o de las que, aprovechando tal huida, se había desprendido—, como las cosas que revelaban que ella las había utilizado —cosas tan nimias como una pastilla de jabón o un cazo para calentar la leche— eran dulces prendas para su mal halladas. Así que volvió a instalarse en el piso de Paloma, a quien cada vez veía menos, pues había debido de cogerle gusto a refugiarse en casa de su tía segoviana, y además era muy requerida por los anormales que se disputaban sus servicios (gremio al que acababa de incorporarse, con entusiasmo de neófito, Demetrio) y la llevaban de excursión, siempre a gastos pagos. Y cuando coincidían ambos en el piso, lo hacían como dos inquilinos sonámbulos que fingen no conocerse, o que se conocen tanto que prefieren rehuir el trato, para no despedazarse. La concupiscencia de Antonio, después de haber profanado a Consuelo, parecía tan amordazada o amortizada que ya ni siquiera necesitaba a Paloma para sus sórdidos desahogos venéreos; y Paloma había extremado las precauciones que siempre había adoptado con los hombres, manteniéndose a una cierta distancia de Antonio, pues había avizorado, acaso con mayor clarividencia que nadie, que su vida interior era un vacío demasiado tenebroso. Nunca más se habían repetido episodios tales como el allanamiento del falso fumigador de termitas, y el teléfono había dejado de sonar a horas intempestivas; de lo que Antonio dedujo, confirmando la impresión que siempre había tenido, que la responsable de tales sobresaltos era la propia Paloma, empecinada en ganarse un sobresueldo ordeñando a tipejos de gustos sexuales aberrantes o sólo pintorescos que, allá en las entretelas de su alma, quizá alimentasen a un psicópata, como quien alimenta un jilguero en su jaula.

Había perdido toda esperanza en hallar el pretendido botín que el padre de Mendoza había dejado a su vástago para que lo dilapidase, lo quemase o entregase a los pobres, pues ya no le quedaba recodo alguno que explorar en el piso del Retiro, ni armario que vaciar o desmontar, ni baldosa o pared que auscultar, en busca de alguna oquedad en la que pudiera esconderse un dinero que ya tal vez aquel canalla socarrón hubiese dilapidado o quemado o entregado a los pobres antes de morir; y empezó a pensar que aquella carta póstuma no era sino una trampa o cebo que, en un sibaritismo de la venganza, había tendido a su propio hijo, en un intento de pervertirlo, convirtiéndolo en un afanoso desenterrador de un ficticio dinero ganado

marrulleramente, después de que ese mismo hijo hubiese renegado de las marrullerías paternas. Descartado el hallazgo de aquel improbable o fantasmagórico botín, que había sido el objetivo inicial de su simulacro de vida, Antonio decidió que no le restaba otra salida sino hacer mutis por el foro, despojándose de la camisa de Gabriel Mendoza como antes se había despojado de la de Antonio Expósito, para adentrarse en los páramos del anonimato, donde un hombre sin atributos o culebra como él sabría arreglárselas; pero aún confiaba en poder amasar una pequeña fortuna, aunque fuese laborando honradamente, que facilitara su adopción de una nueva identidad (o la adopción de una máscara que disfrazase su verdadera y más secreta identidad, que era la ausencia de ser). Y, para cumplir ese designio más modesto, se empeñó en hacer próspera la compañía de transportes, buscando infatigable nuevos clientes, u ofreciendo a los que ya tenía servicios mejores; y, enfrascado en esta porfía, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio en su despacho del garaje del paseo de Extremadura, trabajando con más denuedo del que jamás hubiese empleado en ninguna otra actividad, ni en su simulacro de vida presente ni tampoco en su vida anterior. Allí, en su despacho del paseo de Extremadura, fue donde apareció finalmente Consuelo, una tarde de la última semana de febrero, cuando ya las tinieblas se cernían sobre el crepúsculo.

—¡Consuelo! —exclamó—. ¿Dónde demonios te habías metido?

En otras circunstancias, confundida entre la multitud o vestida con unas ropas que no fuesen las que Antonio conocía, podría haberle pasado inadvertida. Aquella belleza esplendente y pizpireta que la iluminaba se había apagado por completo, o había sido suplantada por otra belleza, más aflictiva y como magullada, que le echaba diez o quince años encima: su mirada había extraviado aquel brillo expectante de antaño, y rodeaban sus ojos cercos de lividez que delataban amargas noches de insomnio; su tez, tan saludablemente nívea, se había tornado macilenta, y sus pómulos patricios, dulcificados por un suave rubor que hacía innecesario el maquillaje, eran ahora tan huesudos y cetrinos que más bien parecían una premonición de la calavera. Su melena castaña, que nunca se cardaba y sin embargo respondía al paso del cepillo cobrando un volumen lustroso, como de bandera al viento, pendía ahora lacia y desarreglada, greñuda y mate. Su vestido era el mismo que llevaba puesto el día en que Antonio fue a buscarla a la estación, pero desarreglado y mugroso; y se cubría con una zamarra llena de tazaduras que borraba por completo sus senos y su talle, una zamarra que nunca antes de suceder lo que sucedió se habría puesto, ni para bajar a comprar el pan.

—Dios santo, qué te has hecho...

Precipitadamente, Antonio corrió a cerrar la puerta del despacho y le acercó una silla, pero Consuelo renunció a sentarse, taladrándolo con sus ojos opacos, de los que había desertado cualquier emoción.

—¿Y a ti qué te importa lo que me haya hecho? —musitó con una voz átona.

—¿Cómo puedes hablar así? —se fingió ofendido—. Llevo meses sin dormir,

buscándote.

Era verdad que la vigilia se había apoderado de sus días, aunque no la hubiese empleado en averiguar su paradero. Consuelo sonrió desganadamente.

—¿En serio? Pues no lo parece. Se te ve como un pimpollo.

—No seas injusta conmigo, Consuelo. —La había tomado por los hombros, que tenían aristas desconocidas para él, como si alguien hubiese desordenado sus huesos, colocándolos en ángulos inverosímiles—. He estado noche y día preocupado por ti.

Trató de acariciar su mejilla, escareada por el frío, pero Consuelo volvió el rostro, sacudida por un repeluzno.

—No quiero tu preocupación, no quiero nada de ti.

Le acercó todavía más la silla, hasta rozar sus pantorrillas, en las que no faltaban los araños propios de quien camina entre zarzas y abrojos, y la obligó a sentarse, haciendo presión sobre sus hombros.

—Estoy viviendo en Sigüenza, en una pensión —dijo con la misma voz átona, como si estuviera en trance—. Todos los días voy a visitar la capilla del Doncel.

—¿Y qué se te ha perdido en la capilla del Doncel? —preguntó Antonio, algo exasperado.

Al reparar en su mirada perdida y en su voz extrañamente salmódica, Antonio temió que hubiese enloquecido.

—Estoy allí durante unas horas, incluso he conseguido hacerme amiga de un sacristán de la catedral que abre la verja sólo para mí. —Tragó saliva casi con dolor, como si hubiese perdido la costumbre de hacerlo y los conductos de la garganta se le hubiesen sellado—. Hace que me sienta limpia y en paz. Me pongo en presencia de Dios y le pido perdón por mis pecados; y mientras estoy allí estoy a salvo...

Pero ya nada podía alejarla del agujero negro o vacío cósmico en el que había sido engullida. Antonio tabaleaba nervioso con los dedos en el escritorio, y se mordía el labio inferior, hasta probar el sabor de su venenosa sangre.

—Basta, Consuelo —la interrumpió—. ¿Por qué te alejaste de mí?

—No me alejé de ti, Gabi, por desgracia ya nunca podré alejarme de ti. —Por primera vez lo miró, reclamada por su vacío irradiador—. Trataba de huir de mi propia conciencia, pero pronto descubrí que era inútil, porque la conciencia siempre viaja contigo; si es que la tienes, claro. —Antonio entendió que él quedaba, pues, excluido de padecer tan pertinaz compañía—. He rezado mucho en estos días, Gabi, también por ti.

—¿Por mí? —preguntó Antonio con rechazo.

—Sí, Gabi, por ti. Aunque no lo creas, lo necesitas mucho más que yo. —Quiso sonreír, pero las comisuras de sus labios sólo pudieron esbozar un rictus sardónico—. Aunque te parezca increíble, tú eres más débil que yo. Te admiraba mucho, Gabi, mucho más de lo que pueda haber admirado nunca a ninguna otra persona, pero he descubierto que en realidad eres la persona más digna de compasión del mundo, porque no tienes otro recurso contra tu debilidad que hacer a los demás también

débiles, ni otro remedio contra tu propia degeneración que corromper a los otros. — Antonio quiso hablar, pero Consuelo se lo impidió—: No, no pretendo culparte por lo que ocurrió aquella noche; cada uno tiene que responder de sus propios actos, y yo tengo desde luego que responder de los míos, que fueron lamentables. Pero tú también tendrás que apechugar con los tuyos, Gabi, cosa que no has hecho hasta ahora. Tal vez lo que vengo a decirte te obligue a reaccionar.

Hablaba con una calma que era más bien impasibilidad. La impasibilidad de quien, habiendo sufrido mucho, ya sólo espera seguir sufriendo. Antonio no conseguía reprimir su desasosiego:

—¿Qué vienes a decirme, Consuelo?

—Que estoy embarazada, Gabi, eso vengo a decirte. Lo sospechaba desde hace casi un mes, pero ya no me queda ninguna duda: el médico de Sigüenza me lo ha confirmado. —No había subrayado la revelación de énfasis alguno, como si estuviera enunciando el castigo inexorable que correspondía a su pecado—. Te follaste a tu sobrina y la dejaste embarazada. Yo me entregué a ti en una noche de debilidad en la que perdí todo sentido de la decencia, pero tú fuiste preparando el camino para que eso ocurriera, ¿verdad que sí, tío? —La recuperación de aquel apelativo familiar resultaba entonces más hiriente que nunca—. Y, cuando después de una primera intentona, fracasaste, volviste a hacerlo después de que yo saliera del baño. No podías dejar escapar la presa que habías merodeado durante meses...

Antonio trató de romper su salmodia:

—Consuelo, te equivocas si...

—¡Cállate, maldita sea! —gritó, en un estallido impremeditado de rabia que alteró por completo su expresión—. ¿No te paraste a pensar que después de aquello ya nunca podría ser la misma? ¿Que ya nunca podría vivir conmigo misma? Por supuesto que no. Sólo querías satisfacer tu apetito; y todo lo demás te importaba un comino. Por eso te dedicaste a aturdirme con tus cortesías, a confundirme con tus encantadoras palabras, hasta que hiciste de mí una marioneta que se movía al dictado de tus manos. ¡Imagino que estarás orgulloso de ti mismo, Gabriel Mendoza!

Se entregó a un llanto convulsivo, al que sin embargo no acudían las lágrimas, un llanto seco que tenía algo de arcada. Antonio se puso en cuclillas y volvió a tomarla de los hombros desmoronados:

—Consuelo... tranquilízate. Encontraremos la manera de salir de ésta.

Ella alzó la cara, azotada por un latigazo de amargura:

—¡Claro, siempre hay alguna manera! Puedo tirarme al río, por ejemplo.

Antonio sabía que lo que iba a decir sonaría cínico; pero el cinismo era ya su rutina, y su única escapatoria:

—Por favor, Consuelo, comportémonos como adultos. Me refiero a alguna manera racional. Simplemente, dame un poco de tiempo.

Por «adulto» y «racional» quería decir canalla y canallesco; pero Consuelo aún no lo captaba:

—Tienes todo el tiempo del mundo, Gabi. Todo el resto de tu vida. Como yo...

Le alzó la barbilla con la mano mutilada que en otro tiempo Consuelo había mirado con acendrada piedad, casi con dulzura. Procuró aliviar de truculencias sus palabras, para que todo resultase más adulto y racional:

—No tenemos por qué arrastrar el error de una noche de por vida, Consuelo. Afortunadamente, existen métodos...

Consuelo seguía sin comprender:

—No existen métodos que puedan dormir la conciencia.

—No me estaba refiriendo a tu conciencia, Consuelo —dijo, con fatigada condescendencia—. Me refería a algo mucho más eficaz e inmediato. ¿Lo dejarás en mis manos?

—¿Por qué no? —se encogió de hombros, sarcásticamente—. Nada tengo que perder ya. ¿Qué piensas hacer? ¿Dejar al niño en el torno de un convento? ¿O tal vez hipnotizarme, para convencerme de que no estoy preñada?

Antonio ni siquiera atendía a las mofas de Consuelo. Le urgía mucho más aclarar si su remedio eficaz e inmediato no llegaba demasiado tarde:

—¿Has dicho algo de esto a tus padres, o a cualquier otra persona?

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? No quieres que nadie conozca tu verdadera catadura.

La acarició, renunciando a desmentir aquellas imputaciones, por lo demás rigurosamente ciertas:

—Lo que quiero, Consuelo, es que no te preocupes más, porque voy a solucionar de inmediato este problema. —No desdeñó la hipocresía—: Que es tuyo y mío, de los dos por igual, chiquilla. Déjame un poco de tiempo y te aseguro que... rectificaremos esta situación.

Consuelo se levantó de la silla y se volvió hacia la puerta. Cargaba sobre sus espaldas el peso grávido de la muerte, mucho más grávido que la vida que palpitaba en su vientre.

—Haz lo que te dé la gana. A fin de cuentas, sólo soy una marioneta en tus manos. —Todavía en el umbral, le escupió—: Me has matado entera, Gabi, has matado todo lo que tenía, empezando por mi voluntad.

No hizo ademán de acompañarla, pues ante todo deseaba que nadie supiese lo ocurrido e imaginaba que Consuelo no se ahorraría lanzarle reproches ante sus empleados y quién sabe si incluso gritaría a los cuatro vientos la razón de sus cuitas, a poco que Antonio se esforzara en brindarle consuelo. Había cometido un gravísimo error, enardecido por el deseo y por esa grata impresión de poder e impunidad que le transmitía su simulacro de vida, desde que comprobara que nadie sospechaba siquiera su impostura: nunca debería haberse permitido aquel desliz, ni siquiera iniciado aquel juego de seducción con quien, ante los ojos del mundo, era a fin de cuentas su sobrina. Pero lamentarse por un pasado irremediable carecía de sentido; y, además, Antonio seguía creyendo —con la fe cada vez más escarmentada del carbonero— que

de un mal podía redundar a la postre un bien mayor. Había sido débil, ciertamente, pero ni toda la fortaleza del hombre más remiso o abstigente habría bastado para resistir la tentación de morder aquella fruta prohibida que se le había ofrecido (porque Consuelo, se repetía Antonio sin sombra de remordimiento, se le había ofrecido); y ahora lo que convenía hacer era borrar las huellas de ese mordisco. La fruta tal vez no quedase del todo reparada, pero por desgracia Antonio no tenía la potestad omnímoda de restaurar lo que había sido roto. Consuelo tendría que resignarse a vivir con las cicatrices de su mordisco; pero los jóvenes saben sobreponerse a las heridas, se tranquilizó.

Habían transcurrido dos meses ya desde la concepción; y el uso de sustancias químicas para malograr el embarazo era ya inútil. No existía otra solución, pues, que el aborto quirúrgico. A Antonio no se le escapaban, sin embargo, los riesgos que para la salud de Consuelo tendría acudir a uno de esos curanderos o comadronas renegadas de su oficio que practicaban abortos en la clandestinidad; tampoco los riesgos mucho más temibles (para él, especialmente) de recurrir a un médico que pudiera denunciarlos. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar plenamente, en la seguridad de que jamás lo delataría; y que, al mismo tiempo, le mereciera todo el crédito como médico respetable, aunque lo que iba a pedirle fuera lo menos respetable que se puede pedir a un médico. Y Cifuentes era esa persona, incuestionablemente: tal vez se negara a perpetrar un aborto, pero al menos estaba seguro de que no divulgaría la historia que había empezado a pergeñar (porque, por supuesto, no pensaba reconocer la completa verdad de los hechos, demasiado sórdidos para un hombre de principios arraigados como Cifuentes, a quien iba a suplicarle que, por una vez, conculcase tales principios). Le diría que su sobrina se había metido en un lío, como consecuencia de sus insensatos flirteos con gentes de la farándula; le diría que precisaba los servicios de un ginecólogo capaz y discreto; le diría que estaba desesperado, y que sólo un amigo tan fiel como él podía sacarlo del atolladero; le diría que su sobrina era una muchacha impulsiva y desequilibrada que se había sumido en un estado de depresión y melancolía desde que se quedase embarazada, y que ya había amenazado en varias ocasiones con suicidarse si no la desembarazaban de aquella vida —tan diminuta, tan insignificante, tan... ¿fútil?— que se gestaba en sus entrañas. Antonio estaba seguro de que una fábula tan patética y tremebunda lograría ablandar la renuencia de Cifuentes; y, si no lo lograba, sabría cómo aderezarla de gimoteos y plañidos convincentes, pues no en vano era un actor sobrado de dotes, como había afirmado el gitano de Villa Romana. Y, aunque sus dotes histriónicas no fueran suficientes, no le faltarían otros recursos, acaso más repugnantes todavía, para torcer la voluntad de Cifuentes.

No pegó ojo en toda la noche, recreando obsesivamente los argumentos que desplegaría ante un Cifuentes remiso o inexpugnable, anticipando los reparos y objeciones que tendría que vencer, calibrando el tono humillado de sus súplicas, y también el tono firme de sus exigencias. Desde que se fuera a Valladolid, Cifuentes le

había escrito en varias ocasiones, antes y después de su boda, siempre con un estilo entusiástico y agradecido que había llegado a resultarle cargante y aborrecible. A la postre, su destierro a la parda provincia castellana, alejado de las intrigas de la corte, alejado de los cambalaches de los chupópteros del Régimen que habían hecho de la Universidad Complutense su feudo, había propiciado en él una suerte de resurgimiento espiritual: no sólo porque el amor culpable que durante tantos años había tributado a Amparo se había hecho al fin amor bendito y pródigo que colmaría de felicidad su vida entera, sino porque al alejarse de Madrid había descubierto que subsistía otra España que, según sus irreductibles esperanzas de regeneración, aún no había sido sobornada por las dádivas de los dimisionarios que habían desvirtuado el legado de José Antonio, una «España fuerte, laboriosa y unida» —eran los epítetos que empleaba—, impermeable a la España «holgazana, delicuescente y a la greña» de los vividores y los logreros. Cifuentes y Amparo habían adquirido una casa en el campo, entre Valladolid y Laguna de Duero, donde esperaban ser pronto recompensados por una copiosa prole, a la que por supuesto transmitirían los principios utópicos o insensatos que los habían llevado a afiliarse a la Falange originaria y pionera y después a abandonar la Falange sucedánea y terminal; casa que, naturalmente, lo era también de sus amigos, y en la que Gabi sería siempre bien recibido.

A esta casa, perdida en un camino vecinal, se dirigió Antonio, muy de madrugada, tomando la misma carretera que, casi un año atrás, lo había conducido hasta Arquillos, donde celebró con Vidal la festividad de San Isidro. Atrás volvieron a quedar aldeas arrugadas, inmóviles en el tiempo y en su animal aislamiento, pueblos de adobe azotados de intemperie que parecían esconder un muerto en cada casa, una sementera de muertos que esperaban tranquilamente la resurrección de la carne mientras los devoraban los gusanos, custodiados por mujerucas enlutadas que madrugaban más que el sol. Pero tal vez aquella mañana el sol hubiese decidido quedarse en la cama, para no alumbrar la vileza de Antonio, para no ser también devorado por su agujero negro o vacío cósmico, como una astronomía yerta en perpetua expansión. Como aún no había mejorado su sentido de la orientación, Antonio se perdió varias veces antes de encontrar la casa de Cifuentes y Amparo, que no era como él había supuesto una construcción nueva, erigida al abrigo de algún chanchullo urbanístico, sino auténtica casa de labranza, con su huerto y corral adyacentes, que habrían habitado sucesivas generaciones de labriegos, antes de que los chupópteros del Régimen los convencieran de las ventajas del éxodo rural, para abastecer sus fábricas con mano de obra mendicante y dispuesta a deslomarse por cuatro perras. No eran aún las diez de la mañana cuando Antonio aparcó el Pegaso ante el portalón del corral; por el postigo de la puerta principal se asomó Cifuentes, recién desayunado y en bata, para comprobar quién era el visitante. Sus facciones, atribuladas siempre por la mancha cárdena que se había traído como recuerdo de Rusia, se esponjaron de una alegría perpleja:



—¿Será posible que hayas venido? —Y, volviéndose al interior del zaguán, voceó —: ¡Amparo, mira a quién tenemos aquí!

Apareció al poco de nuevo, esta vez acompañado de Amparo, que le pareció que había engordado un poco, a la vez que su piel había cobrado un aspecto más terso y juvenil, como si la virgen pánfila se hubiese quedado rezagada en aquel Madrid plebeyo y galdosiano que ambos detestaban.

—¡Qué placer más grande volver a verte, amigo! —dijo Cifuentes, a modo de salutación, saliendo al camino con los brazos extendidos en actitud hospitalaria—. Y de veras que se te ve en buena forma.

Se abrazaron con una cordialidad que Antonio exageró hasta hacerla parecer casi verídica. Amparo se limpió las manos repentinamente callosas o enrojecidas de sabañones en el mandil, y corrió también a besarlo con sendos besos cohibidos en las mejillas.

—Para buena forma la vuestra. Se nota que los aires del campo os han beneficiado —mintió Antonio—. Estáis hechos unos chavales.

Pero pensó que los aires del campo más bien los habían convertido en apenas unos meses en una pareja de atónitos palurdos, con ese toque de ranciedad que tienen los encurtidos. Por un momento se hizo un silencio aturullado o vergonzante entre los tres.

—¿Te quedarás unos días con nosotros? —preguntó Amparo, con una suerte de temerosa candidez—. ¿O sólo has venido a comer?

—Ni una cosa ni la otra, chicos. En realidad, iba camino de Bilbao, donde tengo que reunirme con unos almacenistas, y pensé: «Vamos a hacer una visita relámpago a mis amigos» —dijo, para ir entrenando sus dotes actorales—. Pero no os preocupéis, porque en un par de meses, cuando llegue la primavera, tenía previsto venir a veros en condiciones.

Cifuentes se rascó el cogote, contrariado.

—Déjanos al menos que te enseñemos la casa. Estamos todavía de reformas, pero...

—Pues razón de más para que me la enseñéis cuando las reformas estén terminadas —se zafó Antonio y, para no resultar demasiado expeditivo o intemperante, ponderó—: Pero ya veo que es una casona en condiciones, casi casi una casa solariega.

Amparo y Cifuentes se intercambiaron una mirada satisfecha. Él le frotó muy someramente el vientre.

—Este Gabi siempre tan exagerado —bromeó—. Es la casa de una familia de labradores; de cierta posición, pero nada más. En cualquier caso, para nosotros, como si fuese un palacio. Fresca en verano y cálida en invierno, no como esos cuchitriles que levantan en las ciudades. Y con habitaciones de sobra para los niños que vengan. —Volvió a mirar a Amparo con acendrado embeleso—. Bueno, y para los amigos como tú. Pero, anda, hombre, pasa...

Los vencejos raseaban por los alrededores, en bandadas que se disgregaban para después arreciar juntos otra vez, como una lluvia de flechas. Antonio se resistió, en esta ocasión más terminantemente:

—De veras que no puedo, Pacorris. Antes de la hora de comer tengo que estar en Bilbao. —Dirigió a Amparo un ademán compungido, antes de tomarla del cuello y darle otro par de besos como lanzados al desgaire—. Pero me gustaría charlar contigo un momento a solas.

Cifuentes vaciló, como si la petición de Antonio agitara en él una invisible, intangible pululación; y buscó en Amparo un signo de connivencia, que obtuvo de inmediato. Echaron a andar hacia el poniente, dejando a la espalda al medroso sol, por la vera del camino. Antonio observó que habían roturado el huerto.

—No me digas que os vais a dedicar de lleno a las faenas agrícolas... —dijo, para romper el hielo.

—¡Tanto como de lleno! —rió con timidez Cifuentes—. Por la mañana tengo que atender mis clases y mis horas de hospital, pero hemos decidido que trataremos de vivir de lo que nosotros mismos cultivemos. Y hemos comprado también unas cuantas gallinas y conejos.

Le daba un poco de grima o alipori verlos tan felices en su utopía silvestre. Cifuentes, sin embargo, no había abandonado todos sus vicios; enseguida prendió un cigarrillo, haciendo pantalla con las manos, para que el viento no le apagase la cerilla.

—Qué envidia me dais, Pacorris —lo aduló, conteniendo el asco que le daban las boñigas de vaca que salpicaban a modo de mojonos intermitentes el camino—. Ésta es la vida que todos hemos soñado alguna vez. Pero ¿no piensas abrir consulta particular en Valladolid?

—De momento, mientras pueda permitírmelo, no —dijo Cifuentes, resolutivo—. La vida aquí es mucho más barata que en Madrid, porque se vive con menos cosas. Y prefiero tener tiempo libre, para dedicárselo a Amparo y a los niños que vengan. De momento ya estamos esperando el primero, no sé si te habrás fijado.

A ambos lados del camino, tras los ribazos, algunos destripaterrones andaban afanados en la siembra. A lo lejos, como un poblachón aplastado por el tedio, se extendía la ciudad de Valladolid.

—Claro que me fijé, está visto que donde pones el ojo pones la bala —repuso Antonio, en un tono acaso excesivamente encomiástico.

Siguieron caminando un poco, llenándose los zapatos de un polvo grisáceo, como si por aquellos lares abonasen la tierra con urnas cinerarias.

—Venga, Gabi, desembucha, que te conozco como si te hubiera parido y sé que no has venido a hacerme una visita de cortesía. ¿Cuál es el problema?

Antonio se rió para sus adentros, fastidiado por aquel alarde presuntuoso de Cifuentes, que no sabía nada de él.

—Sí, Pacorris... lo cierto es que no sé por dónde empezar. Aunque el problema no lo tengo yo, sino mi sobrina.

—¿La hija de tu hermana Margarita? —preguntó, golpeando un canto de una patada—. Pero viven en San Sebastián, ¿no?

—Bueno, allí viven, sí. Pero mi sobrina, Consuelito, se ha metido a actriz y ha estado rodando una película en Madrid, a las órdenes de Rafael Gil, no sé si te suena.

Cifuentes fumaba con la vista clavada en el suelo. El humo del cigarrillo le emboscaba la mancha de la cara.

—¿El director de *La guerra de Dios*? Joder, cómo no va a sonarme. Es de los pocos que todavía no se ha vendido al cine merengoso que quieren los democristianos. —Por un momento parecía que fuese a lanzar otra filípica contra los chupópteros del Régimen, pero se contuvo—. ¿Y qué le ha sucedido a tu sobrina?

Antonio narró la fábula que había urdido la noche anterior, sin recatarse de introducir detalles escabrosos o lacrimógenos que pudieran conmover a Cifuentes. En realidad, la historia no difería en demasía, en sus episodios y circunstancias, del alevoso juego de seducción que había mantenido con Consuelo en los últimos meses, con la identidad del seductor cambiada. Cifuentes apretaba los labios hasta reducirlos a una línea sin volumen, y mordía el cigarrillo, contrito o atribulado.

—Total, que ahora me veo con que está embarazada de dos meses —concluyó.

Cifuentes se detuvo, como dispuesto a darse de puñetazos con el responsable.

—¿Y no sabes quién es el padre?

—No. Consuelito se niega a decírmelo. —Como Cifuentes seguía parado y en actitud expectante, añadió—: Pero eso nada cambia, el daño ya está hecho.

—¿Cómo que nada cambia? Si tu sobrina se entregó de esa manera, será porque está enamorada de él; y si está enamorada de él podrán casarse, digo yo —dijo Cifuentes, con ingenuidad o cazurrería.

Antonio decidió que pronto tendría que demostrar sus recursos interpretativos:

—Ahí está la madre del cordero, Pacorris. Resulta que el tipejo ya está casado.

Cifuentes inclinó la cabeza, hundiendo la barbilla en el pecho. Luego escudriñó en el cielo algún augurio halagüeño o funesto, pero el cielo era tan sólo un decorado vacío de Dios y de nubes.

—¿Y qué puedo hacer yo por ella, Gabi? No creo que pueda seros de mucha ayuda...

—Claro que puedes, amigo. —Buscó un eufemismo ridículo, pero que sonaba muy tranquilizadoramente aséptico—: Podrías... interrumpir su embarazo.

Un silencio incrédulo y horrorizado siguió a las palabras de Antonio. Pensó que Cifuentes podría descargar contra él los puñetazos que estaba reservando para el ilusorio seductor de Consuelo.

—¿Qué bestialidad me estás diciendo? Un embarazo no se puede interrumpir. —Acostumbrado a un lenguaje cespado y sin circunloquios, el eufemismo de Antonio, tan ladino, lo había sublevado—. ¿Es que has perdido el juicio, Gabi? Yo me dedico a traer niños al mundo, no a matarlos por el camino. —Se enrabetó—: Acabo de decirte que Amparo está embarazada. ¿Crees que tengo estómago para matar niños?

Antonio desplegó entonces todo su repertorio: atipló la voz, respiró como entre estertores, dejó que sus súplicas se anegasen de un remedo de angustia:

—Pacorris, estoy entre la espada y la pared. Estamos hablando de mi única sobrina, la quiero como si fuese una hija. Me ha asegurado que, si no consigue un médico que le practique un aborto, tirará por la calle de en medio y se pegará un tiro. —Y lo ametralló con toda la munición sentimentaloidé—: ¿No te parece injusto que una muchacha en la flor de la vida tenga que pagar hasta los restos el error de un instante? Es humana, como tú y como yo; y los humanos cometemos errores. Nunca podría perdonarme si cumpliera su amenaza, amigo, nunca jamás... —Cifuentes apretaba la mandíbula, y la mancha de su cara adquiría una tonalidad gangrenosa, pero su dureza no se resquebrajaba—. ¿Y qué sería de mi hermana? Consuelito es la ilusión de su vida y, si supiera lo ocurrido, se moriría del disgusto. —Empezaba a creerse sus propias mentiras, porque un amago de sollozo se coló entre sus ternurismos canallescos—. ¿Cuántas vidas vamos a sacrificar, a cambio de salvar una que tal vez sólo encuentre sufrimientos en el mundo?

Cifuentes trató de oponer razones sosegadas a las arterias emotivas de Antonio, que no lo escuchaba y repetía sin descanso, como si ladrase:

—¿Cuántas, amigo? ¿Cuántas? ¿También quieres la mía?

—Ninguna vida vale más que otra, Gabi; pero ni todas las vidas del mundo justifican la muerte de ese niño. No confundas el beneficio personal con una justificación moral. —Pero le abrumaba la desesperación de quien creía su amigo—. En el juramento hipocrático me comprometí a salvar vidas, Gabi, no a borrarlas del mapa, lo siento. No creas que temo el castigo de las leyes humanas...

Habían alcanzado un arroyo cuyas aguas bajaban turbias y malolientes, como si en ellas vertieran residuos fecales o cadáveres de niños muertos.

—¿Qué temes entonces, Pacorris? —preguntó como si lo increpase—. ¿Qué cojones temes entonces?

—Lo mismo que tú cuando decidiste romper con tu padre: el juicio de Dios —repuso Cifuentes, con cierta aspereza. Pero enseguida cambió su táctica—: Mira, Gabi, sabes de sobra que eres mi mejor amigo, aunque últimamente nos hayamos distanciado algo; y sabes que haría cualquier cosa por ti, cualquier sacrificio, cualquier renuncia. Pero lo que me pides va más allá de lo que un amigo puede reclamar. Nunca en mi vida he hecho algo tan deshonesto, y no lo voy a hacer tampoco ahora.

Habían dejado atrás el arroyo contaminado, pero su pestilencia los perseguía como un enjambre de avispa irritadas. Antonio recurrió por última vez al tono implorante:

—Pero, Pacorris, se trata de aliviar el sufrimiento de una criatura que apenas tiene veinte años, a la que puedes librar de un peso que arruinará su vida. —Se dejó caer sobre el camino, se rebozó en aquel polvo cinerario—: ¿Es que vas a dejar que se amustie hasta morir?

Cifuentes lo alzó sin contemplaciones y le sacudió el polvo como si lo estuviese apalizando:

—Tal vez ese hijo sea su mayor alegría, el día de mañana. Puede que la haga sentirse orgullosa de él como nunca lo ha estado de nadie, ni de ella misma.

Y arrancó a caminar, casi a la carrera, como huyendo despavorido del vacío que había sorprendido en la mirada de Antonio, que berreó a sus espaldas:

—¡Corre, hombre, corre! ¿Conque nunca has hecho nada tan deshonroso en tu vida? ¿Y cómo llamas, entonces, a robarle la novia a tu mejor amigo, mientras él se está pudriendo en un campo de concentración? —Sabía que aquella bajeza lo golpearía allá donde su herida más sangraba—. ¿A eso lo llamas obra de caridad? ¿Dónde se quedaba el juicio de Dios cuando cortejabas a Amparo, haciéndote el amiguito comprensivo? ¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Todo lo que tienes me lo debes a mí, Francisco Cifuentes! ¡Me lo debes porque me lo robaste!

Cifuentes se volvió, devastado. La mancha de la cara era ahora un borrón que anulaba las otras circunstancias de su rostro. Se rindió:

—Está bien, Gabi. ¿Sabes que voy a matar a un niño?

Antonio no se arredró:

—Sí, amigo, pero de la otra manera estarías matando a la madre y a todos los que la queremos. —Y, como en un bisbiseo, recuperó el tono suplicante—: No tengo a nadie más a quien acudir, a nadie más a quien pedirle este favor.

Antonio se llevó las manos a la cara, como si quisiera ocultar su llanto; pero entre los intersticios de los dedos, espiaba la reacción de Cifuentes, que había iniciado el camino de regreso a casa, con la barbilla de nuevo hundida en el pecho.

—Lo haré, pero no aquí —dijo, con tétrica indolencia.

—Por supuesto, no se me había pasado por la cabeza siquiera —convino Antonio, que lo había dejado marchar delante y pisaba casi sus talones—. Mi padre me dejó un piso en el Retiro que está desocupado. ¿Qué necesitas para... hacerlo?

La voz de Cifuentes sonaba sojuzgada:

—Yo llevaré mi propio instrumental. Pero antes tendré que conocer si tu sobrina padece alguna enfermedad; dile que tiene que hacerse un análisis de sangre.

—Mañana mismo se lo hará, descuida. ¿Algo más?

El sol era una vejiga blanquinosa a lo lejos, un planeta sin luz ni calor, como tallado en piedra pómez.

—Anestesia, desinfectantes, analgésicos... Yo no puedo robarlos del hospital.

Antonio recordó el botiquín inmenso del piso del Retiro, que se había preocupado de desbrozar de fármacos caducados.

—Todo lo tendrás a tu disposición.

Cruzaron otra vez el arroyo pestilente. Al refresco de sus aguas, con gran chapoteo y retozo, copulaban dos ratas peludas y gordas como gatos, o tal vez se estuviesen despedazando entre sí entre dentelladas y chillidos. Cifuentes habló con una pesadumbre milenaria, en la que se condensaban todos los pecados que claman al

cielo:

—Lo haré, Gabi. Sé que con esto me condeno, pero, como bien has dicho, te lo debo todo. Y te lo pago con mi condena. Pero no olvides lo que una vez te dije: de un mal nunca se puede sacar un bien.

Le sorprendió que, en apenas un par de días, el deterioro de Consuelo hubiera avanzado tanto: era como si hubiese contraído una de esas enfermedades de etiología ignota que en cuestión de semanas consumen al paciente, sometiéndolo a un proceso acelerado de depauperación y envejecimiento que lo traslada de la juventud a la decrepitud sin solución de continuidad; como si todas y cada una de las células de su cuerpo hubiesen decidido dimitir de sus funciones, en una combustión simultánea que agostaba a ojos vista su lozanía. Pero la enfermedad de Consuelo no era del cuerpo, sino del alma, donde está la fuente del vivir; y cegada esa fuente, toda su vitalidad se amustiaba y sucumbía, como un árbol al que le hubieran extirpado las raíces. Se había cortado el pelo a trasquilones, como una penitente; y en su hermoso rostro erosionado por las vigiliadas asomaban, como una fermentación del dolor, unas vejiguitas de un humor agrio y amarilloso. La encontró, como había supuesto, en la catedral de Sigüenza, ante la capilla del Doncel, en actitud orante o abstraída, bañada por una luz de epifanía que parecía traspasarla, como si estuviera hecha de vidrio, o como si la luz incorporase rayos X que penetraban hasta la médula misma de su herida, allá donde su alma agonizaba, mordida por los perros del remordimiento, allá donde su conciencia temblaba como las hojas de un sauce, asustada de los tabúes milenarios que había infringido, o creído infringir. Antonio le posó la mano en el hombro muy tenuemente, para no hacerla añicos.

—He encontrado la solución, pequeña. Todo marchará sobre ruedas, ya lo verás.

Tuvo que ayudarla a levantarse; parecía caminar bajo los efectos de los barbitúricos, como si estuviese a punto de descuajeringarse, trastabillando en las juntas de las losas que cubrían el suelo de la catedral, derrengada casi sobre el brazo que Antonio le tendía a modo de cayado o sostén. Le pidió que fueran a la pensión donde se hospedaba, para recoger sus exiguas pertenencias; entretanto, Antonio liquidó su cuenta con el dueño del antro, y trajo el coche hasta su misma puerta, para evitar a Consuelo otro paseo que le resultaría penoso como una travesía por un pedregal. Consuelo no quiso ocupar el asiento del copiloto, huyendo tal vez del recuerdo de tantas excursiones en las que sus manos jugaban a rozarse, tantearse, entrelazarse sobre la palanca de cambios, y se encogió en el asiento trasero, como un delincuente que aguarda la deportación. Antonio ajustó el espejo retrovisor para poder contemplarla mejor; distinguió, con un pinchazo de congoja, la fijeza mineral

de su mirada, que ya ni siquiera reparaba en la realidad física, para adentrarse en un infierno helado.

—Te he conseguido a un médico estupendo, el doctor Cifuentes. En un par de días estarás repuesta. —Consuelo perseveraba en su mutismo, y Antonio aprovechó para decirle como de pasada—: Por supuesto, he cambiado... ligeramente algunos detalles de la historia.

—Por supuesto —murmuró ella, con adusta ironía.

—Le he contado que te dejé embarazada un hombre casado. El doctor Cifuentes no te hará preguntas.

La fijeza mineral de su mirada se hizo más agresiva:

—Piensas en todo, ¿eh Gabi? ¿No le hablaste de las noches que has pasado sin dormir, torturado por el destino de tu pobrecita sobrina? Apuesto a que montaste una pantomima la mar de convincente. ¿Derramaste muchas lágrimas de cocodrilo?

Pero no podía ni siquiera imaginar hasta dónde llegaban los recursos histriónicos de Antonio, que también incluían el balbuceo:

—Consuelo, créeme, yo...

—¿Cómo quieres que te crea, Gabi? —lo interrumpió, antes de que le ensartara la consabida retahíla ternurista—. Eres una mentira andante, una puta mentira con patas. A veces he llegado a pensar que en Rusia te extirparon el alma y metieron en su lugar un aparato electrónico que fabrica mentiras sin parar. Eso creo que ocurrió: mi pobre tío se quedó allí, muerto en la nieve; y en su lugar vino un autómata de aspecto muy seductor y entrañas frías como el acero. —Antonio pensó que así podía describirse, en efecto, su simulacro de vida. La voz de Consuelo se iba apagando gradualmente, como un pabilo sin cera—: No te apures, sostendré tu mentira ante el doctor. Todo sea por salvar tu reputación.

Pararon en una clínica privada a las afueras de Madrid, para que le hicieran los análisis de sangre que había solicitado Cifuentes; le prometieron que los resultados estarían disponibles al día siguiente, viernes, a primera hora de la mañana. Después, Antonio la condujo a su piso de Claudio Coello, obligándola a guardar reposo en la cama; se había precavido de darle el día libre a la criada leonesa, pidiéndole antes que dejara preparados alimentos adecuados para una convalecencia: caldo de pollo, verduras trituradas, pescado hervido, fruta en abundancia. Pero Consuelo apenas probó bocado; su inapetencia era casi una exigencia espiritual, un ascetismo llevado hasta sus últimas consecuencias. Antonio llamó hasta una docena de veces a lo largo del día a Paloma, para advertirle que necesitaba que le prestara su casa durante un par de días; pero Paloma no contestaba al teléfono. Entonces se decidió a llamar a la tía segoviana que la había acogido en los últimos meses, tras el allanamiento de su piso por el fumigador apócrifo, cuando el miedo a un nuevo allanamiento o el rechazo al propio Antonio, que la trataba como a un cacho de carne purulenta, le hicieron odioso seguir viviendo en el piso del Retiro. La tía de Paloma le informó que no sabía nada de su sobrina desde que, una semana antes, su nuevo amigo, un señor muy elegante y



parlanchín llamado Demetrio, pasase a recogerla, para llevársela de excursión; a Antonio le sorprendió que Demetrio se hubiese encoñado tanto de Paloma como para dedicarle una semana entera de su tiempo, tan apretado siempre de cambalaches y oscuros contubernios, pero celebró que Paloma prosperase en sus devaneos. Después telefoneó a la facultad de medicina de la Universidad de Valladolid, para asegurarse que Cifuentes no se rajaría.

—Mañana a primera hora iré a recoger los resultados de los análisis —le dijo—. Si te parece bien, nos vemos a eso del mediodía en Alfonso XII, número 20, cuarto derecha. ¿Hay alguna otra cosa pendiente?

Cifuentes le habló con voz dificultosa, como si estuviera conteniendo una náusea:

—Nada, fuera de los fármacos que te especifiqué. Y necesitaré hervir agua.

—Todo en orden, pues. —Antonio empleaba el mismo tono resuelto y descomprometido que había aprendido a utilizar en sus transacciones con Demetrio—. De buena gana iría a buscarte a Valladolid, pero comprenderás que no puedo dejar sola a mi sobrina...

—Viajaré en tren, no te preocupes. A Amparo le he dicho que voy a Madrid a un congreso de obstetricia. —Se notaba, por su acento pesaroso, que mentirle a su mujer lo atormentaba casi tanto como perpetrar un aborto. Hizo una pausa, esforzándose por resultar convincente—: Antonio, todavía estáis a tiempo de pensároslo...

No atendió a razones. Se sentía como encaramado en una atalaya olímpica, asépticamente desgajado del mundo, poseído por esa euforia tranquila del criminal en la cumbre que, aunque trata de otear a sus víctimas, sólo acierta a vislumbrar puntitos negros, diminutos como hormigas:

—Está requetepensado, amigo. Has hecho feliz a mi sobrina. Ambos te estaremos eternamente agradecidos.

Y colgó, antes de que volviera a injurarlo con sus ridículos escrúpulos morales. Reincidió en sus llamadas a Paloma sin suerte; y trató en varias ocasiones de trabar conversación con la yacente Consuelo, y de obligarla a tomar algo caliente, pero su boca no se abrió, ni para dedicarle una palabra ni para ingerir alimento alguno. Cuando ya se avecinaba la media noche, reunió ánimos para telefonar a Demetrio, aunque sabía perfectamente que aquel número sólo debía emplearlo para sus transacciones.

—¿Ocurre algo?

La voz de Demetrio sonaba alarmada e inquisitoria. Antonio procuró que la suya, por el contrario, fuese jovial y desenfadada:

—Ya me perdonarás que te moleste a estas horas, chico, y encima por una chorrada. Es por Paloma...

Se desvanecieron todas las cautelas de Demetrio:

—¡Palomita! Menudo chollo es esa mujer, Gabi. Yo en tu lugar me la habría guardado para mí. —Su risa sonó opulenta, casi amazónica—. Claro que vosotros, los jóvenes, no sabéis apreciar las cosas verdaderamente valiosas.

Antonio se avino a compadrear un poco:

—Yo ya no soy tan joven, Demetrio. Y claro que sé apreciarlas. Pero me gusta compartirlas generosamente con los amigos. —Luego deslizó—: ¿Qué tal os lo estáis pasando?

Demetrio silbó como una locomotora y recitó:

—«¡Qué noches, qué noches! / ¡Qué horas, qué auras! / ¡Para hacerse de acero los cuerpos! / ¡Para hacerse de oro las almas!».—Volvió a carcajearse—. ¿Conocías el poema? *Mi vaquerillo*, de Gabriel y Galán. Me lo enseñaron en la escuela; siempre pensé que el cabrón del poeta se cepillaba al niño que le cuidaba las vacas. —Buscó la complicidad de Antonio, que rió desganadamente—. Palomita es una vaquerilla divina, no hay otra como ella. —Volvió a recitar—: «Y una luna de luz amorosa, / presidiendo la atmósfera diáfana, / inundaba los cielos tranquilos / de dulzuras sedantes y cálidas». ¡Lástima que esas dulzuras hayan sido tan cortas!

La locuacidad lírica de Demetrio empezaba a sacarlo de sus casillas:

—¡Anda! Pero ¿no estáis juntos?

—¡Cuatro días con sus noches duró el idilio, querido amigo! —exclamó, con teatralidad lastimera—. Pero la Palomita voló del nido. Al parecer tenía compromisos adquiridos con otros hombres... ¡Pero ya me he puesto a la cola! Ahora hablando en serio, Gabi: a esa hembra tenemos que cuidarla, no podemos dejar que otros nos la disputen por un sobresueldo de mierda. ¡Si hay que aumentarle la soldada se le aumenta, coño!

Antonio cortó sus jocosidades:

—Sí, vale, ya hablaremos de aumentos otro día. Entonces, ¿dices que ya no está contigo?

—Cojones, que no. Hace un par de días la dejó mi chófer a la puerta de su casa. Pero no sé de dónde te vienen ahora esas urgencias, si la tenías más abandonada que a tu confesor. Pareces el perro del hortelano...

—Es que necesito pedirle prestado el piso por un par de días... —dijo. E improvisó sobre la marcha—: Es para alojar en él a un familiar que ha venido a Madrid.

—¡Anda la leche! Pues alójalo y santas pascuas. ¿Qué puede ocurrir en el peor de los casos? ¿Que Palomita se presente allí cuando esté tu familiar? Pues, como sea hombre, menudo alegrón se va a llevar...

—Pero ¿no te dijo con quién se iba?

—Ni yo se lo pregunté, Gabi, no me jodas. Todavía uno sabe ser discreto con una dama —se mofó—. Lo que sí puedo decirte es que, cuando le propuse que volviéramos a vernos, sacó la agenda para encontrarme hueco y la tenía bastante... apretadita, más apretada todavía que la mía. Hay que retirar a esa hembra, Antonio, hazme caso, no podemos permitir que se nos malee...

Pero, por Antonio, ya podía malearse todo lo que quisiera; y, cuantos más anormales se la disputaran, más facilidades tendría él para hacer lo que le viniera en

gana en el piso, incluidos abortos clandestinos. A la mañana siguiente, después de recoger los resultados de los análisis, Antonio llevó a Consuelo al piso del Retiro; estaba tan desmayada o aturdida que ni siquiera reparó en la decoración un tanto prostibularia del lugar, ni hizo comentario alguno sobre el baldaquino con mosquitero de la cama sobre la que Antonio la obligó a tumbarse. Cifuentes llegó puntual a la cita, portando un maletín de cordobán en el que guardaba su instrumental quirúrgico; se movía con torpeza y rigidez, como si fuese una carcasa de hombre al que hubiesen privado de su sistema motriz y lo hubiesen reanimado con descargas eléctricas. Improvisó sobre la mesa de la cocina una suerte de camilla, con sábanas y mantas que Antonio le procuró; y estudió con gesto preocupado los resultados del análisis de sangre.

—Tiene las plaquetas muy bajas —concluyó, con vez presagiosa—, peligrosamente bajas, me atrevería a decir. Y una leucocitosis galopante.

Antonio se perdía en la jerga médica:

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tiene las defensas por los suelos, seguramente como consecuencia de un brusco descenso de peso y de una situación de angustia emocional —dijo Cifuentes con la mirada gacha.

—Lleva días sin probar bocado, y como te puedes imaginar su estado de ánimo no es como para lanzar cohetes —confirmó Antonio; pero enseguida apostilló, antes de que Cifuentes propusiera aplazar el aborto—: Pero a cada día que pase estará peor. Cuanto antes la operes, mejor.

Cifuentes no se molestaba en disfrazar su desprecio:

—¿A matar niños llamas operar? Das bastante lástima, Gabi, la verdad, no eres ni sombra de lo que fuiste. —Abrió el maletín de cordobán, donde se alineaba una panoplia de adminículos de aspecto feroz y afilado—. Al menos en una cosa hemos tenido suerte: su grupo sanguíneo es B positivo, como el tuyo, así que en caso de tener que hacerle una transfusión...

Antonio se estremeció, como si una corriente de mercurio helado se derramase por sus venas. Balbució:

—Te equivocas. Yo no soy B positivo.

—No digas bobadas. —Cifuentes no se había inmutado siquiera: extraía los escalpelos, bisturíes, jeringuillas y agujas hipodérmicas de sus respectivos estuches, para meterlos en una cazuela con agua—. Lo recuerdo perfectamente, de cuando nos hicieron los análisis en el campamento de Grafenwöhr, antes de partir al frente ruso. Y de haberlo visto cientos de veces en tu chapa. —Repitió, con la seguridad de quien proclama un dogma de fe—: Eres B positivo, como tu sobrina.

Así lo especificaba, en efecto, la chapa identificativa de Mendoza. Como la suya, que se había quedado en el campo de Borovichi, especificaba que el suyo era A negativo. Y también lo había visto cientos de veces.

—Y yo te digo que soy A negativo —dijo con dureza—. Lo siento, pero te falla la

memoria.

Cifuentes había rehuído hasta entonces su mirada, tal vez por esquivar el vacío cósmico que anidaba al fondo de sus ojos. Pero entonces lo escrutó con insistencia:

—¿Estás completamente seguro?

—Como de que me llamo Gabriel —repuso Antonio, con involuntario sarcasmo—. ¿Vas a necesitar sangre?

Cifuentes había encendido el fuego de la cocina, para poner a calentar la cazuela con el instrumental quirúrgico. Algo le decía que su amigo Gabi estaba mintiendo, por alguna inextricable razón; pero tampoco podía jurar que su recuerdo fuese cierto.

—No, si el aborto no se complica. Pero si ocurre algún imprevisto tendremos que llevarla a un hospital.

Por supuesto, Antonio no estaba dispuesto a arriesgarse a llevarla a un hospital, donde enseguida descubrirían que le había sido practicado un aborto, lo que daría con los huesos de los tres en la cárcel. Pero imaginó que Cifuentes tampoco estaría alegremente dispuesto a dar un paso que acabase con su carrera.

—No nos pongamos en lo peor antes de tiempo, Pacorris —dijo, conciliador—. Llegado el caso, haremos lo que haga falta, antes de poner en peligro su vida.

Cifuentes revisaba los fármacos que había solicitado, todos ellos procedentes del arsenal médico que el padre de Mendoza guardaba en el piso. A todos parecía dar su visto bueno.

—Se nota que sabes mover los hilos. Muchos de estos medicamentos son de uso restringido a los hospitales. —Cifuentes lo observó de reojo—. Sabe Dios adónde te llevarán esos hilos.

—Al infierno, si hace falta, con tal de salvar a mi sobrina —dijo Antonio, con petulancia.

—Pero hay infiernos de los que ya nunca se sale, Gabi.

Lo afirmaba con conocimiento de causa, sabiéndose condenado por acceder a perpetrar un crimen que lo exponía ante el juicio de Dios y conculcaba los principios en los que había militado siempre. Pasaron a la habitación donde se hallaba Consuelo, en una duermevela que era más bien dejación de la vida; a Cifuentes lo asustó su pálida delgadez, su belleza calcinada por noches de insomnio y tormentos impronunciados. Una marea de compasión hizo temblar su voz cuando dijo:

—¿Estás preparada? Apóyate en mí, te llevaré a la cocina.

Había algo cálido y vulneradamente humano en Cifuentes que inspiró confianza en Consuelo, tal vez la sospecha de que aquel doctor era víctima, como ella misma, de los oscuros manejos de quien creía su tío, tal vez una tácita conciencia de fraternidad con un hombre que se sabía, como ella misma, condenado.

—Si me necesitas para algo, estaré en la sala de estar —dijo Antonio.

Cifuentes cerró la puerta de la cocina, sin responderle. Se quedó unos minutos escuchándolos, pero hablaban en un bisbiseo indiscernible, todavía más indiscernible que sus respiraciones, que eran roncas y atribuladas; y resolvió que lo mejor sería

apartarse, como convenía a alguien acostumbrado a otear a sus víctimas desde una atalaya. Un par de horas más tarde, aproximadamente, Cifuentes abandonó el improvisado quirófano, con las manos todavía cubiertas por unos guantes de goma blanca de los que se despojó como quien se arranca tiras de una carne leprosa; tenía el rostro desencajado, y la mancha de lividez de la mejilla de un tono purpúreo, casi incandescente.

—¿Qué tal fue la operación? —preguntó Antonio, ansioso.

—No ha sido una operación, sino un aborto —dijo Cifuentes con invencible asco. No parecía dispuesto ni siquiera a las concesiones semánticas—. Ha perdido mucha sangre, pero ahora parece estable. Le he dado un somnífero para que duerma un poco, en dos o tres horas despertará.

No parecía que Consuelo le hubiese revelado nada sobre la verdad de su embarazo. Cifuentes buscó, tambaleándose, el sofá oriental, procurando que entre él y Antonio mediase un espacio suficiente, el espacio de una amistad defraudada para siempre.

—¿Volverás hoy a Valladolid?

Estaba deseoso de quitárselo de encima, una vez que había cumplido con su cometido. Pero Cifuentes parecía ligado por un invisible vínculo con la muchacha cuyo vientre acababa de expoliar:

—No volveré hasta que tu sobrina esté por completo fuera de peligro. ¿Por quién me has tomado?

Antonio afectó compunción:

—Perdona, no quería ofenderte. Imagino que estarás agotado. Si quieres echar una cabezada... —Pero Cifuentes hizo un ademán desdeñoso con la mano. Sin embargo, Antonio no quería privarse de ofenderlo—: Por favor, dime lo que te debo...

Cifuentes rió con un seco cacareo. Dirigió a Antonio todo el odio que un hombre honrado y hecho añicos puede albergar en el pecho:

—Eres un hijo de puta despreciable, Gabi. ¿Esto es lo que hizo Rusia contigo? ¿Convertirte en escoria? He traicionado todos los principios en los que creo por no defraudar tu amistad; por no defraudar una amistad en la que ya no creo. Y ahora me ofreces dinero. ¿Quieres hacerme uno de los tuyos?

Antonio encajó las invectivas como quien oye llover. Estaba tan imbuido por el simulacro de vida que representaba que aún le chocaba enfrentarse a personas que, como Cifuentes, erizaban su vida de espinosos dilemas morales.

—Está bien, retiro lo dicho. Pero no lles las cosas tan lejos. En un par de días mi sobrina estará como nueva. Y tú estarás de vuelta en Valladolid, con tus clases y con tu huerta, y lo que ha ocurrido entre estas cuatro paredes habrá quedado atrás. —Miró de hito en hito a Cifuentes—. Para sobrevivir hay que olvidar, amigo. ¿Qué habría sido de mí si hubiese permanecido aferrado a los recuerdos de Rusia? Tú mismo me lo advertiste: me habría convertido en un desadaptado.

Cifuentes hablaba con desinterés, perdida toda esperanza en la salvación de ambos:

—Hay cosas que nunca se olvidan, Gabi, por mucho que tratemos de enterrarlas. Y la mejor prueba la tienes en ti: eres lo que eres porque nunca podrás olvidar lo que pasaste en Rusia, porque lo que allí te sucedió te ha cambiado para siempre. Se recoge lo que se siembra, Gabi; ocurre siempre así: tarde o temprano, se recoge lo que se siembra.

Volvió a la cocina, para vigilar el sueño de Consuelo y, viendo que parecía algo alterada, le tomó el pulso y le acarició la frente, que ardía. Antonio no se atrevió a intervenir hasta que Cifuentes lo llamó:

—Ven, Gabi, ayúdame a llevarla a la cama.

En la cocina flotaba un olor acre de degüello o fiesta caníbal; en el cubo de la basura se amontonaban gasas y algodones sanguinolentos, tapando una vida que había sido inmolada en aras de un simulacro de vida. Antonio rehuyó aquella visión perturbadora.

—¿Ocurre algo?

—Le ha subido la fiebre repentinamente —dijo Cifuentes, con un temblor que le impedía pronunciar con claridad—. Y tiene el pulso muy alto. Me temo lo peor.

La pululación del miedo le zumbó en los oídos. Preguntó:

—¿Lo peor? ¿Qué es lo peor?

—Septicemia.

Cifuentes posó el cuerpo dormido de Consuelo en la cama, mientras Antonio recogía los mosquiteros burdelescos. Consuelo había empezado a farfullar palabras lastimeras e ininteligibles, como acuciada por una sed abrasadora.

—¿Septicemia? —Antonio conocía sobradamente aquella afección, tan común en los campos de trabajo soviéticos—. Pero eso es que la sangre se le ha infectado, ¿no? ¿Es que no tomaste todas las precauciones de higiene?

—¡Maldita sea, Gabi! —rugió Cifuentes, perdidos los estribos—. Me has obligado a perpetrar un aborto en una cocina que a saber la cantidad de gérmenes que tendría. Una asepsia perfecta sólo se logra en un quirófano de hospital, y no siempre. Ya te dije que había sangrado más de lo debido. —La miró, con acendrada misericordia, y le enjugó el sudor de la frente con un pañuelo—. Mira lo flaca que está. Su debilidad la hace más vulnerable a la infección.

Le midió la presión sanguínea, que se reveló muy baja, como suele ocurrir en los casos de aborto séptico, y le tomó la temperatura, que superaba los treinta y nueve grados. Consuelo, en mitad del delirio provocado por la fiebre y las drogas, acertó a pedir agua; Antonio corrió a traérsela en un vaso. Trató de aparentar sosiego, mientras Cifuentes le acercaba el vaso a los labios abultados de calenturas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

Consuelo parecía encogerse entre las sábanas, como si la almohada y el colchón estuviesen hechos de una tierra movediza que la fuese engullendo paulatinamente, y

su cabeza se revolvía, a derecha e izquierda, mientras el cabello cortado a trasquilones se le pegaba como una enredadera viscosa a las mejillas y a la frente.

—Gabi, desde el principio intuí que esto no saldría bien. —Cifuentes hablaba desasido de sí, como en un trance hipnótico—. Me temo que es una infección bastante seria...

—¿Qué podemos hacer? —volvió a preguntar Antonio, ahora en un alarido.

—Hay que llevarla a un hospital cuanto antes —murmuró Cifuentes—. Contra una septicemia sólo se puede luchar con antibióticos. Penicilina por vía intravenosa, estreptomicina por vía intramuscular.

Antonio respiró aliviado, para estupor de Cifuentes.

—¿Penicilina y estreptomicina? ¿Eso es todo lo que necesitas? No hace falta que vayamos a un hospital entonces.

Se dirigió al cuarto angosto en el que el padre de Mendoza guardaba su botiquín de acaparador. Pero, mientras buscaba los antibióticos que Cifuentes acababa de prescribir, pensó que, con independencia de que el remedio funcionase, deteniendo la infección de Consuelo, debía empezar a urdir una coartada que lo exonerase de culpa, permitiéndole demostrar que no había tenido ninguna participación en aquel aborto. Enseguida destelló en su mente una argucia digna de un gran fingidor; y que, con un poco de suerte, podría asegurar su impunidad. Volvió con las ampollas de penicilina y estreptomicina. Cifuentes consultaba su reloj de pulsera, mientras le tomaba el pulso a Consuelo.

—Ciento veinte. O la inyectamos pronto...

Antonio le entregó los antibióticos, etiquetados y con los sellos sanitarios preceptivos.

—No te voy a preguntar cómo los has conseguido —dijo Cifuentes—. Pero hay muchos enfermos en los hospitales que mueren cada día por falta de estas medicinas.

—Quería asegurarme de que no le ocurriese lo mismo a mi sobrina.

Cifuentes se fue a la cocina a preparar las soluciones, dejando a Antonio al cuidado de Consuelo, cuya tez iba adoptando una tonalidad de un amarillo cobrizo, como si padeciera ictericia, a veces sombreada por manchas azulencas de cianosis. Notó que tenía los brazos fríos.

—¿Cuánto se supone que tardarán en hacer efecto los antibióticos? —gritó a Cifuentes.

—Tres horas, calculo. Un poco menos, si la septicemia aún no se ha extendido demasiado.

Cifuentes buscó en la articulación del antebrazo con el codo la vena cubital de Consuelo, donde inyectó la penicilina. La estreptomicina la inyectó en la parte baja del peritoneo. Ambos pinchazos los cubrió con algodón y esparadrapo.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer?

—Esperar y nada más. No queda otro remedio.

Eso era, precisamente, lo que quería escuchar. Calculó que tres horas serían

suficientes para completar todo lo que había tramado, pero tenía que darse prisa. Consuelo parecía respirar más acompasadamente; o tal vez fuera consecuencia del alelamiento producido por los fármacos.

—Pues si no podemos hacer nada, creo que voy a acercarme un rato al paseo de Extremadura. He dejado varios asuntos pendientes allí, tengo que supervisar personalmente un envío de abonos a Zaragoza y dejar instrucciones para el fin de semana —procuró que su voz sonase contrariada, para no resultar desaprensivo—. No te importa, ¿verdad?

—Por mí puedes hacer lo que te dé la gana —Cifuentes se encogió de hombros—. Pero tal vez a ella no le guste demasiado ver que su tío se ha marchado cuando despierte.

—Procuraré estar de vuelta cuando lo haga.

Se dirigió al paseo de Extremadura como si participara en una carrera suicida, su Pegaso contra todos los conductores de Madrid, que a aquella hora del crepúsculo se amontonaban en la calle de Alcalá, como una comitiva airada, de regreso al hogar después de haber retenido la bilis durante una larga jornada laboral. Saludó a los empleados del turno de tarde y subió a su despacho; se aseguró de trancar la puerta, para que ninguna visita impertinente interfiriese en su plan y discó el teléfono de Demetrio, ante quien empezó excusándose por volver a molestarlo.

—¿Encontraste por fin a Palomita? —preguntó él.

Se le antojó intempestiva, incluso vagamente anacrónica, aquella pregunta. ¿A quién le importaba ahora lo que Palomita hiciese para ganarse un sobresueldo?

—Todavía no, Demetrio. Pero no te preocupes, ya aparecerá —dijo, despachando aquel asunto que el día anterior le había preocupado y ahora le resbalaba—. Te llamaba por otra cuestión. Verás, quería pedirte un consejo y un favor. —Ni siquiera aguardó a que Demetrio le diera su beneplácito—. Primero el consejo. ¿Conoces algún hotel potable en San Lorenzo de El Escorial?

Sabía, precisamente por Paloma, que era un lugar muy apreciado por adúlteros y puteros en día de asueto; e imaginaba que Demetrio se contaría en el gremio. No lo defraudó:

—El hotel Miranda es muy aseado y discreto —respondió impudicamente—. ¿Qué pasa? ¿Te has agenciado una amiguita para el fin de semana?

—Digamos que así quiero que parezca —lo exoneró de explicaciones—. Y ahora el favor. ¿Podrías pedirle a tu chófer que me vaya a recoger a este hotel Miranda y me traiga a Madrid? Luego tendría que esperarme un rato cerca del Retiro y devolverme otra vez a El Escorial.

Demetrio tardaba en procesar sus instrucciones, bastante liosas.

—No entiendo nada, chico, pero no voy a hacerte preguntas. ¿Cuándo tiene que ir a recogerte?

—Ahora mismo —repuso Antonio, añadiendo todavía más confusión al confundido Demetrio—. Dile que me espere en la trasera del hotel, en algún lugar



discreto.

Demetrio rezongó, mientras repetía las enrevesadas indicaciones de Antonio:

—Menudos tejemanejes te traes. ¿Y luego dices que tiene que volverte a llevar a El Escorial?

—En efecto —asintió Antonio, con cierta impaciencia—. Algún día te lo explicaré. Es una historia muy larga de contar.

Convenido el favor con Demetrio, Antonio salió del despacho y se acodó en la barandilla que se asomaba al garaje, para anunciar a sus empleados que se tomaba el fin de semana libre; y que, si se les planteaba cualquier imprevisto o urgencia, podían llamarlo al hotel Miranda, en San Lorenzo de El Escorial. Los empleados celebraron que, por fin, su patrón se aviniera a descansar un poco, después de tantos meses de laboriosa dedicación a la empresa; y prometieron no molestarlo en su breve retiro. Antonio se despidió de todos con grandes efusiones y enfiló el Pegaso hacia la sierra de Guadarrama; en poco más de una hora, apretando a conciencia el acelerador, llegó a San Lorenzo de El Escorial. No le costó localizar el hotel Miranda, que en efecto parecía aseado y discreto, y con vistas al Real Monasterio, para que las querindongas de los ricachos pudieran esponjar la vista; pidió alojamiento para el fin de semana y solicitó al recepcionista un plano de los alrededores, para —se justificó— poder dar un largo paseo antes de acostarse sin temor a perderse. También le entregó las llaves de su coche, rogándole que, si pudieran aparcárselo en un lugar donde no estorbase el tráfico (adrede lo había dejado en un vado), les quedaría muy agradecido; y, como prenda de su gratitud, le dejó una opípara propina. Subió a la habitación, pintiparada para *los escarceos adulterinos*, y esperó cinco o diez minutos, los justos para las abluciones que todo huésped de hotel acostumbra a hacer, recién llegado a su destino; luego salió con su plano desplegado en la mano y en actitud de paseante ocioso, despidiéndose del recepcionista empropinado. En la trasera del hotel lo aguardaba, en efecto, el chófer de Demetrio, que le abrió furtivamente la portezuela de su coche, suntuoso como una carroza y sigiloso como un reptil. Regresaron a Madrid en silencio, mientras la noche envolvía el paisaje en un sudario turbio que borraba los contornos de las cosas, como engulléndolas en el vacío orgulloso y devastador que Antonio irradiaba. Pidió al chófer que aparcase a un par de manzanas del piso de Paloma, con la encomienda de esperarlo por un rato, tal vez unas pocas horas, antes de regresar de nuevo a San Lorenzo de El Escorial.

Cuando metió la llave en la cerradura del piso restaban diez minutos para las tres horas que se había impuesto como límite en la fabricación de su coartada. Sonrió satisfecho; pero le bastó empujar la puerta para comprender que algo no marchaba bien: Cifuentes fumaba en el balcón, y sobre la mesa de la sala tropical o chinesca se amontonaban las colillas en un cenicero. Cifuentes se volvió al escuchar el ruido de la puerta: tenía el gesto desencajado, con el asco y el desprecio que sentía hacia sí mismo y hacia quien le había encargado aquella vileza marcados en cada línea de su rostro.

—¿Ha ocurrido algo malo? —preguntó Antonio, alarmado.

Cifuentes lo miró con frialdad y ensañamiento.

—Tu sobrina ha empeorado.

—¿Que ha empeorado? —Aunque estaba preparado para esa eventualidad, aunque acababa de fabricarse una coartada para evitar sus consecuencias funestas, hubiese preferido sinceramente que no se diese—. ¿Y los antibióticos?

Cifuentes se rió histéricamente. Antonio pensó por un instante que había perdido el juicio.

—¿Recuerdas la historia de Macbeth? Mata a su amigo Duncan, pensando que así logrará la corona de Escocia. Pero la sangre derramada cae sobre su cabeza. Eso mismo nos está pasando a nosotros.

Se le antojó desconcertante o incongruente aquella alusión.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Los antibióticos que me diste... —Cifuentes hablaba atropelladamente, como extraviado en una paranoia—. ¿Dónde los habías adquirido?

Otra vez una corriente de mercurio helado se derramaba por sus venas. Dijo:

—Mi padre tenía una provisión en el botiquín...

—¡Tu padre! —volvió a reírse, nervioso—. ¿Es que ya has olvidado por qué rompiste con tu padre, antes de marchar a Rusia? ¿Ya no recuerdas aquellas vacunas adulteradas contra la poliomielitis? ¿O es que pensabas que, al hacerse viejo, habría cambiado? Las ratas nunca salen de la cloaca, aunque les dé por ir a misa todos los días...

Se detuvo, para contemplar la reacción anonadada de Antonio, que se dirigió a la habitación donde agonizaba Consuelo.

—No puede ser...

—¡Sí, Gabi, claro que puede ser! Los antibióticos estaban adulterados —lo persiguió Cifuentes—. ¿Es algo diabólico, verdad? Al final, has caído en tu propia red. Lo triste es que puedes llevarte por delante a una pobre inocente.

Antonio entró en la habitación. Consumida por la fiebre, con la tez de aquel amarillo cobrizo que azuleaba en las extremidades, ya nada quedaba en ella de la muchacha matinal y esplendente que acometía la vida como una quilla. Y él había obrado esa metamorfosis, él y la devastadora nada que se escondía en su simulacro de vida, atrapando a Consuelo en su campo magnético, como la llama atrapa a la polilla.

—¿Qué... qué efectos puede tener la penicilina adulterada? —preguntó Antonio.

—Ésta, en concreto, ninguno. Era puro excipiente, un puto placebo —lo informó Cifuentes—. Yo mismo me la he inyectado y no he notado reacción alguna. Pero tu sobrina tiene una septicemia galopante, que entretanto no habrá hecho sino agravarse. —Hizo una pausa. No había ira ni indignación en su voz, ni siquiera aspereza, tan sólo una abrumada pena—. Voy a llamar al hospital de San Carlos, para que envíen una ambulancia.

Antonio se revolvió furioso:

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que eso significa?

Cifuentes asintió muy lentamente. Parecía envejecer mientras hablaba:

—Lo sé perfectamente. Para empezar, mi perdición...

—Para, para un poco, Pacorris. —Lo había agarrado por las solapas de la chaqueta—. Si llevamos a Consuelo a un hospital no tardarán en averiguar lo ocurrido. Nos pueden caer veinte años...

—A mí más que a ti, en cualquier caso. Y será el fin de mi carrera. —Cifuentes se refería a su desgracia como si hablase de un hecho antiquísimo—. Lo siento, pero no puedo estar aquí sentado viendo cómo tu sobrina sufre, pensando tan sólo en salvar mi culo. Soy un médico, aunque hoy haya hecho de carnicero; y mi obligación es salvar su vida. —Lo miró fríamente, como se mira a un muerto también antiquísimo—. No sé por qué llegué a quererte y admirarte, Gabi; supongo que en otro tiempo llegaste a ser una persona distinta. Pero hoy sé que eres una rata de cloaca, exactamente igual que tu padre.

Antonio pasó por alto la injuria; el cinismo exige cierta dosis de benevolencia:

—¿Por qué dices eso, Pacorris? Sólo estoy tratando de protegerte...

Cifuentes manoteó, sin llegar todavía a empujarlo.

—No, Gabi, estás tratando de protegerte a ti mismo, como has hecho desde el principio. ¡Bonito momento para pensar en protegerse, mientras la vida de tu sobrina pende de un hilo! Para mí, es una extraña; y, sin embargo, estoy dispuesto a inmolarme por salvar su vida. ¡Pero tú! —Al fin lo empujó contra el armario, para después agarrarlo del cuello, como si se dispusiera a ahorcarlo—. ¿No eras tú quien me decía que querías a tu sobrina como si fuese tu propia hija? ¿No fuiste a llorarme y a rogarme... a chantajearme en realidad, diciéndome que sólo querías su felicidad y evitarle sufrimientos? ¡Y ahora quieres que se pudra en esta habitación mientras se le envenena la sangre! —Acercó su rostro al de Antonio, hasta que su aliento le veló la visión—. Eres el tipejo más egoísta y malvado que me he echado a la cara, Gabi. ¡Eres un puto fraude y un saco de mierda, eso es lo que eres!

Soltó su cuello, al fin, cuando Antonio ya empezaba a ahogarse, y lo arrojó como un trapo al suelo. Antonio gateó, alejándose de él; todavía recibió un puntapié en la rabadilla.

—¡Lárgate de aquí, escoria! —lo increpó Cifuentes—. No quiero ni verte.

Antonio miró por última vez a Consuelo, a la que tal vez habría podido amar en otra vida, como se mira un maltrecho vestigio de nuestro pasado que se lleva la corriente. Pero no había tiempo para nostalgias ni sentimentalismos, ni siquiera para la insidiosa piedad. Abajo lo aguardaba el chófer de Demetrio; y debía rematar su coartada cuanto antes mejor, regresando a San Lorenzo de El Escorial.

—Está bien, Pacorris —susurró, haciéndose el mohíno—. Ya me largo.

Y se fue, dando un portazo. Cifuentes, cuando se quedó solo, miró a Consuelo, descorazonado y rendido. Había sido abandonado, en aquel momento de prueba, por el presunto amigo por el que había arriesgado su reputación y carrera, por el que

había conculcado sus principios y arrostrado el juicio de Dios. Ahora ya sólo le restaba aceptar la sentencia que lo condenaría ante los ojos del mundo y lo arrojaría al infierno de los réprobos; y todo afán por sortearla era vano. Llegado el caso, si deseaba comportarse como el cabal canalla que sin duda era, Gabi podría incluso fingir ante un tribunal que nada sabía del aborto que allí se había perpetrado, que su sobrina le había cogido las llaves del piso y se había puesto en contacto con su amigo ginecólogo, del que tantas veces le había hablado. Pero nada de esto importaba ya a Cifuentes, ni podía alterar su decisión: con independencia de que en el hospital averiguaran o no que a Consuelo le había sido practicado un aborto, con independencia de que se recuperase o finalmente muriera, él tendría que pagar —y su conciencia se lo cobraría, no dejaría nunca de cobrárselo, ya se lo estaba empezando a cobrar— por haber infringido el quinto mandamiento. Se acercó a la cama y volvió a tomarle el pulso a la enferma, que ya alcanzaba casi las ciento treinta pulsaciones, y la temperatura, que superaba los cuarenta grados, mientras las bacterias se multiplicaban por su sangre, voraces e insomnes, como los remordimientos se multiplicaban en su conciencia. Le pasó un paño húmedo por la frente, limpiándola de aquel sudor agrio que era una exudación del veneno que la estaba matando y salió de la habitación, en busca del teléfono. Marcó el número del hospital de San Carlos, donde había trabajado durante más de diez años; al menos —pensó con doliente ironía—, cuando se identificase, conseguiría que no le racaneasen la ambulancia.

También la barba le había crecido, voraz e insomne como las bacterias y los remordimientos, mientras aguardaba noticias en una sala de espera del hospital de San Carlos. Los antiguos compañeros que hacían guardia no lo habían dejado pasar a la habitación de cuidados intensivos donde la sobrina de Gabi se debatía entre la vida y la muerte; y le habían recomendado que esperase hasta las ocho de la mañana a que llegase el catedrático Avendaño, jefe del departamento de ginecología y obstetricia, que era el único que podía autorizar su paso a una zona restringida al personal sanitario. A Cifuentes no se le escapaba que si sus antiguos compañeros le habían vedado el paso, pudiendo colarlo de matute sin peligro alguno, era porque ante sus ojos se había convertido en un apestado, máxime desde que obtuviera la cátedra en Valladolid, rompiendo de este modo el nudo gordiano con el que pretendían bloquear su carrera académica. Tampoco se le escapaba que Avendaño se relamería de gozo cuando descubriese que Consuelo acababa de sufrir un aborto, seguramente perpetrado por el propio Cifuentes, a quien de este modo podría someter a humillaciones mucho más gravosas que las que ya le había infligido mientras estuvo bajo su disciplina. Pero nada de esto le importaba; nada de esto lo distraía de su tormento interior, que en apenas unas pocas horas había arrojado sobre su rostro una decrepitud de veinte o treinta años. Vio venir a Avendaño por el pasillo, tremolante la bata médica, como un estandarte de su arrogancia.

—¿Cómo está la chica? —preguntó acucioso.

Avendaño era un hombre de estatura más que normal y complexión fornida, como el propio Cifuentes, pero de cabeza muy chica, como trasplantada del cuerpo de un enano. Tenía la nariz chata, los ojos pequeños como cabezas de alfiler, el bigote abundante pero bien perfilado en una raya completamente horizontal de cerdas duras y enhiestas, como les gustaba llevarlo a los chupópteros del Régimen; el cabello le brillaba como un casco y tenía el labio superior ligeramente levantado, en un mohín leporino que le daba un aire displicente de continuo disgusto.

—No muy bien —respondió con acrimonia—. No está respondiendo a los antibióticos. —Lo miró con algo parecido a la sorna—. ¿Le importaría acompañarme a mi despacho... doctor?

Lo siguió, como un cordero camino del matadero que no osa ni siquiera balar. Avendaño lo invitó a sentarse al otro lado del escritorio; él hizo lo propio, después de

alzarse la bata con mucho melindre, como una damisela que no quiere arrugar los pliegues de su falda.

—Cuando nos abandonó nunca pensé que volvería a verlo tan pronto —dijo Avendaño, con demorado regocijo—. Y mucho menos en estas circunstancias.

Avendaño era el responsable máximo de su preterición en los últimos años; como tantos otros aprovechateguis aflorados tras el *aggiornamento* del Régimen, profesaba una inquina obstinada a los falangistas de la vieja guardia, a quienes procuraba postergar en su departamento y purgar en el hospital.

—La vida tiene estas ironías, Avendaño. —Cifuentes se encogió de hombros—. Lo que llevaba planeando tantos años hacer conmigo y no pudo finalmente hacer es filfa, comparado con lo que ahora me espera.

El bigote de Avendaño se hinchó rozagante, acompañando su sonrisa. Tomó del escritorio una carpetilla con el historial clínico de Consuelo.

—Veamos. La paciente, Consuelo Guerricaechevarría Mendoza, presentaba en la parte baja de su abdomen una sensibilidad muy intensa. Endometritis en la cavidad uterina, con flemón del ligamento ancho, pelviperitonitis y sínfisis en la región pubiana. Se han observado restos de sangre en la vulva y en la vagina, así como pequeños coágulos en el cuello del útero y rozaduras en ambos parametrios, que parecen indicar que recientemente le ha sido extraído un feto mediante métodos quirúrgicos. —Había leído con una calculada y tediosa monotonía. Luego levantó la vista de la carpetilla, recochineándose—: ¿Cómo llamábamos a esto en clase, Cifuentes? ¡Oh, sí! Aborto séptico, ¿verdad? Un aborto séptico de libro. No mal ejecutado, por cierto, aunque en condiciones de esterilización deficientes. Y en una paciente de condición física más que precaria.

Cifuentes no trató de defenderse. Inquirió:

—¿Por qué no ha reaccionado bien a los antibióticos?

—Como usted sin duda sabe, los antibióticos no son la purga de Benito, aunque así se los presenten a la gente. —Avendaño frunció todavía más su labio leporino—. Esta muchacha... —consultó de nuevo la carpetilla—, Consuelo, ha padecido un *shock* endotóxico, derivado precisamente de que la flora de su útero ha desarrollado una resistencia a los antibióticos, tal vez por haber ingerido recientemente algún fármaco contraindicado, o por haberle sido administrada alguna forma de antibiótico adulterado que, en lugar de destruir los estreptococos, los ha hecho más fuertes. Estamos luchando contra la infección; pero si no se presenta mejoría en las próximas horas, mucho me temo que...

Calló pudorosamente, mientras Cifuentes hundía la mirada en el suelo, abrumado por un sentimiento mixto de culpa y futilidad: culpa ante su crimen, futilidad ante las excusas que podría invocar en su descargo. A fin de cuentas, aunque hubiese recurrido a los métodos más torticeros y bellacos, Gabi no le había puesto una pistola en el pecho, obligándolo a perpetrar el aborto.

—Imagino que la chica fue quien acudió a usted pidiéndole que interrumpiera su

embarazo —Avendaño, curiosamente, empleaba los mismos eufemismos grotescos que Cifuentes había escuchado por primera vez a Gabi—, pero no se le escapa que este tipo de operaciones están penadas por la ley con cárcel e inhabilitación de por vida. Y debo recordarle también, Cifuentes, que al aceptar realizar la operación se hizo responsable de esta chica. Si ella muriese...

Cifuentes suspiró, desarbolado.

—Lo sé, lo sé.

Había entrado en el despacho de Avendaño un interno que parecía despavorido:

—La joven que trajo el... doctor Cifuentes se encuentra muy mal —anunció—. El pulso le ha caído de golpe de ciento treinta a cuarenta.

Salieron los tres en estampida a la unidad de cuidados intensivos, donde Consuelo se hallaba entubada y con un gotero conectado al brazo. La palidez amarillenta de la noche anterior se había tornado ya casi mortuoria; y las calenturas de los labios, ahora renegridas, semejaban brotes de gangrena. Una enfermera le auscultaba el corazón con un estetoscopio.

—El latido es muy débil, doctor Avendaño. Me temo que se nos va —dijo—. Hace un rato despertó y empezó a llamar a un tal Gabi.

—Es un tío suyo —aclaró Cifuentes, mordiéndose la rabia.

Consuelo intentaba de nuevo hablar, entre estertores y boqueadas. Lo que salía de su boca era apenas un murmullo acezante, ensombrecido por el delirio:

—Gabi... Gabi... ¿estás ahí?

Cifuentes sabía bien que nada brinda mayor consuelo a un moribundo que la cercanía de un ser querido, aunque ese ser fuese alguien tan despreciable y cobarde como el hombre que había dejado abandonada a su sobrina. Le rogó a Avendaño:

—¿Me permite que me siente a su lado? Haré como que soy su tío y eso la reconfortará.

Avendaño asintió, displicente. Cifuentes se sentó a la vera de la cama y aferró las manos yertas y gélidas de Consuelo, en contraste con la frente ardiente.

—Tranquila, pequeña. Estoy contigo —dijo.

—¿Gabi? —Su voz apenas podía alzarse, entre las telarañas de la inconsciencia—. Gabi... Ya no puedo llamarte tío. Te quería mucho... Gabi. Dios sabe que te quería mucho. Y espero... que nos perdone... a los dos... —Los párpados se le agitaban como mariposas en su último revoloteo, y su cuerpecillo sucumbía a los espasmos—. Y el niño... Gabi... tu niño... dónde... está... Gabi, dónde.

Enmudecieron sus labios, en un rictus de crispación que Cifuentes borró con la palma de la mano. Un sudor frío acudió a su piel mientras desentrañaba el sentido de aquellas palabras postreras de Consuelo: era como si ante sus ojos se revelara, con creciente nitidez, la imagen de una fotografía sobre una cartulina que había permanecido en blanco hasta apenas unos instantes antes; y lo que iba emergiendo en esa fotografía lo llenaba de un horror inesperado. Tomó las manos exánimes de Consuelo y las cruzó sobre el vientre, que él había expoliado unas horas antes, y besó

su frente repentinamente fría con la unción resignada del penitente que se sabe condenado a vagar sin rumbo, sin hallar jamás perdón a su falta. Salió arrastrando los pies de la unidad de cuidados intensivos, ajeno a la mirada estupefacta o desdeñosa o acusatoria de Avendaño, el interno y la enfermera, y siguió arrastrándolos por los pasillos del hospital, que tenían ese aire a la vez familiar e inhóspito de las geografías soñadas. Estaba ofuscado, dilacerado por un turbión de pensamientos revueltos, como en una gran ceremonia del caos; y, sin embargo, penetrando como el tajo de una espada esa maraña espesa, brillaba la revelación que hasta entonces le había sido escamoteada, la revelación que Cifuentes habría preferido eludir e ignorar, temeroso de quedar petrificado por el espanto, como aquellos incautos que osaban mirar de frente a la Gorgona. Gabi había seducido a su sobrina, la había dejado embarazada y después la había obligado a abortar, sirviéndose de su ayuda, urdiendo aquella fábula del hombre casado que no quería saber nada del hijo bastardo; y, cuando sus planes se torcieron, después de que su propio hijo hubiese sido asesinado, no había tenido ningún reparo en dejar a su madre a merced de la muerte.

No acertaba a comprender cómo el joven impetuoso que había conocido quince años atrás había podido degenerar en aquel monstruo aborrecible que no se detenía ni siquiera ante el tabú del incesto; y que, ante las consecuencias de su infracción execrable, no había vacilado en sacrificar a sus víctimas, para salvar a la desesperada su reputación, tal vez para poder seguir perpetrando atrocidades semejantes. Sabía que Gabi procedía de un mundo ominoso; sabía que, trabajando con su padre, allá en la primerísima posguerra, había frecuentado a estraperlistas y logreros; sabía que tal vez hubiese participado, siquiera por omisión, de los métodos inescrupulosos de aquellas sabandijas que se lucraban del dolor y la necesidad ajenos. Pero también sabía que había renegado sinceramente de aquel mundo ominoso, después de que el escándalo de las vacunas adulteradas contra la poliomielitis le revelara la verdadera naturaleza de los negocios paternos. De su conversión le había brindado pruebas suficientes, primero en las reuniones del S. E. U. que el propio Cifuentes organizaba en la facultad de medicina; después alistándose en la División Azul, donde habían combatido juntos durante un año, a orillas del río Volchov. A su memoria acudieron entonces los innumerables episodios de intrépida gallardía que Gabi había protagonizado en el frente ruso: episodios que él mismo había presenciado, en las escaramuzas que cada día libraban contra el enemigo, en su trato cotidiano con la tropa, en su empeño por ofrecerse siempre voluntario en las misiones más peligrosas e inciertas; y le constaba, porque otros divisionarios así se lo habían confirmado, que su conducta había seguido siendo la misma, después de que Cifuentes fuese repatriado, y en los años más difíciles del cautiverio. El mismo hecho de que Gabi hubiese renunciado a la repatriación, habiendo podido sumarse a cualquiera de las expediciones que, periódicamente, regresaban a España, probaba el temple de su carácter, y también la consistencia de su conversión: seguramente en ella había algo del furor enardecido del converso, y hasta podría tal vez presumirse que en su



intrepidez un tanto desaforada alentase cierta irresponsabilidad suicida, propia de los hombres que se avergüenzan de su pasado y no vacilan en exponerse insensatamente a la muerte, pensando que en ella encontrarán la única redención posible; pero tales rasgos de temeridad o vehemencia no empañaban ni un ápice la catarsis que se había operado en su alma. Algo había ocurrido en los años oscuros de su cautiverio, algo que no se explicaba como un mero desengaño o una expresión del natural abatimiento provocado por tantas penalidades sin esperanza de término; tampoco como una necrosis o abjuración de los ideales juveniles y una vuelta a las andadas de las fechorías que había aprendido al lado del padre camandulero. Para transgredir las prohibiciones humanas y divinas que vedan el incesto, como para sacrificar sin empacho la vida de inocentes con los que se comparten vínculos consanguíneos, hacía falta algo mucho más profundo y devastador. Hacia falta una metamorfosis completa, hacía falta convertirse en otra persona, ser otra persona. Por un instante, entre aquel turbión de pensamientos caóticos que lo ofuscaban, centelleó una sospecha o conjetura que hubiese servido para explicar tal metamorfosis; pero era una sospecha o conjetura tan rocambolesca y peregrina que la razón la repudiaba.

Cifuentes había llegado al vestíbulo del hospital, dejando tras de sí una estela de antiguos compañeros que cuchicheaban a sus espaldas o callaban a su paso, abrumados por la pena o el escándalo. Ya sabían todos la razón por la que había vuelto a pisar aquel lugar, en el que durante más de una década había ejercido su profesión, trayendo niños al mundo; ya sabían que había traicionado los juramentos hipocráticos y había provocado la muerte de una joven, después de matar al niño que se gestaba en su vientre. Lo miraban con una mezcla de curiosidad macabra y ofendido pasmo, como se mira al reo camino del cadalso, o al penitente al que se obliga a pasear con un sambenito colgado del cuello por las calles, para que sirva de aviso y escarmiento a quienes han cometido su mismo pecado, y de regocijo y ludibrio a quienes esperan no cometerlo jamás, más por miedo a la represalia que por verdadera convicción. En el vestíbulo del hospital de San Carlos habían instalado un teléfono público; Cifuentes siempre se preocupaba, cuando salía de casa, de adquirir en la estación o en un estanco las fichas que permitían realizar llamadas. Discó el número de su casa, la casa de labranza que Amparo y él habían adquirido con privaciones y esfuerzos a las afueras de Valladolid, la casa en la que habían soñado desarrollar una nueva vida y criar una numerosa prole. Pero aquel sueño había quedado trunco o nonato para siempre, trunco o nonato como el niño que había arrojado al cubo de la basura el día anterior.

—Amparo, soy Pacorris —se anunció. Aunque su impulso natural, cuando hablaba desde un teléfono público, era alzar la voz, se había anunciado casi en un susurro, para que el grupo cada vez más numeroso de curiosos que se habían congregado en el vestíbulo, acompañando su camino al cadalso, no pudieran figonear su conversación.

—Se te oye fatal, cariño —dijo Amparo—. ¿Vuelves ya para casa?

Cifuentes formuló una breve sonrisa magullada.

—No, Amparo, por desgracia esto parece que va para largo.

Se hizo un silencio mohíno al otro lado de la línea; pero enseguida Amparo se sobrepuso a la contrariedad:

—Qué se le va a hacer —se conformó. Y trató de impostar un tono festivo—: Espero que, al menos, tus antiguos compañeros te hayan recibido bien.

—¡Oh sí! Me sacan a cenar y luego me pasean por los cabarés, para honrarme como merezco. Avendaño, incluso, se propone hacerme un homenaje en la Universidad.

Rió Amparo, ahora sin fingimiento. Así le gustaba verla a Cifuentes, vivaracha y jovial como en sus años juveniles, cuando era una chica topolino por la que todos los miembros de la pandilla bebían los vientos.

—¡Pues que no se te suban mucho los humos, eh! No sea que alguna pindonga de esas que andan por los congresos de medicina quiera robarme a mi maridín. —Volvió a reírse, antes de suplicar—: Vuelve pronto, cariño. Cada minuto que nos roban me duele en el alma.

Cifuentes notó la apremiante inminencia de las lágrimas. Murmuró:

—En realidad, ya nos han robado todo el tiempo del mundo. —Y, para aliviar aquel comentario demasiado esotérico o presagioso, añadió—: Deberíamos habernos casado hace mucho, cuando aún éramos jóvenes.

Amparo calló por unos segundos, desconcertada ante el tono excesivamente pesaroso o recriminatorio que adoptaba la conversación.

—Supongo que ahora es fácil decirlo —habló al fin, golpeada por los recuerdos—. Pero ambos decidimos que debíamos ser leales con Gabi. —Y espantó la zozobra—: Además, ¿quién ha dicho que no seamos jóvenes? Aquí me tienes, embarazada como una ternera.

Cifuentes se mordió el labio inferior, para reprimir un sollozo. Le bajaban por las mejillas, entorpecidos por la barba, unos lagrimones lentos y espesos, como destilaciones de su propia sangre.

—Hemos sido leales a tantas cosas y a tantas personas que no merecían nuestra lealtad... —dijo, otra vez en un tono esotérico. En realidad, estaba disfrazando bajo aquel plural difuso a la única persona que había destruido su vida—. Y total, ¿para qué? Para servir a traidores y a impostores.

—No digas eso, Paco —protestó Amparo, lastimera—. Al menos nosotros podemos caminar con la cabeza bien alta, cosa que muchos no pueden decir. No hemos traficado con nuestros principios por un plato de lentejas.

Pero Cifuentes ya no podría caminar con la cabeza bien alta nunca más; y aunque no hubiese traicionado esos principios por un plato de lentejas, sino por un insensato sentido de la amistad, o por entregar su amistad a quien no la merecía, sabía que no podría seguir viviendo con la cabeza gacha. Y mucho menos que Amparo tuviese que agacharla por su culpa. El silencio se tensaba como una ballesta.

—¿Paco? ¿Te ocurre algo? —preguntó Amparo, alarmada.

—Nada, mujer, qué habría de ocurrirme —se esforzó para sonar risueño, en medio de su desolación—. Has sido siempre muy buena conmigo, Amparo.

—¿Cómo que he sido, he sido? Soy y lo seré, espero que por mucho tiempo —proclamó ufana—. Pero es muy fácil ser buena mujer con un hombre como tú. Haces que me sienta muy orgullosa de haberte elegido.

—Espero que nunca dejes de estarlo, cariño. Ni siquiera si te cuentan cosas malas sobre mí. —No dejó que Amparo le pidiese explicaciones—. Ahora tengo que dejarte. Te quiero más que a mi vida.

Y, precisamente porque la quería, tenía que hacer lo que había decidido hacer. El corro de curiosos congregado en el vestíbulo ya ni siquiera se molestaba en guardar un discreto silencio, o en mirarlo tan sólo de reojo: su runrún chismoso, como un enjambre revuelto, le zumbaba en los oídos; y, allá donde ponía la vista, se topaba con rostros inhóspitos y acusadores. Tal vez ya hubiesen llamado a la policía, advirtiéndole que un médico que acababa de matar a una joven, después de perpetrarle un aborto (pero más probablemente habrían dicho «después de interrumpir su embarazo»), se disponía a abandonar el hospital; sin embargo, ninguno de los curiosos tuvo valor para detenerlo cuando efectivamente lo abandonó, y se quedaron mirándolo detrás de las puertas de cristal del vestíbulo, como se mira tras el cristal del acuario al tiburón que trata en vano de escapar de su jaula acuática. Cifuentes prendió un cigarrillo y aspiró su humo con el ansia de quien espera la andanada que siegue su respiración. Arrancó a andar sin mirar atrás; ahora ya podía decirse con completa propiedad que era un prófugo de la justicia, un asesino en busca y captura, un médico deshonorado y despojado de su título, un profesor inhabilitado, desacreditado ante sus colegas y estigmatizado para siempre. Pero nada de esto le habría preocupado, si hubiese estado soltero; y habría acatado la condena a la cárcel como un liviano anticipo de la condena mucho más rigurosa que le tenía reservado el juicio de Dios. Pero no estaba soltero; y no soportaba imaginar la decepción de Amparo, cuando supiese que su marido había sido detenido por abortero, cuando tuviera que escuchar los particulares turbios de su crimen en las sesiones del juicio, cuando tuviera que explicar al hijo de ambos las razones por las que su padre cumplía condena en un presidio, las razones por las que otros niños lo señalaban y se burlaban de él en el colegio, en la calle, dondequiera que fuese y se hallase siempre la misma cantinela oprobiosa. Prefería, antes que repercutir sobre Amparo y su hijo ese baldón, afrontar de inmediato el juicio de Dios.

Madrid se desperezaba como una actinia, desplegando los tentáculos de su actividad. Aunque Cifuentes no llevaba ni medio año viviendo en el campo, aquella agitación todavía incipiente se le antojó de una efervescencia indescifrable, casi como una premonición del infierno que le aguardaba. Caminó por la calle de Atocha como quien se adentra por un laberinto babélico en el que no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que vedan el paso, pero

donde su impresión de desconcierto era exactamente la misma que si los hubiese. Cuando llegó a la plaza Mayor se demoró entre los puestos de quincalla y las chirlatas con que los truhanes embaucaban a los paletos y a los turistas más propensos al timo; y durante un rato se dejó, incluso, embaucar en una de aquellas chirlatas, para recuperar el sabor (o el regusto) de una inocencia perdida para siempre, hasta que casi se quedó sin calderilla. Y la habría agotado si entonces no lo hubiese alcanzado una vaharada de pan caliente, recién sacado del horno, procedente de una tahona próxima, casi oculta entre los soportales de la plaza. Compró allí una hogaza con las últimas monedas que le restaban y la mordió en un currusco dorado, dejando que su sabor recio y candeal le anegase las papilas gustativas, como una eucaristía sanadora y última. Reanudó su camino, mordisqueando la hogaza; y, en su derredor, se congregaron palomas, disputándose las sobras de su festín. Entonces, mientras avanzaba por la calle Mayor, empezó a desmigajar la hogaza, para que las palomas pudieran llenar el buche; y así, escoltado por las palomas, nimbado de palomas, sostenido franciscanamente en el zureo de las palomas, desembocó en la calle de Bailén, desde la que se avistaba, como un acantilado blanco o un mausoleo de fantasmas destronados, el Palacio Real, y a su lado una catedral a medio construir, como un templo que hubiese sido arrasado por los bárbaros o que aún estuviese esperando sus incursiones, antes de que Dios se decidiera a establecer allí su morada. Cifuentes espolvoreó los últimos restos de la hogaza, para revuelo de las palomas, que aún siguieron acompañándolo en su paseo, como si quisieran probarle su lealtad y aliviarle el peso de la traición. Desde el Viaducto se avistaba un Madrid más menestral y artesano, menos tentado por el bullicio y la prisa, más ajeno a las vanidades y corruptelas de la villa y corte, donde prosperaban los chupópteros del Régimen. Mientras se encaramaba a la barandilla, aupado casi por las palomas, Cifuentes pensó que tal vez aún Amparo y su hijo alcanzaran a ver ese amanecer ilusorio que había cantado en su juventud, cara al sol y con la camisa nueva. A él ya lo había hallado la muerte; y lo aguardaba el juicio de Dios.

Por un instante flotó en el aire, sostenido por las palomas de su séquito, sublimado él mismo en paloma que desafía las leyes de la gravedad. Luego cayó y se escachó como un huevo sobre los adoquines de la calle de Segovia.

—Pase, pase, don Gabriel —le dijo, con ademán compungido o luctuoso, el doctor Avendaño—. Creo que no tenemos el gusto de conocernos, ¿verdad?

—Creo que no, doctor —repuso Antonio, extendiéndole la mano.

Se hallaban en el depósito de cadáveres del hospital de San Carlos, que tenía un olor como de pudridero aliviado por el formol, y una luz medrosa, como de capilla sin culto u oficina de algún catastro fúnebre. El cadáver de Consuelo estaba tendido sobre una camilla con ruedas; una sábana la cubría cándidamente desde el arranque de los senos hasta las rodillas. Le sorprendió que la muerte la hubiese embellecido, siquiera desde las últimas veces que la había visto; como si, al expirar, Consuelo hubiese expulsado con su hálito postrero el vacío aniquilador que Antonio le había contagiado, y su alma al fin liberada hubiese esparcido un bálsamo benéfico sobre su cuerpo expoliado, antes de acometer su viaje hacia lo alto. Había una extraña paz en su semblante, una palidez que volvía a ser saludable y nívea y recordaba su lozanía anterior; y sus labios, que habían ganado en carnosidad, parecían susurrar el secreto que se había llevado a la tumba, incluso sonreír en presencia de Antonio, que se quedaba solo en su vacío sin fisuras, solo mientras la pululación de la nada merodeaba en su derredor, como una mosca verduzca a punto de desovar.

—Siento haber sido heraldo de tan trágicas noticias —se excusó Avendaño—. Por favor, acepte mis condolencias.

Antonio apenas podía hablar. Notaba que los pulmones le pesaban como fardos empapados en agua, amenazando con rasgarle la pleura y reventarle las costillas. Era una impresión que no lo había abandonado desde que lo llamasen al hotel Miranda, en San Lorenzo de El Escorial, donde había permanecido sin moverse desde la noche anterior, para mejor fundamentar su coartada. La llamada del doctor Avendaño había sido al mediodía; imaginó que, desde la muerte de Consuelo, a eso de las ocho, habrían estado indagando su identidad y tratando de localizar a sus familiares. A él lo habían llamado a continuación de hacer lo propio con sus padres, que en San Sebastián permanecían ajenos a las últimas vicisitudes de Consuelo, engañados por ella misma, que habría justificado su estancia en Madrid —aunque en realidad estuviese refugiada en Sigüenza— alegando dilaciones en el rodaje de la película.

—Pobres padres, se quedaron absolutamente noqueados, y eso que no me atreví a contarles más, como tampoco hice con usted —dijo Avendaño, frunciendo el labio

leporino con un rictus de amargura.

Antonio tragó saliva. Le supo agria como el vinagre.

—La querían mucho, era su única hija. Van a tardar en reponerse.

—Y, sin embargo, el último nombre que pronunció la pobrecilla fue el suyo —lo informó Avendaño, en un intento de granjearse su simpatía—. Ya no tenía fuerzas para hablar y no se le entendía casi lo que decía. Sólo acerté a escucharle: «Te quería mucho, Gabi. Dios sabe que te quería mucho».

Y él también podría haberla llegado a querer, en una vida anterior; aunque lo más probable es que en esa vida anterior ni siquiera hubiese llegado a conocerla, ahorrándole tanto sufrimiento. Fue entonces, mientras contemplaba el cadáver de Consuelo, cuando Antonio decidió que tenía que poner término a su simulacro de vida; que tenía que desaparecer tan pronto como los trámites funerarios se lo permitiesen, antes de seguir causando más daños. Incluso un canalla completo debía imponerse un límite.

—Yo también la quería, doctor. Era la niña más deliciosa del mundo. También tardaré mucho en reponerme.

Avendaño agachó la cabeza, que parecía casi una cabeza jibarizada.

—Le puedo asegurar que hicimos todo lo humanamente posible por salvarla, pero la infección era muy virulenta y sus condiciones realmente deplorables —dijo, en descargo de su conciencia—. Es posible incluso que la hubiesen medicado de forma errónea. Supongo que si le hacen la autopsia se sabrá en los resultados. Aunque no sé si tiene sentido andar hurgando en la llaga del dolor...

Le hizo temblar la posibilidad de una autopsia, que tal vez revelase la presencia de los antibióticos adulterados en su sangre.

—Yo diría que ningún sentido, doctor. A fin de cuentas, ninguna autopsia nos la va a devolver con vida.

Pero, más aún que a la autopsia, temía a Cifuentes, que podría aportar datos que hiciesen tambalear su coartada. Avendaño proseguía:

—Consuelo llegó al hospital ayer por la noche, pasadas las diez, con una temperatura que superaba los cuarenta grados y una septicemia galopante. Ni siquiera la estreptomicina pudo detener su avance. —Calló con un silencio contrito, antes de aventurar con cautela—: Me temo que la verdad le resultará muy dura, don Gabriel...

—¿Verdad? —se sobresaltó Antonio—. ¿Qué verdad?

Miró otra vez a Consuelo, buscando un alivio a su zozobra, pero Consuelo no se inmutó.

—No creo que sea conveniente ocultarle los detalles más escabrosos... Es más, mi deber como médico es exponerle esos detalles, sin tratar de embellecerlos o de restarles crudeza —se disculpó Avendaño, que tal vez hallase un inescrutable deleite, más que en la revelación de los detalles escabrosos, en la acusación de quien creía máximo responsable de la muerte de Consuelo—. Verá: su sobrina murió como consecuencia de un aborto séptico.

Antonio fingió incredulidad. La opresión en los pulmones facilitaba su pantomima.

—¿Aborto? ¿Está seguro de lo que me dice, doctor?

—Desgraciadamente, sí. —Le llevó una mano a la espalda, en actitud reconfortante—. Lamento herir sus sentimientos. ¿No tenía conocimiento de su embarazo?

Su pregunta denotaba que Cifuentes no lo había mencionado como inductor del crimen. La opresión de sus pulmones se redujo notoriamente, justo cuando más tenía que afectar consternación:

—No tenía ni la menor idea... Lo cierto es que, durante los últimos meses, Consuelo me esquivaba más de la cuenta —lo dijo en un tono caviloso, como si estuviera tratando de explicar retrospectivamente ese desapego—. Supuse que se habría echado algún novio y que no quería que sus padres lo supiesen, y que por eso me rehuía.

Avendaño chasqueó la lengua, íntimamente complacido. El muy idiota saboreaba sus revelaciones:

—Ya me lo imaginaba. Lo cierto es que el caso de Consuelo reúne algunos matices... perturbadores. El hombre que la trajo al hospital, por ejemplo, fue el mismo que... interrumpió su embarazo.

Un embarazo no se puede interrumpir, le había dicho el intemperante Cifuentes, tan acostumbrado a un lenguaje cespado y sin circunloquios. Pero, por lo que veía, el lenguaje eufemístico ya se había extendido también entre los médicos menos intemperantes o más hipócritas que Cifuentes.

—No me diga...

—Sí, como lo oye. Y, siendo completamente sincero, he de reconocer que en ningún momento pretendió negar que había sido el responsable de la... operación. —Antonio pensó que aquel tipo, sin duda alguna, era uno de esos meapilas farisaicos y sinuosos que tanto encabronaban a Cifuentes—. Y no se crea que era un curandero de esos que operan al margen de la ley, no señor. Era todo un catedrático de ginecología y obstetricia. —Deslizó la perfidia—: En una universidad menor, todo hay que decirlo, y después de que en la Complutense lo mandásemos a freír espárragos, pero catedrático a fin de cuentas.

—Increíble... —se admiró Antonio, preparándose para mostrar pronto una sorpresa todavía mayor.

—Y tanto. Nunca he sabido de un catedrático que se exponga de esa manera. —Avendaño pugnaba entre la aversión que profesaba a Cifuentes y la fastidiada admiración que le suscitaba su gallardía—. Supongo que tendría alguna razón de peso para hacer lo que hizo. Que no fue una chapuza, aunque pueda parecerlo: la operación fue intachable, en lo que se refiere a pericia médica; fallaron la asepsia y el estado físico de la paciente. En fin, me he propuesto darle todos los datos, conque aquí los tiene: el médico que operó a su sobrina fue Francisco Cifuentes, antaño

profesor de esta fa...

—¡Cifuentes! —exclamó Antonio, poniendo en el empeño sus mejores dotes histriónicas.

—¿Lo conoce?

—Y tanto que lo conozco. Yo mismo se lo presenté a Consuelo, hace unos meses, aprovechando una visita suya a Madrid. —Acompañó su perplejidad impostada de una especie de lastimado enojo ante la confianza defraudada—: Fuimos camaradas en la División Azul.

Avendaño no ocultó su disgusto ante la mención de aquel polvoriento episodio bélico que seguramente ofendería sus convicciones o pamemas democristianas.

—Estamos hablando, sin duda, del mismo hombre —dijo, y tanteó a Antonio—: Sólo que él se había quedado anclado en aquellos años.

—Por desgracia así es —concedió Antonio—. Nunca supo adaptarse a la vida civil. Pero era un hombre de principios, aunque fueran principios trasnochados. Me sorprende que accediera a realizar esa... operación.

Le avergonzaba tener que ejecutar aquella pantomima ante el cadáver de Consuelo, que sin embargo ya había logrado desasirse de la nada voraz e ininteligible que moraba dentro de él, la nada que crecía sigilosamente en sus vísceras y encharcaba su alma sin remisión posible, como una gangrena insomne.

—Probablemente lo hizo por evitarle a usted el disgusto de saber que su sobrina había quedado preñada, a saber por qué desaprensivo —aventuró Avendaño—. Cifuentes era propenso a las quijotadas y a los extremismos, y no hay que descartar que se le metiera entre ceja y ceja que debía salvar a su sobrina de las iras familiares. Pero hay que reconocerle el coraje de venir al hospital, y más concretamente a este hospital donde todos lo conocíamos, a pecho descubierto y sacrificando su carrera. Porque lo que hizo fue como firmar su certificado de defunción.

No le pasó inadvertido que Avendaño empleaba el pasado para referirse a Cifuentes, pero entendió que era un modo ensañado de ninguneo, una vez liquidada su carrera académica. Ahora su inquietud máxima era ratificar su coartada:

—Y pensar que yo, mientras tanto, estaba tranquilamente en El Escorial... Nunca me lo perdonaré. Tal vez si me hubiese quedado en Madrid...

Avendaño se apresuró a aligerarlo de remordimientos, ignorante de que Antonio no cultivaba tales flaquezas:

—No nos engañemos, don Gabriel. Es evidente que habían decidido mantenerlo en secreto; y lo mismo habría dado dónde hubiese estado usted. Además... —había demorado aquella revelación como quien guarda el mejor vino para el final de la boda— quizá le convenga saber que Cifuentes se suicidó. En el Viaducto, nada menos.

—¿Qué me dice?

Ahora su asombro era verídico. Lo golpeaban a un tiempo sentimientos de alivio y disgusto: la muerte de Cifuentes fortalecía su coartada; pero también ratificaba



aquella enseñanza que el propio Cifuentes le había expuesto, recién desembarcado del *Semíramis*, el mal siempre nos atrapa, es como el hombre que está encerrado en una habitación y piensa que, destrozando la puerta, será libre al fin; pero destroza la puerta y se encuentra en una habitación más angosta; y, cuantas más puertas destroza, más se estrecha la habitación, hasta que muere ahogado. Antonio ya empezaba a notar ese ahogo, y no podía seguir destrozando puertas, que eran las vidas de quienes lo rodeaban. Tenía que salirse por una ventana, antes de que fuera demasiado tarde.

—Sí, nada más morir su sobrina, abandonó el hospital y fue derecho al Viaducto. —No había el más mínimo rastro luctuoso en su voz—. Yo mismo me había encargado de llamar a la policía, para denunciarlo; a las pocas horas la policía me informó de su trágico fin. No creo que tengan intención de remover más el caso: las interrupciones de los embarazos prefieren no airearlas demasiado. Y esperemos que el asunto no llegue a oídos de la prensa; en lo que esté en mi mano, desde luego, lo evitaré. No sé si la familia...

—Lo mejor será evitar la publicidad, desde luego —se apresuró a confirmar Antonio.

Avendaño era hombre concienzudo y no dejaba fleco sin resolver:

—En cuanto al cuerpo de su sobrina... Imagino que sus padres querrán llevárselo a San Sebastián. Ninguno de los dos conducía, según me dijeron, y creo que vendrán en tren. —Y se ofreció, voluntarioso—: Para nosotros no es ningún problema hacernos cargo hasta mañana temprano...

—Se lo agradezco de corazón. A mí me da reparo actuar sin el permiso de sus padres —musitó Antonio.

Volvió a martirizarlo la opresión en los pulmones, ante el cúmulo de escollos que se erguían en el horizonte más inmediato, haciendo cada vez más arduo e impracticable su simulacro de vida. Avendaño interpretó su respiración dificultosa como un síntoma de derrumbe inminente:

—Será mejor que vayamos a mi despacho... Allí podrá reponerse del golpe.

Avendaño extendió el embozo de la sábana que cubría el torso del cadáver de Consuelo sobre su rostro; al hacerlo, quedaron al descubierto sus rodillas, todavía deseables, en las que tantas veces había apoyado su mano mutilada, mientras iban de excursión en el coche. Antonio percibía que su inteligencia, por lo común tan maquinadora, parecía haberse atollado o eclipsado, como si sobre ella hubiesen desfilado esas nubes raudas que a veces ensombrecen los campos.

—Disculpe, doctor —dijo—. Toda esta historia me ha dejado por completo desolado. No sólo muere mi sobrina querida, sino también el amigo... O el que yo consideraba amigo.

El labio leporino de Avendaño casi se volvió del revés, al fruncirse en un rictus de aprensión o grima:

—Y, encima, tengo entendido que Cifuentes acababa de casarse. Demasiadas vidas destrozadas de una sola tacada.

Demasiadas, en efecto. Y, aunque careciese de escrúpulos morales (o tal vez por ello mismo), Antonio no había perdido la conciencia de peligro y el instinto de supervivencia: estaba dejando demasiados cadáveres a su paso, demasiadas vidas tronchadas, demasiados damnificados; y esa estela de dolor parecía avanzar concatenadamente, como una hilera de fichas de dominó que, al caer, impulsan en su caída a la siguiente, en imparable sucesión; y no sabía cómo detenerla. Había llegado la hora de abandonar su impostura; pero antes debía borrar las huellas que pudieran contradecir su coartada o involucrarlo en las muertes de Consuelo y Cifuentes. Y, en esa tarea de limpieza exhaustiva, debía deshacerse de todo vestigio del aborto que se había perpetrado en el piso del Retiro, empezando por los propios despojos y restos orgánicos de la operación, para seguir por el instrumental quirúrgico de Cifuentes y los envases de los fármacos adulterados que empleó en su vano intento de detener la septicemia. Se despidió de Avendaño, agradeciéndole una vez más su eficiencia y colaboración (en verdad muy beneficiosas para sus intereses), y condujo hasta la calle de Alfonso XII.

Cuando abrió la puerta del piso, comprendió que la celeridad con que caían las fichas del dominó era demasiado vertiginosa, incluso para un hombre de reflejos casi instantáneos como él. De nuevo el piso había sido asaltado; y esta vez los estragos eran aún mayores, como si el asaltante, no contento con revolverlo todo, hubiese querido demostrar petulantemente que lo asistían fuerzas sísmicas, capaces de derribar muebles a su paso, capaces de apisonar y reducir a añicos cualquier objeto frágil que osara interponerse ante su frenesí destructivo, capaces de convertir un hogar en una suerte de desván borracho en el que nada ocupa su sitio. En esta ocasión, además, el asalto no se había circunscrito como la vez anterior a unas pocas habitaciones; habían sido arrasados, por ejemplo, todos los armarios donde el acaparador padre de Mendoza almacenaba sus mercancías, sanas o adulteradas: los anaqueles de la despensa habían sido barridos, y una montaña de latas y recipientes varios, abollados o reventados, se extendía en derredor; idéntica suerte había corrido el botiquín, que dispersaba por el suelo un pedrisco de grageas, píldoras y ampollas quebradas; y la cámara frigorífica había sido vaciada de las bolsas de carne y pescado que ahora esparcían por la casa un olor acre, premonitorio de la putrefacción.

Antonio levantó la tapa de la cámara; y allí estaba Paloma.

Con la lengua lívida asomando como un molusco obsceno entre los labios, con la mirada coagulada de espanto, con el cuello todavía circundado por la marca del estrangulamiento. Allí estaba el cadáver de Paloma.

No podía llevar mucho tiempo allí metido, sin embargo, pues aún no mostraba demasiados síntomas de congelación; y ni siquiera el *rigor mortis* había agarrotado por completo sus miembros. Llevaba, bajo el vestido un tanto descocado o primaveral que se le habría alzado mientras la introducían en la cámara, la lencería ortopédica o churrigueresca que tanto gustaba, al parecer, a los anormales que reclamaban sus servicios. Antonio seguía creyendo que alguno de esos anormales, tal vez deseoso de

hacer realidad sus fantasías más sádicas o aberrantes, habría terminado por matarla, después de que el acoso telefónico y los asaltos al piso le resultaran insatisfactorios; era una hipótesis tranquilizadora, que no explicaba convincentemente los destrozos del mobiliario, pero que al menos exoneraba a Antonio de responsabilidad en aquella mortandad creciente que iba dejando a su paso. En cualquier caso, y con independencia de la identidad y el móvil del asesino, lo que resultaba evidente era que el cadáver de Paloma se había convertido en un nuevo obstáculo en su carrera cada vez más alocada por abandonar la camisa de Gabriel Mendoza. Otra vez los pulmones le pesaron como fardos empapados de agua, oprimiéndole la pleura y las costillas; y un torrente de adrenalina empezó a circular por su sangre. Recordó entonces que el recepcionista del hotel Miranda, en San Lorenzo de El Escorial, al que había dado palique en repetidas ocasiones, para robustecer su coartada, le había hablado de un paraje en la sierra de Guadarrama, cerca de Buitrago, donde las aguas del río Lozoya, encajonadas entre barrancas, habían excavado pozas en la piedra caliza que se contaban entre los parajes naturales de la provincia menos frecuentados por el turismo y más dignos de ser visitados. Resolvió que allí sepultaría el cadáver de Paloma; pero convenía aguardar a que avanzase la noche para sacarlo de casa, evitando así encontrarse con algún vecino en la escalera o algún transeúnte en la calle. Sacó a pulso el cadáver de Paloma de la cámara frigorífica y lo trasladó a la cama con dosel y mosquitero que había sido escenario de sus fornicaciones en otro tiempo; la cama que aún guardaba los miasmas de la fiebre que había martirizado a Consuelo en su agonía.

Evitó, en las horas que le restaban de espera, salir al balcón o asomarse a las ventanas. Por el contrario, bajó todas las persianas, para entregarse con mayor desembarazo a la limpieza de pruebas y al estudio de los destrozos causados por el asaltante que, finalmente, había decidido quitarse de en medio a Paloma. Parecía evidente que buscaba un dinero que no había encontrado: el de los últimos golpes lo guardaba Antonio en el despacho del garaje, allá en el paseo de Extremadura; y el del botín presunto dejado por el padre de Mendoza, según anunciara en aquella carta famosa que durante meses lo había empujado a una infructuosa caza del gamusino, simplemente no existía. Antonio se había sentado, exhausto y aturdido, en el sofá oriental que nuevamente el asaltante había destripado, en su búsqueda desnortada y furiosa; y su mirada vagaba por la pared de enfrente, que se había quedado desnuda, removidos cuadros y muebles, sin que nada perturbase su blancura átona y sordomuda, desde el techo hasta el suelo, salvo el rodapié, el muy abultado y lustroso rodapié de caoba que recorría como una cinta o faja todas las paredes de la casa en su parte inferior. Fulguró en su mente una ocurrencia, tal vez insensata; pero se levantó del sofá y probó a desencajar el rodapié de la pared.

Con sorpresa, con entusiasmo, con infinita veneración e infinito júbilo, descubrió que, en efecto, los listones de madera del rodapié se podían desmontar con facilidad. El botín que había buscado hasta el hartazgo no era una quimera.

Los listones de caoba estaban huecos; y en su cavidad se encajaban sucesivos fajos de billetes, sobre todo americanos, pero también franceses y españoles, en una cantidad que no se atrevió a calcular con exactitud, pero que al cambio podía acercarse a los veinte millones de pesetas, repartidos por varias habitaciones. Una cifra, desde luego, mareante, con la que podían vivir con holgura varias generaciones, como le había anticipado el padre de Mendoza; y que, desde luego, Antonio no pensaba quemar ni emplear en ninguna obra de beneficencia, como el padre de Mendoza había sugerido, para probar la integridad de su hijo díscolo. Lo conmovió un gozo extraño, en el que la exultación del descubrimiento tantas veces aplazado se mezclaba con esa suerte de decaimiento placentero de las energías vitales que se sigue a la conclusión feliz de una tarea que nos ha dejado exhaustos; y esa emergencia pujante del gozo, en combinación con la tensión y los sobresaltos acumulados durante las últimas horas, lo obligó a llorar, profusa y fervorosamente. Buscó una maleta para guardar aquella fortuna; pero un segundo después decidió que no podría hallarle mejor escondrijo que el que ya tenía. Si durante años aquellos fajos de billetes habían permanecido a buen recaudo en el rodapié, protegidos de la curiosidad de Paloma y sobrevivientes incluso a las razias del misterioso y reincidente asaltante, podrían seguir allí durante unos pocos días más, hasta que Antonio concluyese los preparativos de su escapada. Preparativos que comenzaban por sacar del piso los vestigios del aborto, que guardó en una bolsa de basura y bajó al maletero de su coche. Luego volvió a subir, para hacer lo propio con el cadáver de Paloma.

Lo hizo echándose sobre la espalda, como había visto que hacían los descargadores con los sacos de abono que cada día se transportaban en los camiones de la empresa. Volvió a comprobar, como ya lo había hecho en una vida anterior, que los muertos pesan más que los vivos, tal vez porque, a la vez que los abandona el alma, se les petrifican los pecados, que tiran de sus huesos como un lastre irredimible; y aunque Paloma era mucho más ligera que aquel tiparraco que en una vida anterior arrojó al estanque del Retiro, debía de estar bien abastecida de pecados. Descendió a oscuras por las escaleras, arrimado siempre a la pared, sobre la que descargaba una parte del peso, a la vez que amortiguaba sus pérdidas de equilibrio. Por fortuna, no salió nadie de ninguno de los pisos, ni entró ningún vecino procedente de la calle. Una vez en el portal, cambió la postura del cadáver, que abrazó por la cintura a la vez que pasó uno de sus brazos inertes por encima de su cuello; de este modo, en el corto tramo que lo separaba del automóvil, parecería que Paloma se hallaba indispuesta, tal vez beoda o desmayada. Se cercioró de que la calle estuviese desierta, a través de los cristales de la puerta; luego cruzó la acera haciendo eses, como si él también estuviese curda, aunque algo menos que su acompañante. Abrió la portezuela del asiento trasero y tumbó sobre él el cadáver de Paloma, doblándole las piernas en una postura fetal que casi parecía la propia de una durmiente; luego lo cubrió con una manta que siempre llevaba en la bandeja del coche.

Metió la llave en el contacto y el Pegaso arrancó obedientemente. Madrid era el fantasma de una ciudad, encaramado en el pináculo de la medianoche, como una veleta a merced del viento. Enfiló hacia el garaje del paseo de Extremadura, donde para entonces sólo se mantenía, soñoliento y abotargado por el frío, el guardián en su garita de vigilancia, al que saludó desde lejos con un vago ademán de la mano, para que le franqueara la barrera de entrada; el guardián así lo hizo de inmediato, tras reconocerlo y dirigirle una mirada compungida que Antonio interpretó como muestra de condolencia por la muerte de Consuelo, que ya se habría propagado entre los empleados, después de que el doctor Avendaño iniciase la búsqueda del tío de la difunta llamando a su empresa de transportes. Antonio dejó el Pegaso en la cochera y subió a su despacho, donde rescató, entre el montón de cachivaches que allí se amontonaban, una bolsa de lona, en la que guardó varias pesas oxidadas, procedentes de una báscula averiada, una sogá que ya empezaba a pudrirse y un rollo de esparadrápó. Arrojó la bolsa al maletero del coche y volvió a pasar ante la garita del vigilante; esta vez bajó la ventanilla para saludarlo:

—Menuda rasca que hace esta noche, ¿eh, Pascual? —dijo, congratulándose de haberse aprendido los nombres de sus empleados—. Abríguese bien, no vaya a coger una pulmonía.

El vigilante ya moqueaba; y así su condolencia pareció más sincera:

—Supe lo de su sobrina, patrón. Qué vida más perra ésta.

—Y que lo digas, Pascual —convino Antonio—. No lograba pegar ojo y pensé que al menos podía aprovechar para revisar unos papelotes de la contabilidad.

Volvió el vigilante a alzarle la barrera, y Antonio salió disparado otra vez hacia el centro, pero antes de llegar al Manzanares tomó una carretera hacia el norte, cada vez más angosta y sinuosa a medida que se acercaba a Buitrago; a la luz pálida o funeral de la luna avistó la superficie espejeante del río Lozoya, y se adentró por un camino de cabras que discurría a su vera. Salvó varios desniveles y montículos antes de llegar a un paraje que bien podría ser el que le había descrito el dicharachero recepcionista del hotel Miranda, con altas paredes calizas flanqueando una barranca en la que el agua del río, arremolinada y bravía, había excavado formas caprichosas, como de una geografía marciana que el resplandor lunar agusanaba todavía más, con hoyas y recovecos en los que la corriente se descalabraba, para luego proseguir su descenso, en una vorágine de espumas. Antonio refugió el coche entre unos arbustos; anudó el cadáver de Paloma con varias vueltas de sogá, en las que previamente había colgado las pesas. Después, envolvió sus dedos y su rostro con esparadrápó, hasta no dejar apenas ninguna porción de piel visible; de este modo se aseguraba que, si el cadáver era descubierto y el esparadrápó despegado, la piel para entonces ya putrefacta se quedaría adherida a la cinta, haciendo irreconocibles los rasgos fisonómicos y las huellas dactilares de Paloma. Le lastimó —pero tan sólo someramente, como nos lastima saber que en alguna región antípoda los negritos se mueren de hambre— tener que tratar a Paloma como si fuese un cacho de carne purulenta, incluso después

de muerta, pero no quedaba otro remedio, si quería desaparecer sin dejar ni rastro.

Logró con gran esfuerzo —al lastre de sus pecados se sumaba el de las pesas de hierro— introducir el cadáver de Paloma, momificado por el esparadrapo, en el maletero; y, metiendo la marcha atrás, hizo recular el coche hasta el borde mismo de la barranca. Las aguas del Lozoya bullían al fondo, como si con ellas se estuviese urdiendo un brebaje en las marmitas del infierno; y el ventarrón marceño acompañaba la cocción avivando sus brasas, como un fuelle sibilante y macabro. Antonio miró en ambas direcciones, para asegurarse de que no hubiese ningún signo de vida hasta donde le alcanzaba la vista. Las estrellas se hacían las dormidas, por evitarse la contemplación de aquel desafuero. Arrojó el cadáver de Paloma a la hoya; el estrépito de su impacto sobre las aguas fue enseguida deglutido por su vorágine. Antonio se asomó al fondo de la barranca y permaneció un rato en cuclillas, como si estuviese rezando un responso; pero sólo trataba de poner un poco de orden en sus pensamientos, para estudiar el siguiente paso que debía dar. Decidió que tendría que hacer de tripas corazón y volver al hospital de San Carlos, para esperar allí la llegada de los padres de Consuelo, que tal vez le recriminasen no haber ejercido una tutela más esmerada sobre su hija; iba a ser un trago más amargo que el acíbar acompañarlos en el velatorio, pero la espantada tendría consecuencias aún peores. Tan enfrascado estaba en sus cavilaciones que ni siquiera oyó el ronquido del coche que se aproximaba; sólo cuando coronó un montículo y lo deslumbró con sus faros reaccionó. Pero ya era demasiado tarde para escabullirse; tal vez siempre había sido demasiado tarde, desde que, allá en Rusia, decidiera asumir la impostura de suplantar a Mendoza, para salvar el pellejo.

—Bravo, Expósito, nunca pensé que me fueses a hacer el trabajo sucio con tanta aplicación. Haciendo desaparecer cadáveres no tienes rival.

Aquella voz le llegaba desde muy lejos, desde regiones hiperbóreas y tiempos remotísimos, agitando recuerdos que creía hibernados. A contraluz de los faros, se recortó la figura de un hombre magro, casi un chisgarabís, que caminaba a pequeños brincos, como si no le cupiese en el cuerpo la alegría; en la mano sostenía una pistola, con levedad y desmayo, como si sostuviera un pañuelo. ¿Cuánto hacía que nadie lo llamaba Expósito?

—Y conste que no tenía ninguna intención de matarla, a la pobre chica —proseguía el desconocido, a medida que se acercaba a la barranca. Soltó una risita de hiena que Antonio al fin reconoció—. En principio era tan sólo un secuestro, hubiese bastado con que me dijera dónde ocultabais el dinero. Pero la muy terca se negó.

Como suele ocurrir con los flacos, apenas había cambiado su fisonomía, si acaso los años habían afilado sus rasgos de lagartija, ahondado sus arrugas, arrasado de caries sus dientes en los que seguía brillando, como una virgen en un lupanar, una pieza de oro. Camacho extendió los brazos, en actitud resignada u hospitalaria; por un instante, Antonio creyó que iba a abrazarse a él, como hacen los amigos veteranos.

—No, no se negó, Camacho. Simplemente no lo sabía —dijo Antonio, con

repentino y tardío respeto por la mujer a la que había tratado siempre como a un cacho de carne purulenta.

—Pues muy mal hecho, Expósito —gorjeó—. A las mujeres que se exponen por nosotros hay que tenerlas informadas.

Antonio no salía de su asombro. Le parecía inconcebible que un desertor que había llegado a ocupar cargos de cierta responsabilidad en los campos de trabajo soviéticos pudiera pasearse alegremente por la España de Franco. Quiso pellizcarse, para comprobar que no estaba atrapado en una pesadilla.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó en cambio—. La última vez que supe de ti me dijeron que te habían enviado a una fábrica de tractores. —Para atenuar su perplejidad y disimular su miedo recurrió a la humorada—: Porque gobernador civil no te habrán nombrado, ¿verdad? La Pasionaria no ha conseguido desbancar a Franco, fallaste en tus predicciones.

La carcajada de Camacho sonó como una detonación, despertando a los pájaros que pernoctaban en sus nidos y a las truchas que dormitaban al fondo de la barranca.

—¡Da gusto volver a escuchar la retranca española! —dijo—. Pero te advierto que en las predicciones no andaba muy desencaminado. Tal vez me anticipé demasiado en las fechas. Pero, viendo la relajación del Régimen, no me extrañaría que a Franco le coman los piñones en unos pocos años. Y no lo desbancarán los comunistas rusos, no te pienses, ni la oposición interna. Serán los propios monaguillos del Régimen. ¡Menuda pandilla de acomplejados! Y yo que pensaba, imbécil de mí, que esto era el fascismo puro y duro, y resulta que es Jauja.

Antonio pensó que Camacho habría hecho buenas migas con el difunto Cifuentes, siquiera en este extremo. Hizo pantalla con la mano, para evitar el deslumbramiento de los faros, y para controlar los manoteos de Camacho, que seguía sosteniendo la pistola como al desgaire.

—Jauja debe de ser, si te han dejado entrar...

—¡Pero si fue la mar de sencillo! —se regodeó Camacho—. Lo verdaderamente difícil fue salir de Rusia. Tras la muerte de Stalin, las nuevas autoridades no supieron apreciar los servicios que les había prestado. Mi destino era pudrirme en cualquiera de aquellos suburbios apestosos que los soviéticos levantaron después de la guerra, para meter a los proletarios como sardinas en banasta. Pero ¡chico!, justo entonces llegó a mis oídos que Nina, nuestra querida Nina, estaba ultimando los trámites para regresar a Francia. ¿Te acuerdas de Nina, pillastre? —Camacho se había acercado tanto a él que pudo dispensarle un codazo de intención cómplice o lúbrica—. ¡Vaya si te acuerdas! El caso es que Nina había decidido abandonar el paraíso soviético. ¡Y yo sabía tantas cosas sobre Nina! Tantas que, con sólo desembuchar la mitad, habría podido impedir su marcha del país. Sabía, por ejemplo, que había mantenido relaciones con algún que otro preso fascista, español para más señas. ¿Querrás creértelo?

Volvió a soltar otra carcajada, que acabó de desvelar a la sufrida fauna del lugar.

Antonio aspiró el olor de la pinaza, que le trajo un poco de alivio a la opresión de los pulmones, como la caricia de una vida ancestral, anterior a todas las civilizaciones.

—Y también con algún que otro traidor, español para más señas, como tú —dijo.

Las facciones afiladas de Camacho se estremecieron, agitadas por un temblor en el que se fundían la cólera y el odio. Era la misma reacción que había tenido antes de asesinar a Mendoza. También ahora, como entonces, estaba encañonando al hombre que tenía enfrente.

—¿A quién llamas traidor, basura? —gritó—. Tú sí que eres un traidor. Engañaste a tus compañeros, te convertiste en un puto delator, usurpaste la identidad de Mendoza y ahora te andas cepillando a todas sus mujeres. Nina se pondría celosa si lo supiera.

Volvió a relajarse, después del exabrupto. Evidentemente, llevaba varios meses siguiendo los movimientos de Antonio, estudiando su simulacro de vida. Sólo así podía saber lo que había hecho con las que llamaba «mujeres de Mendoza». Trató de pacificarlo:

—Todavía no me has explicado cómo lograste entrar en España...

—Pan comido —se pavoneó Camacho—. Me puse en contacto con Nina y le dije que quería irme con ella a Francia, Lo tenía muy fácil: o se casaba conmigo, o la denunciaba ante la Lubyanka.

—Y, por supuesto, se casó contigo. No esperaba menos.

Al olor de la pinaza se sumaba el de la resina, como una lenta embriaguez anegando la pituitaria. Ululó una lechuza, antes de volar despavorida; su aleteo, frondoso de plumas y nocturnidad, rozó la frente de Antonio como un presagio.

—Por supuesto que se casó conmigo. Pero estate tranquilo, hombre, es lo que se llama técnicamente un matrimonio de conveniencia —se mofó Camacho—. Creo que nos damos bastante asquito el uno del otro. Aunque tengamos algunos intereses comunes, por supuesto.

—Por supuesto.

Al fondo de la barranca, las aguas heladas del río Lozoya ya estarían reblandeciendo los tejidos del cadáver de Paloma, poniéndolos tiernecitos para la pitanza de los peces. Antonio ya no necesitaba tirar de la lengua a Camacho, que había empezado a perorar:

—Y así, recién casaditos, salimos de Rusia juntos. Nos instalamos en Niza, donde Nina consiguió un trabajillo como traductora, gracias a sus contactos con el partido comunista. A mí me contrataron en un laboratorio de productos químicos donde fabrican pesticidas y fumigaciones contra las plagas. —Sonrió aviesamente, tal vez rememorando su primer asalto al piso de Paloma—. Pero aquello es una tapadera, en realidad se dedican a la síntesis de heroína. ¡Imagínate mi sorpresa cuando un día llegaron al laboratorio unos camiones con el rótulo de Transportes Mendoza! Hice mis averiguaciones entre los camioneros, y así supe que, de regreso a España, seguías representando la pantomima que te encomendamos en Rusia. ¡Se ve que le habías



cogido gusto! Entonces me dije: «Seguro que nuestro amigo Expósito estaría dispuesto a compartir sus ganancias con sus benefactores. Después de todo, si ha podido adoptar la identidad de Mendoza es gracias a nosotros». —Irradiaba felicidad, una especie de orgullosa beatitud—. Pedimos el visado para pasarnos una temporadita en España, y los botarates del consulado español no nos pusieron ninguna pega. ¡Hay que ver lo que hace Franco para hacerse perdonar la vida por las democracias! Así que aquí nos tienes, pichón.

El uso del plural hirió secretamente a Antonio, allá en las catacumbas de la memoria donde guardaba el recuerdo de los días pasados en la isla de Tolbos, allá donde el rostro de Nina había dejado de ser un incendio bárbaro, para convertirse en una tierra en barbecho, esponjada y presta a la siembra.

—¿Nina también está metida en esto? —preguntó, ingenua o resignadamente.

Camacho soltó la misma risita seca y alevosa que había empleado para intimidarlo, en sus extemporáneas llamadas telefónicas al piso de Paloma.

—Por supuesto que sí. En realidad, ella es el cerebro de la operación, yo a su lado soy un poco zote. —Saboreaba con regodeo la (relativa) decepción de Antonio. Se volvió hacia el coche, que permanecía con el motor y los faros encendidos, y voceó —: ¡Nina, sal a saludar! ¡Expósito se muere de ganas por verte!

Nina salió parsimoniosamente del coche. Iba vestida con un abrigo de piel de carnero que seguramente se habría traído de Rusia, excesivo para aquellas latitudes meridionales. Extrañamente, Antonio no logró identificarla con la mujer que había tenido entre sus brazos, cuando el león y el cordero podían retozar en paz. La recordó cabalgando a Camacho con un frenesí de bacante en pleno raptó dionisiaco; recordó los senos grávidos y desparramados, los pezones nítidos como medallas, los labios fruncidos en un mohín codicioso y bestial, tal como la había visto desnuda por primera vez, a través del ventanuco del barracón de oficiales, en el campo de Cherepovets. Nina se había vuelto a teñir de rubia oxigenada.

—Hola, Antonio, cerebro verte de nuevo —lo saludó, con su inconfundible acento gutural, mientras avanzaba con precauciones entre las anfractuosidades del terreno.

—Seguro que no tanto como yo a ti.

Nina calzaba zapatos de tacón, tan desaconsejables para las excursiones campestres. Las agujas de los pinos se erizaban y crujían a su paso, como acalambradas de deseo. De su último encuentro, en aquel despacho del campo de Vorochilgrado donde lo sometieron al preceptivo interrogatorio antes de devolverlo a España, Antonio guardaba memoria de una Nina matronal, de rasgos orondos y redondeados, o tal vez aburridos; pero el regreso a su patria parecía haberla reverdecido, y sus facciones volvían a ser voluptuosas y pugnaces. Antonio notó que le flojeaban las rodillas; y oleadas alternas de sangre caliente y fría le martillearon las sienes.

—Nos hubiese gustado hacer un trabajo más limpio. —Era de nuevo Camacho

quien hablaba—. Pillar el dinero y salir pitando. Pero esa mujer... Paloma, se empeñó en complicarlo todo. —Hizo un gesto conmisericordioso, en dirección a la barranca—. Y encima nos dijo que tu papá, quiero decir... el papá de Mendoza llevaba metido mucho tiempo en el mismo negocio.

—Y que tú eras su heredero principal —remachó Nina, con una especie de coquetería maligna.

Camacho se sacudió una palmada en el muslo. Exclamó:

—¡Albricias! ¡Eso significaba mucho dinero, mucho más del que jamás hubiésemos soñado! —Se rascó el cogote, como ponderando la adversidad—: Pero ya imaginamos que tu papá, o sea el papá de Mendoza, lo tendrá guardado en alguna cuenta suiza, o por lo menos en el sótano de un banco; y a nosotros el visado nos expira en apenas unas horas.

La luz de los faros excavaba a Nina la línea de los pómulos y añadía palpitación a sus labios. Tal vez, en efecto, fuera el cerebro de la operación:

—Y, como comprenderás, no vamos a prolongar nuestra estancia ni un minuto más. No queremos líos con las autoridades españolas. —Entreabrió la boca pintada de carmín, como si fuese a lanzar alguna promesa hueca—. Pero en apenas un mes nos tendrás otra vez aquí.

—Y para entonces queremos que nos tengas preparada una bonita suma —intervino Camacho—. Pero tampoco pienses que vamos a exprimerte, de la vaca lechera no conviene abusar. —Celebró su símil pecuario—. ¿A cuánto podría ascender el donativo, Nina?

Nina se llevó el dedo índice a la boca, como si fingiese una operación de cálculo, pero era un gesto de intención libidinosa.

—¿Medio millón de pesetas, tal vez?

—Medio millón sería perfecto. Y no hace falta que sea en francos. —Le clavó el cañón de la pistola en la barriga; tal vez le gustase empuñar armas, para olvidar que era un pichafloja—. No puedes quejarte, Expósito. Tampoco es tanto lo que te pedimos.

No lo era, desde luego, comparado con los casi veinte millones que acababa de descubrir escondidos en los rodapiés del piso del Retiro. Pero Camacho ya le había advertido que desde entonces sería su vaca lechera; y a las vacas lecheras se les ordeña cada poco. Camacho y Nina ya nunca iban a dejar de ordeñarlo.

—No queremos arruinarte —subrayó Nina, jocosamente.

—No hace falta que te diga que, si intentas alguna jugarreta, lo pagarás. El matar y el arrascar todo es el empezar. —Camacho se envaneció de la paráfrasis del refrán, que tal vez luego explicase a Nina, siempre poco versada en las locuciones populares—. Y si tratas de escapar te desenmascaramos. No creo que te convenga que se sepa quién eres en realidad, ¿eh, Expósito? Sospecho que tu nueva vida tiene alicientes que jamás habías soñado.

Pero Antonio ya estaba fatigado de aquel simulacro de vida que ahora tendría que

prolongar al menos un mes. Camacho le hincaba el cañón de la pistola en la barriga, hasta hacerle daño.

—¿Cómo haremos la entrega del dinero? —preguntó, aceptando su destino de vaca lechera.

Nina le tomó la mano mutilada, la mano que ella misma había mutilado, como si quisiera contarle los dedos. Respondió mientras le acariciaba la cicatriz:

—Nosotros nos pondremos en contacto contigo en cuanto volvamos.

—Ya sabes que nos gusta llamar bien entrada la noche —precisó Camacho, ensañadamente. Le retiró el cañón de la pistola de la barriga y se lo incrustó en el entrecejo—. Y te lo repito: ni se te ocurra intentar hacernos una faena. Ya has causado mucho dolor desde que llegaste a España, pero al menos sigues vivo y coleando. Si tratas de toearnos, el dolor será esta vez para ti.

Se le había extendido la agitación por todo el cuerpo, como si apenas pudiera contener la tentación de apretar el gatillo. Antonio recordó a Mendoza, cayendo abatido de un disparo en la frente, desmadejado y con la sonrisa coagulada en los labios, mientras la detonación reverberaba en los desvanes del cielo, despertando mil pájaros fugitivos. Pero él no era tan valeroso como Mendoza.

—No os haré ninguna faena, podéis estar seguros —murmuró.

Nina rió, juguetona o incrédula. Sus últimas palabras fueron enigmáticas:

—Antonio sabrá portarse como debe, ¿verdad que sí? Él nunca fue un *tafiolé*.

Los vio alejarse hacia el coche, separados entre sí por una distancia de casi tres metros, como un respetable matrimonio de conveniencia. Montaron en su coche franchute, que tenía algo de escualo o depredador marítimo, y desaparecieron detrás del montículo, mientras los faros escrutaban las tinieblas como espadas de luz. Abajo, en la barranca, las aguas del Lozoya seguían urdiendo su brebaje, ruidosas e insomnes como las cavilaciones de Antonio.

No se le escapaba que Nina y Camacho pretendían chantajearlo de por vida; pero tampoco que, si desaparecía de repente, faltando a la cita que tenía con ellos, no cesarían hasta encontrarlo o, todavía peor, denunciarían su impostura ante la policía. Aunque abandonase España, Antonio tendría pronto a la Interpol pisándole los talones; y aunque una existencia prófuga debía de resultar menos acongojante cuando se dispone de dinero con el que poder vencer resistencias y captar voluntades, Antonio no quería seguir huyendo de la justicia. Aquella aventura trágica, que ya se remontaba a trece años atrás, se había iniciado con la policía siguiendo su rastro; y no estaba dispuesto a que concluyese del mismo modo, con una suma de cargos que ni siquiera se atrevía a enumerar, tal vez más de los que figurasen en el Código Penal, tal vez más de los que se pudiesen imputar a un solo hombre. Lo estremeció pensar que, gracias a su simulacro de vida, había perpetrado más delitos de los que un hombre con una sola vida habría podido abarcar.

No, no dejaría que su aventura terminase así. Se había impuesto que su mutis final fuera pulcro y discreto, sin fanfarronerías ni triunfalismos vacuos, pero también sin las zozobras y tribulaciones que habían hecho de su vida anterior de maleante de medio pelo, y de su vida agónica como cautivo en Rusia, y de su actual simulacro de vida, un constante sinvivir. Y, para lograr este designio, era imprescindible saldar todas las cuentas pendientes; no podía permitir que el día de mañana cualquier acreedor de su pasado se presentase para cobrar una deuda. Desde que regresara a España, convertido en Gabriel Mendoza, había logrado paulatinamente un aislamiento cada vez mayor, había conseguido (ciertamente a costa de sembrar el dolor en su derredor) construir un fortín cada vez más inexpugnable en torno a su simulacro de vida, primero renunciando a cultivar las amistades heredadas de Mendoza, después —tras las muertes de Paloma, Consuelo y Cifuentes— rompiendo unos vínculos que, a su vez, habían tornado más endebles, casi inexistentes, los que todavía subsistían: tanto los padres de Consuelo como Amparo, la viuda de Cifuentes, habían roto relaciones con él; y aunque ni de lejos barruntaban su intervención en las muertes de sus seres queridos, de algún modo receloso y oscuro —y, sin embargo, clarividente— lo hacían responsable por omisión del cúmulo de desgracias que había infestado sus vidas desde que él regresara en el *Semíramis*. Ninguno de ellos, desde luego, iba a revolver cielo y tierra si mañana Gabriel Mendoza se desvanecía como

por arte de ensalmo; pero la irrupción de Camacho y Nina trastocaba por completo sus planes. Resolvió que no debía aceptar su chantaje, pero mucho menos huir de ellos, provocando sus iras; no le quedaba, pues, otro remedio sino matarlos, o al menos intentarlo, aunque fuesen ellos quienes lo mataran a él.

Y no podía diferir mucho esa resolución. Una vez en su poder el botín del padre de Mendoza, se había extinguido el objetivo que nutría de sentido su simulacro de vida; y meterse en el pellejo de Mendoza, día tras día, como una culebra que no cambia de camisa, le resultaba cada vez más enojoso. Era como convivir con un chancro que se ha enquistado y no podemos extirpar, como arrastrar pegada a la suela de los zapatos una sombra que no es la nuestra y no podemos arrancar. Y, con frecuencia, en la soledad de la noche, cuando se encerraba en el piso del Retiro, para terminar de recomponer los destrozos causados por Camacho o recontar por enésima vez los billetes de su botín, que volvía a guardar cuidadosamente en los rodapiés, cuando se derrumbaba sobre la cama con baldaquino y mosquitero, como un insecto atrapado en una telaraña, la sombra de Mendoza descendía sobre él, se inmiscuía en sus células y se fundía en su sangre, respiraba por sus pulmones y se adentraba en sus insomnios, a veces mofándose de él, a veces recriminándole el uso canallesco que había hecho de su nombre, la mancilla que había arrojado sobre su fama, el inescrupuloso expolio y asolación de su memoria. A veces, incluso, creía oírlo a su lado, susurrándole palabras que lo exhortaban a la conversión o lo prevenían contra el juicio de Dios; y también creía oír anticipadamente su risa de resucitado sin una sola cicatriz, que desde la gloria de la carne contemplaba cómo él se pudría en el infierno. Y aunque se cubría la cabeza con una almohada y se tapaba los oídos, la risa de Mendoza seguía resonando en las cavernas del alma, o en el hueco vacío que había dejado su alma en fuga.

Mientras aguardaba el regreso de Camacho y de Nina, Antonio había reanudado la búsqueda de Carmen, no del modo sistemático y acaso alucinatorio que había emprendido en el pasado, cuando Aguilar, el dueño del Pasapoga, le confirmó su paso por aquel lugar y su posterior conversión en un trasto viejo que andaría rodando por locales de alterne de medio pelo, sino de un modo mucho más aleatorio y tranquilo, como si la búsqueda de Carmen fuese parte del tratamiento gradual que a un tullido que acaba de recuperar la movilidad se le recomienda para ir ejercitando las articulaciones. En su dosificado acceso a una nueva vida, que ya no sería exactamente la vida antigua en la que había llegado a enamorarse de Carmen, pero tampoco el simulacro de vida sin amor que había sobrellevado en los últimos años, quería descubrir si aquellas regiones de su espíritu que había calcinado, para poder realizar todo tipo de vilezas sin el escrutinio censor de la conciencia, podían renacer, siquiera de forma tímida y titubeante, o si por el contrario estaban muertas para siempre. Quería saber si podría volver a amar a alguien, volver a latir al unísono con alguien, inmolarse por alguien como lo había hecho antaño por Carmen; y aunque lo dudaba muy seriamente, pensaba que la única persona que le permitiría comprobar si tal

metamorfosis o reintegración era todavía posible tenía que ser Carmen, cuya figura de vez en cuando se le aparecía en sueños, como un débil fantasma; y aunque enseguida se borraba, dejaba en su espíritu una rara desazón, que quizá fuese nostalgia de lo que pudo llegar a tener y nunca tuvo. En cierta ocasión, Mendoza le había dicho que un amor contrariado se cura recuperando un amor más antiguo; pero Antonio descubría ahora que la falta de amor, como la falta de dolor, como el negro y devorador vacío que lo corroía, también podían ser sanados por un amor antiguo. Por el amor de Carmen, la única mujer a la que había sinceramente amado, aunque ese amor ni siquiera hubiera podido formularse.

Le gustaba, a la caída de la tarde, después de cumplir (cada vez más remolamente) con sus obligaciones en el paseo de Extremadura, fatigar las calles populares de Madrid, como si el roce con ganapanes y golfantes, trileros y putas desahuciadas, le devolviera poco a poco el vigor preciso para abordar el salto a una nueva vida. Aquél ya no era el Madrid de la época heroica que él había conocido antes de alistarse en la División Azul, aquel Madrid despanzurrado y hambriento que se rehacía afanosamente, emergiendo de las ruinas, al paso alegre de la paz, donde el gasógeno convivía alegremente con la cartilla de racionamiento y el estraperlo se cogía de la mano con la prostitución. Ya no era aquel Madrid sin electricidad y sin agua, o con el agua justa para poder bautizar el vino y la leche que se vendían en el mercado negro; ya no era el Madrid de tranvías destartados que se abrían paso entre las multitudes de vencedores y vencidos, a quienes apenas se distinguía por sus rostros demacrados y sus ropas zarrapastrosas. Era un Madrid nuevo que trataba de parecerse, un poco lastimosamente, a otras capitales europeas, y que las imitaba sobre todo en su apoteosis de feísmo urbanístico, en su alegría de hormiguero, con clases medias que se disputaban hacendosamente las migajas del festín que se embaulaban los chupópteros del Régimen, que habían logrado convencerlas de que la felicidad se hallaba en hipotecarse de por vida para adquirir un piso en uno de aquellos edificios como colmenas que se empezaban a levantar en los barrios extremos, o en comprar a plazos una lavadora, o en hacer muchas horas extras en la sucursal bancaria o en la oficina del catastro. Hasta las tascas del Madrid heroico habían ido sucumbiendo, sustituidas por salas de fiestas donde Antonio se sentía extranjero, como un soplagaíta yanqui. Por muchos mármoles (o sucedáneos de mármol), por muchos sobredorados relucientes y demás virguerías de la decoración con que intentasen ornamentar aquellos antros, había en ellos un aire cavernario, apestosamente democrático, que su temperamento español repudiaba; pero si quería abrazar una nueva vida no podía quedarse anclado en el Madrid heroico de su juventud.

En una sala de fiestas de la plaza de Antón Martín, construida sobre un figón en el que en otro tiempo se ponía morado de gallinejas, ocurrió. Era un lugar desangelado y frío, muy concurrido de mozas del partido disfrazadas de secretarias (porque hasta las mozas del partido, de repente, querían emular a las actrices de las películas americanas) y algún que otro julandrón disfrazado de secretario general del

Movimiento que buscaba el arrimo de los mingitorios, por ver si algún cliente con purgaciones lo dejaba amorrarse al pilón. Más que un lugar festivo, aquella sala sugería imágenes clínicas, como si allí estuviesen operando de hernia o apendicitis, o como si algún enfermo recién operado se desangrase en los divanes del fondo, esperando que una enfermera le cosiera los puntos. Había una orquesta trompeteando y batiendo tambores, al consabido estilo negroide; pero su exagerado estruendo no lograba tapar el hondo y desesperado silencio que dominaba a la clientela. Antonio, acodado en la barra, se tomaba un coñá tras otro, espantando a las mosconeantes mozas del partido, cuyos disfraces de secretarias de alguna compañía de cementos de Portland le repateaban. Entonces entró Carmen.

Se había cardado y teñido el pelo, lo que mataba cualquier vestigio de juventud; y llevaba un sostén que le resaltaba un poco chabacanamente los pechos. Se había convertido en una mujer vulgar y llamativa, de gestos un poco ásperos y expeditivos, que se dirigió al camarero con una especie de bravía petulancia:

—Anda, ponme una ginebra, que llevo prisa.

También ella se había apuntado a las modas foráneas, según parecía. Pero ni los modales un poco abruptos o maleados, ni el tinte del pelo, ni la chabacanería del atuendo, ni los nuevos hábitos contraídos podían hacerla pasar inadvertida a los ojos de Antonio; en realidad, no habría pasado ni aunque hubiese ido disfrazada de rey mago, porque Antonio —ahora se daba cuenta— había guardado en alguna hornacina intacta de su memoria el recuerdo de sus ojos grandes, como de ternera a punto de ser abatida (que el paso del tiempo había hecho, sin embargo, más desengañados y opacos), los labios voluptuosos (que el paso del tiempo había, sin embargo, cuarteado de amargura) y la nariz pugnaz que el paso del tiempo todavía no había podido domeñar ni desmerecer. Había perdido aquella alegría (o codicia) que antaño le cabrilleaba en los ojos, y su sensualidad pasiva quizá se hubiese hecho demasiado resignada, incluso un poco fondona; pero subsistía ese aire entre rudo y desvalido que había prendado a Antonio, allá en una vida anterior, esa extraña simbiosis que se daba en ella de criatura angélica, sin mancha de pecado original, y de criatura capaz de cometer cualquier fechoría o vileza (y, a buen seguro, habría cometido muchas en aquellos años, aunque no tantas como Antonio), segura de que no sufrirá contagio alguno. Antonio la miraba como arrobado; y notaba cómo un ascua sepultada entre cenizas se reavivaba. Claro que podría volver a amar, claro que podría volver a vivir su espíritu, claro que podría conjurar para siempre el vacío cósmico que anegaba su conciencia.

—Antes se decía que la ginebra sólo era buena para el dolor de barriga —se atrevió a intervenir, cuando ella ya llevaba tomada media copa.

Carmen lo miró por primera vez, con el mismo mohín de lastimado hastío y las mismas pupilas palpitantes de rencor que dirigía antaño a los mandrias que le tocaban el culo, mientras vendía cigarrillos y chupitangas en las Ventas.

—¿Pasa algo? —lo retó.

—Como pasar no pasa nada, mujer. Te invito si quieres.

Entonces Carmen le hizo un gesto que denotaba a un tiempo melindre y desparpajo, candidez e impudicia; el mismo gesto que él le había enseñado a dominar, para excitar la lubricidad de aquellos marranos a los que saqueaban entre las frondosidades del Retiro. Al ver repetido aquel gesto, Antonio no supo si sentirse halagado u ofendido.

—Allá tú —le dijo con incitante desapego—. Pero si piensas que soy una mujer de ésas, te advierto que te equivocas, chato.

Los años la habían vuelto recelosa; y la desconfianza le brilló de repente en los ojos, que ya eran duros y resentidos.

—Yo sólo pienso que eres una mujer de bandera —trató de pacificarla—. ¿Siempre eres así de arisca con los hombres?

Antonio se acercó a ella, hasta tenerla al alcance de la mano, pero manteniendo una distancia precautoria.

—Es que no tengo nada que agradecerles, ¿sabes?

Había en ella como una energía reprimida, aplastada de sinsabores, que sin embargo no lograba disimular su orgullosa aspereza. Las mejillas se le habían abultado, y se le desplomaban sobre las comisuras de los labios, formando unas bolsas todavía incipientes. Pero ningún signo de decrepitud o erosión podía variar el parecer de Antonio: para él, seguía siendo la mujer más bonita del mundo; y aunque hubiese sido la más fea seguiría pareciéndoselo, porque el amor es un hábito del alma, y Antonio sentía que su alma había vuelto del exilio.

—Mujer, seguro que algo tendrás. Con algún hombre bueno te habrás tropezado alguna vez en tu vida.

Carmen lo observó, desde el duro fondo de sus ojos grandes, con una brusca incertidumbre.

—Alguno tal vez —concedió—. Pero los buenos, no me digas por qué, siempre desaparecen.

—Los buenos de verdad, aunque desaparezcan, terminan regresando, prenda —la rectificó.

«Seguiremos juntos, Antonio. Juntos para siempre». Ésas habían sido las últimas palabras que Carmen le había dirigido, antes de desaparecer en la espesura del Retiro, después de que él le insistiera para que lo dejase a solas, con el cadáver del tiparraco que arrojó al estanque. Y aquellas palabras, que en los días siguientes se habían convertido en una letanía alborozada que repetía hasta quedarse dormido y que al despertar seguía repitiendo, a modo de ensalmo protector, volvían a resonar sanadoras en su conciencia, volvían a ocupar las estancias de su alma, como un inquilino expulsado que recupera sus derechos. No podía apenas contener el deseo de estar con ella, de refugiarse en ella, de lavar en ella sus culpas pretéritas, haciendo añicos de una vez por todas su simulacro de vida.

—Pues los esperaré sentada —dijo Carmen, refractaria todavía a entablar



conversación con él—. Oye, tú eres un tipo bastante raro. ¿Nunca te lo habían dicho? Qué gracioso, llamarme «prenda»: hacía siglos que no escuchaba esa palabra.

Y, como si la palabra le trajese recuerdos benignos, volvió a observarlo detenidamente, pero ahora con una mirada distinta que había perdido su orgullo, una mirada que se había tornado hospitalaria, casi materna. Antonio se decidió al fin:

—Y la última vez que la escuchaste fue a mí, Carmen. ¿Es que ya no me recuerdas?

Ella se quedó al principio como petrificada, mientras la música de la orquesta seguía trompeteando, ajena a su estupor. Luego la acometió un temblor incontrolable que intentó ahogar aferrándose a la copa de ginebra; pero vertió su contenido. Retrocedió, dirigiéndose a la puerta, como empujada por un miedo pánico.

—No... No puede ser —balbució.

Antonio la tomó de la muñeca, antes de que huyera. Exageró:

—Nunca he dejado de buscarte. Nunca he dejado de pensar en ti.

Pensaba que la hipérbole, aunque sonase pomposa, cobijaba un fondo de recóndita verdad que ahora, al fin, le era dilucidada. Carmen lo miraba con pálido pavor y prevención, como miraría a un resucitado.

—Creía que habías muerto...

—Me esforcé para que así lo pareciese. Descubrieron el cadáver de aquel tiparraco y tuve que salir por piernas, prenda.

A Carmen la conmovía, después de tantos años, que Antonio hubiese cargado con sus culpas:

—Pero fui yo quien lo maté...

—¡Éramos *consortes*, Carmen! —dijo Antonio, recuperando aquella palabra de la jerga rufianesca, que ahora le traía esperanzas núbiles y lo rejuvenecía—. Y un buen *consorte* tiene que apechugar con las cargas familiares.

Notaba que el vacío que había crecido en el hueco de su alma se replegaba sobre sí mismo, como si sucesivas implosiones fueran reduciendo su tamaño, hasta dejarlo reducido a la insignificancia. Juntos para siempre, se repetía, juntos para siempre. Al fin había comprendido que su destino estaba al lado de aquella mujer, en un consorcio de vida más indestructible que cualquier sociedad criminal. Carmen parecía haberse pacificado, o al menos así lo simulaba; no le había pasado inadvertido que Antonio vestía un traje de excelente paño y confección, uno de los trajes que había mandado hacerse por estímulo de Consuelito.

—¿Y cómo es que ahora tienes tanto parné?

—Eso mejor te lo cuento en un sitio más tranquilo —dijo Antonio, aludiendo con disgusto al ambiente de la sala—. Si no tienes otro compromiso, claro.

En Carmen luchaban la curiosidad ante el pasado recobrado y el temor a lo que ese pasado trajese de la mano, el temor a reabrir una puerta que había permanecido sellada durante años.

—Claro que no, tonto —dijo, con una risueña liviandad que a Antonio se le

antojó impostada—. Espérame aquí, que voy un momento al servicio.

Se internó en la oscuridad neblinosa del local, allá donde merodeaban los julandrones y las mozas del partido. Lo escamó aquella repentina disponibilidad de Carmen, que un minuto antes se había mostrado tan asustada, y se internó él también, suspicaz, en la zona de los lavabos, comprobando que se hallaban en un pasillo que conducía a un callejón lateral. Antonio se apostó a la salida, montando guardia como en su época divisionaria. Al otro lado de la plaza de Antón Martín, que ya para entonces estaba casi desierta, se había estacionado un coche un tanto descangallado, como de segunda o tercera mano, con el motor encendido. De pronto, confirmando las sospechas de Antonio, salió Carmen por la puerta del callejón, dirigiéndose rauda como una gacela al automóvil.

Antonio corrió tras ella y la alcanzó cuando ya se disponía a abrir la portezuela del coche.

—¿Adónde vas con tanta prisa, mujer? —le preguntó, con lastimada ironía.

El rostro de Carmen volvía a registrar la pululación del miedo. Desde el interior del vehículo, sonó una voz destemplada:

—¡Deje en paz a la señorita inmediatamente!

La proximidad del hombre en el automóvil parecía infundir en Carmen cierta sensación protectora que se resolvía en desapego hacia Antonio:

—Pensé que te habías cansado de esperar y te habías marchado —dijo.

—Ya, claro, y por eso tienes un coche esperándote a la puerta.

Habían iniciado un forcejeo que podía degenerar en trifulca. Antonio sabía que no tenía derecho a irrumpir en su vida como un espectro que se pasea por las dependencias de su antigua mansión, pretendiendo desalojar a sus nuevos inquilinos, pero al mismo tiempo no quería desasirse de su única tabla de salvación. Entretanto, el hombre del automóvil se había apeado y venía a separarlos; era un cincuentón cumplido y chaparro, vestido con un traje de tergal resobado, de un color gris perla, que no alcanzaba a tapanle la tripa. Había algo extraño o desproporcionado en su rostro, que parecía como de porcelana a medio cocer. Antonio, al verlo, pensó en un lechón envuelto —mal envuelto— en papel de plata.

—A ver, a ver, un poco de calma —dijo, interponiéndose entre ambos en actitud conciliadora—. La señorita tiene razón, no sabía que yo estaba esperándola. No sé por qué riñen, pero seguro que tiene arreglo.

Hablaba con una pachorra exasperante que excitaba en Antonio las ganas de largarle una bofetada sin más preámbulos; pero la diferencia de edad y el aspecto pacífico del hombre, que no le estaba dando ningún pie para pelear, acabaron por disuadirlo.

—Estábamos hablando tranquilamente y de repente ella pretendió darme esquinazo —explicó Antonio, como un niño que trata de justificar ante su profesor una rebatiña de patio de colegio.

Carmen se apresuró a disolver cualquier interpretación ambigua con una mentira

piadosa:

—Nos conocemos de cuando éramos unos mocosos. Vivíamos en el mismo edificio.

Y le lanzó una mirada de arisca complicidad. El hombre reparó con envidia en el traje de Antonio, que resaltaba la fealdad menesterosa del suyo.

—Haya paz, entonces —medió—. Si el señor te conoce desde entonces es natural que quisiera charlar contigo, mujer. —Se volvió hacia Antonio, ofreciéndole explicaciones que él no había solicitado—: Tiene razón Carmen, ella y yo no estábamos citados. Pero como sé que suele venir por este sitio a tomarse una copichuela, cuando no tengo nada que hacer me doy el gusto de venir a buscarla para llevarla a casa. Como a estas horas ya no hay metro ni tranvías...

Antonio dedujo que aquel hombre, concedor de las querencias noctámbulas de Carmen, trataba de alejarla de las malas compañías, ejerciendo de rodrigón. Tal vez la quisiera para él solo, pero se supiese demasiado viejo o poco atractivo para conseguirla.

—Pero las viejas amistades hay que cuidarlas, Carmen —prosiguió, campechanote—. Si al señor le parece bien, podemos ir los tres juntos a tomar la última copa. —Antonio vaciló, poco ilusionado por la propuesta—: Ande, hombre, no se haga el duro. Me llamo Santiago Becerra.

Y le tendió una mano feble, casi infantil, que desentonaba con su corpachón tripudo, a la vez que empujaba a Antonio hacia el auto.

—Encantado. Yo soy Gabriel Mendoza —dijo con desgana, y buscó el silencio cómplice de Carmen, que lo miraba interrogadoramente.

Montó en el asiento trasero, mientras Carmen se sentaba adelante junto a Becerra. El coche serpenteó por las callejuelas del centro, para después enfilarse hacia la Dehesa de la Villa. La noche madrileña tenía un aspecto cuaresmal, acorde con la época del año, como si sus pobladores se hubiesen acostado todos temprano, para llegar bien descansaditos al rezo de maitines.

—Si te parece bien nos tuteamos, Gabriel —propuso Becerra, estirando el pescuezo, para tratar de verlo a través del espejo retrovisor—. He pensado que podíamos pasarnos por la venta La Peque, que me han dicho que está siempre muy animada.

Antonio conocía de oídas el lugar, en la carretera de Francos Rodríguez a Puerta de Hierro, a la entrada del barrio de Valdeconejos, frecuentado por gentes de la farándula con ganas de jarana. Becerra se sacó del bolso interior de la chaqueta un paquete de cigarrillos que tendió a Carmen:

—Es una marca nueva que nos la acaban de servir. Pruébala, a ver qué te parece.

También le ofreció probar a Antonio, que rehusó. Así supo que Carmen trabajaba de dependiente en un estanco propiedad de Becerra, por el barrio de Chamberí, desde hacía varios años. Como no lucía alianza en la mano, Antonio dedujo que Becerra era un solterón un poco atarugado que, después de haberse convencido de las ventajas de

la soltería, se había encoñado de su dependienta, a la que cortejaba como se corteja a las novias en la adolescencia, con infinita veneración e infinita patosería; pero, puesto que no era adolescente, aquel cortejo resultaba un tanto esperpéntico y sonrojante. Se notaba, sin embargo, que Carmen llevaba mucho tiempo dejándose querer por el estanquero, quizá correspondiéndole displicentemente, sin llegar del todo a comprometerse; y, como suele ocurrir en esas relaciones, hechas por un lado de ardores tardíos y vergonzantes y por el otro de rutina más o menos complaciente o remisa —pero regida siempre por el provecho personal—, la relación de Carmen y Becerra, que tal vez en la intimidad discurriese apaciblemente cansina, a los ojos de un tercero exhalaba ese tufillo estancado y podrido que caracteriza los amores fiambres o nonatos. Carmen fumaba con mal contenido nerviosismo, abochornada de las atenciones que Becerra le mostraba, que eran siempre untuosas y levemente sumisas.

—¿Te ha gustado? Mira a ver, que si no te gusta digo que no me sirvan más. Ya sabes que, para mí, tu opinión va a misa —decía.

—Pues no está tan mal, hombre. A ver qué tal funciona.

—A poco que lo recomiendes, se venderá como las rosquillas —la halagó Becerra. Y, estirando otra vez el cuello, le comentó ufano a Antonio—: ¡Menuda es Carmen: cuando quiere convencerte de algo, siempre se sale con la suya!

Antonio lo sabía bien: ella lo había convencido para dar aquel último palo que desencadenaría la sucesión de calamidades que desde entonces lo habían perseguido; pero era dulce dejarse anegar por una voluntad más fuerte y decidida. En la venta La Peque se habían juntado los pocos juerguistas que se atrevían a desafiar los preceptos cuaresmales de ayuno y abstinencia; y, sobre un fondo de guitarras y lamentos de cante jondo, cada grupo de clientes se montaba su tablao flamenco particular. Pidieron unas manzanillas que Becerra, erigido en improvisado anfitrión, se apresuró a pagar, antes de que Antonio pudiera echar mano a la cartera. No dejaba de mirarle el traje, con una suerte de humillado derrotismo, como si midiera la capacidad de seducción de un hombre por el atuendo y diese por perdida una hipotética contienda en la que ambos tuvieran que disputarse a Carmen.

—¿Y tú a qué te dedicas, Gabriel? —le preguntó.

Antonio improvisó una respuesta que presumió tranquilizadora para Becerra:

—Soy sastre.

Y, en efecto, Becerra sonrió aliviado, pues de este modo la elegancia de su oponente quedaba explicada de un modo profesional. Antonio comprendió lo que había de raro en el rostro de Becerra, que antes no había podido llegar a concretar: eran los ojos, separados de forma anormal en el rostro voluminoso, de tal manera que la nariz breve y chata estaba a sus anchas en el centro del óvalo, sobre un bigote corto y angosto, de cerdas bien perfiladas, a imitación de los chupópteros del Régimen; algunas cerdas eran rubias y otras canas, erectas como púas, en contraste con el cabello lacio, estragado por la calvicie.

—Pues entonces ambos nos dedicamos al menudeo —dijo Becerra satisfecho, dirigiéndose sobre todo a Carmen, para que entendiera que el nuevo pretendiente no podría aportarle ninguna mejora sustantiva de posición.

Los cantaores del local se salían ahora por peteneras con un dejo de limoneros y sal marina en la voz. En el patio de la venta andaban removiendo unas brasas y montando una barbacoa, para asar sardinas que sirvieran de recena a la clientela, hambrienta de ese hambre añadida que da la resaca del alcohol. Carmen callaba y mantenía la cabeza gacha, como si la soterrada rivalidad que se había entablado entre ambos la avergonzara.

—Pero vender trajes tiene más complicación que vender tabaco —precisó Antonio, sólo por fastidiar.

—No veo por qué —cortó Becerra, con cierta impertinencia—. Se toman las medidas del cliente y listo.

Pero a Becerra no se las habían tomado antes de endosarle el adefesio de traje que llevaba puesto; o tal vez se las tomaran antes de que engordara, allá en los tiempos de Maricastaña. Antonio sintió ganas de burlarse del hombre que estaba entorpeciendo su reencuentro con Carmen:

—No te creas, Santiago. Depende de la psicología de cada cliente, del país en el que trabajes...

Así daba un aire cosmopolita a su oficio apócrifo que volvía a situar en desventaja a Becerra, aferrado a su estanco de Chamberí, como el galeote a su remo.

—Vender ropa debe de ser igual en todas partes —se enfurruñó Becerra.

El llanto de las guitarras, con dolor de cal y adelfa, rompía las copas de madrugada.

—En modo alguno —se choteó Antonio—. Si quieres vender trajes en Inglaterra, basta con que digas que las telas inglesas son las mejores del mundo. En Estados Unidos tienes que anunciarte diciendo que utilizas figurines de los más afamados modistos franceses. En España, si no consigues convencer al cliente de que las telas son inglesas, los figurines franceses y el color del traje el mismo que lucen los actores americanos, no haces carrera.

Carmen sonrió pudorosamente. Becerra reaccionó con aspereza:

—¿Y en Alemania? ¿Qué hay que hacer en Alemania?

—En Alemania contratas una charanga, le pides que toque una marcha militar a la puerta de la sastrería y los curiosos entran, dispuestos a que les vendas lo que te dé la gana.

Ahora Carmen soltó una carcajada franca que dejó hecho unos zorros a Becerra. A la venta acababa de llegar un grupo heteróclito de zascandiles, batiendo palmas y lanzando jipidos; lo componían chupatintas del Ministerio de Turismo, toreros con el bálano astifino, golfantes con ínfulas de terrateniente, taxistas beodos, limpiabotas embetunados hasta las cejas, toda la cohorte desquiciada que Ava Gardner arrastraba en sus expediciones étlicas. La llevaban casi en parihuelas.

—¡Pero si es la actriz esa de Jólibu! —exclamó Becerra, con fascinación palurda—. ¿Cómo se llama?

Puso su mano medrosa y pueril sobre la rodilla de Carmen, como si quisiera transmitirle su exaltación.

—Ava Gardner —respondió Antonio, aguafiestas—. Os advierto que es una tía ordinaria.

Becerra se encrespó:

—Hombre, porque tú lo digas. Si ha triunfado en la meca del cine, será por algo.

—Coño, claro, porque las tías ordinarias siempre han tenido mucho éxito entre los paletos —se le encaró Antonio, ahora con indisimulada hostilidad.

El estanquero se quedó desconcertado por el desplante, sin saber si debía tomárselo a chirigota o revolverse iracundo; en la indecisión, adoptó una postura encogida, como de perrillo zaherido. Carmen salió en su auxilio, poniéndole también la mano en la rodilla:

—Pues a mí que me llamen paleta todo lo que quieran, pero esa mujer me encanta. —Becerra sonrió, mohíno—. Anda, chato, pídele un autógrafo para mí.

A Becerra lo desagradaba dejarlos solos, aunque fuera apenas durante cinco minutos; pero resolvió que ganaría más puntos atendiendo el requerimiento de Carmen y decidió darse prisa, viendo que en torno a la actriz ya se había formado un corro de aduladores, curiosos, tocones y carroñeros varios. En el patio de la venta ensartaban las sardinas en espetones y las ponían entre las brasas.

—Antonio, te estás pasando de la raya —lo amonestó Carmen cuando quedaron solos, sin mirarlo apenas—. Santiago no te ha hecho nada.

En honor de la ilustre visitante, los cantaores ya probaban cantes de ritmo más vivo y palmoteo a granel, en plan bulería pachanguera.

—Joderme el día que llevaba esperando desde hace trece años —dijo Antonio, con encono—. ¿Te parece poco?

Carmen no lo miraba. Tenía que conformarse con contemplar su perfil, que parecía merodeado por el llanto.

—Siempre se ha portado bien conmigo, sin pedirme nada a cambio...

—¿Y sólo por eso vas a entregarte a él?

Las sardinas empezaban a extender su peste, como una fumigación contra los pecados de la carne. Carmen se encogió de hombros:

—Mira, Antonio, el mes que viene cumpla treinta y cinco años. —Antes de que él pudiera decirle por cortesía que no los aparentaba, Carmen prosiguió, deseosa de mostrar todas sus cartas—: Y tengo una hija en un internado que acaba de cumplir diez. Llega un momento en que una tiene que empezar a pensar en el porvenir...

Antonio se cohibió. Un ramalazo de tristeza le cruzó el pecho, mientras su corazón latía fuertemente. Durante unas horas, había vivido la fantasía de creer que el tiempo se había quedado suspendido e inmóvil, aguardando su reencuentro con Carmen. Pero el tiempo nunca pasa en balde; y se ensaña con los más desgraciados.

—¿Pero él te gusta? —murmuró.

—Ni me gusta ni me disgusta, Antonio. Pero se preocupa por mí y cuando hay que sacar la cartera la saca. A ver si no cómo iba a poderle pagar el colegio a la niña.

Puesto que ella había mencionado crudamente el aspecto económico, no se arredró:

—Conmigo no te faltará de nada, te lo aseguro.

Becerra volvía ya, sofocado y triunfante, enarbolando una servilleta de papel con el autógrafo de la diva, que se hacía notar lanzando alaridos estridentes y sacando a paseo una teta, mientras los camareros le llevaban las primicias de las sardinas asadas. Habían adornado los espetones con escarapelas patrióticas, a modo de banderillas.

—Aquí tienes el autógrafo —proclamó Becerra, saboreando su logro—. Me ha costado Dios y ayuda, porque no veas la curda que lleva la buena de Ava. Pero hasta he conseguido que escriba tu nombre.

Sobre la servilleta, se desparramaba un garabato ilegible, de letras picudas y temblonas. Antonio no dimitió de su papel fastidioso; las revelaciones recientes de Carmen no habían logrado sino encontrarlo todavía más:

—¿Y tanto esfuerzo para qué? Para conseguir la firma de una borracha que ha venido a España a hacer lo mismo que todos los americanos: estropear lo poco auténtico que queda en nosotros y quedarse con lo sucedáneo, con el tipismo más cochambroso.

Becerra quiso contemporizar:

—Tampoco es eso, Gabriel. Ava es una gran hispanófila, y siempre que puede hace propaganda de España.

La llamaba por su nombre de pila, con esa candidez del paleta que así cree participar del brillo rutilante de la estrella. Carmen se había levantado de la silla, cansada de aquella esgrima un tanto mema:

—¿Sabéis que me estáis hartando? —se quejó—. Voy a ver si consigo que me den una sardina.

Becerra trató de retenerla:

—Si ya nos tenemos que ir, mujer...

Pero Carmen se había perdido entre el barullo, para consternación de Becerra, que parpadeó con sus ojillos extraviados en la amplitud oronda de su rostro. Carraspeó y habló a Antonio en un tono de confidencial patetismo:

—Mira, Gabriel, me gustaría dejarte clara una cosa. Estoy enamorado de Carmen y dispuesto a casarme en cuanto ella se anime. —Antonio lo miraba con fiereza, hasta conseguir que el estanquero doblegara la testuz, pusilánime—. No sé cuáles son tus intenciones, no sé si es verdad que sois amigos de la infancia, pero te suplico que no trates de amargarme la vida. La quiero de veras, y eso sería para mí como si me clavasen la puntilla...

Sus últimas palabras se habían desaguado casi en una llorera. Antonio sintió un

invencible asco, mezclado con cierta impresión de lástima, como cuando pisamos una cagarruta con los zapatos nuevos:

—Lejos de mi intención clavarle a nadie la puntilla.

Becerra levantó la cara, congestionada por la emoción. Los ojillos le brillaban, sosteniéndose a duras penas en el alambre del pundonor. Imploró:

—Compréndelo, Gabriel. Tú eres un hombre de mundo, joven todavía y elegante, a quien le sobrarán las mujeres. Yo ya soy viejo, y me faltan recursos para ponerme a competir contigo. —Su voz se iba adelgazando, a medida que descendía hacia la abyección—: Si Carmen me dejara, no sé qué iba a ser de mi vida. Tendrían que recogerme con escoba.

Ava Gardner se había encaramado a uno de los veladores del fondo, dispuesta a regalar a su séquito un zapateado. Las palmas que jaleaban su decisión acallaron las últimas súplicas de Becerra, a quien Antonio veía hacer pucheros y aspavientos lloricosos, antes de concluir:

—Te lo pido por favor, no me destruyas.

Y se pasó un pañuelo arrugado por la cara, tratando de recuperar la compostura. Cuando regresó Carmen, Becerra se levantó como un resorte.

—Nosotros ya nos vamos —dijo, a la vez que tomaba a Carmen del brazo, como reafirmando a la desesperada sus derechos de propiedad—. ¿Quieres que te dejemos en algún sitio, Gabriel?

Antonio miró a Carmen como se mira una tierra de promisión, con presentido júbilo y acuciante deseo; pero Carmen se mantenía hierática, como si apenas lo viese.

—Creo que me quedaré un rato más —resolvió, un tanto despechado. Tendió fríamente la mano a Becerra y después a Carmen—. Fue un gusto volver a verte.

Carmen mantuvo muy calculadamente las distancias, como si se previniera de la tentación de darle un beso. Pero en la mano le había deslizado, hecha un gurrño, la misma servilleta de papel en la que unos minutos antes Ava Gardner le había dedicado su autógrafo. Antonio la mantuvo apretada en el puño, hasta que Carmen y Becerra desaparecieron, abriéndose paso entre los mamelucos que cortejaban o magreaban a la diva yanqui; formaban una pareja inverosímil, incongruente, casi obscena. Alisó la servilleta y leyó lo que Carmen le había dejado escrito, con una caligrafía a la vez rotunda y sobria, sin atisbo de dubitación: «Pásate el sábado a merendar»; y, a renglón seguido, una dirección en la calle de Leganitos.

Juntos para siempre. Antonio se repitió esta frase una y otra vez, en una letanía alborozada, rememorando lo que Carmen le había dicho a modo de despedida en el Retiro, trece años atrás. La pelmaza de Ava Gardner, después de perder varias veces el equilibrio, había renunciado a zapatear y se había puesto en cuclillas sobre el velador, para mear más cómodamente.



—Está muy apretado —dijo Carmen, forcejeando con el sacacorchos y la botella de vino que Antonio había llevado para la merienda.

Era gratificante comprobar cómo el más nimio de sus gestos, el fruncimiento de las cejas mientras tiraba del sacacorchos en vano, o la marca de palidez de los incisivos sobre su labio inferior, como un secreto código morse, le devolvían los gestos de la muchacha que había conocido hacía trece años, indemne a las claudicaciones de la edad, reconciliándolo con su vida antigua, lavando los últimos residuos del simulacro de vida que todavía trataban de retardar su curación, como lapas adheridas a su alma convaleciente. Unos minutos antes, cuando le abrió la puerta de su modesta vivienda, Carmen lo había abrazado por vez primera; y, al hacerlo, un brusco calor anegó su pecho, como si lo hubieran pinchado con una astilla de fuego.

—Déjamela —solicitó Antonio—. Soy todo un experto en abrir botellas.

Sobre una pequeña mesa rectangular de formica cubierta por un hule, Carmen había dispuesto las viandas de la merienda, muy modestas y campesinas, que para Antonio valían más que manjares regios: una tortilla de patata todavía caliente, tostada por fuera y con escurriduras de huevo por dentro, como a él le gustaba; unos pimientos fritos y empapados de aceite; unas rodajas de un chorizo picante y belicoso, envuelto en tripa cular; unos tacos de queso manchego que sudaban la gota gorda. Se hallaban en la cocina de la casa, que daba a un patio de vecindad lleno de tendedores en el que resonaban, como retazos de una conversación tremebunda, los diálogos de una novela radiofónica. Muchos azulejos de la cocina estaban resquebrajados, con líneas de mugre en las juntas que Carmen había disimulado con pintura blanca. De una alcayata en la pared, colgaba un calendario de Explosivos Río Tinto, con la piconera de Romero de Torres removiendo el cisco y enseñando muslamen. Mientras Antonio descorchaba la botella, Carmen se había quitado los zapatos y puesto unas alpargatas que la hacían inesperadamente más pequeña, infantil, casi indefensa. Se quedó contemplando risueñamente sus maniobras; y, cuando al fin el corcho salió, Carmen pegó saltitos de pájaro, celebrando su maña:

—Estás vivo, todavía no me lo puedo creer —dijo mientras brindaban, con los ojos de ternera abiertos al asombro.

—A veces ni siquiera yo mismo me lo creo, prenda —reconoció Antonio,

tomándola de la cintura, en la que ya asomaba tímidamente alguna incipiente lorza o adiposidad que estimuló su ternura o su deseo.

Con frecuencia lo asaltaba, cuando rememoraba los años de cautiverio en Rusia, incluso las peripecias de su simulacro de vida, la impresión de estar evocando una vida que no era la suya, una vida legendaria o improbable que alguien se hubiese inventado, como las vidas rocamboleras de las novelas radiofónicas que crepitaban en el patio de vecindad.

—Te dieron por muerto, Antonio —bisbiseó Carmen, como si le amedrentara que algún vecino metete pudiera estar espiándolos, o como si la alusión a la muerte la contaminase de augurios supersticiosos—. Una vez, pasados algunos años, me atreví a entrar en una comisaría, para preguntar por ti, y me dijeron que habías caído en Rusia; pero que, si por algún acaso resucitabas, te aguardaba una acusación de asesinato.

—Me alisté en la División Azul cuando me vi acorralado. —Le tomó las manos prematuramente envejecidas, cuarteadas por la lejía y el jabón Lagarto—. Pero todo eso ya pasó.

Por la ventana de la cocina se colaba ahora un olor a fritanga, nutritivo y reparador. Carmen perseveraba en el tono clandestino:

—Y por aquel entonces también recuerdo a un tipo que me abordó por la noche y me habló de ti. —Reprimió un repeluzno—. Tenía así como la cara quemada.

Antonio asintió, compungido. Notó que le remordía la conciencia; y lo interpretó como un signo de recuperación.

—Cifuentes. Un tipo estupendo. Desgraciadamente murió.

Se hizo un silencio luctuoso; y en las novelas radiofónicas, solidarizándose con ellos, lloraba una damisela atribulada.

—Empecé a coger miedo, Antonio. Mucho miedo.

Pero las últimas hilachas de ese miedo ya se las llevaba el viento, como vilanos errabundos, ahora que de nuevo estaban juntos. Después de la merienda, Carmen le mostró la habitación donde dormía, empapelada pobremente de amarillo, con una cama de plaza y media de catre niquelado, cubierta por una colcha rosa, en cuyo tejido brillaban algo así como lentejuelas. En la pared del cabecero, un cuadro en bajorrelieve, burilado sobre estaño, representaba la Última Cena. Sobre la mesilla, descansaba un portarretratos con una fotografía borrosa por la excesiva ampliación, en la que Carmen, tres o cuatro años más joven, jugaba con una niña vestida de uniforme.

—Y esa niña supongo que es...

—Mi hija, Carmencita. —Se encogió de hombros, como excusando la falta de originalidad en la elección del nombre—. Es la niña más buena del mundo.

A sus mejillas acudió un trémulo rubor; y sonrió orgullosa.

—Es una preciosidad —concedió Antonio—. Como la madre.

En realidad, en el retrato no se distinguía bien si la niña era preciosa o fea, pero

Antonio quería que fuese preciosa, necesitaba que fuese preciosa, porque se había propuesto amarla como si de su propia hija se tratara, incluso había llegado a pensar que esa niña, sobre cuya existencia ya le había advertido Carmen en su primer encuentro, era la oportunidad que la Providencia le concedía para expiar sus crímenes. A Carmen el piropo que Antonio había dirigido a su hija la había puesto de buen humor:

—Oye, tendremos que ponernos un poco al día —propuso, mientras conducía a Antonio otra vez a la cocina.

Él se atrevió por fin a besarla. Lo hizo en el cuello, o en el arranque de la nuca, donde se escondía un leve rastro salado de sudor, haciéndole cosquillas con la barba.

—Será mejor que empieces tú —dijo Antonio—. Mi historia es demasiado larga.

Aunque era exactamente igual de larga que la de Carmen, lo atormentaban algunos de sus particulares, que no sabía todavía si declararle o guardárselos para su coleteo, para no ahuyentarla. Después de matar al tiparraco que a punto había estado de apiolarlos a ambos, Carmen se mantuvo quietecita en casa durante unas cuantas semanas, tal como Antonio le había ordenado. Viendo que en la prensa no daban noticia del asesinato, se decidió por fin a visitar a Antonio en su tabuco de la calle del Amparo; pero para entonces Antonio había desaparecido sin dejar ni rastro. Con el dinero que había juntado de los palos en el Retiro, Carmen se animó a viajar a Barcelona, para que le tratara a su madre la esclerosis un médico que, según había oído, hacía milagros; pero ninguno pudo hacer con su madre, que en unos pocos meses se extinguió sin una queja, como la vela que se queda sin mecha. El tratamiento, sin embargo, había consumido más de la mitad de sus ahorros, y Carmen se empleó en una fábrica textil de Tarrasa, donde aprendió a distinguir los tejidos y concibió el sueño de regentar una mercería, invirtiendo el dinero que todavía le restaba. Regresó a Madrid, alquiló un local angosto en las Vistillas y así fue tirando durante dos o tres años, sin conseguir nunca hacer negocio; entonces se enamoró del viajante que la aprovisionaba de botones, corchetes y cremalleras, un vivales con mucha labia, embaucador y jaquetón, que terminó por llevarla al catre. Cuando le anunció que estaba embarazada, sin embargo, toda su cháchara y jaquetonería se esfumaron como por arte de ensalmo, y no volvió a saber nunca más de él. Carmen decidió entonces apechugar con el embarazo: no se le escapaba que los hijos bastardos nacían con un baldón debajo del brazo; no se le escapaba que la malicia popular hace a los hijos herederos de los pecados de los padres; no se le escapaba, en fin, que un hijo nacido fuera del matrimonio arrastraría siempre un estigma ante los mojígatos y los chupacirios. Pero deseaba alumbrar y criar a ese hijo, lo sentía como una obligación natural y también como una recompensa, en medio de su soledad y desvalimiento. Para cuando dio a luz, la mercería ya se había probado un negocio ruinoso que sólo le prometía deudas y quebrantos; una tarde cualquiera, el frutero del barrio, que siempre le regalaba las frutas más lustrosas para la papilla de Carmencita, le expuso crudamente que deseaba acostarse con ella; y cuando Carmen, indignada, le

sacudió un bofetón, el frutero insistió, añadiendo que estaba dispuesto a pagarle generosamente. Siguió insistiéndole durante meses, mientras crecían las deudas de la mercería y los lloros de Carmencita, cada vez más hambrienta; finalmente Carmen accedió. Para no mitigar la pureza del horror, la coyunda se consumió en la trastienda de la frutería, entre melones podridos y patatas germinadas que extendían sus raicillas rojizas, casi genitales. Mientras el frutero se derramaba dentro de ella, Carmen descubrió que le bastaba cerrar los ojos y transportarse con el pensamiento a muchas leguas de distancia para que aquel asco no le infectase el alma; seguía siendo un asco que le revolvió las tripas, como vaciar las entrañas de un pescado o limpiar una letrina, pero lo remediaban las restregaduras del jabón. El frutero le pidió pronto repetir, y cuando repitió le propuso hacer de aquellas coyundas clandestinas un hábito; y siempre le pagaba puntualmente la cantidad acordada. Entonces Carmen pensó que tal vez hubiese otros hombres apegados al mismo hábito, e incluso más pudientes que el frutero del barrio, dispuestos también a pagarle puntualmente, mientras ella cerraba los ojos y se transportaba con el pensamiento a muchas leguas de distancia. Lo comprobó en el Pasapoga, donde el asco se convirtió en rutina; y donde, para disfrazar el asco, recuperó las mañas que Antonio le había enseñado para engatusar a los ricachos, fingiendo rubor y halagado desconcierto cuando la invitaban a beber una copa, dejando que fuesen ellos quienes tomaran la iniciativa, en lo que a veces se mostraban demasiado expeditivos (y entonces Carmen afectaba una pizca de escándalo, mezclada con una risa nerviosa) y a veces demasiado timoratos (y entonces ella terminaba de vencer sus reticencias con arrumacos y carantoñas). Así los iba poniendo en suerte, pero como el asco la acuciaba, solía acabar los prolegómenos demasiado pronto, al menos conforme le exigían en el Pasapoga, donde le dejaban ejercer su nuevo oficio a cambio de que sus clientes se gastaran el dinero en consumiciones; y como Carmen se negaba a dilatar por más tiempo el merodeo del asco, como se negaba a sacar a bailar a los clientes, y abreviaba los trámites del cortejo mercenario, acabó provocando el enfado de Aguilar, el dueño del Pasapoga; y además, una noche, cuando ya estaba dispuesta a cambiar de aires, la abordó Cifuentes, trayéndole recuerdos de un pasado que creía a buen recaudo, lo que todavía precipitó más su marcha. Durante un tiempo rodó por otros locales semejantes al Pasapoga, aunque concurridos por una clientela menos rumbosa y refinada, y sus ingresos se fueron reduciendo, mientras ella empezaba a convertirse en un trasto viejo, en quien el asco era ya un hábito tan arraigado como la necesidad que padecían aquellos hombres de derramarse en mujeres menos remilgadas o más consentidoras que sus esposas. Para entonces, había matriculado a Carmencita en un colegio de monjas de Alcalá, donde la tenía interna, para evitar que la rozasen los efluvios de su asco, pero pronto descubrió que sus añagazas para engatusar a aquellos marranos eran cada vez menos efectivas, porque la rutina las manchaba de hastío, o aunque las añagazas fuesen igual de efectivas, los marranos preferían derramarse en otras chicas más jóvenes, de carnes más apretadas y actitud más desenvuelta.

Consiguió, antes de quedarse arrumbada en la cuneta, como un mueble desencolado, un trabajo de dependienta en el estanco de Becerra, que al principio alternó con sus merodeos, cada vez más displicentes, por los locales de alterne; pero Becerra le fue tomando cariño poco a poco, e inquiriendo las vicisitudes de su vida, que Carmen había procurado escamotearle, aunque no tardó en reconocer que era madre soltera. Becerra se ofreció entonces a sufragar el internado de la niña; y Carmen accedió, suponiendo que Becerra le pediría a cambio que lo dejase derramarse dentro de ella. Pero Becerra no se lo había pedido jamás; en cambio, le había pedido en repetidas ocasiones hacerla su mujer. Se lo había pedido primero con seriedad solemne; después con tozuda persistencia; últimamente con súplicas y gimoteos.

—Me trata como a una reina, en la medida de sus posibilidades —concluyó Carmen, lastimada por los remordimientos—. Me saca de paseo, me lleva al teatro de vez en cuando, a veces vamos juntos a cenar por ahí. Siempre me deja en casa, sin rozarme ni un pelo. Es un poco atosigante, pero buen hombre.

Se había puesto a fregar los platos de la merienda. Vista de espaldas, su opulencia maciza y brava se percibía ya declinante, como la de una fruta que ha sido arrancada del árbol y empieza a arrugarse. Pero esa declinación la hacía aún más apetecible y digna de ser amada a ojos de Antonio, que sin embargo se había propuesto no rozarle tampoco ni un pelo, mientras ella no lo invitase a hacerlo.

—¿Y hasta cuándo dejarás que te atosigue? —preguntó Antonio, un poco mohíno.

La noche ya se derramaba como un frasco de tinta vertida sobre la cocina; en el patio de vecindad, el parte de las noticias había tomado el relevo a las novelas radiofónicas.

—Y yo qué sé, Antonio —dijo ella sin volverse, espantando alguna cavilación presagiosa—. Esta misma noche ha quedado en venir a recogerme, para dar un paseo. —Consultó el reloj, súbitamente inquieta—. Estará a punto de llegar.

—Bueno, mujer, tampoco estamos haciendo nada malo...

Carmen se secó las manos en una bayeta, después de poner a escurrir los platos. Se volvió, con un mohín compungido.

—Anda, si no te importa, súbete al piso de arriba, y cuando oigas que le abro la puerta te bajas. Es que me da reparo que os vayáis a cruzar en la escalera.

La petición se le antojó estrambótica y acaso demasiado humillante; pero la confesión de sus años de sombra y oprobio la había dejado para el arrastre, arañada por el asco que tal vez, después de todo, hubiese infectado su alma, y Antonio no se atrevió a negarse.

—Está bien. —Se levantó de la banqueta y volvió a rodear su cintura—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

Probó a besarla con mucho tiento, casi con un beso protocolario, pero Carmen lo atrajo hacia sí y le sorbió el aliento, amordazó sus prevenciones con una lengua que se trabó, a la vez violenta y blanda, con la suya. Antonio la envolvió con sus brazos,

para tener siquiera donde sostenerse, mientras el suelo le faltaba bajo los pies.

—Mañana mismo, si tú quieres —le dijo Carmen, bebiendo todavía de su aliento—. Ahora me doy cuenta de lo mucho que te necesito. —Y, en un tono más festivo, agregó—: Además, todavía no me has contado tu historia, Antonio. ¿O debo llamarte Gabriel?

—Llámame Antonio siempre. —Volvió a besarla al modo agreste; y ella dejó vencer todo el peso de su cuerpo sobre él, en una entrega sin paliativos. Y susurró—: Pero, por favor, no me vuelvas a pedir que me esconda en el piso de arriba de la escalera. Me haces sentir ridículo, como si fuera un adúltero.

Carmen le acarició la barba, amoldando el cuenco de su mano al arco de su mandíbula. Los ojos le brillaban, como si ella también avistase una tierra de promisión:

—Tienes que raparte esa barba —dijo, con risueña coquetería; y en seguida—: Te juro que no volverá a suceder, amor mío. ¿Dónde quieres que quedemos?

Estuvo a punto de proponerle que se pasase por su piso de Claudio Coello, pero se arrepintió antes de hacerlo. Su simulacro de vida estaba ya en fase de liquidación; y no deseaba que Carmen participara, ni siquiera de refilón, de sus postrimerías. Aventuró:

—¿Qué te parece que nos veamos a la misma hora en el Retiro?

—¿En el Retiro? —La sacudió un temblor casi religioso—. Nunca he vuelto por allí desde entonces.

—Yo tampoco. Así cerramos definitivamente un capítulo de nuestras vidas —dijo Antonio, deseoso de abrir uno nuevo y definitivo—. Siempre cuentan que el asesino vuelve al lugar del crimen; así nosotros cumplimos con el rito.

Quedó con ella en el paseo que rodea el estanque, acodado sobre la barandilla, exactamente en el mismo lugar desde el que había contemplado, trece años atrás, las labores de limpieza de los empleados municipales en el cieno del fondo, después del vaciamiento de sus aguas, que había sacado a la luz el cadáver del tiparraco. Por el estanque bogaban las parejas de novios, y en torno a sus barcas se arracimaban cardúmenes de peces negruzcos y viscosos que los acompañaban en sus singladuras cursis, reclamando una porción de su merienda. Antonio no había logrado conciliar el sueño durante toda la noche: la saliva que Carmen había dejado en su boca lo quemaba como una úlcera que sólo podría refrescarse cuando su lengua volviese a sanarlo; y se había mezclado con su sangre, como una solución que abrasara a su paso los últimos rescoldos de aquel vacío cósmico que un día se enseñoreó de su alma. Se había debatido en el dilema de contarle los episodios más escabrosos de su simulacro de vida u ocultárselos para siempre; y había resuelto finalmente confiarle una versión rebajada o benigna de los mismos: reconocería que había usurpado la identidad de un compañero divisionario, para zafarse de la justicia; callaría que había trabajado para los soviéticos como informante, a cambio de salvar el pellejo, callaría también la sementera de muertos que su simulacro de vida había dejado tras de sí, en

su afán canallesco por mantener la impostura. En el Retiro ya se respiraba el aire tibio de la primavera; y con la inminencia del crepúsculo los paseos arbolados se llenaban de señoritas de buena familia que se dejaban cortejar por los petimetres, mientras en la espesura las criadas retozonas se dejaban sobetear por los tunantes. Carmen llegó presurosa a la cita, algo menos siesa que las señoritas de buena familia y algo menos suelta que las criadas retozonas; los senos le respingaban en el jersey, como declarados en rebeldía contra el sostén, deseosos de refugiarse en el abrazo de Antonio. Pero en la mirada todavía le palpaba la sombra de una pena.

—Se lo he dicho, Antonio —musitó, mientras él la abrazaba—. Le he dicho a Santiago que teníamos que dejarlo.

La besó repetidamente en la frente y en las mejillas; y cada beso era una muestra de gratitud y un exorcismo contra la flaqueza.

—¿Y él cómo ha reaccionado?

—Ha llorado de rabia, me ha suplicado que lo reconsidere, se ha puesto de rodillas y ha seguido durante un rato así, abrazado a mis piernas y sollozando. Ha sido una experiencia muy dura, Antonio, nunca me había sentido tan miserable en mi vida, ni siquiera la primera vez que me prostituí. —Se alisó la falda y agachó la cabeza, en un puchero que agrietó sus rasgos y exageró las bolsas que abultaban las comisuras de sus labios—. Estuvo un rato así, gimoteando, detrás del mostrador, hasta que entró un cliente, al que atendió como si no hubiera pasado nada. Luego, sin mirarme, me pidió que me fuera y que no volviese por el estanco, que me enviaría el finiquito por carta.

Las carpas del estanque danzaban en corro, en torno a los despojos de una merienda que les habían arrojado desde una barca una pareja de novios ahítos o inapetentes. Danzaban como en un aquelarre, celebrando la aflicción y el desengaño de Becerra.

—El tiempo todo lo cura, Carmen —la consoló, borrando las lágrimas que habían mojado su rostro—. Se repondrá, ya lo verás. Pronto encontrará otra dependienta que lo quiera.

Carmen asintió, decidida a superar el mal trago. Precisó, con un resabio de amargura:

—Pero yo nunca lo quise. Se merece una mujer que lo quiera de verdad.

La tomó de la mano, como un novio indulgente, y dejaron atrás el aquelarre de las carpas, que no cejaban en su celebración. Mientras se adentraban en la espesura, procurando soslayar a las parejas que se magreaban salazmente, Antonio le fue exponiendo la versión rebajada o benigna de su impostura; a veces, Carmen lo interrumpía, incrédula o acechada por una perplejidad demasiado próxima al espanto, y lo asaeteaba con preguntas comprometedoras, o solamente cándidas. El cielo se había puesto de repente borrascoso, como si a Dios le hubiese dado un vahído; y bajo la sombra abovedada de los árboles, se dibujaba la sombra despavorida de las nubes, como una celosía movediza que ensuciaba el rostro de Carmen con una especie de

lepra cenicienta.

—Es impresionante —dijo, admirada—. ¿Y nadie se ha dado cuenta hasta ahora de que tú no eres Gabriel?

—Nadie, aunque te parezca increíble.

Se habían adentrado en una zona descuidada por los jardineros, donde crecían las malezas y se refugiaban faunas reptantes que se escabullían de sus pasos, temerosas de que les contagiasen sus pecados.

—No me lo explico. ¿Y cómo has conseguido no meter la pata nunca, ni delatarte?

Antonio recordó una frase de Mendoza:

—La gente cree lo que quiere creer, prenda. A todos nos pasa un poco, ¿no? —la miró de soslayo, buscando su anuencia—. Los familiares y amigos de Mendoza querían verlo vivo de nuevo; y me aceptaron a mí en su lugar. Pero también he tomado mis precauciones, no te creas: he procurado hacer poca vida social y restringir al máximo el círculo de gentes con las que trato. —Calló por un segundo, avergonzado de la frivolidad de sus palabras: lo había restringido, en realidad, hasta diezmarlo—. Antes de ponerme al frente del negocio, estudié la contabilidad, tanteé a los clientes, me aprendí de memoria la frecuencia de las rutas... Te sorprendería lo sencillo que es tomar posesión de otra vida; y cómo los oficios que al principio nos parecen incomprensibles se vuelven fáciles y rutinarios.

Enseguida se avergonzó de su afirmación, que podría haber herido a Carmen, para quien la prostitución llegó a convertirse en una rutina nunca fácil.

—¿Y piensas estar así toda la vida? —preguntó ella, sin mostrarse afectada.

—No, prenda, pienso dejarlo ya. Y fugarme contigo.

Carmen rió, poco dispuesta a tomarse en serio sus planes:

—¿Y seremos prófugos de la justicia? ¿Como los bandoleros?

Llegaron al paraje donde habían matado al tiparraco que descubrió su enredo. Antonio reconoció los arbustos donde solía apostarse, esperando la llegada de Carmen con el ricacho de turno que hubiese mordido el cebo; reconoció el lugar en el que el tiparraco soltó a Carmen un guantazo que la derribó con un ruido de rama tronchada; reconoció el pequeño claro en el que el tiparraco se abalanzó sobre él, descargando sobre su cabeza un pedrisco de puñetazos y más tarde tratando de estrangularlo, hasta que Carmen empezó a acuchillar su pestorejo.

—Prófugos de la justicia no, prófugos del pasado —dijo—. Iniciaremos una nueva vida lejos de aquí.

Carmen se había puesto a hurgar en su bolso, en busca de alguna reliquia.

—Mira, todavía guardo la navaja con la que lo maté. Te la regalo.

Era pequeña como una lima de uñas, pero buida como un estilete. Como trece años atrás, la idea de la complicidad con la mujer amada, el peligro y la responsabilidad compartidos, la posibilidad del mutuo sacrificio, llenaban su corazón de un calor nuevo y tonificante, Antonio creyó escuchar entre la espesura el clamor



de la sangre derramada y nunca vindicada, como un magma subterráneo. Se guardó la navaja en un bolsillo y tomó a Carmen, agarrándola esta vez de las nalgas; descubrió que sus manos, aunque no guardaban memoria táctil de su cuerpo, parecían reconocerlo sin dificultad, como si en sueños se hubiesen estado preparando para ser su molde.

—¿Y dónde iniciaremos esa nueva vida, si puede saberse? —inquirió ella, todavía refractaria o escéptica ante sus proyectos, que juzgaba quiméricos.

—Lejos de aquí, cuanto más lejos mejor. Tal vez en México o Argentina. Pero de momento tenemos que salir de España. Me esperarás en Francia con la niña.

Carmen se dejó llevar por la hilaridad; pero había un fondo soliviantado en su risa:

—¿Y de qué esperas que vivamos? ¿Quieres que trabaje en el Moulin Rouge? Te advierto que no nos quieren tan maduritas...

—No volverás a trabajar en toda tu vida, te lo aseguro —dijo Antonio, cortando con dureza sus burlas.

La recordó descompuesta como una bacante, con las manos enguantadas de sangre, mientras descargaba navajazos sobre el pestorejo del tiparraco, que quedó reducido a un picadillo de carne sanguinolenta. Sabía que no le faltarían redaños para acometer lo que le iba a proponer.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me pasarás una pensión mensual, como si fuese tu putita? —se mofó todavía Carmen—. Eso es lo que hacen los ricachones con sus amantes.

—No, Carmen, te voy a pasar veinte millones de pesetas para que cruces con ellos la frontera y me esperes en Francia —dijo Antonio, con una desapasionada frialdad—. Desde allí, cruzaremos el charco como polizones.

De nuevo, el semblante de Carmen palideció de espanto, como cuando lo reconoció en la sala de fiestas de Antón Martín. Miró a derecha e izquierda, como una fiera acorralada.

—¿Qué estás diciendo? Eso es una burrada de dinero.

—Suficiente para nosotros, para nuestros hijos y para nuestros nietos.

Antonio disfrutaba contemplando los efectos de su revelación en el ánimo de Carmen: primero pavor, después extrañeza e incredulidad, poco a poco una tímida y todavía cautelosa codicia.

—¿Cómo lo has conseguido? —inquirió.

—El padre de Mendoza se dedicó a los negocios más turbios, prenda —resumió, sin entrar en detalles—. Esa gentuza maneja unas sumas fabulosas, no podrías creértelo.

El crepúsculo incendiaba la espesura. Carmen parecía arrebolada:

—¿Y te los vas a llevar así, tan campante?

—No, prenda, por desgracia hay unos tipejos que vienen de Rusia, pisándome los talones. —Chasqueó la lengua, contrariado—. Conocen mi verdadera identidad y amenazan con desenmascaramme. El típico chantaje de siempre. Por eso te pido que

vayas tú por delante con el dinero.

Ahora Carmen parecía abrumada por la carga:

—¿Y qué piensas hacer con ellos?

—Matarlos.

Enmudecieron ambos, mientras la sangre derramada y la sangre por derramar rugían en las entrañas de la tierra. Volvieron tomados de la mano, convertidos de nuevo en compinches —en *consortes*— de un palo que jamás hubiesen soñado poder realizar en una vida anterior. A partir de aquel día, empezaron a verse con asiduidad, casi siempre en casa de Carmen, en la calle de Leganitos, que Antonio ya nunca más tuvo que abandonar apresuradamente, para esconderse en el piso de arriba; pero, llegada la noche, la abandonaba para ir a dormir a Claudio Coello, como un novio doncel que prefiere dilatar la dicha de la entrega hasta el tálamo; y Carmen participaba con gusto de aquel ritual con una especie de alegría retrospectiva, como si juntos estuviesen recomponiendo un noviazgo que la fatalidad había impedido hasta entonces, un noviazgo tardío que de este modo recuperaba la pureza que podría haber tenido antaño. Cada uno por su lado, con casi una semana de intervalo, solicitaron en la embajada francesa sendos visados para una estancia de tres meses; y Antonio acondicionó con sus propias manos un par de maletas con un doble fondo perfectamente disimulado y cubierto de guata para esconder los fajos de billetes. Una semana antes del día señalado para la partida de Carmen viajaron a Alcalá, para sacar a su hija del internado. Resultó una niña despierta e inquisitiva, mucho más bonita de lo que la fotografía borrosa que su madre guardaba pudiera hacer presumir; en sus facciones perduraban los ojos de ternera y la nariz pugnaz de la madre, y enseguida hizo buenas migas con Antonio.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó, todavía medrosa, cuando salían del internado.

—Soy el novio de tu mamá. Me llamo Antonio, y en unas pocas semanas pienso casarme con ella.

Y Carmencita buscó con la mirada una confirmación en su madre; y, apenas la obtuvo, corrió a besar a Antonio, que recibió abrumado aquel regalo imprevisto. De vuelta a Madrid, Carmencita no paró de hacerle preguntas, en una avalancha de curiosidad que, como las cerezas de un cesto, se enredaba en mil preguntas consecutivas o afluentes, una fronda gozosa de preguntas en constante crecimiento en la que Antonio retozaba a placer, aunque muchas de las preguntas de Carmencita desbordasen sus conocimientos, sus intuiciones, su capacidad de inventiva incluso. Pensó entonces Antonio que ante una niña como Carmencita su simulacro de vida no hubiese tardado ni media hora en desmoronarse; porque la inteligencia del niño, al no apoyarse en las muletas de la experiencia, cuestiona todo lo que el adulto da por sobreentendido. Y, al cuestionarlo, somete la vida a constante interrogatorio, como si cada día el mundo se inaugurase otra vez. Si Antonio había logrado sostener su simulacro de vida era porque se había desenvuelto en un mundo, el de los adultos, en el que se aceptaban muchas cosas que Carmencita no hubiese aceptado jamás, en el

que cualquier explicación anodina bastaba para salir del paso, en el que las palabras gastadas y las pasiones estereotipadas eran moneda de curso corriente. Antonio prefería el mundo que habitaba Carmencita, donde nada estaba clasificado ni etiquetado; y quería quedarse a vivir allí, quería volver a mirar el mundo como ella lo miraba, creándolo de la nada a cada instante, como el Dios del Génesis.

—Hija, deja de hacerle preguntas a Antonio, que lo vas a marear —la reprendía su madre.

—Que no, mujer, si yo estoy encantado. Déjala que pregunte todo lo que quiera.

E imaginaba una vida colmada de preguntas, atestada de preguntas, una vida de incesantes asombros al lado de ambas, en la que nada estuviese gastado ni repetido, como una resurrección de la carne que lo redimiese de la existencia infernal que hasta entonces había sobrellevado. En esa vida presentida, que ya era su único designio, pensaba mientras agotaba las postrimerías de su simulacro de vida; en esa vida de eterna novedad, como un libro con las páginas en blanco, pensaba mientras extraía los fajos de billetes de los rodapiés del piso del Retiro y los iba disponiendo en el doble fondo de las maletas, como un muro de ladrillos que preservaría su nueva vida incólume. Sólo dejó fuera de las maletas medio millón de pesetas, el tributo que le habían exigido Nina y Camacho a cambio de su silencio; que pretendía ser un silencio a plazos, pero que Antonio esperaba convertir en silencio a perpetuidad. Mientras caminaba hacia la calle de Leganitos, lo sobresaltó, como un latigazo de angustia, la sospecha de que Carmen pudiera traicionarlo; pero enseguida desestimó este pensamiento funesto que, aunque se cumpliese, no cambiaría sus planes. A fin de cuentas, si tal cosa ocurriera todo le importaría un ardite: Carmen lo había resucitado; y si Carmen dejaba de alumbrarlo, prefería la muerte, antes que el simulacro de vida que hasta entonces había mantenido. Pero tal cosa no iba a ocurrir.

Lo supo, con certeza indubitable, cuando Carmencita, vestida ya con el pijama, corrió desde el fondo del pasillo, para arrojarse alborozada a sus brazos, apenas traspuso el umbral de la casa. Dejó las maletas sobre el suelo del vestíbulo y alzó a la niña hasta el techo, columpiándola en el aire.

—¿Sabías que mamá y yo nos vamos mañana a Francia?

Antonio se fingió enfurruñado:

—¡No me digas! ¿En serio que os vais? ¿Y a mí pensáis dejarme aquí solo?

Le buscaba las cosquillas, mientras la columpiaba. Carmencita reía hasta descoyuntarse.

—Dice mamá que tú vendrás pronto a reunirme con nosotras.

La abrazó muy fuertemente, como si fuese carne de su carne. Y así la sentía. Carmen había salido también a recibirlo; el día anterior habían discutido, porque se resistía a dejarlo solo ante los tipejos venidos de Rusia y dispuestos a chantajearlo. Antonio la besó en el cuello y apuntó con la barbilla hacia las maletas donde se guardaba el botín, que Carmen recogió y llevó a la cocina, posándolas sobre la mesa de formica.

—Pues mamá tiene razón, pequeñaja —dijo, mientras la conducía hasta su cuarto, donde como cada noche le contaría un cuento y recitaría con ella las oraciones que ya casi había olvidado—. ¿O es que pensabas que te ibas a librar tan fácilmente de mí?

Carmencita protestó, en un lloriqueo:

—Si yo no quiero librarme de ti, tonto. Yo lo que quiero es que seas mi papá.

Lo golpeó, como una marea impremeditada, una emoción que ni siquiera creía que pudiese albergar.

—Pues, eso está hecho. A partir de hoy mismo seré tu papá.

Y aquella noche, mientras le contaba un cuento, Carmencita lo escuchó con ojos más abiertos, como si la paternidad putativa lo aureolase de una autoridad nueva. Y mientras rezaban las oraciones, Carmencita, escorada ya hacia el sueño, le tendió su manecita, como una pavesa que Antonio guardó entre las suyas, para alimentar su calor. Antes de abandonar su cuarto, le alisó el embozo de las sábanas y la besó en la frente con devoción callada, mientras escuchaba su respiración limpia, que era la respiración de un mundo bien hecho. En el pasillo lo aguardaba Carmen; su respiración, en cambio, era acezante y acongojada:

—Preferiría no tener que llevar esas maletas, Antonio.

Hablaban en un susurro, para no perturbar el descanso de Carmencita.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque no soporto que pienses que estoy contigo por el dinero.

Antonio tomó su rostro entre las manos, antes de cubrirlo de besos. La noche entraba por la ventana de la cocina, serena y ominosa a un tiempo, como un río de adivinaciones.

—Si pensara eso, caería fulminado aquí mismo, prenda.

Durmieron juntos por primera vez aquella noche, en la cama de plaza y media de Carmen, cuyo catre niquelado crujía como una chalupa a punto de zozobrar. En realidad, no lograron pegar ojo, trémulos y absortos en su amor, como niños en una cueva de tesoros recién inventados. Cuando entró dentro de ella, sintió que un pez de plata palpitaba allá adentro, en lo más hondo de sus entrañas.

Sopesó la pistola, que era también niquelada, como el catre de la cama de Carmen, y tenía las cachas de una madera oscura, tal vez sucia de grasa o de sangre. Era mucho más ligera que las armas que había empuñado allá en el frente ruso.

—Yo en tu lugar evitaría tener que usarla —le aconsejó Demetrio, que acababa de procurársela—. Creo que en toda mi vida sólo he disparado una vez, allá en los tiempos del estraperlo, y fueron tiros lanzados al aire. Cuando las cosas se solucionan a balazos es porque han salido mal.

Antonio extrajo el cargador, con todo su equipaje mortal, y lo volvió a introducir. Sonrió para tranquilizar a Demetrio:

—Descuida, no la usaré. Es tan sólo por protección personal.

Demetrio contemplaba las paredes desnudas del piso, inhóspitas como las de un barracón tras los sucesivos pillajes.

—¿Estás de mudanza o qué?

—He decidido cambiar la decoración, aprovechando la ausencia de Paloma —dijo Antonio con socarronería.

Demetrio se remejió incómodo en el sofá; sus dedos manchados de nicotina tamborileaban sobre su panza.

—Qué demonio de Palomita... —rezongó—. ¿Y dices que ya ha llamado?

—La semana pasada, la muy tunanta —mintió Antonio—. Al parecer se ha ligado a un millonario mejicano que andaba por España de visita y se está pegando la gran vidorra en su hacienda, que debe de ser más grande que una provincia entera. Pero ya se lo advertí: «Cuando te canses de los mariachis, no te creas que te vamos a recibir con los brazos abiertos. Especialmente Demetrio está muy decepcionado contigo».

—¿Y ella qué respondió? —inquirió Demetrio, en verdad molesto por la preterición.

—Me pidió que no te lo tomaras tan a pecho, y que en un par de semanas estaría de vuelta. —Se odió por improvisar aquellas bromas macabras a costa de Paloma, cuyo cadáver ya habría empezado a pudrirse, sobre el lecho del río Lozoya, pero eran los últimos coletazos de su simulacro de vida—. La chica necesitaba unas vacaciones, se conoce que la dejaste para el arrastre. ¡Pero alegre esa cara, coño! Pronto la tendrás otra vez contigo.

Demetrio no disimulaba su contrariedad. Refunfuñó:

—En cambio, a ti se te ve la mar de contento.

En verdad lo estaba. Por la mañana lo había llamado desde París Carmen, para confirmarle que habían cruzado la frontera sin contratiempos; se había hospedado con su hija en un hotelito del Barrio Latino, apañado y nada ostentoso, donde aguardarían su llegada, aprovechando la espera para visitar iglesias y museos. Si en los días previos a su marcha Carmen se había mostrado reticente y lastimada por augurios funestos ante las dificultades del plan diseñado por Antonio, y escéptica ante su éxito, por teléfono le había parecido mucho más optimista y confiada; y había logrado comunicar su estado de ánimo a Antonio.

—Lo estoy, Demetrio —reconoció—. Y deseoso de que me encomiendes otro trabajo.

Y Demetrio empezó entonces a exponerle los pormenores de una nueva operación para el transporte de heroína, desde Niza hasta Vigo, con su locuacidad característica. Antonio fingió escucharlo, fingió incluso tomar algunas anotaciones, como si aquella cháchara lo incumbiese; pero su mente vagaba muy lejos de allí, refugiándose en aquel hotelito del Barrio Latino donde su nueva vida daría comienzo, antes de cruzar el charco con Carmen y su hija, para instalarse tal vez en México y tal vez adquirir una hacienda que fuese más grande que una provincia entera. Antes tendría que deshacerse de Camacho y de Nina, el último escollo en su designio de felicidad; pero desde que Carmen lo llamara para transmitirle bríos, y estando provisto de la pistola que Demetrio acababa de procurarle, tal escollo se le antojaba una nonada. Aún tardaría un par de días Camacho en ponerse en contacto con él, retrasándose respecto al calendario aproximado que Antonio había trazado; lo hizo, por supuesto, llamando a una hora intempestiva al piso del Retiro, donde Antonio montaba guardia como un centinela insomne. Aunque mil veces había anticipado aquel momento, el timbre del teléfono lo sobresaltó.

—Has tardado mucho en llamar, Camacho. Ya comenzaba yo a hacerme ilusiones. Pensé que os habíais olvidado de mí.

Camacho le dedicó aquella risita seca y alevosa que en otro tiempo, cuando se emboscaba tras el anonimato, había conseguido amedrentarlo.

—¿Olvidarnos de ti? Eso nunca, hombre. —Parecía eufórico, o tal vez exaltado por ese gusanillo del apostador que se dispone a recaudar los frutos de su codicia—. Lo que ocurre es que Nina tenía ganas de conocer la Semana Santa española, y hemos encajado el viaje para poder bajar a Sevilla; después de vernos contigo, por supuesto. Primero la obligación y después la devoción, como dice el refrán.

Antonio imaginó que Nina estaría mejorando grandemente su dominio del español coloquial y demás gramáticas pardas en compañía de Camacho. Abrevió la conversación:

—¿Dónde y cuándo quieres que nos veamos?

La expeditiva urgencia de Antonio desconcertó a Camacho:

—Con gente tan cumplidora como tú da gusto. ¿Te parece bien dentro de un par

de horas, en la fábrica de sifones y gaseosas del paseo de Extremadura?

—Me parece estupendamente —dijo.

Y colgó. Allá en los confines del paseo de Extremadura, a casi un kilómetro de la sede de Transportes Mendoza, se alzaba, en efecto, en mitad de un secarral, una vieja fábrica de sifones y gaseosas, empleada como fortín durante el asedio de Madrid, en los años de la sangre, y desde entonces reducida a escombros, sólo merodeada por las ratas y los vagabundos. Antonio guardó el dinero convenido en un neceser y la pistola que le había procurado Demetrio en un bolso de la gabardina. Cerró con llave la puerta del piso del Retiro, al que ya no volvería nunca, y arrojó después la llave en una alcantarilla de la calle; condujo en silencio hasta el paseo de Extremadura, dejando atrás una ciudad que era un cementerio con un millón de muertos, y aparcó el coche al pie de unos almacenes o galpones equidistantes de la sede de Transportes Mendoza y de la fábrica de sifones y gaseosas en la que Camacho acababa de citarlo. Apenas brillaba en la alta noche una luna tímida y convaleciente, una luna con flemones o paperas que enturbiaba el aire con los miasmas de su enfermedad. Antonio caminó por la cuneta de la carretera hacia la fábrica abandonada, que tenía algo de ruina azteca bajo el cielo sin estrellas, con sus altos muros mordidos por la metralla y sus escaleras que terminaban en la indecisión. El coche de Nina y Camacho escrutaba la noche con los faros encendidos y el motor ronroneante; y Antonio se dirigió hacia él, como hacían las polillas de los contornos. No había concebido ningún plan minucioso: cuando salieran a recibirlo, había pensado arrojarles el neceser con el dinero; presumía que la avaricia los impulsaría a comprobar si la cantidad era la estipulada, y había pensado abrir fuego mientras contaban los billetes. Pero tal vez ellos sí hubiesen concebido un plan minucioso, tal vez mientras uno contaba los billetes el otro lo encañonaría; en ese caso, no le restaba sino fiarse de su suerte y de la complicidad de la noche.

—Aquí tienes lo prometido, Camacho —se anunció.

Camacho estaba sentado ante el volante, con la portezuela abierta, y con la cabeza reclinada en el respaldo del asiento; no podía distinguir sus facciones, pero parecía estar descabezando una siesta. Antonio arrojó el neceser sobre el capó del coche; pero Camacho ni siquiera se inmutó.

—¿Camacho? ¿No piensas contar el dinero?

Antonio se acercó al coche, cuya chapa exhalaba un calor felino y acechante. Tuvo que inclinarse sobre la cabina para distinguir la sien chamuscada por la pólvora y el excremento de sangre que le borraba la oreja. Al sacudir a Camacho, su cabeza yerta se derrumbó sobre el volante, haciendo sonar el claxon. Antonio pegó un respingo.

—Yo lo maté —dijo Nina a sus espaldas.

Emergió de la noche y se expuso al escrutinio de los faros, que blanqueaban su rostro, tornándolo todavía más pálido. Las polillas la cortejaban, como moscas congregadas en torno a un cadáver.

—¿Que lo has matado? ¿Y por qué? —preguntó Antonio, atónito.

La evidencia parecía ofenderlo, como si un viento imprevisto hubiese derribado el castillo de naipes que había levantado en las últimas semanas.

—¿Es que pensabas que iba a dejar que te chantajease? ¿Por quién me has tomado? —dijo Nina, con una voz vibrante de indignación—. Anda, ayúdame a cargar con él.

Lo llevaron en andas al interior de la fábrica, cuyo suelo estaba alfombrado de vidrios rotos, como si aguardase una convención de faquires; por la tejavana del techo asomaban boquetes de cielo. Lo arrojaron en un aljibe que había detrás de la planta embotelladora, para entonces convertido en una fosa séptica; cayó con el estrépito de una tonelada de ladrillos entre los chillidos de las ratas.

—Camacho dijo que eras el cerebro de la operación —murmuró Antonio, tal vez arrepentido—. Llegué a creérmelo, te lo confesaré.

Nina se ciñó las faldas de su gabardina, como si tratase de repeler un escalofrío. En su voz anidaba una tristeza exánime:

—Nunca me he tenido por una hermanita de la caridad, Antonio. Pero ¿de veras me crees tan miserable?

Antonio notó que le flojeaban las rodillas. Tenía que recomponer sus planes, adaptarlos a la nueva situación sobrevenida, pero aún no sabía cómo.

—No sé qué decirte, Nina —se excusó—. Eres lo más parecido a un jeroglífico que he conocido nunca.

Trató de distinguir el rostro de Camacho entre las inmundicias del aljibe, pero la oscuridad se lo impidió. Nina había echado a andar en dirección al coche; los vidrios rotos rechinaban bajo sus tacones.

—¿Un jeroglífico? —Antonio la había lastimado en su orgullo—. No tengo conciencia de haber sido un jeroglífico contigo, Antonio. Te protegí todo lo que pude, evité que te mataran después de tu fuga y, cuando por fin liberaron a los presos españoles, me preocupé de que no pusieran trabas a tu regreso... ¿En eso consiste ser un jeroglífico? ¿Tampoco te convence lo que ocurrió en la isla de Tolbos?

Pero en la isla de Tolbos Antonio había sido un batelero que creía bogar a favor de la corriente, cuando en realidad la corriente lo estaba arrastrando. No quería volver a dejarse arrastrar nunca más.

—¿Y por qué has estado con Camacho durante todo este tiempo? —preguntó Antonio, que ya empezaba a vacilar en su determinación—. Casándote con él para que pudiese escapar de Rusia ya le hiciste suficiente favor.

Habían salido de la fábrica. Nina se recostó sobre su muro ametrallado, como si aguardase la descarga que la exonerase de excusarse ante el hombre por el que tantas veces se había sacrificado.

—¿Qué querías que hiciese? —se lamentó—. ¿Que lo dejase campar a sus anchas? ¿Es que no viste lo que le hizo a esa pobre mujer que vivía contigo? Camacho era un puto psicópata, Antonio. Te habría convertido en un monigote hasta



ordeñarte la última moneda; y luego te habría matado sin titubear. Seguí con él para protegerte.

Calló, acuciada por la inminencia del llanto. Antonio la abrazó, movido por una oscura piedad o un oscuro cálculo.

—Gracias por protegerme entonces.

La condujo hasta el coche, que aún ronroneaba con el motor encendido; notó que Nina apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie, como si una vez que había conseguido su complicidad hubiese renunciado a mantenerse erguida y alerta, como si de repente las tensiones vividas en los últimos meses se hubiesen desplomado sobre ella, reduciéndola a escombros. Antonio le tendió el neceser con el dinero.

—No lo quiero. Puedes quedártelo —dijo Nina, con una mueca de repudio.

Antonio la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto. Rodeó el coche y se sentó a su lado; a la altura del cogote sintió el frescor nauseabundo de la sangre de Camacho, todavía reciente.

—Nos lo quedaremos, pues —dijo, arrojándolo al asiento trasero.

Nina se ruborizó, como una niña sorprendida en una travesura. Tenía la cara lavada de potingues cosméticos; y por un instante, mientras la contemplaba, las facciones de Carmen se sobrepusieron a las suyas, para después amalgamarse, como si Carmen y Nina fuesen la misma persona, o sus rostros fueran intercambiables.

—¿Quieres decir que te vienes conmigo a Francia? —preguntó Nina, con expectante júbilo.

—Por lo menos te llevaré hasta la frontera —sonrió Antonio—. Deja que me lo piense por el camino.

Giró la llave en el contacto y aceleró bruscamente, levantando una polvareda que acabó de rematar a la luna convaleciente que a duras penas brillaba en el cielo. Enfiló hacia el norte, siguiendo la misma ruta que había tomado para pergeñar su coartada en San Lorenzo de El Escorial, mientras Consuelo agonizaba; la misma ruta que tomó para desprenderse del cadáver de Paloma. La frontera aún quedaba muy lejos.

—Entonces tendré que emplearme a fondo para convencerte —dijo Nina, arrimándose contra él.

—Te advierto que soy un hueso duro de roer —bromeó Antonio.

—Conmigo nunca lo fuiste, sin embargo.

Se había reclinado en su hombro. Antonio mantenía la mirada fija en la carretera.

—Es que siempre me pillaste con la guardia baja.

Probó a rodearla con el brazo, constatando que era una potra mansa, una tierra en barbecho, esponjada y presta a la siembra.

—Qué curioso —dijo Nina—. Camacho siempre pensó que yo seguía enamorada de ti, que si había accedido a participar en el chantaje era por despecho de saberte con otras mujeres. A él nunca le parecí un jeroglífico.

—Y a mí ahora tampoco, preciosa.

Y, para convencerla de su conversión, la besó en el pelo, que olía a alguna vaga

fragancia jabonosa, sin descuidar la conducción. Nina buscaba en su pecho una improvisada almohada.

—Pronto empezará a amanecer —musitó—. No dejes que me quede dormida. Me gustaría que nos parásemos, para ver salir el sol.

—Cuenta con ello.

Pero dejó que se durmiera, acurrucada contra él, como refugiada en un paraíso íntimo o huerto clausurado donde el león y el cordero podían retozar juntos y en paz. Antonio también se apretó contra ella, como se aprietan la mano y el guante, el perno y la bisagra, la piedra y el liquen, y aspiró el olor de su piel, un olor matinal de establo limpio, de horno todavía tibio, de sudor fresco y ovulación con unas décimas de fiebre. No desvió la mirada de la carretera mientras extraía del bolsillo interior de la chaqueta la navaja que Carmen le había regalado en el Retiro, la navaja pequeña como una lima de uñas pero afilada como un estilete con la que Carmen había acribillado el pestorejo de aquel tiparraco que a punto estuvo de apiolarlos. Antonio fue mucho más quirúrgico que Carmen entonces: ensartó de un golpe limpio la navaja en la garganta de Nina, a la altura de la yugular, y la mantuvo apretada sobre la herida, mientras su sangre se derramaba esbelta y fluvial, empapándole las solapas y la pechera de la gabardina. Nina despertó sin dolor ni sobresalto, mientras se vaciaba de vida, como despertaba en la isla de Tolbos, cuando Antonio la acariciaba sutilísimamente, con la delicadeza que empleamos para apartar la nata de un cuenco de leche humeante; y sólo al final, cuando ya casi se había derramado toda su sangre, agitó las piernas, que de repente adquirieron una fibrosidad recóndita, y enarcó los riñones, y boqueó unas palabras ininteligibles; pero cuantos más esfuerzos hacía por hablar, más aire le entraba por la herida, abreviando su muerte. Antonio se preguntó si, mientras moría sin ruido, estaría viendo amanecer en algún más allá donde la aguardase la resurrección de la carne.

—Tranquila, Nina, son tan sólo unos segundos —le susurró al oído.

Y cuando su corazón dejó de latir, cuando ya no pudo bombear más sangre, la besó en la frente jeroglífica que ya nunca le revelaría su misterio, o que sólo se lo revelaría cuando a él también lo hallase la muerte. La carretera ya se empinaba y hacía sinuosa; Antonio giró el volante, para adentrarse por un camino de grava que ascendía entre roquedales, hasta coronar un risco muy escarpado que se asomaba a la noche como un trampolín hacia la nada. Dejó el coche al filo del precipicio, en punto muerto, y desocupó su asiento, en el que colocó el cadáver de Nina; le extrañó que su cuerpo resultase casi liviano, en comparación con los otros cuerpos inertes que había cargado antes, y pensó que tal vez, al vaciarse de sangre, Nina se había vaciado también de pecados, o que tal vez sus pecados ya le habían sido perdonados, antes de que él la vaciase de sangre. Extrajo los fajos de billetes del neceser que Nina había arrojado desinteresadamente al asiento trasero y los repartió entre los bolsillos de su chaqueta; luego empujó el coche hasta que cayó al precipicio, rebotando en los peñascos con un estruendo de chatarra. Empezaba sigilosamente a amanecer, y la

luna había vuelto a resplandecer, como si el sacrificio expiatorio de Nina la hubiese curado milagrosamente de sus dolencias. Antonio bajó calmamente al fondo del precipicio por un sendero desbrozado por las cabras. Abrió el capó arrugado del coche y prendió una cerilla, que arrojó al depósito de gasolina; en apenas un par de minutos, el coche era una antorcha de combustión crepitante. Antes de que las llamas mordiesen el rostro de Nina, echó a andar. No hubiese soportado ver cómo se consumían aquellas facciones que en otro tiempo habían cobijado un incendio bárbaro, aquellas facciones en las que un día lejano, demasiado lejano, se había copiado su deseo.

Utilizando como referencia el sol caminó en dirección al sur, por trochas y veredas apartadas de la carretera, buscando los valles escondidos. Calculó que se hallaría a unos setenta kilómetros de Madrid; y decidió que volvería a pie, como un peregrino que regresa a casa de incógnito, después de fatigar el atlas. La caminata tal vez le llevase un par de días, o siquiera un día con su noche, pero no le arredraba la distancia, que podría aprovechar para beber agua de los hontanares, como quien bebe las aguas del Leteo, y para dormir a la sombra de los álamos, como quien duerme el sueño de los benditos, y para vadear ríos recónditos, como quien se bautiza en el Jordán y se desprende de las viejas culpas que creía enquistadas. Y en cada hontanar en el que bebía, en cada álamo que lo protegía con su sombra, en cada río que vadeaba, descubría un mundo nuevo en el que nada estaba clasificado ni etiquetado; y, al contemplar ese mundo recién creado, como surgido a cada instante de la nada, experimentaba la misma alegría serena que debió de anegar al Dios del Génesis, mientras completaba la obra salida de sus manos. Antes de adentrarse en los suburbios, enterró en una hura la pistola que Demetrio le había procurado, la pistola que, siguiendo sus consejos, no había llegado a utilizar.

Llegó a Madrid hambriento, desaseado y roto, con los pies llagados y las piernas acalambradas, pero el sol anidaba en su pecho; y ese sol era la vida nueva que ya había cumplido su gestación y ansiaba el momento del parto. Desde el piso de Claudio Coello llamó al hotel del Barrio Latino donde Carmen se hospedaba y aguardaba sus noticias, consumida por la zozobra. Muy lacónicamente, le anunció que todo había salido según lo previsto, reservándose las explicaciones (y también las efusiones) para el reencuentro definitivo; y pidió a Carmen, para entonces anegada en gozoso llanto, que le dejara saludar a su hija, que enseguida lo aturdió con un tropel de preguntas apremiantes. Pero Antonio no quiso alargar más tiempo la conversación, prometiendo a ambas que al día siguiente daría cumplida respuesta a todas sus curiosidades; en esta dilatación de la dicha inminente hallaba un inescrutable deleite, como quien después de cocinar un guiso delicioso se impone por disciplina no saborearlo antes de que sus comensales puedan disfrutarlo a su lado. Se preparó un baño de agua caliente y permaneció en remojo durante casi dos horas, anticipando las delicias de su vida nueva al lado de Carmen; y después se rapó la barba ante el espejo del lavabo, tal como Carmen le había solicitado con risueña coquetería en su primera

cita. Al contemplar su rostro al fin desenmascarado, suave como el de un recién nacido, pensó que trece años habían sido abolidos de una tacada; y, con ellos, un cúmulo de penalidades (y de crímenes) que ya ni siquiera lograba recordar. Se vistió con la ropa más anodina que halló en el armario, descartando por igual los trajes de Mendoza, que siempre le habían venido grandes, y los trajes a medida que había encargado al sastre, que de repente se le antojaban en exceso relamidos, como propios de un petimetre. Decidió que viajaría sin más equipaje que el dinero preciso para los billetes de tren, el visado de la embajada francesa y el pasaporte a nombre de Gabriel Mendoza: sería la última vez que utilizase el nombre del fantasma cuya identidad había usurpado; y, después de mostrar la documentación en el puesto fronterizo de Hendaya, su simulacro de vida habría concluido para siempre.

En el taxi que lo llevaba a la estación del Norte, donde trece años atrás había iniciado su expedición al frío, Antonio pensó que el bien que estaba a punto de alcanzar era el último eslabón de una cadena de males: males que había sufrido y males que había causado, males que otros le habían infligido y males que él no había vacilado en infligir, sin detenerse siquiera ante el derramamiento de sangre. Recordó entonces a Cifuentes, tan trágicamente apegado a sus principios, que un día le había pronosticado que nunca se puede alcanzar un bien después de haber perpetrado un mal; pero todas las leyes admiten excepciones: y allí estaba él para probar que una montaña de males puede finalmente redundar en un bien mayor. En las taquillas de la estación adquirió el billete para el tren con destino a Hendaya; los billetes, en realidad, pues quiso asegurarse de viajar solo en su compartimento de primera clase, para no tener que atender las enojosas chácharas de ningún desconocido, ni soportar ronquidos que estorbasen su descanso. Estaba rendido, después de la agitación y la caminata de los últimos días; y también hambriento, tan hambriento que consumió las horas previas a la salida del tren en la cantina de la estación, embaulando toda la comida que el cantinero pudo ofrecerle.

En la radio de la cantina estaban entrevistando a un preso que acababa de ser indultado, a petición de una cofradía de Semana Santa, según era tradición inveterada por aquellas fechas. Como aquel preso que balbuceaba ante los micrófonos su gratitud y su propósito de enmienda, Antonio era también un indultado a quien le habían sido condonadas sus deudas. Reparó entonces, mientras miraba un calendario que pendía, manoseado y grasiento, tras el mostrador de la cantina (un calendario de Explosivos Río Tinto, con la piconera de Romero de Torres removiendo el cisco y enseñando musulmen, idéntico al que Carmen tenía en la cocina de su piso), que aquel día era Sábado Santo, víspera del Domingo de Resurrección, cuando los coros de los ángeles y las jerarquías del cielo exultan, celebrando la victoria de Cristo sobre la muerte; y pensó que en esa noche de gracia, mientras el tren lo acercase a Francia, él también sería rescatado del abismo, para resucitar o renacer convertido en otro hombre, lavadas al fin sus culpas y cancelados sus antiguos pecados. El anuncio por megafonía de la salida del tren le sonó promisorio como las trompetas que anuncian

la salvación; y acudió a su llamada exultante, inundado de una claridad que exorcizaba las tinieblas que cubrían el orbe entero. Buscó el vagón que le había sido asignado, entre el gentío que abarrotaba el andén; y se encerró enseguida en su compartimento, tumbándose en la litera antes incluso de que el tren partiera, dispuesto a resarcirse de las últimas noches pasadas en vela. Al rato, sin embargo, cuando ya el traqueteo de la marcha había empezado a adormecerlo, el mozo encargado del cuidado de los pasajeros de primera clase golpeó con los nudillos en la puerta de su compartimento, para entregarle un par de mantas que le permitieran combatir el relente de la madrugada y una toalla para sus abluciones. Antonio le agradeció las atenciones con una propina rumbosa y le rogó que no volvieran a molestarlo hasta la mañana siguiente, cuando el tren ya se aproximase a Hendaya. Apagó las luces y volvió a acostarse; mientras el traqueteo del tren lo acunaba voluptuosamente, anticipó el instante en que por fin volvería a abrazar a Carmen y a su hija, fundido con ambas en un latido concorde. Y se preguntó, admirado, cómo habría podido vivir hasta entonces sin amor, dándole cuerda todos los días a su pobre corazón roto y sin péndulo. Contrariando sus instrucciones, el mozo volvía a golpear la puerta, esta vez de modo más perentorio; tal vez hubiese olvidado hacerle alguna advertencia, o quizá la propina que le había dado no hubiese sido suficientemente rumbosa. Se levantó rezongando, sin encender esta vez las luces del compartimento; trastabillaba al andar, como un muerto que acaba de salir del sepulcro.

—Mire que le pedí que no me molestara más... —empezó.

Pero el mozo ya se había colado en el compartimento, haciendo palanca con la pierna sobre la hoja de la puerta. Tanto ímpetu se le antojó una intrusión; y así se disponía a afeárselo, todavía soñoliento, cuando inopinadamente el mozo lo empujó contra la litera. Entonces Antonio quiso emitir una protesta; pero enmudeció al reparar, a la pálida luz que se filtraba por la ventanilla, en las facciones del intruso. Reparó en sus ojos anormalmente separados en el rostro voluminoso, en la nariz breve y chata que campaba a sus anchas en mitad del óvalo, en el bigote corto y angosto de cerdas bien perfiladas.

—¡Becerra! —exclamó al fin.

No sabía si considerar la irrupción de Becerra un azar funesto o una oportunidad que la Providencia le brindaba, para reconciliarse con un hombre que podía representar a todos los hombres a los que había hecho daño. Becerra cerró tras de sí la puerta del compartimento; habló con la misma voz implorante y lloricosa que ya le conocía:

—Te pedí que no me amargaras la vida. Te lo pedí por favor.

Antonio pensó todavía que aquella situación embarazosa se solucionaría con una conversación franca, tal vez en el vagón restorán, al calor de una copa de coñá. Así iba a proponérselo a Becerra, que había dado otro paso, con rigidez de autómata, obligándolo a retroceder contra la pared del fondo. Entonces Antonio reparó en la pistola que Becerra sostenía con pulso temblón.

—Por Dios, Becerra, no haga locuras —dijo; y ahora la voz implorante era la suya—. ¿Qué arreglaría con eso? Ande, deme esa pistola, antes de que tengamos que lamentarlo.

El tren se había adentrado en un túnel; Antonio lo supo porque el traqueteo se hizo de repente atronador, y la oscuridad más espesa y retumbante.

—Me importa una mierda tener que lamentarlo toda la vida —dijo Becerra, que lloraba sin rebozo—. Te pedí que no me la quitaras.

Antonio sintió cómo su cuerpo se cargaba de miedo y se volvía pesado como una piedra que cae en el abismo y arrastra el alma en su caída. Entonces pensó en Carmen, como en una luz al final del túnel: una luz que se alejaba de él, tornándose cada vez más diminuta, hasta hacerse indiscernible en la oscuridad. Ni siquiera oyó la detonación, que se tragó el traqueteo del tren, como su corazón se tragó la bala que acalló sus latidos. La muerte al fin lo había hallado; y era como un naufragio hacia adentro.

No descubrirían su cadáver hasta la mañana siguiente, cuando el tren, resoplante y exhausto, se arrimaba a los andenes de la estación de Hendaya, como una ballena que viene a morir a la orilla.

## Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a las personas que me han acompañado (a la vez que yo las privaba de mi compañía) durante la escritura de esta novela: a María, en primer lugar, por todos los sacrificios ímprobos y generosas renunciaciones; a mis padres, por el aliento constante y abnegado; a Iñiqui, siempre presente; a Jimena, que seguramente me habrá echado en falta más de lo debido. Gracias a todos por la confianza que depositasteis en mí en los momentos difíciles.

Mi padre se encargó, empeñando su salud en el esfuerzo, de la mecanografía de un manuscrito ininteligible, secundado por Iñiqui, que también me ayudó a revisar las galeradas. Gracias, en fin, a Gonzalo Santonja, por la amistad incombustible y las confidencias; y a Miguel Ayuso por ciertas precisiones militares.

*Madrid, septiembre de 2012*



JUAN MANUEL DE PRADA (Baracaldo, 1970). Pasó su infancia y adolescencia en Zamora. Con su primer libro, *Coños* (1995), y los relatos de *El silencio del patinador* (1995, ampliado en 2010) sorprendió a la crítica por su poderosa imaginación y su audaz uso del lenguaje.

En 1996 debutó en la novela con la monumental *Las máscaras del héroe*, con la que obtuvo el premio Ojo Crítico de Narrativa de RNE. En 1997 recibió el Premio Planeta por *La tempestad*, que fue traducida a una veintena de idiomas y significó su consagración internacional, después de que la revista *The New Yorker* lo seleccionara como uno de los seis escritores más prometedores de Europa. Su tercera novela, *Las esquinas del aire* (2000), también fue recibida con entusiasmo por los lectores y la crítica, así como *Desgarrados y excéntricos* (2001). *La vida invisible* (2003) recibió el Premio Primavera y el Premio Nacional de Narrativa, y con *El séptimo velo* (2007) se alzó con el Premio Biblioteca Breve y el Premio de la Crítica de Castilla y León.

Ha obtenido los más prestigiosos reconocimientos del periodismo literario, entre otros los premios Mariano de Cavia o César González-Ruano.